RECURSOS PARA PREPARAR LA HOMILÍA DOMINICAL (ciclo A)

Tiempo Ordinario (XIII-XXIII)

Liturgia de la Misa, Padres de la Iglesia, Santos, Romano Pontífice, Directorio Homilético, Autores espirituales.

La Compañía de María
Madre de los Sacerdotes

ÍNDICE GENERAL

- Domingo XIII del Tiempo Ordinario (ciclo A)
- Domingo XIV del Tiempo Ordinario (ciclo A)
- Domingo XV del Tiempo Ordinario (ciclo A)
- Domingo XVI del Tiempo Ordinario (ciclo A)
- Domingo XVII del Tiempo Ordinario (ciclo A)
- Domingo XVIII del Tiempo Ordinario (ciclo A)
- Domingo XIX del Tiempo Ordinario (ciclo A)
- Domingo XX del Tiempo Ordinario (ciclo A)
- Domingo XXI del Tiempo Ordinario (ciclo A)
- Domingo XXII del Tiempo Ordinario (ciclo A)
- Domingo XXIII del Tiempo Ordinario (ciclo A)

Este subsidio ha sido preparado por ***La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes***, para ponerlo al servicio de los sacerdotes, como una ayuda para preparar la homilía dominical.

Si desea recibirlo directamente a su correo, puede pedir suscripción a **doctos.de.interes@gmail.com**.

Para recibirlo por **WhatsApp:** **https://chat.whatsapp.com/BfPOpiv1Tp02zK168vOLMd**.

(Nuestras redes sociales)

Domingo XIII del Tiempo Ordinario (ciclo A)

IR A ÍNDICE GENERAL

(Comentarios sobre las Lecturas propias de la Santa Misa para meditar y preparar la homilía)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)**
- **SAN JUAN CRISÓSTOMO (www.iveargentina.org)**
- **FRANCISCO – Ángelus 2017, 2020 y 2023**
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos**
- **RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)**
- **PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes**
- **FLUVIUM (www.fluvium.org)**
- **PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)**
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)**
  - **Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II**
  - **Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva**
  - **Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica**
- **HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)**
- **P. Antoni POU OSB Monje de Montserrat, (Barcelona, España) (www.evangeli.net)**
- **Pedro Sergio Antonio Donoso Brant ocds**
- **EXAMEN DE CONCIENCIA PARA SACERDOTES – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís**

***

Este subsidio ha sido preparado por *La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes* (www.lacompañiademaria.com), para ponerlo al servicio de los sacerdotes, como una ayuda para preparar la homilía dominical **(lacompaniademaria01@gmail.com).**

Para recibir este subsidio a través de WhatsApp, en formatos epub, pdf y doc:

https://chat.whatsapp.com/DR9boDTzR2L5g6uevTmLMP

***

DEL MISAL MENSUAL

IR A ÍNDICE DOMINGO XIII DEL TIEMPO ORDINARIO

INSTRUCCIONES FINALES

2 Re 4, 8-11.14-16; Rom 6, 3-4. 8-11; Mt 10, 37-42

Estamos ante el cierre del llamado discurso misionero que Jesús dirige a sus apóstoles. Tendrán que marcharse a predicar y curar a sabiendas que esa misión generará conflictos tanto dentro de sus familias como en el entorno social donde vivan. La armonía familiar, el reconocimiento social y hasta la seguridad personal estarán en riesgo. Cuando el Evangelio de Jesucristo se asume con toda congruencia siempre genera dificultades, sin embargo, son superables cuando se tiene la certeza de que Dios Padre acompañará a los enviados. A ningún misionero le apasiona perder la vida ni ver disminuida su tranquilidad personal. El discipulado y la misión cristianas están inmersas dentro de una situación paradójica, donde entregar la vida equivale a ganarla y conservarla supone perderla para siempre. La contradicción queda superada solamente a partir de la experiencia pascual de Cristo muerto y resucitado.

ANTÍFONA DE ENTRADA Sal 46. 2

Pueblos todos, aplaudan; aclamen al Señor con gritos de júbilo.

ORACIÓN COLECTA

Señor Dios, que mediante la gracia de la adopción filial quisiste que fuéramos hijos de la luz, concédenos que no nos dejemos envolver en las tinieblas del error, sino que permanezcamos siempre vigilantes en el esplendor de la verdad. Por nuestro Señor Jesucristo...

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

Este hombre es un hombre de Dios.

Del segundo libro de los Reyes: 4, 8-11. 14-16

Un día pasaba Eliseo por la ciudad de Sunem y una mujer distinguida lo invitó con insistencia a comer en su casa. Desde entonces, siempre que Eliseo pasaba por ahí, iba a comer a su casa. En una ocasión, ella le dijo a su marido: “Yo sé que este hombre, que con tanta frecuencia nos visita, es un hombre de Dios. Vamos a construirle en los altos una pequeña habitación. Le pondremos allí una cama, una mesa, una silla y una lámpara, para que se quede allí, cuando venga a visitamos”.

Así se hizo y cuando Eliseo regresó a Sunem, subió a la habitación y se recostó en la cama. Entonces le dijo a su criado: “¿Qué podemos hacer por esta mujer?”. El criado le dijo: “Mira, no tiene hijos y su marido ya es un anciano”.

Entonces dijo Eliseo: “Llámala”. El criado la llamó y ella, al llegar, se detuvo en la puerta. Eliseo le dijo: “El año que viene, por estas mismas fechas, tendrás un hijo en tus brazos”.

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 88, 2-3.16-17.18-19.

R/. Proclamaré sin cesar la misericordia del Señor.

Proclamaré sin cesar la misericordia del Señor, y daré a conocer que su fidelidad es eterna, pues el Señor ha dicho: "Mi amor es para siempre, y mi lealtad, más firme que los cielos". ***R/.***

Señor, feliz el pueblo que te alaba y que a tu luz camina, que en tu nombre se alegra a todas horas y al que llena de orgullo tu justicia. ***R/.***

Feliz, porque eres tú su honor y fuerza y exalta tu favor nuestro poder. Feliz, porque el Señor es nuestro escudo y el santo de Israel es nuestro rey. ***R/.***

SEGUNDA LECTURA

El bautismo nos sepultó con Cristo para que llevemos una vida nueva.

De la carta del apóstol san Pablo a los romanos: 6, 3-4. 8-11

Hermanos: Todos los que hemos sido incorporados a Cristo Jesús por medio del bautismo, hemos sido incorporados a su muerte. En efecto, por el bautismo fuimos sepultados con él en su muerte, para que, así como Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros llevemos una vida nueva.

Por lo tanto, si hemos muerto con Cristo, estamos seguros de que también viviremos con él; pues sabemos que Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya nunca morirá. La muerte ya no tiene dominio sobre él, porque al morir, murió al pecado de una vez para siempre, y al resucitar vive ahora para Dios. Lo mismo ustedes, considérense muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro.

Palabra de Dios.

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO

R/. Aleluya, aleluya.

Ustedes son estirpe elegida, sacerdocio real, nación consagrada a Dios, para que proclamen las obras maravillosas de aquel que los llamó de las tinieblas a su luz admirable. ***R/.***

EVANGELIO

El que no toma su cruz, no es digno de mí. Quien los recibe a ustedes me recibe a mí.

+ Del santo Evangelio según san Mateo: 10, 37-42

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus apóstoles: "El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí; y el que no toma su cruz y me sigue, no es digno de mí.

El que salve su vida la perderá y el que la pierda por mí, la salvará.

Quien los recibe a ustedes me recibe a mí; y quien me recibe a mí, recibe al que me ha enviado.

El que recibe a un profeta por ser profeta, recibirá recompensa de profeta; el que recibe a un justo por ser justo, recibirá recompensa de justo.

Quien diere, aunque no sea más que un vaso de agua fría a uno de estos pequeños, por ser discípulo mío, yo les aseguro que no perderá su recompensa".

Palabra del Señor.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios, que bondadosamente realizas el fruto de tus sacramentos, concédenos que seamos capaces de servirte como corresponde a tan santos misterios. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Jn 17, 20-21

Padre, te ruego por ellos, para que sean uno en nosotros y el mundo pueda creer que tú me has enviado, dice el Señor.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Que la víctima divina que te hemos ofrecido y que acabamos de recibir, nos vivifique, Señor, para que, unidos a ti con perpetuo amor, demos frutos que permanezcan para siempre. Por Jesucristo, nuestro Señor.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

IR A ÍNDICE DOMINGO XIII DEL TIEMPO ORDINARIO

Es un hombre santo de Dios (2 R 4, 8-11.14-16a)

1ª. Lectura

Eliseo aparece como un profeta itinerante que sólo va acompañado por su criado y que tiene su punto de referencia en el Carmelo: son rasgos que le asemejan a Elías. La historia que recoge aquí el texto sagrado muestra que Dios bendice con el don de la maternidad, por la intervención del profeta, a aquella mujer sin hijos.

San Juan Crisóstomo cita este pasaje para mostrar que el verdadero amor lleva a preocuparse también del bienestar material de los demás: «Así Eliseo no sólo ayudaba espiritualmente a la mujer que lo había acogido, sino que intentaba recompensarla desde un punto de vista material» (S. Juan Crisóstomo, *De laudibus Sancti Pauli Apostoli* 3, 7).

Este relato sobre Eliseo pone de relieve la recompensa que recibe quien acoge a un profeta por ser profeta; es un preludio de la recompensa que Jesucristo anuncia que merecerá quien reciba a un apóstol por ser apóstol (cfr Mt 10, 13-14).

De este pasaje se deduce, ante todo, como de 1 R 17, 20, el poder de la oración del profeta y de toda oración a Dios hecha con fe. Pero también aprendemos aquí que

cuando Dios concede un don, por sorprendente o inesperado que sea —como el hijo a aquella mujer— da también la gracia para conservarlo y hacerlo fructificar. El Señor no nos deja abandonados después de habernos otorgado beneficios tales como las propias capacidades personales o la vocación misma, aunque no lo hubiéramos pedido antes.

Bautizados en Cristo Jesús (Rm 6, 3-4. 8-11)

2ª. Lectura

Por el Bautismo la gracia de Cristo llega a cada uno y nos libra del dominio del pecado. En nosotros se reproduce entonces no sólo la pasión, muerte y sepultura de Cristo, representadas por la inmersión en el agua (vv. 3-4.6), sino también la nueva vida, la vida de la gracia, que se infunde en el alma como participación de la resurrección de Cristo (vv. 4-5).

A partir de esta enseñanza paulina, los Padres desarrollaron la significación del sacramento del Bautismo cristiano y los efectos espirituales que produce. «El Señor —recuerda San Ambrosio a los recién bautizados—, que quiere que sus beneficios permanezcan, que los planes insidiosos de la serpiente sean disueltos y que sea eliminado al mismo tiempo aquello que resultó dañado, dictó una sentencia contra los hombres: *Tierra eres y a la tierra has de volver* (Gn 3, 19), e hizo al hombre sujeto de la muerte (...). Pero le fue dado el remedio: el hombre moriría y resucitaría (...). ¿Me preguntas cómo? (...). Fue instituido un rito por el que el hombre muriera estando vivo y resucitara también estando vivo» (*De Sacramentis* 2, 6). Y San Juan Crisóstomo explica: «El Bautismo es para nosotros lo que la cruz y la sepultura fueron para Cristo; pero hay una diferencia: el Salvador murió en su carne, fue sepultado en su carne, mientras que nosotros debemos morir espiritualmente. Por eso el Apóstol no dice que nosotros somos "injertados en él con su muerte"; sino *con la semejanza de su muerte*» (*In Romanos* 10). Además, así como el injerto y la planta forman una unidad de vida, los cristianos, injertados, incorporados a Cristo por el Bautismo, formamos una unidad con Él y participamos ya ahora de su vida divina.

Por su parte, el *Catecismo de la Iglesia Católica*, al exponer la doctrina sobre el Bautismo, enseña: «Este sacramento recibe el nombre de *Bautismo* en razón del carácter del rito central mediante el que se celebra: bautizar (*baptizein* en griego) significa "sumergir", "introducir dentro del agua"; la "inmersión" en el agua simboliza el acto de sepultar al catecúmeno en la muerte de Cristo de donde sale por la resurrección con Él (cfr Rm 6, 3-4; Col 2, 12) como "nueva criatura" (2 Co 5, 17; Ga 6, 15)» (n. 1214).

El modo ordinario actual de este sacramento, derramando agua sobre la cabeza (bautismo por infusión), se usaba ya en los tiempos apostólicos y se generalizó frente al bautismo por inmersión por obvias razones prácticas.

En los vv. 9-10, acentúa San Pablo su enseñanza: con la muerte de Cristo en la cruz y con su resurrección quedó roto el lazo de la muerte, tanto para Cristo como para todos los suyos. Resucitado y glorioso, ha alcanzado el triunfo: ha ganado para su

Humanidad y para nosotros una nueva vida. En los que hemos sido bautizados se reproducen de alguna manera esos mismos acontecimientos de la vida de Cristo.

Quien a vosotros os recibe, a mí me recibe (Mt 10, 37-42)

Evangelio

En el pasaje anterior se presentaba a Jesús como signo de contradicción (vv. 34-35), y ahora queda claro que el discípulo tiene que contar con ello. Por eso, en su conducta cristiana se le piden dos cosas: radicalidad, esto es, exigencias en el seguimiento (vv. 37-39), e identificación con el maestro (vv. 40-42).

Mucha gente sigue a Jesús, pero el Señor les explica que seguirle verdaderamente es algo más que el mero sentirse atraído por su doctrina: «La doctrina que el Hijo de Dios vino a enseñar fue el menosprecio de todas las cosas, para poder recibir el precio del espíritu de Dios en sí; porque, en tanto que de ellas no se deshiciere el alma, no tiene capacidad para recibir el espíritu de Dios en pura transformación» (S. Juan de la Cruz, *Subida al Monte Carmelo* 1, 5, 2).

Las palabras del v. 37 pueden parecer duras: hay que entenderlas dentro del conjunto de las exigencias del Señor y del lenguaje bíblico que reproducen. En diversos textos del Antiguo Testamento, «amar y odiar» indican preferencia, y, sobre todo, elección. Así, por ejemplo, se dice que Jacob amaba a Raquel y aborrecía a Lía (Gn 29, 28-30), o que el Señor amó a Jacob y odió a Esaú (Ml 1, 2-3; Rm 9, 13; cfr Lc 16, 13), para significar que Raquel era la elegida por Jacob, o Jacob el elegido por Dios. Por eso, las palabras de Jesús deben entenderse como una preferencia y como una elección decisiva: ser discípulo de Jesús es tomar partido por Dios, sin componendas. En ese sentido, se ha entendido en la Tradición de la Iglesia: «Debemos tener caridad con todos, con los parientes y con los extraños, pero sin apartarnos del amor de Dios por el amor de ellos» (S. Gregorio Magno, *Homiliae in Evangelia* 37, 3). En términos semejantes lo enseña la doctrina cristiana cuando dice que los cristianos «se esfuerzan por agradar a Dios antes que a los hombres, dispuestos siempre a dejarlo todo por Cristo» (Conc. Vaticano II, *Apostolicam actuositatem*, n. 4).

SAN JUAN CRISÓSTOMO (www.iveargentina.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO XIII DEL TIEMPO ORDINARIO

Amor sobre todo amor

El que ama a su padre o a su madre por encima de mí, no, es digno de mí. Y el que ama a su hijo o a su hija por encima de mí, no es digno de, mí. Y el que no toma su cruz y viene en pos de mí, no es digno de mí. Mirad la dignidad del Maestro. Mirad cómo se muestra a sí mismo hijo legítimo del Padre, pues manda que todo se abandone y todo se posponga a su amor. Y ¿qué digo —dice—, que no améis a amigos ni parientes por encima de mí? La propia vida que antepongáis a mi amor, estáis ya lejos de ser mis discípulos. — ¿Pues qué? ¿No está todo esto en contradicción con el Antiguo

Testamento? — ¡De ninguna manera! Su concordia es absoluta. Allí, en efecto, no Sólo aborrece Dios a los idólatras, sino que, manda que se los apedree; y en el Deuteronomio, admirando a los que así obran, dice Moisés: El que dice a su padre y a su madre: No os he visto; el que no conoce a sus hermanos y no sabe quiénes son sus hijos, ése es el que, guarda mis mandamientos. Y si es cierto que Pablo ordena muchas cosas acerca de los padres y manda que se les obedezca en todo, no hay que maravillarse de ello, pues sólo manda que se les obedezca en aquello que no va contra la piedad para con Dios. Y, a la verdad, fuera de eso, cosa santa es que se les tribute todo honor. Más, cuando exijan algo más del honor debido, no se les debe obedecer. De ahí que diga Lucas: El que viene a mí y no aborrece a su padre, y a su madre, y a su mujer, y a sus hijos, y a sus hermanos, más aún, a su propia vida, no puede ser mi discípulo. Sin embargo, no nos manda el Señor que los aborrezcamos de modo absoluto, pues ello sería sobremanera inicuo. Si quieren—dice- ser amados por encima de mí, entonces, sí, aborrécelos en eso. Pues eso sería la perdición tanto del que es amado como del que ama.

HAY QUE ABORRECER LA PROPIA VIDA

Con este modo de hablar quería el Señor templar el valor de los hijos y amansar también a los padres que tal vez hubieran de oponerse al llamamiento de sus hijos. Porque, viendo que su fuerza y poder era tan grande que podía separar de ellos a sus hijos, desistieran de oponérseles, como quienes intentaban una empresa imposible. Luego porque los padres mismos no se irritaran ni protestaran, mirad cómo prosigue el Señor su razonamiento. Después que dijo: El que no aborrece a su padre y a su madre, añadió: Y hasta a su propia vida. ¿A qué me hablas—dice—de padres y hermanos y hermanas y mujer? Nada hay más íntimo al hombre que su propia vida. Pues bien, si aún a tu propia vida no aborreces, sufrirás todo lo contrario del que ama, será como si no me amaras. Y no nos manda simplemente que la aborrezcamos, sino que lleguemos hasta entregarla a la guerra, a las batallas, a la espada y a la sangre. Porque el que no lleva—dice—su cruz y sigue en pos de mí, no puede ser mi discípulo. Porque no dijo simplemente que hay que estar preparado para la muerte, sino para la muerte violenta, y no sólo para la muerte violenta, sino también para la ignominia. Nada, sin embargo, les dice todavía de su propia pasión, pues quería que, bien afianzados antes en estas enseñanzas, se les hiciera luego más fácil de aceptar lo que sobre ella había de decirles. Ahora bien, ¿no es cosa de admirarse y pasmarse que, oyendo todo esto, no se les saliera a los apóstoles el alma de su cuerpo? Porque lo duro por todas partes se les venía a las manos; el premio, empero, estaba todo en esperanza. — ¿Cómo es, pues, que no se les salió? —Porque era mucha la virtud del que hablaba y mucho también el amor de los que oían. De ahí que ellos, que oían cosas más duras y molestas que las que se mandaron a aquellos grandes varones, Moisés y Jeremías, permanecieron fieles al Señor y no le contradijeron.

EL QUE PIERDE SU VIDA, LA GANA

El que hallare —dice— su vida, la perderá, y el que perdiere su vida por causa mía la encontrará. ¿Veis cuán grande es el daño de los que aman de modo inconveniente? ¿Veis cuán grande la ganancia de los que aborrecen? Realmente, los mandatos del

Señor eran duros. Les mandaba declarar la guerra a padres, hijos, naturaleza, parentesco, a la tierra entera y hasta a la propia vida. De ahí que tiene que ponerles delante el provecho de tal guerra, que es máximo. Porque no sólo —viene a decirles— no os ha de venir daño alguno de ahí, sino más bien provecho muy grande. Lo contrario, empero, sí que os dañaría. Es el procedimiento ordinario del Señor: por lo mismo que deseamos, nos lleva a lo que no pretende. ¿Por qué no quieres despreciar tu vida? Sin duda porque la quieres mucho. Pues por eso mismo debes despreciarla, ya que así le harás el mayor bien y le mostrarás el verdadero amor. Y considerad aquí la inefable sabiduría del Señor. No habla sólo a sus discípulos de los padres, ni sólo de los hijos, sino de lo que más íntimamente nos pertenece, que es la propia vida, y de lo uno resulta indubitable lo otro. Es decir, que quiere que se den cuenta cómo odiándolos les harán el mayor bien que pueden hacerles, pues así acontece también con tu vida, que es lo más necesario que tenemos.

PREMIOS A LA HOSPITALIDAD CON LOS ENVIADOS DEL SEÑOR

Todo esto, ciertamente, eran motivos suficientes para persuadir a ejercitar la hospitalidad con quienes venían a traer la salud a los mismos que los acogieran. Porque ¿quién no había de recibir con la mejor voluntad a tan generosos y valientes luchadores, a los que recorrían la tierra entera como leones, a quienes todo lo suyo desdeñaban a trueque de llevar la salud a los demás? Sin embargo, aun pone el Señor otra recompensa, haciendo ver que en esto se preocupa Él más de los que reciben que de quienes son recibidos. Y ante todo les concede el más alto honor, diciendo: El que a vosotros os recibe, a Mí me recibe; y el que me recibe a mí, recibe a Aquel que me ha enviado. ¿Puede haber honor mayor que recibir juntamente al Padre y al Hijo? Pues aún promete el Señor otra recompensa juntamente con la dicha: Porque el que recibe —dice— a un profeta en nombre de profeta, recibirá galardón de profeta; y el que recibe a un justo en nombre de justo, recibirá galardón de justo. Antes había amenazado con el castigo a quienes les negaran hospitalidad; ahora señala los bienes que les ha de conceder. Y porque os deis cuenta que se preocupa más de quienes reciben que de sus propios apóstoles, notad que no dijo simplemente: El que recibe a un profeta; o el que recibe a un justo, sino que añadió: En nombre de profeta, o: En nombre de justo. Es decir, si no le recibe por alguna preeminencia mundana ni por otro motivo perecedero, sino porque es profeta o justo, recibirá galardón de profeta o galardón de justo. Lo que se ha de entender o que recibirá galardón de quien reciba a un profeta y a un justo, o el que corresponde al mismo profeta o justo. Es exactamente lo que decía Pablo: Que vuestra abundancia ayude a la necesidad de ellos, a fin de que también la abundancia de ellos ayude a vuestra necesidad.

Luego, porque nadie pudiera alegar su pobreza, prosigue el Señor: El que diere un simple vaso de agua fría a uno de estos pequeños míos sólo porque son mis discípulos, yo os aseguro que no perderá su galardón. Un simple vaso de agua fría que des, que nada ha de costarte, aun de tan sencilla obra tienes señalada recompensa. Porque por vosotros, que acogéis a mis enviados, yo estoy dispuesto a hacerlo todo.

Homilías sobre el Evangelio de San Mateo (I), homilía 35, 1-2, BAC Madrid 1955, 700-705

FRANCISCO – Ángelus 2017, 2020 y 2023

IR A ÍNDICE DOMINGO XIII DEL TIEMPO ORDINARIO

2017

Vínculo de amor y vida con Jesús

Queridos hermanos y hermanas:

La liturgia nos presenta las últimas frases del discurso misionero del capítulo 10 del Evangelio de Mateo (cf. 10, 37), con el cual Jesús instruye a los doce apóstoles en el momento en el que, por primera vez les envía en misión a las aldeas de Galilea y Judea. En esta parte final Jesús subraya dos aspectos esenciales para la vida del discípulo misionero: el primero, que su vínculo con Jesús es más fuerte que cualquier otro vínculo; el segundo, que el misionero no se lleva a sí mismo, sino a Jesús, y mediante él, el amor del Padre celestial. Estos dos aspectos están conectados, porque cuanto más está Jesús en el centro del corazón y de la vida del discípulo, más "transparente" es este discípulo ante su presencia. Van juntos, los dos.

«El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí…» (v. 37), dice Jesús. El afecto de un padre, la ternura de una madre, la dulce amistad entre hermanos y hermanas, todo esto, aun siendo muy bueno y legítimo, no puede ser antepuesto a Cristo. No porque Él nos quiera sin corazón y sin gratitud, al contrario, es más, sino porque la condición del discípulo exige una relación prioritaria con el maestro. Cualquier discípulo, ya sea un laico, una laica, un sacerdote, un obispo: la relación prioritaria. Quizás la primera pregunta que debemos hacer a un cristiano es: «¿Pero tú te encuentras con Jesús? ¿Tú rezas a Jesús?». La relación. Se podría casi parafrasear el Libro del Génesis: Por eso deja el hombre a su padre y a su madre y se une a Jesucristo, y se hacen una sola cosa (cf. Génesis 2, 24). Quien se deja atraer por este vínculo de amor y de vida con el Señor Jesús, se convierte en su representante, en su "embajador", sobre todo con el modo de ser, de vivir. Hasta el punto en que Jesús mismo, enviando a sus discípulos en misión, les dice: «Quien a vosotros recibe, a mí me recibe, y quien me recibe a mí, recibe a Aquel que me ha enviado» (Mateo 10, 40). Es necesario que la gente pueda percibir que para ese discípulo Jesús es verdaderamente "el Señor", es verdaderamente el centro de su vida, el todo de la vida. No importa si luego, como toda persona humana, tiene sus límites y también sus errores —con tal de que tenga la humildad de reconocerlos—; lo importante es que no tenga el corazón doble —y esto es peligroso. Yo soy cristiano, soy discípulo de Jesús, soy sacerdote, soy obispo, pero tengo el corazón doble. No, esto no va.

No debe tener el corazón doble, sino el corazón simple, unido; que no tenga el pie en dos zapatos, sino que sea honesto consigo mismo y con los demás. La doblez no es cristiana. Por esto Jesús reza al Padre para que los discípulos no caigan en el espíritu del mundo. O estás con Jesús, con el espíritu de Jesús, o estás con el espíritu del mundo. Y aquí nuestra experiencia de sacerdotes nos enseña una cosa muy bonita, una

cosa muy importante: es precisamente esta acogida del santo pueblo fiel de Dios, es precisamente ese «vaso de agua fresca» (v. 42) del cual habla el Señor hoy en el Evangelio, dado con fe afectuosa, ¡que te ayuda a ser un buen sacerdote! Hay una reciprocidad también en la misión: si tú dejas todo por Jesús, la gente reconoce en ti al Señor; pero al mismo tiempo te ayuda a convertirte cada día a Él, a renovarte y purificarte de los compromisos y a superar las tentaciones. Cuanto más cerca esté un sacerdote del pueblo de Dios, más se sentirá próximo a Jesús, y un sacerdote cuanto más cercano sea a Jesús, más próximo se sentirá al pueblo de Dios.

La Virgen María experimentó en primera persona qué significa amar a Jesús separándose de sí misma, dando un nuevo sentido a los vínculos familiares, a partir de la fe en Él. Con su materna intercesión, nos ayude a ser libres y felices misioneros del Evangelio.

***

2020

No hay amor verdadero sin cruz

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En este domingo, el Evangelio (cf. *Mateo* 10, 37-42) expresa con fuerza la invitación a vivir plenamente y sin vacilación nuestra fidelidad al Señor. Jesús pide a sus discípulos que tomen en serio las exigencias del Evangelio, incluso cuando esto requiere sacrificio y esfuerzo.

Lo primero que les exige a quienes le siguen es poner el amor a Él por encima del amor familiar. Dice: «El que ama a su padre o a su madre, [...] a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí» (v. 37). Jesús ciertamente no pretende subestimar el amor a los padres y a los hijos, pero sabe que los lazos de parentesco, si se ponen en primer lugar, pueden desviar del verdadero bien. Lo vemos: ciertas corrupciones en los gobiernos se dan precisamente porque el amor por la parentela es mayor que el amor por la patria y ponen en los cargos a los parientes. Lo mismo con Jesús: cuando el amor [por los familiares] es mayor que [el amor por] Él, no va bien. Todos podríamos dar muchos ejemplos a este respecto. Sin mencionar las situaciones en las que los lazos familiares se mezclan con elecciones opuestas al Evangelio. Cuando, por el contrario, el amor a los padres y a los hijos está animado y purificado por el amor del Señor, entonces se hace plenamente fecundo y produce frutos de bien en la propia familia y mucho más allá de ella. En este sentido, dice Jesús la frase. Recordemos también cómo reprende Jesús a los doctores de la ley que privan a sus padres de lo necesario con el pretexto de dárselo al altar, de dárselo a la Iglesia (cf. *Mc* 7, 8-13). ¡Los reprende! El verdadero amor a Jesús requiere verdadero amor a los padres, a los hijos, pero si primero buscamos el interés familiar, esto siempre nos lleva por el camino equivocado.

Luego dice Jesús a sus discípulos: «El que no toma su cruz y me sigue no es digno de mí» (v. 38). Se trata de seguirlo por el camino que Él mismo ha recorrido, sin buscar atajos. No hay amor verdadero sin cruz, es decir, sin un precio a pagar en persona. Y lo dicen muchas madres, muchos padres que se sacrifican tanto por sus hijos y soportan verdaderos sacrificios, cruces, porque aman. Y si se lleva con Jesús, la cruz

no da miedo, porque Él siempre está a nuestro lado para apoyarnos en la hora de la prueba más dura, para darnos fuerza y coraje. Tampoco es necesario inquietarse por preservar la vida, con una actitud temerosa y egoísta. Jesús amonesta: «El que encuentre su vida, la perderá; y el que pierda su vida por mí —es decir, por amor, por amor a Jesús, por amor al prójimo, por servir a los demás—, la encontrará» (v. 39). Es la paradoja del Evangelio. Pero también tenemos, gracias a Dios, muchos ejemplos. Lo vemos en estos días. ¡Cuánta gente, cuánta gente lleva cruces para ayudar a otros! Se sacrifica para ayudar a quienes lo necesitan en esta pandemia. Pero, siempre con Jesús, se puede hacer. La plenitud de la vida y la alegría se encuentra al entregarse por el Evangelio y por los hermanos, con apertura, aceptación y benevolencia.

De este modo, podemos experimentar la generosidad y la gratitud de Dios. Nos lo recuerda Jesús: «Quien a vosotros acoge, a mí me acoge [...]. Y todo aquel que dé de beber tan sólo un vaso de agua fresca a uno de estos pequeños [...] no perderá su recompensa» (vv. 40; 42). La generosa gratitud de Dios Padre tiene en cuenta hasta el más pequeño gesto de amor y de servicio prestado a nuestros hermanos. En estos días, un sacerdote me contó que se había conmovido porque un niño de la parroquia se le acercó y le dijo: "Padre, estos son mis ahorros, una cosa pequeña, es para sus pobres, para aquellos que hoy lo necesitan a causa de la pandemia". ¡Pequeña cosa, pero grande! Es una gratitud contagiosa que nos ayuda a cada uno de nosotros a mostrar gratitud hacia aquellos que se preocupan por nuestras necesidades. Cuando alguien nos ofrece un servicio, no debemos pensar que todo nos es debido. No, muchos servicios se realizan de forma gratuita. Pensad en el voluntariado, que es una de las mejores cosas que tiene la sociedad italiana. Los voluntarios... ¡Y cuántos de ellos dejaron sus vidas en esta pandemia! Se hace por amor, simplemente por servicio. La gratitud, el reconocimiento, es en primer lugar una señal de buenos modales, pero también es una característica distintiva del cristiano. Es un simple pero genuino signo del reino de Dios, que es el reino del amor gratuito y generoso.

Que María Santísima, que amó a Jesús más que a su propia vida y lo siguió hasta la cruz, nos ayude a ponernos siempre ante Dios con el corazón abierto, dejando que su Palabra juzgue nuestro comportamiento y nuestras opciones.

***

2023

¿Quién es el profeta?

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En el Evangelio de hoy Jesús dice: «El que recibe a un profeta porque es profeta, tendrá recompensa de profeta» (Mt 10, 41). Tres veces la palabra "profeta". Pero, ¿quién es el profeta? Hay quien lo imagina como una especie de mago que predice el futuro; pero esta es una idea supersticiosa y el cristiano no cree en las supersticiones, como la magia, las cartas, los horóscopos o cosas similares. Entre paréntesis: muchos, muchos cristianos van a que les lean las manos... ¡Por favor! Otros pintan al profeta solo como un personaje del pasado, que existió antes de Cristo para preanunciar su llegada. Y Jesús mismo hoy habla de la necesidad de acoger a los profetas; por lo tanto, existen todavía, pero, ¿quiénes son? ¿Quién es el profeta?

Profeta, hermanos y hermanas, es cada uno de nosotros: de hecho, con el Bautismo todos recibimos el don y la misión de la profecía (cf. Catequismo de la Iglesia Católica 1268). Profeta es aquel que, en virtud del Bautismo, ayuda a los demás a leer el presente bajo la acción del Espíritu Santo. Esto es muy importante: leer el presente no como una crónica, sino bajo la acción del Espíritu Santo, que nos ayuda a comprender los proyectos de Dios y a corresponderlos. En otras palabras, el profeta es aquel que muestra Jesús a los demás, que da testimonio de Él, que nos ayuda a vivir el hoy y a construir el mañana según sus planes. Por lo tanto, todos somos profetas, testigos de Jesús «para que la virtud del Evangelio brille en la vida diaria, familiar y social» (Lumen Gentium, 35). El profeta es un signo vivo que muestra Dios a los demás, el profeta es un reflejo de la luz de Cristo en el camino de los hermanos. Y entonces, podemos preguntarnos: Yo, que fui "elegido profeta" en el Bautismo, ¿hablo y, sobre todo, vivo como testigo de Jesús? ¿Llevo un poco de su luz a la vida de alguien? ¿Yo me interrogo sobre esto? ¿Me pregunto cómo va mi testimonio, como va mi profecía?

El Señor en el Evangelio pide acoger a los profetas; por lo tanto, es importante que nos acojamos unos a otros como tales, como portadores de un mensaje de Dios, cada uno según su estado y su vocación y hacerlo allí donde vivimos, es decir, en la familia, en la parroquia, en las comunidades religiosas, en los demás ámbitos de la Iglesia y de la sociedad. El Espíritu ha distribuido dones de profecía en el santo Pueblo de Dios: he aquí por qué está bien escuchar a todos. Por ejemplo, cuando hay que tomar una decisión importante, viene bien sobre todo rezar, invocar al Espíritu, pero después escuchar y dialogar, con la confianza de que cada uno, incluso el más pequeño, tiene algo importante que decir, un don profético que compartir. Así se busca la verdad y se difunde un clima de escucha de Dios y de los hermanos, en el que las personas no se sienten acogidas solo si dicen lo que me gusta, sino que se sienten aceptadas y valoradas como dones por lo que son.

¡Pensemos en cuántos conflictos se podrían evitar y resolver así, poniéndose en escucha de los demás con el sincero deseo de comprenderse! Preguntémonos entonces: ¿Yo sé acoger a los hermanos y a las hermanas como dones proféticos? ¿Creo que los necesito? ¿Los escucho con respeto, con el deseo de aprender? Porque cada uno de nosotros necesita aprender de los demás, cada uno de nosotros necesita aprender de los demás.

Que María, Reina de los Profetas, nos ayude a ver y a acoger el bien que el Espíritu ha sembrado en los demás.

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

IR A ÍNDICE DOMINGO XIII DEL TIEMPO ORDINARIO

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

La primera vocación del cristiano es seguir a Jesús

2232. Los vínculos familiares, aunque son muy importantes, no son absolutos. A la par que el hijo crece hacia una madurez y autonomía humanas y espirituales, la vocación singular que viene de Dios se afirma con más claridad y fuerza. Los padres

deben respetar esta llamada y favorecer la respuesta de sus hijos para seguirla. Es preciso convencerse de que la vocación primera del cristiano *es seguir a Jesús* (cf *Mt* 16, 25): "El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí" (*Mt* 10, 37).

2233. Hacerse discípulo de Jesús es aceptar la invitación a pertenecer a la *familia de Dios*, a vivir en conformidad con su manera de vivir: "El que cumpla la voluntad de mi Padre celestial, éste es mi hermano, mi hermana y mi madre" (*Mt* 12, 49).

Los padres deben acoger y respetar con alegría y acción de gracias el llamamiento del Señor a uno de sus hijos para que le siga en la virginidad por el Reino, en la vida consagrada o en el ministerio sacerdotal.

El Bautismo, sacrificarse así mismo, vivir para Cristo

537. Por el Bautismo, el cristiano se asimila sacramentalmente a Jesús que anticipa en su bautismo su muerte y su resurrección: debe entrar en este misterio de rebajamiento humilde y de arrepentimiento, descender al agua con Jesús, para subir con él, renacer del agua y del Espíritu para convertirse, en el Hijo, en hijo amado del Padre y "vivir una vida nueva" (*Rm* 6, 4):

«Enterrémonos con Cristo por el Bautismo, para resucitar con él; descendamos con él para ser ascendidos con él; ascendamos con él para ser glorificados con él» (San Gregorio Nacianceno, Oratio 40, 9: PG 36, 369).

«Todo lo que aconteció en Cristo nos enseña que después del baño de agua, el Espíritu Santo desciende sobre nosotros desde lo alto del cielo y que, adoptados por la Voz del Padre, llegamos a ser hijos de Dios. (San Hilario de Poitiers, In evangelium Matthaei, 2, 6: PL 9, 927).

"Sepultados con Cristo …"

628. El Bautismo, cuyo signo original y pleno es la inmersión, significa eficazmente la bajada del cristiano al sepulcro muriendo al pecado con Cristo para una nueva vida: "Fuimos, pues, con él sepultados por el bautismo en la muerte, a fin de que, al igual que Cristo fue resucitado de entre los muertos por medio de la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva" (*Rm* 6, 4; cf *Col* 2, 12; *Ef* 5, 26).

790. Los creyentes que responden a la Palabra de Dios y se hacen miembros del Cuerpo de Cristo, quedan estrechamente unidos a Cristo: "La vida de Cristo se comunica a a los creyentes, que se unen a Cristo, muerto y glorificado, por medio de los sacramentos de una manera misteriosa pero real" (LG 7). Esto es particularmente verdad en el caso del Bautismo por el cual nos unimos a la muerte y a la Resurrección de Cristo (cf. *Rm* 6, 4-5; *1 Co* 12, 13), y en el caso de la Eucaristía, por la cual, "compartimos realmente el Cuerpo del Señor, que nos eleva hasta la comunión con él y entre nosotros" (LG 7).

1213. El santo Bautismo es el fundamento de toda la vida cristiana, el pórtico de la vida en el espíritu ("*vitae spiritualis ianua*") y la puerta que abre el acceso a los otros sacramentos. Por el Bautismo somos liberados del pecado y regenerados como hijos de Dios, llegamos a ser miembros de Cristo y somos incorporados a la Iglesia y hechos

partícipes de su misión (cf Concilio de Florencia: DS 1314; CIC, can 204, 1; 849; CCEO 675, 1): *Baptismus est sacramentum regenerationis per aquam in verbo"* ("El bautismo es el sacramento del nuevo nacimiento por el agua y la palabra": *Catecismo Romano* 2, 2, 5).

1226. Desde el día de Pentecostés la Iglesia ha celebrado y administrado el santo Bautismo. En efecto, san Pedro declara a la multitud conmovida por su predicación: "Convertíos [...] y que cada uno de vosotros se haga bautizar en el nombre de Jesucristo, para remisión de vuestros pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo" (*Hch* 2, 38). Los Apóstoles y sus colaboradores ofrecen el bautismo a quien crea en Jesús: judíos, hombres temerosos de Dios, paganos (*Hch* 2, 41; 8, 12-13; 10, 48; 16, 15). El Bautismo aparece siempre ligado a la fe: "Ten fe en el Señor Jesús y te salvarás tú y tu casa", declara san. Pablo a su carcelero en Filipos. El relato continúa: "el carcelero inmediatamente recibió el bautismo, él y todos los suyos" (*Hch* 16, 31-33).

1227. Según el apóstol san Pablo, por el Bautismo el creyente participa en la muerte de Cristo; es sepultado y resucita con Él:

«¿O es que ignoráis que cuantos fuimos bautizados en Cristo Jesús, fuimos bautizados en su muerte? Fuimos, pues, con él sepultados por el bautismo en la muerte, a fin de que, al igual que Cristo fue resucitado de entre los muertos por medio de la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva» (Rm 6, 3-4; cf Col 2, 12).

Los bautizados se han "revestido de Cristo" (*Ga* 3, 27). Por el Espíritu Santo, el Bautismo es un baño que purifica, santifica y justifica (cf *1 Co* 6, 11; 12, 13).

1228. El Bautismo es, pues, un baño de agua en el que la "semilla incorruptible" de la Palabra de Dios produce su efecto vivificador (cf. *1 P* 1, 23; *Ef* 5, 26). San Agustín dirá del Bautismo: *Accedit verbum ad elementum, et fit sacramentum* ("Se une la palabra a la materia, y se hace el sacramento", *In Iohannis evangelium tractatus* 80, 3).

1694. Incorporados a *Cristo* por el bautismo (cf *Rm* 6, 5), los cristianos están "muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo Jesús" (*Rm* 6, 11), participando así en la vida del Resucitado (cf *Col* 2, 12). Siguiendo a Cristo y en unión con él (cf *Jn* 15, 5), los cristianos pueden ser "imitadores de Dios, como hijos queridos y vivir en el amor" (*Ef* 5, 1.), conformando sus pensamientos, sus palabras y sus acciones con "los sentimientos que tuvo Cristo" (*Flp* 2, 5.) y siguiendo sus ejemplos (cf *Jn* 13, 12-16).

La gracia nos justifica mediante el Bautismo y la fe

1987. La gracia del Espíritu Santo tiene el poder de santificarnos, es decir, de lavarnos de nuestros pecados y comunicarnos "la justicia de Dios por la fe en Jesucristo" (*Rm* 3, 22) y por el Bautismo (cf *Rm* 6, 3-4):

«Y si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con él, sabiendo que Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más, y que la muerte no tiene ya señorío sobre él. Su muerte fue un morir al pecado, de una vez para siempre; mas su vida, es un vivir para Dios. Así también vosotros, consideraos como muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo Jesús» (Rm 6, 8-11).

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO XIII DEL TIEMPO ORDINARIO

Quien no toma su cruz...

«En aquel tiempo dijo Jesús a sus apóstoles: ... El que no toma su cruz y me sigue no es digno de mí».

Éstas son algunas de las palabras que leemos en el Evangelio de este Domingo. La cruz es un acontecimiento, que ha llegado a ser un símbolo. Desde cuando Jesús la ha tomado sobre sus hombros y ha muerto en ella, la cruz, en el lenguaje cristiano, ha llegado a ser el símbolo de todo sufrimiento y dolor humano. «Llevar la cruz» es sinónimo de padecer. En este sentido, la cruz es lo que nos pone en comunión o nos iguala con todos. Yo recuerdo algunos sencillos versos, escuchados siendo muchacho, y nunca después olvidados:

«Cuando nací me dijo una voz:
tú has nacido para llevar tu cruz.
Yo, llorando, abracé la cruz
que por el cielo asignada me fue.
Después miré, miré, miré:
acá abajo todos llevan la cruz».

Sí; todos nosotros llevamos la cruz. Si, a veces, nos parece que sólo las cosas nos van torcidas a nosotros, mientras que todos los demás gozan o se complacen, es sólo porque conocemos nuestra cruz y no la de los demás. Somos nosotros como aquel enfermo, descrito por Manzoni, que se vuelve y se revuelve en la cama encontrándola incómoda, y en torno a sí, fuera, ve otros lechos bien arreglados y allanados, e imagina que se debe estar muy bien en ellos. Mas, si por fin consigue cambiarse a ellos, comienza a sentir asimismo en ellos bien aquí un hueco, bien allí una agramiza, que le pincha, o bien un nudo, que le oprime.

Jesús no ha venido a la tierra para llevar la cruz. Él, más bien, nos ha traído a nosotros el modo... de llevarla. Le ha dado a la cruz un sentido y una esperanza; ha revelado dónde ella conduce, si es llevada junto con él: a la resurrección y a la alegría.

Pero ¿cómo hacer comprender la palabra cruz a una sociedad como la nuestra, que a la cruz opone el placer a todos los niveles; que cree haber rescatado finalmente el placer, haberlo sustraído a la injusta sospecha ya la condena, que pesaban sobre él; que ensalza himnos al placer, como en el pasado se exaltaban himnos a la cruz? ¿Una cultura que del placer (*edone* en griego) ha recibido hasta el apelativo de hedonista y de la que hasta, quien más quien menos, todos formamos parte, al menos de hecho, aunque la condenemos con las palabras?

Muchas incomprensiones entre la Iglesia y la así llamada cultura laica residen aquí. Nosotros, al menos, podemos intentar concretar dónde reside el verdadero nudo

del problema y descubrir que posiblemente hay un punto del que partir para un diálogo sereno entre fe y cultura sobre este tema. El punto común es la constatación de que en esta vida el placer y el dolor se siguen uno al otro con la misma regularidad con que al remontarse una ola en el mar le sigue una depresión y un vacío, que arrastra detrás al náufrago, que intenta alcanzar la orilla. El placer y el dolor están contenidos de modo enmarañado el uno en el otro.

El hombre busca desesperadamente separar a estos dos hermanos siameses, aislar el placer del dolor. A veces, se ilusiona de haberlo conseguido y en la borrachera del goce lo olvida todo y celebra su victoria. Pero, por poco tiempo. El dolor está allí como una bebida embriagadora, que se transforma en veneno con el pasar del tiempo. No un dolor distinto, independiente o dependiente de otra causa, sino precisamente el dolor que proviene del placer.

El mismo placer desordenado es el que se retuerce contra nosotros y se nos transforma en sufrimiento. Y esto o improvisada y trágicamente o un poco a la vez, en cuanto que no dura por largo tiempo y engendra saciedad y aburrimiento. Es una lección, que nos llega de la crónica diaria, si la sabemos leer y que el hombre ha representado de mil modos en su arte y en su literatura. «Un no-sé-qué de amargo surge de lo íntimo mismo de todo placer y nos angustia en medio de los deleites», ha escrito el poeta pagano Lucrecio.

El placer es engañoso hasta en sí mismo, porque promete lo que no puede dar. Antes de ser gustado, parece como ofrecerte el infinito y la eternidad; pero, una vez pasado, te encuentras con nada entre las manos. Como una flor bellísima para verla en la planta, que, apenas cortada, se desvanece.

La Iglesia dice tener una respuesta que dar a esto y es el verdadero drama de la existencia humana. La explicación es ésta. Desde el principio, ha habido una elección del hombre, hecha posible desde su libertad, que lo ha llevado a orientar exclusivamente la capacidad de alegría, de la que había sido dotado para que aspirase a gozar del Bien infinito, que es Dios, hacia las cosas visibles.

Dios ha permitido que, al placer, escogido contra la ley de Dios y simbolizado por Adán y Eva, que gustan del fruto prohibido, le siguiese el dolor y la muerte, más como un remedio que como un castigo. Y ello para que no sucediese, que siguiendo a bridas sueltas su egoísmo y su instinto el hombre se destruyese del todo y cada uno destruyese a su prójimo (¡hoy, con la droga y las consecuencias de ciertos desórdenes sexuales, vemos más claramente que en el pasado cómo sea posible destruir la propia vida por el placer de un instante!). Así, junto al placer vemos vincularse ya, como su sombra, el sufrimiento.

Cristo, finalmente, ha destrozado esta cadena. Él «por el gozo que se le proponía, soportó la cruz sin miedo a la ignominia» (Hebreos 12, 2). Hizo, en suma, lo contrario de lo que hizo Adán y hace todo hombre. Resucitando de la muerte, él ha inaugurado un nuevo género de placer: que no precede al dolor, como su causa, sino que lo sigue como su fruto; el que encuentra en la cruz su fuente y la esperanza de no terminar ni siquiera con la muerte.

Y no sólo el placer puramente espiritual sino todo placer honesto; también, el que el hombre y la mujer experimentan en su donación o entrega recíproca, en el engendrar la vida y ver crecer a los propios hijos o a los propios sobrinos; el placer del arte y de la creatividad, de la belleza, de la amistad, del trabajo felizmente llevado a término. Todo alegría.

Tras el placer, que sigue al sacrificio y lo que le precede o lo evita, existe la misma diferencia que entre una bonita vacación gozada tras la fatiga y después de haber pagado con anticipo el precio y una vacación vivida antes de haberla merecido con la sensación de que la cuenta toda está aún sin pagar.

¿Qué hacer por lo tanto? No se trata normalmente de ir en busca del sufrimiento sino aceptar con ánimo nuevo el que ya existe en nuestra vida. Nosotros podemos comportarnos con la cruz como la vela con el viento. Si ella lo recoge por la parte justa, el viento la hincha y hace avanzar ligera a la barca sobre las olas; si, por el contrario, la vela se pone de través, contra la corriente, el viento rompe el árbol y lo echa todo a perder en el mar. Tomada bien, la cruz nos arrastra; tomada mal, nos deja para el arrastre.

No debemos malgastar nuestro sufrimiento. El sufrimiento se desperdicia si hablamos de él a diestro y siniestro, sin necesidad o utilidad alguna, lamentándonos constantemente de nuestros males con la primera persona que se nos pone a tiro. Esto no es llevar la cruz sino ponerla sobre los hombros de los demás. Deberíamos, más bien, custodiar o guardar celosamente cualquier pequeño sufrimiento como un secreto entre nosotros y Dios, para que no pierda su perfume por ello.

Saber sufrir algo en silencio es una de las cosas que más contribuyen a mantener la paz y la armonía en una familia, en una pareja o en una comunidad religiosa. Decía un antiguo padre del desierto: «Por cuanto grandes sean tus penas, tu victoria sobre ellas está en el silencio».

Pero, debemos igualmente sacar de todo lo que hemos dicho una segunda conclusión. Y es ésta: como cristianos no debemos tener ningún miedo al placer cuando éste viene acompañado del cumplimiento del deber. Hay personas, que tienen miedo al placer. Les parece a ellas cometer pecado por abandonarse a él con alegría. En ciertos casos, esto es fruto de una educación religiosa deformada, a la que tal vez nosotros, los sacerdotes, hemos contribuido en el pasado con nuestra moral y nuestra predicación.

En la Escritura leemos estas palabras, que nunca han sido revocadas, aunque sí fueron escritas en el Antiguo Testamento:

«Anda, come con alegría tu pan y bebe de buen grado tu vino, que Dios está ya contento con tus obras… Vive la vida con la mujer que amas» (Qohelet 9.7-9).

Igualmente, el placer es de Dios y Dios no está celoso de lo que él mismo ha creado «si se toma con acción de gracias» (Timoteo 4, 4). Aprendamos, por lo tanto, a aceptar de igual forma las alegrías, que existan en nuestra vida, ya agradecérselas a Dios, sin estar lamentándonos todo el tiempo por las cruces. Frecuentemente, saber alegrarse y

gozar de las cosas buenas es el mejor modo de dar satisfacción y alegría a los demás: al marido o a la mujer, a los hijos o a quien vive junto a nosotros.

PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes

IR A ÍNDICE DOMINGO XIII DEL TIEMPO ORDINARIO

Enviados a derribar gigantes

"La misericordia y la verdad se encontraron, la justicia y la paz se besaron". Es decir, no hay paz sin justicia. Pero la paz se establece a través de la justicia, por la misericordia.

Jesús ha venido a traer fuego sobre la tierra para encender los corazones en la llama de su amor, a través de la gracia derramada del Espíritu Santo sobre toda la humanidad, pero que solo la reciben los hombres de buena voluntad que abren su corazón de par en par.

Jesús nos ama. Está presente verdaderamente en la Eucaristía, y viene a nosotros, entra en cada uno de nosotros, Él en nosotros y nosotros en Él.

Pero algunos no creen en Él, no lo quieren recibir, le cierran las puertas de su corazón, desvían la mirada de su alma, lo sacan de su vida, porque Él no ha venido a traer la paz, sino la guerra.

Él no ha venido a reconciliar a justos con pecadores, sino que ha venido a convertir en justos a los pecadores.

Ha venido a herirlos con la espada de dos filos, para que mueran a sí mismos y se reconcilien con Él.

No tengas miedo, Cristo está contigo todos los días de tu vida. Él te envía a derribar gigantes con la espada de la verdad, pero va por delante de ti.

Sé tú un instrumento dócil, leal y fiel, para que Él haga sus obras, a través de ti.

FLUVIUM (www.fluvium.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO XIII DEL TIEMPO ORDINARIO

No aspirar a menos

Escuchadas fuera de su contexto estas afirmaciones de Nuestro Señor, nos pueden parecer al menos secas. Además, podrían inducirnos a pensar que Jesús pretendía un protagonismo desconsiderado; ser únicamente punto necesario de referencia para el hombre y no tanto quien **vino al mundo para que todos los hombres se salven y conozcan la verdad**, manifestando así el amor que Dios nos tiene. Resulta, por eso, imprescindible recordar siempre, al leer y meditar la Sagrada Escritura, que Jesucristo, el Hijo de Dios encarnado, únicamente ha querido venir al

mundo para salvarnos. Así, una vez reconocida su indiscutible bondad, podremos –iluminados por el Espíritu Santo y humildemente– avanzar en el conocimiento de Jesucristo, que se hizo hombre para nuestro bien. ¿Acaso sería justo amar a alguien más que a Dios, por muy próximo y querido que sea para nosotros?

Por otra parte, ya hemos considerado a fondo –y es a diario punto de partida de nuestras reflexiones– la razón de ser de nuestra existencia, lo que justifica la presencia nuestra en el mundo: somos –y somos personas– para Dios. **Nos hiciste, Señor, para ser tuyos**, declara San Agustín. Únicamente Dios nos puede colmar. Pero nuestro acceso a la divinidad ha de ser humano, consecuencia del ejercicio de nuestra libertad. Estando, pues, en buscar, encontrar y poseer a Dios eternamente el único sentido y fin de la existencia del hombre, ¿acaso no es razonable cualquier sacrificio antes que perder lo único que nos puede llenar plenamente, aquello en lo que, por otra parte, consiste la plena felicidad humana?

Es muy conocida la tendencia a ponernos cada uno como objetivo de nuestro interés; tanto que parece natural y hasta irremediable. Se trata, sin embargo, de una consecuencia del pecado y de la rebeldía humana. El gran don que el hombre ha recibido y lo eleva sobre el resto de las criaturas de este mundo es la capacidad de amar. Sólo los hombres somos capaces de entregarnos conscientemente en beneficio de otros, que eso es amar. Ciertamente esa capacidad de buscar el bien podemos intentar emplearla en nosotros mismos, podemos buscar la autosatisfacción. Pero esto no sería amar, sería egoísmo o soberbia. El hombre fue ideado por su Creador para vivir amando como decíamos, dándose a Él en cada circunstancia de la vida buscando agradarle. Así tiene su existencia el sentido que le es propio: se asemeja al Creador como debe –ya que somos a su imagen y semejanza–, que es puro don. Por el contrario, una vida humana si busca como objetivo su propio bien fracasa: **Quien encuentre su vida, la perderá; pero quien pierda su vida por mí, la encontrará.**

"Perder la vida por Dios…", nos dice el Señor. Porque se trata de emplear a cada paso esa capacidad que poseemos para darnos, "como Dios manda". Y está usada en este caso la conocida expresión en su sentido más literal. Se trata, en efecto, de caminar cuando Dios quiere, donde Dios quiere, como Dios quiere, porque Dios lo quiere. Caminar, o correr, o descansar, o trabajar con las manos o la inteligencia, o dar un consejo, o preguntar una duda; ayudar o pedir ayuda… Cualquiera de las infinitas actividades del hombre son –vividas por Dios– perder la vida por Él, gastándola en el cumplimiento de su voluntad y, por tanto, encontrarla.

No está mal actuar por los demás, al contrario, pero es poco: **Quien recibe a un justo por ser justo obtendrá recompensa de justo**. Bastantes, que son buenos, se quedan en esto: en la hermandad entre los pueblos, en la justicia social, en ser ciudadanos intachables, solidarios… Indudablemente se trata de verdaderos valores que contribuyen grandemente al bien, y que han sido muy alentados –lo son en el momento actual– y convendrá seguir estimulándolos en el futuro. Es también indudable que la persona se siente realizada actuando bien, aunque sea en cierta medida (en cierta medida se siente realizada y también en cierta medida actúa bien). Sin embargo, únicamente llevamos a cabo todo el bien posible cuando lo hacemos por

Dios. Sólo amar a Dios mismo, además, puede colmar realmente todos los anhelos de la criatura humana.

Todo el que dé de beber tan sólo un vaso de agua fresca a uno de estos pequeños por ser discípulo, en verdad os digo que no quedará sin recompensa. Jesús concluye, en efecto, asegurando que no faltará la debida satisfacción a los que realicen el bien, no tanto a otro de nuestros semejantes sino a Él mismo a través de ellos. Por eso, da igual en qué consista de hecho un trabajo o una obra de servicio o para quién se realice, si se hace porque agrada a Dios. Lo determinante para afirmar la categoría de la acción y de quien la lleva a cabo es que aquello se haga por Dios y "como Dios manda".

Es justo que nos gocemos pensando que, por la Gracia de Dios, podemos llevar a cabo, si queremos, algo de categoría divina. Nuestro Creador lo acogerá complacido en cada caso, con solo intentar actuar puesta la vista en Dios. ¡Qué gran tesoro esta libertad, que nos permite elevarnos muy por encima de nuestra terrena condición, hasta tratar de tú confiadamente a Nuestro Dios! Así hablan los hijos con sus padres siempre que lo desean. Como ellos, podemos dirigirnos también –amando– a nuestra Madre del Cielo, y seremos doblemente felices, al sentirnos más hijos aún de Nuestro Padre Dios

---

PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)

IR A ÍNDICE DOMINGO XIII DEL TIEMPO ORDINARIO

"Sean mutuamente acogedores"

El pasaje evangélico de hoy incluye dos temas muy distintos. Podríamos resumir el primero con la expresión "seguir a Cristo hasta la cruz" y el segundo con la expresión "recibir a Cristo en los hermanos". Los dos temas, como se ve; tienen un objeto y un sujeto en común: nosotros y Cristo; vale decir que tienden a iluminamos algunos aspectos de nuestra relación con el Maestro.

Detengámonos hoy en el tema del recibimiento. Está preparado, en la primera lectura, en aquel simple y simpático gesto de la mujer sunamita que recibe al profeta Eliseo cada vez que pasa por su ciudad. le da de comer y beber y le prepara una habitación para que descanse. Ella es recompensada por su recibimiento con la promesa de tener descendencia.

Cuando el tema es retomado por Jesús en el Evangelio. encontramos una vez más la idea de una recompensa; también Jesús promete algo a quien recibe a un profeta, es decir, a un ministro de Dios, a un misionero del Reino. Pero esta recompensa está espiritualizada. ¿Qué es en el fondo lo que promete Jesús a quien recibe a un hermano. en especial si es pequeño y pobre? Se promete a sí mismo: *El que los recibe a ustedes me recibe a mí* y en otro lugar dice: *Les aseguro que cada vez que lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos, lo hicieron conmigo* (Mt. 25, 40). Además, promete al Padre: *y el que me recibe, recibe a aquel que me envió*.

Jesús anexa, entonces, una gran importancia y una gran promesa a este gesto humano del recibimiento, y por eso es necesario saber bien qué significa recibir a un hermano. Existen algunos ejemplos más comunes de recibimiento que el mismo texto evangélico, sobre todo si es comparado con la primera lectura. lleva a la luz: recibir al discípulo que es forastero o está de paso, dar un vaso de agua al sediento. Quien conoce el Evangelio sabe lo larga que es esta lista: dar de comer a quien tiene hambre, visitar a los enfermos, consolar a los afligidos…Son las obras de misericordia que constituyen la manifestación concreta del recibimiento. San Pablo las resumía con la expresión: *Ayúdense mutuamente a llevar las cargas* (Gál. 6, 2).

Dar un buen recibimiento al hermano significa salir de nuestro egoísmo para interesamos activamente por él, para darle un poco de nuestro tiempo. de nuestra solidaridad y estima y, antes que nada, para escucharlo can paciencia. Se puede salir reconfortado de un encuentro como éste. Hoy, una forma de recibimiento que se ha perdido es la hospitalidad. Si no siempre es posible recibir en nuestra casa al forastero, al menos sería necesario no rechazar por principio y no evitar a quien viene de lugares distintos y tiene costumbres distintas o color distinto al nuestro. El problema del recibimiento y de la inserción de los inmigrantes es un problema también cristiano, además de social.

San Pablo recomendaba a los cristianos: *Sean mutuamente acogedores, como Cristo los acogió a ustedes* (Rom. 15, 7). He aquí, entonces, el modelo de nuestro recibimiento en relación con los hermanos. ¿Cómo nos recibió Cristo? Nos recibió aun siendo nosotros pecadores, reincidentes. incluso si a menudo lo ofendimos y le dimos la espalda, aun cuando fuimos poco sutiles y lentos para entender, como eran los mismos apóstoles; nos recibió gratuitamente; nos recibió a pesar del inmenso desnivel "social" que había entre nosotros y él. También nosotros debemos hacer así. En la vida de cada día y comenzando por las personas más próximas. Acogerse. es decir, aceptarse recíprocamente entre personas de la misma familia o entre colegas del trabaja, a menudo resulta más difícil que acoger y aceptar a personas extrañas. Con éstas tenemos menos cosas que perdonar y que hacemos perdonar.

Pero hay un momento de nuestra vida cristiana en que el recibimiento recíproco debe asumir un carácter y una intensidad muy particular: el momento en que nos reencontramos juntos como comunidad para escuchar la palabra de Dios y partir el común pan eucarístico. ¡Cuánto camino nos queda por recorrer! Pienso en el modo con que Jesús acogió a sus discípulos para aquella primera asamblea eucarística que se celebró en el Cenáculo. Se dirigió a ellos llamándolos "hijitos", les lavó los pies, quiso que la sala que debía recibirlos estuviese limpia y adornada con alfombras y almohadones (cfr. Lc 22, 12). La necesidad de vivificar los momentos de comunidad y las realidades locales se ha vuelto hoy un signo de los tiempos: están naciendo asambleas de escuela, de barrio, de fábrica. ¡Cuánto más deberíamos vivificar nosotros la asamblea por excelencia que es la Iglesia local reunida alrededor del altar!

Estoy convencido de que, si nuestras asambleas litúrgicas a menudo nos dejan fríos y apáticos, si no producen cambios profundos en nuestro espíritu, el motivo principal no se debe a que estemos distraídos o no pensemos lo suficiente en Jesús; sí.

también es esto, pero sobre todo es que no nos recibimos de veras los unos a los otros, no nos abrimos para hacer "un solo corazón y un alma sola"; cada uno permanece en su cáscara. Es una experiencia ya demostrada tantas veces que sólo cuando un grupo de personas, al estar juntas, hacen una unidad, es decir, se reciben hasta lo más profundo tal como son, y se aceptan como hermanos, sólo entonces se libera una fuerza que involucra a todos y hace vivir en una dimensión nueva, que es justamente la dimensión del Espíritu, del cual la alegría es la contraseña más evidente.

Esto es por cierto más fácil de obtener cuando la que se reúne alrededor del altar es una pequeña comunidad que ya se conoce y ha recorrido un cierto camino en compañía, y que por eso puede intercambiarse también los signos visibles de unión, como la puesta en común de algo, la discusión de ideas, de preocupaciones y de experiencias. Pero es una meta que debemos proponemos incluso en las grandes asambleas dominicales como la nuestra. Debemos esforzamos por salir del anonimato y valorizar los signos de reconocimiento y de recibimiento que la liturgia nos ofrece, como por ejemplo el gesto de la paz, e inventar otros si es necesario.

Porque donde hay dos o tres reunidos en mi Nombre -dice Jesús-, *yo estoy presente en medio de ellos* (Mt. 18, 20), es necesario, entonces, que estemos de veras reunidos "en su Nombre", que nos recibamos los unos a los otros como él nos recibió, para que él esté entre nosotros y, con él, su alegría y su paz.

¡El recibimiento de Cristo con respecto a nosotros! Ahora nos aprestamos a vivirlo en su expresión más alta, la Eucaristía. Él nos acoge así como somos, pobres y harapientos, en su casa, nos admite en su mesa y se dispone a servimos: *Vengan, coman de mi pan, y beban del vino que yo mezclé* (Prov. 9, 5).

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO XIII DEL TIEMPO ORDINARIO

Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II

Homilía en la beatificación de Jurgis Matulaitis (28-VI-1987)

– El Bautismo

"Hemos sido bautizados en Cristo Jesús" (Rm 6, 3).

"¿O es que ignoráis que cuantos fuimos bautizados en Cristo Jesús, fuimos bautizados en su muerte? Fuimos, pues, con él sepultados por el bautismo en la muerte, a fin de que, al igual que Cristo fue resucitado de entre los muertos por medio de la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva" (Rm 6, 3-4).

Cuando el Resucitado envió a los Apóstoles a todas las naciones de la tierra para anunciar el Evangelio a las gentes y bautizarlas en el nombre de la Santísima Trinidad, se cumplieron las palabras del profeta Ezequiel, recordadas en la liturgia de hoy: "Os tomaré de entre las naciones, os recogeré de todos los países y os llevaré a vuestro suelo. Os rociaré con agua pura y quedaréis purificados; de todas vuestras impurezas

y de todas vuestras basuras os purificaré. Y os daré un corazón nuevo, infundiré en vosotros un espíritu nuevo, quitaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne" (Ez 36, 24-26).

El bautismo: sacramento que regenera en el agua y el Espíritu Santo, según las palabras de Cristo a Nicodemo. El bautismo: sacramento de una vida nueva, en la que se desafía la herencia del pecado original, y se injerta en el hombre la herencia de la redención: la gracia y el amor.

Así como reza el Salmista: "¡Oh Dios crea en mí un corazón puro, renuévame por dentro con espíritu firme!" (Sal 50/51, 12).

El bautismo: primera victoria del Espíritu Santo en el alma del hombre. Comienzo del camino de la salvación eterna en Dios. Comienzo del reino de Dios que está en nosotros (...).

– Tomar la cruz de Cristo

En el evangelio de hoy oímos las palabras de Cristo el Señor: "El que no toma su cruz y me sigue, no es digno de mí, el que encuentre su vida la perderá, y el que pierda su vida por mi causa (por mí), la encontrará" (Mt 10, 38-39).

Hoy la Iglesia se dirige a vosotros, queridos hermanos y hermanas de Lituania, con las palabras de Cristo en el Evangelio: "Recibid a un profeta porque es profeta. Recibid a un justo porque es justo" (cfr. Mt 10, 41). Ésa es la elocuencia de esta beatificación para el jubileo de vuestro bautismo. Hay que acoger a los Santos con el corazón y con la fe, para que puedan indicarnos el camino, ese camino cuyo comienzo lo constituye la "inmersión en Cristo" por medio del bautismo.

Así, pues, recemos juntos con el nuevo Beato, que se presenta a vosotros para que no dejéis de ser "dignos de Cristo": "El que toma su cruz y me sigue, es digno de mí". Esto es lo que nos dice.

A lo largo de vuestra historia habéis mostrado muchas veces que deseáis ser dignos de Cristo, y a veces, incluso, de modo heroico. ¿Qué podemos desearos más hoy, en este año jubilar y para el futuro? Os deseamos: ¡Que seáis siempre dignos de Cristo! Que seáis el Pueblo de Dios, en el país que dio Dios a vuestros antepasados... Y que Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo sea siempre vuestro Dios (Cfr. Ez 36, 28).

***

Homilía II: a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

Ser cristiano no es simpatizar con una causa por noble que sea, sino una adhesión de nuestra inteligencia y corazón, un compromiso con la "*persona misma de Jesús*, compartir su vida y su destino, participar de su obediencia libre y amorosa a la voluntad del Padre" (*Veritatis Splendor*, 19). El tono incisivo, casi rudo, del Evangelio de hoy lo recuerda: "Quien ama a su padre o su madre más que a mí, no es digno de mí".

Cualquiera que está familiarizado con las enseñanzas de Jesús, comprende que estas palabras no enfrentan al 1º y 4º Mandamiento, señalan tan sólo el orden en que deben vivirse. "Honra a tu padre, con tal de que no te separe del verdadero Padre" (S. Jerónimo). "Sean amados todos en este mundo -enseña S. Gregorio Magno-, aún los mismos enemigos, pero el adversario en el camino de Dios no sea amado, ni aun siendo pariente" (Hom, 37). Tampoco suponen estas palabras de Jesús un desprecio por la propia vida sino la condición que permite vivirla con plenitud. Nada debe anteponerse al amor de Dios. Los padres y los hijos deben recordar esto cuando Dios se insinúe en sus vidas y les invite a una entrega más generosa a la causa del Evangelio. Y cada uno debe comprender que vivir obsesivamente pendientes de uno mismo y sus intereses, de su bienestar, sin pensar en Dios y en los demás, es cegar la fuente en la que se desea beber.

"Lo que hace verdaderamente desgraciada a una persona -y aún a una sociedad entera- es esa búsqueda ansiosa de bienestar, el intento incondicionado de eliminar todo lo que contraría. La vida presenta mil facetas, situaciones diversísimas, ásperas unas, fáciles quizá en apariencia otras. Cada una de ellas comporta su propia gracia, es una llamada original de Dios: una ocasión inédita de trabajar, de dar el testimonio divino de la caridad. A quien siente el agobio de una situación difícil, yo le aconsejaría que procure también olvidarse un poco de sus propios problemas, para preocuparse de los problemas de los demás: haciendo esto, tendrá más paz y, sobre todo, se santificará" (S. Josemaría Escrivá).

Sin Cruz no hay cristianismo. La comodidad egoísta se filtra en todo afecto y en toda actuación, incluso en las que se realizan con altura de miras. El celo apostólico y la lucha personal contra nuestras oscuras inclinaciones pueden estar lastradas por el contrapeso de cargas de carácter egocéntrico que, únicamente el tiempo, las contrariedades, las arideces de la prosa diaria, las tentaciones humillantes, las caídas, el desaliento al tropezar con la indiferencia o el rechazo de los que querríamos hacer partícipes de la Buena Nueva, pueden purificar, otorgando al cristiano, poco a poco, ese saludable olvido de sí que Jesús nos propone. Sí, el amor se purifica y robustece con estas pruebas. También puede degenerar en rebeldía, como en el caso del mal ladrón, justamente porque la piedra de toque del amor es el dolor.

Con todo, estas severas advertencias del Señor están atemperadas con el ofrecimiento de una recompensa en los cielos. La radicalidad del compromiso cristiano no es autorrenuncia sino actividad fecunda del amor que anula los criterios del hombre viejo del que habla S. Pablo y estimula la vida del hombre nuevo en quienes nos convertimos al ser injertados en Cristo por el Bautismo. Esto nos permitirá decir con gozo y con verdad: "Cantaré eternamente las misericordias del Señor", ya que Él premiará hasta el servicio más insignificante "un vaso de agua fresca". Dios no se deja ganar en generosidad.

***

Homilía III: basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

"La radicalidad evangélica frente a la mediocridad"

I. LA PALABRA DE DIOS

– 2R 4, 8-11.14-16: "Ese hombre de Dios es un santo, se quedará aquí"

– Sal 88, 2-3.16-17.18-19: "Cantaré eternamente las misericordias del Señor"

– Rm 6, 3-4.8-11: "Por el Bautismo fuimos sepultados con Él en la muerte para que andemos en una vida nueva"

– Mt 10, 37-42: "El que no toma su cruz y me sigue no es digno de mi"

II. APUNTE BÍBLICO-LITÚRGICO

– Gratuitamente, sin mérito alguno por nuestra parte, Dios nos ha hecho partícipes de su vida mediante el Bautismo por el que somos sepultados en la muerte con Cristo para caminar en la "vida nueva" como "muertos al pecado" (2ª Lect.).

– La vida nueva ha de ser conducida por caminos nuevos. Por el "Camino" que es Jesucristo, de modo que nada ni nadie nos impida vivir en comunión con Él (ni familia, ni sufrimiento ni vida humana) y amar lo que Él ama (Ev.).

– Dios visita al matrimonio de Sunam y, por medio de Eliseo, le concede el hijo que hasta entonces no habían logrado. Era el premio de la hospitalidad hacia el Profeta. Abrir la puerta al pobre es abrírsela a Dios, a su gracia, a la salvación (1ª Lect.).

III. SITUACIÓN HUMANA

– Los radicalismos no gozan de buena fama en nuestra sociedad. Casi siempre son identificados con la intransigencia y la intolerancia.

El radicalismo cristiano, sin embargo, nada tiene que ver con todo eso. Es aceptar definitiva y plenamente el Evangelio, sin acomodaciones de conveniencia. Y ser siempre consciente de que hay más camino por recorrer, además del que se haya recorrido.

IV. LA FE DE LA IGLESIA

– La fe

– La primera vocación del cristiano es seguir a Jesucristo:

"... Es preciso convencerse de que la vocación primera del cristiano es seguir a Jesús. ``El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí'" (2232).

– Jesús, nuestro modelo:

"Toda su vida, Jesús se muestra como nuestro modelo. Él es el hombre perfecto que nos invita a ser sus discípulos y a seguirle: con su anonadamiento, nos ha dado un ejemplo a imitar; con su oración atrae a la oración; con su pobreza a aceptar libremente la privación y las persecuciones" (520).

– La respuesta

– Cristo, centro de toda vida cristiana:

"Cristo es el centro de toda vida cristiana. El vínculo con Él ocupa el primer lugar entre todos los demás vínculos, familiares o sociales. Desde los comienzos de la Iglesia ha habido hombres y mujeres que han renunciado al gran bien del matrimonio para seguir al Cordero dondequiera que vaya, para ocuparse de las cosas del Señor, para tratar de agradarle, para ir al encuentro del Esposo que viene. Cristo mismo invitó a algunos a seguirle en este modo de vida del que Él es el modelo" (1618).

– **El testimonio cristiano**

– "Os ruego que penséis que Jesucristo, Nuestro Señor, es vuestra verdadera Cabeza, y que vosotros sois uno de sus miembros. Él es con relación a vosotros lo que la cabeza es con relación a sus miembros; todo lo que es suyo es vuestro, su Espíritu, su corazón, su cuerpo, su alma y todas sus facultades, y debéis usar de ellas como de cosas que son vuestras, para servir, alabar, amar y glorificar a Dios" (1698).

– "El que somete su propio cuerpo y domina su alma, sin dejarse llevar por las pasiones es dueño de sí mismo; se puede llamar rey porque es capaz de gobernar su propia persona; es libre e independiente y no se deja cautivar por una esclavitud culpable (S. Ambrosio, Psal. 118, 14, 30: PL 1403A)" (908).

La vida nueva recibida en el Bautismo exige seguir a Jesucristo esforzándonos en la radicalidad del Evangelio.

HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO XIII DEL TIEMPO ORDINARIO

Amor a Dios

– Dios es quien únicamente merece ser amado de modo absoluto y sin condiciones. Los afectos humanos rectos se elevan y ennoblecen cuando se ama a Dios sobre todos los demás amores.

I. Jesús nos enseña en incontables ocasiones que Dios ha de ser nuestro principal amor; a las criaturas debemos amarlas de modo secundario y subordinado. En el *Evangelio* de la Misa nos advierte, con palabras que no dejan lugar a dudas: *Quien ama a su padre o a su madre más que a Mí, no es digno de Mí; y quien ama a su hijo o a su hija más que a Mí, no es digno de Mí*. Y aún más: *Quien ame su vida, la perderá; pero quien pierda su vida por Mí, la encontrará*. Dios es únicamente quien merece ser amado de un modo absoluto y sin condiciones; todo lo demás debe serlo en la medida en que es amado por Dios. El Señor nos enseña el auténtico amor y nos pide que amemos a la familia y al prójimo, pero ni aun estos amores debemos anteponerlos al amor de Dios, que ha de ocupar siempre el primer lugar. Amando a Dios se enriquecen, crecen y se purifican los demás amores de la tierra, se ensancha el corazón y se hace verdaderamente capaz de querer, superando las barreras y reservas del

egoísmo, presente siempre en cada criatura. Los amores limpios de esta vida se elevan y ennoblecen aún más cuando se ama a Dios como lo primero.

Para querer a Dios como Él pide es necesario, además, perder la propia vida, la del hombre viejo. Es necesario morir a las tendencias desordenadas que inclinan al pecado, morir a ese egoísmo, a veces brutal, que lleva al hombre a buscarse sistemáticamente en todo lo que hace. Dios quiere que conservemos lo sano y recto que tiene la naturaleza humana, lo bueno y distinto de todo hombre: nada de lo positivo y perfecto, de lo verdaderamente humano, se perderá. La vida de la gracia lo penetra y lo eleva, enriqueciendo así la personalidad del cristiano que ama a Dios. El hombre, cuanto más muere a su yo egoísta, más humano se vuelve y está más dispuesto para la vida sobrenatural.

El cristiano que lucha por negarse a sí mismo encuentra una nueva vida, la de Jesús. Respetando lo propio de cada uno, la gracia nos transforma para adquirir los mismos sentimientos que Cristo tiene sobre los hombres y los acontecimientos; vamos imitando sus obras, de tal manera que nace un nuevo modo de actuar, sencillo y natural, que mueve a las gentes a ser mejores; nos llenamos de los mismos deseos de Cristo: cumplir la voluntad del Padre, que es expresión clara del amor. El cristiano se identifica con Jesús, conservando su propio modo de ser, en la medida en que, con la ayuda de la gracia, se va despojando de sí mismo: *tengo deseos de disolverme para estar con Cristo*, exclamaba San Pablo.

El amor a Dios no puede darse por supuesto; si no se cuida, muere. Si, por el contrario, nuestra voluntad se mantiene firme en Él, las mismas dificultades lo encienden y fortalecen. El amor a Dios se alimenta en la oración y en los sacramentos, en la lucha contra los defectos, en el esfuerzo por mantener viva su presencia a lo largo del día mientras trabajamos, en las relaciones con los demás, en el descanso… La Sagrada Eucaristía debe ser especialmente la fuente donde se sacie y se fortalezca nuestro amor al Señor. Amar es, en cierto modo, poseer ya el Cielo aquí en la tierra.

– No hay tasa ni medida en el amor a Dios.

II. Por la elevación al orden de la gracia, el cristiano ama con el mismo amor de Dios, que se le da como don inefable. Ésta es la esencia de la caridad, que se recibe en el Bautismo y que el cristiano puede disponerse a incrementar con la oración, los sacramentos y el ejercicio de las buenas obras.

Infundido en el alma del cristiano, este amor "debe ser la regla de todas las acciones. Del mismo modo que los objetos que construimos se consideran correctos y ultimados si se ajustan al proyecto trazado previamente, también cualquier acción humana será recta y virtuosa cuando concuerde con la regla divina del amor; y si se aparta de ella, no será buena ni perfecta". Para que todas nuestras obras puedan ser pesadas y medidas por esa regla, el alma en gracia no recibe el amor divino como algo extraño. La caridad no destruye, sino que ordena, imprimiendo esa unidad del querer tan propia del amor de Dios. Para esto perfecciona y eleva nuestra voluntad.

La caridad, con la que amamos a Dios y en Dios al prójimo, fructifica en la medida en que se pone en ejercicio: cuanto más se ama, más capacidad tenemos para amar. "Y

si lo que ama no lo posee totalmente, tanto sufre cuanto le falta por poseer (...). Mientras esto no llega, está el alma como en un vaso vacío que espera estar lleno; como el que tiene hambre y desea la comida; como el enfermo que llora por su salud; y como el que está colgado en el aire y no tiene dónde apoyarse".

No hay tasa ni medida para amar a Dios. Él espera ser amado con todo el corazón, con toda el alma y con toda la mente. Siempre podrá crecer el amor a Dios; Él dice a sus hijos, a cada uno en particular: *Con amor eterno te amé; por eso, compadecido de ti, te atraje a Mí.*

Pidamos al Señor que nos persuada de esta realidad: sólo hay un amor absoluto, que es la fuente de todos los amores rectos y nobles. Y aquel que ama a Dios, es quien mejor y más ama a sus criaturas, a todas; a algunas "es fácil amarlas; a otras, es difícil: no son simpáticas, nos han ofendido o hecho mal; sólo si amo a Dios en serio, llego a amarlas en cuanto hijas de Dios y porque Él me lo manda. Jesús ha fijado también cómo amar al prójimo, esto es, no sólo con el sentimiento, sino con los hechos: (...) tenía hambre en la persona de mis hermanos más pequeños, ¿me habéis dado de comer? ¿Me habéis visitado cuando estaba enfermo?". ¿Me ayudasteis a llevar las cargas cuando eran demasiado pesadas para llevarlas Yo solo? Amar al prójimo en Dios no es amarlo mediante un rodeo: el amor a Dios es un atajo para llegar a nuestros hermanos. Sólo en Dios podemos entender de verdad a los hombres todos, comprenderlos y quererlos, aun en medio de sus errores y de los nuestros, y de aquello que humanamente tendería a separarnos de ellos o a pasar a su lado con indiferencia.

– Manifestaciones del amor a Dios.

III. Nuestro amor a Dios sólo es respuesta al suyo, pues *Él nos amó primero*, y es el amor que Dios pone en nuestra alma para que podamos amar. Por eso le rogamos: Dame, Señor, el amor con el que quieres que te ame.

Correspondemos al amor de Dios cuando queremos a los demás, cuando vemos en ellos la dignidad propia de la persona humana, hecha a imagen y semejanza de Dios, creada con un alma inmortal y destinada a dar gloria a Dios por toda la eternidad. Amar es acercarse a ese hombre herido que cada día está en nuestro mismo camino, vendarle las heridas, atenderle y cuidar de él en todo; esmerarse de modo particular en acercarle al Señor, pues la lejanía de Dios es siempre el mayor de los males, el que pide más atención, el más urgente. El apostolado es una magnífica señal de que amamos a Dios y camino para amarle más.

El amor se manifiesta en muchas ocasiones en ser agradecidos. Cuando el Señor, después de haber expuesto la parábola de los deudores, pregunta a Simón el Fariseo: *¿Cuál de los dos amará más a quien les prestó el dinero?*, utiliza el verbo amar como sinónimo de estar agradecido, y nos descubre así la esencia del afecto que los hombres deben a su principal acreedor, Dios. La etimología nos desvela también el hondo sentido de la Eucaristía, que no es otra cosa que hacimiento de gracias por ese don del amor que ella misma nos concede.

Correspondemos al amor de Dios cuando luchamos contra lo que nos aparta de Él. Es necesario pelear cada día, aunque sea en pequeñas cosas, porque siempre

encontraremos barreras que intentarán separarnos de Dios: defectos de carácter, egoísmos, pereza que impide acabar bien el trabajo...

Amamos a Dios cuando convertimos la vida en una incesante búsqueda de Él. Se ha dicho que no sólo no busca Dios a los hombres, sino que sabe ocultarse para que nosotros le busquemos. Lo encontramos en el trabajo, en la familia, en las alegrías y en el dolor... Implora nuestro afecto, y no sólo pone en nuestro corazón el deseo de buscarle, sino que nos anima constantemente a ello. ¡Si pudiéramos comprender el amor que Dios nos tiene! Si pudiéramos decir como San Juan: *nosotros hemos conocido y creído en el amor que Dios nos tiene*, todo nos resultaría más fácil y sencillo.

En esto hemos de convertir toda nuestra vida: en una búsqueda constante de Jesús, en las horas buenas y en las que parecen malas, en el trabajo y en el descanso, en la calle y en medio de la familia. Esta empresa, la única que da sentido a las demás, no podemos llevarla a cabo solos. Acudimos a Santa María, y le decimos: *No me dejes, ¡Madre!: haz que busque a tu Hijo; haz que encuentre a tu Hijo; haz que ame a tu Hijo... ¡con todo mi ser! -Acuérdate, Señora, acuérdate*. Enséñame a tenerle como el primer Amor, Aquel que amo en Sí mismo y de modo absoluto, por encima de los demás amores.

"¿Qué soy yo para Ti, oh Señor, para que mandes que te ame, y si no lo hago te enojes conmigo y me amenaces con grandes miserias? ¿Es acaso pequeña la miseria de no amarte?".

P. Antoni POU OSB Monje de Montserrat, (Barcelona, España) (www.evangeli.net)

IR A ÍNDICE DOMINGO XIII DEL TIEMPO ORDINARIO

«El que no toma su cruz y me sigue detrás no es digno de mí. Quien a vosotros recibe, a mí me recibe»

Hoy, al escuchar de boca de Jesús: «El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí...» (Mt 10, 37) quedamos desconcertados. Ahora bien, al profundizar un poco más, nos damos cuenta de la lección que el Señor quiere transmitirnos: para el cristiano, el único absoluto es Dios y su Reino. Cada cual debe descubrir su vocación —posiblemente esta es la tarea más delicada de todas— y seguirla fielmente. Si un cristiano o cristiana tienen vocación matrimonial, deben ver que llevar a cabo su vocación consiste en amar a su familia tal como Cristo ama a la Iglesia.

La vocación a la vida religiosa o al sacerdocio pide no anteponer los vínculos familiares a los de la fe, si con ello no faltamos a los requisitos básicos de la caridad cristiana. Los vínculos familiares no pueden esclavizar y ahogar la vocación a la que somos llamados. Detrás de la palabra "amor" puede esconderse un deseo posesivo del otro que le quita libertad para desarrollar su vida humana y cristiana; o el miedo a salir

del nido familiar y enfrentarse a las exigencias de la vida y de la llamada de Jesús a seguirlo. Es esta deformación del amor la que Jesús nos pide transformar en un amor gratuito y generoso, porque, como dice san Agustín: «Cristo ha venido a transformar el amor».

El amor y la acogida siempre serán el núcleo de la vida cristiana, hacia todos y, sobre todo, hacia los miembros de nuestra familia, porque habitualmente son los más cercanos y constituyen también el "prójimo" que Jesús nos pide amar. En la acogida a los demás está siempre la acogida a Cristo: «Quien a vosotros recibe, a mí me recibe» (Mt 11, 40). Debemos ver, pues, a Cristo en aquellos a quien servimos, y reconocer igualmente a Cristo servidor en quienes nos sirven.

Pedro Sergio Antonio Donoso Brant ocds

IR A ÍNDICE DOMINGO XIII DEL TIEMPO ORDINARIO

EL QUE AMA A SU PADRE O A SU MADRE MÁS QUE A MÍ

Buena oportunidad para recordar unas palabras del Señor: Mi madre y mis hermanos son los que escuchan la Palabra de Dios y la ponen en práctica (Lc 8, 21). En efecto la Palabra de Dios nos une, nos hace una gran familia, y los que se resisten a ella así mismo, se disgregan y se separan de quien la sigue.

Dice nuestro amado Jesús: El que ama a su padre o a su madre más que a mí no es digno de mí; y el que ama a su hijo o a su hija más que a mí no es digno de mí.

Ante esta lucha de la estirpe y familia en torno a Jesús, ¿qué hacer? ¿Dejarlo todo por El? Jesús, que exige un amor supremo a El sobre todas las cosas, proclama su misma divinidad, ya que los valores que exige sacrificar son de ley natural. Sólo está por encima de estos valores el amor de Dios.

PORQUE QUIEN AMA A DIOS, AMA LOS HOMBRES.

Amar a Dios por sobre todas las cosas, y muy por encima del amor a cualquiera de sus criaturas, por sobre el amor a nuestros seres más queridos, y por supuesto, más que a uno mismo, y en esto consiste el Primer Mandamiento, y no es para que no amemos a nuestra familia, significa que el amor a Dios viene antes que el amor a cualquier persona, porque quien ama a Dios, ama los hombres.

EL QUE NO TOMA SU CRUZ Y ME SIGUE NO ES DIGNO DE MÍ.

Y este amor exige aún más, así es como luego el Señor nos dice; El que no toma su cruz y me sigue no es digno de mí. Es una imagen dolorosa la de la cruz, pero Jesús la exige para ser dignos de EL y, además debemos llevarla detrás de EL. ¿Somos o no somos verdaderos discípulos de Jesús?, tomar la cruz o cargar con ella, quiere expresar que el verdadero discípulo de Jesús debe estar siempre y en todo lugar dispuesto a llevarla, esto es, con todas las privaciones de las comodidades, con sufrimiento frente a los ataques de los irreverentes al Señor, con humillaciones, pero todo esto antes de quebrantar nuestra fidelidad al Señor.

No deja de ser menos cierto, que esta frase nos cala muy hondo, y por el amor a él nos emociona, seguir a Cristo con la cruz, ir tras El, es imitar todos y cada uno de sus ejemplos, es hacer una vida copiada de Él en la nuestra, vivir absolutamente de su espíritu, entonces ahora nos explicamos porque debemos renunciar a tantas ataduras, a la familia misma, a la vida si es preciso, para que sea Dios quien viva en uno.

EL QUE PIERDA SU VIDA POR MÍ LA ENCONTRARÁ

Nuestro amado Jesús, nos hace un contraste, El que encuentre su vida la perderá; y el que pierda su vida por mí la encontrará Perder la primera por El, es asegurar la segunda, ya que el alma no pueden matarla. La frase, esta empapada de un profundo sentido nuevo por Jesús, la vida verdadera en la resurrección, no se trata de decir que no interesa el cuerpo, sino destacar bien que Dios tiene el pleno dominio y destino del hombre en su totalidad.

EL QUE LOS RECIBE A USTEDES ME RECIBE A MÍ

El Señor, nos hace ahora, una nueva consideración, y anuncia el premio que tendrán los que los que reciban a sus apóstoles. El que los recibe a ustedes me recibe a mí; y el que me recibe, recibe a aquel que me envió. No se trata de una simple hospitalidad, sino de la hospitalidad de que se reciben como apóstoles de Jesús. Así, para mejor comprensión, Jesús nos ilustra con algunos ejemplos, El que recibe a un profeta por ser profeta tendrá la recompensa de un profeta; y el que recibe a un justo por ser justo tendrá la recompensa de un justo, es decir, en cuanto se refleja a Dios en el justo, tendrá el premio correspondiente o el que corresponde al mismo profeta o justo. El que recibe al profeta como profeta, tendrá recompensa de profeta.

Tiene además el paralelo de las palabras de Jesús a los que ejercitaron obras de misericordia: Cuanto hicisteis a uno de mis hermanos menores, a mí me lo hicisteis (Mt 25:40.45).

LES ASEGURO QUE CUALQUIERA QUE DÉ A BEBER

Les aseguro que cualquiera que dé a beber, -la enseñanza se destaca completa, utilizando para ello un servicio mínimo que se haga al apóstol- aunque sólo sea un vaso de agua fresca, a uno de estos pequeños por ser mi discípulo no quedará sin recompensa. Estos pequeños a quienes se supone hacer el beneficio, si en otro contexto pueden significar niños u otra clase de personas, en éste se refiere a los apóstoles.

EXAMEN DE CONCIENCIA PARA SACERDOTES – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís

IR A ÍNDICE DOMINGO XIII DEL TIEMPO ORDINARIO

Profeta de las naciones

«El que recibe a un profeta por ser profeta, recibirá recompensa de profeta. El que reciba a un justo por ser justo, recibirá recompensa de justo».

Eso dice Jesús.

Desde antes de nacer Él ya te conocía, y te tenía consagrado, profeta de las naciones te constituyó, para que seas como Él: sacerdote, profeta y rey.

Tu Señor te ha llamado, te ha elegido de entre el mundo, porque tú no eres del mundo.

No digas soy un muchacho, porque donde quiera que Él te envíe tú irás, y lo que Él te mande dirás. Pero Él te dice: *no les tengas miedo, estoy aquí para salvarte.*

Él ha puesto sus palabras en tu boca, sacerdote, y te da autoridad sobre las gentes y sobre los reinos, para destruir y para derrocar, para reconstruir y para plantar.

Tu Señor te manda a predicar su Palabra, pero también a cumplirla, para que no solo seas profeta, sino que también seas justo; para que no solo seas sacerdote, sino que seas un sacerdote santo; para que no solo seas rey, sino que seas Cristo, como Él.

Y tú, sacerdote, ¿eres misionero?

¿Llevas, como profeta, la Palabra de tu Señor al mundo entero?

¿Anuncias la buena nueva predicando el Evangelio?

¿Te esfuerzas por conocer la verdad y enseñar al mundo esa verdad?

Tu Señor te ha dicho, sacerdote, que el que te reciba, y el que te dé de beber, aunque sea un vaso de agua fresca solo por ser su discípulo, no quedará sin recompensa.

Y tú, ¿les das esa oportunidad, o te quedas sentado y resignado en medio de tu comodidad?

Un profeta camina por delante anunciando al que viene detrás. Y tú has sido llamado, elegido y enviado, para anunciar que el Reino de los cielos ha llegado, y verán al Hijo del hombre venir sobre las nubes del cielo con gran poder y gloria. Pero nadie sabe ni el día ni la hora, ni los ángeles del cielo, ni el Hijo, sino solo el Padre.

Por tanto, permanece, sacerdote, como un siervo fiel y prudente, en vela y con la lámpara encendida de noche y de día. Como el Buen Pastor que protege a su rebaño, lo cuida, y lo guía, pero que reconoce, con humildad, que él también tiene necesidad de comer, de beber y de descansar, que sufre las miserias y la debilidad de su humanidad y de sus pocas fuerzas.

Acepta la ayuda del pueblo santo de Dios. Recibe con humildad su generosidad, y la misericordia de tu Señor, que a través de ellos te quiere dar, para reparar tus fuerzas. Pero ama a tu Señor por sobre todas las cosas. Déjate acompañar por su Madre, toma tu cruz de cada día con alegría, y síguelo, para que seas digno de Él, y de llevar a su pueblo la vida.

Permanece en el amor de tu Señor, sacerdote, predicando su Palabra, llevando la luz al mundo, rectificando los caminos del Señor, invitando a la conversión, para que, cuando Él venga, encuentre fe sobre la tierra.

Permanece en el amor de tu Señor, sacerdote, escuchando su voz y poniéndola en práctica, aplicándola a tu vida, haciendo todo lo que Él te diga, sirviendo a la Iglesia como la Iglesia quiere ser servida.

Tú eres sacerdote para siempre, eres Cristo que pasa, profeta de las naciones, apóstol, discípulo, guerrero incansable, el justo que pierde su vida por su Señor para encontrarla. Tú eres un hombre de Dios, y por tus frutos te conocerán.

(*Espada de Dos Filos* IV, n. 1)

_____

Domingo XIV del Tiempo Ordinario (ciclo A)

IR A ÍNDICE GENERAL

(Comentarios sobre las Lecturas propias de la Santa Misa para meditar y preparar la homilía)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)**
- **SAN AGUSTÍN (www.iveargentina.org)**
- **FRANCISCO – Ángelus 2014 y 2017**
- **BENEDICTO XVI – Ángelus 2011**
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos**
- **RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)**
- **PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes**
- **FLUVIUM (www.fluvium.org)**
- **PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)**
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)**
  - **Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva**
  - **Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica**
- **HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)**
- **P. Antoni POU OSB Monje de Montserrat (Barcelona, España) (www.evangeli.net)**
- **EXAMEN DE CONCIENCIA PARA SACERDOTES – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís**

***

DEL MISAL MENSUAL

IR A ÍNDICE DOMINGO XIV DEL TIEMPO ORDINARIO

DESTRUIRÁ LOS ARCOS DE GUERRA

Zac 9, 9-10; Rom 8, 9.11-13; Mt 11, 25-30

El profeta Zacarías debió escuchar demasiados lamentos de madres angustiadas que habían recibido los despojos de sus hijos aplastados en guerras inútiles. Los promotores de las guerras no ceden, siguen derramando sangre de inocentes con tal de conseguir sus propósitos. El Dios de Israel, por más que hayan desfigurado su

rostro, es un rey justo y humilde, que ama la paz y detesta toda forma de violencia. Los jinetes de la guerra no le entusiasman, por eso el profeta anuncia a un emisario modesto que apenas monta en un borrico. El Evangelio de San Mateo también nos presenta un discurso consolador del Señor Jesús. Sus oyentes están desmoralizados por tanto infortunio y tanta violencia y opresión. Reposo y respiro es lo que Jesús les ofrece. Quienes confíen en su mensaje, descubrirán que es un camino que conduce a la paz interior, condición indispensable para alcanzar la paz en la familia y en la sociedad.

ANTÍFONA DE ENTRADA Sal 47, 10-11

Meditamos, Señor, los dones de tu amor, en medio de tu templo. Tu alabanza llega hasta los confines de la tierra como tu fama. Tu diestra está llena de justicia.

ORACIÓN COLECTA

Señor Dios, que por medio de la humillación de tu Hijo reconstruiste el mundo derrumbado, concede a tus fieles una santa alegría, para que, a quienes rescataste de la esclavitud del pecado, nos hagas disfrutar del gozo que no tiene fin. Por nuestro Señor Jesucristo ...

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

Mira a tu rey que viene humilde hacia ti.

Del libro del profeta Zacarías: 9, 9-10

Esto dice el Señor: "Alégrate sobremanera, hija de Sión; da gritos de júbilo, hija de Jerusalén; mira a tu rey que viene a ti, justo y victorioso, humilde y montado en un burrito.

Él hará desaparecer de la tierra de Efraín los carros de guerra, y de Jerusalén, los caballos de combate. Romperá el arco del guerrero y anunciará la paz a las naciones. Su poder se extenderá de mar a mar y desde el gran río hasta los últimos rincones de la tierra".

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 144, 1-2. 8-9. 10-11. 13cd-14.

R/. Acuérdate, Señor, de tu misericordia.

Dios y rey mío, yo te alabaré, bendeciré tu nombre siempre y para siempre. Un día tras otro bendeciré tu nombre, y no cesará mi boca de alabarte. ***R/.***

El Señor es compasivo y misericordioso, lento para enojarse y generoso para perdonar. Bueno es el Señor para con todos y su amor se extiende a todas sus creaturas. ***R/.***

El Señor es siempre fiel a sus palabras, y lleno de bondad en sus acciones. Da su apoyo el Señor al que tropieza y al agobiado alivia. ***R/.***

Que te alaben, Señor, todas tus obras, y que todos tus fieles te bendigan. Que proclamen la gloria de tu reino y den a conocer tus maravillas. ***R/.***

SEGUNDA LECTURA

Si con la ayuda del Espíritu dan muerte a los bajos deseos del cuerpo, vivirán.

De la carta del apóstol san Pablo a los romanos: 8, 9. 11-13

Hermanos: Ustedes no viven conforme al desorden egoísta del hombre, sino conforme al Espíritu, puesto que el Espíritu de Dios habita verdaderamente en ustedes. Quien no tiene el Espíritu de Cristo, no es de Cristo. Si el Espíritu del Padre, que resucitó a Jesús de entre los muertos, habita en ustedes, entonces el Padre, que resucitó a Jesús de entre los muertos, también les dará vida a sus cuerpos mortales, por obra de su Espíritu, que habita en ustedes.

Por lo tanto, hermanos, no estamos sujetos al desorden egoísta del hombre, para hacer de ese desorden nuestra regla de conducta. Pues si ustedes viven de ese modo, ciertamente serán destruidos. Por el contrario, si con la ayuda del Espíritu destruyen sus malas acciones, entonces vivirán.

Palabra de Dios.

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Cfr. Mt 11, 25

R/. Aleluya, aleluya.

Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has revelado los misterios del Reino a la gente sencilla. ***R/.***

EVANGELIO

Soy manso y humilde de corazón.

+ Del santo Evangelio según san Mateo: 11, 25-30

En aquel tiempo, Jesús exclamó: "¡Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, y las has revelado a la gente sencilla! Gracias, Padre, porque así te ha parecido bien.

El Padre ha puesto todas las cosas en mis manos. Nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar.

Vengan a mí, todos los que están fatigados y agobiados por la carga y yo les daré alivio. Tomen mi yugo sobre ustedes y aprendan de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontrarán descanso, porque mi yugo es suave y mi carga, ligera".

Palabra del Señor.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

La oblación que te ofrecemos, Señor, nos purifique, y nos haga participar, de día en día, de la vida del reino glorioso. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN *Mt 11, 28*

Vengan a mí, todos los que están fatigados y agobiados, y yo los aliviaré, dice el Señor.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor, que nos has colmado con tantas gracias, concédenos alcanzar los dones de la salvación y que nunca dejemos de alabarte. Por Jesucristo, nuestro Señor.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

IR A ÍNDICE DOMINGO XIV DEL TIEMPO ORDINARIO

Regocíjate, hija de Sión (Za 9, 9-10)

1ª lectura

El profeta habla ahora directamente a Jerusalén («hija de Sión») y a sus habitantes («hija de Jerusalén») como representantes de todo el pueblo elegido. La invitación a regocijarse y cantar de júbilo es frecuente en el Antiguo Testamento para celebrar la llegada de los tiempos mesiánicos (cfr Is 12,6; 54,1; So 3,14); aquí porque llega a Jerusalén su rey. Aunque no se dice expresamente, se entiende que es el descendiente de David, haciéndose eco de 2 S 7,12-16; Is 7,14. Este rey se distingue por lo que es y por lo que hace. El término «justo» (*sadiq*) indica que cumple perfectamente la voluntad de Dios, y el término «victorioso» que goza de la protección y salvación divinas. Los Setenta y la Vulgata entendieron sin embargo que él era el salvador. Es además «humilde», es decir, que no se exalta a sí mismo ni ante Dios ni ante los hombres. Su carácter pacífico se manifiesta en que no monta a caballo con manifestación de poder, como los reyes de tiempos del autor sagrado, sino en un borrico, como los antiguos príncipes (cfr Gn 49,11; Jc 5,10; 10,4; 12,14). Hará desaparecer las armas de guerra en Samaría y Judea (cfr Is 2,4.7; Mi 5,9), que serán un solo pueblo; además establecerá la paz en las naciones (v. 10). Los rasgos de este rey son semejantes a los del «siervo del Señor» del que hablaba Isaías (cfr Is 53,11) y a los del pueblo humilde aceptado por Dios (cfr So 2,3; 3,12).

Nuestro Señor Jesucristo cumplió esta profecía cuando entró en Jerusalén antes de la Pascua y fue aclamado por la multitud como el Mesías, el Hijo de David (cfr Mt 21,1-5; Jn 12,14). «El "Rey de la Gloria" (Sal 24,7-10) entra en su ciudad "montado en un asno" (Za 9,9): no conquista a la hija de Sión, figura de su Iglesia, ni por la astucia ni por la violencia, sino por la humildad que da testimonio de la Verdad (cfr Jn 18,37)» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 559).

En sentido alegórico, Clemente de Alejandría entiende la referencia al joven pollino del v. 9 como una alusión a los hombres no sujetos al mal: «No era suficiente decir sólo "pollino", sino que ha añadido "joven", para destacar la juventud de la humanidad en Cristo, su eterna juventud en la sencillez. Nuestro divino domador nos cría como a jóvenes potros que somos nosotros, los pequeños» (*Paedagogus*1,15,1).

El Espíritu de Dios habita en vosotros (Rm 8, 9.11-13)

2ª lectura

San Pablo había especificado dos maneras en las que se puede vivir en este mundo (cfr. Rm 8,5-8). La primera es la vida según el Espíritu, con arreglo a la cual se busca a Dios por encima de todas las cosas y se lucha, con su gracia, contra las inclinaciones de la concupiscencia. La segunda es la vida según la carne, por la que el hombre se deja vencer por las pasiones. La vida según el Espíritu, que tiene su raíz en la gracia, no se reduce al mero estar pasivo y a unas cuantas prácticas piadosas. La vida según el Espíritu es un vivir según Dios que informa la conducta del cristiano: pensamientos, anhelos, deseos y obras se ajustan a lo que el Señor pide en cada instante y se realizan al impulso de las mociones del Espíritu Santo. «Es necesario someterse al Espíritu —comenta San Juan Crisóstomo—, entregarnos de corazón y esforzarnos por mantener la carne en el puesto que le corresponde. De esta forma nuestra carne se volverá espiritual. Por el contrario, si cedemos a la vida cómoda, ésta haría descender nuestra alma al nivel de la carne y la volvería carnal (...). Con el Espíritu se pertenece a Cristo, se le posee (...). Con el Espíritu se crucifica la carne, se gusta el encanto de una vida inmortal» (*In Romanos* 13).

En el que vive según el Espíritu, vive Cristo mismo (Rm 8,10; cfr Ga 2,20; 1 Co 15,20-23) y, por eso, puede esperar con certeza su futura resurrección (Rm 8,9-13). De ahí que Orígenes comente: «También cada uno debe probar si tiene en sí el Espíritu de Cristo. (...) Quien posee [la sabiduría, la justicia, la paz, la caridad, la santificación] está seguro de tener en sí el Espíritu de Cristo y puede esperar que su cuerpo mortal sea vivificado por la inhabitación en él del Espíritu de Cristo» (*Commentarii in Romanos* 6,13).

Venid a mí todos los fatigados y agobiados, y yo os aliviaré (Mt 11, 25-30)

Evangelio

En contraste con los que no creen en Él, Jesús se llena de gozo por los que le aceptan, la gente sencilla y humilde, que no confía en su propia sabiduría, que no se estiman a sí mismos por prudentes y sabios. El pasaje se ha denominado en alguna ocasión la joya de los evangelios sinópticos, porque recoge la oración de Jesús, que llama Padre a Dios, porque se nos presenta como el que conoce a Dios y que todo lo ha recibido de Él, y porque es quien nos lo revela a los hombres (v. 27; cfr Lc 10,21-24 y nota), si lo recibimos con humildad (v. 25). Estas palabras son una bella oración, y un testimonio de los sentimientos más profundos de Jesús: «Su conmovedor "¡Sí, Padre!" expresa el fondo de su corazón, su adhesión al querer del Padre, que fue un eco del "Fiat" de su Madre en el momento de su concepción y que preludia lo que dirá al Padre en su agonía. Toda la oración de Jesús está en esta adhesión amorosa de su corazón de hombre al "misterio de la voluntad" del Padre (Ef 1,9)» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2603).

El «yugo» (vv. 29-30) era una palabra que se utilizaba para referirse a la Ley de Moisés (cfr Si 51,33), que con el paso del tiempo se había sobrecargado de minuciosas prácticas insoportables (cfr Hch 15,10) y, a cambio, no daba la paz del corazón. El Señor había anunciado para los tiempos futuros una nueva época de restauración, en la que iba a atraer a sus fieles «con vínculos de afecto..., con lazos de amor» (cfr Os

11,1-11 y nota), y Jesús, con la imagen de su yugo y su carga ligera, se presenta como esa nueva iniciativa de Dios: «Cualquier otra carga te oprime y abruma, mas la carga de Cristo te alivia el peso. Cualquier otra carga tiene peso, pero la de Cristo tiene alas. Si a un pájaro le quitas las alas, parece que le alivias del peso, pero cuanto más le quites este peso, tanto más le atas a la tierra. Ves en el suelo al que quisiste aliviar de un peso; restitúyele el peso de sus alas y verás como vuela» (S. Agustín, *Sermones* 126,12).

Jesús es también «manso y humilde de corazón» (v. 29). Con esta expresión, que sirve de elogio en las bienaventuranzas (cfr 5,5), se designa en el Antiguo Testamento (cfr Sal 37,11) a la persona paciente, que desiste de la cólera y del enojo, y que pone su confianza en Dios. Al presentarse así, Jesús une sus exigencias a su Persona: *¡Gracias, Jesús mío!, porque has querido hacerte perfecto Hombre, con un Corazón amante y amabilísimo, que ama hasta la muerte y sufre; que se llena de gozo y de dolor; que se entusiasma con los caminos de los hombres, y nos muestra el que lleva al Cielo; que se sujeta heroicamente al deber, y se conduce por la misericordia; que vela por los pobres y por los ricos; que cuida de los pecadores y de los justos... —¡Gracias, Jesús mío, y danos un corazón a la medida del Tuyo!* (San Josemaría Escrivá, *Surco*, n. 813).

SAN AGUSTÍN (www.iveargentina.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO XIV DEL TIEMPO ORDINARIO

El reino revelado a los pequeños

Al leer el santo Evangelio hemos oído que el Señor Jesús exultó en el Espíritu y dijo: *Te confieso, Padre, Señor de cielo y tierra, porque escondiste esto a los sabios y prudentes y lo revelaste a los pequeñuelos.*

Consideremos piadosamente lo que está primero. Vemos, ante todo, que cuando la Escritura dice confesión, no siempre debemos suponer la voz de un pecador. Era de la mayor importancia decir esto para amonestar a vuestra caridad. Porque, en cuanto esa palabra sonó en la boca del lector, se siguió el rumor de los golpes de vuestro pecho, mientras se oía lo que dijo el Señor: *Te confieso, Padre.* En cuanto sonó *confieso,* os golpeasteis el pecho. ¿Y qué es golpear el pecho sino indicar que el pecado late en el pecho, y que hay que castigar al oculto con un golpe evidente? ¿Por qué hicisteis eso sino porque oísteis *Te confieso, Padre? Confieso,* habéis oído, pero no habéis reparado en quién confiesa. Reparad, pues, ahora. Si Cristo dijo *confieso,* y está lejos de él todo pecado, tal palabra no es exclusiva del pecador, sino que pertenece también al enaltecedor. Confesamos, pues, ya cuando alabamos a Dios, ya cuando nos acusamos a nosotros. Piadosas son ambas confesiones, ya cuando te reprendes tú que no estás sin pecado, ya cuando alabas a aquel que no puede tener pecado.

Sí pensamos bien, la reprensión tuya es alabanza suya. Pues ¿por qué confiesas ya en la acusación de tu pecado? ¿Por qué confiesas, al acusarte a ti mismo, sino porque estabas muerto y estás vivo? Así dice la Escritura: *Perece la confesión en el muerto,*

como si no existiera. Si en el muerto perece la confesión, quien confiesa vive, y si confiesa el pecado, sin duda revivió de la muerte. Y si el confesor del pecado revivió de la muerte, ¿quién le resucitó? Ningún muerto es resucitador de sí mismo. Sólo pudo resucitarse quien no murió al morir su carne. Así resucitó lo que había muerto. Se despertó, pues, aquel que vivía en sí mismo y había muerto en su carne para resucitarla. No resucitó al Hijo sólo el Padre, del que dice el Apóstol: *Por lo cual Dios lo exaltó*. También el Señor se resucitó a sí mismo, esto es, su cuerpo, y por eso dice: *Derribad este templo, y en tres días lo levantaré*. El pecador por su parte es un muerto, máxime aquel a quien oprime la mole de la costumbre y está como un Lázaro sepultado. Poco era el estar muerto y estar también sepultado. Quien está oprimido por la mole de la costumbre mala, de la vida mala, esto es, de las concupiscencias terrenas, ve ya realizado en sí lo que dice lamentablemente un salmo: *Dijo en su corazón el necio: No hay Dios*. De él precisamente se dijo: *En el muerto, como si no existiera, perece la confesión*. ¿Quién lo resucitó sino quien retiró la losa y exclamó: *¡Lázaro, sal afuera!?* ¿Y qué es salir afuera sino manifestar fuera lo que estaba oculto? Quien confiesa sale afuera, y no podría salir afuera si no viviera, y no viviría si no hubiese sido resucitado. Luego, en la confesión, el acusarse a sí mismo es alabar a Dios.

Dirá quizá alguno: ¿De qué sirve la Iglesia si ya sale el confesor resucitado por la voz del Señor? ¿Qué aprovecha al que se confiesa la Iglesia, a la que dijo el Señor: *Lo que desatares en la tierra, será desatado en el cielo?* Observa al mismo Lázaro cuando sale con sus ataduras. Ya vivía confesando, pero aún no caminaba libre, constreñido por las mismas ataduras. ¿Qué hace, pues, la Iglesia, a la que se dijo: *Lo que desatares será desatado,* sino lo que a continuación dijo el Señor a los discípulos: *Desatadlo y dejadlo marchar?*

Ya nos acusemos, ya alabemos a Dios, doblemente le alabamos. Si nos acusamos piadosamente, sin duda alabamos a Dios. Cuando alabamos a Dios, le proclamamos como carente de pecado. Y cuando nos acusamos a nosotros mismos, damos gloria a aquel que nos ha resucitado. Si esto hicieres, el enemigo no halla ocasión alguna para arrastrarte ante el juez. Pues si tú eres tu acusador y Dios tu libertador, ¿qué será aquél sino calumniador? Por eso, con razón Pablo se procuró tutela contra los enemigos, no los manifiestos, la carne y la sangre, que son más bien dignas de compasión que de defensa, sino contra aquellos otros frente a los cuales nos manda el Apóstol armarnos: *No tenemos pelea contra la carne y la sangre,* esto es, contra los hombres que abiertamente se ensañan con vosotros. Son vasos y los utiliza otro; son instrumentos y los maneja otro. Así dice:

Se introdujo el diablo en el corazón de Judas para que entregara al Señor. Y dirá alguno: ¿Qué hice yo entonces? Escucha al Apóstol: *No deis lugar al diablo;* con tu mala voluntad le diste lugar: entró, te poseyó, te manipula. Si no le dieras lugar, no te poseería.

Por eso nos amonesta diciendo: *No tenemos pelea contra la carne y la sangre, sino contra los príncipes y potestades*. Podría alguien pensar que son los reyes de la tierra, las autoridades del siglo. ¿Por qué? ¿No son carne y sangre? Ya se dijo: *No contra la carne y la sangre*. No pienses, pues, en hombre alguno. ¿Qué enemigos

quedan? *Contra los príncipes y potestades de la maldad espiritual, rectores del mundo*. Como si diera más al diablo y a sus ángeles. Les dio más, les llamó rectores del mundo. Más, para que no lo entiendas mal, explicó qué mundo es ese del que ellos son rectores. *Rectores del mundo, de estas tinieblas*. El mundo está lleno de esos que él rige, sus amadores e infieles. El Apóstol las llama tinieblas, y sus rectores son el diablo y sus ángeles. Estas tinieblas no son naturales, no son inmutables: cambian y se convierten en luz; creen y al creer son iluminadas. Cuando eso aconteciere, oirán: *Antes fuisteis tinieblas, más ahora luz en el Señor*. Cuando eras tinieblas, no estabas en el Señor; más cuando eres luz, no estás en ti, sino en el Señor. Pues *¿qué tienes que no hayas recibido?* Y, pues, son enemigos invisibles, han de ser combatidos invisiblemente. Al enemigo visible le vences hiriéndole; al invisible le vences creyendo. Visible es el hombre enemigo; visible es el herir; invisible es el diablo enemigo; invisible es también el creer. Hay, pues, pelea invisible contra los enemigos invisibles.

¿Cómo afirma alguien estar seguro contra estos enemigos? Había comenzado yo a explicarlo, y me sentí obligado a hablar con algún detenimiento de estos enemigos. Conocidos ya los enemigos, veamos la defensa. *Alabando invocaré al Señor y quedaré a salvo de mis enemigos*. Ahí está lo que puedes hacer: invoca alabando. Pero al Señor. Si te alabas a ti, no quedarás a salvo de tus enemigos. Alabando invoca al Señor y estarás a salvo de tus enemigos. Pues ¿qué dijo el mismo Señor? *Un sacrificio de alabanza me glorificará; y ése es el camino en que le mostraré mi salvación*. ¿Dónde está el camino? En el sacrificio de alabanza. No pongas los pies fuera de ese camino. Mantente en el camino, no te separes del camino; de la alabanza del Señor no retires el pie, ni siquiera la uña. Porque si pretendieres desviarte de este camino y alabarte a ti en lugar del Señor, no te librarás de aquellos enemigos, ya que de ellos se dijo: *Junto a la senda me colocaron piedras de tropiezo*. Si crees que tienes de tu cosecha cualquier partícula de bien, ya te desviaste de la alabanza de Dios. ¿Por qué admirarse si te seduce el enemigo, cuando tú eres seductor de ti mismo?

Escucha al Apóstol: *Quien piensa ser algo, no siendo nada, se seduce a sí mismo*.

Escucha, pues, al Señor que confiesa: *Te confieso, Padre, Señor de cielo y tierra*. *Te confieso,* te alabo. Te alabo a ti, no me acuso a mí. En lo que toca a la asunción del hombre por el Verbo, hay gracia total, gracia singular, gracia perfecta. ¿Qué mereció aquel hombre, que es Cristo, si quitas la gracia, y una gracia tal como corresponde a ese único Cristo, para que sea ese hombre que conocemos? Quita esa gracia, y ¿qué es Cristo sino un hombre? ¿Qué es sino lo mismo que tú? Tomó el alma, tomó el cuerpo, tomó el hombre entero, lo asume y el Señor constituye con el siervo una sola persona. ¡Cuán grande es esta gracia! Cristo en el cielo, Cristo en la tierra, Cristo a la vez en el cielo y en la tierra. Cristo con el Padre, Cristo en el seno de la Virgen, Cristo en la cruz, Cristo en los infiernos para socorrer a algunos; y en el mismo día, Cristo en el paraíso con el ladrón confesor. ¿Y cómo lo mereció el ladrón sino porque retuvo aquel camino en que se manifestó su salvación? No apartes tú los pies de ese camino, pues el ladrón, al acusarse, alabó a Dios e hizo feliz su vida. Confió en el Señor y le dijo: *Señor, acuérdate de mí cuando estés en tu reino*. Consideraba sus fechorías, y creía ya mucho, si se le perdonaba al final. Más como él dijo: *Acuérdate de mí;* pero ¿cuándo?: *Cuando*

estuvieres en tu reino, el Señor le replicó en seguida: *En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el paraíso*. La misericordia logró lo que la miseria pospuso.

Escucha, pues, al Señor que confiesa: *Te confieso, Padre, Señor de cielo y tierra*. Y ¿qué confieso? ¿En qué te alabo? Como he dicho, esta confesión implica alabanza. *"Porque escondiste esto a los sabios y prudentes y lo revelaste a los pequeños*. ¿Qué significa esto, hermanos? Entended el sentido de esta oposición. *Lo escondiste,* dice, *a los sabios y prudentes;* pero no dice: y lo revelaste a los necios e imprudentes, sino que dijo: *Lo escondiste a los sabios y prudentes y lo revelaste a los pequeños*. A los ridículos sabios y prudentes, a los arrogantes, en apariencia grandes y en realidad hinchados, opuso no los insipientes, no los imprudentes, sino los pequeños. ¿Quiénes son estos pequeños? Los humildes. Por ende, *lo escondiste a los sabios y prudentes*. El mismo explicó que bajo el nombre de sabios y prudentes había que entender los soberbios, al decir: *Lo revelaste a los pequeños*. Luego lo escondiste a los no pequeños. ¿Qué significa no pequeños? No humildes. ¿Y qué significa no humildes sino soberbios? ¡Oh, camino del Señor! O no existía o estaba oculto, para que se nos revelase a nosotros. ¿Y por qué exultaba el Señor? Porque el camino fue revelado a los pequeños. Debemos ser pequeños; pues si pretendemos ser grandes, como sabios y prudentes, no se nos revelará ese camino. ¿Quiénes son grandes? Los sabios y prudentes. *Diciendo que son sabios, se hicieron necios*. Pero tienes el remedio por contraste. Si diciendo que eres sabio te haces necio, di que eres necio y serás sabio. Pero dilo. Dilo, y dilo interiormente. Porque es así como lo dices. Si lo dices, no lo digas ante los hombres y lo calles ante Dios. En cuanto se trata de ti y de tus cosas, eres tenebroso. ¿Qué significa ser necio sino ser tenebroso en el corazón? Y de éstos dijo así: *Se oscureció su insipiente corazón*. Di que tú no eres luz para ti mismo. Como mucho, eres un ojo, no eres luz. ¿Qué aprovecha un ojo abierto y sano si no hay luz? Di, pues, que no eres luz para ti mismo, y proclama lo que está escrito: *Tú iluminarás mi lámpara, Señor*. Con tu luz, *Señor, iluminarás mis tinieblas*. Nada tengo sino tinieblas; pero Tú eres la luz que disipa las tinieblas al iluminarme. La luz que tengo no viene de mí, sino que es luz participada de ti.

Así Juan, amigo del esposo, era tenido por Cristo, era tenido por luz. *No era él la luz, sino que daba testimonio de la luz*. ¿Cuál era entonces la luz? *Existía la luz verdadera*. ¿Qué significa verdadera? *La que ilumina a todo hombre*. Si es verdadera la luz que ilumina a todo hombre, ilumina también a Juan, que decía verdad y confesaba verdad: *Nosotros recibimos de su plenitud*. Mira si dijo otra cosa que *Tú iluminarás mi lámpara, Señor*.

Una vez iluminado, daba testimonio. Por razón de los ciegos, la lámpara daba testimonio del día. Ve cómo era lámpara: *Mandasteis una embajada a Juan, y quisisteis gloriaros un momento en su luz: él era una lámpara encendida y ardiente*. Era una lámpara, esto es, una realidad iluminada, encendida para lucir. Y lo que puede encenderse, puede asimismo extinguirse. Para que no se extinga, que no le dé el viento de la soberbia. Por eso

Te confieso, Padre, Señor de cielo y tierra, porque escondiste esto a los sabios y prudentes, a los que se creían luz y eran tinieblas. Como eran tinieblas y se creían luz,

no podían ser iluminados. En cambio, los que eran tinieblas, pero confesaban ser tinieblas, eran pequeños, no grandes; eran humildes, no soberbios. Decían, pues, rectamente: *Tú iluminarás mi lámpara, Señor*. Se conocían, alababan al Señor, no se apartaban del camino salvador. Alabando, invocaban al Señor y se liberaban de sus enemigos.

Vueltos hacia el Señor, Dios Padre omnipotente, démosle las más expresivas y abundantes gracias con puro corazón cuanto lo permita nuestra parvedad, pidiendo con todo encarecimiento a su singular mansedumbre que se digne recibir nuestras preces en su beneplácito; que con su poder ahuyente de nuestros actos y pensamientos al enemigo; que nos multiplique la fe, gobierne la mente, conceda pensamientos espirituales y nos lleve a su bienaventuranza, por Jesucristo, su Hijo, Amén.

***Sermones* (2º) (t. X). Sobre los Evangelios Sinópticos, Sermón 67, 1-10, BAC Madrid 1983, 266-75**

FRANCISCO – Ángelus 2014 y 2017

IR A ÍNDICE DOMINGO XIV DEL TIEMPO ORDINARIO

Ángelus 2014

El "yugo" del Señor consiste en cargar el peso de los otros con amor fraternal.

Queridos hermanos y hermanas, buenos días:

En el Evangelio de este domingo encontramos la invitación de Jesús, dice así: "Vengan a mí todos los que están afligidos y agobiados, y yo los aliviaré" (Mt. 11:28). Cuando Jesús dice esto, tiene ante sus ojos las personas que encuentra todos los días por los caminos de Galilea: mucha gente simple, pobres, enfermos, pecadores, marginados... esta gente siempre le siguió para escuchar su palabra -¡una palabra que daba esperanza! ¡Las palabras de Jesús dan siempre esperanza! y también para tocar aunque solo fuese el borde de su manto. Jesús mismo buscaba a estas multitudes extenuadas y dispersas como ovejas sin pastor (cf. Mt 9:35-36): así dice Él, y las buscaba para anunciarles el Reino de Dios y para sanar a muchos de ellos en el cuerpo y en el espíritu. Ahora los llama a todos a su lado: "Vengan a mí", y les promete alivio y refrigerio.

Esta invitación de Jesús se extiende hasta nuestros días, para llegar a muchos hermanos y hermanas oprimidos por precarias condiciones de vida, por situaciones existenciales difíciles y, a veces privados de auténticos puntos de referencia. En los países más pobres, pero también en las periferias de los países más ricos, se encuentran muchas personas desamparadas y dispersas bajo el peso insoportable del abandono y de la indiferencia. La indiferencia: ¡cuánto daño hace a los necesitados la indiferencia humana! Y aún peor la de los cristianos. En los márgenes de la sociedad hay muchos hombres y mujeres probados por la indigencia, pero también por las

insatisfacciones de la vida y las frustraciones. Muchos se ven obligados a emigrar de su patria, arriesgando su propia vida. Muchos más, cada día, soportan el peso de un sistema económico que explota al hombre, le impone un "yugo" insoportable, que los pocos privilegiados no quieren llevar. A cada uno de estos hijos del Padre que está en los cielos, Jesús repite: "Vengan a mí, todos ustedes". Pero también lo dice a los que poseen todo. Pero cuyo corazón está vacío. Está vacío. Corazón vacío y sin Dios. También a ellos, Jesús dirige esta invitación: "Vengan a mí". La invitación de Jesús es para todos. Pero de manera especial para los que sufren más.

Jesús promete reconfortar a todos, pero también nos hace una invitación, que es como un mandamiento: "Carguen sobre ustedes mi yugo y aprendan de mí, porque soy paciente y humilde de corazón" (Mt 11,29). El "yugo" del Señor ¿en qué consiste? Consiste en cargar el peso de los otros con amor fraternal. Una vez recibido el alivio y consuelo de Cristo, estamos llamados también nosotros a ser alivio y consuelo para los hermanos, con actitud mansa y humilde, a imitación del Maestro. La mansedumbre y la humildad de corazón no sólo nos ayuda a soportar el peso de los otros, sino a no pesar sobre ellos con nuestros propios puntos de vista personales, nuestros juicios, nuestras críticas o nuestra indiferencia.

Invoquemos a la Santísima Virgen María, que acoge bajo su manto a todas las personas desamparadas y dispersas, para que a través de una fe iluminada, testimoniada en la vida, podamos ser alivio para los que necesitan ayuda, ternura y esperanza.

+++

Ángelus 2017

Jesús no nos quita los pesos de la vida, sino la angustia del corazón

Queridos hermanos y hermanas:

En el Evangelio de hoy Jesús dice: «Venid a mí todos los que estáis fatigados y sobrecargados, y yo os daré descanso» (*Mateo* 11, 28). El Señor no reserva esta frase para alguien, sino que la dirige a "todos" los que están cansados y oprimidos por la vida. ¿Y quién puede sentirse excluido en esta invitación? Jesús sabe cuánto puede pesar la vida. Sabe que muchas cosas cansan al corazón: desilusiones y heridas del pasado, pesos que hay que cargar e injusticias que hay que soportar en el presente, incertidumbres y preocupaciones por el futuro.

Ante todo esto, la primera palabra de Jesús es una invitación a moverse y reaccionar: "venid". El error, cuando las cosas van mal, es permanecer donde se está, tumbado ahí. Parece evidente, pero ¡qué difícil es reaccionar y abrirse! No es fácil. En los momentos oscuros surge de manera natural estar con uno mismo, pensar en cuánto sea injusta la vida, en cuánto son ingratos los demás y qué malo es el mundo y demás. Algunas veces hemos padecido esta fea experiencia. Pero así, cerrados dentro de nosotros, vemos todo negro. Entonces incluso llega a familiarizarse con la tristeza, que se hace de casa: esa tristeza que nos postra, es una cosa fea esta tristeza. Jesús en cambio quiere sacarnos fuera de estas "arenas movedizas" y por eso dice a cada uno:

"¡ven!" —"¿Quién?"— "tú, tú, tú...". La vía de salida está en la relación, en tender la mano y en levantar la mirada hacia quien nos ama de verdad.

Efectivamente salir solo no basta, es necesario saber dónde ir. Porque muchas metas son ilusorias: prometen descanso y distraen solo un poco, aseguran paz y dan diversión, dejando luego en la soledad de antes, son "fuegos artificiales". Por eso Jesús indica dónde ir: "venid a mí".

Muchas veces, ante un peso de la vida o una situación que nos duele, intentamos hablar con alguien que nos escuche, con un amigo, con un experto... Es un gran bien hacer esto, ¡pero no olvidemos a Jesús! No nos olvidemos de abrirnos a Él y contarle la vida, encomendarle personas y situaciones. Quizás hay "zonas" de nuestra vida que nunca le hemos abierto a Él y que han permanecido oscuras, porque no han visto nunca la luz del Señor.

Cada uno de nosotros tiene la propia historia. Y si alguien tiene esta zona oscura, buscad a Jesús, id a un misionero de la misericordia, id a un sacerdote, id... Pero id a Jesús, y contadle esto a Jesús. Hoy Él dice a cada uno: "¡Ánimo, no te rindas ante los pesos de la vida, no te cierres ante los miedos y los pecados, sino ven a mí!". Él nos espera, nos espera siempre, no para resolvernos mágicamente los problemas, sino para hacernos fuertes en nuestros problemas.

Jesús no nos quita los pesos de la vida, sino la angustia del corazón; no nos quita la cruz, sino que la lleva con nosotros. Y con Él cada peso se hace ligero (cf. v. 30) porque Él es el descanso que buscamos. Cuando en la vida entra Jesús, llega la paz, la que permanece en las pruebas, en los sufrimientos. Vayamos a Jesús, démosle nuestro tiempo, encontrémosle cada día en la oración, en un diálogo confiado y personal; familiaricemos con su Palabra, redescubramos sin miedo su perdón, saciémonos con su Pan de vida: nos sentiremos amados y consolados por Él. Es Él mismo quien lo pide, casi insistiendo. Lo repite una vez más al final del Evangelio de hoy: «Aprended de mí [...] y *hallaréis descanso para vuestras almas*» (v. 29).

Aprendamos a ir hacia Jesús y, mientras que en los meses estivales buscamos un poco de descanso de lo que cansa al cuerpo, no olvidemos encontrar el verdadero descanso en el Señor. Nos ayude en esto la Virgen María nuestra Madre, que siempre cuida de nosotros cuando estamos cansados y oprimidos y nos acompaña a Jesús.

BENEDICTO XVI - Ángelus 2011

IR A ÍNDICE DOMINGO XIV DEL TIEMPO ORDINARIO

El "yugo" de Cristo es la ley del amor,

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy en el Evangelio, el Señor Jesús nos repite esas palabras que conocemos tan bien, pero que siempre nos conmueven: "Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os daré descanso. Tomad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí,

que soy manso y humilde de corazón; *y hallaréis descanso para vuestras almas*. Porque mi yugo es suave y mi carga ligera" (*Mateo* 11, 28-30). Cuando Jesús recorría las calles de Galilea anunciando el Reino de Dios, y curando a muchos enfermos, sentía compasión de la muchedumbre, porque estaban cansados y abatidos, como ovejas sin pastor (Cf. *Mateo* 9, 35-36).

Esa mirada de Jesús parece extenderse hasta hoy, hasta nuestro mundo. También hoy se posa sobre tanta gente oprimida por condiciones de vida difíciles, así como desprovista de válidos puntos de referencia para encontrar un sentido y una meta a la existencia. Multitudes extenuadas que se encuentran en los países más pobres, probadas por la indigencia; y en los países más ricos también hay muchos hombres y mujeres insatisfechos, incluso enfermos de depresión. Pensemos, además, en los numerosos evacuados y refugiados, en cuantos emigran arriesgando su propia vida. La mirada de Cristo se posa sobre toda esta gente, es más, sobre cada uno de estos hijos del Padre que está en los cielos, y repite: "Venid a mí todos…".

Jesús promete que dará a todos "descanso", pero pone una condición: "Tomad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón". ¿En qué consiste este "yugo", que en lugar de pesar aligera, y en lugar de aplastar levanta?

El "yugo" de Cristo es la ley del amor, es su mandamiento, que ha dejado a sus discípulos (cf. *Juan* 13, 34; 15,12). El verdadero remedio para las heridas de la humanidad –tanto materiales, como es el hambre y las injusticias, y psicológicas y morales, causadas por un falso bienestar– es una regla de vida basada en el amor fraterno, que tiene su manantial en el amor de Dios. Por esto es necesario abandonar el camino de la arrogancia, de la violencia utilizada para procurarse posiciones cada vez de mayor poder, para asegurarse el éxito a toda costa. También por respeto del ambiente es necesario renunciar al estilo agresivo que ha dominado en los últimos siglos y adoptar una razonable "mansedumbre". Pero sobre todo en las relaciones humanas, interpersonales, sociales, la regla del respeto y de la no violencia, es decir, la fuerza de la verdad contra todo abuso, puede asegurar un futuro digno del hombre.

Queridos amigos, ayer celebramos una particular memoria litúrgica de María Santísima, al alabar a Dios por su Corazón Inmaculado. Que la Virgen nos ayude a "aprender" de Jesús la humildad verdadera, a tomar con decisión su yugo ligero, para experimentar la paz interior y ser capaces de consolar a otros hermanos y hermanas que recorren con fatiga el camino de la vida.

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

IR A ÍNDICE DOMINGO XIV DEL TIEMPO ORDINARIO

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

El conocimiento de los misterios de Cristo, nuestra comunión con sus misterios

514. Muchas de las cosas respecto a Jesús que interesan a la curiosidad humana no figuran en el Evangelio. Casi nada se dice sobre su vida en Nazaret, e incluso una gran parte de la vida pública no se narra (cf. *Jn* 20, 30). Lo que se ha escrito en los Evangelios lo ha sido "para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengáis vida en su nombre" (*Jn* 20, 31).

515. Los evangelios fueron escritos por hombres que pertenecieron al grupo de los primeros que tuvieron fe (cf. *Mc* 1, 1; *Jn* 21, 24) y quisieron compartirla con otros. Habiendo conocido por la fe quién es Jesús, pudieron ver y hacer ver los rasgos de su misterio durante toda su vida terrena. Desde los pañales de su natividad (*Lc* 2, 7) hasta el vinagre de su Pasión (cf. *Mt* 27, 48) y el sudario de su Resurrección (cf. *Jn* 20, 7), todo en la vida de Jesús es signo de su misterio. A través de sus gestos, sus milagros y sus palabras, se ha revelado que "en él reside toda la plenitud de la Divinidad corporalmente" (*Col* 2, 9). Su humanidad aparece así como el "sacramento", es decir, el signo y el instrumento de su divinidad y de la salvación que trae consigo: lo que había de visible en su vida terrena conduce al misterio invisible de su filiación divina y de su misión redentora.

Los rasgos comunes en los Misterios de Jesús

516. Toda la vida de Cristo es *Revelación* del Padre: sus palabras y sus obras, sus silencios y sus sufrimientos, su manera de ser y de hablar. Jesús puede decir: "Quien me ve a mí, ve al Padre" (*Jn* 14, 9), y el Padre: "Este es mi Hijo amado; escuchadle" (*Lc* 9, 35). Nuestro Señor, al haberse hecho hombre para cumplir la voluntad del Padre (cf. *Hb* 10,5-7), nos "manifestó el amor que nos tiene" (*1 Jn* 4,9) con los rasgos más sencillos de sus misterios.

517. Toda la vida de Cristo es misterio de *Redención*. La Redención nos viene ante todo por la sangre de la cruz (cf. *Ef* 1, 7; *Col* 1, 13-14; *1 P* 1, 18-19), pero este misterio está actuando en toda la vida de Cristo: ya en su Encarnación porque haciéndose pobre nos enriquece con su pobreza (cf. *2 Co* 8, 9); en su vida oculta donde repara nuestra insumisión mediante su sometimiento (cf. *Lc* 2, 51); en su palabra que purifica a sus oyentes (cf. *Jn*15,3); en sus curaciones y en sus exorcismos, por las cuales "él tomó nuestras flaquezas y cargó con nuestras enfermedades" (*Mt* 8, 17; cf. *Is* 53, 4); en su Resurrección, por medio de la cual nos justifica (cf. *Rm* 4, 25).

518. Toda la vida de Cristo es misterio de *Recapitulación*. Todo lo que Jesús hizo, dijo y sufrió, tuvo como finalidad restablecer al hombre caído en su vocación primera:

«Cuando se encarnó y se hizo hombre, recapituló en sí mismo la larga historia de la humanidad procurándonos en su propia historia la salvación de todos, de suerte que lo que perdimos en Adán, es decir, el ser imagen y semejanza de Dios, lo recuperamos en Cristo Jesús (San Ireneo de Lyon, Adversus haereses, 3, 18, 1). Por lo demás, ésta es la razón por la cual Cristo ha vivido todas las edades de la vida humana, devolviendo así a todos los hombres la comunión con Dios (ibíd., 3,18,7; cf. 2, 22, 4).

Nuestra comunión en los misterios de Jesús

519. Toda la riqueza de Cristo "es para todo hombre y constituye el bien de cada uno" (RH11). Cristo no vivió su vida para sí mismo, sino *para nosotros*, desde su Encarnación "por nosotros los hombres y por nuestra salvación" hasta su muerte "por nuestros pecados" (*1 Co*15, 3) y en su Resurrección "para nuestra justificación" (*Rm* 4,25). Todavía ahora, es "nuestro abogado cerca del Padre" (*1 Jn* 2, 1), "estando siempre vivo para interceder en nuestro favor" (*Hb* 7, 25). Con todo lo que vivió y sufrió por nosotros de una vez por todas, permanece presente para siempre "ante el acatamiento de Dios en favor nuestro" (*Hb* 9, 24).

520. Durante toda su vida, Jesús se muestra como *nuestro modelo* (cf. *Rm* 15,5; *Flp* 2, 5): Él es el "hombre perfecto" (GS 38) que nos invita a ser sus discípulos y a seguirle: con su anonadamiento, nos ha dado un ejemplo que imitar (cf. *Jn* 13, 15); con su oración atrae a la oración (cf. *Lc* 11, 1); con su pobreza, llama a aceptar libremente la privación y las persecuciones (cf. *Mt* 5, 11-12).

521. Todo lo que Cristo vivió hace que podamos *vivirlo en Él* y que Él lo *viva en nosotros*. "El Hijo de Dios con su encarnación se ha unido en cierto modo con todo hombre" (GS 22, 2). Estamos llamados a no ser más que una sola cosa con Él; nos hace comulgar, en cuanto miembros de su Cuerpo, en lo que Él vivió en su carne por nosotros y como modelo nuestro:

«Debemos continuar y cumplir en nosotros los estados y misterios de Jesús, y pedirle con frecuencia que los realice y lleve a plenitud en nosotros y en toda su Iglesia [...] Porque el Hijo de Dios tiene el designio de hacer participar y de extender y continuar sus misterios en nosotros y en toda su Iglesia [...] por las gracias que Él quiere comunicarnos y por los efectos que quiere obrar en nosotros gracias a estos misterios. Y por este medio quiere cumplirlos en nosotros» (San Juan Eudes, Tractatus de regno Iesu).

El Padre viene revelado por el Hijo

238. La invocación de Dios como "Padre" es conocida en muchas religiones. La divinidad es con frecuencia considerada como "padre de los dioses y de los hombres". En Israel, Dios es llamado Padre en cuanto Creador del mundo (Cf. *Dt* 32,6; *Ml* 2,10). Pues aún más, es Padre en razón de la Alianza y del don de la Ley a Israel, su "primogénito" (*Ex* 4,22). Es llamado también Padre del rey de Israel (cf. *2 S* 7,14). Es muy especialmente "el Padre de los pobres", del huérfano y de la viuda, que están bajo su protección amorosa (cf. *Sal* 68,6).

239. Al designar a Dios con el nombre de "Padre", el lenguaje de la fe indica principalmente dos aspectos: que Dios es origen primero de todo y autoridad transcendente y que es al mismo tiempo bondad y solicitud amorosa para todos sus hijos. Esta ternura paternal de Dios puede ser expresada también mediante la imagen de la maternidad (cf. *Is* 66,13; *Sal*131,2) que indica más expresivamente la inmanencia de Dios, la intimidad entre Dios y su criatura. El lenguaje de la fe se sirve así de la experiencia humana de los padres que son en cierta manera los primeros representantes de Dios para el hombre. Pero esta experiencia dice también que los padres humanos son falibles y que pueden desfigurar la imagen de la paternidad y de

la maternidad. Conviene recordar, entonces, que Dios transciende la distinción humana de los sexos. No es hombre ni mujer, es Dios. Transciende también la paternidad y la maternidad humanas (cf. *Sal* 27,10), aunque sea su origen y medida (cf. *Ef*3,14; *Is* 49,15): Nadie es padre como lo es Dios.

240. Jesús ha revelado que Dios es "Padre" en un sentido nuevo: no lo es sólo en cuanto Creador; Él es eternamente Padre en relación a su Hijo único, que recíprocamente sólo es Hijo en relación a su Padre: "Nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni al Padre le conoce nadie sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar" (*Mt* 11,27).

241. Por eso los Apóstoles confiesan a Jesús como "el Verbo que en el principio estaba junto a Dios y que era Dios" (*Jn* 1,1), como "la imagen del Dios invisible" (*Col* 1,15), como "el resplandor de su gloria y la impronta de su esencia" *Hb* 1,3).

242. Después de ellos, siguiendo la tradición apostólica, la Iglesia confesó en el año 325 en el primer Concilio Ecuménico de Nicea que el Hijo es "consubstancial" al Padre (*Símbolo Niceno*: DS 125), es decir, un solo Dios con él. El segundo Concilio Ecuménico, reunido en Constantinopla en el año 381, conservó esta expresión en su formulación del Credo de Nicea y confesó "al Hijo Único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado no creado, consubstancial al Padre" (*Símbolo Niceno-Constantinopolitano:* DS 150).

La resurrección de la carne

989. Creemos firmemente, y así lo esperamos, que del mismo modo que Cristo ha resucitado verdaderamente de entre los muertos, y que vive para siempre, igualmente los justos después de su muerte vivirán para siempre con Cristo resucitado y que Él los resucitará en el último día (cf. *Jn* 6, 39-40). Como la suya, nuestra resurrección será obra de la Santísima Trinidad:

«Si el Espíritu de Aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, Aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos dará también la vida a vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que habita en vosotros (Rm 8, 11; cf. 1 Ts 4, 14; 1 Co 6, 14; 2 Co 4, 14; Flp 3, 10-11).

990. El término "carne" designa al hombre en su condición de debilidad y de mortalidad (cf. *Gn* 6, 3; *Sal* 56, 5; *Is* 40, 6). La "resurrección de la carne" significa que, después de la muerte, no habrá solamente vida del alma inmortal, sino que también nuestros "cuerpos mortales" (*Rm* 8, 11) volverán a tener vida.

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO XIV DEL TIEMPO ORDINARIO

Aprended de mí que soy humilde de corazón

En el Evangelio de hoy escuchamos a Jesús que pronuncia estas palabras: «Cargad con mi yugo y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis vuestro descanso».

Jesús, por lo tanto, nos dice que le imitemos en su humildad. Debo confesar que a este propósito una vez estuve tentado de hacerle una objeción a Jesús. Me pregunté: pero, ¿en qué ha estado humilde Jesús? Recorriendo los Evangelios no encontramos nunca ni la más mínima admisión o reconocimiento de culpa en su boca ni cuando habla con los hombres ni cuando habla con el Padre. Él puede hasta decir dirigiéndose a sus adversarios: «¿Quién de vosotros puede probar que soy pecador?» (Juan 8,46). Se proclama el Maestro y el Señor; dice ser más que Abrahán, que Moisés, que Jonás, que Salomón e incluso proclama que son dichosos los ojos, que le ven. ¿Dónde está, pues, la humildad de Jesús, para poder llegar a decir: «aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón»?

Aquí descubrimos una cosa importante sobre la humildad. Esta no consiste principalmente en ser pequeños y pobres, porque uno puede muy bien ser insignificante y al mismo tiempo arrogante. No consiste tanto en sentirse pequeños y sin valor, dado que esto puede nacer también de un complejo de inferioridad o de una mala imagen de sí mismo y llevar a la depresión y a la actitud de autolesionarse o infravalorarse, más que a la humildad. No consiste ni siquiera en el declararse pequeños, porque muchos expresan no valer nada sin creerse verdaderamente lo que dicen o hasta porque este modo de hablar (llamado en inglés *understatement*) forma parte de la propia cultura. (¡Si la humildad consistiese en esto, los ingleses y los japoneses serían los dos pueblos más humildes de la tierra!).

Por lo tanto, la humildad no consiste principalmente en ser o en sentirse o en declararse pequeños. ¿En qué consiste entonces? En hacerse pequeños; y hacerse pequeños para amar, para servir y agrandar a los demás. Así ha sido la humildad de Jesús. Él, que tenía «la forma de Dios», se ha despojado de todo, se ha humillado tomando la forma de siervo para salvamos. Por ello, tiene perfectamente razón cuando nos dice: «Aprended mí que soy manso y humilde».

En verdad, humilde es sólo Dios, porque, en la posición en la que está, Dios no puede encumbrarse por encima de sí (¡no hay nada por encima de él!). Sólo puede descender, abajarse. Y es esto lo que hace durante todo el tiempo: creando el mundo, se abaja; inspirando la Biblia, hace como un padre que se adapta a balbucear para enseñar al niño a hablar; en la encarnación desciende; en la eucaristía desciende. La historia de la salvación es la historia de los descendimientos y de las humillaciones de Dios.

Esta idea le fascinaba a san Francisco de Asís, quien solía exclamar: «¡Mirad, hermanos, la humildad de Dios!» y, vuelto hacia Dios, decía: «¡Tú eres la humildad!» Por eso, en el Cántico de las criaturas él hace del agua el símbolo de la humildad cuando dice: «Alabado, sí, mi Señor, por la hermana agua, la cual es muy útil y humilde y preciosa y casta». El agua es humilde porque, abandonada a sí misma, siempre desciende, hasta llegar a alcanzar el punto más bajo posible. ¡El agua escoge siempre

para sí el último puesto! Lo contrario que el vapor o los humos, que tienden por el contrario siempre a subir a lo alto y por ello justamente están asociados al orgullo.

Ha habido quien ha acusado al Evangelio de Jesús de haber introducido en el mundo «el morbo» de la humildad, oponiendo a ella el ideal de la «voluntad de poder» (Nietzche). Pero, los frutos de este cambio se han visto. La humildad no sólo no deprime al hombre, sino que lo hace auténtico y verdadero.

La humildad es la verdad. Es interesante notar una cosa: la palabra hombre (horno, en latín) está emparentada con la palabra humildad (en latín, *humilitas*); en efecto, todas las dos provienen del latín humus, esto es, suelo. El humilde es aquel que tiene los pies en la tierra, que está enraizado en el suelo, que no se deja trajinar por las opiniones o las modas, no se engrandece por las alabanzas. Como san Pablo continuamente se dice a sí mismo: «¿Qué tienes que no lo hayas recibido? Y si lo has recibido, ¿a qué gloriarte cual si no lo hubieras recibido?» (1 Corintios 4,7).

Hemos de reconocer de inmediato, sin embargo, que la humildad no nos es natural. Nos gusta, sí, pero en los demás; no, en nosotros mismos. Se dice que más del 75 % del cuerpo humano está constituido por agua; pero, yo digo que más del 75 % del espíritu humano está constituido por orgullo y vanidad. Enloquecemos todos por sobresalir.

La psicología reconoce hoy asimismo el valor terapéutico de la humildad. El psicólogo C. G. Jung dice en un libro suyo que todos los pacientes de una cierta edad, que se habían dirigido a él, sufrían de cualquier cosa que se podría definir como «ausencia de humildad» y no curaban hasta que no adquirían una actitud de respeto referente a una realidad mayor que ellos, esto es, un planteamiento de humildad.

Entonces, ¿todos debemos rebajamos, renunciar a hacemos valer, a aspirar a grandes cosas? No. Un día Jesús dijo a sus discípulos: «Si uno quiere ser el primero, sea el último de todos y el servidor de todos» (Marcos 9, 35) y, también a este propósito, adujo el ejemplo de sí mismo, añadiendo: «de la misma manera que el Hijo del hombre no ha venido a ser servido sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos» (Mateo 20,28).

Dijo Jesús: «El que quiera ser el primero» (Mateo 20, 27); por lo tanto, es lícito querer «ser de los primeros» y sobresalir en la vida. Lo que cambia con el Evangelio es sólo el camino para realizar esta aspiración legítima. Ésta no consiste en sobresalir sobre los demás, reduciéndolos a esclavos o admiradores, sino en sobresalir sobre los demás sirviéndoles, ayudándoles a crecer. En suma, como hace un buen padre, que no desea tanto sobresalir él sobre los propios hijos, sino que sobresalgan los propios hijos y hacerles llegar a ser grandes, igualmente más grandes que él.

Éste no es un camino en el que uno consigue ser vencedor sobre todos los demás perdedores, sino que engrandece o eleva a todos. A la competividad salvaje, sustituye la solidaridad. Es la vía más digna asimismo desde el punto de vista humano. Humildad no significa, por lo tanto, hacerse poner bajo los pies de los demás, no reaccionar ante la injusticia. El verdadero humilde sabe igualmente luchar por la verdad, porque él mismo es libre. Verdaderamente, sólo los santos son los

magnánimos y atrevidos. Más bien, ¡cuántos con la excusa de no hacerse poner bajo los pies de nadie, no se dan cuenta que ponen continuamente a los demás bajo sus pies!

Precisamente, en el Evangelio de hoy Jesús aclara el fruto más precioso de la humildad: ella hace posible oír la revelación divina, predispone a creer. Dice:

«Te doy gracias, Padre, Señor de cielo y tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos y se las has revelado a la gente sencilla».

¿El Evangelio por casualidad sería contrario a la sabiduría y a la inteligencia y preferiría a ellas la estupidez o ignorancia? No; aquí, pequeños no significa lo contrario que inteligentes sino lo contrario de soberbios. El Evangelio no condena la sabiduría sino el orgullo. Pero, ¿no hacemos nosotros también así? Voluntariamente, ¿a quién nos acercamos y confiamos nuestros secretos: al altanero, a la persona repleta de sí o a la persona discreta, humilde, capaz de escuchar y de callar? El orgullo estropea incluso las cosas más bellas. Del mismo modo, la inteligencia y la belleza física sin la modestia pierden su fascinación y exponen a la persona más al ridículo que a la admiración.

Si la humildad es tan preciosa, debemos damos trabajo para llegar a ser un poco más humildes. Un pequeño medio, que nos hace crecer en la humildad, es saber aceptar cualquier observación de los demás sin deprimimos de inmediato o, por el contrario, reaccionar partiendo enseguida al contraataque, antes aún de haber considerado si la observación era o no justa. No se llega a ser humilde sin aceptar cualquier humillación.

Nada sirve tanto para desmontar iras y enemistades cuanto un sincero acto de humildad. Manzoni lo ha ilustrado en la escena en la que el padre Cristóbal se acerca a pedir perdón a la familia de la persona, a la que había matado en duelo antes de entrar en el convento. Todos los parientes están ostentosamente dispuestos para hacer más humillante el acto del fraile. Todos están firmes y preparados para tomarse la revancha. Ante la presencia del fraile, que con la mirada en tierra les pide perdón a todos, cada vez uno a uno aquellos rostros altaneros se abajan y se avergüenzan de la propia jactancia. Y, en una conmoción general, al final, todos se estrechan abrazándose en torno al fraile y hacen fiesta al manifestarle signos de respeto.

Así sucede, también, en las pequeñas cosas. Tender la mano el primero o hacer una sonrisa después de un pleito entre marido y mujer, pronunciar una palabra de excusa entre compañeros de trabajo y hasta entre adversarios políticos, todo esto serena la atmósfera, desmonta todo resentimiento y lo hace todo más sencillo. El verdadero vencedor es quien se ha anticipado al otro con el acto de humildad, no quien se ha hecho anticipar.

Para animamos, volvemos a solicitar al recuerdo o a la mente la palabra de Jesús, que promete paz y tranquilidad a quien le sigue por la vía de la humildad: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis vuestro descanso»,

PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes

IR A ÍNDICE DOMINGO XIV DEL TIEMPO ORDINARIO

La Revelación a través de medios ordinarios

«Jesús se llenó de júbilo en el Espíritu Santo, agradeciendo al Padre por hacer su voluntad, considerando a los más pequeños y sencillos del mundo como los elegidos a quienes Él se decide revelar.

El Hijo de Dios manifiesta su predilección por los más pequeños para confiarles las cosas más grandes, y revelarles así a Dios como Padre, como Hijo y como Espíritu Santo, en una Santísima Trinidad.

Los pequeños y sencillos son aquellos hombres que tienen un corazón dispuesto a ser movido, no por el poder del mundo, sino por el amor de Dios, que cumplen con los Mandamientos y la Palabra de Dios, y no tienen ídolos, sino que reconocen a un sólo Dios verdadero en el Padre, en el Hijo, y en el Espíritu Santo. Que reconocen a Jesucristo como el Hijo único de Dios, verdadero Hombre y verdadero Dios, que vino al mundo para salvar a todos, a los pequeños y sencillos, y a los ricos y poderosos.

Humíllate tú, y acepta la revelación que el Hijo de Dios ha decidido manifestar a tu corazón de un modo extraordinario en medio del mundo, a través de medios ordinarios: las Sagradas Escrituras, el Magisterio de la Santa Iglesia y la Tradición, y a través de personas sencillas que, como instrumentos, transmiten la gracia de Dios.

Permanece dispuesto a servirle a Dios como un pobre instrumento, agradeciendo y llenándote de júbilo con Él, por todo lo que has recibido y entendido a través de los dones del Espíritu Santo, para transmitir a otros la verdad, y sean derribados del trono los ricos y poderosos, y exaltados los humildes.

Adora al Hijo de Dios en la Eucaristía y alaba al Padre, que te ha dado un corazón sencillo en el que Cristo se ha dignado revelarte al Padre».

FLUVIUM (www.fluvium.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO XIV DEL TIEMPO ORDINARIO

La ternura de Dios

El Señor había predicado por varias ciudades de Palestina. Su enseñanza era el Evangelio: la Buena Nueva de la salvación que Dios enviaba por Él al mundo. Este anuncio no tenía lugar sobre todo en las grandes ciudades o ante importantes personajes, como podría pensarse, por lo extraordinario del hecho. Por el contrario, como para significar la universalidad de la llamada, Jesucristo se dirige directamente al pueblo llano.

No es que su enseñanza, que siempre tiene un carácter salvador, se dirija preferentemente a una clase social. Es para todos y así lo advierte. Insiste precisamente en que no dependerá, para entender el anuncio divino, de las cualidades

particulares: ante la más importante de las verdades, ante la realidad más decisiva para el ser humano, todos los individuos se encuentran en iguales condiciones de aprender, puesto que la sabiduría necesaria no es un logro del propio individuo, ni depende de sus condiciones de inteligencia, de fortuna o familiares.

La enseñanza del Señor es clara: Dios rebela lo profundo de sí mismo a quien quiere, y sólo los elegidos para esa revelación lo conocen propiamente. Son los **pequeños** quienes conocen a Dios, no los **sabios** según el mundo. También son estos mismos –los **pequeños**– los que entrarán en el Reino de los Cielos, según advierte asimismo el propio Cristo. Dios tiene para los hombres entrañas de Padre. Así venimos considerándolo de modo habitual siguiendo al Papa, que nos anima a meditar en la realidad de que Dios es Nuestro Padre, lleno de amor por sus hijos.

Cuando el Santo Padre conduce a todo el Pueblo de Dios hacia una oración sencilla y sincera, pero siempre optimista, contemplando al Omnipotente –que se vuelca de continuo con sus hijos los hombres– a partir de los salmos, procuremos cada uno ser más agradecidos cada día. La gratitud con Dios es conclusión natural de esa oración contemplativa, y como su consecuencia necesaria. Luego, simultáneamente, pone Dios en nuestra alma un afán impaciente por todo lo que es de su agrado. El cristiano, consciente de serlo, quiere buscar de modo incesante un detalle y otro para complacer a su Dios. En modo alguno se conforma con la tranquilidad cómoda de saberse cristiano, dentro de la Iglesia de Cristo. Sería un bienestar casi pasivo por su parte, y el enamorado no es así.

Así debemos sentirnos ante Dios: enamorados. Y entonces nos dirigiremos a Él como espera de nosotros: insistentemente. **Es preciso orar siempre y no desfallecer**, solía decir a las gentes. Y con sencillez, no como los escribas y fariseos: con largas oraciones. Con sencillez y sin parar hablan los niños pequeños con sus padres, y así quiere Dios que le tratemos. Es su voluntad concedernos sin tardanza lo que más nos conviene, como un padre bueno que conoce bien lo que es mejor para su hijo. Ojalá que deseemos lograr y pedir a Dios lo que es de su agrado, convencidos de que esa voluntad de Dios busca también nuestra felicidad.

Es posible que en ocasiones nos parezca costoso o al menos no lo más atractivo complacer a Dios. Quizá pensemos que seríamos más felices libres de ese deber, con la sola ocupación de buscar nuestra complacencia. Si este pensamiento tomara cuerpo en nosotros deberíamos rechazarlo enérgicamente. Dios, nuestro Creador, sabe más del hombre –y de cada uno– que el propio hombre. Nos quiere mucho más de lo que podemos querernos a nosotros mismos. Y es Dios quien nos dice: **Venid a mí todos los fatigados y agobiados, y yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas: porque mi yugo es suave y mi carga ligera**. El remedio de nuestras fatigas está y estará siempre junto al Señor, no librándonos de Él, por fuerte que sea la sugerencia –tentación– de prescindir de sus mandatos. Por más que nos disguste, ese yugo –porque es suyo–, más que una carga es un descanso.

Convendrá tener presente esta petición y enseñanza del Señor al plantearnos el trato con amigos y conocidos. Es razonable –y un deber que nos imponemos como

cristianos– desear lo mejor para esas personas. Incluso si en algún caso vemos defectos en ellos, desearemos que mejoren para que sean felices y agraden a Dios, más que el mero librarnos de sus molestias. Por eso, encomendándolos al Señor, procuraremos que se exijan aunque les cueste: aunque deban salir de la comodidad, aunque necesariamente tengan que renunciar a una vida sin especiales compromisos con Dios, que les hace sentirse libres a su manera. Tendremos ciertamente la impresión de imponerles una cierta carga que les incomoda. No perdamos entonces la visión transcendente de la tarea apostólica, pues es necesario que cada uno llevemos por Cristo nuestra cruz. Sólo así lograremos, como dice Jesús, el verdadero **descanso** que deseamos para nuestras almas.

Aprendamos de Santa María, Virgen Fiel. Nunca encontró motivos de queja porque quiso ser siempre la esclava del Señor.

PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)

IR A ÍNDICE DOMINGO XIV DEL TIEMPO ORDINARIO

El Padre revela su hijo a los humildes

Frente esta página del Evangelio nos invade una sensación de respeto y de temor. Casi deseamos callar, no interferir con nuestras pobres palabras en aquel diálogo íntimo en acto entre el Hijo y el Padre. Para entrar en él, necesitamos una fuerza no nuestra: el Espíritu Santo. Era el Espíritu que, en un ímpetu de alegría, impulsó a Jesús a hablar con el Padre en presencia de los hombres. Lucas inicia el mismo relato diciendo: *En aquel momento, Jesús se estremeció de gozo, movido por el Espíritu Santo, y dijo…* (Lc 10, 21). En la segunda lectura, más tarde, san Pablo nos dijo que *el que no tiene el Espíritu de Cristo no puede ser de Cristo,* y si no le pertenece, no puede entenderlo; el sonido de sus palabras no le conmoverá la mente y las entrañas. *Nadie conoce los misterios de Dios, sino el Espíritu de Dios* (1 Cor 2, 11). Ahora, lo que el Evangelio nos puso ante los ojos son precisamente *los misterios de Dios y hasta lo más íntimo de Dios* (1 Cor. 2. 12).

Acerquémonos entonces a esta página del Evangelio con corazón de pequeños y con el respeto de Moisés cuando se sacó el calzado para aproximarse a la zarza ardiente.

Te alabo Padre, Señor del cielo y de la tierra, por haber ocultado estas cosas a los sabios y a los prudentes y haberlas revelado a los pequeños, y poco después, dirigiéndose a los discípulos: *¡Felices los ojos que ven lo que ustedes ven! Les aseguro que muchos profetas y reyes quisieron ver lo que ustedes ven y no lo vieron…* (Lc 10, 23 ssq.). “Estas cosas”, “lo que ustedes ven”: el secreto profundo está escondido en estas expresiones. Jesús todavía no le había dicho a nadie, explícitamente, que era el Hijo de Dios. No lo podrían haber entendido. El día que lo dijera abiertamente, sería condenado a muerte en calidad de sacrílego y, de hecho, así sucedió en el proceso ante

el Sanedrín. He aquí por qué, durante su ministerio, prefería llamarse "hijo del hombre".

Y sin embargo, el secreto más profundo y su identidad verdadera seguía siendo aquella: Hijo del Padre, unido a él en la misma naturaleza, es decir, por el mismo Espíritu, Dios él mismo desde Dios. Hacía falta que al menos sus más íntimos comenzaran a tomar conciencia de su filiación divina, que un día debía constituir el corazón de su predicación al mundo. Y he aquí entonces que Jesús se pone a hablar con el Padre en presencia de ellos; por el tono y el modo con que habla con Dios, podrán intuir que entre los dos hay una relación única, irrepetible, de larga data; una intimidad y una comunión como no podría haber concebido ningún hombre. Se dirige a Dios llamándolo en su lengua *Abba,* es decir, papá. ¡Y pensar que los hebreos que lo escuchaban tenían escrúpulos hasta para pronunciar el nombre de Yavé! Que se sepa, ningún hebreo en actitud de orar había osado jamás dirigirse a Dios con esa familiaridad. Si, mientras estamos hablando con una persona muy importante, vemos a un niño acercarse a ella sin ninguna inhibición y hablarle con confianza, decimos en seguida: ¡es el hijo! Eso debían de decir los discípulos, al menos más tarde, al volver a pensar en esa escena. Según el evangelista, son los mismos judíos quienes sacan esta conclusión: *Se hada igual a Dios, llamándolo su propio Padre* (Jn 5, 18).

Nuestra fe tiene sus raíces en esta conciencia clara e incoercible que tuvo Jesús de ser el Hijo de Dios. Todo lo demás se apoya en esta certeza autenticada por la resurrección de Cristo: *…y constituido Hijo de Dios con poder según el Espíritu santificador, por su resurrección de entre los muertos* (Rom. 1, 4). Él no es sólo "Cristo", es decir, mesías. no es sólo hijo del hombre; incluso antes es "el Hijo de Dios venido a este mundo", es igual a Dios, es la Palabra eterna del Padre. Entre él y el Padre hay comunión e identidad total: *Todo me fue dado por mi Padre;* es decir, el Padre expresó todo su ser en aquella Palabra pronunciada antes de los siglos.

Ahora podemos leer también la inaudita promesa que Jesús hace al final del pasaje evangélico, sin escandalizamos más. ¿Qué hombre podría decirles al resto de los hombres: *Vengan a mi todos los que están cansados y oprimidos y yo los confortaré?* Tal vez hubo en la historia de la humanidad otros hombres que lo hayan dicho, pero la historia los desmintió: no pudieron mantener la promesa. Sólo uno que trasciende las generaciones y el mundo –es decir, sólo un Dios– puede estar capacitado para consolar realmente a todos los extenuados y oprimidos del mundo, aun sin arrancarlos materialmente del trabajo excesivo y de la opresión. Jesús lo ha dicho y lo hace, También hoy no hay nadie que "vaya a él", que le confíe totalmente su propia existencia y no sea consolado por una esperanza nueva.

Pero aquí comienza otro discurso: ¿quién va verdaderamente a él? ¿A quién le revela verdaderamente el Padre a su Hijo? Cierto día. Jesús dijo: *Nadie puede venir a mí si no lo atrae el Padre* (Jn 6. 44). ¿Pero a quién atrae el Padre? Responde el Evangelio de hoy: no a los sabios y a los inteligentes, sino a los pequeños. Es el segundo "misterio de Dios" revelado por Jesús, no menos importante que el primero: Jesús es el Hijo de Dios, pero esto sólo los pequeños, los humildes, los dóciles, están en situación de entender.

De hecho, sucedió precisamente así: los humildes fueron los más dispuestos a recibirlo: eran pescadores de Galilea, mujeres del pueblo, pobres de las villas y de las ciudades, pecadores, marginados... Los otros –los sabios, como Nicodemo, y los inteligentes, como Saulo de Tarso– debieron realizar un largo camino de descenso, ser alejados de los arneses del caballo, antes de llegar a aquel punto en que el hombre pierde la confianza en sus fuerzas, se abandona a Dios y "se deja hacer" por Él.

También hoy sucede así. A veces, incluso constituye una tentación para el creyente. ¿Mira a su alrededor y qué ve? Eruditos, científicos, hombres de la cultura, que permanecen alejados de la fe, a menudo hostiles a ella; en la iglesia, el domingo, no encuentra muchas caras de hombres poderosos y famosos. Por el contrario, Jesús daba gracias a Dios porque así era: *Te alabo, Padre... por haber ocultado estas cosas a los sabios*. De otra forma, sería la lógica humana la que triunfara una vez más, no la "locura de la cruz" (1 Cor. 1, 18). Naturalmente, no se le impide a nadie, ni siquiera al sabio, acceder a los misterios de Dios y a la ternura del Padre. Sin embargo, debe hacerse humilde, reconocer los límites de su ciencia, aun sin dejar de pedirle respuestas siempre más nuevas y profundas: debe hacerse insensato para volverse sabio de un modo distinto (cfr. 1 Cor. 3. 18). El cristianismo no se basa sobre la ignorancia, sino sobre la humildad del hombre; no condena la ciencia y la sabiduría, sino la soberbia y la presunción del hombre.

Jesús ha querido enseñamos este camino; él mismo se hizo dócil y humilde para poder decirnos: ¡aprendan de mí! Así nos lo presentó el profeta en la primera lectura; así lo hemos aclamado en el salmo responsorial: *Alabado seas, Señor, humilde rey de gloria*.

"Humilde rey de gloria" Parece una paradoja, pero no lo es. Es la paradoja de la fe: *quien se humilla será exaltado*. Por nuestra cuenta no lo entenderíamos jamás o, si lo entendiéramos, no seríamos capaces de realizarlo. Debemos pedirle a aquel que penetra en los misterios de Dios –al Espíritu– que nos deposite en el corazón esta verdad fundamental que él mismo, cierto día, hizo surgir de la boca de Cristo: hacemos experimentar con ella un poco de aquel gozo que sintió nuestro Salvador.

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO XIV DEL TIEMPO ORDINARIO

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

El anuncio de un plan de salvación de la Humanidad por parte de Jesucristo, no fue aceptado por quienes andaban mendigando alabanzas unos de otros, y no se interesaban por aquella gloria que procede de Dios (Cfr Jn 5,44). De ahí que Jesús alabe a los que buscan con ardor la verdad: "Te doy gracias, Padre, Señor de cielo y tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos y las has revelado a la gente sencilla". Quien es sencillo de corazón y busca la verdad –no su verdad, como

dice el poeta–, se codea con la grandeza y descubre la libertad verdadera, descubre a Dios. Porque allí donde está el espíritu de Dios, allí está la libertad (Cfr 2 Cor 3,17).

Jesús se dirigía y se dirige hoy, a través de su Iglesia que somos todos, a esa humanidad que anda sobrecargada de obligaciones –muchas de ellas inútiles e inventadas por los hombres (Cfr Hch 15,10), que no traen la paz al corazón–, ofreciendo otra carga que es ligera porque la hace llevadera el amor. "Cualquiera otra carga tiene peso, pero la de Cristo tiene alas. Si a un pájaro le quitas las alas, parece que le alivias del peso, pero cuanto más le quites este peso, tanto más le atas a la tierra. Ves en el suelo al que quisiste aliviar de un peso; restitúyele el peso de sus alas y verás cómo vuela" (S. Agustín, Sermo, 126).

El yugo del Señor es liberación porque es la ley del Espíritu que supera la carne (2ª lect), ley de libertad interior, de obediencia filial a Dios Padre que, al amarnos más de lo que nosotros nos amamos a nosotros mismos, quiere siempre lo mejor para sus hijos. De ahí que el Salmo Responsorial afirme: "El Señor es clemente y misericordioso, bueno con todos, cariñoso con todas sus criaturas... fiel a sus palabras... El Señor sostiene a los que van a caer, endereza a los que ya se doblan".

¡No retiremos el hombro ante la carga que el Señor quiera que llevemos! ¡En cuántas ocasiones, ante las embestidas de la comodidad egoísta y la hostilidad o indiferencia que encontramos al querer influir cristianamente en nuestro entorno, se insinúa la tentación de no complicarnos la vida! Pensamos, entonces, que nadie nos comprende, que no agradecen nuestro interés, que todo les resbala, que somos un cero a la izquierda. Procuremos no dramatizar, mirándolos con lupa, esos comportamientos. No permitamos que los demonios familiares –el amor propio herido, la comodidad– se adueñen de nuestro estado de ánimo y asome la tristeza y la soledad.

Recordemos que la comodidad no libera. La permisividad y el consumismo no liberan. El capricho y el desentenderse de los demás no liberan. Estas opciones instalan en la mediocridad y la tibieza. Lo que libera es Dios. Lo que libera es la buena conciencia. Nos equivocaríamos si creyéramos que el cristianismo nos protege del dolor. No inventó él la Cruz, ésta ya existía y existe –¡cuánto sufrimiento, cuánta injusticia, en nuestro mundo!–, pero nos ha enseñado a llevarla sin quejas y a descubrir el valor redentor que encierra. "Es tan grande la fuerza de la Cruz de Cristo, dice Orígenes, que si se pone ante los ojos..., ningún mal deseo, ninguna pasión, ningún movimiento de enfado o de envidia podrá prevalecer".

***

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

«Hacerse pequeño para recibir el Reino»

I. LA PALABRA DE DIOS

Za 9,9-10: «Tu rey viene pobre a ti»

Sal 144,1-2.8-9.10-11.13-14: «Te ensalzaré, Dios mío, mi rey»

Rm 8,9.11-13: «Si con el Espíritu dais muerte a las obras del Espíritu, viviréis»

Mt 11,25-30: «Soy manso y humilde de corazón»

II. APUNTE BÍBLICO-LITÚRGICO

En Jesucristo se cumple la profecía de Zacarías: «Mira a tu Rey» (1ª Lect.). En contraste con los jefes de Israel, políticos y religiosos, y de los Escribas que oprimían las conciencias con interpretaciones abusivas de la Ley, Jesucristo proclama que los valores del Reino se dan en los pequeños. Él mismo es el primero de ellos. La pequeñez, como la sencillez y la humildad, ocultan la grandeza de su condición regia. El Rey pobre ofrece ayuda, consuelo y descanso a los que están agobiados, a los oprimidos por el poder y a los maestros de Israel (Ev.)

El que tiene el Espíritu de Cristo, con el Espíritu destruye la autosuficiencia, la soberbia, los egoísmos y ambiciones y mediante la acción del Espíritu es vivificado y asemejado a Jesús (2ª Lect.).

III. SITUACIÓN HUMANA

Encontramos en la sociedad actual valores abiertamente enfrentados con el Evangelio. Lo pequeño, lo que no cuenta, es despreciado. Y esto no es una obviedad; es dar fe de algo que no ha cambiado nada. Lo que Jesús valoraba sigue sin estimarse. Lo que descalificaba, ocupa lugares de privilegio. ¿Hay modos de llegar a un lenguaje en el que podamos entendernos? ¿Es posible que llamemos valioso o relativo a lo mismo? El caso es que Cristo, con esos valores, (contravalores para el mundo), lo ha renovado en profundidad.

IV. LA FE DE LA IGLESIA

La fe

– El Reino de Dios revelado a los pequeños: «Los evangelistas han conservado las dos oraciones más explícitas de Cristo durante su ministerio. Cada una de ellas comienza precisamente con la acción de gracias. En la primera, Jesús confiesa al Padre, le da gracias y lo bendice porque ha escondido los misterios del Reino a los que se creen doctos y lo ha revelado a los 'pequeños' (los pobres de las Bienaventuranzas)» (2603; cf 544. 2785).

La respuesta

– La oración confiada: "Este poder del Espíritu que nos introduce en la Oración del Señor se expresa en las liturgias de Oriente y Occidente con la bella palabra, típicamente cristiana «parrhesía», simplicidad sin desviación, conciencia filial, seguridad alegre, audacia humilde, certeza de ser amado" (2778).

– Un corazón humilde y confiado que nos hace volver a ser como niños; porque es a «los pequeños» a los que el Padre se revela (2785).

– "Antes de hacer nuestra la primera exclamación de la Oración del Señor, conviene purificar humildemente nuestro corazón de ciertas imágenes falsa de «este mundo». La humildad nos hace reconocer que «nadie conoce al Padre, sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar», es decir, «a los pequeños»" (2779).

El testimonio cristiano

– «Tú, hombre, no te atrevías a levantar tu cara hacia el cielo, tú bajabas los ojos hacia la tierra, y de repente has recibido la gracia de Cristo: todos tus pecados te han sido perdonados. De siervo malo te has convertido en buen hijo... Eleva pues, los ojos hacia el Padre que te ha rescatado por medio de su Hijo y di: Padre nuestro... Pero no reclames ningún privilegio. No es Padre, de manera especial, más que de Cristo, mientras que a nosotros nos ha creado. Di entonces también por medio de la gracia: Padre nuestro, para merecer ser hijo suyo». (S. Ambrosio, sacr. 5. 19) (2783). La no aceptación de Cristo, no supone solamente rechazar el Reino de Dios; supone además, despreciar una gran ocasión de encontrar valores verdaderamente humanos.

HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO XIV DEL TIEMPO ORDINARIO

Aliviar a los demás de sus cargas.

– El ejemplo de Cristo.

I. De manera bien diferente a como muchos fariseos se comportaban con el pueblo, Jesús viene a librar a los hombres de sus cargas más pesadas, echándolas sobre Sí mismo. *Venid a Mí todos los fatigados y agobiados* –dice Jesús a los hombres de todos los tiempos–, *y Yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas: porque mi yugo es suave y mi carga ligera.*

Junto a Cristo se vuelven amables todas las fatigas, todo lo que podría ser más costoso en el cumplimiento de la voluntad de Dios. El sacrificio junto a Cristo no es áspero y rebelde, sino gustoso. Él llevó nuestros dolores y nuestras cargas más pesadas. El Evangelio es una continua muestra de su preocupación por todos: "en todas partes ha dejado ejemplos de su misericordia", escribe San Gregorio Magno. Resucita a los muertos, cura a los ciegos, a los leprosos, a los sordomudos, libera a los endemoniados... Alguna vez ni siquiera espera a que le traigan al enfermo, sino que dice: *Yo iré y le curaré*. Aun en el momento de la muerte se preocupa por los que le rodean. Y allí se entrega con amor, *como víctima de propiciación por nuestros pecados; y no sólo por los nuestros, sino también por los de todo el mundo*.

Nosotros debemos imitar al Señor: no sólo no echando preocupaciones innecesarias sobre los demás, sino ayudando a sobrellevar las que tienen. Siempre que nos sea posible, asistiremos a otros en su tarea humana, en las cargas que la misma vida impone: *Cuando hayas terminado tu trabajo, haz el de tu hermano, ayudándole, por Cristo, con tal delicadeza y naturalidad que ni el favorecido se dé cuenta de que estás haciendo más de lo que en justicia debes. – ¡Esto sí que es fina virtud de hijo de Dios!*

Nunca deberá parecernos excesiva cualquier renuncia, cualquier sacrificio en bien de otro. La caridad ha de estimularnos a mostrar nuestro aprecio con hechos muy

concretos, buscando la ocasión de ser útiles, de aligerar a los demás de algún peso, de proporcionar alegrías a tantas personas que pueden recibir nuestra colaboración, sabiendo que nunca nos excederemos suficientemente.

Liberar a los demás de lo que les pesa, como haría Cristo en nuestro lugar. A veces consistirá en prestar un pequeño servicio, en dar una palabra de ánimo y de aliento, en ayudar a que esa persona mire al Maestro y adquiera un sentido más positivo de su situación, en la que quizá se encuentre agobiada por hallarse sola. Al mismo tiempo, podemos pensar en esos aspectos en los que, de algún modo, a veces sin querer, hacemos un poco más onerosa la vida de los demás: los caprichos, los juicios precipitados, la crítica negativa, la falta de consideración, la palabra que hiere.

– Ser compasivos y misericordiosos. La carga del pecado y de la ignorancia.

II. El amor descubre en los demás la imagen divina, a cuya semejanza hemos sido hechos; en todos reconocemos el precio sin medida que ha costado su rescate: la misma Sangre de Cristo. Cuanto más intensa es la caridad, en mayor estima se tiene al prójimo y, en consecuencia, crece la solicitud ante sus necesidades y penas. No sólo vemos a quien sufre o pasa un apuro, sino también a Cristo, que se ha identificado con todos los hombres: *en verdad os digo, cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a Mí lo hicisteis*. Cristo se hace presente en nosotros en la caridad. Él actúa constantemente en el mundo a través de los miembros de su Cuerpo Místico. Por eso, la unión vital con Jesús nos permite también a nosotros decir: *venid a Mí todos los fatigados y agobiados, y Yo os aliviaré*. La caridad es la realización del Reino de Dios en el mundo.

Para ser fieles discípulos del Señor hemos de pedir incesantemente que nos dé un corazón semejante al suyo, capaz de compadecerse de tantos males como arrastra la humanidad, principalmente el mal del pecado, que es, sobre todos los males, el que más fuertemente agobia y deforma al hombre. La compasión fue el gesto habitual de Jesús a la vista de las miserias y limitaciones de los hombres: *Siento compasión de la muchedumbre…*, recogen los Evangelistas en tonos diversos. Cristo se conmueve ante toda suerte de desgracias que encontró a su paso por la tierra, y esa actitud misericordiosa es su postura permanente frente a las miserias humanas acumuladas a lo largo de los siglos. Si nosotros nos llamamos discípulos de Cristo debemos llevar en nuestro corazón los mismos sentimientos misericordiosos del Maestro.

Pidamos al Señor en nuestra oración personal la ayuda de su gracia, para sentir compasión, en primer lugar, por aquellos que sufren el mal inconmensurable del pecado, los que están lejos de Dios. Así entenderemos cómo el apostolado de la Confesión es la mayor de las obras de misericordia, pues damos la posibilidad a Dios de verter su perdón generosísimo sobre quien se había alejado de la casa paterna. ¡Qué gran carga quitamos a quien estaba oprimido por el pecado y se acerca a la Confesión! ¡Qué gran alivio! Hoy puede ser un buen momento para preguntarnos: ¿a cuántas personas he llevado a hacer una buena Confesión?, ¿a qué otras puedo ayudar? Quitar cargas a quienes viven más estrechamente ligados a nuestra vida por tener la misma fe, el mismo espíritu, los mismos lazos de sangre, el mismo trabajo…: "mirad,

ciertamente, por todos los indigentes con benevolencia general –insiste San León Magno–, pero acordaos especialmente de los que son miembros del Cuerpo de Cristo y nos están unidos por la unidad de la fe católica. Pues más debemos a los nuestros por la unión en la gracia que a los extraños por la comunidad de naturaleza".

Aliviemos en la medida en que nos sea posible a tantos que soportan la dura carga de la ignorancia, especialmente de la ignorancia religiosa, que "alcanza hoy niveles jamás vistos en ciertos países de tradición cristiana. Por imposición laicista o por desorientación y negligencia lamentables, multitudes de jóvenes bautizados están llegando a la adolescencia con total desconocimiento de las más elementales nociones de la fe y la Moral y de los rudimentos mismos de la piedad. Ahora, enseñar al que no sabe significa, sobre todo, enseñar a los que nada saben de Religión, significa "evangelizarles", es decir, hablarles de Dios y de la vida cristiana". ¡Qué peso tan grande el de aquellos que no conocen a Cristo, que han sido privados de la doctrina cristiana o están imbuidos del error!

– Acudir a Cristo cuando nos resulte más costoso el peso de la vida. Aprender de Santa María a olvidarnos de nosotros mismos.

III. No encontraremos camino más seguro para seguir a Cristo y para encontrar la propia felicidad que la preocupación sincera de liberar o aligerar de su lastre a quienes van cansados y agobiados, pues Dios dispuso las cosas "para que aprendamos a llevar las cargas unos de otros; porque no hay ninguno sin defecto, ninguno sin carga; ninguno que sea suficiente para sí, nadie tampoco que sea lo suficiente sabio para sí". Todos nos necesitamos. La convivencia diaria requiere esas mutuas ayudas, sin las cuales difícilmente podríamos ir adelante.

Y si alguna vez nos encontramos nosotros con un peso que nos resulta demasiado duro para nuestras fuerzas, no dejemos de oír las palabras del Señor: *Venid a Mí*. Sólo Él restaura las fuerzas, sólo Él calma la sed. "Jesús dice ahora y siempre: *Venid a Mí todos los que andáis fatigados y agobiados, y Yo os aliviaré*. Efectivamente, Jesús está en una actitud de invitación, de conocimiento y de compasión por nosotros; es más, de ofrecimiento, de promesa, de amistad, de bondad, de remedio a nuestros males, de confortador y, todavía más, de alimento, de pan, de fuente de energía y de vida". Cristo es nuestro descanso.

El trato asiduo con Nuestra Madre Santa María nos enseña a compadecernos de las necesidades del prójimo. Nada le pasó inadvertido a Ella, porque hasta los más pequeños apuros se hicieron patentes ante el amor que llenó siempre su Corazón. Ella nos facilitará el camino hacia Cristo cuando tengamos más necesidad de descargar en Él nuestras preocupaciones: *sacarás fuerzas para cumplir acabadamente la Voluntad de Dios, te llenarás de deseos de servir a todos los hombres. Serás el cristiano que a veces sueñas ser: lleno de obras de caridad y de justicia, alegre y fuerte, comprensivo con los demás y exigente contigo mismo*.

P. Antoni POU OSB Monje de Montserrat (Barcelona, España) (www.evangeli.net)

IR A ÍNDICE DOMINGO XIV DEL TIEMPO ORDINARIO

«Venid a mí todos los que estáis fatigados y sobrecargados, y yo os daré descanso»

Hoy, Jesús nos muestra dos realidades que le definen: que Él es quien conoce al Padre con toda la profundidad y que Él es «manso y humilde de corazón» (Mt 11,29). También podemos descubrir ahí dos actitudes necesarias para poder entender y vivir lo que Jesús nos ofrece: la sencillez y el deseo de acercarnos a Él.

A los sabios y entendidos frecuentemente les es difícil entrar en el misterio del Reino, porque no están abiertos a la novedad de la revelación divina; Dios no deja de manifestarse, pero ellos creen que ya lo saben todo y, por tanto, Dios ya no les puede sorprender. Los sencillos, en cambio, como los niños en sus mejores momentos, son receptivos, son como una esponja que absorbe el agua, tienen capacidad de sorpresa y de admiración. También hay excepciones, e incluso, hay expertos en ciencias humanas que pueden ser humildes por lo que al conocimiento de Dios se refiere.

En el Padre, Jesús encuentra su reposo, y su paz puede ser refugio para todos aquellos que han sido maleados por la vida: «Venid a mí todos los que estáis fatigados y sobrecargados, y yo os daré descanso» (Mt 11,28). Jesús es humilde, y la humildad es hermana de la sencillez. Cuando aprendemos a ser felices a través de la sencillez, entonces muchas complicaciones se deshacen, muchas necesidades desaparecen, y al fin podemos reposar. Jesús nos invita a seguirlo; no nos engaña: estar con Él es llevar su yugo, asumir la exigencia del amor. No se nos ahorrará el sufrimiento, pero su carga es ligera, porque nuestro sufrimiento no nos vendrá a causa de nuestro egoísmo, sino que sufriremos sólo lo que nos sea necesario y basta, por amor y con la ayuda del Espíritu. Además, no olvidemos, «las tribulaciones que se sufren por Dios quedan suavizadas por la esperanza» (San Efrén).

EXAMEN DE CONCIENCIA PARA SACERDOTES – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís

IR A ÍNDICE DOMINGO XIV DEL TIEMPO ORDINARIO

El yugo de la Palabra de Cristo

«Vengan a mí, todos los que están fatigados y agobiados por la carga, y yo les daré alivio».

Eso dice Jesús.

Y te lo dice a ti, sacerdote, porque tú no tienes un Sumo Sacerdote que no pueda compadecerse de tus flaquezas, porque Él ha sido probado en todo, como tú, excepto en el pecado.

Acércate, sacerdote, a tu Señor, y alcanzarás su misericordia y la gracia de su auxilio.

Acércate con confianza, y pídele que aligere tu carga.

Sométete bajo su yugo y ofrécele tu espalda para llevar su carga, porque su yugo es suave y su carga ligera.

Reconoce tu debilidad, tu flaqueza, tu indignidad y tu miseria, y acude a tu Señor frente al Sagrario, dispuesto a ir a su encuentro en una profunda oración, remando mar adentro, abriéndole las puertas de par en par, escuchando su Palabra, para que penetre hasta lo más profundo de tu corazón.

No tengas miedo, sacerdote, de exponerle tu interior a tu Señor, porque Él es un Dios omnipotente, omnipresente y omnisciente, que lo ve todo, y conoce lo más íntimo que hay en tu esencia, que es tu conciencia.

Y tú, sacerdote, ¿examinas tu conciencia?

¿Cada cuánto examinas lo que hay en tu interior?

¿Reconoces en cada acto tu rectitud de intención?

¿Unes tu voluntad a la voluntad de Dios, y lo obedeces?

¿Acudes al sacramento de la reconciliación, para entregarle la carga de tus culpas a tu Señor, o pretendes poder seguir caminando con esa carga, que te aplasta por tu soberbia, que te quita la fuerza, porque te aleja del trono de la gracia?

Tu Señor es bondadoso y misericordioso. Él es la verdad, y Él te ha dado la libertad de una conciencia moral, que, asistida y alimentada por el Espíritu Santo, te da la gracia de discernir en cada circunstancia, para elegir el bien y rechazar el mal, para darte cuenta cuando no has hecho el bien, y has hecho el mal, para que te arrepientas y regreses con el corazón contrito y humillado, al que es el único bueno, y a su amistad.

Tu Señor te ha dicho que seas astuto como la serpiente y sencillo como la paloma, porque Él te ha enviado como cordero en medio de lobos. Pero también te dice que no te preocupes de cómo o qué vas a hablar, porque lo que tengas que hablar se te comunicará, porque no serás tú quien hable, sino el Espíritu de tu Padre el que hablará en ti.

Tu Señor te ha dicho que no está el discípulo por encima de su Maestro. Entonces, ¿de qué te preocupas, sacerdote?

Vive de acuerdo al Espíritu de Cristo, y lleva su carga como el borrico, sobre tu espalda, sometido al yugo de su Palabra, cumpliendo sus mandamientos, llevando con alegría al Rey victorioso, con su paz, a todos los rincones del mundo, alabando con Él a Dios Padre, por haber escondido su verdad a los sabios y entendidos, y haberla revelado a los sencillos.

La verdad es tu descanso, sacerdote, porque la verdad te hará libre.

(*Espada de Dos Filos* IV, n. 10)

_____

Domingo XV del Tiempo Ordinario (ciclo A)

IR A ÍNDICE GENERAL

(Comentarios sobre las Lecturas propias de la Santa Misa para meditar y preparar la homilía)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)**
- **SAN JUAN CRISÓSTOMO (www.iveargentina.org)**
- **FRANCISCO – Ángelus 2014 y 2017**
- **BENEDICTO XVI – Ángelus 2011**
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos**
- **RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)**
- **PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes**
- **FLUVIUM (www.fluvium.org)**
- **PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)**
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)**
  - **Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II**
  - **Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva**
  - **Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica**
- **HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)**
- **P. Jorge LORING SJ (Cádiz, España) (www.evangeli.net)**
- **EXAMEN DE CONCIENCIA PARA SACERDOTES – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís**

***

DEL MISAL MENSUAL

IR A ÍNDICE DOMINGO XV DEL TIEMPO ORDINARIO

CUMPLIRÁ MI ENCARGO

Is 55, 10-11; Rom 8, 18-23; Mt 13, 1-23

De la breve comparación de la palabra de Dios con el aguanieve que cae del cielo deriva una enseñanza fundamental sobre la eficacia del mensaje divino. Dios no emite promesas huecas, ni mandatos sometidos a la caprichosa discreción del oyente. La

suya es una palabra viva y fuerte que obra lo que dice. Palabra y acontecimientos juntos. No obstante, como nos explica cuidadosamente el Señor Jesús en la parábola del sembrador, no puede pisotear la libertad, los intereses y los anhelos profundos de sus oyentes. Cuando estos reciben el mensaje del reino, caben distintas lecturas y diversas reacciones que van del entusiasmo inicial al desencanto. La ansiedad nacida de la incertidumbre del mañana, la avaricia y el miedo arrancan el entusiasmo de la primera hora. Cual llamarada de petate, se puede ir achicando la esperanza del primer momento. Por fortuna, también encontramos oyentes que se mantienen fieles.

ANTÍFONA DE ENTRADA **Cfr. Sal 16, 15**

Por serte fiel, yo contemplaré tu rostro, Señor, y al despertar, espero saciarme de gloria.

ORACIÓN COLECTA

Señor Dios, que muestras la luz de tu verdad a los que andan extraviados para que puedan volver al buen camino, concede a cuantos se profesan como cristianos rechazar lo que sea contrario al nombre que llevan y cumplir lo que ese nombre significa. Por nuestro Señor Jesucristo ...

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

La lluvia hará germinar la tierra.

Del libro del profeta Isaías: 55, 10-11

Esto dice el Señor: "Como bajan del cielo la lluvia y la nieve y no vuelven allá, sino después de empapar la tierra, de fecundarla y hacerla germinar, a fin de que dé semilla para sembrar y pan para comer, así será la palabra que sale de mi boca: no volverá a mí sin resultado, sino que hará mi voluntad y cumplirá su misión".

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 64, 10abcd. 10e-11. 12-13. 14.

R/. Señor, danos siempre de tu agua.

Señor, tú cuidas de la tierra, la riegas y la colmas de riqueza. Las nubes del Señor van por los campos, rebosantes de agua, como acequias. ***R/.***

Tú preparas las tierras para el trigo: riegas los surcos, aplanas los terrenos, reblandeces el suelo con la lluvia, bendices los renuevos. ***R/.***

Tú coronas el año con tus bienes, tus senderos derraman abundancia, están verdes los pastos del desierto, las colinas con flores adornadas. ***R/.***

Los prados se visten de rebaños, de trigales los valles se engalanan. Todo aclama al Señor. Todo le canta. ***R/.***

SEGUNDA LECTURA

Toda la creación espera la revelación de la gloria de los hijos de Dios.

De la carta del apóstol san Pablo a los romanos: 8, 18-23

Hermanos: Considero que los sufrimientos de esta vida no se pueden comparar con la gloria que un día se manifestará en nosotros; porque toda la creación espera, con seguridad e impaciencia, la revelación de esa gloria de los hijos de Dios.

La creación está ahora sometida al desorden, no por su querer, sino por voluntad de aquel que la sometió. Pero dándole al mismo tiempo esta esperanza: que también ella misma va a ser liberada de la esclavitud de la corrupción, para compartir la gloriosa libertad de los hijos de Dios.

Sabemos, en efecto, que la creación entera gime hasta el presente y sufre dolores de parto; y no sólo ella, sino también nosotros, los que poseemos las primicias del Espíritu, gemimos interiormente, anhelando que se realice plenamente nuestra condición de hijos de Dios, la redención de nuestro cuerpo.

Palabra de Dios.

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO

R/. Aleluya, aleluya.

La semilla es la palabra de Dios y el sembrador es Cristo; todo aquel que lo encuentra vivirá para siempre. ***R/.***

EVANGELIO

Una vez salió un sembrador a sembrar.

+ Del santo Evangelio según san Mateo: 13, 1-23

Un día salió Jesús de la casa donde se hospedaba y se sentó a la orilla del mar. Se reunió en torno suyo tanta gente, que él se vio obligado a subir a una barca, donde se sentó, mientras la gente permanecía en la orilla. Entonces Jesús les habló de muchas cosas en parábolas y les dijo:

"Una vez salió un sembrador a sembrar, y al ir arrojando la semilla, unos granos cayeron a lo largo del camino; vinieron los pájaros y se los comieron. Otros granos cayeron en terreno pedregoso, que tenía poca tierra; ahí germinaron pronto, porque la tierra no era gruesa; pero cuando subió el sol, los brotes se marchitaron, y como no tenían raíces, se secaron. Otros cayeron entre espinos, y cuando los espinos crecieron, sofocaron las plantitas. Otros granos cayeron en tierra buena y dieron fruto: unos, ciento por uno; otros, sesenta; y otros, treinta. El que tenga oídos, que oiga".

Después se le acercaron sus discípulos y le preguntaron: "¿Por qué les hablas en parábolas?". Él les respondió: "A ustedes se les ha concedido conocer los misterios del Reino de los cielos, pero a ellos no. Al que tiene, se le dará más y nadará en la abundancia; pero al que tiene poco, aun eso poco se le quitará. Por eso les hablo en parábolas, porque viendo no ven y oyendo no oyen ni entienden.

En ellos se cumple aquella profecía de Isaías que dice: Oirán una y otra vez y no entenderán; mirarán y volverán a mirar, pero no verán; porque este pueblo ha endurecido su corazón, ha cerrado sus ojos y tapado sus oídos, con el fin de no ver con

los ojos, ni oír con los oídos, ni comprender con el corazón. Porque no quieren convertirse ni que yo los salve.

Pero, dichosos ustedes, porque sus ojos ven y sus oídos oyen. Yo les aseguro que muchos profetas y muchos justos desearon ver lo que ustedes ven y no lo vieron y oír lo que ustedes oyen y no lo oyeron. Escuchen, pues, ustedes lo que significa la parábola del sembrador.

A todo hombre que oye la palabra del Reino y no la entiende, le llega el diablo y le arrebata lo sembrado en su corazón. Esto es lo que significan los granos que cayeron a lo largo del camino.

Lo sembrado sobre terreno pedregoso significa al que oye la palabra y la acepta inmediatamente con alegría; pero, como es inconstante, no la deja echar raíces, y apenas le viene una tribulación o una persecución por causa de la palabra, sucumbe.

Lo sembrado entre los espinos representa a aquel que oye la palabra, pero las preocupaciones de la vida y la seducción de las riquezas la sofocan y queda sin fruto.

En cambio, lo sembrado en tierra buena representa a quienes oyen la palabra, la entienden y dan fruto: unos, el ciento por uno; otros, el sesenta; y otros, el treinta".

Palabra del Señor.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Mira, Señor, los dones de tu Iglesia suplicante, y concede que, al recibirlos, sirvan a tus fieles para crecer en santidad. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN *Jn 6, 56*

El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él, dice el Señor.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Alimentados con los dones que hemos recibido, te suplicamos, Señor, que, participando frecuentemente de este sacramento, crezcan los efectos de nuestra salvación. Por Jesucristo, nuestro Señor.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

IR A ÍNDICE DOMINGO XV DEL TIEMPO ORDINARIO

Mi palabra no volverá a mí de vacío (Is 55, 10-11)

1ª lectura

Con comparaciones muy expresivas, especialmente para los países áridos del Oriente, se describe la eficacia poderosa y fecunda de la palabra de Dios. Ella realiza la salvación que anuncia. Esta palabra de Dios personificada (cfr Sb 8, 4; 9, 9-10; 18, 14-15) es figura de la Encarnación de Jesucristo, Palabra eterna del Padre, que desciende a la tierra para salvar a los hombres. «No volverá a mí vacía y estéril [la palabra de Dios], dice, sino que prosperará en todas las cosas, se nutrirá hasta saciarse con las

buenas acciones de aquellos que, obedeciéndola, ejecutarán sus enseñanzas. Ciertamente suele decirse que una palabra ha sido cumplida cuando se traduce a la práctica, o sea, que mientras no se cumpla con obras, permanece estéril, macilenta y en cierto modo famélica. Pero oye con qué alimento dice que nutre: *Mi manjar es hacer la voluntad de mi Padre* (Jn 4, 34)» (S. Bernardo, *In Cantica Canticorum* 71, 12-13).

La creación será liberada de la esclavitud de la corrupción (Rm 8, 18-23)

2ª lectura

En continuidad con la enseñanza de los profetas que anunciaban unos «nuevos cielos y una tierra nueva» (Is 65, 17; 66, 22), Pablo amplía la liberación obrada por Cristo a la creación material (vv. 19-22). Ésta se encontraba «sujeta a la vanidad» (v. 20), es decir, estaba corrompida a causa del pecado de Adán (Gn 3, 17-19; 5, 29). Pues bien, como un desarrollo del contraste entre Cristo y Adán (cfr 5, 12-21), Pablo entiende que la liberación del cosmos es consecuencia de la liberación del hombre. Aunque todavía no vemos sus efectos con claridad, aguardamos a que se cumplan, asistidos por el Espíritu que acude en ayuda de nuestra flaqueza (Cfr 8, 23-27).

El sembrador (Mt 13, 1-23)

Evangelio

Esta parábola es la más larga del discurso. Viene en los tres sinópticos (Mc 4, 1-20; Lc 8, 4-15) y es casi el paradigma de las parábolas del Reino. Su mensaje puede compendiarse así: ¿Por qué la palabra de Jesús produce efectos tan dispares entre los oyentes? Hay que tener en cuenta que nos movemos en el misterio de la gracia que Dios concede y de la correspondencia del hombre. Hay que salvaguardar los dos aspectos: la libertad de Dios al dar la gracia y la libertad del hombre al corresponder. Los discípulos no debieron de comprender al principio la parábola. Era como pasar de la oscuridad a la luz potente. El Maestro tuvo la paciencia de ir paso a paso. La parábola resulta clara tras la explicación (vv. 18-23), y nosotros, lectores del evangelio, la podemos entender tanto en el contexto de la vida de Jesús como en el de la vida de la Iglesia. La palabra de Jesús necesita la buena acogida de los hombres. Hay quienes la oyen sin entenderla (v. 19; cfr v. 14): son sordos a Dios, como las autoridades religiosas de Israel, que han estado acechando a Jesús (cfr 11, 1-12, 50) y malinterpretándole. Otros son débiles o inconstantes (v. 21), como las muchedumbres que le oyeron junto al monte (5, 1) o se beneficiaron de sus milagros (14, 21), y, en cambio, le dejaron sólo en la hora de la prueba. Otros fallan, pero no por debilidad cuando hay que defender la palabra, sino porque la palabra del Señor no puede fructificar en una vida que no sea recta (v. 22). Pero la palabra de Dios, cuando es enviada a la tierra, es fecunda siempre (Is 55, 10-11), no deja de encontrar un lugar donde dar fruto. La palabra de Jesús en cuanto palabra de Dios puede fructificar en mayor o menor proporción (v. 23), porque los hombres no somos iguales, pero siempre es eficaz: «Cuando esta palabra es proclamada, la voz del predicador resuena exteriormente, pero su fuerza es percibida interiormente y hace revivir a los mismos muertos: su sonido engendra para

la fe nuevos hijos de Abrahán. Es, pues, viva esta palabra en el corazón del Padre, viva en los labios del predicador, viva en el corazón del que cree y ama. Y, si de tal manera es viva, es también, sin duda, eficaz» (Balduino de Cantorbery, *Tractatus* 6).

SAN JUAN CRISÓSTOMO (www.iveargentina.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO XV DEL TIEMPO ORDINARIO

Parábola del Sembrador

¿Cuál es, pues, la parábola? —Salió —dice— *el sembrador a sembrar*. ¿De dónde salió o cómo salió el que está en todas partes y todo lo llena? No por lugar, sino por hábito y dispensación para con nosotros, haciéndose más cercano nuestro por haberse revestido de carne. Porque, como nosotros no podíamos entrar donde Él estaba, porque nuestros pecados nos amurallaban la entrada, salió Él en busca nuestra. — ¿Y a qué salió? ¿Acaso a destruir la tierra, que estaba llena de espinas? ¿Acaso a castigar a los labradores? —De ninguna manera. Salió a cultivarla y cuidarla por sí mismo y a sembrar la palabra de la religión. Porque siembra llama aquí a la enseñanza de su *doctrina, y tierra de sembradura a las almas de los hombres, y sembrador a sí mismo*.

*¿Qué se hace, pues, de esta semilla? Tres cuartas partes se pierden y sólo se salva una: Y sembrando que siembra— dice—, una parte cayó junto al camino, y vinieron las aves y se la comieron. No dijo que la arrojó Él, sino que cayó ella. Otra parte cayó sobre terreno rocoso, donde no había mucha tierra, e inmediatamente brotó por no tener profundidad de tierra. Mas, apenas salido el sol, se calentó, y, por no tener raíz, se secó. Otra parte cayó sobre espinas, y crecieron las espinas y la ahogaron. Y otra, sobre tierra buena y dio fruto: una de cien, otra de sesenta y otra de treinta. El que tenga oídos para oír, que oiga. Sólo, pues, se salvó la cuarta parte, y aun ésta no de modo igual, sino con mucha diferencia. Con esta parábola quiso declarar el Señor que Él hablaba a todos con mucha generosidad. Porque, así como el sembrador no distingue la tierra que va pisando con sus pies, sino que arroja sencilla e indistintamente su semilla, así el Señor no distingue tampoco al pobre del rico, al sabio del ignorante, al tibio del fervoroso, al valiente del cobarde. A todos indistintamente se dirige, cumpliendo lo que a Él tocaba, a pesar de que sabía lo que había de suceder. Así, empero, podría luego decir: ¿Qué debí hacer que no lo haya hecho? (*Is *5, 4). Notemos también que los profetas hablan del pueblo bajo la semejanza de la viña: Una viña—dice—tuvo mi amado (*Ibíd.*). Y el salmista: Trasplantó su viña de Egipto (*Sal *79, 9). Jesús, empero, emplea la comparación de la siembra. ¿Qué quiere decir con eso? Que ahora será más rápida y más fácil la obediencia y que la tierra dará inmediatamente su fruto*. Por lo demás, no porque diga el Señor: *Salió el sembrador a sembrar,* ha de pensarse haya en ello tautología, pues el sembrador sale muchas veces a otras faenas, por ejemplo, a labrar el barbecho, a escardar las malas yerbas, o a arrancar las espinas, o a otra faena semejante. Más Él salió a sembrar.

POR QUÉ SE PERDIÓ TANTA SEMILLA

¿De qué provino, pues, decidme, que se perdiera la mayor parte de la siembra? Ciertamente que no fue por culpa del sembrador, sino de la tierra que recibió la semilla; es decir, por culpa del alma, que no quiso atender a la palabra. — ¿Y por qué no dijo que una parte la recibieron los tibios y la dejaron perderse, otra los ricos y la ahogaron, otra los vanos y la abandonaron? —Es que no quería herirles demasiado directamente, para no llevarlos a la desesperación, sino que deja la aplicación a la conciencia de sus mismos oyentes. Mas no pasó esto solamente con la siembra, sino también con la pesca; pues también allí la red sacó muchos peces inútiles. Sin embargo, el Señor pone esta parábola para animar a sus discípulos y enseñarles que aun cuando la mayor parte de los que reciben la palabra divina hayan de perderse, no por eso han de desalentarse. Porque también al Señor le aconteció eso, y, no obstante saber Él de antemano que así había de suceder, no por eso desistió de sembrar. —Mas ¿en qué cabeza cabe —me dirás— sembrar sobre espinas y sobre roca y sobre camino? — Tratándose de semilla: que han de sembrarse en la tierra, eso no tendría sentido; mas tratándose de las almas y de la siembra de la doctrina, la cosa es digna de mucha alabanza. El sembrador que hiciera como el de la parábola, merecería ser justamente reprendido; pues no es posible que la roca se convierta en tierra, ni que el camino deje de ser camino, y las espinas, espinas. No así en el orden espiritual. Aquí sí que es posible que la roca se transforme y se convierta en tierra grasa; y que el camino deje de ser pisado y se convierta también en tierra feraz, y que las espinas desaparezcan y dejen crecer exuberantes las semillas. De no haber sido así, el Señor no hubiera sembrado. Y si no en todos se dio la transformación, no fue ciertamente por culpa del sembrador, sino de aquellos que no quisieron transformarse. Él hizo cuanto estaba de su parte; si ellos no cumplieron su deber no fue ciertamente culpa de quien tanto amor les mostrara.

HAY MUCHOS CAMINOS DE PERDICIÓN

Más considerad, os ruego, cómo no es uno solo el camino de la perdición, sino varios y distantes los unos de los otros, Porque entre los que reciben la palabra de Dios, unos se parecen al camino, y son negligentes, tibios y desdeñosos; más los de la roca son solamente débiles: *La semilla* —dice— *sembrada sobre terreno rocoso es el que oye la palabra, y de* pronto *la recibe con gozo; pero no tiene raíz dentro de sí mismo, sino que es momentáneo y, viniendo tribulación o persecución por causa de la palabra, al punto se escandaliza. Todo aquel* —dice antes— *que oye la palabra del reino y no la entiende, viene el malo y le arrebata lo sembrado en su corazón. Éste es el sembrado junto al camino.* Ahora bien, no es lo mismo que se mar cuando nadie nos molesta ni persigue que cuando se nos echan encima las tentaciones, Y menos dignos aún de perdón que éstos son los que se parecen a las espinas.

Ahora bien, porque nada de esto nos suceda, cubramos con el fervor y la memoria continua la palabra divina. Porque si es cierto que el diablo intenta arrebatárnosla, también está en nuestra mano que no nos la arrebate. Si es cierto que las semillas se secan, no es por culpa del calor. No dijo, en efecto, el Señor que se secaron por causa del calor, sino por no tener raíces. Si la palabra divina puede ahogarse, no es por culpa

de las espinas, sino por culpa de quienes las dejaron crecer. Porque con sólo que tú quieras, posible es no dejar brotar esa mala planta y usar como es debido de la riqueza. De ahí que no dijo el Señor: "El siglo", sino: *La solicitud del siglo;* ni: "La riqueza", sino: *El engaño de la riqueza*. No les echemos, pues, la culpa a las cosas, sino a nuestra dañada intención, Porque posible es ser rico y no dejarse engañar por la riqueza; y vivir en este siglo, y no dejarse ahogar por las solicitudes del siglo. A la verdad, dos defectos contrarios tiene la riqueza: uno, que nos atormenta y ofusca, y es la solicitud; otro, que nos enmollece, y es el placer. Y muy bien dijo el Señor: *El* engaño *de la riqueza*. Pues es un puro nombre, no realidad de las cosas. Y lo mismo el placer y la gloria y el lujo y todo lo otro; todo es apariencia pura, no verdad y realidad.

POR QUÉ LA TIERRA BUENA DA FRUTO DISTINTO

Habiendo, pues, dicho el Señor los modos de perdición, pone finalmente la tierra buena, pues no quiere que desesperemos, y nos da esperanza de penitencia, haciéndonos ver que de camino y rocas y espinas puede el hombre pasar a ser tierra buena. Sin embargo, si la tierra era buena y el sembrador el mismo y las semillas las mismas, ¿cómo es que una dio ciento, otra sesenta y otra treinta? Aquí también la diferencia depende de la naturaleza de la tierra, pues aun donde la tierra es buena, hay mucha diferencia de un corro a otro. Ya veis que no tiene la culpa el labrador ni la semilla, sino la tierra que la recibe, y no por causa de la naturaleza, sino de la intención y disposición. Mas también aquí se ve la benignidad de Dios, que no pide una medida única de virtud, sino que recibe a los primeros, no rechaza a los segundos y da también lugar a los terceros. Más si así habla el Señor, es porque no piensen los que le siguen que basta con oír para salvarse. — ¿Y por qué —me dices— no puso también los otros vicios, por ejemplo, la lujuria y la vanagloria? — Porque con decir: *la solicitud del siglo y el engaño de las riquezas,* ya lo puso todo. Y, a la verdad, la vanagloria y todo lo demás, de este siglo y del engaño de las riquezas proceden. Tal el placer y la gula y la envidia y la vanagloria y cuanto es por el estilo. Ahora que añadió lo del camino y el terreno rocoso para darnos a entender que no basta apartarnos de las riquezas, sino que es menester practicar también las demás virtudes. Porque ¿de qué te vale estar libre de riqueza si eres afeminado y muelle? ¿Y qué, si no eres afeminado, pero sí tibio y negligente en oír la palabra divina? Porque no nos basta una sola parte para la salvación. Primero hay que escuchar con diligencia y pensar constantemente en lo que oímos, luego hace falta valor, luego desprecio de las riquezas y desprendimiento de todo lo mundano. De ahí que ponga el Señor lo primero el oír, porque, en efecto, es lo primero que se necesita. *¿Cómo creerán si no oyen* —dice— *el Apóstol? (Rm 10; 14).* Lo mismo que nosotros, si no prestamos atención a lo que se nos dice, no podremos ni enterarnos de lo que tenemos que hacer. Luego pone el valor y el desprecio de las cosas presentes.

Oyendo, pues, estas enseñanzas, fortifiquémonos por todas partes, atendiendo a la palabra divina, echando profundas raíces y purificándonos de lo mundano. Porque de nada nos servirá hacer unas cosas y omitir otras. En tal caso, si no nos perdemos de una manera, nos perderemos de otra. ¿Qué más nos da que no nos perdamos por la riqueza y sí por la negligencia; o, no por la negligencia, sí por la cobardía? El labrador

llora lo mismo si pierde la cosecha por una causa o por otra. No intentemos, por ende, buscar consuelo en el hecho de no perecer por todos los modos posibles, sino lloremos más bien por cualquier modo que perezcamos. Abrasemos las espinas, pues ellas son las que ahogan la palabra divina. Bien lo saben los ricos, que no sólo son inútiles para la tierra, sino también para el cielo. Y en efecto, esclavos y prisioneros de los placeres, aun para los asuntos políticos son gente baldía; y si lo son para ésos, ¡cuánto más no lo serán para los del cielo! De doble fuente deriva el daño para su espíritu: de la vida de placer y de las preocupaciones. Cualquiera de las dos cosas por sí sola basta para hundir el esquife de un alma. Considerad, pues, qué naufragio no les espera cuando concurren las dos juntas.

LOS PLACERES SON ESPINAS

Y no os maravilléis de que el Señor llamara espinas a los placeres. Si vosotros no los reconocéis por tales, es que estáis embriagados por la pasión; pero los que están sanos saben muy bien que el placer punza más que una espina, que el goce consume más al alma que los mismos cuidados y acarrea más graves dolores al cuerpo y al alma. Y es así que más duro golpe da un hartazgo que una preocupación. Porque cuando al intemperante le cercan los insomnios y las tensiones de las sienes y los dolores de cabeza y las punzadas de las entrañas, considerad si todo eso no es más doloroso que cualesquiera espinas. Y al modo como las espinas, por dondequiera que se toquen, ensangrientan las manos que dan con ellas, así la gula ataca pies y manos y cabeza y ojos y cuerpo entero. Como las espinas, la gula es seca e infecunda, y es más que ellas fuente de dolor y nos hiere en puntos más vitales. Ella acarrea la vejez prematura, embota los sentidos, entenebrece el entendimiento, ciega la aguda vista de la razón, hace al cuerpo muelle, aumentando su secreción de excremento, trayendo un montón de enfermedades, aumentando su peso y acumulando masa en excesiva cantidad. De lo que se originan ruinas continuas y frecuentes naufragios. ¿Qué fin tiene, te ruego, cebar de ese modo tu cuerpo? ¿Es que te tenemos que sacrificar en el matadero? ¿Es que te vamos a servir a la mesa? Bien que cebes las aves; o, por decir mejor, ni siquiera eso está bien, pues cuando engordan con exceso no son aptas para un alimento sano. Es tan grande mal la gula, que hasta a los animales les resulta pernicioso. Y, en efecto, si a las aves las regalamos con exceso, las hacemos inútiles para sí y para nosotros, pues las superfluidades indigestas y la corrupción húmeda o diarrea, de toda aquella gordura procede. Los animales, empero, no sometidos a esta alimentación de placer, sino que, como si dijéramos, viven también sobriamente y siguen un régimen moderado y les obligamos al trabajo y la fatiga, ésos son los más útiles para sí mismos y para nosotros, ora para nuestro alimento, ora para todo lo demás. Por lo menos los que de éstos se alimentan viven más sanos; los que comen, en cambio, a los cebados, se vuelven semejantes a ellos, perezosos y expuestos a enfermedades y que a sí mismos se atan la más dura cadena. Nada hace, en efecto, tan fiera guerra al cuerpo, nada le es tan dañoso como el placer; nada le rompe, nada le abruma, nada le corrompe en tanto grado como la disolución. Realmente hay para pasmarse de la insensatez de estos hombres intemperantes y disolutos, que no quieren tener consigo mismos ni aquella mínima consideración que los viñateros tienen con sus odres. No hay, efectivamente,

vendedor de vino que consienta echar en un boto más vino del que conviene, por el peligro de rasgarlo; pero esos glotones no se dignan conceder a su vientre infeliz esta mínima providencia. No. Cuando ya se han hartado hasta reventar, lo llenan de vino hasta las orejas, hasta las narices, hasta la garganta; con lo que procuran doble angustia y ahogan al aliento y a la fuerza que dirige nuestra vida. ¿Acaso te fue dada la garganta para que la llenes hasta rebosarte por la boca de vino corrompido y de toda la otra corrupción? ¡No, hombre, no te fue dada para eso! Para lo que principalmente te fue dada es para que cantes a Dios, para que eleves a Él las sagradas canciones, para que leas las divinas leyes, pera que aconsejes debidamente a tu prójimo. Pero tú, como si sólo para tu intemperancia la hubieras recibido, no le dejas un momento de vagar para que cumpla aquella función divina y la sometes durante tu vida entera a esta ignominiosa servidumbre, Es como si un bárbaro tomara en sus manos una citara de cuerdas de oro perfectamente templada y, en lugar de sacar de ella la más cabal melodía, la envolviera entre fiemo y barro. Y llamo fiemo no al comer, sino al placer; al placer, sobre todo, de aquella intemperancia sin límites. Porque lo que pasa de la medida, ya no es alimento, sino pestilencia pura. Sólo el vientre fue hecho para la mera recepción de los alimentos; pero la boca, la garganta y la lengua fueron también hechos para otras funciones más importantes que ésa; o, por mejor decir, ni siquiera el vientre fue hecho para la recepción sin más de los alimentos, sino sólo de los alimentos moderados. Y esto él mismo lo declara cuando de mil modos protesta de que le dañemos con tales excesos; y no sólo protesta, sino que, en justa venganza del agravio que le hacemos, nos impone los más severos castigos. Y lo primero que castiga son los pies, que son los que nos llevan y conducen a aquellos abominables convites; luego ata las manos, por haberle servido tales y tantos manjares; y muchos hay que han sufrido de la boca, de los ojos y de la cabeza. Y a la manera como un esclavo, si se le manda algo que está sobre sus fuerzas, muchas veces, fuera de sí, maldice a quien se lo mandó, así el vientre, aparte dañar a esos miembros, muchas veces, por la violencia sufrida, ataca y corrompe al cerebro mismo. Sabia providencia de Dios, que de tal desmesura se sigan esos daños; así, ya que no quieras de tu voluntad vivir filosóficamente, por lo menos, aun contra tu voluntad, el miedo a tu propio daño te enseñe a ser moderado.

EXHORTACIÓN FINAL: HUYAMOS LA INTEMPERANCIA

Sabiendo, pues, estas cosas, huyamos la gula, procuremos la moderación, y así gozaremos de la salud del cuerpo y libraremos de toda enfermedad a nuestra alma y alcanzaremos los bienes venideros, por la gracia y amor de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

Homilías sobre el Evangelio de San Mateo (I), homilía 44, 3-5, BAC Madrid 1955, 845-55

FRANCISCO – Ángelus 2014 y 2017

IR A ÍNDICE DOMINGO XV DEL TIEMPO ORDINARIO

2014

Acoger la Palabra, custodiarla y hacerla fructificar en nosotros y en los demás

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El Evangelio de este domingo (*Mt* 13, 1-23) nos presenta a Jesús predicando a orillas del lago de Galilea, y dado que lo rodeaba una gran multitud, subió a una barca, se alejó un poco de la orilla y predicaba desde allí. Cuando habla al pueblo, Jesús usa muchas parábolas: un lenguaje comprensible a todos, con imágenes tomadas de la naturaleza y de las situaciones de la vida cotidiana.

La primera que relata es una introducción a todas las parábolas: es la parábola del sembrador, que sin guardarse nada arroja su semilla en todo tipo de terreno. Y la verdadera protagonista de esta parábola es precisamente la semilla, que produce mayor o menor fruto según el terreno donde cae. Los primeros tres terrenos son improductivos: a lo largo del camino los pájaros se comen la semilla; en el terreno pedregoso los brotes se secan rápidamente porque no tienen raíz; en medio de las zarzas las espinas ahogan la semilla. El cuarto terreno es el terreno bueno, y sólo allí la semilla prende y da fruto.

En este caso, Jesús no se limitó a presentar la parábola, también la explicó a sus discípulos. La semilla que cayó en el camino indica a quienes escuchan el anuncio del reino de Dios pero no lo acogen; así llega el Maligno y se lo lleva. El Maligno, en efecto, no quiere que la semilla del Evangelio germine en el corazón de los hombres. Esta es la primera comparación. La segunda es la de la semilla que cayó sobre las piedras: ella representa a las personas que escuchan la Palabra de Dios y la acogen inmediatamente, pero con superficialidad, porque no tienen raíces y son inconstantes; y cuando llegan las dificultades y las tribulaciones, estas personas se desaniman enseguida. El tercer caso es el de la semilla que cayó entre las zarzas: Jesús explica que se refiere a las personas que escuchan la Palabra pero, a causa de las preocupaciones mundanas y de la seducción de la riqueza, se ahoga. Por último, la semilla que cayó en terreno fértil representa a quienes escuchan la Palabra, la acogen, la custodian y la comprenden, y la semilla da fruto. El modelo perfecto de esta tierra buena es la Virgen María.

Esta parábola habla hoy a cada uno de nosotros, como hablaba a quienes escuchaban a Jesús hace dos mil años. Nos recuerda que nosotros somos el terreno donde el Señor arroja incansablemente la semilla de su Palabra y de su amor. ¿Con qué disposición la acogemos? Y podemos plantearnos la pregunta: ¿cómo es nuestro corazón? ¿A qué terreno se parece: a un camino, a un pedregal, a una zarza? Depende de nosotros convertirnos en terreno bueno sin espinas ni piedras, pero trabajado y cultivado con cuidado, a fin de que pueda dar buenos frutos para nosotros y para nuestros hermanos.

Y nos hará bien no olvidar que también nosotros somos sembradores. Dios siembra semilla buena, y también aquí podemos plantearnos la pregunta: ¿qué tipo de semilla sale de nuestro corazón y de nuestra boca? Nuestras palabras pueden hacer mucho bien y también mucho mal; pueden curar y pueden herir; pueden alentar y

pueden deprimir. Recordadlo: lo que cuenta no es lo que entra, sino lo que sale de la boca y del corazón.

Que la Virgen nos enseñe, con su ejemplo, a acoger la Palabra, custodiarla y hacerla fructificar en nosotros y en los demás.

***

2017

Purificar nuestro corazón, quitando piedras y espinas

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Jesús, cuando hablaba, usaba un lenguaje simple y usaba también imágenes, que eran ejemplos tomados de la vida cotidiana, para poder ser comprendidos fácilmente por todos. Por esto le escuchaban encantados y apreciaban su mensaje que llegaba directo a su corazón; y no era ese lenguaje complicado de entender, el que usaban los doctores de la ley de la época, que no se entendía bien pero que estaba lleno de rigidez y alejaba a la gente.

Y con este lenguaje Jesús hacía entender el misterio del Reino de Dios; no era una teología complicada. Y un ejemplo es el que hoy lleva el Evangelio: la parábola del sembrador (*Mateo* 13, 1-23).

El sembrador es Jesús. Notamos que, con esta imagen, Él se presenta como uno que no se impone, sino que se propone; no nos atrae conquistándonos, sino donándose: echa la semilla. Él esparce con paciencia y generosidad su Palabra, que no es una jaula o una trampa, sino una semilla que puede dar fruto. ¿Y cómo puede dar fruto? Si nosotros lo acogemos.

Por ello la parábola se refiere sobre todo a nosotros: habla efectivamente del terreno más que del sembrador. Jesús efectúa, por así decir una "radiografía espiritual" de nuestro corazón, que es el terreno sobre el cual cae la semilla de la Palabra.

Nuestro corazón, como un terreno, puede ser bueno y entonces la Palabra da fruto —y mucho— pero puede ser también duro, impermeable. Ello ocurre cuando oímos la Palabra, pero nos es indiferente, precisamente como en una calle: no entra.

Entre el terreno bueno y la calle, el asfalto —si nosotros echamos una semilla sobre los "sanpietrini" no crece nada— sin embargo hay dos terrenos intermedios que, en distinta medida, podemos tener en nosotros. El primero, dice Jesús, es el pedregoso.

Intentemos imaginarlo: un terreno pedregoso es un terreno «donde no hay mucha tierra» (cf v. 5), por lo que la semilla germina, pero no consigue echar raíces profundas. Así es el corazón superficial, que acoge al Señor, quiere rezar, amar y dar testimonio, pero no persevera, se cansa y no "despega" nunca. Es un corazón sin profundidad, donde las piedras de la pereza prevalecen sobre la tierra buena, donde el amor es inconstante y pasajero. Pero quien acoge al Señor solo cuando le apetece, no da fruto.

Está luego el último terreno, el espinoso, lleno de zarzas que asfixian a las plantas buenas. ¿Qué representan estas zarzas? «La preocupación del mundo y la seducción de la riqueza» (v. 22), así dice Jesús, explícitamente. Las zarzas son los vicios que se pelean con Dios, que asfixian su presencia: sobre todo los ídolos de la riqueza mundana, el vivir ávidamente, para sí mismos, por el tener y por el poder. Si cultivamos estas zarzas, asfixiamos el crecimiento de Dios en nosotros. Cada uno puede reconocer a sus pequeñas o grandes zarzas, los vicios que habitan en su corazón, los arbustos más o menos radicados que no gustan a Dios e impiden tener el corazón limpio. Hay que arrancarlos, o la Palabra no dará fruto, la semilla no se desarrollará.

Queridos hermanos y hermanas, Jesús nos invita hoy a mirarnos por dentro: a dar las gracias por nuestro terreno bueno y a seguir trabajando sobre los terrenos que todavía no son buenos.

Preguntémonos si nuestro corazón está abierto a acoger con fe la semilla de la Palabra de Dios. Preguntémonos si nuestras piedras de la pereza son todavía numerosas y grandes; individuemos y llamemos por nombre a las zarzas de los vicios. Encontremos el valor de hacer una buena *recuperación del suelo*, una bonita recuperación de nuestro corazón, llevando al Señor en la Confesión y en la oración nuestras piedras y nuestras zarzas.

Haciendo así, Jesús, buen sembrador, estará feliz de cumplir un trabajo adicional: purificar nuestro corazón, quitando las piedras y espinas que asfixian la Palabra.

La Madre de Dios, que hoy recordamos con el título de Beata Virgen del Monte Carmelo, insuperable en el acoger la Palabra de Dios y en ponerla en práctica (cf. *Lucas* 8, 21), nos ayude a purificar el corazón y a custodiar la presencia del Señor.

BENEDICTO XVI – Ángelus 2011

IR A ÍNDICE DOMINGO XV DEL TIEMPO ORDINARIO

La verdadera “parábola” de Dios es Jesús mismo

¡Queridos hermanos y hermanas!

En el Evangelio de este Domingo (*Mt* 13, 1-23), Jesús se dirige a la multitud con la célebre parábola del sembrador. Es una página de algún modo “autobiográfica”, porque refleja la experiencia misma de Jesús, de su predicación: Él se identifica con el sembrador, que esparce la buena semilla de la Palabra de Dios, y percibe los diversos efectos que obtiene, según el tipo de acogida reservada al anuncio. Hay quien escucha superficialmente la Palabra pero no la acoge; hay quien la acoge en el momento pero no tiene constancia y lo pierde todo; hay quien es abrumado por las preocupaciones y seducciones del mundo; y hay quien escucha de manera receptiva como la tierra buena: aquí la Palabra da fruto en abundancia.

Pero este Evangelio insiste también en el "método" de la predicación de Jesús, es decir, justamente, en el uso de las parábolas. "¿Por qué les hablas en parábolas?", preguntan los discípulos (*Mt* 13, 10). Y Jesús responde poniendo una distinción entre ellos y la multitud: a los discípulos, es decir a los que ya se han decidido por Él, les puede hablar del Reino de Dios abiertamente, en cambio a los demás debe anunciarlo en parábolas, para estimular precisamente la decisión, la conversión del corazón; las parábolas, de hecho, por su naturaleza requieren un esfuerzo de interpretación, interpelan a la inteligencia pero también a la libertad. Explica San Juan Crisóstomo: "Jesús ha pronunciado estas palabras con la intención de atraer a sí a sus oyentes y de solicitarlos asegurando que, si se dirigen a Él, los sanará" (*Com. al Evang. de Mat.*, 45, 1-2). En el fondo, la verdadera "Parábola" de Dios es Jesús mismo, su Persona, que, en el signo de la humanidad, esconde y al mismo tiempo revela la divinidad. De esta manera Dios no nos obliga a creer en Él, sino que nos atrae hacia Sí con la verdad y la bondad de su Hijo encarnado: el amor, de hecho, respeta siempre la libertad.

Queridos amigos, mañana celebraremos la fiesta de San Benito, Abad y Patrón de Europa. A la luz de este Evangelio, mirémosle como maestro de la escucha de la Palabra de Dios, una escucha profunda y perseverante. Debemos siempre aprender del gran Patriarca del monaquismo occidental y dar a Dios el lugar que Él espera, el primer lugar, ofreciéndole, con la oración de la mañana y de la tarde, las actividades cotidianas. La Virgen María nos ayude a ser, según su modelo, "tierra buena" donde la semilla de la Palabra pueda dar mucho fruto.

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

IR A ÍNDICE DOMINGO XV DEL TIEMPO ORDINARIO

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

Cristo enseña a través de las parábolas

546. Jesús llama a entrar en el Reino a través de las *parábolas*, rasgo típico de su enseñanza (cf. *Mc* 4, 33-34). Por medio de ellas invita al banquete del Reino (cf. *Mt* 22, 1-14), pero exige también una elección radical para alcanzar el Reino, es necesario darlo todo (cf. *Mt*13, 44-45); las palabras no bastan, hacen falta obras (cf. *Mt* 21, 28-32). Las parábolas son como un espejo para el hombre: ¿acoge la palabra como un suelo duro o como una buena tierra (cf. *Mt* 13, 3-9)? ¿Qué hace con los talentos recibidos (cf. *Mt* 25, 14-30)? Jesús y la presencia del Reino en este mundo están secretamente en el corazón de las parábolas. Es preciso entrar en el Reino, es decir, hacerse discípulo de Cristo para "conocer los Misterios del Reino de los cielos" (*Mt* 13, 11). Para los que están "fuera" (*Mc* 4, 11), la enseñanza de las parábolas es algo enigmático (cf. *Mt* 13, 10-15).

La capacidad de conocer y responder a la voz de Dios

1703. Dotada de un alma "espiritual e inmortal" (GS 14), la persona humana es la "única criatura en la tierra a la que Dios ha amado por sí misma" (GS 24, 3). Desde su concepción está destinada a la bienaventuranza eterna."

1704. La persona humana participa de la luz y la fuerza del Espíritu divino. Por la razón es capaz de comprender el orden de las cosas establecido por el Creador. Por su voluntad es capaz de dirigirse por sí misma a su bien verdadero. Encuentra su perfección en la búsqueda y el amor de la verdad y del bien (cf GS 15, 2).

1705. En virtud de su alma y de sus potencias espirituales de entendimiento y de voluntad, el hombre está dotado de libertad, "signo eminente de la imagen divina" (GS 17).

1706. Mediante su razón, el hombre conoce la voz de Dios que le impulsa "a hacer [...] el bien y a evitar el mal" (GS 16). Todo hombre debe seguir esta ley que resuena en la conciencia y que se realiza en el amor de Dios y del prójimo. El ejercicio de la vida moral proclama la dignidad de la persona humana.

1707. "El hombre, persuadido por el Maligno, abusó de su libertad, desde el comienzo de la historia" (GS 13, 1). Sucumbió a la tentación y cometió el mal. Conserva el deseo del bien, pero su naturaleza lleva la herida del pecado original. Ha quedado inclinado al mal y sujeto al error.

«De ahí que el hombre esté dividido en su interior. Por esto, toda vida humana, singular o colectiva, aparece como una lucha, ciertamente dramática, entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas». (GS 13, 2)

1708. Por su pasión, Cristo nos libró de Satán y del pecado. Nos mereció la vida nueva en el Espíritu Santo. Su gracia restaura en nosotros lo que el pecado había deteriorado.

1709. "El que cree en Cristo es hecho hijo de Dios. Esta adopción filial lo transforma dándole la posibilidad de seguir el ejemplo de Cristo. Le hace capaz de obrar rectamente y de practicar el bien. En la unión con su Salvador, el discípulo alcanza la perfección de la caridad, la santidad. La vida moral, madurada en la gracia, culmina en vida eterna, en la gloria del cielo.

Dios asocia al hombre a la obra de su gracia

2006. El término "mérito" designa en general la *retribución debida* por parte de una comunidad o una sociedad a la acción de uno de sus miembros, considerada como obra buena u obra mala, digna de recompensa o de sanción. El mérito corresponde a la virtud de la justicia conforme al principio de igualdad que la rige.

2007. Frente a Dios no hay, en el sentido de un derecho estricto, mérito por parte del hombre. Entre Él y nosotros, la desigualdad no tiene medida, porque nosotros lo hemos recibido todo de Él, nuestro Creador.

2008. El mérito del hombre ante Dios en la vida cristiana proviene de que *Dios ha dispuesto libremente asociar al hombre a la obra de su gracia*. La acción paternal de Dios es lo primero, en cuanto que Él impulsa, y el libre obrar del hombre es lo segundo, en cuanto que éste colabora, de suerte que los méritos de las obras buenas deben atribuirse a la gracia de Dios en primer lugar, y al fiel, seguidamente. Por otra parte, el

mérito del hombre recae también en Dios, pues sus buenas acciones proceden, en Cristo, de las gracias prevenientes y de los auxilios del Espíritu Santo.

2009. La adopción filial, haciéndonos partícipes por la gracia de la naturaleza divina, puede conferirnos, según la justicia gratuita de Dios, *un verdadero mérito*. Se trata de un derecho por gracia, el pleno derecho del amor, que nos hace "coherederos" de Cristo y dignos de obtener la herencia prometida de la vida eterna (cf Concilio de Trento: DS 1546). Los méritos de nuestras buenas obras son dones de la bondad divina (cf Concilio de Trento: DS 1548). "La gracia ha precedido; ahora se da lo que es debido [...] Los méritos son dones de Dios" (San Agustín, *Sermo* 298, 4-5).

2010. "Puesto que la iniciativa en el orden de la gracia pertenece a Dios, *nadie puede merecer la gracia primera*, en el inicio de la conversión, del perdón y de la justificación. Bajo la moción del Espíritu Santo y de la caridad, *podemos después merecer* en favor nuestro y de los demás gracias útiles para nuestra santificación, para el crecimiento de la gracia y de la caridad, y para la obtención de la vida eterna. Los mismos bienes temporales, como la salud, la amistad, pueden ser merecidos según la sabiduría de Dios. Estas gracias y bienes son objeto de la oración cristiana, la cual provee a nuestra necesidad de la gracia para las acciones meritorias.

2011. *La caridad de Cristo es en nosotros la fuente de todos nuestros méritos* ante Dios. La gracia, uniéndonos a Cristo con un amor activo, asegura el carácter sobrenatural de nuestros actos y, por consiguiente, su mérito tanto ante Dios como ante los hombres. Los santos han tenido siempre una conciencia viva de que sus méritos eran pura gracia.

«Tras el destierro en la tierra espero gozar de ti en la Patria, pero no quiero amontonar méritos para el Cielo, quiero trabajar sólo por vuestro amor [...] En el atardecer de esta vida compareceré ante ti con las manos vacías, Señor, porque no te pido que cuentes mis obras. Todas nuestras justicias tienen manchas a tus ojos. Por eso, quiero revestirme de tu propia Justicia y recibir de tu Amor la posesión eterna de ti mismo» (Santa Teresa del Niño Jesús, Acte d'offrande á l'Amour miséricordieux: Récréations pieuses-Priéres).

La creación, parte del universo nuevo

1046. *En cuanto al cosmos*, la Revelación afirma la profunda comunidad de destino del mundo material y del hombre:

«Pues la ansiosa espera de la creación desea vivamente la revelación de los hijos de Dios [...] en la esperanza de ser liberada de la servidumbre de la corrupción [...] Pues sabemos que la creación entera gime hasta el presente y sufre dolores de parto. Y no sólo ella; también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, nosotros mismos gemimos en nuestro interior [...] anhelando el rescate de nuestro cuerpo» (Rm 8, 19-23).

1047. Así pues, el universo visible también está destinado a ser transformado, "a fin de que el mundo mismo restaurado a su primitivo estado, ya sin ningún obstáculo esté al servicio de los justos", participando en su glorificación en Jesucristo resucitado (San Ireneo de Lyon, *Adversus haereses* 5, 32, 1).

El valor de la meditación

2707. Los métodos de meditación son tan diversos como diversos son los maestros espirituales. Un cristiano debe querer meditar regularmente; si no, se parece a las tres primeras clases de terreno de la parábola del sembrador (cf *Mc* 4, 4-7. 15-19). Pero un método no es más que un guía; lo importante es avanzar, con el Espíritu Santo, por el único camino de la oración: Cristo Jesús.

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO XV DEL TIEMPO ORDINARIO

También lo creado espera ser liberado

En el centro de la liturgia de hoy está el tema de la palabra de Dios. En la primera lectura se habla de ella con la imagen de la lluvia, que desciende del cielo y no vuelve allá sin haber regado primero la tierra, haberla fecundado y hecho germinar, para que dé semilla al sembrador y pan al que tiene que comer. En el Evangelio, se vuelve a hablar de la palabra de Dios, esta vez con la imagen de la simiente, que cae o bien sobre las piedras o bien sobre los abrojos y espinas o bien sobre terreno bueno y produce su fruto.

Nosotros hemos tratado el tema de la palabra de Dios hace algunos domingos (mira el IX Domingo del Tiempo ordinario) y de cómo acogerla, meditarla y ponerla en práctica; y esto nos permite dedicar hoy nuestra atención a otro tema, bastante actual, que tiene lugar en todo el ciclo de los tres años sólo en esta ocasión: el tema de la ecología y de la protección de lo creado. En la segunda lectura, del apóstol Pablo, leemos:

«La creación... fue sometida a la frustración, no por su voluntad, sino por uno que la sometió; pero fue con la esperanza de que la creación misma se vería liberada de la esclavitud de la corrupción, para entrar en la libertad gloriosa de los hijos de Dios... hasta hoy la creación entera está gimiendo toda ella con dolores de parto».

Este texto famoso nos habla de una solidaridad entre el hombre y lo creado en el bien y en el mal, en la libertad y en la esclavitud. Juntos gemimos, juntos esperamos, incluso si el gemir del hombre es fruto de la corrupción de su libertad; todo lo creado está para su participación en el destino del hombre. Estamos ante el texto más cercano de la Escritura a lo que hoy se entiende por ecología y protección de lo creado; y es a este tema al que queremos dedicar nuestra reflexión, para intentar iluminar su fundamento bíblico.

Es una visión la de Pablo en cierto sentido muy moderna. En ella el cosmos no es examinado a la manera griega, estáticamente y en su fijeza, como algo perfecto desde el principio, del que cualquier pequeña alteración, según los estoicos, habría comprometido la armonía preestablecida. Al contrario, es visto dinámicamente, en su esfuerzo de tender a una armonía ya un orden superior, a unos «nuevos cielos y nueva

tierra» (2 Pedro 3, 13); esto es, a una visión que ciertamente está más cercana a la evolucionista de nuestros tiempos.

Hay dos modos de hablar de ecología y de respeto a lo creado: uno, a partir del hombre y otro, a partir de Dios. El primero tiene en el centro al hombre. En este caso, no nos preocupan tanto las cosas por sí mismas, cuanto en función del hombre: por el daño irreparable que el agotamiento o la contaminación del aire, del agua o la desaparición de ciertas especies animales ocasionarían a la vida humana en el planeta. Es un ecologismo, que se puede resumir en el lema: «Salvemos la naturaleza y la naturaleza nos salvará a nosotros».

Este ecologismo es bueno; pero, es muy precario. Los intereses humanos, en efecto, varían de nación en nación, de hemisferio en hemisferio y es difícil ponernos todos de acuerdo. Esto se ha visto a propósito del famoso hueco en el ozono. Ahora, nos hemos dado cuenta que ciertos gases dañan el ozono y quisiéramos poner ciertos límites a los frigoríficos, frascos de spray y otras cosas del género, en los que son empleados tales gases. Pero, en los países en vías de desarrollo, que sólo ahora comienzan a dotarse de estas comodidades, nos responden justamente que es demasiado cómodo exigirles ahora a ellos estas renuncias, cuando nosotros desde hace tiempo nos hemos puesto a buen seguro.

Por esto, es necesario encontrar un fundamento más sólido al ecologismo. Y éste puede ser sólo de naturaleza religiosa. La fe nos enseña que nosotros debemos respetar lo creado no sólo por intereses egoístas para no dañamos a nosotros mismos, sino porque lo creado no es nuestro, es de Dios, es el modelo del Espíritu de Dios, que lo ha sacado y lo saca continuamente desde el caos para hacerlo cosmos, esto es, algo hermoso, armonioso y perfecto.

Es verdad que en el inicio Dios dijo al hombre que «dominara» la tierra; pero, en dependencia suya, de su voluntad, como administrador y no como dueño absoluto. Él ordenó «que labrase y cuidase o custodiase el jardín» (Génesis 2, 15); el hombre es, por lo tanto, el custodio y no el dueño de la tierra. Entre él y las cosas hay más una relación de solidaridad y de fraternidad que de dominio. Todos procedemos del mismo creador; somos telas distintas del mismo pintor. Todo esto, lo había comprendido bien san Francisco de Asís, que llamaba hermano o hermana a todas las criaturas: el sol, la luna, las flores, la tierra, el agua…

Este modo de posicionarse frente a la naturaleza, inspirado por la fe, no es sólo poético sino que puede determinar planteamientos verdaderamente nuevos y «ecológicos» también en sentido moderno. De san Francisco se ha escrito que cuando los frailes iban a cortar leña les recomendaba que no cortasen también el tronco, a [m de que el árbol pudiese volver a crecer y sacar hojas; al hortelano le decía que debía dejar sin cultivar una pequeña porción de tierra para que las flores y las verduras silvestres pudiesen tener espacio para crecer; recogía los insectos del camino por miedo de que los pisotearan aquellos que pasaban; en invierno, llevaba miel a las abejas para que no muriesen de hambre. «Llamaba hermano a cada especie animal, a pesar de que tenía una predilección especial por los más mansos e indefensos de entre ellos».

Con razón, Juan Pablo II ha declarado al Pobrecillo de Asís patrón de los ecologistas. San Francisco, con su elección de una pobreza libre y alegre, nos espolea a volver a un estilo de vida más sencillo y sobrio, sin que la ecología permanezca como un ideal puramente teórico. Él acostumbraba a decir: «No fui nunca ladrón de limosnas». Pensaba que recibir más limosnas de las necesarias, fuese como robárselas a otros pobres. Nosotros podemos aprender de él a no ser «ladrones de cosas». Llegamos a ser ladrones de cosas (de la leña, del papel, del agua) si agotamos los recursos de la tierra, porque todo lo que nosotros usamos en más de lo necesario 10 robamos a otros. Si no a otros al menos a las generaciones, que vendrán detrás de nosotros, que se encontrarán dramáticamente privadas de ello. ¡Cuando arrojamos papel en la basura, por ejemplo, deberíamos acordarnos que un gran periódico dominical cuesta a la tierra decenas de hectáreas de bosque!

El ecologismo espiritual nos enseña, sin embargo, a ir incluso más allá de la pura «protección» y del «respeto» a lo creado. Nos enseña a unirnos a lo creado para proclamar la gloria de Dios y para sentirnos en medio de las criaturas «como un maestro de canto en medio de un coro desorganizado». Nos enseña, también, a hacer de ellos una escalinata para elevarnos al conocimiento de Dios.

«Son necios por naturaleza todos los hombres que han desconocido a Dios y no fueron capaces de conocer al que es a partir de los bienes visibles, ni de reconocer al Artífice, atendiendo a sus obras… Si, cautivados por su belleza, los tomaron por dioses, sepan cuánto les aventaja su Señor, pues los creó el autor de la belleza… pues por la grandeza y hermosura de las criaturas se descubre, por analogía, a su Creador» (Sabiduría 13, 1-5).

Dios ha escrito dos libros: la Biblia y todo lo creado. Este segundo es un libro abierto ante todos; todos pueden leerlo, incluso los analfabetos. Por eso, tan frecuentemente la Biblia recurre a los fenómenos y a los elementos naturales para instruirnos sobre las verdades espirituales. Nos habla de la palabra de Dios con la imagen de la lluvia y de la semilla, del Espíritu Santo con el símbolo del viento y del fuego, de Dios con la imagen de la roca…

Estamos, ahora, en pleno verano, en tiempo de vacaciones. Lo que estamos diciendo nos puede ayudar a pasar unas vacaciones distintas, más bellas y más sanas. El modo mejor de fortificar el cuerpo y el espíritu no es pasar los días pegados los unos a los otros en las playas y después en la noche apretujados en los *night* club y en las discotecas, continuando así, en otro ambiente, la misma vida artificial y caótica, que nos guía durante el resto del año en la ciudad. Debemos, más bien, buscar el contacto con la naturaleza, momentos en los que nos sintamos en sintonía profunda con ella y con todas las cosas.

Es increíble el poder que tiene el contacto con la naturaleza para ayudarnos a volver a reencontrarnos a nosotros mismos y nuestro equilibrio interior.

Debemos aprender a contemplar. La contemplación es la gran aliada de la ecología. Ella nos permite gozar de las cosas sin necesidad de poseerlas y de impedirlas a los demás. Si uno tiene la propiedad de un lago o de un parque, lo valla con hilo

espinoso y sólo él puede gozarlo. En la contemplación, por el contrario, mil hombres pueden gozar simultáneamente del mismo lago o parque sin quitar nada a los demás. La posesión sustrae, la contemplación multiplica.

Jesús era un gran contemplador de la naturaleza. Decía: «Mirad las aves del cielo: no siembran, ni cosechan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta... Observad los lirios del campo, cómo crecen; no se fatigan ni hilan...» (Mateo 6, 26-28). Sus parábolas son la prueba del amor con que él contemplaba las cosas. Entre él y la naturaleza había un secreto entendimiento. Esto explica, mejor que muchos razonamientos, los milagros de Jesús. Es como si la naturaleza a su paso suspendiera sus leyes e hiciese excepciones, como se hace cuando llega un amigo. Alguien ha explicado así el milagro del agua convertida en vino: «En Caná el agua vio a su creador... y enrojeció».

Todo lo que hemos dicho encuentra una expresión poética en el Salmo responsorial de hoy. Escuchándolo, somos como empujados también nosotros a mirar la naturaleza con ojos llenos de maravilla y a alabar al creador de todo:

«Tú cuidas de la tierra, la riegas
y la enriqueces sin medida;
la acequia de Dios va llena de agua,
preparas los trigales.
Riegas los surcos, igualas los terrones,
tu llovizna los deja mullidos,
bendices sus brotes.
Coronas el año con tus bienes,
tus carriles rezuman abundancia;
rezuman los pastos del páramo,
y las colinas se orlan de alegría.
Las praderas se cubren de rebaños,
y los valles se visten de mieses,
que aclaman y cantan» (Salmo 64, 10-14).

PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes

IR A ÍNDICE DOMINGO XV DEL TIEMPO ORDINARIO

Sacramentos para dar fruto

La Iglesia es la tierra buena en donde sale el sembrador a sembrar.

El sembrador es Cristo.

La semilla es la Palabra.

Los sacerdotes son los elegidos de Dios para preparar la tierra y sembrar con Él la tierra buena, que son los corazones de los hombres bien dispuestos.

Escuchar y recibir la Palabra produce fruto. Pero, si está acompañada de la gracia de los sacramentos, que es como la lluvia que moja y empapa la tierra, la semilla produce un mejor fruto.

Se necesitan los sacramentos para dar fruto abundante.

La Palabra es la semilla que actúa en la tierra buena de aquel que la escucha, y se enriquece al recibirla y al transmitirla.

Jesús se manifiesta a través de la Palabra, para que los que tengan oídos oigan y entiendan la esencia de su mensaje. Porque, para conseguir una buena cosecha, es necesario cultivar la vida interior, perseverando en la oración y viviendo en el amor, dando fruto al ciento por uno, en un encuentro constante con Él.

Permanece tú receptivo a la Palabra, y bien dispuesto a que se remueva constantemente tu tierra, para que tu cosecha sea fructuosa, alimentándote y dejándote limpiar con los sacramentos.

Pon toda tu atención en Cristo, en su Palabra y en su Corazón, para que lo dejes actuar, y transformar la aridez de tu corazón en tierra fértil, en donde su Palabra crezca y produzca frutos abundantes de santidad.

Permite que la lluvia de gracia no sólo moje, sino que empape tu tierra. Siente cómo penetra el aroma de la vida en tu interior, y llena de vida tu corazón.

Es Cristo quien hace llover. Es Cristo quien hace brotar la vida. Es Cristo quien vive en ti y te da la gracia para dar fruto en abundancia.

FLUVIUM (www.fluvium.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO XV DEL TIEMPO ORDINARIO

La verdad del hombre

Parece retratarse con esta parábola –actual hoy como nunca– a la perfección la actitud de bastantes en nuestro tiempo. Eso de no captar lo que está ante los propios ojos, porque no se quiere contemplar ni reconocer; de no oír lo que de continuo se escucha, porque no se quiere atender ni saber; de no conmoverse por lo que clama al cielo, porque sólo interesa lo propio por mucho que se diga lo contrario, es tan habitual, tan normal, llegamos a decir; tan corriente o tan frecuente, sería más preciso, que llama poco la atención. Sin embargo, la realidad es indiscutible para cualquiera. Para cualquiera, habría que precisar, que no quiera hacerse el loco.

Las palabras de Isaías en modo alguno han perdido su vigencia con los siglos. Da la impresión de que todavía, y de modo casi universal, se nos puede incluir en ese "pueblo" que, sin contemplaciones, critica el profeta: **se ha embotado el corazón de este pueblo, han hecho duros sus oídos, y han cerrado sus ojos; no sea que vean con los ojos, y oigan con los oídos, y entiendan con el corazón y se conviertan.** Porque la presencia de Dios y la realidad sobrenatural en el mundo

es hoy tan clamorosa como lo ha sido siempre; para quien no haya decidido negarla a toda costa, habría que aclarar. Únicamente la tozudez humana –**han hecho duros sus oídos, y han cerrado sus ojos**–, únicamente un empeño pertinaz por negar a Dios en todo caso, conduce al agnosticismo de nuestros días.

Es, al fin y al cabo, volver a lo de siempre. Esa obstinación de constituirnos en señores autónomos, sin nadie a quien responder salvo a uno mismo, como si el propio yo fuera la instancia última del bien y del mal, no ha perdido su atractivo desde el primer pecado de hombre, por más que no tenga ni pies ni cabeza. ¿Acaso nos hemos otorgado alguno la existencia y determinado la estructura humana? Más bien parece que cierto día se abrió nuestra inteligencia –nuestros oídos y nuestros ojos– a un mundo predeterminado, sobre el que no se contó con nosotros en su formación. Luego nos enteramos de tantas cosas, porque éramos personas y no plantas o meros animales, pero tampoco para esto se nos pidió parecer. Nos enteramos de que había que llevar a cabo el bien y evitar el mal, pero en libertad. En libertad, sí, pero no era indiferente. Como no es indiferente –siguiéndolo la parábola– dejarse seducir por el poder o la riqueza olvidando al prójimo mientras tanto. No da igual si tomo sin razón de lo que no es mío, si no me ocupo de unos padres mayores, si pierdo la oportunidad de un perfeccionamiento humano o profesional, etc.

Tan sólo haciéndonos los ciegos y los sordos podríamos concluir que poco importa dar fruto o no; que la misma categoría tiene el diligente que el perezoso, el generoso que el egoísta. No obstante pretende imponerse, como criterio de moralidad, que lo correcto es llevar a cabo la propia voluntad, independiente, eso sí, de toda imposición. En absoluto se puede aducir, como condición de conducta recta, la necesidad de no dañar a otros, aunque en un alarde de generosidad con los demás se exija esta condición. Bien evidente resulta que las conductas egoístas y aplaudidas porque son libres, por mucho que quiera ignorarse, desatienden las necesidades de otros hombres, en ocasiones urgentes. Como es bien claro que, perdiendo el tiempo en diversiones desmedidas, se despilfarra riqueza, energía, tiempo de servicio, que sería muy útil para otros menos afortunados. Es triste que tantas veces no queramos contemplar la realidad. Que la fuerza de la costumbre nos lleve como a vivir de espaldas a nosotros mismos: a la verdad total de nosotros mismos.

No se puede dejar de descubrir a un hombre con miedo en el fondo del reconocimiento de esta realidad, incuestionable hoy como en los tiempos del profeta Isaías. Miedo al sufrimiento de la entrega, del olvido de sí; miedo a perder la hegemonía de la propia historia. Pero ese miedo se debe a un engaño, a una mentira también vieja como el mismo pecado: pensar que podemos ser dioses; que la condición de criatura es indigna del hombre, como si todas las desgracias fueran a venirnos como consecuencia de reconocer esa realidad.

Más bien sucede lo contrario y bien claro está en la historia de nuestros días. De continuo registramos la evidencia del dolor individual y colectivo que originan ese egoísmo humano que se ha dado en llamar liberación, poder hacer lo que quiero.

La Madre de Dios ha sido y será la más feliz de la estirpe humana. Ojalá nos atrevamos a contemplar su vida y aprender.

PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)

IR A ÍNDICE DOMINGO XV DEL TIEMPO ORDINARIO

La semilla y la Palabra de Dios

Estamos en pleno verano. Es la época en que en la naturaleza maduran y son recogidas las mieses. Puntualmente, la buena "madre tierra", como la llamaba san Francisco, da al hombre la semilla para plantar y el pan para comer (primera lectura). El gran prodigio anual de la multiplicación del pan se repite, aun cuando nos encuentre indiferentes e ingratos ante su misma regularidad y costumbre.

Sin embargo, la liturgia no se muestra desatenta frente a estos grandes momentos de la naturaleza que marcan la vida del hombre y de la tierra. Hoy nos invita a mirar las mieses que llegaron a madurar. En el salmo responsorial, nos involucra en un canto de estupor y de alabanza al Creador por la vida maravillosa de lo creado y de los campos. Todo el ciclo productivo de la tierra es visto como un don maravilloso de Dios y como perfecta ejecución y docilidad por parte de las criaturas:

Visitas la tierra, la haces fértil
y la colmas de riquezas;
los canales de Dios desbordan de agua,
y así preparas sus trigales:
riegas los surcos de la tierra,
emparejas sus terrones;
la ablandas con aguaceros
y bendices sus brotes.

Tú coronas el año con tus bienes,
y a tu paso rebosa la abundancia;
rebosan los pastos del desierto
y las colinas se ciñen de alegría.

La liturgia no se detiene en una contemplación poética y estática de la naturaleza. Se eleva a la contemplación de otra siembra: la que tiene por terreno al hombre, por sembrador a Dios y por semilla a la palabra de Dios. Es un aspecto decisivo de nuestro ser cristianos e incluso anterior a nuestro ser hombres, que se presenta con todo el poderoso realismo que la comparación de la tierra y del sembrador le otorga.

La primera lectura pone de relieve una característica de la palabra de Dios: su eficacia: *Así como la lluvia y la nieve descienden del cielo y no vuelven a él sin haber empapado la tierra, sin haberla fecundado y hecho germinar, para que dé la semilla al sembrador y el pan al que come, así sucede con la palabra que sale de mi boca: ella no vuelve a mí estéril, sino que realiza todo lo que yo quiero y cumple la misión que yo le encomendé.*

Este lenguaje, tan elocuente también para nosotros, lo era todavía más para los hombres a quienes se dirigía Isaías: hombres que luchaban con el desierto y conocían su aridez, hombres para quienes la lluvia era sinónimo de vida. Donde cae la palabra de Dios, germina entonces la vida; ella nunca se desliza en vano.

Es lo que también nos dice Jesús: *El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán* (Mc 13. 31). En la epístola a los hebreos, leemos: *Porque la Palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que cualquier espada de doble filo... Ninguna casa creada escapa a su vista, sino que todo está desnudo y descubierto a los ojos de aquel a quien debemos rendir cuentas* (Heb. 4. 12-13). Como la lluvia penetra entre los terrones de tierra, así la palabra de Dios penetra en la profundidad del corazón y revela sus sentimientos e ideas, poniéndolo en estado de decisión.

El Evangelio nos hace adelantar un paso; perfecciona también la afirmación de Isaías, destacando otra verdad, realmente la más importante, del mensaje de hoy. La palabra de Dios es siempre eficaz en sí misma; el hombre, sin embargo, puede ofrecerle resistencia con su libertad y hacerla infructuosa. También la lluvia puede ser estéril sí cae sobre las piedras. Es el misterio de la relación entre gracia y libre albedrío, entre omnipotencia de Dios y libertad del hombre. Así como la luz es única, pero provoca diversos colores –blanco, rojo, amarillo, etc.– según sea la constitución de los cuerpos sobre los que cae, así la palabra de Días es siempre viva y eficaz, pero produce efectos y frutos distintos, según sean los corazones sobre los que cae.

Jesús nos ha presentado una serie de casos: el corazón superficial, el árido y rocoso, el disipado y, por fin, el bueno y disponible ante la palabra de Dios.

Podríamos preguntarnos: ¿a qué categoría de terreno pertenece nuestro corazón? ¿Somos de los que escuchan, pero después olvidan y se dejan absorber por otra cosa? ¿De aquellos que reciben la palabra a nivel epidérmico? Ésta es la categoría más difundida. Santiago los llama "oyentes distraídos" y los compara con alguien que observa su propia cara en el espejo: *El que oye la Palabra y no la práctica, se parece a un hombre que se mira en el espejo, pero en seguida se va y se olvida de cómo es* (Sant 1. 13. sq.).

Pero prefiero detenerme en la nota positiva y alentadora del Evangelio de hoy: la palabra de Dios encuentra también muchos corazones disponibles, mucho terreno bueno. El terreno óptimo fue el de María, que acogía todas las palabras y las custodiaba en su corazón (cfr. Lc 2, 19). Terreno bueno fueron los apóstoles y los discípulos que acogieron la palabra y la predicaron al mundo, irrigándola con la propia sangre.

¿Quién es hoy el terreno bueno que da frutos? Es el cristiano que, antes que nada, tiene sed de la palabra de Dios, que la ama, que se preocupa por escucharla, por entenderla, convencido de que *el hombre no vive solamente de pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios* (Mt. 4, 4). Es aquel que aplica la palabra a su vida; le da modo y espacio, con la reflexión, de prender en su corazón, de iluminar las intenciones, de fortificar los propósitos, de manera que se transformen en obras evangélicas, es decir, en aquel cien por ciento, o sesenta por ciento del que habla Jesús al final de su parábola.

Seremos terreno bueno en proporción a la capacidad de dejarnos penetrar por el Evangelio, de adecuar a él nuestro modo de pensar, de juzgar valores; en una palabra, de convertirnos. Santiago nos ha sugerido una óptima imagen, en la cual haremos bien en pensar: la palabra de Dios es un espejo. Ella no nos sirve y no nos cambia, si le pasamos por adelante apurados y distraídos. Por el contrario, debemos enfrentarnos a ella, mirar a su luz cada pliegue de nuestra vida, dejarnos juzgar por ella como nos dejamos juzgar por un espejo, y por un espejo que no se detiene en la superficie, sino que penetra hasta el meollo y revela los secretos del corazón. Entonces será la más grande fuerza de corrección y de renovación.

El inicio del Evangelio de hoy nos ha presentado a Jesús que, desde la barca, habla a la multitud que está de pie en la orilla. Es como si todo esto se hubiera repetido para nosotros: Jesús nos ha enseñado estando entre nosotros y ante nosotros. Nosotros somos la multitud que, desde la orilla, lo hemos escuchado. A quien lo escuchó, poco más tarde, Jesús multiplicó el pan en el desierto. También para nosotros él está por multiplicar y distribuir el pan que es su cuerpo dado por nosotros. Su presencia será plena cuando esté en nosotros mediante su palabra y su sacramento, que es la carne para la vida del mundo. Que encuentre en nosotros un terreno abierto y bueno que lo acoja con alegría a Él, que es la semilla de la vida eterna, la Palabra hecha carne que viene a habitar entre nosotros.

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO XV DEL TIEMPO ORDINARIO

Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II

En el Santuario alpino de Nuestra Señora de Barmasc (15-VII-1990)

– Dios lo puede todo

"Así será mi palabra, la que salga de mi boca, que no tornará a mí de vacío, sin que haya cumplido aquello a que la envié" (Is 55, 11).

Como la lluvia baña la tierra, así Dios con su gracia da nuevamente vigor al hombre abrumado por el peso del pecado y de la muerte. Él es fiel y mantiene siempre la palabra dada.

Ningún poder logrará frenar la fuerza irresistible de su misericordia.

Las palabras del Deutero-Isaías que hemos escuchado en la primera lectura subrayan de manera significativa la promesa que Yavé renueva al pueblo de Israel afligido y desorientado. Ellas se dirigen también a nosotros como un llamamiento a la esperanza y como un estímulo a la confianza. Se dirigen al hombre de nuestro tiempo, sediento de felicidad y bienestar, que va en busca de la verdad y de la paz, pero que, por desgracia, experimenta la decepción del fracaso.

Las palabras del profeta son una invitación a creer que Dios puede modificar cualquier situación, incluso la más dramática y compleja.

En efecto, ¿quién puede oponerse a su obrar? Él, que es omnipotente y bueno, ¿nos abandonará quizá a nuestra fragilidad y nos dejará vagar a merced de nuestra infidelidad?

En los textos de este domingo el Omnipotente se nos presenta revestido de ternura y atención, prodigando a la humanidad dones de salvación. Él acompaña con paciencia al pueblo que eligió; guía fielmente a lo largo de los siglos a la Iglesia, el "nuevo Israel", que caminando en el tiempo presente busca la ciudad futura y perenne" (Lumen Gentium n.9).

Habla y obra, dona sin medida y sin arrepentimiento, interviene en nuestra realidad diaria incluso cuando somos débiles y no correspondemos a su amor gratuito y generoso.

– Respuesta libre

Pero el hombre tiene la posibilidad tremenda de volver vana la iniciativa divina y rechazar su amor. Nuestro "sí", adhesión libre a su propuesta de vida, es indispensable para que el proyecto de salvación se cumpla en nosotros.

Reflexionemos sobre la parábola del sembrador. Ella nos ayuda a comprender mejor esta realidad providencial y a ponderar sabiamente la responsabilidad que nos corresponde a cada uno de nosotros de hacer madurar la semilla de la Palabra, difundida ampliamente en nuestro corazón. La semilla de la que hablamos es la Palabra de Dios; es Cristo, el Verbo de Dios vivo. Se trata de una semilla en sí misma fecunda y eficaz, surgida de la fuente inextinguible del Amor trinitario. Sin embargo, el hecho de hacerla fructificar depende de nosotros, depende de la acogida de cada uno de nosotros. A menudo, el hombre es distraído por demasiados intereses, le llegan innumerables estímulos desde muchas partes, y le resulta difícil distinguir, entre tantas voces, la única Verdad que hace libre.

Es necesario convertirse en terreno disponible sin abrojos y sin piedras, sino arado y escardado con cuidado. Depende de nosotros ser la tierra buena en la que "da fruto y produce uno ciento, otro sesenta, otro treinta" (Mt 13, 23).

Os exhorto a crecer en deseos de Dios; os aliento a acoger generosamente la invitación que os dirige la liturgia de este día. Ojalá correspondáis siempre a los impulsos de la gracia y produzcáis frutos abundantes de santidad.

El mundo, "sometido a la vanidad" (Rm 8, 20), grita que tiene sed de Cristo. Invoca la paz, pero no sabe dónde hallarla plenamente. ¿Quién podrá transformar este terreno pedregoso y lleno de abrojos en un campo ubérrimo, sino la lluvia y la nieve que bajan desde arriba?

– La Virgen nos sostiene

"Virgo potens, erige pauperem" - "Virgen poderosa, alza al pobre". Es verdad: la Virgen sostiene al pobre que confía en Ella. Ayuda al cristiano, día tras día, a seguir los pasos de Jesús, a gastar por Él todo tipo de recursos físicos y espirituales, realizando

de este modo la misión que le fue confiada por el bautismo. El creyente se transforma así, a su vez, en una semilla de vida ofrecida, junto a Cristo, por la salvación de sus hermanos.

"La ansiosa espera de la creación desea vivamente la revelación de los hijos de Dios" (Rm 8, 19).

La humanidad pide ayuda y busca seguridad. Todos tenemos necesidad de la lluvia de la misericordia, todos aspiramos a los frutos del amor.

Dios sigue visitando la tierra y bendiciendo sus retoños, y seguramente llevará a término la obra comenzada. El panorama formidable que contemplamos aquí nos habla de su fidelidad eterna. Nos habla también de la riqueza de sus dones. Dios se manifiesta desde lo alto "muestra a los extraviados la luz de su verdad para que puedan volver a su camino recto" (Colecta).

Nos muestra a Jesucristo, su Verbo eterno. Nos lo muestra y nos lo ofrece en la Eucaristía; nos lo ofrece a través de las manos de María, su Madre, nuestra Madre.

***

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

La Liturgia de la Palabra de este Domingo está impregnada de optimismo por el éxito de la obra redentora de Cristo, y que la Iglesia continúa en el tiempo hasta que de nuevo Cristo vuelva. Tanto la 1ª Lectura, en la que el segundo Isaías conforta a los israelitas desterrados de Babilonia; como la 2ª, en que S. Pablo habla de la expectación de la creación entera que aguarda la manifestación de los hijos de Dios que sufren la esclavitud del pecado; como la abundante cosecha de la tierra buena que compensa con creces lo que se perdió en el pedregal y los espinos, nos animan a confiar en el éxito de todos nuestros desvelos. También el Salmo Responsorial participa de idéntico optimismo: "la acequia de Dios va llena de agua…, coronas el año con tus bienes".

El Reino de Dios que Jesús vino a instaurar, encontró una fuerte repulsa en el judaísmo de su tiempo, lo encontró también el cristianismo naciente, y lo sigue encontrando hoy. Con la parábola del sembrador, Jesús nos propone la fe y la generosidad del sembrador al esparcir la semilla de la doctrina que, aunque puede dar un fruto dispar e incluso no darlo, pues su fecundidad depende de donde caiga, está destinada a proporcionar una espléndida cosecha.

El Señor quiere asociarnos a esta siembra de paz, de alegría, de mutuo respeto…, de amor a Dios y a todas las criaturas, a través del ejemplo, la palabra y la confianza con la que el sembrador arroja la semilla al surco. Él no ignora los hielos y la sequía, el azote del viento, del granizo y las plagas que pueden hacer estéril su trabajo. Pero no ignora tampoco, que sin la siembra, los campos no producen más que malas hierbas. Los padres de familia, los educadores, los sacerdotes…, los que de un modo u otro quieren inculcar los valores cristianos, han de mantener vivo el optimismo sobrenatural porque "los que en Ti esperan, Señor, no quedarán defraudados" (S. 24, 3). Pidamos al Señor que nos aumente la fe, para que la indiferencia del camino, el

ánimo mal dispuesto del pedregal y los espinos, no maten la esperanza de una abundante cosecha.

Pero no olvidemos que ese campo donde la semilla cae generosamente, somos también nosotros. La semilla es en sí misma fecunda pero el resultado de la recolección es desigual. ¿Por qué la acción de Dios en las almas produce efectos tan dispares? Es el misterio de la Vida divina y la libertad humana. Las palabras de Jesús revelan con toda su fuerza la responsabilidad de cada uno a disponerse bien para aceptar y corresponder a los dones divinos. El Maestro, valiéndose de la imagen de la dureza del camino y del pedregal, del daño de las zarzas y los espinos, nos advierte del peligro de que la Buena Nueva no fructifique en nosotros.

***

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

«Si el sembrador siembra y la semilla es fecunda, ¿por qué no hay fruto?»

I. LA PALABRA DE DIOS

Is 55, 10-11: «La lluvia hace germinar la tierra»

Sal 64, 10.10-11.12-13: «La semilla cayó en tierra buena y dio fruto»

Rm 8, 18-23: «La creación, expectante, está aguardando la plena manifestación de los hijos de Dios»

Mt 13, 1-23: «Salió el sembrador a sembrar»

II. APUNTE BÍBLICO-LITÚRGICO

La palabra, como la semilla, en sí eficaz. La Palabra de Dios que anunciaba a Israel el fin de la cautividad de Babilonia se cumpliría: «hará mi voluntad, cumplirá mi encargo» (1ª Lect.).

La Palabra necesita de la cooperación humana como la semilla necesita de la tierra. Su eficacia está condicionada a la libre responsabilidad del hombre. Con la imagen de la tierra, el evangelista señala cuatro actitudes: 1) el corazón duro, orgulloso, autosuficiente; 2) los veleidosos, inconstantes, caprichosos; 3) los que están esclavizados por las riquezas, las comodidades, los honores, las vanidades, etc.; 4) los que acogen la Palabra con buena voluntad (Ev.).

El Espíritu que habita en nosotros nos introduce en la Palabra para que produzca el fruto de la esperanza de la «libertad gloriosa de los hijos de Dios».

III. SITUACIÓN HUMANA

Ya se ha dicho en otro lugar que el hombre de hoy halla dificultades dentro y fuera de sí mismo para reflexionar, pensar, crear ideas… Siguen ocupando lugar de privilegio las lecturas que sólo entretienen y alienan, y son pocos los que se ocupan de lo serio y profundo. No es una mirada negativa sobre la realidad. Es un hecho que no solamente ofrece dificultades a la semilla evangélica. También para cualquier idea mínimamente seria.

IV. LA FE DE LA IGLESIA

La fe

– Cristo, Palabra única de la Sagrada Escritura: «En la Sagrada Escritura, la Iglesia encuentra sin cesar su alimento y su fuerza, porque en ella no se recibe solamente la palabra humana, sino lo que es realmente: la Palabra de Dios» (104).

– «Cristo, el Hijo de Dios hecho hombre, es la Palabra única, perfecta e insuperable del Padre. En Él lo dice todo, no habrá otra Palabra más que ésta» (65).

– La fe cristiana es la religión de la Palabra: "Sin embargo la fe cristiana no es una «religión del Libro». El cristianismo es la religión de la Palabra de Dios, «no de un verbo escrito y mudo, sino del Verbo encarnado y vivo» (S. Bernardo, hom. mis.4.11). Para que las Escrituras no queden en letra muerta, es preciso que Cristo, Palabra eterna del Dios vivo, por el Espíritu Santo, nos abra el espíritu a la inteligencia de las mismas" (108).

La respuesta

– Fecundidad de la Palabra divina: «El Decálogo, el Sermón de la Montaña y la catequesis apostólica nos describen los caminos que conducen al Reino de los cielos. Por ello avanzamos paso a paso mediante los actos de cada día sostenidos por la gracia del Espíritu Santo. Fecundados por la Palabra de Cristo, damos lentamente frutos en la Iglesia para la gloria de Dios» (1724; cf 2654).

El testimonio cristiano

– «Porque en darnos, como nos dio a su Hijo, que es una Palabra suya, que no tiene otra, todo nos lo habló junto y de una vez en esta sola Palabra...porque lo que hablaba antes en partes a los profetas, ya lo ha hablado todo en Él, dándonos al Todo, que es su Hijo. Por lo cual, el que ahora quisiese preguntar a Dios, o querer alguna visión o revelación, no sólo haría una necedad, sino haría agravio a Dios, no poniendo los ojos totalmente en Cristo, sin querer otra alguna cosa o novedad (S. Juan de la Cruz, Carm.2.22)» (65).

Llamados a sembrar, arrojemos la semilla. Dios dará el incremento. No sembrar por miedo a la falta de fruto es desconfiar de Dios.

HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO XV DEL TIEMPO ORDINARIO

Parábola del sembrador.

– La semilla y el camino. La falta de recogimiento interior impide la unión con Dios.

I. San Mateo nos dice en el Evangelio de la Misa que Jesús se sentó junto al mar y se le acercó tanta gente para oír su palabra que hubo de subirse a una barca, mientras la multitud le escuchaba desde la orilla. El Señor, sentado ya en la pequeña

embarcación, comenzó a enseñarles: *Salió un sembrador a sembrar*, y la semilla cayó en tierra muy desigual.

En Galilea, terreno accidentado y lleno de colinas, se destinaban a la siembra pequeñas extensiones de terreno en valles y riberas; la parábola reproduce la situación agrícola de aquellas tierras. El sembrador esparce a voleo su semilla, y así se explica que una parte caiga en el camino. La semilla caída en estos senderos era pronto comida por los pájaros o pisoteada por los transeúntes. El detalle del suelo pedregoso, cubierto sólo por una delgada capa de tierra, correspondía también a la realidad. A causa de su poca profundidad, brota la semilla con más rapidez, pero el calor la seca con la misma prontitud por carecer de raíces profundas.

El terreno donde cae la buena semilla es el mundo entero, cada hombre; nosotros somos también tierra para la simiente divina. Y aunque la siembra es realizada con todo amor –es Dios que se vuelca en el alma–, el fruto depende en buena parte del estado de la tierra donde cae. Las palabras de Jesús nos muestran con toda fuerza la responsabilidad que tiene el hombre de disponerse para aceptar y corresponder a la gracia de Dios.

Parte cayó junto al camino, y vinieron los pájaros y se la comieron. Oyen la palabra de Dios, pero viene luego el Maligno y arrebata lo sembrado en su corazón. El camino es la tierra pisada, endurecida; son las almas disipadas, vacías, abiertas por completo a lo externo, incapaces de recoger sus pensamientos y guardar los sentidos, sin ordenen sus afectos, poco vigilantes en los sentimientos, con la imaginación puesta con frecuencia en pensamientos inútiles; son también las almas sin cultivo alguno, nunca roturadas, acostumbradas a vivir de espaldas al Señor. Son corazones duros, como esos viejos caminos continuamente transitados. Escuchan la palabra divina, pero con suma facilidad el diablo la arranca de sus almas. "Él no es perezoso, antes bien, tiene los ojos siempre abiertos y está siempre preparado para saltar y llevarse el don que vosotros no usáis".

Necesitamos pedir al Señor fortaleza para no ser jamás como éstos que "se parecen al camino donde cayó la semilla: negligentes, tibios y desdeñosos". Negligencia y tibieza que se manifiestan en la falta de contrición y de arrepentimiento, y de una lucha decidida contra los pecados veniales. La primera vez que el Sembrador arrojó su semilla en la tierra de nuestra alma fue en el Bautismo. ¡Cuántas veces desde entonces nos ha dado su gracia abundante! ¡Cuántas veces pasó cerca de nuestra vida, ayudando, alentando, perdonando! Ahora, en la intimidad de la oración, calladamente, podemos decirle: *¡Oh, Jesús! Si, siendo ¡como he sido! –pobre de mí–, has hecho lo que has hecho...; si yo correspondiera, ¿qué harías?*

Esta verdad te ha de llevar a una generosidad sin tregua.

Llora, y duélete con pena y con amor, porque el Señor y su Madre bendita merecen otro comportamiento de tu parte.

– El pedregal y los espinos. Necesidad del sacrificio y del desprendimiento en la vida sobrenatural.

II. *Otra parte cayó en pedregal, donde no había mucha tierra, y brotó pronto por no ser hondo el suelo; pero al salir el sol, se agostó y se secó porque no tenía raíz*. Este pedregal representa a las almas superficiales, con poca hondura interior, inconstantes, incapaces de perseverar. Tienen buenas disposiciones, incluso reciben la gracia con alegría, pero, llegado el momento de hacer frente a las dificultades, retroceden; no son capaces de sacrificarse por llevar a cabo los propósitos que un día hicieron, y éstos mueren sin dar fruto. Hay algunos, enseña Santa Teresa, que después de vencer a los primeros enemigos de la vida interior "acabóseles el esfuerzo, faltóles ánimo", dejaron de luchar, cuando sólo estaban "a dos pasos de la fuente del agua viva que dijo el Señor a la Samaritana que quien la bebiere no tendrá sed". Hemos de pedir al Señor constancia en los propósitos, espíritu de sacrificio para no detenernos ante las dificultades, que necesariamente hemos de encontrar. Comenzar y recomenzar una y otra vez, con santa tozudez, empeñándonos en llegar a la santidad a la que Jesús nos llama, y para la que nos da las gracias necesarias. "El alma que ama a Dios de veras no deja por pereza de hacerlo que puede para encontrar al Hijo de Dios, su Amado. Y después que ha hecho todo lo que puede, no se queda satisfecha y piensa que no ha hecho nada", enseña San Juan de la Cruz.

Otra parte cayó entre espinos; crecieron los espinos y la sofocaron. Son los que oyen la palabra de Dios, pero las preocupaciones de este mundo y la seducción de las riquezas sofocan la palabra y queda estéril. El amor a las riquezas, la ambición desordenada de influencia o de poder, una excesiva preocupación por el bienestar y el confort, y la vida cómoda son duros espinos que impiden la unión con Dios. Son almas volcadas en lo material, envueltas en *una avaricia de fondo, que lleva a no valorar sino lo que se puede tocar. Los ojos que se quedan como pegados a las cosas terrenas, pero también los ojos que, por eso mismo, no saben descubrir las realidades sobrenaturales*; están como ciegos para lo que verdaderamente importa.

Dejar que el corazón se aficione al dinero, a las influencias, al aplauso, a la última comodidad que pregona la publicidad, a los caprichos, a la abundancia de cosas innecesarias, es un grave obstáculo para que el amor de Dios arraigue en el corazón. Es difícil que quien está poseído por esta afición a tener más, a buscar siempre lo más cómodo, no caiga en otros pecados. "Por eso –comenta San Juan de la Cruz– el Señor los llamó en el Evangelio espinas, para dar a entender que el que los manoseare con la voluntad, quedará herido de algún pecado".

Enseña San Pablo que quien pone su corazón en los bienes terrenos como si fueran bienes absolutos comete una especie de idolatría. Este desorden del alma lleva con frecuencia a la falta de mortificación, a la sensualidad, a apartar la mirada de los bienes sobrenaturales, pues se cumplen siempre aquellas palabras del Señor: *donde está vuestro tesoro, allí estará vuestro corazón*. En este mal terreno quedará indudablemente sofocada la semilla de la gracia.

– Correspondencia a la gracia. Dar fruto.

III. *Lo sembrado en buena tierra es el que oye la palabra y la entiende, y fructifica y produce el ciento, o el sesenta, o el treinta*. Dios espera de nosotros que seamos un buen terreno que acoja la gracia y dé frutos; más y mejores frutos

produciremos cuanto mayor sea nuestra generosidad con Dios. "Lo único que nos importa –comenta San Juan Crisóstomo– es no ser camino, ni pedregal, ni cardos, sino tierra buena (...). No sea el corazón camino donde el enemigo se lleve, como el pájaro, la semilla pisada por los transeúntes; ni peñascal donde la poca tierra haga germinar enseguida lo que ha de agostar el sol; ni abrojal de pasiones humanas y cuidados de la vida".

Todos los hombres pueden convertirse en terreno preparado para recibir la gracia, cualquiera que haya sido su vida pasada: el Señor se vuelca en el alma en la medida en que encuentra acogida. Dios nos da tantas gracias porque tiene confianza en cada uno; no existen terrenos demasiado duros o baldíos para Él, si se está dispuesto a cambiar y a corresponder: cualquier alma se puede convertir en un vergel, aunque antes haya sido desierto, porque la gracia de Dios no falta y sus cuidados son mayores que los del más experto labrador. Supuesta la gracia, el fruto sólo depende del hombre, que es libre de corresponder o no. "La tierra es buena, el sembrador el mismo, y las simientes las mismas; y sin embargo, ¿cómo es que una dio ciento, otra sesenta y otra treinta? Aquí la diferencia depende también del que recibe, pues aun donde la tierra es buena, hay mucha diferencia de una parcela a otra. Ya veis que no tienen la culpa el labrador, ni la semilla, sino la tierra que la recibe; y no es por causa de la naturaleza, sino de la disposición de la voluntad".

Examinemos hoy en la oración si estamos correspondiendo a las gracias que el Señor nos está dando, si aplicamos el *examen particular* a esas malas raíces del alma que impiden el crecimiento de la buena semilla, si limpiamos las hierbas dañinas mediante la Confesión frecuente, si fomentamos los actos de contrición, que tan bien preparan el alma para recibir las inspiraciones de Dios. *No podemos conformarnos con lo que hacemos en nuestro servicio a Dios, como un artista no se queda satisfecho con el cuadro o la estatua que sale de sus manos. Todos le dicen: es una maravilla; pero él piensa: no, no es esto; yo querría más. Así deberíamos reaccionar nosotros.*

Además, el Señor nos da mucho, tiene derecho a nuestra más plena correspondencia..., y hay que ir a su paso. No nos quedemos atrás.

P. Jorge LORING SJ (Cádiz, España) (www.evangeli.net)

IR A ÍNDICE DOMINGO XV DEL TIEMPO ORDINARIO

«Salió un sembrador a sembrar»

Hoy consideramos la parábola del sembrador. Tiene una fuerza y un encanto especiales porque es palabra del propio Señor Jesús.

El mensaje es claro: Dios es generoso sembrando, pero la concreción de los frutos de su siembra dependen también —y a la vez— de nuestra libre correspondencia. Que el fruto depende de la tierra donde cae es algo que la experiencia de todos los días nos lo confirma. Por ejemplo, entre alumnos de un mismo colegio y de una misma clase,

unos terminan con vocación religiosa y otros ateos. Han oído lo mismo, pero la semilla cayó en distinta tierra.

La buena tierra es nuestro corazón. En parte es cosa de la naturaleza; pero sobre todo depende de nuestra voluntad. Hay personas que prefieren disfrutar antes que ser mejores. En ellas se cumple lo de la parábola: las malas hierbas (es decir, las preocupaciones del mundo y la seducción de las riquezas) «ahogan la Palabra, y queda sin fruto» (Mt 13, 22).

Pero quienes, en cambio, valoran el ser, acogen con amor la semilla de Dios y la hacen fructificar. Aunque para ello tengan que mortificarse. Ya lo dijo Cristo: «Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto» (Jn 12, 24). También nos advirtió el Señor que el camino de la salvación es estrecho y angosto (cf. Mt 7, 14): lo que mucho vale, mucho cuesta. Nada de valor se consigue sin esfuerzo.

El que se deja llevar de sus apetitos tendrá el corazón como una selva salvaje. Por el contrario, los árboles frutales que se podan dan mejor fruto. Así, las personas santas no han tenido una vida fácil, pero han sido unos modelos para la humanidad. «No todos estamos llamados al martirio, ciertamente, pero sí a alcanzar la perfección cristiana. Pero la virtud exige una fuerza que (...) pide una obra larga y muy diligente, y que no hemos de interrumpir nunca, hasta morir. De manera que esto puede ser denominado como un martirio lento y continuado» (Pío XII).

EXAMEN DE CONCIENCIA PARA SACERDOTES – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís

IR A ÍNDICE DOMINGO XV DEL TIEMPO ORDINARIO

Buena tierra, fruto abundante

«Lo sembrado en tierra buena representa a quienes oyen la palabra, la entienden y dan fruto, unos el ciento por uno, otros el sesenta, y otros el treinta».

Eso dice Jesús.

Y te lo dice a ti, sacerdote, porque tú eres su tierra buena, la que Él ha elegido para sembrar su semilla, para que dé buen fruto, y ese fruto permanezca.

La semilla es la Palabra de tu Señor, y ha sido sembrada en tu corazón, y te ha sido dado el don para que la entiendas, para que la practiques, para que la vivas, para que la prediques.

Tu Señor te habla claro, sacerdote, y te muestra la verdad, porque tú tienes ojos que ven y oídos que oyen, porque en ti ha encontrado un hombre según su corazón, para que custodie y proteja la semilla, para que siembre con Él, y recoja con Él, porque el que no está con Él está contra Él, y el que no recoge, desparrama.

Tu Señor te llama, sacerdote, y te hace sembrador. Te da la tierra buena, y te da la semilla, y la gracia para preparar y sembrar la tierra. Pero es Él quien hace llover y empapa la tierra, la fecunda y la hace germinar, para que brote la vida. Por tanto, aunque tú, sacerdote, tengas la semilla, nada puedes tú sin la acción del Espíritu Santo.

Permanece en la docilidad y en la disposición a la escucha de la Palabra de tu Señor, para que su Santo Espíritu obre en ti, y produzca en ti el fruto, primero el treinta, luego el sesenta, y luego el ciento por uno.

Frutos de tu trabajo que te santifique, para que seas santo y vivas en la plenitud del amor, uniendo tus frutos en una sola ofrenda agradable a Dios, en el Cuerpo y la Sangre de tu Señor, elevado entre tus manos sobre el altar, cada día, en la sagrada Eucaristía.

Tú eres tierra buena, sacerdote, y en tu tierra ha sido sembrada la semilla sagrada que ha crecido como árbol bueno, que supera en altura a todos los árboles del campo, y sus ramas se multiplican, para que en ellas aniden los pájaros del cielo, para que bajo su sombra se reúnan las naciones, porque por tus frutos te conocerán.

Pero ¡ay de aquel que se engría de su altura, de su hermosura o de su grandeza! Dios te libre de gloriarte, si no es en la cruz de tu Señor Jesucristo, por quien el mundo es un crucificado para ti, y tú eres un crucificado para el mundo.

Y tú, sacerdote, ¿has dado buen fruto?

¿Cuánto fruto has entregado a tu Señor?

¿Qué tan grande es tu ofrenda?

¿Te esfuerzas por mantener tu tierra buena y lista para la siembra?

¿Recibes la semilla?

¿Pides a tu Señor que haga llover en ti?

¿Recibes el agua viva de su manantial constantemente, dejando que empape la tierra?

Y tú, sembrador, ¿siembras tu semilla en tierra buena? ¿La preparas? ¿La fecundas, o solo la esparces sobre el camino, sin importar que se la coman los pájaros, o que caiga en terreno pedregoso, o entre los espinos?

Recibe la semilla de tu Señor, permítele que sea Él quien la siembre en tu corazón, y luego síguelo, aprendiendo de Él a sembrar, a dar vida con Él, y a hacer crecer.

No permitas que lo sembrado te sea arrebatado por las tentaciones, por las preocupaciones y las seducciones del mundo, por la tribulación, por la persecución, por los peligros.

Pídele a tu Señor el don de saber escuchar, de poder entender, para que su Palabra penetre hasta lo más profundo de tu corazón, perseverando en tu misión, alcanzando a las almas, con tus frutos, la salvación.

(*Espada de Dos Filos* IV, n. 19)

(Para pedir una suscripción gratuita por email del envío diario de "Espada de Dos Filos", - facebook.com/espada.de.dos.filos12- enviar nombre y dirección a: espada.de.dos.filos12@gmail.com)

_____

Domingo XVI del Tiempo Ordinario (ciclo A)

IR A ÍNDICE GENERAL

(Comentarios sobre las Lecturas propias de la Santa Misa para meditar y preparar la homilía)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)**
- **SAN AGUSTÍN (www.iveargentina.org)**
- **FRANCISCO – Ángelus 2014 y 2017 - Ex. Ap. *Evangelii Gaudium*, nn. 84-86**
- **BENEDICTO XVI – Ángelus 2011**
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos**
- **RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)**
- **PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes**
- **FLUVIUM (www.fluvium.org)**
- **PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)**
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)**
  - **Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II**
  - **Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva**
  - **Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica**
- **HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)**
- **P. Ramón LOYOLA Paternina (Barcelona, España) (www.evangeli.net)**
- **EXAMEN DE CONCIENCIA PARA SACERDOTES – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís**

***

DEL MISAL MENSUAL

IR A ÍNDICE DOMINGO XVI DEL TIEMPO ORDINARIO

LEVADURA, MOSTAZA Y CIZAÑA

Sab 12, 13.16-19; Rom 8, 26-27; Mt 13, 24-43

Tres parábolas. Dos breves y una más amplia. Jesús comienza recitando la parábola de la cizaña con la intención de frenar la impaciencia de los "buenos" que quisieran echar fuera de la comunidad de los discípulos a los remisos pecadores. La espiritualidad de los perfectos, que miran por encima del hombro a los pecadores tiene una larga historia. De ahí que sean necesarias las otras dos parábolas. Los procesos de cambio social son lentos, las profundas transformaciones espirituales se van consolidando tan lentamente como crece un arbusto de mostaza. Germina una pequeñísima semilla, que luego desarrolla tallos, fronda y termina finalmente cobijando a las aves del cielo. Metáforas aparte. El camino cristiano avanza gradualmente en el corazón de la persona, más aún, en los vericuetos y estructuras de la sociedad permea con mucha mayor lentitud.

ANTÍFONA DE ENTRADA Sal 53, 6. 8

El Señor es mi auxilio y el único apoyo en mi vida. Te ofrece de corazón un sacrificio y daré gracias a tu nombre, Señor, porque eres bueno.

ORACIÓN COLECTA

Sé propicio, Señor, con tus siervos y multiplica, bondadoso, sobre ellos los dones de tu gracia, para que, fervorosos en la fe, la esperanza y la caridad, perseveren siempre fieles en el cumplimiento de tus mandatos. Por nuestro Señor Jesucristo ...

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

Al pecador le das tiempo para que se arrepienta.

Del libro de la Sabiduría: 12, 13. 16-19

No hay más Dios que tú, Señor, que cuidas de todas las cosas. No hay nadie a quien tengas que rendirle cuentas de la justicia de tus sentencias. Tu poder es el fundamento de tu justicia, y por ser el Señor de todos, eres misericordioso con todos.

Tú muestras tu fuerza a los que dudan de tu poder soberano y castigas a quienes, conociéndolo, te desafían. Siendo tú el dueño de la fuerza, juzgas con misericordia y nos gobiernas con delicadeza, porque tienes el poder y lo usas cuando quieres.

Con todo esto has enseñado a tu pueblo que el justo debe ser humano, y has llenado a tus hijos de una dulce esperanza, ya que al pecador le das tiempo para que se arrepienta.

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 85, 5-6. 9-10.15-16a.

R/. Tú, Señor, eres bueno y clemente.

Puesto que eres, Señor, bueno y clemente y todo amor con quien tu nombre invoca, escucha mi oración y a mi súplica da respuesta pronta. ***R/.***

Señor, todos los pueblos vendrán para adorarte y darte gloria, pues sólo tú eres Dios, y tus obras, Señor, son portentosas. ***R/.***

Dios entrañablemente compasivo, todo amor y lealtad, lento a la cólera, ten compasión de mí, pues clamo a ti, Señor, a toda hora. ***R/.***

SEGUNDA LECTURA

El Espíritu intercede por nosotros con gemidos que no pueden expresarse con palabras.

De la carta del apóstol san Pablo a los romanos: 8, 26-27

Hermanos: El Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad, porque nosotros no sabemos pedir lo que nos conviene; pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos que no pueden expresarse con palabras. Y Dios, que conoce profundamente los corazones, sabe lo que el Espíritu quiere decir, porque el Espíritu ruega conforme a la voluntad de Dios, por los que le pertenecen.

Palabra de Dios.

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Cfr. Mt 11, 25

R/. Aleluya, aleluya.

Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has revelado los misterios del Reino a la gente sencilla. ***R/.***

EVANGELIO

Dejen que crezcan juntos hasta el tiempo de la cosecha.

+ Del santo Evangelio según san Mateo: 13, 24-43

En aquel tiempo, Jesús propuso esta parábola a la muchedumbre: "El Reino de los cielos se parece a un hombre que sembró buena semilla en su campo; pero mientras los trabajadores dormían, llegó un enemigo del dueño, sembró cizaña entre el trigo y se marchó. Cuando crecieron las plantas y se empezaba a formar la espiga, apareció también la cizaña.

Entonces los trabajadores fueron a decirle al amo: 'Señor, ¿qué no sembraste buena semilla en tu campo? ¿De dónde, pues, salió esta cizaña?'. El amo les respondió: 'De seguro lo hizo un enemigo mío'. Ellos le dijeron: '¿Quieres que vayamos a arrancarla?'. Pero él les contestó: 'No. No sea que al arrancar la cizaña, arranquen también el trigo. Dejen que crezcan juntos hasta el tiempo de la cosecha y, cuando llegue la cosecha, diré a los segadores: Arranquen primero la cizaña y átenla en gavillas para quemarla, y luego almacenen el trigo en mi granero' ".

Luego les propuso esta otra parábola: "El Reino de los cielos es semejante a la semilla de mostaza que un hombre siembra en un huerto. Ciertamente es la más pequeña de todas las semillas, pero cuando crece, llega a ser más grande que las hortalizas y se convierte en un arbusto, de manera que los pájaros vienen y hacen su nido en las ramas".

Les dijo también otra parábola: "El Reino de los cielos se parece a un poco de levadura que tomó una mujer y la mezcló con tres medidas de harina, y toda la masa acabó por fermentar".

Jesús decía a la muchedumbre todas estas cosas con parábolas, y sin parábolas nada les decía, para que se cumpliera lo que dijo el profeta: *Abriré mi boca y les hablaré con parábolas; anunciaré lo que estaba oculto desde la creación del mundo.*

Luego despidió a la multitud y se fue a su casa. Entonces se le acercaron sus discípulos y le dijeron: "Explícanos la parábola de la cizaña sembrada en el campo".

Jesús les contestó: "El sembrador de la buena semilla es el Hijo del hombre, el campo es el mundo, la buena semilla son los ciudadanos del Reino, la cizaña son los partidarios del maligno, el enemigo que la siembra es el diablo, el tiempo de la cosecha es el fin del mundo, y los segadores son los ángeles.

Y así como recogen la cizaña y la queman en el fuego, así sucederá al fin del mundo: el Hijo del hombre enviará a sus ángeles para que arranquen de su Reino a todos los que inducen a otros al pecado y a todos los malvados, y los arrojen en el horno encendido. Allí será el llanto y la desesperación. Entonces los justos brillarán como el sol en el Reino de su Padre. El que tenga oídos, que oiga".

Palabra del Señor.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Dios nuestro, que con la perfección de un único sacrificio pusiste fin a la diversidad de sacrificios de la antigua ley, recibe las ofrendas de tus fieles, y santifícalas como bendijiste la ofrenda de Abel, para que aquello que cada uno te ofrece en honor de tu gloria, sea de provecho para la salvación de todos. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN *Apoc 3, 20*

Miren que estoy a la puerta y llamo, dice el Señor: Si alguien oye mi voz y me abre, entraré en su casa y cenaremos juntos.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor, muéstrate benigno con tu pueblo, y ya que te dignaste alimentarlo con los misterios celestiales, hazlo pasar de su antigua condición de pecado a una vida nueva. Por Jesucristo, nuestro Señor.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

IR A ÍNDICE DOMINGO XVI DEL TIEMPO ORDINARIO

Tú das ocasión para el arrepentimiento (Sb 12, 13.16-19)

1ª lectura

La perícopa está impregnada de la fe más recia en la bondad y poder de Dios, que es único y omnipotente y no tiene que rendir cuentas a nadie (vv. 13-14). Aquí el libro de la Sabiduría conecta con la tradición sapiencial (cfr por ej., Jb 9) y con la profética (cfr por ej., Is 45, 9-13; Jr 18, 5-11). Su omnímodo poder no convierte a Dios en un tirano injusto, sino todo lo contrario: Dios es siempre justo (vv. 15-17). Tampoco su

justicia está reñida con su misericordia y benignidad. Así lo muestra especialmente con Israel, que cree en Él, pero también con todos los hombres, cuyas malas obras castiga con indulgencia para darles ocasión de convertirse de su malicia (vv. 18-25). No dejará de castigar, sin embargo, a los que se empecinan en su incredulidad y malicia (vv. 26-27). Esta enseñanza será recogida también en el Nuevo Testamento: cfr, por ej., Mc 16, 15-16.

El Espíritu acude en ayuda de nuestra flaqueza (Rm 8, 26-27)

2ª lectura

El pueblo de Israel había entendido que era el primogénito de Dios, y sus hijos, hijos de Dios en cuanto miembros del pueblo (cfr Ex 4, 22-23; Is 1, 2); sin embargo, San Pablo explica ahora que la relación del hombre con Dios ha sido restablecida de modo nuevo e insospechado merced al Espíritu de Jesucristo, el único y verdadero Hijo de Dios. Gracias al Espíritu, el cristiano puede participar en la vida de Cristo, Hijo de Dios por naturaleza. Esta participación viene a ser entonces una «adopción filial» (cfr Rm 8, 15) y por eso puede llamar individualmente a Dios: «¡*Abbá*, Padre!», como lo hacía Jesús. Al ser, por adopción, verdaderamente hijo de Dios, el cristiano tiene —por decirlo así— un derecho a participar también en su herencia: la vida gloriosa en el Cielo (cfr Rm 8, 14-18).

Pablo entiende que la liberación del cosmos es consecuencia de la liberación del hombre (cfr Rm 8, 19-22). Aunque todavía no vemos sus efectos con claridad, aguardamos a que se cumplan, asistidos por el Espíritu que acude en ayuda de nuestra flaqueza (cfr Rm 8, 26-27). Mientras, seguimos en tensión entre lo que ya poseemos y somos, y lo que anhelamos.

El trigo y la cizaña (Mt 13, 24-43)

Evangelio

Las parábolas tienen diversas formas. En estos versículos, encontramos todo tipo de ejemplos: desde una frase (v. 33) hasta una alegoría muy desarrollada (vv. 24-30; cfr vv. 37-43). Muchas veces, las parábolas toman un tono paradójico del que Jesús se sirve para fijar la atención y excitar la curiosidad, y, casi siempre, son un reclamo a la imaginación: para alcanzar su mensaje hay que querer penetrar más allá de la imagen expresada.

El primer evangelista recoge dos textos del Antiguo Testamento muy significativos a propósito del uso de las parábolas: por una parte, el Señor se vale de ellas para poder revelar el misterio oculto del Reino (vv. 34-35; cfr 13, 11); pero, por otra parte, son un reclamo a la responsabilidad personal: quien no está dispuesto a querer entender se queda sólo en la anécdota (13, 13-15). Sin embargo, los discípulos de Jesucristo, los que le preguntan por el significado de las parábolas (v. 36), sí las entienden (13, 51), porque, en la plena revelación de Jesús, Dios les ha dado ese don (13, 11), que tantos justos del Antiguo Testamento hubieran querido tener (13, 16-17). Los discípulos tienen que hacer fructificar ese don actualizando la doctrina en su enseñanza (13, 52): «*Insisto: ruega al Señor que nos conceda a sus hijos el "don de lenguas", el de hacernos entender por todos. La razón por la que deseo este "don de*

lenguas" la puedes deducir de las páginas del Evangelio, abundantes en parábolas, en ejemplos que materializan la doctrina e ilustran lo espiritual, sin envilecer ni degradar la palabra de Dios. Para todos —doctos y menos doctos—, es más fácil considerar y entender el mensaje divino a través de esas imágenes humanas» (S. Josemaría Escrivá, *Forja*, n. 895).

La parábola de la cizaña complementa a la del sembrador, aunque en un sentido distinto. El Señor siembra la palabra, pero también el diablo (v. 39) siembra sus asechanzas y obtiene fruto en algunos hombres. Pasa en vida de Jesús, donde su predicación del Reino encuentra la oposición que Satanás ha sembrado, y pasará en la vida de la Iglesia, ya que es inevitable que los hijos de Dios convivan con los hijos del Maligno (v. 38): el mal y el bien coexisten y se desarrollan a lo largo de la historia. La enseñanza de Jesús versa sobre la paciencia: como no es fácil distinguir entre el trigo y la cizaña hasta que no aparece la espiga granada (v. 26), tampoco a veces es fácil separar el bien y el mal. Pero al final, Cristo —Hijo del Hombre triunfante— juzgará a todos y dará a cada uno su merecido.

La invitación a la paciencia y a la esperanza se alimenta con las parábolas del grano de mostaza y de la levadura (vv. 31-33). La primera es una imagen agrícola, y la segunda, doméstica. Las dos inciden sobre lo desproporcionado del resultado final con la pequeñez de los comienzos: el grano de mostaza es proverbial por su pequeñez (cfr 17, 20), pero se convierte en el árbol frondoso anunciado por Ezequiel (Ez 17, 22-24) para representar al Reino de Dios; un poco de levadura es capaz de hacer fermentar una masa muy grande. La levadura es también figura del cristiano. Viviendo en medio del mundo, sin desnaturalizarse, el cristiano gana con su ejemplo y su palabra las almas para el Señor. Es lo que la doctrina de la Iglesia enseña como peculiar de los laicos: «Las imágenes evangélicas de la sal, de la luz y de la levadura, aunque se refieren indistintamente a todos los discípulos de Jesús, tienen también una aplicación específica a los fieles laicos. Se trata de imágenes espléndidamente significativas, porque no sólo expresan la plena participación y la profunda inserción de los fieles laicos en la tierra, en el mundo, en la comunidad humana; sino que también, y sobre todo, expresan la novedad y la originalidad de esta inserción y de esta participación, destinadas como están a la difusión del Evangelio que salva» (Juan Pablo II, *Christifideles laici*, n. 15).

La unión de las tres parábolas en un mismo contexto conforta la esperanza del discípulo de Cristo. Tendrá dificultades, pero el resultado será alentador: «*En las horas de lucha y contradicción, cuando quizá "los buenos" llenen de obstáculos tu camino, alza tu corazón de apóstol: oye a Jesús que habla del grano de mostaza y de la levadura. Y dile:* edissere nobis parabolam *—explícame la parábola. Y sentirás el gozo de contemplar la victoria futura: aves del cielo, en el cobijo de tu apostolado, ahora incipiente; y toda la masa fermentada*» (San Josemaría Escrivá, *Camino*, n. 695).

SAN AGUSTÍN (www.iveargentina.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO XVI DEL TIEMPO ORDINARIO

La buena semilla y la cizaña

Acabamos de oír el santo Evangelio, y a Cristo el Señor que habla en él. Hablaremos de ello lo que él nos otorgue. Podría yo fatigarme, hermanos, en exponeros esta parábola; pero nos ahorró el trabajo, ya que la expuso el mismo que la compuso. Quien leyó el Evangelio, leyó hasta el lugar en que el Señor dice: *Recoged primero la cizaña y atadla en manojos para quemarla; y guardad el trigo en el granero.* Pero luego, como está escrito, *se acercaron a él sus discípulos y le dijeron: Explícanos la parábola de la cizaña.* Y el que está en el seno del Padre, él la expuso, diciendo: *El que siembra la buena semilla es el Hijo del hombre,* refiriéndose a sí mismo. *El campo es el mundo; la buena semilla son los hijos del reino; la cizaña son los hijos del maligno; el enemigo que la siembra es el diablo; la siega es el fin del siglo; los segadores son los ángeles.* Y cuando viniere el Hijo del hombre, *enviará a sus ángeles y recogerán de su reino todos los escándalos, y los arrojarán al horno de fuego ardiente; allí será el llanto y el rechinar de dientes. Entonces refulgirán los justos como el sol en el reino de su Padre.* Recito palabras del Señor Cristo, que no han sido leídas, pero están escritas. Así nos expuso él lo que nos propuso. Ved lo que preferimos ser en su campo; considerad cuáles nos hallará la siega. El campo, que es el mundo, es la Iglesia difundida por el mundo. Quienes trigo, persevere hasta la siega; los que son cizaña, háganse trigo. Porque entre los hombres y las espigas de verdad o la cizaña real hay esta diferencia: cuando nos referimos a la agricultura, la espiga es espiga y la cizaña es cizaña. Pero en el campo del Señor, esto es, la Iglesia, a veces, lo que era trigo se hace cizaña y lo que era cizaña se convierte en trigo; y nadie sabe lo que será mañana. Por eso los obreros, indignados con el padre de familia, querían ir a arrancar la cizaña, pero no se lo consintió; quisieron arrancar la cizaña y no se les permitió separar esa cizaña. Hicieron aquello para lo que servían, y dejaron la separación a los ángeles. No querían reservar a los ángeles la separación de la cizaña; más el padre de familia, que conocía a todos y sabía que era menester dejar para más tarde la separación, les mandó tolerarla, no separarla. Ellos preguntaron: *¿Quieres que vayamos y la recojamos?* El respondió: *No, no sea que al querer arrancar la cizaña arranquéis también el trigo.* ¿Entonces, Señor, la cizaña estará también con nosotros en el granero? *Al tiempo de la siega diré a los segadores: Recogedla cizaña y atad los haces para quemarla.* Tolerad en el campo lo que no tendréis con vosotros en el granero.

Escuchad, carísimos granos de Cristo; escuchad, carísimas espigas de Cristo; escuchad, carísima mies de Cristo; reflexionad sobre vosotros mismos, mirad a vuestra conciencia, interrogad a vuestra fe, preguntad a vuestra caridad, despertad vuestra conciencia; y si os reconocéis mies de Cristo, traed a vuestra mente: *Quien perseverare hasta el fin, ése será salvo*. Pero quien, al escudriñar su conciencia, se encontrare entre la cizaña, no tema cambiarse. Todavía no hay orden de cortar, aún no llegó la siega; no seas hoy lo que eras ayer, o no seas mañana lo que eres hoy. ¿De qué te sirve lo que

dices, sino en cuanto cambies? Dios promete indulgencia si cambias tú, pero no te promete el día de mañana. Tal como seas al salir del cuerpo, tal llegarás a la siega. Muere alguien, no sé quién y era cizaña; ¿acaso podrá allá hacerse trigo? Es aquí en el campo donde el trigo puede hacerse cizaña y la cizaña trigo; aquí eso es posible; pero allá, es decir, después de esta vida, es tiempo de recoger lo que se hizo, no de hacer lo que no se hizo. Y quien fuere como cizaña y quisiere separarse del campo del Señor Cristo, ya no será trigo, pues si lo fuese seguiría siéndolo. ¿Por qué teme el trigo a la cizaña? *Dejad que ambos crezcan hasta la siega,* dice el padre de familia. Crezcan juntos, los segadores no yerran y saben cómo hacer los haces y arrojarlos al fuego. Con el trigo no pueden hacerse haces y ser enviados al fuego. Los haces significan separación. Arrio tiene su haz allí, Eunomio tiene su haz allí, Fotino tiene allí su haz, Donato tiene allí su haz, Maniqueo tiene allí su haz, Prisciliano tiene allí su haz. Todos estos haces serán arrojados al fuego; esté tranquilo el trigo, se gozará puro en el granero.

¿Y dónde no ha sembrado cizaña aquel enemigo? ¿Qué clase, qué lugar de mieses halló, y no esparció cizaña? ¿Acaso la sembró entre los laicos y no entre los clérigos, o entre los obispos? ¿O la sembró entre los casados, pero no entre los que profesan castidad? ¿O la sembró entre las casadas y no entre las monjas? ¿O la sembró entre las casas de los laicos y no en las congregaciones de monjes? Por doquier la esparció, por doquier la sembró. ¿Qué respetó sin mezcla? Pero demos gracias a Dios, ya que quien se dignará separar, no sabe errar. No se oculta a vuestra caridad que la cizaña se encuentra también en la mies más excelsa y honorable. Y entre los profesos se halla cizaña. Y decís: En tal lugar se vio que había malos; en tal congregación se vio que había malos; en todas partes se vio que había malos, pero no siempre reinarán los malos con los buenos. ¿Por qué te asombras de haber descubierto malos en un lugar santo? ¿No sabes que el primer pecado de desobediencia ocurrió en el paraíso y por ella cayó el ángel? ¿Acaso manchó el cielo? Cayó Adán; ¿acaso infeccionó el paraíso? Cayó uno de los hijos de Noé; ¿acaso contaminó la casa del justo? Cayó Judas; ¿acaso contaminó al coro de los Apóstoles? A veces, según la estimación humana, se cree que es trigo lo que es cizaña; o se cree cizaña lo que en realidades trigo. Por estas apariencias dice el Apóstol: *No juzguéis nada antes de tiempo, hasta que venga el Señor, e iluminará los escondrijos de las tinieblas, y manifestará los pensamientos del corazón, y entonces cada uno recibirá de Dios su alabanza.* Pasa la alabanza humana; a veces un hombre alaba al malo sin saberlo; a veces el hombre acusa al santo sin saberlo. ¡Dios perdone a los que no saben y socorra a los que sufren por esta ignorancia!

***Sermones* (2º) (t. X). Sobre los Evangelios Sinópticos, Sermón 73A, 1-3, BAC Madrid 1983, 372-77**

FRANCISCO – Ángelus 2014 y 2017 – Ex. Ap. *Evangelii Gaudium*, nn. 84-86

IR A ÍNDICE DOMINGO XVI DEL TIEMPO ORDINARIO

Ángelus 2014

Paciencia, Esperanza, Misericordia

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En estos domingos la liturgia propone algunas *parábolas* evangélicas, es decir, breves narraciones que Jesús utilizaba para anunciar a la multitud el reino de los cielos. Entre las parábolas presentes en el Evangelio de hoy, hay una que es más bien compleja, de la cual Jesús da explicaciones a los discípulos: es la *del trigo y la cizaña*, que afronta el *problema del mal* en el mundo y pone de relieve la *paciencia de Dios* (cf. *Mt* 13, 24-30.36-43). La escena tiene lugar en un campo donde el dueño siembra el trigo; pero una noche llega el enemigo y siembra la cizaña, término que en hebreo deriva de la misma raíz del nombre «Satanás» y remite al concepto de división. Todos sabemos que el demonio es un «sembrador de cizaña», aquel que siempre busca dividir a las personas, las familias, las naciones y los pueblos. Los servidores quisieran quitar inmediatamente la hierba mala, pero el dueño lo impide con esta motivación: «No, que al recoger la cizaña podéis arrancar también el trigo» (*Mt* 13, 29). Porque todos sabemos que la cizaña, cuando crece, se parece mucho al trigo, y allí está el peligro que se confundan.

La enseñanza de la parábola es doble. Ante todo dice que el mal que hay en el mundo *no proviene de Dios, sino de su enemigo, el Maligno*. Es curioso, el maligno va de noche a sembrar la cizaña, en la oscuridad, en la confusión; él va donde no hay luz para sembrar la cizaña. Este enemigo es astuto: ha sembrado el mal en medio del bien, de tal modo que es imposible a nosotros hombres separarlos claramente; pero Dios, al final, podrá hacerlo.

Y aquí pasamos al segundo tema: la contraposición entre la impaciencia de los servidores y la *paciente espera* del propietario del campo, que representa a Dios. Nosotros a veces tenemos una gran prisa por juzgar, clasificar, poner de este lado a los buenos y del otro a los malos... Pero recordad la oración de ese hombre soberbio: «Oh Dios, te doy gracias porque yo soy bueno, no soy como los demás hombres, malos...» (cf. *Lc* 18, 11-12). Dios en cambio sabe esperar. Él mira el «campo» de la vida de cada persona con paciencia y misericordia: ve mucho mejor que nosotros la suciedad y el mal, pero ve también los brotes de bien y espera con confianza que maduren. Dios es paciente, sabe esperar. Qué hermoso es esto: nuestro Dios es un padre paciente, que nos espera siempre y nos espera con el corazón en la mano para acogernos, para perdonarnos. Él nos perdona siempre si vamos a Él.

La actitud del propietario es la actitud de la esperanza fundada en la certeza de que el mal no tiene ni la primera ni la última palabra. Y es gracias a esta *paciente esperanza* de Dios que la cizaña misma, es decir el corazón malo con muchos pecados, al final puede llegar a ser buen trigo. Pero atención: la paciencia evangélica no es indiferencia al mal; no se puede crear confusión entre bien y mal. Ante la cizaña presente en el mundo, el discípulo del Señor está llamado a imitar la paciencia de Dios,

alimentar la esperanza con el apoyo de una firme confianza en la victoria final del bien, es decir de Dios.

Al final, en efecto, el mal será quitado y eliminado: en el tiempo de la cosecha, es decir del juicio, los encargados de cosechar seguirán la orden del patrón separando la cizaña para quemarla (cf. *Mt* 13, 30). Ese día de la cosecha final *el juez será Jesús*, Aquél que ha sembrado el buen trigo en el mundo y que se ha convertido *Él mismo en «grano de trigo»*, murió y resucitó. Al final todos seremos juzgados con la misma medida con la cual hemos juzgado: *la misericordia que hemos usado hacia los demás será usada también con nosotros*. Pidamos a la Virgen, nuestra Madre, que nos ayude a crecer en paciencia, esperanza y misericordia con todos los hermanos.

***

Ángelus 2017

La paciencia de Dios

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

La página evangélica de hoy propone tres *parábolas* con las cuales Jesús habla a las masas del Reino de Dios. Me detengo en la primera: la del *grano bueno y la cizaña*, que ilustra *el problema del mal* en el mundo y pone de relieve la *paciencia de Dios* (cf. *Mateo* 13, 24-30. 36-43). ¡Cuánta paciencia tiene Dios! También cada uno de nosotros puede decir esto: «¡Cuánta paciencia tiene Dios conmigo!». La narración se desarrolla en un campo con dos protagonistas opuestos.

Por una parte, el dueño del campo que representa a Dios y esparce la semilla buena; por otra el enemigo que representa a Satanás y esparce la hierba mala. Con el pasar del tiempo, en medio del grano crece también la cizaña y ante este hecho el dueño y sus siervos tienen actitudes distintas. Los siervos querrían intervenir arrancando la cizaña; pero el dueño, que está preocupado sobre todo por salvar el grano, se opone diciendo: «no, no sea que, al recoger la cizaña, arranquéis a la vez el trigo» (v. 29). Con esta imagen, Jesús nos dice que en este mundo el bien y el mal están tan entrelazados, que es imposible separarlos y extirpar todo el mal. Solo Dios puede hacer esto, y lo hará en el juicio final. Con sus ambigüedades y su carácter complejo, la situación presente es el campo de la libertad, el campo de la libertad de los cristianos, en el cual se cumple el difícil ejercicio del discernimiento entre el bien y el mal. Y en este campo se trata entonces de combinar, con gran confianza en Dios y en su providencia, dos actitudes aparentemente contradictorias: *la decisión* y la *paciencia*. La decisión es la de *querer ser buen grano* —todos lo queremos—, con todas nuestras fuerzas, y entonces alejarse del maligno y de sus seducciones. La paciencia significa preferir una Iglesia que es levadura en la pasta, que no teme ensuciarse las manos lavando las ropas de sus hijos, antes que una Iglesia de «puros», que pretende juzgar antes del tiempo quién está en el Reino y quién no.

El Señor, que es la Sabiduría encarnada, hoy nos ayuda a comprender que el bien y el mal no se pueden identificar con territorios definidos o determinados grupos humanos: «Estos son los buenos, estos son los malos». Él nos dice que la línea de frontera entre el bien y el mal pasa *por el corazón de cada persona, pasa por el*

corazón de cada uno de nosotros, es decir: todos somos pecadores. Me gustaría preguntaros: «quien no es pecador levante la mano». ¡Nadie! Porque todos lo somos, todos somos pecadores. Jesucristo, con su muerte en la cruz y su resurrección, nos ha liberado de la esclavitud del pecado y nos da la gracia de caminar en una vida nueva; pero con el Bautismo nos ha dado también la Confesión, porque siempre necesitamos ser perdonados por nuestros pecados. Mirar siempre y solamente el mal que está fuera de nosotros, significa no querer reconocer el pecado que está también en nosotros.

Y luego Jesús nos enseña un modo diverso de mirar el campo del mundo, de observar la realidad. Estamos llamados a aprender los tiempos de Dios —que no son nuestros tiempos— y también la «mirada» de Dios: gracias al influjo benéfico de una trepidante espera, lo que era cizaña o parecía cizaña, puede convertirse en un producto bueno. Es la realidad de la conversión. ¡Es la perspectiva de la esperanza!

La Virgen María nos ayude a percibir en la realidad que nos rodea no solo la suciedad y el mal, sino también el bien y lo bonito; a desenmascarar la obra de Satanás, pero sobre todo a confiar en la acción de Dios que fecunda la historia.

***

Ex. Ap. *Evangelii Gaudium*

No al pesimismo estéril

84. La alegría del Evangelio es esa que nada ni nadie nos podrá quitar (cf. Jn 16, 22). Los males de nuestro mundo –y los de la Iglesia– no deberían ser excusas para reducir nuestra entrega y nuestro fervor. Mirémoslos como desafíos para crecer. Además, la mirada creyente es capaz de reconocer la luz que siempre derrama el Espíritu Santo en medio de la oscuridad, sin olvidar que «donde abundó el pecado sobreabundó la gracia» (Rm 5, 20). Nuestra fe es desafiada a vislumbrar el vino en que puede convertirse el agua y a **descubrir el trigo que crece en medio de la cizaña**. A cincuenta años del Concilio Vaticano II, aunque nos duelan las miserias de nuestra época y estemos lejos de optimismos ingenuos, el mayor realismo no debe significar menor confianza en el Espíritu ni menor generosidad. En ese sentido, podemos volver a escuchar las palabras del beato Juan XXIII en aquella admirable jornada del 11 de octubre de 1962: «Llegan, a veces, a nuestros oídos, hiriéndolos, ciertas insinuaciones de algunas personas que, aun en su celo ardiente, carecen del sentido de la discreción y de la medida. Ellas no ven en los tiempos modernos sino prevaricación y ruina [...] Nos parece justo disentir de tales profetas de calamidades, avezados a anunciar siempre infaustos acontecimientos, como si el fin de los tiempos estuviese inminente. En el presente momento histórico, la Providencia nos está llevando a un nuevo orden de relaciones humanas que, por obra misma de los hombres pero más aún por encima de sus mismas intenciones, se encaminan al cumplimiento de planes superiores e inesperados; pues todo, aun las humanas adversidades, aquélla lo dispone para mayor bien de la Iglesia».

85. Una de las tentaciones más serias que ahogan el fervor y la audacia es la conciencia de derrota que nos convierte en pesimistas quejosos y desencantados con cara de vinagre. Nadie puede emprender una lucha si de antemano no confía

plenamente en el triunfo. El que comienza sin confiar perdió de antemano la mitad de la batalla y entierra sus talentos. Aun con la dolorosa conciencia de las propias fragilidades, hay que seguir adelante sin declararse vencidos, y recordar lo que el Señor dijo a san Pablo: «Te basta mi gracia, porque mi fuerza se manifiesta en la debilidad» (2Co 12, 9). El triunfo cristiano es siempre una cruz, pero una cruz que al mismo tiempo es bandera de victoria, que se lleva con una ternura combativa ante los embates del mal. El mal espíritu de la derrota es hermano de la tentación de separar antes de tiempo el trigo de la cizaña, producto de una desconfianza ansiosa y egocéntrica.

86. Es cierto que en algunos lugares se produjo una «desertificación» espiritual, fruto del proyecto de sociedades que quieren construirse sin Dios o que destruyen sus raíces cristianas. Allí «el mundo cristiano se está haciendo estéril, y se agota como una tierra sobreexplotada, que se convierte en arena». En otros países, la resistencia violenta al cristianismo obliga a los cristianos a vivir su fe casi a escondidas en el país que aman. Ésta es otra forma muy dolorosa de desierto. También la propia familia o el propio lugar de trabajo puede ser ese ambiente árido donde hay que conservar la fe y tratar de irradiarla. Pero «precisamente a partir de la experiencia de este desierto, de este vacío, es como podemos descubrir nuevamente la alegría de creer, su importancia vital para nosotros, hombres y mujeres. En el desierto se vuelve a descubrir el valor de lo que es esencial para vivir; así, en el mundo contemporáneo, son muchos los signos de la sed de Dios, del sentido último de la vida, a menudo manifestados de forma implícita o negativa. Y en el desierto se necesitan sobre todo personas de fe que, con su propia vida, indiquen el camino hacia la Tierra prometida y de esta forma mantengan viva la esperanza». En todo caso, allí estamos llamados a ser personas-cántaros para dar de beber a los demás. A veces el cántaro se convierte en una pesada cruz, pero fue precisamente en la cruz donde, traspasado, el Señor se nos entregó como fuente de agua viva. ¡No nos dejemos robar la esperanza!

BENEDICTO XVI – Ángelus 2011

IR A ÍNDICE DOMINGO XVI DEL TIEMPO ORDINARIO

La voluntad de Dios, criterio-guía de nuestra existencia

Queridos hermanos y hermanas:

Las parábolas evangélicas son breves narraciones que Jesús utiliza para anunciar los misterios del Reino de los Cielos. Al utilizar imágenes y situaciones de la vida cotidiana, el Señor "quiere indicarnos el auténtico fundamento de todo. Nos muestra... al Dios que actúa, que entra en nuestras vidas y nos quiere tomar de la mano" (*Jesús de Nazaret I*, Benedicto XVI-Joseph Ratzinger, La esfera de los libros, 2007). Con estas reflexiones, el divino Maestro invita a reconocer ante todo la primacía de Dios Padre: donde no está, no puede haber nada bueno. Es una prioridad decisiva para todo. Reino de los cielos significa, precisamente, señorío de Dios, y esto quiere decir que su voluntad debe ser asumida como el criterio-guía de nuestra existencia.

El tema contenido en el Evangelio de este domingo es precisamente el Reino de los cielos. El "cielo" no debe ser entendido sólo en el sentido de esa altura que está encima de nosotros, pues ese espacio infinito posee también la forma de la interioridad del hombre. Jesús compara el Reino de los cielos con un campo de trigo para darnos a entender que dentro de nosotros se ha sembrado algo pequeño y escondido, que sin embargo tiene una fuerza vital que no puede suprimirse. A pesar de los obstáculos, la semilla se desarrollará y el fruto madurará. Este fruto será bueno sólo si se cultiva el terreno de la vida según la voluntad divina. Por eso, en la parábola de la cizaña (*Mateo* 13, 24-30), Jesús advierte que, después de la siembra del dueño, "mientras todos dormían", aparece "su enemigo", que siembra la cizaña. Esto significa que tenemos que estar preparados para custodiar la gracia recibida desde el día del bautismo, alimentando la fe en el Señor, que impide que el mal eche raíces. San Agustín, comentando esta parábola, observa que "primero muchos son cizaña y luego se convierten en grano bueno". Y agrega: "si éstos, cuando son malos, no fueran tolerados con paciencia, no lograrían el laudable cambio" (*Quaest. septend. in Ev. sec. Matth.*, 12, 4: PL 35, 1371).

Queridos amigos, el libro de la sabiduría, del que hoy está tomada la primera lectura, subraya esta dimensión del Ser divino: "porque, fuera de Ti, no hay otro Dios que cuide de todos... porque tu fuerza es el principio de tu justicia y tu dominio sobre todas las cosas te hace indulgente con todos" (*Sabiduría* 12, 13.16). Y el salmo 85 lo confirma: "Tú Señor eres bueno e indulgente, rico en misericordia con aquellos que te invocan" (versículo 5.). Por tanto, si somos hijos de un Padre tan grande y bueno, ¡tratemos de parecernos a Él! Éste era el objetivo que Jesús se planteaba con su predicación. Decía a quien lo escuchaba: "Sed perfectos como es perfecto el Padre que está en los cielos" (*Mateo*, 5, 48). Encomendémonos con confianza a María, a quien ayer invocamos con la advocación de la Virgen Santísima del Monte Carmelo, para que nos ayude a seguir fielmente a Jesús, y de este modo vivir como verdaderos hijos de Dios.

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

IR A ÍNDICE DOMINGO XVI DEL TIEMPO ORDINARIO

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

El anuncio del Reino de Dios

543. Todos los hombres están llamados a entrar en el Reino. Anunciado en primer lugar a los hijos de Israel (cf. Mt 10, 5-7), este reino mesiánico está destinado a acoger a los hombres de todas las naciones (cf. Mt 8, 11; 28, 19). Para entrar en él, es necesario acoger la palabra de Jesús:

La palabra de Dios se compara a una semilla sembrada en el campo: los que escuchan con fe y se unen al pequeño rebaño de Cristo han acogido el Reino; después la semilla, por sí misma, germina y crece hasta el tiempo de la siega (LG 5).

544. El Reino pertenece a los pobres y a los pequeños, es decir a los que lo acogen con un corazón humilde. Jesús fue enviado para "anunciar la Buena Nueva a los pobres" (Lc 4, 18; cf. 7, 22). Los declara bienaventurados porque de "ellos es el Reino de los cielos" (Mt 5, 3); a los "pequeños" es a quienes el Padre se ha dignado revelar las cosas que ha ocultado a los sabios y prudentes (cf. Mt 11, 25). Jesús, desde el pesebre hasta la cruz comparte la vida de los pobres; conoce el hambre (cf. Mc 2, 23-26; Mt 21, 18), la sed (cf. Jn 4, 6-7; 19, 28) y la privación (cf. Lc 9, 58). Aún más: se identifica con los pobres de todas clases y hace del amor activo hacia ellos la condición para entrar en su Reino (cf. Mt 25, 31-46).

545. Jesús invita a los pecadores al banquete del Reino: "No he venido a llamar a justos sino a pecadores" (Mc 2, 17; cf. 1 Tim 1, 15). Les invita a la conversión, sin la cual no se puede entrar en el Reino, pero les muestra de palabra y con hechos la misericordia sin límites de su Padre hacia ellos (cf. Lc 15, 11-32) y la inmensa "alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta" (Lc 15, 7). La prueba suprema de este amor será el sacrificio de su propia vida "para remisión de los pecados" (Mt 26, 28).

546. Jesús llama a entrar en el Reino a través de las parábolas, rasgo típico de su enseñanza (cf. Mc 4, 33-34). Por medio de ellas invita al banquete del Reino (cf. Mt 22, 1-14), pero exige también una elección radical para alcanzar el Reino, es necesario darlo todo (cf. Mt 13, 44-45); las palabras no bastan, hacen falta obras (cf. Mt 21, 28-32). Las parábolas son como un espejo para el hombre: ¿acoge la palabra como un suelo duro o como una buena tierra (cf. Mt 13, 3-9)? ¿Qué hace con los talentos recibidos (cf. Mt 25, 14-30)? Jesús y la presencia del Reino en este mundo están secretamente en el corazón de las parábolas. Es preciso entrar en el Reino, es decir, hacerse discípulo de Cristo para "conocer los Misterios del Reino de los cielos" (Mt 13, 11). Para los que están "fuera" (Mc 4, 11), la enseñanza de las parábolas es algo enigmático (cf. Mt 13, 10-15).

Los signos del Reino de Dios

547. Jesús acompaña sus palabras con numerosos "milagros, prodigios y signos" (Hch 2, 22) que manifiestan que el Reino está presente en El. Ellos atestiguan que Jesús es el Mesías anunciado (cf, Lc 7, 18-23).

548. Los signos que lleva a cabo Jesús testimonian que el Padre le ha enviado (cf. Jn 5, 36; 10, 25). Invitan a creer en Jesús (cf. Jn 10, 38). Concede lo que le piden a los que acuden a él con fe (cf. Mc 5, 25-34; 10, 52; etc.). Por tanto, los milagros fortalecen la fe en Aquél que hace las obras de su Padre: éstas testimonian que él es Hijo de Dios (cf. Jn 10, 31-38). Pero también pueden ser "ocasión de escándalo" (Mt 11, 6). No pretenden satisfacer la curiosidad ni los deseos mágicos. A pesar de tan evidentes milagros, Jesús es rechazado por algunos (cf. Jn 11, 47-48); incluso se le acusa de obrar movido por los demonios (cf. Mc 3, 22).

549. Al liberar a algunos hombres de los males terrenos del hambre (cf. Jn 6, 5-15), de la injusticia (cf. Lc 19, 8), de la enfermedad y de la muerte (cf. Mt 11, 5), Jesús realizó unos signos mesiánicos; no obstante, no vino para abolir todos los males aquí abajo (cf. LC 12, 13. 14; Jn 18, 36), sino a liberar a los hombres de la esclavitud más grave, la del pecado (cf. Jn 8, 34-36), que es el obstáculo en su vocación de hijos de Dios y causa de todas sus servidumbres humanas.

550. La venida del Reino de Dios es la derrota del reino de Satanás (cf. Mt 12, 26): "Pero si por el Espíritu de Dios expulso yo los demonios, es que ha llegado a vosotros el Reino de Dios" (Mt 12, 28). Los exorcismos de Jesús liberan a los hombres del dominio de los demonios (cf Lc 8, 26-39). Anticipan la gran victoria de Jesús sobre "el príncipe de este mundo" (Jn 12, 31). Por la Cruz de Cristo será definitivamente establecido el Reino de Dios: "Regnavit a ligno Deus" ("Dios reinó desde el madero de la Cruz", himno "Vexilla Regis").

La bondad de Dios y el escándalo del mal

309. Si Dios Padre Todopoderoso, Creador del mundo ordenado y bueno, tiene cuidado de todas sus criaturas, ¿por qué existe el mal? A esta pregunta tan apremiante como inevitable, tan dolorosa como misteriosa no se puede dar una respuesta simple. El conjunto de la fe cristiana constituye la respuesta a esta pregunta: la bondad de la creación, el drama del pecado, el amor paciente de Dios que sale al encuentro del hombre con sus Alianzas, con la Encarnación redentora de su Hijo, con el don del Espíritu, con la congregación de la Iglesia, con la fuerza de los sacramentos, con la llamada a una vida bienaventurada que las criaturas son invitadas a aceptar libremente, pero a la cual, también libremente, por un misterio terrible, pueden negarse o rechazar. *No hay un rasgo del mensaje cristiano que no sea en parte una respuesta a la cuestión del mal.*

310. Pero ¿por qué Dios no creó un mundo tan perfecto que en él no pudiera existir ningún mal? En su poder Infinito, Dios podría siempre crear algo mejor (cf S. Tomás de A., s. th. I, 25, 6). Sin embargo, en su sabiduría y bondad Infinitas, Dios quiso libremente crear un mundo ``en estado de vía" hacia su perfección última. Este devenir trae consigo en el designio de Dios, junto con la aparición de ciertos seres, la desaparición de otros; junto con lo más perfecto lo menos perfecto; junto con las construcciones de la naturaleza también las destrucciones. Por tanto, con el bien físico existe también *el mal físico,* mientras la creación no haya alcanzado su perfección (cf S. Tomás de A., s. gent. 3, 71).

311. Los ángeles y los hombres, criaturas inteligentes y libres, deben caminar hacia su destino último por elección libre y amor de preferencia. Por ello pueden desviarse. De hecho pecaron. Y fue así como *el mal moral* entró en el mundo, incomparablemente más grave que el mal físico. Dios no es de ninguna manera, ni directa ni indirectamente, la causa del mal moral, (cf S. Agustín, lib. 1, 1, 1; S. Tomás de A., s. th. 12, 79, 1). Sin embargo, lo permite, respetando la libertad de su criatura, y, misteriosamente, sabe sacar de él el bien:

Porque el Dios Todopoderoso... por ser soberanamente bueno, no permitiría jamás que en sus obras existiera algún mal, si El no fuera suficientemente poderoso y bueno para hacer surgir un bien del mismo mal (S. Agustín, enchir. 11, 3).

312. Así, con el tiempo, se puede descubrir que Dios, en su providencia todopoderosa, puede sacar un bien de las consecuencias de un mal, incluso moral, causado por sus criaturas: "No fuisteis vosotros, dice José a sus hermanos, los que me enviasteis acá, sino Dios... aunque vosotros pensasteis hacerme daño, Dios lo pensó para bien, para hacer sobrevivir... un pueblo numeroso" (Gn 45, 8;50, 20; cf Tb 2, 1218 Vg.). Del mayor mal moral que ha sido cometido jamás, el rechazo y la muerte del Hijo de Dios, causado por los pecados de todos los hombres, Dios, por la superabundancia de su gracia (cf Rm 5, 20), sacó el mayor de los bienes: la glorificación de Cristo y nuestra Redención. Sin embargo, no por esto el mal se convierte en un bien.

313. "Todo coopera al bien de los que aman a Dios" (Rm 8, 28). E1 testimonio de los santos no cesa de confirmar esta verdad:

Así Santa Catalina de Siena dice a "los que se escandalizan y se rebelan por lo que les sucede": "Todo procede del amor, todo está ordenado a la salvación del hombre, Dios no hace nada que no sea con este fin" (dial.4, 138).

Y Santo Tomás Moro, poco antes de su martirio, consuela a su hija: "Nada puede pasarme que Dios no quiera. Y todo lo que El quiere, por muy malo que nos parezca, es en realidad lo mejor" (carta).

Y Juliana de Norwich: "Yo comprendí, pues, por la gracia de Dios, que era preciso mantenerme firmemente en la fe y creer con no menos firmeza que todas las cosas serán para bien..." "Thou shalt see thyself that all MANNER of thing shall be well" (rev.32).

314. Creemos firmemente que Dios es el Señor del mundo y de la historia. Pero los caminos de su providencia nos son con frecuencia desconocidos. Sólo al final, cuando tenga fin nuestro conocimiento parcial, cuando veamos a Dios "cara a cara" (1 Co 13, 12), nos serán plenamente conocidos los caminos por los cuales, incluso a través de los dramas del mal y del pecado, Dios habrá conducido su creación hasta el reposo de ese *Sabbat* (cf Gn 2, 2) definitivo, en vista del cual creó el cielo y la tierra.

La mala hierba y la semilla del Evangelio en cada uno de nosotros y en la Iglesia

825. "La Iglesia, en efecto, ya en la tierra se caracteriza por una verdadera santidad, aunque todavía imperfecta" (LG 48). En sus miembros, la santidad perfecta está todavía por alcanzar: "Todos los cristianos, de cualquier estado o condición, están llamados cada uno por su propio camino, a la perfección de la santidad, cuyo modelo es el mismo Padre" (LG 11).

827. "Mientras que Cristo, santo, inocente, sin mancha, no conoció el pecado, sino que vino solamente a expiar los pecados del pueblo, la Iglesia, abrazando en su seno a los pecadores, es a la vez santa y siempre necesitada de purificación y busca sin cesar la conversión y la renovación" (LG 8; cf UR 3; 6). Todos los miembros de la Iglesia,

incluso sus ministros, deben reconocerse pecadores (cf 1 Jn 1, 8-10). En todos, la cizaña del pecado todavía se encuentra mezclada con la buena semilla del Evangelio hasta el fin de los tiempos (cf Mt 13, 24-30). La Iglesia, pues, congrega a pecadores alcanzados ya por la salvación de Cristo, pero aún en vías de santificación:

La Iglesia es, pues, santa, aunque abarque en su seno pecadores; porque ella no goza de otra vida que de la vida de la gracia; sus miembros, ciertamente, si se alimentan de esta vida se santifican; si se apartan de ella, contraen pecados y manchas del alma, que impiden que la santidad de ella se difunda radiante. Por lo que se aflige y hace penitencia por aquellos pecados, teniendo poder de librar de ellos a sus hijos por la sangre de Cristo y el don del Espíritu Santo (SPF 19).

La necesidad de una conversión continua

II. POR QUÉ UN SACRAMENTO DE LA RECONCILIACION DESPUES DEL BAUTISMO

1425. "Habéis sido lavados, habéis sido santificados, habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesucristo y por el Espíritu de nuestro Dios" (1 Co 6, 11). Es preciso darse cuenta de la grandeza del don de Dios que se nos hace en los sacramentos de la iniciación cristiana para comprender hasta qué punto el pecado es algo que no cabe en aquél que "se ha revestido de Cristo" (Ga 3, 27). Pero el apóstol S. Juan dice también: "Si decimos: `no tenemos pecado', nos engañamos y la verdad no está en nosotros" (1 Jn 1, 8). Y el Señor mismo nos enseñó a orar: "Perdona nuestras ofensas" (Lc 11, 4) uniendo el perdón mutuo de nuestras ofensas al perdón que Dios concederá a nuestros pecados.

1426. La conversión a Cristo, el nuevo nacimiento por el Bautismo, el don del Espíritu Santo, el Cuerpo y la Sangre de Cristo recibidos como alimento nos han hecho "santos e inmaculados ante él" (Ef 1, 4), como la Iglesia misma, esposa de Cristo, es "santa e inmaculada ante él" (Ef 5, 27). Sin embargo, la vida nueva recibida en la iniciación cristiana no suprimió la fragilidad y la debilidad de la naturaleza humana, ni la inclinación al pecado que la tradición llama concupiscencia, y que permanece en los bautizados a fin de que sirva de prueba en ellos en el combate de la vida cristiana ayudados por la gracia de Dios (cf DS 1515). Esta lucha es la de la conversión con miras a la santidad y la vida eterna a la que el Señor no cesa de llamarnos (cf DS 1545; LG 40).

III. LA CONVERSION DE LOS BAUTIZADOS

1427. Jesús llama a la conversión. Esta llamada es una parte esencial del anuncio del Reino: "El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; convertíos y creed en la Buena Nueva" (Mc 1, 15). En la predicación de la Iglesia, esta llamada se dirige primeramente a los que no conocen todavía a Cristo y su Evangelio. Así, el Bautismo es el lugar principal de la conversión primera y fundamental. Por la fe en la Buena Nueva y por el Bautismo (cf. Hch 2, 38) se renuncia al mal y se alcanza la salvación, es decir, la remisión de todos los pecados y el don de la vida nueva.

1428. Ahora bien, la llamada de Cristo a la conversión sigue resonando en la vida de los cristianos. Esta segunda conversión es una tarea ininterrumpida para toda la

Iglesia que "recibe en su propio seno a los pecadores" y que siendo "santa al mismo tiempo que necesitada de purificación constante, busca sin cesar la penitencia y la renovación" (LG 8). Este esfuerzo de conversión no es sólo una obra humana. Es el movimiento del "corazón contrito" (Sal 51, 19), atraído y movido por la gracia (cf Jn 6, 44; 12, 32) a responder al amor misericordioso de Dios que nos ha amado primero (cf 1 Jn 4, 10).

1429. De ello da testimonio la conversión de S. Pedro tras la triple negación de su Maestro. La mirada de infinita misericordia de Jesús provoca las lágrimas del arrepentimiento (Lc 22, 61) y, tras la resurrección del Señor, la triple afirmación de su amor hacia él (cf Jn 21, 15-17). La segunda conversión tiene también una dimensión comunitaria. Esto aparece en la llamada del Señor a toda la Iglesia: "¡Arrepiéntete!" (Ap 2, 5.16).

S. Ambrosio dice acerca de las dos conversiones que, en la Iglesia, "existen el agua y las lágrimas: el agua del Bautismo y las lágrimas de la Penitencia" (Ep. 41, 12).

La oración de petición habla profundamente a través del Espíritu Santo

2630. El Nuevo Testamento no contiene apenas oraciones de lamentación, frecuentes en el Antiguo. En adelante, en Cristo resucitado, la oración de la Iglesia es sostenida por la esperanza, aunque todavía estemos en la espera y tengamos que convertirnos cada día. La petición cristiana brota de otras profundidades, de lo que S. Pablo llama el gemido: el de la creación "que sufre dolores de parto" (Rm 8, 22), el nuestro también en la espera "del rescate de nuestro cuerpo. Porque nuestra salvación es objeto de esperanza" (Rm 8, 23-24), y, por último, los "gemidos inefables" del propio Espíritu Santo que "viene en ayuda de nuestra flaqueza. Pues nosotros no sabemos pedir como conviene" (Rm 8, 26).

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO XVI DEL TIEMPO ORDINARIO

El Espíritu intercede por nosotros

En esta nuestra sociedad insatisfecha se habla mucho de todas sus conquistas técnicas y de su consumismo, de un retorno de lo sagrado y de una nueva necesidad de contacto con el absoluto. La oración es el signo revelador de esta búsqueda.

En las lecturas de hoy encontramos un texto de san Pablo, que nos permite afrontar este tema de la oración con la mejor de las perspectivas. Dice:

«El Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad, porque nosotros no sabemos pedir lo que nos conviene, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables. Y el que escudriña los corazones sabe cuál es el deseo del Espíritu, y que su intercesión por los santos es según Dios».

Si pudiésemos descubrir qué nos dice el Espíritu con estos sus «gemidos inefables», habríamos descubierto el secreto mismo de la oración. Ahora bien, yo creo

que esto es posible. En efecto, el Espíritu que ruega con nosotros secretamente y sin estridencia de palabras es el mismo e idéntico Espíritu, que ha rogado para clarificar los símbolos en la Escritura. Él, que ha «inspirado» las Escrituras, también ha inspirado las oraciones, que leemos en la Escritura. En cierto sentido, podemos decir que no hay nada más claramente «expresado» que aquellos «gemidos inefables» del Espíritu.

Todo lo que un cristiano debe hacer para aprender a rezar, por lo tanto, es ir a la escuela de oración en la Biblia. No pudiendo detenernos en todas las oraciones que hay en ella (la oración de Abrahán, de Moisés, de los profetas, de los salmos...), vayamos directamente a la más importante de todas, que es la oración de Jesús. Si descubrimos cómo el Espíritu Santo oraba en Jesús, hemos descubierto cómo ora hoy en nosotros (o cómo quiere que nosotros oremos), porque él no hace más que continuar en nosotros la oración de Cristo. La oración del cristiano no es más que la voz de la oración de Jesús, que atraviesa los siglos, y desde la cabeza se propaga a los miembros.

Ahora bien, nosotros sabemos cómo oraba Jesús. Todas sus plegarias comienzan con el grito filial: Abba, Padre!, y ¡encuentran en él su fuente! Bien sea cuando «enseñaba lleno Espíritu» (Lucas 4, 1) como cuando agonizaba en el jardín de los olivos, ésta es siempre la palabra que sale de sus labios: Abba, Padre! , «¡te doy gracias, Padre!» (Juan 11, 41), «Padre, si es posible, que pase de mí este cáliz» (Mateo 26, 39.42), «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» (Lucas 23, 46).

Cuando el Espíritu viene a nosotros, no hace más que continuar este grito filial: «Habéis recibido un espíritu de hijos adoptivos que nos hace exclamar: ¡Abbá, Padre!» (Romanos 8, 15).

La oración cristiana es el grito o el diálogo del hijo con el propio padre; es, por lo tanto, libre, confiada, sin complejos. Nada de aquel servilismo, que los hombres están acostumbrados a asociar a la misma palabra «plegaria» y que ha hecho decir a Nietzche: «Es envilecedor tener que orar».

El Espíritu infunde en el creyente el sentimiento de ser un hijo amado por Dios. A veces, esto toma la forma de una improvisada revelación. La persona percibe entonces a Dios como grande, omnipotente, y aún como su «papá», como «suyo». Por ello, ya no le tiene más miedo o sometimiento a él. «Padre nuestro que estás en los cielos»: «en los cielos», esto es, altísimo, excelso; pero, «padre nuestro». Dios es percibido, al mismo tiempo, como altísimo y como muy cercano, trascendente y condescendiente.

Este sentimiento tan fuerte por costumbre, sin embargo, no dura mucho. Viene pronto el tiempo en el que el cristiano dice «¡Padre nuestro!» sin «sentir» nada de particular, teniendo más bien la impresión de gritarle al vacío. Es el momento, entonces, de recordar que no estamos solos para orar; el Espíritu Santo ruega con nosotros «y el que escruta los corazones conoce cuál es la aspiración del Espíritu, y que su intercesión a favor de los santos es según Dios» (Romanos 8, 27). Cuanto menos el

grito recompensa a quien lo pronuncia, tanto más hace feliz al Padre celestial, que lo escucha, porque es expresión de una fe pura y de abandono.

Nosotros en aquel momento estamos como aquel célebre músico, que poco a poco llega a estar sordo (se trata de Beethoven). Él ya no oía más el sonido de las notas, que iba escribiendo; pero, continuaba, no obstante, a escribir música. Cuando por vez primera fue ejecutada la IX Sinfonía, que es su mejor y espléndido trabajo, y el público al final estalló en un torbellino de aplausos, alguno de la orquesta debió tirarle de la orla de la chaqueta para que se volviese a dar las gracias. Él no había oído nada. Pero, la sordera, más que apagar su música, la había hecho más pura. Así hace frecuentemente la aridez en nuestra oración.

La gran hermosa noticia, que aprendimos después de haber ido a la escuela de oración de la Biblia, es por lo tanto ésta: la oración nos ha sido dada y está dentro de nosotros. No hemos de inventarla y ni siquiera aprenderla a fuerza de ejercicio, al menos al comienzo; se nos ha dado gratuitamente, regalada. Nosotros hemos recibido la fuente misma de la oración, porque la fuente de la oración es el Espíritu Santo y, por el bautismo, el Espíritu Santo ha sido «derramado» en nuestros corazones (cfr. Romanos 5, 5). El cristiano no ha recibido sólo el mandato de orar sino que también ha recibido el don y la posibilidad de orar. La oración, antes que ley, es una gracia.

Hay, por lo tanto, en nosotros una vena secreta de oración, que hemos de volver a descubrir. Una vez yo me encontraba en África, en una aldea en donde el agua era poca y fangosa y las mujeres iban a buscada a kilómetros de distancia con pobres recipientes llevados sobre la cabeza. Alguno que tenía el don de «sentir» la presencia del agua en el subsuelo había dicho que debía haber allí una vena de agua y precisamente bajo de la aldea. Por los misioneros se estaba excavando un pozo. Aquella tarde debía caerse el último estrato de tierra y se habría visto en verdad si había o no agua. ¡La había! Y fue una fiesta increíble con los tambores que estuvieron sonando durante toda la noche. Parecía un milagro. ¡Aquella agua, que desde siempre, había sido buscada lejos por el hombre, estaba allí mismo, limpia y fresca, debajo de sus casas!

Creo que sucede lo mismo con la oración. Hay gente que va lejos a aprender a rezar, en los lugares y por maestros muy extraños, hasta el extremo oriente. Y pensar que la oración, si hay bautizados y creyentes en Cristo, la tienen «¡debajo de casa!» Bastaría liberar su corazón de la algarabía, de la disipación y del activismo frenético, como se libera una fuente de la tierra mezclada con el estiércol y los detritus que la han atascado, para que vuelva a brotar.

La capacidad de orar «en el Espíritu» es nuestro gran recurso. Muchos cristianos, también comprometidos, experimentan su impotencia frente a las tentaciones y la imposibilidad de ajustarse a las altísimas exigencias de la moral evangélica. Concluyen, por ello, que no lo consiguen y que es imposible vivir íntegramente el Evangelio.

En un cierto sentido tienen razón. En efecto, se nos ha enseñado que es imposible por sí solos evitar el pecado; es necesaria la gracia; pero también la gracia es gratuita

y no se la puede merecer. ¿Qué hacer entonces: desesperarse o rendirse? No, dice el concilio de Trento: «Dios, dándote la gracia, te manda hacer lo que puedes y pedir lo que no puedes» (*Decreto sobre la justificación*, cap. 11).

La oración es el respiro del alma. Como para quien está a punto de fallecer o para quien se dispone a realizar un gran esfuerzo físico se le dice que haga breves respiraciones profundas, así a quien está a punto de tener dificultades en la tentación o está ante la inminencia de rendirse por las dificultades y el cansancio es necesario recomendarle orar, hacer agraciadas respiraciones profundas de oración.

Una vez me encontré para hablar sobre la oración con médicos de un gran hospital y comencé precisamente así. «Cuando nosotros, los pacientes, venimos a vosotros para hacernos visitar, vosotros, queridos médicos, acostumbráis a decirnos: "Respire, haga buenas respiraciones profundas". Pues bien, yo mismo ahora os digo la misma cosa a vosotros: "Haced buenas respiraciones profundas". Con los pulmones, se entiende, del alma. Respiraciones de oración».

Muchas personas pueden testificar que su vida ha cambiado a partir del momento en que han tomado la decisión de poner en su horario diario un poco de tiempo de oración personal, atando como con hilo espinoso este tiempo en su agenda para defenderlo de todas las demás obligaciones.

Una niña de cinco años, hija de una familia vecina, se acercaba frecuentemente a un convento de frailes. Cuando veía en el coro a un religioso en oración se le acercaba; estaba durante algo de tiempo mirándole en silencio; después, uniendo sus pequeñas manos, decía decidida: «¡Arriba, hazme orar!» (es más, decía hazme «*plegale*» o más bien *pregare*, porque no pronunciaba todavía bien la *erre*, que en italiano significa la acción de orar). Nosotros podemos hacer lo mismo. Podemos dirigirnos al Espíritu Santo y decirle con confianza: «¡Espíritu Santo, hazme o permíteme orar! Es más, ruega tú en mí con tus gemidos inefables!»

PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes

IR A ÍNDICE DOMINGO XVI DEL TIEMPO ORDINARIO

Alejarse de las malas compañías

El mal existe en el mundo, y algunas veces se disfraza de bien, nos confunde.

El Señor hace salir el sol para buenos y malos. Pero, aunque se parezcan en el exterior, Él conoce el corazón de cada uno, y son distintos en el interior.

El Sembrador conoce sus tierras y su semilla, y su siembra es bonanza. El árbol bueno da frutos buenos. Por tanto, todo lo que no dé fruto bueno ha sido sembrado por sus enemigos, para perjudicar la buena cosecha.

El hombre que confía en el Señor permanece firme y fiel, practicando las virtudes y cumpliendo la ley de Dios, aun en medio de ambientes adversos. Y no sucumbe a la

tentación a causa de las malas compañías, porque lo sostiene la fe, la esperanza y el amor.

Persevera tú como buen cristiano, comportándote con la dignidad de hijo de Dios, haciendo siempre el bien, también a los que hacen el mal, confiando en que el Señor conoce tus buenas intenciones y siempre te ayudará, de los malvados te protegerá, y te guardará para Él, porque eres fruto de su cosecha.

Sé astuto y prudente, y no te dejes engañar por las apariencias de la gente. Antes bien, mira sus obras y discierne si están orientadas hacia el único fin bueno que es Dios.

Aléjate de las malas compañías, y no pongas como pretexto de tus errores la influencia de los demás y sus malas obras, aunque sean de tu misma tierra, de tu propia familia, o vivan en tu casa, no sea que llegue la hora de la siega y seas cortado y arrojado al fuego junto con la cizaña, porque el Señor toma para sí sólo lo mejor, lo que es y permanece a su imagen y semejanza.

FLUVIUM (www.fluvium.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO XVI DEL TIEMPO ORDINARIO

Ser buen trigo para el mundo

Ante esta parábola del trigo y de cizaña que, una vez más, nos presenta la Iglesia, concluimos, con un ardiente deseo que nos lleve a la súplica en la oración: ¡deseamos ser trigo para el mundo! El solo pensamiento de que podríamos ser cizaña nos impulsa a una vigilancia estricta sobre nosotros mismos en sincero examen de conciencia. Porque el cristiano, discípulo de Cristo, no puede conformarse con estar en la Iglesia estáticamente. Más bien pide Cristo de sus apóstoles, que contribuyan al desarrollo espiritual de cuantos les rodean. El trigo de hecho es para alimento, para desarrollo de los hombres del mundo y, así, los cristianos somos para desarrollo de los demás.

Es el trigo del señor del campo. Y los cristianos somos del Señor del mundo. Nos mantendremos, por tanto, fieles a su doctrina, nos serviremos de los medios que indicó a los hombres como imprescindibles para nuestro fin y aspiraremos al ideal de vida eterna que, por pura bondad y gratuitamente, nos ha ofrecido. No nos conviene, por consiguiente, desvirtuar esa condición recibida, enriquecida con la filiación divina. Se trata, ciertamente, de la más noble entre las naturalezas de nuestro mundo. ¿Qué otra criatura es, como el hombre, capaz de Dios?

Así como el trigo alcanza su plenitud en el campo muriendo, desarrollando la yerba primero hasta con el tiempo granar la espiga, así también los hombres tenemos un desarrollo pleno que nos aguarda. No se trata, desde luego, de cualquier objetivo que pudiéramos imaginar. Bastantes ideales que se presentan fascinantes no concluyen, de hecho, en el desarrollo que nos corresponde, aquel que es propio y exclusivo de la persona humana. Son, en ocasiones, metas tan sólo apetecibles y que,

en ese sentido, satisfacen muy parcialmente al individuo; lo que se demuestra por el hecho de que, casi de inmediato, se reclama otra la satisfacción mayor o diferente cuando se alcanzan.

En efecto, podríamos convertirnos en cizaña, **hijos del maligno**, incapaces de ganar en espigas de trigo. Se trataría de una degeneración voluntaria en el proceso de desarrollo. Supondría un cambio profundo en los ideales y en las relaciones con los demás, que se pondría de manifiesto en seguida en la conducta. Así sucedió con la mala hierba de la parábola, que al poco de brotar ya se distinguía, por su aspecto, de las plantas de trigo. Sin embargo, el Señor, Dios del mundo, respeta las opciones humanas: no se desdice de su acto creador, según el cual nos quiso libres, a su imagen y semejanza. **Dejad que crezcan juntos hasta la siega**, sigue afirmando cada día, mientras en su infinita sabiduría contempla la clara diferencia entre unos y otros y el distinto destino que aguarda a cada uno.

Conscientes de esta realidad, contemplamos acertadamente los contrastes del mundo, y en concreto las tan diferentes mentalidades, incluyendo la decidida oposición a Dios por parte de algunos. Como es sabido, los hay que no admiten instancia alguna superior a ellos. No tendrían –dicen– por qué someterse a nada salvo a lo acordado en aras del bien colectivo y puramente material. Carecen, por consiguiente, de un proyecto fructificador, posible por una especial categoría intrínseca recibida. No así el trigo y cuentos quieren comportarse como hijos de Dios en el mundo. Sus vidas son un perfecto plan, impulsado por la Gracia, que tiende engendrar nuevos hijos para Dios y a que sean cada vez menos los francos hijos del maligno y los indiferentes.

No podrá hacerse realidad ese proyecto de santidad sino a base de una crecida vitalidad en la relación de cada cristiano con Dios. Con palabras de san Josemaría podemos afirmar que *la santidad –cuando es verdadera– se desborda del vaso, para llenar otros corazones, otras almas, de esa sobreabundancia.*

Los hijos de Dios nos santificamos, santificando. — ¿Cunde a tu alrededor la vida cristiana? Piénsalo a diario.

Puede ser, tal vez, una pregunta habitual en nuestro examen de conciencia, el modo en que nuestra vida cristiana influye en el amor con obras que los demás tienen a nuestro Padre del Cielo. Por mi conversación, por mi trato, por mi ejemplo, a partir de mi amistad… ¿puedo afirmar que han mejorado cristianamente otras personas? Los propósitos, buscando esa influencia amable y siempre animante, serán el mejor modo de asegurarnos en la noble condición de buen trigo, de no ponernos en ocasión de degenerar influidos por la abundante cizaña que nos rodea.

Nuestras Madre del Cielo nos protege en esta contienda, pues, a pesar de tener tan gran responsabilidad, somos niños: sus hijos pequeños.

PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)

IR A ÍNDICE DOMINGO XVI DEL TIEMPO ORDINARIO

A qué se parece el reino de los cielos

El reino de los cielos se puede comparar con un hombre que ha sembrado buena semilla. El reino de los cielos se puede comparar con un grano de mostaza. El reino de los cielos se puede comparar con la levadura. Bastan estas frases iniciales de las tres parábolas para hacernos entender que Jesús nos está hablando de un reino que, sin embargo, se encuentra en la tierra. En efecto, sólo en la tierra hay una masa para hacer elevar. En el reino final no hay nada de todo esto, sino sólo Dios, que será todo en todos.

Por lo tanto, Jesús delinea la situación de la Iglesia en la historia. Son tres parábolas esenciales para entender la naturaleza, la tarea y el destino de la Iglesia

La parábola del grano de mostaza que se convierte pronto en árbol, indica el crecimiento del reino de Dios en la tierra. En sus orígenes, era de veras un pequeño grano. Se identificaba, en efecto, con el mismo Jesús, "el grano de trigo caído en tierra y muerto". Pero de aquel grano caído nació una espiga, nació un cuerpo entero, es decir, la Iglesia. Ella crece irrigada por la palabra de Dios y por la sangre del testimonio apostólico. Se convierte, en poco tiempo, en un árbol gigantesco que extiende sus ramas sobre todo el reino conocido. Pueblos enteros, como pájaros, vienen a posarse sobre sus ramas; reciben el bautismo y se convierten ellos mismos en ramas del árbol. Nosotros también integramos el número de aquellos pájaros que anidaron entre las ramas del gran árbol que es el reino de los cielos.

La parábola de la levadura indica también el crecimiento del Reino, pero un crecimiento distinto: no tanto en extensión cuanto en intensidad. Indica la fuerza transformadora que posee hasta renovar todo y hacer de la masa inerte de los hombres los "panes de proposición", es decir, panes para presentar a Dios. La levadura es por excelencia la fuerza del Espíritu que actúa dentro del Reino. San Pablo, en la segunda lectura, nos lo mostró operando en el corazón de los creyentes, allí donde comienza toda verdadera fermentación y toda renovación. Es él, con su poder, quien crea al hombre nuevo, hecho a imagen del Cristo resucitado.

Estas dos parábolas fueron comprendidas fácilmente por los discípulos. No así la de la cizaña; por eso es que, una vez en casa, lejos de la multitud, le piden a Jesús: *Explícanos la parábola de la cizalla en el campo*. Jesús explicó la parábola; dijo que el sembrador era él mismo; la semilla buena, los hijos del reino; la semilla mala; los hijos del Maligno; el campo, el mundo y la cosecha, el fin del mundo.

El campo es el mundo: esta frase, en la antigüedad cristiana, fue objeto de una memorable discusión que es muy importante tener presente hoy. Había espíritus sectarios (los donatistas), que resolvían el asunto de modo muy simplista: por un lado, la Iglesia, hecha sólo y enteramente de buenos; por el otro, el mundo lleno hijos del Maligno, sin esperanza de salvación. La Iglesia sería en el mundo como "un huerto cerrado"; mejor aún, como el arca de Noé, en la cual sólo para unos pocos existe la

salvación del naufragio general. Sin embargo, venció el pensamiento de san Agustín, que era el de la Iglesia universal. La Iglesia misma es un campo dentro del cual crecen juntos el grano y la cizaña, los buenos y los malos. "¡Cuántas ovejas que están afuera y cuántos lobos que están adentro!", exclamaba san Agustín. El mundo no se divide en hijos de las tinieblas e hijos de la luz; más bien somos todos hijos de las tinieblas, todos cizaña, destinados sin embargo –si lo deseamos–, a transformarnos en hijos de la luz y del buen grano, acogiendo al Reino y convirtiéndonos. Nada de fijo y de fatal, nada de castas de hombres elegidos y de condenados.

El campo, sí, es el mundo, pero también es la Iglesia: un lugar donde hay espacio para crecer, convertirse y, sobre todo, para imitar la paciencia de Dios. "Los malos existen en este mundo o para convertirse, o para que por ellos los buenos ejerciten la paciencia" (san Agustín).

Hablábamos de la paciencia de Dios. Es éste, en efecto, el gran tema de la parábola y de la liturgia de hoy. La primera lectura quería ayudarnos a captarlo con aquel himno a la fuerza de Dios que se manifiesta bajo la forma de la paciencia y de la tolerancia: *Pero, como eres dueño absoluto de tu fuerza, juzgas con serenidad y nos gobiernas con gran indulgencia… Al obrar así tú enseñaste a tu pueblo que el justo debe ser amigo de los hombres y colmaste a tus hijos de una feliz esperanza, porque, después del pecado, das lugar al arrepentimiento.*

Por otra parte, la de Dios no es simple paciencia, es decir, un esperar el día del juicio para después castigar con más satisfacción. Así es, a menudo, la falsa paciencia del hombre. La de Dios es tolerancia, es misericordia, es voluntad de salvar. *¿O desprecias la riqueza de la bondad de Dios, de su tolerancia y de su paciencia, sin reconocer que esa bondad te debe llevar a la conversión?* (Rom. 2, 4). Él es de veras, como le cantó el salmo responsorial, un Dios *compasivo y bondadoso, lento para enojarte, rico en amor y fidelidad.*

Por eso, en el Reino de un Dios semejante no hay lugar para siervos impacientes, para gente que no sabe hacer otra cosa que invocar los castigos de Dios e indicarle, de vez en cuando, a quién debe golpear. Ante dos discípulos que un día le pedían que hiciera llover fuego del cielo sobre quienes los habían rechazado, Jesús *se dio vuelta y los reprendió* (Lc 9, 55). Quizás la misma actitud podría tomar ante algunos de nosotros demasiado empeñosos en exigir justicia, castigos y venganzas contra aquellos que consideramos como la cizaña del mundo. El silencio y la paciencia de Dios, casi nos escandalizan.

También a nosotros se nos indica la paciencia del dueño del campo como modelo. Debemos esperar la siega, pero no como esos siervos contenidos a la fuerza, con la hoz en la mano, como si estuviéramos ansiosos por ver la cara de los malvados en el día del juicio. Al contrario, como hombres que no están de ninguna manera seguros de ser, ellos mismos, todo grano bueno y no también cizaña.

Es una apelación a la humildad y a la misericordia que se libera, entonces, de la parábola evangélica. Una apelación muy concreta que podemos, si queremos, comenzar a poner en práctica apenas salgamos de aquí, apenas volvamos a casa. Si hay

alguien que incurrió en un error, que no vea nuestros ojos, en el próximo encuentro, sin leer allí que estamos con él, que no lo condenamos más, porque la palabra de Cristo nos ha hecho caer la hoz de la mano.

Todos nosotros, lo hemos visto, somos grano y cizaña al mismo tiempo. Uno solo fue nada más que grano sin cizaña, es decir, sin pecado: es aquel que un día cayó en tierra y murió. Ahora ese grano, transformado en pan, viene a nosotros para hacernos trigo de Dios.

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO XVI DEL TIEMPO ORDINARIO

Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II

En el Ángelus (Castelgandolfo) (22-VII-1984)

– Diversas parábolas

La liturgia de este domingo la Iglesia nos recuerda la parábola con la que Jesucristo habló del reino de Dios.

"El reino de los cielos se parece a un grano de mostaza... se parece a la levadura..." (Mt 13, 31-33).

El reino de los cielos se puede comparar a un campo en el que se siembra buena semilla, pero un enemigo siembra cizaña en medio del buen trigo. El amo deja que uno y otra crezcan juntos hasta la siega (cf. Mt 13, 24-30).

Recordando esta enseñanza la Iglesia nos invita a encontrar nuestro puesto en el reino de Dios y actuar de manera que crezca en cada uno de nosotros.

Por ello nos enseña a rezar.

– Creer mediante la oración

En efecto, el reino de Dios crece en nosotros, ante todo, mediante la oración. En la plegaria, la debilidad del hombre se encuentra con el poder de Dios.

"(Rm 8:26-27) Y de igual manera, el Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza. Pues nosotros no sabemos cómo pedir para orar como conviene; mas el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables, y el que escruta los corazones conoce cuál es la aspiración del Espíritu, y que su intercesión a favor de los santos es según Dios". Así escribe San Pablo a los Romanos.

¡Ninguno de los hombres, ninguno de los santos, ha rezado tan intensamente en el Espíritu Santo como María!

¡Que el Espíritu Santo, por intercesión de la Virgen Santísima, su Templo Inmaculado, sostenga nuestra plegaria a fin de que ella acerque el reino de Dios a nosotros y a todo lo creado!

***

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

Jesucristo habla del campo en el que la cizaña ha despuntado junto al trigo y explica a sus discípulos el porqué del mal. El sueño de la pereza ha sido aprovechado por el enemigo de Dios y del hombre. Ante el ofrecimiento de arrancar esa mala hierba, Jesús responde que no, no sea que un celo mal orientado destruya también el trigo. Hay aquí una llamada a no descalificar a nadie, a evitar que una visión maniquea animada de buena intención pero que divide equivocadamente a las personas en buenas y malas, organice un destrozo. "Dejad que crezcan hasta la siega", dice Jesús, porque el que juzga es el Señor" (1 Cor 4, 4 y 5).

A nosotros toca seguir trabajando en el campo, que es el mundo, sin visiones catastrofistas ni partidistas, aunque sin olvidar que dentro de *este campo de Dios que es la tierra, que es heredad de Cristo, ha brotado cizaña: no sólo cizaña, ¡abundancia de cizaña! No podemos dejarnos engañar por el mito del progreso perenne e irreversible. El progreso rectamente ordenado es bueno, y Dios lo quiere. Pero se pondera más ese otro falso progreso, que ciega los ojos a tanta gente, porque con frecuencia no percibe que la humanidad, en alguno de sus pasos, vuelve atrás y pierde lo que antes había conquistado* (San Josemaría Escrivá).

Al explicar la causa, a instancias de sus discípulos, de la aparición de la cizaña, Jesús pide paciencia y dice que habrá un Juicio al final de los tiempos en el que los ángeles separarán a los buenos de los malos. Sí, llegará un momento en que aparecerá con toda claridad la vigencia de la vida cristiana: lo que es trigo limpio y lo que es cizaña. Las personales concepciones del mundo o la ironía y el rechazo de quienes estimaron ingenua o insensata la vida cristiana, tendrán su castigo: el resultado de sus propias obras. No ver a Dios, que es en lo que consiste esencialmente el Infierno y la desesperación que esta pérdida lleva consigo. No esperar ver a Dios en esta vida es llevadero, porque los bienes de este mundo, que son un reflejo de la Bondad de Dios, pueden hacer llevadera esa ausencia. Pero en la otra vida no existe bien alguno que no sea Dios mismo. Quien no haya querido cuentas con Dios tendrá lo que se ha propuesto: no ver a Dios.

Hay quienes sostienen que el infierno es tan sólo un recurso de la pedagogía divina encaminado a que el hombre no se convierta en un lobo para los otros hombres, ya que un castigo semejante estaría en contraste con la infinita clemencia divina. Pero esta afirmación no tiene ningún apoyo en la Sagrada Escritura y el Magisterio de la Iglesia. Habría que arrancar páginas enteras del Evangelio o manipularlo sacrílegamente, para no enterarse que existe el Infierno y que es terrible.

Las enseñanzas de Jesús arrojan una luz que explica el mal en el mundo y en el corazón de los hombres cuando éstos descuidan la vigilancia sobre la semilla de eternidad que Él ha sembrado; son también una invitación a la esperanza de que Dios hará que el bien se imponga al final sobre el mal; una advertencia a poner freno a las

inclinaciones desordenadas de nuestra naturaleza; y un estímulo para ser fieles a Jesucristo "los justos brillarán como el sol en el Reino de su Padre".

***

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

«Intransigentes con el pecado, tolerantes con el pecador»

I. LA PALABRA DE DIOS

Sb 12, 13.16-19: «En el pecado das lugar al arrepentimiento»

Sal 85, 5-6.9-10-15-16: «Tú, Señor, eres bueno y clemente»

Rm 8, 26-27: «El Espíritu intercede por nosotros con gemidos inefables»

Mt 13, 24-43: «Dejadlos crecer juntos hasta la siega»

II. APUNTE BÍBLICO-LITÚRGICO

El origen del mal en el mundo no está en Dios, sino en el «enemigo que…es el diablo», por él entró el pecado en el mundo y con él la muerte, el dolor, la violencia. Designio de Dios es la coexistencia en este mundo del bien y del mal, de los buenos y de los malos. La separación de buenos y malos se hará al final (Ev.).

Las expresiones de la primera Lectura: «Tú no juzgas injustamente»; «Tu soberanía universal te hace perdonar a todos», enseñan que el juicio de Dios sobre el mundo y los hombres es, en esta vida, de misericordia y de tolerancia.

«El Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad» (2ª Lect.). Por el amor que Dios nos tiene convierte nuestra debilidad egoísta en comprensión y acogida hacia todo hombre.

III. SITUACIÓN HUMANA

El término tolerancia no adquiere en nuestro tiempo el verdadero sentido que encierra. A veces, la tolerancia se confunde con la pura y simple permisividad o el «a mí qué me importa». Tampoco puede ser llamado tolerante el que acaba condescendiendo con el mal de manera que se hace cómplice. A veces, la tolerancia también es sinónimo de relativismo, es decir, de actitud meramente pasiva ante el ataque a una verdad. La tolerancia es una actitud propia de inteligentes, pero no de cobardes.

IV. LA FE DE LA IGLESIA

La fe

– El pecado junto a la buena semilla hasta el fin de los tiempos: "«Mientras que Cristo, santo, inocente, sin mancha, no conoció el pecado, sino que vino solamente a expiar los pecados del pueblo, la Iglesia, abrazando en su seno a los pecadores, es a la vez santa y siempre necesitada de purificación y busca sin cesar la conversión y la renovación». Todos los miembros de la Iglesia, incluso sus ministros, deben reconocerse pecadores. En todos, la cizaña del pecado todavía se encuentra mezclada con la buena semilla del Evangelio hasta el fin de los tiempos. La Iglesia, pues,

congrega a pecadores alcanzados ya por la salvación de Cristo, pero aún en vías de santificación" (827).

La respuesta

– Líbranos del mal: "La última petición a nuestro Padre está también contenida en la oración de Jesús: «No te pido que los retires del mundo, sino que los guardes del Maligno». Esta petición concierne a cada uno individualmente, pero siempre quien ora es el «nosotros», en comunión con toda la Iglesia y para salvación de toda la familia humana. La Oración del Señor no cesa de abrirnos a las dimensiones de la Economía de la salvación. Nuestra interdependencia en el drama del pecado y de la muerte se vuelve solidaridad en el Cuerpo de Cristo, «en comunión con los santos»" (2850).

El testimonio cristiano

– «La Iglesia es, pues, santa, aunque abarque en su seno pecadores; porque ella no goza de otra vida que de la vida de la gracia; sus miembros, ciertamente, si se alimentan de esta vida se santifican; si se apartan de ella, contraen pecados y manchas del alma, que impiden que la santidad de ella se difunda radiante (SPF 19)» (827).

El que por su cuenta divide al mundo entre buenos y malos, siempre se coloca entre los mejores.

HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO XVI DEL TIEMPO ORDINARIO

La cizaña de la mala doctrina.

– Actualidad de la parábola de la cizaña.

I. El Señor nos propone en el Evangelio de la Misa la parábola del trigo y de la cizaña. El mundo es el campo donde el Señor siembra continuamente la semilla de su gracia: simiente divina que al arraigar en las almas produce frutos de santidad. ¡Con cuánto amor nos da Jesucristo su gracia! Para Él, cada hombre es único, y para redimirlo no vaciló en asumir nuestra naturaleza humana. Nos preparó como tierra buena y nos dejó su doctrina salvadora. *Pero mientras dormían los hombres, vino su enemigo, sembró cizaña en medio del trigo, y se fue.*

La cizaña es una planta que se da generalmente en medio de los cereales y crece al mismo tiempo que éstos. Es tan parecida al trigo que antes de que se forme la espiga es muy difícil al ojo experto del labriego distinguirla de él. Más tarde se diferencia por su espiga más delgada y su fruto menudo; se distingue sobre todo porque la cizaña no sólo es estéril, sino que, además, mezclada con harina buena, contamina el pan y es perjudicial para el hombre. Sembrar cizaña entre el trigo era un caso de venganza personal que se dio no pocas veces en Oriente. Las plagas de cizaña eran muy temidas por los campesinos, pues podían llegar a perder toda una cosecha.

Los Santos Padres han visto en la cizaña una imagen de la mala doctrina, del error, que, sobre todo al principio, se puede confundir con la verdad misma, "porque

es propio del demonio mezclar el error con la verdad" y difícilmente se distinguen; pero, después, el error siempre produce consecuencias catastróficas en el pueblo de Dios.

La parábola no ha perdido nada de actualidad: muchos cristianos se han dormido y han permitido que el enemigo sembrara la mala semilla en la más completa impunidad. Han surgido errores sobre casi todas las verdades de la fe y de la moral. ¡Cómo hemos de estar vigilantes, con nosotros y con quienes de alguna manera dependen de nosotros, con aquellas publicaciones, programas de televisión, lecturas, etc., que son una verdadera siembra de error, de mala doctrina! ¡Cómo hemos de cuidar los medios a través de los cuales nos llega la formación, la sana doctrina! Es necesario velar día y noche, y no dejarse sorprender; vigilar para poder ser fieles a todas las exigencias de la vocación cristiana, para no dar cabida al error, que pronto lleva a la esterilidad y al alejamiento de Dios. Vigilancia sobre nuestro corazón, sin falsas excusas de edad o de experiencia, y sobre aquellas personas que Dios nos ha encomendado.

– Dar buena doctrina, tarea de todos. Utilizar los medios a nuestro alcance.

II. Muchos estragos han producido el error y la ignorancia. El Profeta Oseas, mirando a su pueblo y viéndolo lejos de la felicidad para la que estaba llamado, escribió*: languidece mi pueblo por falta de conocimiento*. ¡A cuántos vemos nosotros que andan metidos en la tristeza, en el pecado, en el desconsuelo, en la desorientación más grande, por falta de la verdad de Dios! Muchas personas se dejan arrastrar por las modas y por las ideas impuestas por unos pocos que están en lugares de gran influencia, o se ven deslumbrados por falsos razonamientos, con complicidad casi siempre de las malas pasiones.

El enemigo de Dios y de las almas ha utilizado todos los medios humanos posibles. Así vemos cómo se desfiguran unas noticias, cómo se silencian otras, cómo se propagan ideas demoledoras sobre el matrimonio a través de seriales de televisión de gran alcance, o tratan de ridiculizar el valor de la castidad y del celibato, se propugna el aborto o la eutanasia, o se siembra la desconfianza ante los sacramentos y se da una idea pagana de la vida, como si Cristo no hubiera venido a redimirnos y a recordarnos que nos espera el Cielo. Y esto con una constancia y un empeño increíbles. El *enemigo* no descansa.

Nosotros, quienes queremos seguir los pasos del Maestro, no nos vamos a quedar quietos, como si las cosas fueran irreparables y nada tuviera ya remedio. A la historia se le puede imprimir un rumbo distinto porque no está predeterminada al mal y Dios nos ha dado la libertad para que sepamos conducirla a Él. Ésta es tarea de todos: a cada cristiano, esté donde esté, le atañe la misión de sacar a los hombres de su ignorancia y de sus errores. Aunque hay profesiones que pueden tener una mayor influencia en la vida pública, todos podemos y debemos sembrar buena semilla con simpatía, con amabilidad, con oportunidad, en la propia familia, entre los amigos, entre los compañeros de trabajo o de estudios, en el ámbito en el que nos movemos: mostrando con valentía la belleza de la verdad; desenmascarando el error; facilitando

a otros los medios de formación oportunos, como cursos de retiro, círculos de estudio, dirección espiritual; aconsejando un buen libro con contenido doctrinal; animando a los demás con el propio ejemplo a que se comporten como buenos cristianos. Muchos se sentirán fortalecidos por nuestra conducta serena y firme, y podrán hacer frente a esa avalancha de mala doctrina que vemos a nuestro alrededor; ellos mismos se convertirán en focos de luz para otros que andan en la oscuridad. Y veremos cómo en tantos casos se cumplen aquellas palabras de Tertuliano referidas al mundo pagano, que rechazaba la doctrina de Jesucristo: *dejan de odiar, quienes dejan de ignorar*.

Debemos sacar el máximo provecho a las mil oportunidades que nos presenta la vida ordinaria para sembrar la buena semilla de Cristo: con motivo de un viaje, al leer el periódico, al charlar con los vecinos, a propósito de la educación de los hijos, al participar en el Colegio profesional, al emitir el voto en unas elecciones... En muchas ocasiones, surgirán con espontaneidad, como parte de la vida; otras, con la ayuda de la gracia y con garbo humano, sabremos provocarlas. Así servimos a Cristo; somos su voz en el mundo.

– Ahogar la cizaña con la abundancia de buena semilla. No desaprovechar ninguna ocasión.

III. La abundancia de cizaña sólo puede contrarrestarse con mayor abundancia aún de buena doctrina: vencer al mal con el bien, con ejemplo de vida y coherencia de conducta, que es naturalidad. El Señor nos llama a buscar la santidad en medio del mundo, en el cumplimiento de los deberes ordinarios; y esta llamada reclama de nosotros una presencia activa en las realidades humanas nobles que de alguna manera nos atañen. No basta lamentarse ante tantos errores y ante medios tan poderosos para difundirlos, sobre todo en un momento en el que *una sutil persecución condena a la Iglesia a morir de inedia, relegándola fuera de la vida pública y, sobre todo, impidiéndole intervenir en la educación, en la cultura, en la vida familiar*.

No son derechos nuestros: son de Dios, y a nosotros, los católicos, Él los ha confiado..., ¡para que los ejercitemos!".

Es hora de salir al descubierto con todos los medios, pocos o muchos, que tengamos a nuestro alcance, y con la disposición de no desaprovechar una sola ocasión que se nos presente. Hemos de decir también a nuestros amigos, a quienes siguen o comienzan a dar sus primeros pasos tras el Maestro, que Él les necesita para que tantas gentes no queden sin conocerle y sin amarle. Hoy podemos preguntarnos en nuestra oración: ¿qué puedo hacer yo –en mi familia, en el trabajo, en la escuela, en la agrupación social o deportiva a la que pertenezco, entre mis vecinos...– para que Cristo esté realmente presente con su gracia y su doctrina en esas personas? ¿A qué medios de formación podría sacarles mayor provecho? Las modas pasan, y aquellos aspectos contrarios a la doctrina de Jesucristo que perduren, los cambiaremos los cristianos con empeño, con alegría, con una santa tozudez humana y sobrenatural. La *Primera lectura* de la Misa nos anima a confiar en el poder de Dios: *Tú demuestras tu fuerza a los que dudan de tu poder total y reprimes la audacia de los que no lo conocen*. Nada es inevitable, todo puede llevar otro rumbo, si hay hombres y mujeres que aman a Cristo y están santamente empeñados en que las costumbres sean más conformes con

el querer de Dios. Para eso se precisa la ayuda de la gracia, que no falta, y que cada uno, cada una, quiera realmente ser instrumento del Señor allí donde está, para mostrar con el ejemplo y con la palabra que la doctrina de Jesucristo es la única que puede traer la felicidad y la alegría al mundo: *es menester que (...) llevéis, con naturalidad, vuestro propio ambiente, para dar "vuestro tono" a la sociedad con la que conviváis.*

– Y, entonces, si has cogido ese espíritu, estoy seguro de que me dirás con el pasmo de los primeros discípulos al contemplar las primicias de los milagros que se obraban por sus manos en nombre de Cristo: "¡Influimos tanto en el ambiente!".

P. Ramón LOYOLA Paternina (Barcelona, España) (www.evangeli.net)

IR A ÍNDICE DOMINGO XVI DEL TIEMPO ORDINARIO

«Algún enemigo ha hecho esto»

Hoy, Cristo. Siempre, Cristo. De Él venimos; de Él vienen todas las buenas semillas sembradas en nuestra vida. Dios nos visita —como dice el Kempis— con la consolación y con la desolación, con el sabor dulce y el amargo, con la flor y la espina, con el frío y el calor, con la belleza y el sufrimiento, con la alegría y la tristeza, con el valor y con el miedo... porque todo ha quedado redimido en Cristo (Él también tuvo miedo y lo venció). Como nos dice san Pablo, «en todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman» (Rom 8, 28).

Todo esto está bien, pero... existe un misterio de iniquidad que no procede de Dios y que nos sobrepasa y que devasta el jardín de Dios que es la Iglesia. Y quisiéramos que Dios fuese "como" más poderoso, que estuviese más presente, que mandase más y no dejase actuar esas fuerzas desoladoras: «¿Quieres, pues, que vayamos a recoger [la cizaña]?» (Mt 13, 28). Esto lo decía el Papa Juan Pablo II en su último libro Memoria e identidad: «Sufrimos con paciencia la misericordia de Dios», que espera hasta el último momento para ofrecer la salvación a todas las almas, especialmente a las más necesitadas de su misericordia («Dejad que ambos crezcan juntos hasta la siega»: Mt 13, 30). Y como es el Señor de la vida de cada persona y de la historia de la humanidad, mueve los hilos de nuestras existencias, respetando nuestra libertad, de modo que —junto con la prueba— nos da la gracia sobreabundante para resistir, para santificarnos, para ir hacia Él, para ser ofrenda permanente, para hacer crecer el Reino.

Cristo, divino pedagogo, nos introduce en su escuela de vida a través de cada encuentro, cada acontecimiento. Sale a nuestro paso; nos dice —No temáis. Ánimo. Yo he vencido al mundo. Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin (cf. Jn 16, 33; Mt 28, 20). Nos dice también: —No juzguéis; más bien —como yo— esperad, confiad, rezad por los que yerran, santificadlos como miembros que os interesan mucho por ser de vuestro propio cuerpo.

EXAMEN DE CONCIENCIA PARA SACERDOTES – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís

IR A ÍNDICE DOMINGO XVI DEL TIEMPO ORDINARIO

Sembrar buena semilla, no cizaña

«Entonces los justos brillarán como el sol en el Reino de su Padre».

Eso dice Jesús.

Y te explica su palabra, sacerdote, para que la escuches, para que la entiendas, para que la practiques y te santifiques.

La palabra de tu Señor te invita, y te enseña el camino para llegar al cielo, y te promete brillar como el sol, en el fulgor de la gloria de Dios Padre, pero te compromete a renunciar al mundo y a escoger la mejor parte.

La palabra de tu Señor está viva, y te invita a hacerla vida, y a que la prediques con tu boca y con el ejemplo, para que te conviertas y te transformes en templo de la Santísima Trinidad, para que alcances la plenitud de la unidad.

La palabra de tu Señor te alimenta, te nutre, te ilumina, te guía, te revela la verdad, te enseña, te convence, te enamora, te llena de confianza y de paz, te consuela, te sana, te sacia, te fortalece, te conforta, te comunica, y te manifiesta la voluntad de Dios, pero también te corrige, y te advierte que se cumplirá hasta la última letra.

Y así como recogen la cizaña y la queman en el fuego, así sucederá al fin del mundo, y todos los malvados y los infieles, serán cortados y arrojados en el fuego eterno, en donde será el llanto y el rechinar de dientes.

Y tú, sacerdote, ¿escuchas la palabra de tu Señor?

¿Sabes cuál es para ti la voluntad de Dios?

¿Perseveras en cumplir y en hacer cumplir sus mandamientos?

¿Abandonas tu voluntad a la voluntad divina?

¿Eres fiel? ¿Eres manso y humilde de corazón? ¿Eres buena semilla?

¿Crees que el Hijo del Hombre enviará a sus ángeles para arrancar la cizaña, y echarla al horno encendido, mientras los justos se salvan?

Tu Señor habla en parábolas, sacerdote, pero a ti te habla claro, y te explica, y te muestra el camino de su vida, de su pasión, de su muerte y de su resurrección, para que la vivas en medio del mundo, con visión sobrenatural, con los pies en la tierra y el corazón en el cielo.

La palabra de tu Señor está viva, sacerdote, y hiere como espada de dos filos, que penetra hasta lo más profundo del corazón, y deja de manifiesto tus intenciones y la rectitud de tu corazón.

Escucha la palabra de tu Señor, sacerdote, y llévala a la oración para que la medites con calma en tu corazón, y consigas tu propia conversión, examinando tu

conciencia, purificando tu intención, para que brilles como el sol, para la gloria de Dios.

Tu Señor no te llama siervo, sacerdote, te llama amigo, porque todo lo que ha oído de su Padre te lo ha dado a conocer, para que tú seas igual que Él, y hagas sus obras, continuando su misión de salvación, sembrando buena semilla y no cizaña, pero protegiendo su siembra de la cizaña, que crece en medio de ella, que la pone en peligro, que la contamina, que la opaca, que la asfixia, que no la deja crecer, que la mata cuando el labrador no la rescata, pero que si la procura, la alimenta y la cuida, crece fuerte y da fruto en abundancia, para que tú, labrador, cumplas bien con tu misión, y te santifica para que brilles como el sol en el Reino de tu Padre.

(*Espada de Dos Filos* IV, n. 28)

_____

Domingo XVII del Tiempo Ordinario (ciclo A)

IR A ÍNDICE GENERAL

(Comentarios sobre las Lecturas propias de la Santa Misa para meditar y preparar la homilía)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)**
- **SAN AGUSTÍN (www.iveargentina.org)**
- **FRANCISCO – Homilía 26.VII.14 - Ángelus 2014 y 2017**
- **BENEDICTO XVI – Ángelus 2011**
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos**
- **RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)**
- **PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes**
- **FLUVIUM (www.fluvium.org)**
- **PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)**
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)**
  - **Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II**
  - **Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva**
  - **Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica**
- **HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)**
- **Rev. D. Enric PRAT i Jordana (Sort, Lleida, España) (www.evangeli.net)**
- **EXAMEN DE CONCIENCIA PARA SACERDOTES – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís**

***

DEL MISAL MENSUAL

IR A ÍNDICE DOMINGO XVII DEL TIEMPO ORDINARIO

ENSÉÑAME A ESCUCHAR

1 Re 3, 5-13; Rom 8, 28-30; Mt 13, 44-52

El libro de los Reyes nos permite adentrarnos a un momento de intimidad entre el rey Salomón y el Señor Dios. El monarca se confiesa incapaz de cumplir con la tarea de gobernar a Israel. No se siente a la altura del reto. Sin embargo, alcanza a comprender que una condición indispensable para ser buen gobernante tiene que ver con la capacidad de escuchar. Dos oídos y una sola boca. De ahí la urgencia de aprender a oír sobre todo aquello que nos disgusta. Si encuadramos las parábolas evangélicas en el contexto del gobernante ideal, podemos entender que la perla preciosa y el tesoro escondido que impulsa a vender todos los bienes, tiene que ver con esta lección de enorme sabiduría. Los discípulos de Jesús que realizan misiones de buen gobierno acrecientan su sensatez y comprenden que el verdadero soberano es el pueblo y que han sido elegidos para escuchar y servir.

ANTÍFONA DE ENTRADA **Cfr. Sal 67, 6. 7. 36**

Dios habita en su santuario; él nos hace habitar juntos en su casa; es la fuerza y el poder de su pueblo.

ORACIÓN COLECTA

Señor Dios, protector de los que en ti confían, sin ti, nada es fuerte, ni santo; multiplica sobre nosotros tu misericordia para que, bajo tu dirección, de tal modo nos sirvamos ahora de los bienes pasajeros, que nuestro corazón esté puesto en los bienes eternos. Por nuestro Señor Jesucristo ...

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

Por haberme pedido sabiduría.

Del primer libro de los Reyes: 3, 5-13

En aquellos días. el Señor se le apareció al rey Salomón en sueños y le dijo: “Salomón, pídeme lo que quieras, y yo te lo daré”.

Salomón le respondió: “Señor, tú trataste con misericordia a tu siervo David, mi padre, porque se portó contigo con lealtad, con justicia y rectitud de corazón. Más aún, también ahora lo sigues tratando con misericordia, porque has hecho que un hijo suyo lo suceda en el trono. Sí, tú quisiste, Señor y Dios mío, que yo, tu siervo, sucediera en el trono a mi padre, David. Pero yo no soy más que un muchacho y no sé cómo actuar. Soy tu siervo y me encuentro perdido en medio de este pueblo tuyo, tan numeroso, que es imposible contarlo. Por eso te pido que me concedas sabiduría de corazón para que sepa gobernar a tu pueblo y distinguir entre el bien y el mal. Pues sin ella, ¿quién será capaz de gobernar a este pueblo tuyo tan grande?”.

Al Señor le agradó que Salomón le hubiera pedido sabiduría y le dijo: “Por haberme pedido esto, y no una larga vida, ni riquezas, ni la muerte de tus enemigos, sino sabiduría para gobernar, yo te concedo lo que me has pedido. Te doy un corazón sabio y prudente, como no lo ha habido antes ni lo habrá después de ti. Te voy a conceder, además, lo que no me has pedido: tanta gloria y riqueza, que no habrá rey que se pueda comparar contigo”.

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 118,57 y 72.76-77.127-128.129-130.

R/. Yo amo, Señor, tus mandamientos.

A mí, Señor, lo que me toca es cumplir tus preceptos. Para mí valen más tus enseñanzas que miles de monedas de oro y plata. ***R/.***

Señor, que tu amor me consuele, conforme a las promesas que me has hecho. Muéstrame tu ternura y viviré, porque en tu ley he puesto mi contento. ***R/.***

Amo, Señor, tus mandamientos más que el oro purísimo: por eso tus preceptos son mi guía y odio toda mentira. ***R/.***

Tus preceptos, Señor, son admirables, por eso yo los sigo. La explicación de tu palabra da luz y entendimiento a los sencillos. ***R/.***

SEGUNDA LECTURA

Nos predestina para que reproduzcamos en nosotros mismos la imagen de su Hijo.

De la carta del apóstol san Pablo a los romanos: 8, 28-30

Hermanos: Ya sabemos que todo contribuye para bien de los que aman a Dios, de aquellos que han sido llamados por él, según su designio salvador.

En efecto, a quienes conoce de antemano, los predestina para que reproduzcan en sí mismos la imagen de su propio Hijo, a fin de que él sea el primogénito entre muchos hermanos. A quienes predestina, los llama; a quienes llama, los justifica; y a quienes justifica, los glorifica.

Palabra de Dios.

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Cfr. Mt 11, 25

R/. Aleluya, aleluya.

Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has revelado los misterios del Reino a la gente sencilla. ***R/.***

EVANGELIO

Vende cuanto tiene y compra aquel campo.

+ Del santo Evangelio según san Mateo: 13, 44-52

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: "El Reino de los cielos se parece a un tesoro escondido en un campo. El que lo encuentra lo vuelve a esconder y, lleno de alegría, va y vende cuanto tiene y compra aquel campo.

El Reino de los cielos se parece también a un comerciante en perlas finas que, al encontrar una perla muy valiosa, va y vende cuanto tiene y la compra.

También se parece el Reino de los cielos a la red que los pescadores echan en el mar y recoge toda clase de peces. Cuando se llena la red, los pescadores la sacan a la playa y se sientan a escoger los pescados; ponen los buenos en canastos y tiran los malos. Lo

mismo sucederá al final de los tiempos: vendrán los ángeles, separarán a los malos de los buenos y los arrojarán al horno encendido. Allí será el llanto y la desesperación.

¿Han entendido todo esto?". Ellos le contestaron: "Sí". Entonces él les dijo: "Por eso, todo escriba instruido en las cosas del Reino de los cielos es semejante al padre de familia, que va sacando de su tesoro cosas nuevas y cosas antiguas".

Palabra del Señor.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Recibe, Señor, los dones que por tu generosidad te presentamos, para que, por el poder de tu gracia, estos sagrados misterios santifiquen toda nuestra vida y nos conduzcan a la felicidad eterna. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN *Mt 5, 7-8*

Dichosos los misericordiosos, porque alcanzarán misericordia. Dichosos los limpios de corazón, porque verán a Dios.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Habiendo recibido, Señor, el sacramento celestial, memorial perpetuo de la pasión de tu Hijo, concédenos que este don, que él mismo nos dio con tan inefable amor, nos aproveche para nuestra salvación eterna. Él, que vive y reina por los siglos de los siglos.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

IR A ÍNDICE DOMINGO XVII DEL TIEMPO ORDINARIO

Concede a tu siervo un corazón dócil (1 R 3, 5.7-12)

1ª lectura

El rasgo más importante del rey Salomón es su sabiduría de la que se hará eco nuestro Señor Jesucristo (cfr. Mt 12,42). El autor sagrado muestra ahora el origen y las manifestaciones de aquella sabiduría: es un don de Dios a petición del rey (3,12-14) y se manifestará en la administración de la justicia (3,16-28) y en la organización de la corte y del reino, es decir, en las tareas propias del rey (4,1-5,4).

Gabaón, a unos 10 km. al noroeste de Jerusalén, pertenecía a la tribu de Benjamín (cfr. Jos 18,25) y era una de las ciudades otorgadas a los levitas (cfr. Jos 21,17) en la que, según el libro de las Crónicas, había quedado el Tabernáculo del desierto (cfr. 1 Cro 21,29). Que Dios le hable allí a Salomón significa también que el Señor le ratifica como rey de Israel.

La petición de Salomón agrada a Dios porque está hecha con humildad (v. 7) y tiene como objeto, no cosas materiales, sino discernimiento o sabiduría para administrar justicia entre el pueblo (vv. 9-14). Es así un anticipo del orden que, según la enseñanza de Cristo, ha de tener la oración de petición: «El mismo Maestro y Señor de todas las cosas enseñó y mandó lo que se ha de pedir a Dios y con qué orden debe

hacerse; porque, siendo la oración la que indica y expresa nuestros deseos y peticiones, entonces pedimos debidamente y con método, cuando el orden de las peticiones sigue el orden de las cosas que deben apetecerse. Ahora bien, la verdadera caridad nos enseña que dirijamos a Dios toda nuestra vida y nuestros deseos; el cual siendo el sumo Bien, por necesidad debe ser amado con amor sumo y especial. Y no puede Dios ser amado de corazón y exclusivamente, si su gloria y honor no se prefieren a todas las cosas y criaturas; porque todos los bienes, así los nuestros como los ajenos, y en suma, todo cuanto se designa con el nombre de bien, debe estar subordinado al Bien sumo, como procedente de Él» (*Catecismo Romano* 4,10,1).

Todo coopera para el bien de los que aman a Dios (Rm 8, 28-30)

2ª lectura

Nada del porvenir es dejado por Dios al acaso. Elección, predestinación, llamamiento, justificación y glorificación forman parte de su designio salvador: «Todas las cosas cooperan para el bien de los que aman a Dios» (v. 28). El sentido de la filiación divina nos hace descubrir que los acontecimientos de nuestra vida están dirigidos por la amable Voluntad de Dios y nos llena de esperanza y paz.

Las palabras inspiradas del Apóstol son punto de apoyo del sentido de filiación divina en la vida y en la catequesis de San Josemaría Escrivá, quien enseñó a vivirlo a millares de personas: *Es preciso convencerse de que Dios está junto a nosotros de continuo. —Vivimos como si el Señor estuviera allá lejos, donde brillan las estrellas, y no consideramos que también está siempre a nuestro lado. —Y está como un Padre amoroso —a cada uno de nosotros nos quiere más que todas las madres del mundo pueden querer a sus hijos—, ayudándonos, inspirándonos, bendiciendo... y perdonando. (...) Preciso es que nos empapemos, que nos saturemos de que Padre y muy Padre nuestro es el Señor que esta junto a nosotros y en los cielos* (*Camino*, n. 267). *La filiación divina llena toda nuestra vida espiritual, porque nos enseña a tratar, a conocer, a amar a nuestro Padre del Cielo, y así colma de esperanza nuestra lucha interior, y nos da la sencillez confiada de los hijos pequeños. Más aún: precisamente porque somos hijos de Dios, esa realidad nos lleva también a contemplar con amor y con admiración todas las cosas que han salido de las manos de Dios Padre Creador. Y de este modo somos contemplativos en medio del mundo, amando al mundo* (*Es Cristo que pasa*, n. 65). *Parece que el mundo se te viene encima. A tu alrededor no se vislumbra una salida. Imposible, esta vez, superar las dificultades. —Pero, ¿me has vuelto a olvidar que Dios es tu Padre?: omnipotente, infinitamente sabio, misericordioso (...). Eso que te preocupa, te conviene, aunque los ojos tuyos de carne estén ahora ciegos.* —Omnia in bonum!» (*Via Crucis* 9,4).

El tesoro escondido (Mt 13,44-52)

Evangelio

Con las parábolas del tesoro escondido y de la perla (vv. 44-46) Jesús presenta el valor supremo del Reino de los Cielos y la actitud del hombre para alcanzarlo. Hay ligeras diferencias en la enseñanza de ambas: el tesoro significa la abundancia de dones; la perla, la belleza del Reino. El tesoro se presenta de improviso, la perla supone

búsqueda. En todo caso, siempre se exige generosidad por parte del hombre porque Dios «nunca falta de ayudar a quien por Él se determina a dejarlo todo» (Sta. Teresa de Jesús, *Camino de perfección* 1,2). La vida en el Reino, en seguimiento de Cristo, es ardua, pero el fruto merece la pena: «El tesoro ha estado escondido porque debía ser también comprado el campo. En efecto, por el tesoro escondido en el campo, se entiende Cristo encarnado, que se encuentra gratuitamente. (...) Pero no hay otro modo de utilizar y poseer ese tesoro con el campo, si no es pagando, ya que no se pueden poseer las riquezas celestiales sin sacrificar el mundo» (S. Hilario de Poitiers, *Commentarius in Mattheum* 13,7).

Una idea semejante a la expuesta en la parábola de la cizaña se recoge bajo la imagen de la red barredera (vv. 47-50). El Reino de los Cielos, como la Iglesia, convoca a todos, aunque algunos no se muestren dignos: al final los ángeles separarán a los buenos de los malos. Es la misma idea que se expresa en la parábola de los invitados a las bodas (22,1-14), donde se invita a todos, «malos y buenos» (22,10), pero donde se dice explícitamente que hay que mostrarse digno para ser no sólo «llamado» sino también «elegido».

Los discípulos entienden al Señor (v. 51) y por eso se pueden convertir en los escribas del nuevo Israel (v. 52). Si comprenden a Cristo, las cosas antiguas —la Ley de Moisés— y las cosas nuevas —Jesús y la nueva Ley enseñada por Él— serán eficaces para su misión evangelizadora, porque Cristo «siempre es nuevo, porque siempre renueva la mente, y nunca se hace viejo, porque no se marchitará jamás» (S. Bernardo, *In vigilia Nativitatis Domini, Sermo* 6,6).

SAN AGUSTÍN (www.iveargentina.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO XVII DEL TIEMPO ORDINARIO

El escriba que hace fructificar su tesoro

La lectura evangélica nos propone investigar y explicara vuestra caridad, en cuanto nos ilumine el Señor, quién es el *escriba erudito en el reino de Dios, semejante a un padre de familia, que saca de su tesoro cosas nuevas y añejas*. Así terminaba la lectura misma: con las cosas nuevas y añejas del escriba erudito. Sabido es a quiénes llamaban escribas los antiguos, según la costumbre de nuestras Escrituras; a saber, a los que profesaban la ciencia de la Ley. Esos eran llamados escribas en aquel pueblo, y no estos que hallamos en las oficinas de los jueces o en la costumbre de las ciudades. Debemos iniciarnos provechosamente en la escuela y saber con qué significado tomamos las palabras de la Escritura. Quizá al oír en la Escritura algo que en el uso secular tiene otro significado, yerra el que escucha, y pensando según su costumbre, no entiende lo que oyó. Escribas eran, pues, los que profesaban la ciencia de la Ley; a ellos tocaba guardar, estudiar, escribir o entender los libros de la Ley.

Nuestro Señor Jesucristo los reprendió, porque guardan las llaves del reino de los cielos y no entran ni permiten entrar a los demás; así reprendió a los fariseos y

escribas, doctores de la Ley de los judíos. De ellos dijo en otro lugar: *Haced lo que dicen, pero no hagáis lo que hacen, pues dicen y no hacen.* ¿Por qué se os dice: *Dicen y no hacen,* sino porque hay algunos en los que aparece lo que dice el Apóstol: *Tú que predicas que no hay que robar, robas; tú que dices que no hay que cometer adulterio, lo cometes; tú que aborreces los ídolos, cometes sacrilegio; te glorias en la Ley y deshonras a Dios por la prevaricación de la Ley. Pues por culpa vuestra es blasfemado el nombre de Dios entre los gentiles?* Sin duda es claro que a ellos se refiere el Señor al afirmar *Dicen y no hacen*. Son escribas, pero no eruditos en el reino de Dios.

Quizá diga alguno de vosotros: ¿Cómo puede un mal hombre decir cosas buenas, pues dice el mismo Señor, según está escrito: *El buen hombre del tesoro de su corazón saca cosas buenas, y el malo saca del tesoro de su corazón cosas malas? Hipócritas, ¿cómo podéis hablar bien, siendo malos?* Por eso dice: *¿Cómo podéis hablar bien, siendo malos?* Por eso dice: *Haced lo que dicen, no hagáis lo que hacen, pues dicen y no hacen*. Si dicen y no hacen, son malos. Y si son malos, no pueden hablar bien; ¿cómo haremos lo que les oímos decir, pues no podremos oírles decir cosas buenas? Vea vuestra santidad cómo se resuelve ese problema. Lo que el hombre malo saca de sí mismo, es malo; lo que el hombre malo saca de su corazón, es malo, pues el tesoro es malo. Lo que el hombre *bueno saca de su corazón es* bueno, pues el tesoro es bueno. ¿Pues de dónde sacaban aquellos malos las cosas buenas? Porque se sentaban en la cátedra de Moisés. Si no hubiese dicho antes que *se sientan en la cátedra de Moisés,* nunca hubiese ordenado escuchar a los malos. Una cosa es la que sacaban del arca mala de su corazón, y otra la que sacaban de la cátedra de Moisés, como pregoneros del juez. Lo que dice el pregonero, no se atribuye al pregonero si lo dice ante el juez. Una cosa es la que el pregonero dice en su casa, y otra cuando repite lo que le dice el juez. Lo quiera o no, el pregonero tiene que anunciar el castigo, aunque se trate de su amigo. Lo quiera o no, tiene que anunciar la sentencia de absolución, aunque sea de su enemigo. Cuando saca la voz de su corazón, absuelve al amigo y castiga al enemigo. Cuando la recoge de la silla del juez, castiga al amigo y absuelve al enemigo. Dame la voz de los escribas extraída del corazón de ellos; oirás *comamos y bebamos, que mañana moriremos.* Dame la de la cátedra de Moisés, oirás *no matarás, no adulterarás, no robarás no levantarás falso testimonio; honra al padre y a la madre;* o bien *amarás a tu prójimo como a ti mismo*. Tú haz lo que se toma de la cátedra por boca de los escribas, y no lo que sale del corazón de los mismos. Así complementarás ambas sentencias del Señor y no serás obediente en una y reo en otra; ya entiendes que ambas concuerdan, y ves que es verdad, que *el buen hombre de la buena arca de su corazón saca cosas buenas, y el malo saca del arca mala malas cosas,* pero también, que aquellos escribas no hablan cosas buenas del tesoro de su corazón, pero pueden hablarlas del tesoro de la cátedra de Moisés.

Así no te turbarán aquellas palabras del Señor, que dice: *Todo árbol es conocido por el fruto. ¿Acaso se recogen uvas de la zarza o higos del abrojo?* Los escribas y fariseos de los judíos eran, pues, zarzas y abrojos, y, sin embargo, *Haced lo que dicen, pero no hagáis lo que hacen*. Se recogen entonces uvas de la zarza e higos del abrojo,

como podrías entender según lo que antes discutimos. A veces en un seto de zarzas se entrelazan los sarmientos de la parra y de la zarza penden los racimos. *Al oír que se habla de zarzas, quizá desprecias la uva*. Busca la raíz de la zarza y mira lo que encuentras. Sigue la raíz del racimo que cuelga y mira dónde lo encuentras. Y entiende que lo uno pertenece al corazón del fariseo y lo otro a la cátedra de Moisés.

¿Por qué son así ellos? *Porque ha caído un velo sobre su corazón*. Y no ven que *lo antiguo pasó y que todo ha sido hecho nuevo*. Por eso eran así como son todavía hoy. ¿Por qué decimos *antiguo?* Porque se predica hace ya mucho tiempo. ¿Y por qué *nuevo?* Porque pertenece al reino de Dios. El mismo Apóstol dice cómo se levanta el velo: *Cuando pases al Señor, se arrancará el velo*. Por ende, el judío que no pasa al Señor, no alarga la mirada de la mente hasta el fin. Así en aquel tiempo y en esta figura, los hijos de Israel no tendían la mirada de sus ojos hasta el fin, esto es, al rostro de Moisés. Porque el rostro de Moisés, iluminado, era figura de la Verdad. Y hubo de ponerse un velo, ya que los hijos de Israel no podían todavía resistir el resplandor de su rostro. Esa figura terminó. Así lo dice el Apóstol: *Eso terminó*. ¿Por qué terminó? Porque al llegar el emperador, se retiran del medio las imágenes. Sólo se contempla la imagen allí donde el emperador no está presente. Pero cuando está él, a quien representa la imagen, se retira la imagen. Se adelantaban, pues, las imágenes, antes de que llegara el emperador, nuestro Señor Jesucristo. Retiradas las imágenes, brilla la presencia del emperador. Cuando alguien pasa al Señor, se le retira el velo. Sonaba la voz de Moisés al través del velo, pero no aparecía su rostro. Así, ahora la voz de Cristo les suena a los judíos en la voz de las Escrituras antiguas: oyen su voz, pero no ven el rostro del que habla. ¿Quieren que se retire el velo? Pasen al Señor. Y entonces las cosas antiguas no serán arrinconadas, sino que se guardarán en el arca, y así se logra un escriba erudito en el reino de Dios capaz de sacar de su arca cosas viejas y nuevas. Si las dice y no las hace, las saca de la cátedra, no del arca de su corazón. Y decimos la verdad a vuestra santidad: las cosas que sacamos del Antiguo Testamento se ilustran por el Nuevo, Y para eso se pasa al Señor, para retirar el velo.

***Sermones* 2º (t. X). Sobre los Evangelios Sinópticos, Sermón 74, 1-5, BAC Madrid 1983, 377-82**

FRANCISCO – Homilía 26.VII.14 - Ángelus 2014 y 2017

IR A ÍNDICE DOMINGO XVII DEL TIEMPO ORDINARIO

Homilía 26.VII.14

Es necesario poner a Dios en el primer lugar de nuestra vida

Jesús se dirigía a quienes le escuchaban con palabras sencillas, que todos podían entender. También esta tarde —lo hemos escuchado— Él nos habla a través de breves parábolas, que hacen referencia a la vida cotidiana de la gente de esa época. Las semejanzas del tesoro escondido en el campo y la perla de gran valor tienen como protagonistas a un pobre jornalero y a un rico comerciante. El comerciante está desde

siempre en búsqueda de un objeto de valor, que colme su sed de belleza, y da vueltas por el mundo, sin rendirse, con la esperanza de encontrar lo que está buscando. El otro, el campesino, nunca se alejó de su campo y hace el trabajo de siempre, con los mismos gestos cotidianos. Sin embargo, el resultado final es el mismo para los dos: el descubrimiento de algo precioso, para uno un tesoro, para el otro una perla de gran valor. Ambos se ven unidos por un mismo sentimiento: la sorpresa y la alegría de haber encontrado la satisfacción de todo deseo. Al final, no dudan los dos en vender todo para adquirir el tesoro que han encontrado. Mediante estas dos parábolas Jesús enseña qué es el reino de los cielos, cómo se le encuentra y qué hay que hacer para poseerlo.

¿Qué es el reino de los cielos? Jesús no se preocupa por explicarlo. Lo enuncia desde el comienzo de su Evangelio: «El reino de los cielos está cerca»; —también hoy está cerca, entre nosotros— sin embargo nunca lo deja ver directamente, sino siempre de manera indirecta, narrando el obrar de un propietario, de un rey, de diez vírgenes… Prefiere dejarlo intuir, con parábolas y semejanzas, manifestando sobre todo los efectos: el reino de los cielos es capaz de cambiar el mundo, como la levadura oculta en la masa; es pequeño y humilde como un granito de mostaza, que, sin embargo, llegará a ser grande como un árbol. Las dos parábolas sobre las cuales queremos reflexionar nos hacen comprender que el reino de Dios se hace presente en la persona misma de Jesús. Él es el tesoro escondido, es Él la perla de gran valor. Se comprende la alegría del campesino y del comerciante: ¡lo han encontrado! Es la alegría de cada uno de nosotros cuando descubrimos la cercanía y la presencia de Jesús en nuestra vida. Una presencia que transforma la existencia y nos hace abiertos a las exigencias de los hermanos; una presencia que invita a acoger a cada una de las demás presencias, incluso la del extranjero y del inmigrante. Es una presencia acogedora, es una presencia alegre, es una presencia fecunda: así es el reino de Dios dentro de nosotros.

Vosotros podríais preguntarme: *¿Cómo se encuentra el reino de Dios?* Cada uno de nosotros tiene un itinerario especial, cada uno de nosotros tiene su camino en la vida. Para alguno el encuentro con Jesús es algo esperado, deseado, buscado por largo tiempo, como nos lo muestra la parábola del comerciante que da vueltas por el mundo para encontrar algo de valor. Para otros ocurre de forma improvisa, casi por casualidad, como en la parábola del campesino. Esto nos recuerda que Dios se deja encontrar de una manera o de otra, porque es Él el primero que desea encontrarnos y el primero que busca encontrarnos: vino para ser el «Dios con nosotros». Y Jesús está entre nosotros, Él está aquí hoy. Lo dijo Él: cuando os reunís en mi nombre, yo estoy entre vosotros. El Señor está aquí, está con nosotros, está en medio de nosotros. Es Él quien nos busca, es Él quien se deja encontrar incluso por quien no lo busca. A veces Él se deja encontrar en sitios insólitos y en momentos inesperados. Cuando encontramos a Jesús quedamos fascinados, conquistados, y es una alegría dejar nuestro acostumbrado modo de vivir, tal vez árido y apático, para abrazar el Evangelio, para dejarnos guiar por la lógica nueva del amor y del servicio humilde y desinteresado. La Palabra de Jesús, el Evangelio. Os hago una pregunta, pero no quiero que la respondáis: ¿cuántos de vosotros leéis cada día un pasaje del Evangelio?

Y cuántos de vosotros, tal vez, tenéis prisa por acabar el trabajo con el fin de no perder la telenovela... Tener el Evangelio entre las manos, tener el Evangelio sobre la mesilla, tener el Evangelio en la cartera, tener el Evangelio en el bolsillo y abrirlo para leer la Palabra de Jesús: así viene el reino de Dios. El contacto con la Palabra de Jesús nos acerca al reino de Dios. Pensadlo bien: un Evangelio pequeño siempre al alcance de la mano, se abre en un punto por casualidad y se lee lo que dice Jesús, y Jesús está allí.

¿Qué se puede hacer para poseer el reino de Dios? Sobre este punto Jesús es muy explícito: no basta el entusiasmo, la alegría del descubrimiento. Es necesario anteponer la perla preciosa del reino a cualquier otro bien terreno; es necesario poner a Dios en el primer lugar de nuestra vida, preferirlo a todo. Dar el primado a Dios significa tener el valor de decir no al mal, no a la violencia, no a los atropellos, para vivir una vida de servicio a los demás y en favor de la legalidad y del bien común. Cuando una persona descubre a Dios, el verdadero tesoro, abandona un estilo de vida egoísta y busca compartir con los demás la caridad que viene de Dios. Quien llega a ser amigo de Dios, ama a los hermanos, se compromete en salvaguardar su vida y su salud incluso respetando el medio ambiente y la naturaleza. Sé que sufrís por estas cosas. Hoy, al llegar, uno de vosotros se acercó y me dijo: Padre tráiganos la esperanza. Pero yo no puedo daros la esperanza, yo puedo deciros que donde está Jesús allí está la esperanza; donde está Jesús se aman los hermanos, se comprometen en salvaguardar su vida y su salud incluso respetando el medio ambiente y la naturaleza. Esta es la esperanza que nunca defrauda, la que nos da Jesús. Esto es particularmente importante en esta vuestra hermosa tierra que requiere ser tutelada y preservada, requiere tener el valor de decir no a toda forma de corrupción y de ilegalidad —todos conocemos el nombre de estas formas de corrupción y de ilegalidad—, pide a todos ser servidores de la verdad y asumir en cada situación el estilo de vida evangélico, que se manifiesta en la entrega de sí y en la atención al pobre y al excluido. ¡Dedicarse al pobre y al excluido! La Biblia está llena de estas exhortaciones. El Señor dice: vosotros hacéis esto y esto otro, a mí no me interesa, a mí me interesa que el huérfano esté atendido, que la viuda esté atendida, que el excluido sea acogido, que se proteja la creación. ¡Esto es el reino de Dios!

Santa Ana tal vez escuchó a su hija María proclamar las palabras del Magníficat, que María seguramente repitió muchas veces: «Derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes, a los hambrientos los colma de bienes» (*Lc* 1, 52-53). Que Ella os ayude a buscar el único tesoro, Jesús, y os enseñe a descubrir los criterios del obrar de Dios; Él invierte los juicios del mundo, viene en ayuda de los pobres y de los pequeños y colma de bienes a los humildes, que confían su vida a Él. Tened esperanza, la esperanza no defrauda. Y a mí me gusta repetiros: ¡no os dejéis robar la esperanza!

***

Ángelus 2014

Leer el Evangelio es encontrar a Jesús

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Las breves semejanzas propuestas por la liturgia de hoy son la conclusión del capítulo del Evangelio de Mateo dedicado a las *parábolas del reino de Dios* (13, 44-52). Entre ellas hay dos pequeñas obras maestras: las parábolas del tesoro escondido en el campo y la perla de gran valor. Ellas nos dicen que el descubrimiento del reino de Dios puede llegar *improvisamente* como sucedió al campesino, que arando encontró el tesoro inesperado; o bien *después de una larga búsqueda*, como ocurrió al comerciante de perlas, que al final encontró la perla preciosísima que soñaba desde hacía tiempo. Pero en un caso y en el otro permanece el dato primario de que el tesoro y la perla valen más que todos lo demás bienes, y, por lo tanto, el campesino y el comerciante, cuando los encuentran, *renuncian a todo lo demás* para poder adquirirlos. No tienen necesidad de hacer razonamientos, o de pensar en ello, de reflexionar: inmediatamente se dan cuenta del valor incomparable de aquello que han encontrado, y están dispuestos a perder todo con tal de tenerlo.

Así es para el reino de Dios: quien lo encuentra no tiene dudas, siente que es eso que buscaba, que esperaba y que responde a sus aspiraciones más auténticas. Y es verdaderamente así: quien conoce a Jesús, quien lo encuentra personalmente, *queda fascinado, atraído* por tanta bondad, tanta verdad, tanta belleza, y todo en una gran humildad y sencillez. Buscar a Jesús, encontrar a Jesús: ¡este es el gran tesoro!

Cuántas personas, cuántos santos y santas, leyendo con corazón abierto el Evangelio, quedaron tan conmovidos por Jesús que se convirtieron a Él. Pensemos en san Francisco de Asís: él ya era cristiano, pero un cristiano «al agua de rosas». Cuando leyó el Evangelio, en un momento decisivo de su juventud, encontró a Jesús y descubrió el reino de Dios, y entonces todos sus sueños de gloria terrena se desvanecieron. El Evangelio te permite conocer al verdadero Jesús, te hace conocer a Jesús vivo; te habla al corazón y te cambia la vida. Y entonces sí lo dejas todo. Puedes cambiar efectivamente de tipo de vida, o bien seguir haciendo lo que hacías antes pero *tú* eres otro, has renacido: has encontrado lo que da sentido, lo que da sabor, lo que da luz a todo, incluso a las fatigas, al sufrimiento y también a la muerte.

Leer el Evangelio. Leer el Evangelio. Ya hemos hablado de esto, ¿lo recordáis? Cada día leer un pasaje del Evangelio; y también llevar un pequeño Evangelio con nosotros, en el bolsillo, en la cartera, al alcance de la mano. Y allí, leyendo un pasaje encontraremos a Jesús. Todo adquiere sentido allí, en el Evangelio, donde encuentras este tesoro, que Jesús llama «el reino de Dios», es decir, Dios que reina en tu vida, en nuestra vida; Dios que es amor, paz y alegría en cada hombre y en todos los hombres. Esto es lo que Dios quiere, y esto es por lo que Jesús entregó su vida hasta morir en una cruz, para liberarnos del poder de las tinieblas y llevarnos al reino de la vida, de la belleza, de la bondad, de la alegría. Leer el Evangelio es encontrar a Jesús y tener esta alegría cristiana, que es un don del Espíritu Santo.

Queridos hermanos y hermanas, la alegría de haber encontrado el tesoro del reino de Dios se transparenta, se ve. El cristiano no puede mantener oculta su fe, porque se transparenta en cada palabra, en cada gesto, incluso en los más sencillos y cotidianos: se trasluce el amor que Dios nos ha donado a través de Jesús. Oremos, por

intercesión de la Virgen María, para que venga a nosotros y a todo el mundo su reino de amor, justicia y paz.

***

Ángelus 2017

Búsqueda y sacrificio

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El discurso de las parábolas de Jesús, que reúne siete parábolas en el capítulo 13 del Evangelio de Mateo, se concluye con las tres similares de hoy: *el tesoro escondido* (v. 44), *la perla preciosa* (v. 45-46) y *la red de pesca* (v. 47-48). Me detengo en las dos primeras que subrayan la decisión de los protagonistas de vender cualquier cosa para obtener eso que han descubierto. En el primer caso se trata de un campesino que casualmente tropieza con un tesoro escondido en el campo donde está trabajando. No siendo el campo de su propiedad debe adquirirlo si quiere poseer el tesoro: por tanto, decide arriesgar todos sus bienes para no perder esa ocasión realmente excepcional. En el segundo caso encontramos un mercader de perlas preciosas; él, experto conocedor, ha identificado una perla de gran valor. También él decide apostar todo a esa perla, hasta el punto de vender todas las demás.

Estas similitudes destacan dos características respecto a la posesión del Reino de Dios: la *búsqueda* y el *sacrificio*. Es verdad que el Reino de Dios es ofrecido a todos —es un don, es un regalo, es una gracia— pero no está puesto a disposición en un plato de plata, requiere dinamismo: se trata de buscar, caminar, trabajar. La actitud de la *búsqueda* es la condición esencial para encontrar; es necesario que el corazón queme desde el deseo de alcanzar el bien precioso, es decir el Reino de Dios que se hace presente en la persona de Jesús. Es Él el tesoro escondido, es Él la perla de gran valor. Él es el descubrimiento fundamental, que puede dar un giro decisivo a nuestra vida, llenándola de significado.

Frente al descubrimiento inesperado, tanto el campesino como el mercader se dan cuenta de que tienen delante una ocasión única que no pueden dejar escapar, por lo tanto, venden todo lo que poseen. La valoración del valor inestimable del tesoro lleva a una decisión que implica también *sacrificio*, desapegos y renuncias. Cuando el tesoro y la perla son descubiertos, es decir cuando hemos encontrado al Señor, es necesario no dejar estéril este descubrimiento, sino sacrificar por ello cualquier otra cosa. No se trata de despreciar el resto, sino de subordinarlo a Jesús, poniéndole a Él en el primer lugar. La gracia en el primer lugar. El discípulo de Cristo no es uno que se ha privado de algo esencial; es uno que ha encontrado mucho más: ha encontrado la alegría plena que solo el Señor puede donar. Es la alegría evangélica de los enfermos sanados; de los pecadores perdonados; del ladrón al que se le abre la puerta al paraíso.

La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de aquellos que se encuentran con Jesús. Aquellos que se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría (cf. Exort. ap. *Evangelii gaudium*, 1). Hoy somos exhortados a contemplar la alegría del campesino y del mercader de las parábolas. Es la alegría de cada uno de

nosotros cuando descubrimos la cercanía y la presencia consoladora de Jesús en nuestra vida. Una presencia que transforma el corazón y nos abre a la necesidad y a la acogida de los hermanos, especialmente de aquellos más débiles.

Rezamos, por intercesión de la Virgen María, para que cada uno de nosotros sepa testimoniar, con las palabras y los gestos cotidianos, la alegría de haber encontrado el tesoro del Reino de Dios, es decir el amor que el Padre nos ha donado mediante Jesús.

BENEDICTO XVI – Ángelus 2011

IR A ÍNDICE DOMINGO XVII DEL TIEMPO ORDINARIO

El ejemplo del sabio Salomón

Queridos hermanos y hermanas

Hoy, en la Liturgia, la Lectura del Antiguo Testamento nos presenta la figura del rey Salomón, hijo y sucesor de David. Nos lo presenta al principio de su reinado, cuando era aún jovencísimo. Salomón heredó una tarea muy comprometida, y la responsabilidad que pesaba sobre sus hombros era grande para un joven soberano. En primer lugar, él ofreció a Dios un solemne sacrificio – "mil holocaustos", dice la Biblia. Entonces el Señor se le apareció en visión nocturna y prometió concederle lo que pidiera en la oración. Y aquí se ve la grandeza de alma de Salomón: él no pide una larga vida, ni riquezas, ni la eliminación de sus enemigos: dice en cambio al Señor: "Concede entonces a tu servidor un corazón dócil, para juzgar a tu pueblo, para discernir entre el bien y el mal" (*1 Re* 3, 9). Y el Señor se lo concedió, de modo que Salomón llegó a ser célebre en todo el mundo por su sabiduría y sus rectos juicios.

Él, por tanto, pidió a Dios que le concediera "un corazón dócil" ¿Qué significa esta expresión? Sabemos que el "corazón" en la Biblia no indica solo una parte del cuerpo, sino el centro de la persona, la sede se sus intenciones y de sus juicios. Podríamos decir: la conciencia. "Corazón dócil" entonces significa una conciencia que sabe escuchar, que es sensible a la voz de la verdad, y por esto es capaz de discernir el bien del mal. En el caso de Salomón, la petición está motivada por la responsabilidad de guiar una nación, Israel, el pueblo que Dios eligió para manifestar al mundo su designio de salvación. El rey de Israel, por tanto, debe buscar estar siempre en sintonía con Dios, a la escucha de su Palabra, para guiar a su pueblo por los caminos del Señor, el camino de la justicia y de la paz. Pero el ejemplo de Salomón vale para cada hombre. Cada uno de nosotros tiene una conciencia para ser en un cierto sentido "rey", es decir, para ejercitar la gran dignidad humana de actuar según la recta conciencia, obrando el bien y evitando el mal. La conciencia moral presupone la capacidad de escuchar la voz de la verdad, de ser dóciles a sus indicaciones. Las personas llamadas a tareas de gobierno tienen, naturalmente, una responsabilidad ulterior, y por tanto – como enseña Salomón – tienen aún más necesidad de la ayuda de Dios. Pero cada uno tiene que hacer su propia parte, en la situación concreta en la que se encuentra. Una mentalidad equivocada nos sugiere pedir a Dios cosas o condiciones favorables; en

realidad, la verdadera calidad de nuestra vida y de la vida social depende de la recta conciencia de cada uno, de la capacidad de cada uno y de todos de reconocer el bien, separándolo del mal, y de buscar llevarlo a cabo con paciencia.

Pidamos por esto la ayuda de la Virgen María, Sede de la Sabiduría. Su "corazón" es perfectamente "dócil" a la voluntad del Señor. Aun siendo una persona humilde y sencilla, María es una reina a los ojos de Dios, y como tal la veneramos nosotros. Que la Virgen Santa nos ayude también a nosotros a formarnos, con la gracia de Dios, una conciencia siempre abierta a la verdad y sensible a la justicia, para servir al reino de Dios.

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

IR A ÍNDICE DOMINGO XVII DEL TIEMPO ORDINARIO

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

No se puede ignorar el pecado original para discernir la situación humana

Un duro combate…

407. La doctrina sobre el pecado original -vinculada a la de la Redención de Cristo- proporciona una mirada de discernimiento lúcido sobre la situación del hombre y de su obrar en el mundo. Por el pecado de los primeros padres, el diablo adquirió un cierto dominio sobre el hombre, aunque éste permanezca libre. El pecado original entraña "la servidumbre bajo el poder del que poseía el imperio de la muerte, es decir, del diablo" (Cc. de Trento: DS 1511, cf. Hb 2,14). Ignorar que el hombre posee una naturaleza herida, inclinada al mal, da lugar a graves errores en el dominio de la educación, de la política, de la acción social (cf. CA 25) y de las costumbres.

Escoger según la conciencia, en acuerdo con la voluntad de Dios

I. EL DICTAMEN DE LA CONCIENCIA

1777. Presente en el corazón de la persona, la conciencia moral (cf Rom 2,14-16) le ordena, en el momento oportuno, practicar el bien y evitar el mal. Juzga también las elecciones concretas aprobando las que son buenas y denunciando las que son malas (cf Rom 1,32). Atestigua la autoridad de la verdad con referencia al Bien supremo por el cual la persona humana se siente atraída y cuyos mandamientos acoge. El hombre prudente, cuando escucha la conciencia moral, oye a Dios que habla.

1778. La conciencia moral es un juicio de la razón por el que la persona humana reconoce la cualidad moral de un acto concreto que piensa hacer, está haciendo o ha hecho. En todo lo que dice y hace, el hombre está obligado a seguir fielmente lo que sabe que es justo y recto. Mediante el dictamen de su conciencia el hombre percibe y reconoce las prescripciones de la ley divina:

La conciencia es una ley de nuestro espíritu, pero que va más allá de él, nos da órdenes, significa responsabilidad y deber, temor y esperanza...La conciencia es la mensajera del que, tanto en el mundo de la naturaleza como en el de la gracia, a través de un velo nos habla, nos instruye y nos gobierna. La conciencia es el primero de todos los vicarios de Cristo (Newman, carta al duque de Norfolk 5).

1779. Es preciso que cada uno preste mucha atención a sí mismo para oír y seguir la voz de su conciencia. Esta exigencia de interioridad es tanto más necesaria cuanto que la vida nos impulsa con frecuencia a prescindir de toda reflexión, examen o interiorización:

Retorna a tu conciencia, interrógala...retornad, hermanos, al interior, y en todo lo que hagáis mirad al Testigo, Dios (S. Agustín, ep. Jo. 8,9).

1780. La dignidad de la persona humana implica y exige la rectitud de la conciencia moral. La conciencia moral comprende la percepción de los principios de la moralidad ("sindéresis"), su aplicación en las circunstancias dadas mediante un discernimiento práctico de las razones y de los bienes, y en conclusión el juicio formado sobre los actos concretos que se van a realizar o se han realizado. La verdad sobre el bien moral, declarada en la ley de la razón, es reconocida práctica y concretamente por el dictamen prudente de la conciencia. Se llama prudente al hombre que elige conforme a este dictamen o juicio.

1781. La conciencia hace posible que se asuma la responsabilidad de los actos realizados. Si el hombre comete el mal, el justo juicio de la conciencia puede ser en él el testigo de la verdad universal del bien, al mismo tiempo que de la malicia de su elección concreta. El veredicto del dictamen de conciencia constituye una garantía de esperanza y de misericordia. Al hacer patente la falta cometida recuerda el perdón que se ha de pedir, el bien que se ha de practicar todavía y la virtud que se ha de cultivar sin cesar con la gracia de Dios:

Tranquilizaremos nuestra conciencia ante él, en caso de que nos condene nuestra conciencia, pues Dios es mayor que nuestra conciencia y conoce todo (1 Jn 3,19-20).

1782. El hombre tiene el derecho de actuar en conciencia y en libertad a fin de tomar personalmente las decisiones morales. "No debe ser obligado a actuar contra su conciencia. Ni se le debe impedir que actúe según su conciencia, sobre todo en materia religiosa" (DH 3).

II. LA FORMACION DE LA CONCIENCIA

1783. Hay que formar la conciencia, y esclarecer el juicio moral. Una conciencia bien formada es recta y veraz. Formula sus juicios según la razón, conforme al bien verdadero querido por la sabiduría del Creador. La educación de la conciencia es indispensable a seres humanos sometidos a influencias negativas y tentados por el pecado de preferir su juicio propio y de rechazar las enseñanzas autorizadas.

1784. La educación de la conciencia es una tarea de toda la vida. Desde los primeros años despierta al niño al conocimiento y la práctica de la ley interior reconocida por la conciencia moral. Una educación prudente enseña la virtud; preserva o cura del miedo,

del egoísmo y del orgullo, de los insanos sentimientos de culpabilidad y de los movimientos de complacencia, nacidos de la debilidad y de las faltas humanas. La educación de la conciencia garantiza la libertad y engendra la paz del corazón.

1785. En la formación de la conciencia, la Palabra de Dios es la luz que nos ilumina; es preciso que la asimilemos en la fe y la oración, y la pongamos en práctica. Es preciso también que examinemos nuestra conciencia atendiendo a la cruz del Señor. Estamos asistidos por los dones del Espíritu Santo, ayudados por el testimonio o los consejos de otros y guiados por la enseñanza autorizada de la Iglesia (cf DH 14).

Discernir la voluntad de Dios expresada en la Ley en las situaciones difíciles

III. DECIDIR EN CONCIENCIA

1786. Ante la necesidad de decidir moralmente, la conciencia puede formular un juicio recto de acuerdo con la razón y con la ley divina, o al contrario un juicio erróneo que se aleja de ellas.

1787. El hombre se ve a veces enfrentado con situaciones que hacen el juicio moral menos seguro, y la decisión difícil. Pero debe buscar siempre lo que es justo y bueno y discernir la voluntad de Dios expresada en la ley divina.

1788. Para esto, el hombre se esfuerza por interpretar los datos de la experiencia y los signos de los tiempos gracias a la virtud de la prudencia, los consejos de las personas entendidas y la ayuda del Espíritu Santo y de sus dones.

1789. En todos los casos son aplicables las siguientes reglas:

–Nunca está permitido hacer el mal para obtener un bien.

–La "regla de oro": "Todo cuanto queráis que os hagan los hombres, hacédselo también vosotros" (Mt 7,12; cf. Lc 6,31; Tb 4,15).

–La caridad actúa siempre en el respeto del prójimo y de su conciencia: "Pecando así contra vuestros hermanos, hiriendo su conciencia…pecáis contra Cristo" (1 Co 8,12). "Lo bueno es…no hacer cosa que sea para tu hermano ocasión de caída, tropiezo o debilidad" (Rom 14,21).

La separación del bien y del mal en el juicio final

V. EL JUICIO FINAL

1038. La resurrección de todos los muertos, "de los justos y de los pecadores" (Hch 24, 15), precederá al Juicio final. Esta será "la hora en que todos los que estén en los sepulcros oirán su voz y los que hayan hecho el bien resucitarán para la vida, y los que hayan hecho el mal, para la condenación" (Jn 5, 28-29). Entonces, Cristo vendrá "en su gloria acompañado de todos sus ángeles… Serán congregadas delante de él todas las naciones, y él separará a los unos de los otros, como el pastor separa las ovejas de las cabras. Pondrá las ovejas a su derecha, y las cabras a su izquierda… E irán estos a un castigo eterno, y los justos a una vida eterna." (Mt 25, 31. 32. 46).

1039. Frente a Cristo, que es la Verdad, será puesta al desnudo definitivamente la verdad de la relación de cada hombre con Dios (cf. Jn 12, 49). El Juicio final revelará

hasta sus últimas consecuencias lo que cada uno haya hecho de bien o haya dejado de hacer durante su vida terrena:

Todo el mal que hacen los malos se registra - y ellos no lo saben. El día en que "Dios no se callará" (Sal 50, 3) ... Se volverá hacia los malos: "Yo había colocado sobre la tierra, dirá El, a mis pobrecitos para vosotros. Yo, su cabeza, gobernaba en el cielo a la derecha de mi Padre -pero en la tierra mis miembros tenían hambre. Si hubierais dado a mis miembros algo, eso habría subido hasta la cabeza. Cuando coloqué a mis pequeñuelos en la tierra, los constituí comisionados vuestros para llevar vuestras buenas obras a mi tesoro: como no habéis depositado nada en sus manos, no poseéis nada en Mí" (San Agustín, serm. 18, 4, 4).

1040. El Juicio final sucederá cuando vuelva Cristo glorioso. Sólo el Padre conoce el día y la hora en que tendrá lugar; sólo El decidirá su advenimiento. Entonces, El pronunciará por medio de su Hijo Jesucristo, su palabra definitiva sobre toda la historia. Nosotros conoceremos el sentido último de toda la obra de la creación y de toda la economía de la salvación, y comprenderemos los caminos admirables por los que Su Providencia habrá conducido todas las cosas a su fin último. El juicio final revelará que la justicia de Dios triunfa de todas las injusticias cometidas por sus criaturas y que su amor es más fuerte que la muerte (cf. Ct 8, 6).

1041. El mensaje del Juicio final llama a la conversión mientras Dios da a los hombres todavía "el tiempo favorable, el tiempo de salvación" (2 Co 6, 2). Inspira el santo temor de Dios. Compromete para la justicia del Reino de Dios. Anuncia la "bienaventurada esperanza" (Tt 2, 13) de la vuelta del Señor que "vendrá para ser glorificado en sus santos y admirado en todos los que hayan creído" (2 Ts 1, 10).

Dios no predestina a nadie a ir al infierno

1037. Dios no predestina a nadie a ir al infierno (cf DS 397; 1567); para que eso suceda es necesaria una aversión voluntaria a Dios (un pecado mortal), y persistir en él hasta el final. En la liturgia eucarística y en las plegarias diarias de los fieles, la Iglesia implora la misericordia de Dios, que "quiere que nadie perezca, sino que todos lleguen a la conversión" (2 P 3, 9):

Acepta, Señor, en tu bondad, esta ofrenda de tus siervos y de toda tu familia santa, ordena en tu paz nuestros días, líbranos de la condenación eterna y cuéntanos entre tus elegidos (MR Canon Romano 88)

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO XVII DEL TIEMPO ORDINARIO

El tesoro escondido y la perla preciosa

El Evangelio de este Domingo, contiene dos pequeñas parábolas de no más de un versículo cada una, pero de un contenido incalculable. La primera dice:

«El reino de los cielos se parece a un tesoro escondido en el campo: el que lo encuentra lo vuelve a esconder y, lleno de alegría, va a vender todo lo que tiene y compra el campo».

Jesús hasta aquí se ha servido de la imagen de la vida agrícola. Ahora, repite el mismo concepto con una imagen sacada del mundo del comercio, a fin de hacerse entender para la segunda gran categoría de personajes del tiempo, que eran precisamente los comerciantes. Dice:

«El reino de los cielos se parece también a un comerciante en perlas finas que, al encontrar una de gran valor, se va a vender todo lo que tiene y la compra».

Existe el riesgo de intercambiar estas parábolas con dos pequeños cuadros de la vida. Por el contrario, nos encontramos ante dos potentes toques de trompeta, capaces de no dejarnos ya más tranquilos para el resto de la vida, si uno comprende su significado. ¿Qué quería decir Jesús? Más o menos esto. Está anunciada ya la hora decisiva de la historia. ¡El reino de Dios ha aparecido en la tierra! Esto es, ¿qué? Lo que los patriarcas habían esperado, lo que los profetas y los reyes habrían querido ver, pero no lo han visto: que Dios viene a salvar a su pueblo, a rescatarlo del pecado y de la muerte, a introducirlo en su intimidad.

Jesús, en otra parte, a todo esto lo llama «Evangelio», «la buena noticia» o la noticia tan esperada: «El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; convertíos y creed en la Buena Nueva» (Marcos 1, 15). Concretamente, se trata de él, de su venida sobre la tierra. En el fondo, el tesoro escondido y la perla preciosa no son otra cosa que el mismo Jesús.

Es como si Jesús con aquellas parábolas quisiera decir: la salvación ya ha llegado gratuitamente para vosotros por iniciativa de Dios; tomad la decisión, agarradla, no la dejéis escapar. Éste es el tiempo de la decisión. A veces, sucede ver escrito fuera de las tiendas de lujo: «¡Oferta especial. Daos prisa. Tiempo limitado a dos semanas!» y la gente se amontona para no perder la ocasión.

Me viene además a la memoria lo que sucedió el día que terminó la guerra. En la ciudad, los partisanos o los aliados, yo no recuerdo bien, abrieron los almacenes de los víveres o provisiones abandonados en retirada por el ejército alemán. Como un relámpago, la noticia llegó a la campiña y todos de carrera fueron a apropiarse de aquel bien de Dios, volviendo de allí quien cargado con cubrecamas y quien con cestas de productos alimenticios.

Pienso que Jesús con aquellas dos parábolas quería crear un clima similar del género. Es como decir: «¡Corred mientras estáis a tiempo! Hay un tesoro que os espera, una perla preciosa. No dejéis pasar la ocasión». Sólo que en el caso de Jesús la cita es infinitamente más seria. Se juega el todo por el todo. El Reino es la única cosa, que nos puede salvar del riesgo supremo de la vida, que es el venirse a tierra el motivo por el que estamos en este mundo.

Vivimos en una sociedad, que... vive de seguros. Nos lo aseguramos todo contra todo. En ciertos países ha llegado a ser una especie de manía. Se asegura, incluso, contra el riesgo del mal tiempo durante las vacaciones. Entre todos, el más importante

y frecuente es el seguro de vida. Una cosa buena, por favor, yo no quiero ponerla en discusión. Pero, reflexionemos un momento: ¿para qué sirve tal seguro y contra qué se nos asegura? ¿Contra la muerte? ¡No, ciertamente! Se asegura que en el caso de nuestra muerte alguien recibirá una indemnización.

El reino de los cielos es asimismo eso, un seguro sobre la vida y contra la muerte; pero, un seguro real, que favorece no sólo a quien se queda, sino también a quien se va, a quien muere. «El que cree en mí, aunque muera, vivirá», dice Jesús (Juan 11,25). Y sabemos que no son palabras huecas o vacías. Pedro ha creído en él y vive ahora más que cuando estaba en vida y pescaba en el lago; Pablo ha creído en él y vive. ¿Hay alguien que dude que Pablo apóstol vive? Aunque, si no cree en el cielo y en el paraíso, que mire a la tierra. ¿Quién, de entre los antiguos, está hoy más vivo, más leído, más estudiado entre nosotros? Francisco de Asís ha creído en él y vive. Por no hablar, naturalmente, de la madre de él, María, que «ha creído» (cfr. Lucas 1,45) y vive. Vive en el corazón de millones de personas, que la «proclaman bienaventurada» (cfr. Lucas 1,48), vive además en las infinitas obras de arte, que ella ha inspirado.

Se entiende entonces del mismo modo la exigencia radical, de quien pone un «negocio» como éste: venderlo todo, abandonarlo todo. En otras palabras, estar dispuestos, si es necesario, a cualquier sacrificio. No para pagar el precio del tesoro y de la perla, que por definición son «sin precio», sino para ser dignos de ellos. Porque no se puede tener el pie en dos estribos o, como decía Jesús, servir a dos señores. Poner sobre el mismo plano este tesoro y otro tesoro, aunque fuese, dice Jesús, el propio ojo y la propia vida, significaría «despreciarlo» y traicionarlo.

En el Cantar de los cantares se dice que «si alguien ofreciera su patrimonio a cambio de amor, quedaría cubierto de baldón» (8,7): esto es, que no habría ni siquiera dado nada, tanto es superior el amor a todas las riquezas. Y si esto vale para el amor humano, vale incomparablemente más para el amor, que no tendrá nunca fin, que será pleno y total.

Yo confieso que tengo hasta casi miedo de explicar estas dos parábolas de Jesús. Porque ellas crean en quien las escucha, hoy como entonces, una tremenda responsabilidad. Ahora, ya sabes que la noticia de la existencia del tesoro y de la perla ha llegado también a ti. La hora de la decisión, asimismo, está echada para ti, que has escuchado, y naturalmente, incluso ya antes, para mí, que os he hablado. Pertenece a nosotros decidir si continuar a trastear con la vida, en espera de que ella no se nos escape de las manos o tomar, por el contrario, la cosa en serio.

A este respecto, yo os quisiera ahora llamar la atención sobre un aspecto inadvertido de las dos parábolas. En cada una de ellas hay, en realidad, no uno sino dos actores: uno visible, que va, vende y compra; y uno oculto, que ya se sobreentiende. El actor sobreentendido es el viejo propietario, que no se da cuenta de que en su campo hay un tesoro y lo vende al primero que se lo pide; son el hombre y la mujer, que poseían la perla preciosa, y no se dan cuenta de su valor y la ceden al primer mercader que pasa, posiblemente para una colección de perlas falsas o bisutería de nada.

La pregunta que, ahora, nos debemos plantear es sencilla: ¿nosotros a cuál de los dos actores nos asemejamos? La respuesta no nos hace mucho honor. Nosotros, gente del viejo continente (italianos, franceses, alemanes, españoles, etc.), somos «el villano de la historia» en las dos parábolas. Somos el ciudadano necio y el mercader desconsiderado. El campo con el tesoro era nuestro y nuestra la perla preciosa. Nosotros conocíamos a Cristo, teníamos fe, nuestras eran las promesas, nuestro el reino de Dios.

Pero, excepto una minoría, cada vez más exigua, hemos malvendido la fe. Hay quien la ha cambiado por una ideología, quien por dinero, quien por pereza, quien simplemente por la moda del tiempo, puesto que hace siempre chic mostrarse agnósticos, superiores a estas cosas, «gente de mundo», como se dice. Nosotros hemos vendido o estamos vendiendo, además, la primogenitura por un plato de lentejas, como hizo Esaú (cfr. Génesis 25, 34ss.) ¿Estamos más que dispuestos a abandonarlo todo con tal de no perder a Dios y la fe? ¿No somos ni siquiera capaces de darnos una media hora de tiempo para ir el domingo a refrescar nuestra fe en el contacto con la palabra de Dios y el cuerpo de Cristo?

Para muchos bautizados, la última preocupación de la vida es el reino de Dios. Lo dicen de igual forma a veces hasta con ostentación. «¿Dios, la Iglesia, la fe? ¡No me interesan, vivo bien así, voluntariamente no me tengo a menos!» ¡Cuán peligrosa es esta actitud! ¿Y si el Evangelio tuviese razón? ¿Qué harías?

Pero, no quiero terminar con esta nota triste, también esta vez, sin dar «una razón de esperanza» a quien me escucha. Volviendo a las dos parábolas, notemos una cosa. No se ha dicho: «Un hombre vendió todo lo que tenía y se puso a la búsqueda de un tesoro escondido». Sabemos cómo terminan las historias, que comienzan así. Uno pierde lo que tenía y no encuentra ningún tesoro. Historias de ilusos, de visionarios.

No; sino más bien un hombre encontró un tesoro y por ello vendió todo lo que tenía para adquirirlo. Es necesario, en otras palabras, haber encontrado primero el tesoro para tener la fuerza y la alegría para venderlo todo. Ya fuera de la parábola: es necesario haber encontrado primero a Jesús; haberlo hallado, sin embargo, de una manera nueva, personal y convencida. Haberlo descubierto como un amigo propio y, salvador. Después, será una pequeña broma no venderlo todo. Lo haremos «llenos de alegría» como aquel descubridor del que habla el Evangelio.

PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes

IR A ÍNDICE DOMINGO XVII DEL TIEMPO ORDINARIO

Contados entre los buenos

Qué afortunado es el hombre que descubre el tesoro de la fe, y se despoja de todo para poseerlo.

Quien encuentra la verdadera fe la cuida, la procura, la guarda, la atesora, cree en Jesucristo y cumple sus preceptos, ama a Dios por sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismo, tiene esperanza y caridad.

Quien tiene caridad lo tiene todo.

La caridad es la acción por impulso de un corazón que ama, es la expresión del amor. El amor es Cristo. Por tanto, el que tiene fe en Cristo Jesús ha encontrado el Reino de los cielos en su corazón, el más grande tesoro, la verdadera felicidad, por lo que toda renuncia vale la pena.

Busca tú primero el Reino de Dios y su justicia. La fe, la esperanza y la caridad son tesoros infundidos por el Espíritu Santo en el Bautismo, pero cada uno debe cuidarlos.

Fortalece tu fe con la oración, con la palabra, con los sacramentos. Ponla por obra haciendo caridad, y todo lo demás por añadidura se te dará.

Déjate poseer totalmente por Cristo, para que Él reine en ti y tú seas un habitante de su Reino. Entonces conocerás la verdad y habrás encontrado la perla más grande, el maravilloso tesoro de la libertad, la eterna felicidad.

El Reino de los cielos es para todos. Jesucristo abrió los brazos en la cruz para salvar a todos, invitándolos a participar con Él en la vida eterna de su Paraíso. Pero solo los que crean, procuren ser buenos, y perseveren, se salvarán. Los demás serán arrojados al fuego eterno porque no supieron aprovechar la oportunidad que Dios les daba.

Todo el que quiera ir al Padre debe acudir al Hijo, porque está escrito que nadie va al Padre si no es por el Hijo, y nadie va al Hijo si el Padre no lo atrae hacia Él. Por eso Jesucristo fundó la Iglesia: para reunir a los que el Padre quiere atraer hacia Él, a través de la Palabra, de los sacramentos, del testimonio de los santos y los profetas. Pero no basta haber sido bautizado, sino que hay que poner por obra la fe, porque también está escrito que no todo el que diga 'Señor, Señor', entrará en el Reino de los cielos, sino el que cumpla la voluntad del Padre, que está en el cielo.

Esfuérzate tú por ser bueno, a imagen y semejanza de Dios, que es tu Padre. Examina tu conciencia, para que disciernas y saques todo lo malo de tu pasado, lo que te mantiene atado al pecado, y vivas el presente, reconciliado con Dios. Acércate al confesionario, para que, por el poder de Cristo, recibas, a través del sacerdote, el perdón y la gracia del Espíritu Santo, para la renovación de tu alma.

Acude a la protección de la Madre de Dios, que te cubre con su manto, y no camines solo, no sea que te encuentre desprotegido el enemigo y caigas en sus garras, cegado por la tentación, y a la hora de tu muerte seas contado entre los malos y arrojado al infierno, en donde será el llanto y la desesperación. Dios Padre te muestra el camino, de la mano de María, para llegar a su Paraíso, porque Ella siempre te llevará a Jesús. Él es el camino. Y todo aquel que crea en Él y acuda a Él con confianza, será reconocido entre los buenos, y contado entre los santos de Dios, para participar eternamente de su gloria en el Reino de los cielos.

FLUVIUM (www.fluvium.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO XVII DEL TIEMPO ORDINARIO

Lo único decisivo

Nos presenta Jesús, Señor Nuestro, el Cielo, como lo único verdaderamente decisivo para el hombre. Y, hasta tal punto, que vale la pena empeñar todo lo demás por conseguirlo. Ese destino, que nuestro Creador ha previsto para todos los hombres, y es la intimidad con Él en sus tres divinas Personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo, no se presenta, pues, como una opción meramente válida y ventajosa. No se trata sólo de algo bueno para el hombre, de gran interés o muy conveniente. Porque, con frecuencia, calificamos de muy buenos, interesantes y convenientes valores ciertamente apreciables pero que, en todo caso, no los consideramos vitales, imprescindibles o definitivos. Y en ningún caso pensamos que la carencia de esos grandes bienes nos vaya a suponer un fracaso integral, rotundo e remediable, que pudiera llegar a ser peor incluso que la propia muerte.

Observemos que, por dos veces, insiste el Señor –alabando esa conducta– en que quien descubre el **Reino de los Cielos vende todo cuanto tiene** por conseguirlo. Parece, pues, necesario, por una parte, un peculiar descubrimiento; un descubrimiento que sea algo más que el simple tener noticias. Es, en efecto, un descubrimiento que propiamente deslumbra, a la vez que se tiene como indudablemente definitivo. Y se trata, por otra parte, de la aceptación de una realidad interpelante, ante la que cada uno debe responder consciente de su gran valor. Un valor tal que nunca sería excesivo el precio por conseguirlo. El personaje de la parábola **vende todo cuanto tiene** y queda feliz con la compra de la perla preciosa. Parece, por consiguiente, que cualquiera que pudiera ser la posesión previa disponible y por grande que fuera, en términos materiales, sólo con su totalidad se puede adquirir ese **Reino de los Cielos**. También parece indicarse que nunca, en comparación, ese total sería demasiado. Y, hablando a lo humano, tanto quien recibe el campo como el comprador de la perla hacen un buen negocio.

Recordemos –considerémoslo con frecuencia por paradójico que sea hacerlo a estas alturas– la grandeza inigualable de ese **Reino**. Se trata de un bien que no es de este mundo y que, si nos corresponde por voluntad de Dios, es en la medida en que, como hijos suyos, somos elevados sobre todas las realidades terrenas y merecedores de las sobrenaturales. El Reino de los Cielos es para Dios, y para sus ángeles y los hijos de Dios, según el plan divino. Nada, salvo ese **Reino**, satisface al hombre, habiendo sido llamado a través de Jesucristo a la misma gloria de la Trinidad. Lo que sólo es de este mundo, por tanto, aunque pueda ser medio e instrumento útil y hasta muy conveniente en nuestro camino hacia el **Reino**, de suyo, no tiene capacidad de satisfacernos. Puede ser, eso sí, "precio" que se entrega, es decir, instrumento para mostrar amor a Dios. Entonces es cuando lo terreno alcanza su máxima nobleza, la

que le es propia; como el pintor y el pincel se consagran –decimos– únicamente en obras magistrales.

Se desvirtúa y hasta se corrompe lo terreno, en cambio, cuando pretendemos otorgar a las cosas un valor que no merecen, haciéndolas fines. La pereza, la envidia, la lujuria, el egoísmo, la soberbia, la mentira... son algunas –entre tantas– manifestaciones posibles de corrupción de lo humano. En cambio, cada vez que soportamos una tentación y, en lugar de incurrir en pecado actuamos con rectitud, con un comportamiento útil para el Reino de los Cielos, estamos vendiendo lo que poseemos y comprando ese **tesoro escondido**, la **perla** de valor incalculable: la intimidad con Dios.

Debemos estar dispuestos al mayor de los sacrificios por nuestra salvación, y al que sea necesario en cada caso con tal de aproximarnos al Reino que nos ha sido prometido. Pero nos sentimos débiles. Tenemos la experiencia de esos defectos que corrompen lo humano. Pidamos, pues, la fortaleza necesaria para caminar sólo hacia Dios. No es preciso sentirse super-mujeres ni super-hombres, capaces de los mayores desprendimientos y entregas personales. Más bien –y esto sí que es necesario– se requiere el auxilio omnipotente de nuestro Dios, que jamás abandona a sus hijos.

Quien entiende el reino que Cristo propone, advierte que vale la pena jugarse todo por conseguirlo: es la perla que el mercader adquiere a costa de vender lo que posee, es el tesoro hallado en el campo. El reino de los cielos es una conquista difícil: nadie está seguro de alcanzarlo, pero el clamor humilde del hombre arrepentido logra que se abran sus puertas de par en par. Uno de los ladrones que fueron crucificados con Jesús le suplica: Señor, acuérdate de mí cuando hayas llegado a tu reino. Y Jesús le respondió: en verdad te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso.

Así se expresa san Josemaría. Clamemos, pues, llenos de confianza e ilusión, que nuestro Jesús tiene un deseo aún más ardiente que nosotros de vernos felices en la Gloria y, por eso, heroicos con su ayuda caminando en la tierra hacia el **Reino**.

Nuestra Madre, Santa María, es ejemplo estimulante para todos, pues, es la más dichosa de todas las criaturas, por haberse abandonado en Dios con su Gracia.

PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)

IR A ÍNDICE DOMINGO XVII DEL TIEMPO ORDINARIO

El tesoro escondido

Jesús nos habla más de su Reino con otras parábolas. Era la forma en que a Jesús le gustaba hablar. Pero mientras el domingo pasado las parábolas presentaban en primer plano el reino de los cielos en sí mismo, en su composición (grano y cizaña), en su función (levadura) y en su crecimiento (grano de mostaza), las parábolas de hoy –la del mercader en busca de perlas y la del campesino que encuentra un tesoro– hablan, en primer lugar, de la actitud del hombre con respecto al Reino.

Recordamos las dos situaciones descriptas por Jesús. Un campesino, al trabajar la tierra, tropieza con un tesoro enterrado. La situación no debía ser tan extraña para los antiguos, dada su costumbre de sepultar al muerto con todas sus joyas. Todavía hoy, en Palestina, se descubren tumbas antiguas con semejantes tesoros. Muy contento, el campesino va a su casa, vende todo lo que tiene y compra ese campo para entrar de esa forma en posesión del tesoro. Es verdad, la conducta de ese hombre no es del todo reprensible moralmente, pero Jesús no basa su comparación en esto Toda la enseñanza de la parábola está incluida en aquella decisión del campesino de deshacerse de todo (¡y quién sabe cuántas pequeñas cosas queridas estaban comprendidas en lo que vendió!), para poder conseguir el tesoro. Es la misma decisión del comerciante de la segunda parábola. Éste –nos hace comprender Jesús– negociaba con perlas valiosas y tenía una importante colección. Sin embargo, el día que descubre una superior a todas las demás, vende la colección, a la cual ciertamente debía estar apegado, y compra la perla preciosa. En ambos casos, nos encontramos frente a una elección: la elección de lo mejor, incluso cuando exige el sacrificio de todo lo demás.

Jesús propone a los hombres, en un plano infinitamente más decisivo, la misma elección de lo mejor. En efecto, ¿qué quiere decirnos con estas dos parábolas? Él vino a traer a la tierra el reino de los cielos, aquella realidad misteriosa que es la verdad y la vida misma de Dios ofrecidas a los hombres; una realidad que, finalmente, crece en la fe, en la esperanza y en la caridad, mientras espera ser, por así decirlo, trasplantada al cielo en posesión de la vida y de la felicidad eterna.

Este reino de los cielos es un tesoro, mejor aún, el único tesoro, la única cosa verdaderamente importante. Tanto es así que un hombre que lo posee tiene todo, incluso si no tiene nada más; mientras que, quien no lo posee no tiene nada, aun cuando posea el mundo entero. *¿De qué le servirá al hombre ganar el mundo entero si pierde su vida?,* dice Jesús, es decir, si no entra en posesión del reino de los cielos (Mt. 16, 26).

Por semejante tesoro, no sólo vale la pena que el hombre renuncie a todas las cosas, sino también, como dice Jesús, que renuncie a su vida misma, porque quien pierde su vida por el reino de los cielos la volverá a encontrar, mientras que, quien la quiere salvar, la perderá (Mt. 10, 39). Vale la pena que renuncie a su ojo o a su brazo, si es necesario, porque es mejor entrar en el reino de los cielos con un ojo solo y con un solo brazo antes que con ambos ser excluido de allí y arrojado a la Gehena (cfr. Mt. 5, 29).

El reino de los cielos es, por lo tanto, este tesoro único, incomparable, por el hecho de que sólo en él encuentra el hombre la propia salvación, realiza su destino de vida y de bienaventuranza eterna. Cuando hayan pasado el cielo y la tierra, o todavía antes de aquella fecha lejana, cuando cada uno de nosotros pase por este cielo y esta tierra y todo esté terminado para él, quedará solamente el reino de los cielos abierto o cerrado frente a él, según la elección que haya hecho durante la vida.

Por lo tanto, el reino de los cielos es realmente un tesoro, el único tesoro verdadero.

Pero, como dice la parábola, es un tesoro escondido, un tesoro difícil de descubrir. Basta pensar en cuántos no conocen todavía el Evangelio y la Iglesia después de dos mil años que tal tesoro existe en la tierra. Pero sin ir muy lejos y pensar en quienes viven ignorando el Evangelio, el reino de los cielos es un tesoro oculto también para los cristianos; oculto porque siempre debe descubrirse, oculto porque es difícil de descubrir.

Es un tesoro muy especial; no enceguece con su esplendor como el oro, tanto como para promover el deseo; no promete prestigio y poder a quien lo posee. En realidad, es un tesoro que, para quien lo posee, exige sacrificio, renuncia, exige que se venda todo lo demás, día a día, para conservarlo, aunque todo lo demás a lo que se renuncia se vuelve a encontrar a menudo en esta vida, centuplicado, en bienes y alegrías de otro orden. Su valor reside totalmente en el corazón y en la esperanza del momento en que se oirá aquel decisivo "Vengan los bendecidos por mi Padre, tomen posesión del Reino".

Estas parábolas de Jesús que hemos escuchado, las encontramos como redivivas en un episodio real e histórico del Evangelio, tanto es así que parecen estar inspiradas *por* aquel episodio. Cierto día, se presentó ante Jesús un joven y le dijo: *Maestro, ¿qué obras buenas debo hacer para conseguir la Vida eterna*?... *Ve* –le respondió Jesús–, *vende todo lo que tienes y dalo a los pobres así tendrás un tesoro en el cielo. Después, ven y sígueme* (Mt. 19, 16 ssq.).

Abandona todo y después ven y sígueme. Estas palabras nos dicen algo más de lo que meditamos hasta aquí: el tesoro escondido, por el cual es necesario vender todo, es, sí el reino de los cielos, vale decir una realidad, pero es también y en primer lugar una persona: es Jesús mismo. Seguirlo, elegirlo para toda la vida y volver a elegirlo siempre, ser sus discípulos, significa haber hecho la elección justa, la única que asegura el tesoro en los cielos. Es él la perla preciosa.

Que nuestra comunión sea la ocasión para confirmar esta elección de Jesús que hicimos en el bautismo. Si lo sabemos reconocer, éste es el momento en que el tesoro viene a ocultarse dentro de nosotros para hacerse descubrir por nosotros.

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO XVII DEL TIEMPO ORDINARIO

Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II

En el Ángelus (29-VII-1984)

– Diversas parábolas

También hoy la lectura del Evangelio según Mateo en la liturgia dominical nos recuerda la verdad sobre el reino de los cielos, según habló nuestro Señor Jesucristo en algunas de sus parábolas:

- en la parábola del tesoro escondido en un campo;

- en la parábola del mercader, que va en busca de perlas finas;

- en la parábola de la red echada al mar para la pesca.

Al mismo tiempo leemos en la Carta de San Pablo a los Romanos esta afirmación: "Hermanos: Sabemos que a los que aman a Dios todo les sirve para bien: a los que ha llamado conforme a su designio" (8,28).

– Unión con María

En la Virgen se realiza de modo más pleno el reino de los cielos. Y también por medio de Ella el Evangelio de Cristo habla a las generaciones de los hombres, que se renuevan siempre.

Recemos, pues, para que crezca en cada uno de nosotros ese amor de Dios del que escribe San Pablo. El amor es la fuente de todos los bienes, porque "a los que aman a Dios todo les sirve para el bien". El Amor es un don de la gracia divina y al mismo tiempo contribuye a aumentar la gracia. De este modo se realiza también nuestra vocación según el designio de Dios.

Hoy en unión con María imploramos esto para nosotros mismos.

– Vacaciones

Un pensamiento y un saludo particular quiero dirigir hoy a los jóvenes, a quienes el período de vacaciones ve fuera del marco de las ocupaciones habituales. Quisiera desear a cada uno de ellos que sepan hacer de estas semanas "diversas" una ocasión de crecimiento humano, en el encuentro con ambientes y personas nuevas, en la creación de amistades nuevas, en el contacto regenerador con la naturaleza, de la que la vida moderna aleja por fuerza con demasiada frecuencia. Las vacaciones se manifiestan de este modo como una experiencia tonificadora precisamente por las oportunidades que ofrece de ampliar, por una parte, el círculo de los propios conocimientos y, por otra, de encontrar la lozanía y el gozo de las cosas sencillas y genuinas, a las que la vida "artificial" de cada día nos ha deshabituado. Que de todo esto brote en el corazón un sentimiento de gratitud más viva hacia Aquel que es el Creador sabio de toda belleza visible y es la fuente última de todo amor auténtico.

***

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

Jesús, que comenzó su predicación anunciando la llegada del Reino de Dios con imágenes y metáforas para que, por ser una realidad misteriosa, resultara más accesible a la inteligencia y atractivo al corazón, hoy nos lo ilustra con la parábola del tesoro escondido, que al ser descubierto, gozosos por el hallazgo, se vende todo lo que se posee con tal de conseguirlo; y con la de un comerciante que buscando perlas finas –un experto en joyas– al encontrar una de gran valor hace otro tanto. Estas dos imágenes, el tesoro y la perla, son aplicadas en el AT a la Sabiduría.

La 1ª Lectura narra la aparición de Dios en sueños al joven rey Salomón, al que le dice: "Pídeme lo que quieras". El rey, anteponiendo la sabiduría para gobernar al pueblo y un corazón dócil para el bien, a la riqueza, el poder y una larga vida, agradó a Dios. El Reino de Dios es la Sabiduría y Bondad infinitas de Dios que quiere introducir a sus criaturas en la felicidad de su Vida intratrinitaria.

El Reino de los Cielos es ver y amar y sentirse amado por Alguien infinitamente mayor y mejor que nosotros mismos pero que nos quiere sentados en torno a su mesa. Es ver y amar al que ha creado lo que vemos y lo que no vemos, ese Universo que vemos parpadear en las noches claras y a través del instrumental técnico que poseemos; es esa inmensa asamblea de ángeles y santos con María, la Madre del Señor y nuestra, a la cabeza; es la felicidad, el amor y la vida para siempre; es lo que "ni ojo vio, ni oreja oyó, ni pasó por la mente del hombre lo que Dios tiene preparado a los que le aman" (1 Cor 2,9). Un Reino de justicia, de amor y de paz, tantas veces soñado por los hombres pero imposible de instaurarlo con nuestros propios recursos.

Ante esta realidad fascinante todo otro valor se eclipsa. De ahí que el Señor exhorte: "Buscad primero el Reino de Dios y su justicia y todo lo demás vendrá por añadidura. Por tanto, no os preocupéis por el mañana" (Mt 6,33). "Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá" (Mt 7,7). ¡Oración! ¡Lectura meditada y asidua de la Palabra de Dios para hallar ese **tesoro escondido y esa preciosa joya** y no quedar encandilados con el brillo prestado por Dios a las cosas de este mundo! "Os dirán –decía Juan Pablo II en una audiencia a miles de jóvenes– que el sentido de la vida está en el mayor número de *placeres* posibles; intentarán convenceros de que este mundo es el único que existe y que vosotros debéis atrapar todo lo que podáis para vosotros mismos, ahora... y cuando os sintáis infelices acudid a la evasión del alcohol o de la droga".

Debemos ponernos en guardia contra la ilusión de buscar un paraíso aquí en la tierra, que es el sueño de todos los materialismos. La experiencia y la razón previenen al hombre contra la tentación de creer que el esfuerzo humano puede lograr un porvenir libre de miserias. Es el sueño de todos los materialismos. La Historia más reciente, ha mostrado que el intento científicamente más ambicioso por lograr un paraíso aquí en la tierra, ha dado a luz un infierno de miseria, de sangre, de injusticias y muertes. Y en un plano más personal: ¡nuestro egoísmo y afán de independencia, no; que es una equivocación! ¡Nuestra sensualidad, no; que nos rebaja al nivel de las bestias, cosificando a quienes debemos respetar y amar! ¡Nuestra soberbia, no; que sería cómica ante la grandeza del Reino de Dios! ¡Nuestros proyectos humanos sólo, no; que aquí todo se acaba, que un día serán cenizas! ¡Cumplir el querer de Dios, sus indicaciones! ¡Vivir en gracia, en amistad con Él, secundando los grandes proyectos que Él tiene sobre la Humanidad: un Reino de justicia, de amor y de paz!

La vida de oración es la mejor garantía para conocer y valorar los dones que vienen de Dios permitiendo a cada uno juzgar con acierto sobre las cosas de esta vida. Santa Teresa estaba segura de la salvación de quien hiciera todos los días un cuarto de hora de oración.

***

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

«De un tesoro nos podemos apoderar; pero el Reino de Dios se apodera de nosotros»

I. LA PALABRA DE DIOS

1R 3,5.7-12: «Pediste discernimiento»

Sal 118,57 y 72.76-77.127-128.129-130: «Cuánto amo tu voluntad, Señor»

Rm 8,28-30: «Nos predestinó a ser imagen de su Hijo»

Mt 13,44-52: «Vende todo lo que tienes y compra el campo»

II. APUNTE BÍBLICO-LITÚRGICO

El Reino de Dios es la mayor realidad de esta vida, el bien supremo para el hombre. El Reino de Dios es la Salvación, la Sabiduría, el Amor de Dios que se nos comunica por Jesucristo.

El Reino de Dios se nos da gratuitamente; el hombre se «lo encuentra», después «va a vender todo lo que tiene». El Reino de Dios necesita un esfuerzo positivo y un ejercicio constante de la libertad personal para seguir a Jesucristo en el día a día de nuestra vida.

La liturgia confirma la enseñanza primera de la parábola con la narración del gesto de Salomón que, por encima de todo, pide al Señor y logra de Él un «corazón sabio e inteligente» y no «vida larga ni riquezas ni la vida de tus enemigos» (1ª Lect.).

El Reino de Dios es luz que ilumina al Dios escondido detrás de todos los acontecimientos cósmicos, humanos y sociales (2ª Lect.).

III. SITUACIÓN HUMANA

Nuestra sociedad ha dejado de ser idólatra. Porque la idolatría es propia de grupos religiosos. Ha pasado a adorarse a sí misma en sus intereses. Hoy nadie se plantea sustituir a Dios. Se plantea prescindir de Él. Pero ¿qué es antes? ¿la corrupción del hombre que prescinde de Dios o el abandonar a Dios para que el corazón del hombre corra tras otros tesoros? La respuesta, por retórica, es inútil.

IV. LA FE DE LA IGLESIA

La fe

– Los signos del Reino de Dios: “Los signos que lleva a cabo Jesús testimonian que el Padre le ha enviado. Invitan a creer en Jesús. Concede lo que le piden a los que acuden a Él con fe. Por tanto, los milagros fortalecen la fe en Aquel que hace las obras de su Padre: éstas testimonian que Él es el Hijo de Dios. Pero también pueden ser «ocasión de escándalo». No pretenden satisfacer la curiosidad ni los deseos mágicos. A pesar de tan evidentes milagros, Jesús es rechazado por algunos; incluso se le acusa de obrar movido por los demonios.” (548; cf. 547. 549. 550).

La respuesta

– La oración cristiana centrada en la búsqueda del Reino: «La petición cristiana está centrada en el deseo y la búsqueda del Reino que viene, conforme a las enseñanzas de Jesús. Hay una jerarquía en las peticiones: primero el Reino, a continuación lo que es necesario para acogerlo y para cooperar a su venida. Esta cooperación con la misión de Cristo y del Espíritu Santo que es ahora la de la Iglesia, es objeto de la oración de la comunidad apostólica. Es la oración de Pablo, el apóstol por excelencia, que nos revela cómo la solicitud divina por todas las Iglesias debe animar la oración cristiana. Al orar, todo bautizado trabaja en la Venida del Reino» (2632).

El testimonio cristiano

– «Incluso aunque esta oración no nos hubiera mandado pedir el advenimiento del Reino habríamos tenido que expresar esta petición, dirigiéndonos con premura a la meta de nuestras esperanzas. Las almas de los mártires, bajo el altar, invocan al Señor con grandes gritos: ¿Hasta cuándo, Dueño santo y veraz, vas a estar sin hacer justicia por nuestra sangre a los habitantes de la tierra? En efecto, los mártires deben alcanzar la justicia al fin de los tiempos. Señor, ¡apresura, pues, la venida de tu Reino! (Tertuliano, or. 5)» (2817).

El Evangelio nos está invitando siempre a revisar nuestra escala de valores. Y a que no pongamos ningún valor por encima del Reino de Dios.

HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO XVII DEL TIEMPO ORDINARIO

La red barredera.

– La red es imagen de la Iglesia, en la que hay justos y pecadores.

I. El Evangelio de la Misa nos presenta diversas parábolas acerca del Reino de los Cielos: el tesoro escondido, la perla de gran valor que encuentra un comerciante en perlas finas, la red barredera que echan en el mar y recoge toda clase de peces, unos buenos y otros malos. Al final se reúnen los buenos en un cesto y los malos se tiran. Esta red echada en el mar es imagen de la Iglesia, en cuyo seno hay justos y pecadores. En otros lugares el Señor enseña esta misma realidad: en su Iglesia, hasta el fin de los tiempos, habrá santos y quienes se han marchado de la casa paterna, malgastando la herencia recibida en el Bautismo; y todos pertenecen a ella, aunque de diverso modo.

"Mientras Cristo, *santo, inocente, inmaculado* (*Heb* 7, 26), no conoció el pecado (cfr. 2 *Cor* 5, 21), sino que vino únicamente a expiar los pecados del pueblo (cfr. *Heb* 2, 17), la Iglesia encierra en su propio seno a pecadores, y siendo al mismo tiempo santa y necesitada de purificación, avanza continuamente por la senda de la penitencia y de la renovación". Los pecadores, no obstante sus pecados, siguen perteneciendo a la Iglesia, por los valores espirituales que aún subsisten en ellos: el carácter indeleble del Bautismo y de la Confirmación, la fe y la esperanza teologales..., y por la caridad que llega a ellos en razón de los demás cristianos que luchan por ser santos. Quedan

asociados a quienes se empeñan cada día por amar más a Dios, de la misma manera que un miembro enfermo o paralítico participa y recibe el influjo de todo el cuerpo.

La Iglesia "sigue viviendo en sus hijos que no poseen ya la gracia. Lucha en ellos contra el mal que los corroe; se esfuerza por retenerlos en su seno, por vivificarlos continuamente al ritmo de su amor. Los conserva como se conserva un tesoro del que no se desprende uno más que cuando se ve obligado a ello. Y no es que quiera cargar con un peso muerto. Tan sólo espera que a fuerza de paciencia, de mansedumbre, de perdón, el pecador que no se haya separado totalmente de ella volverá para vivir en plenitud; que la rama adormecida, por la poca savia que en ella quedaba, no será cortada ni arrojada al fuego eterno, sino que tendrá tiempo para volver a florecer". La Iglesia no se olvida un solo día de que es Madre. Continuamente pide por sus hijos que se hallan enfermos, espera con infinita paciencia, trata de ayudarles con una caridad sin límites. Nosotros debemos hacer llegar hasta el Señor nuestras oraciones, y ofrecer el trabajo, el dolor, las fatigas, por aquellos que, perteneciendo a la Iglesia, no participan de la inmensa riqueza de la gracia, esa corriente de vida que fluye sin cesar, principalmente a través de los sacramentos. De modo muy particular debemos pedir cada día por aquellos con quienes nos unen vínculos más estrechos para que, si están enfermos, recobren plenamente la salud espiritual.

– A la Iglesia pertenecen sus hijos manchados por el pecado, pero no sus manchas. No debemos dejar que se juzgue a nuestra Madre por lo que precisamente no es: los errores de quienes no han sido fieles a su vocación cristiana.

II. Aunque en el Pueblo de Dios existan miembros alejados de la gracia vivificante y sean incluso causa de escándalo para muchos, la Iglesia misma, sin embargo, está libre de todo pecado. De ella se puede decir, de modo analógico y acomodado, lo que se dice de Cristo: es de arriba, no de abajo; es de origen divino. Cristo la tomó "como a su esposa, entregándose a Sí mismo por ella para santificarla, la unió a Sí mismo como su cuerpo y la enriqueció con el don del Espíritu Santo, para gloria de Dios (...). Esta santidad de la Iglesia se manifiesta continuamente y debe manifestarse en los frutos de la gracia que el Espíritu Santo produce en los fieles; se expresa de las maneras más diversas en cada uno de los que, según su condición de vida, tienden a la perfección de la caridad, edificando a los demás". Ella sabe que no es una formación de este mundo, ni un poder cultural religioso, ni una institución política, ni una escuela científica, sino una creación del Padre celestial por medio de Jesucristo. "En Ella ha depositado Cristo, el Enviado del Padre, su palabra y su obra, su vida y su salvación, y en Ella los dejó para todas las generaciones venideras".

Los pecadores pertenecen a la Iglesia, a pesar de sus pecados; todavía pueden volver a la casa paterna, aunque sea en el último instante de su vida. Por el Bautismo, llevan en sí una esperanza de reconciliación que ni aun los pecados más graves pueden borrar. El pecado que la Iglesia encuentra en su seno no es parte de ella; es, por el contrario, el enemigo contra el que habrá de luchar hasta el final de los tiempos, especialmente a través del sacramento de la Confesión. Sí pertenecen a ella sus hijos

manchados por el pecado, pero no sus manchas. Sería bien triste que nosotros, sus hijos, dejáramos que se juzgara a la Iglesia precisamente por lo que no es.

Como recordaba en una ocasión Juan Pablo II, la Iglesia "es Madre, en la que renacemos a la vida nueva en Dios; una madre debe ser amada. Ella es santa en su Fundador, medios y doctrina, pero formada por hombres pecadores; hay que contribuir positivamente a mejorarla, a ayudarla hacia una fidelidad siempre renovada, que no se logra con críticas corrosivas".

Cuando se habla de los defectos de la Iglesia en el pasado o en el presente, o se dice que la Iglesia debe purificar sus faltas, se olvida que esas faltas y esos errores se dieron y se dan precisamente por personas, con responsabilidad personal, que no vivieron su vocación cristiana y no llevaron a cabo la doctrina que Cristo dejó a su Iglesia; se olvida que Cristo *la ha adquirido para Sí, por medio de su Sangre*, que la ha purificado desde el comienzo para que aparezca en su presencia *totalmente resplandeciente, sin mancha, ni arruga, ni cosa semejante, sino santa e inmaculada*, que *es la Casa de Dios, columna y soporte de la verdad*.

Si amamos a la Iglesia no surgirá nunca en nosotros ese interés morboso de airear, como culpa de la Madre, las miserias de algunos de los hijos. La Iglesia, Esposa de Cristo, no tiene por qué entonar ningún mea culpa. *Nosotros sí (...). Éste es el verdadero* meaculpismo*, el personal, y no el que ataca a la Iglesia, señalando y exagerando los defectos humanos que, en esta Madre Santa, resultan de la acción en Ella de los hombres hasta donde los hombres pueden, pero que no llegarán nunca a destruir –ni a tocar, siquiera– aquello que llamábamos la santidad original y constitutiva de la Iglesia*.

– Frutos de santidad.

III. La Iglesia es santa y fuente de santidad en el mundo. Nos ofrece continuamente los medios para encontrar a Dios. "Esta piadosa Madre brilla sin mancha alguna en los sacramentos, con los que engendra siempre pureza; en las santísimas leyes, con que a todos manda y en los consejos del Evangelio, con que nos amonesta; y finalmente en los dones celestiales y carismas, con los que, inagotable en su fecundidad, da a luz incontables ejércitos de mártires, vírgenes y confesores".

Es fuente de santidad y la causa de la existencia de tantos santos a lo largo de los siglos. Primero fueron los mártires, que dieron su vida en testimonio de la fe que profesaban. Luego, la historia de la humanidad ha conocido el ejemplo de tantos hombres y mujeres que ofrecieron su vida por amor a Dios para ayudar a sus hermanos en todas las miserias y necesidades. No hay apenas indigencia humana que no haya despertado en la Iglesia la vocación de hombres y mujeres para solucionarla, llegando al heroísmo. Y son muchos, también hoy, los padres y madres de familia que gastan callada y heroicamente su vida, sacando la familia adelante en cumplimiento de la vocación que han recibido de Dios, y hombres y mujeres que en medio del mundo se han entregado por entero al Señor, viviendo la virginidad o el celibato, y, siendo ciudadanos corrientes, dan una especial gloria y alegría a Dios, santificándose en sus respectivas profesiones y ejerciendo un apostolado eficaz entre sus compañeros. La

Iglesia es santa porque todos sus miembros están llamados a la santidad, "lo mismo quienes pertenecen a la Jerarquía que los apacentados por ella".

En virtud de la santidad de su Fundador, la Iglesia, Esposa de Cristo, es siempre joven y siempre bella, sin mancha ni arruga, digna siempre de la complacencia divina. La santidad de la Iglesia es algo permanente y no depende del número de cristianos que vivan su fe hasta las últimas consecuencias, pues es santa por la acción constante en ella del Espíritu Santo, y no por el comportamiento de los hombres. Por esto, aun en los momentos más graves, *si las claudicaciones superasen numéricamente las valentías, quedaría aún esa realidad mística –clara, innegable, aunque no la percibamos con los sentidos– que es el Cuerpo de Cristo, el mismo Señor Nuestro, la acción del Espíritu Santo, la presencia amorosa del Padre*.

Pidamos al Señor que nosotros, miembros del Pueblo de Dios, de su Cuerpo Místico, crezcamos en *santidad personal* y seamos así buenos hijos de la Iglesia Santa. "Se necesitan –dice Juan Pablo II– heraldos del Evangelio expertos en humanidad, que conozcan a fondo el corazón del hombre de hoy, participen de sus gozos y esperanzas, de sus angustias y tristezas, y al mismo tiempo sean contemplativos, enamorados de Dios. Para esto se necesitan nuevos santos. Los grandes evangelizadores de Europa han sido los santos. Debemos suplicar al Señor que aumente el espíritu de santidad en la Iglesia y nos mande nuevos santos para evangelizar el mundo de hoy".

Rev. D. Enric PRAT i Jordana (Sort, Lleida, España) (www.evangeli.net)

IR A ÍNDICE DOMINGO XVII DEL TIEMPO ORDINARIO

«Un tesoro escondido en un campo; un mercader que anda buscando perlas finas»

Hoy, el Evangelio nos quiere ayudar a mirar hacia dentro, a encontrar algo escondido: «El Reino de los Cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo» (Mt 13,44). Cuando hablamos de tesoro nos referimos a algo de valor excepcional, de la máxima apreciación, no a cosas o situaciones que, aunque amadas, no dejan de ser fugaces y chatarra barata, como son las satisfacciones y placeres temporales: aquello con lo que tanta gente se extenúa buscando en el exterior, y con lo que se desencanta una vez encontrado y experimentado.

El tesoro que propone Jesús está enterrado en lo más profundo de nuestra alma, en el núcleo mismo de nuestro ser. Es el Reino de Dios. Consiste en encontrarnos amorosamente, de manera misteriosa, con la Fuente de la vida, de la belleza, de la verdad y del bien, y en permanecer unidos a la misma Fuente hasta que, cumplido el tiempo de nuestra peregrinación, y libres de toda bisutería inútil, el Reino del cielo que hemos buscado en nuestro corazón y que hemos cultivado en la fe y en el amor, se abra como una flor y aparezca el brillo del tesoro escondido.

Algunos, como san Pablo o el mismo buen ladrón, se han topado súbitamente con el Reino de Dios o de manera impensada, porque los caminos del Señor son infinitos, pero normalmente, para llegar a descubrir el tesoro, hay que buscarlo intencionadamente: «También es semejante el Reino de los Cielos a un mercader que anda buscando perlas finas» (Mt 13,45). Quizá este tesoro sólo es encontrado por aquellos que no se dan por satisfechos fácilmente, por los que no se contentan con poca cosa, por los idealistas, por los aventureros.

En el orden temporal, de los inquietos e inconformistas decimos que son personas ambiciosas, y en el mundo del espíritu, son los santos. Ellos están dispuestos a venderlo todo con tal de comprar el campo, como lo dice san Juan de la Cruz: «Para llegar a poseerlo todo, no quieras poseer algo en nada».

EXAMEN DE CONCIENCIA PARA SACERDOTES – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís

IR A ÍNDICE DOMINGO XVII DEL TIEMPO ORDINARIO

Construir el Reino de los cielos en el mundo

«Conviértanse, porque el Reino de los cielos ha llegado».

Eso dice Jesús.

Y te lo dice a ti primero, sacerdote, porque tú has encontrado un tesoro, y lo has dejado todo para hacerlo tuyo, y has entregado a Dios tu vida para tenerlo, para cuidarlo, para protegerlo, para construir con Él su Reino.

Tú eres, sacerdote, el hombre más afortunado del mundo, porque tu riqueza es un Reino que no es de este mundo, y tú no eres del mundo, pero eres constructor del Reino de los cielos en el mundo, para conquistar y liberar a las almas que han nacido encadenadas al mundo, por el pecado original.

Tú has encontrado un tesoro, sacerdote, que no es para guardar. Tú has sido configurado con Él, para que el mundo lo vea brillar, para que lo encuentren, para que lo hagan suyo, para que se enriquezcan, y todos sean uno con Él. Tu tesoro es Cristo vivo, y su Reino ha sido establecido a través de la Santa Iglesia, en la que el santo pueblo de Dios ha sido reunido para ser constituido en un Reino de sacerdotes para Dios Padre.

Por tanto, tú eres, sacerdote, un tesoro de Dios para el mundo.

Y tú ¿te has dejado encontrar? ¿Te has permitido brillar?

¿Has enriquecido a aquellos con los que has convivido, o sigues escondido en el campo y no conocen tu valor?

¿Comprendes lo que quiere decir que el Reino de los cielos ha llegado, y que tú has sido predestinado y llamado para ser parte?

¿Participas activamente en su construcción?

¿Acudes constantemente a la oración?

¿Valoras como un tesoro cada encuentro con tu Señor?

Alégrate, sacerdote, porque el tesoro de Dios vive en ti, y en tu vocación, para llevar a las almas a la conversión a través de la misericordia de tu Señor, que les ha ganado la salvación.

Pero conviértete tú primero, sacerdote, y cree en el Evangelio. Saca lo nuevo y saca lo viejo que hay en tu corazón, para que puedas alcanzar una verdadera y total renovación de tu alma sacerdotal.

Y muéstrale al mundo tu fe con obras, sacerdote, haciendo la voluntad de tu Señor, con lo que muestres su alegría por haber encontrado en ti un tesoro, porque eres un hombre según su corazón.

Agradece, sacerdote, el amor de tu Señor, que te ha buscado hasta encontrarte, y lo ha dado todo, hasta su vida, para salvarte, y se ha quedado contigo todos los días de tu vida, para conservarte y contigo glorificar a su Padre, enriqueciendo sus tesoros, llevando muchas almas al cielo.

Confía, sacerdote, en la Palabra de tu Señor, y ponla en práctica, pidiéndole con humildad, que te conceda con generosidad un único tesoro: sabiduría de corazón, para construir el Reino de los cielos en la tierra, para que se haga la voluntad del Padre en la tierra como en el cielo.

(*Espada de Dos Filos* IV, n. 37)

(Para pedir una suscripción gratuita por email del envío diario de "Espada de Dos Filos", - facebook.com/espada.de.dos.filos12- enviar nombre y dirección a: espada.de.dos.filos12@gmail.com)

Domingo XVIII del Tiempo Ordinario (ciclo A)

IR A ÍNDICE GENERAL

(Comentarios sobre las Lecturas propias de la Santa Misa para meditar y preparar la homilía)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)**
- **SAN AGUSTÍN (www.homiletica.com.ar)**
- **FRANCISCO – Ángelus 2014 y 2020**
- **BENEDICTO XVI – Ángelus 2008 y 2011**
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos**
- **RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)**
- **PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes**
- **FLUVIUM (www.fluvium.org)**
- **PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)**
- **UNA CITA CON DIOS – Pablo Cardona**
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)**
  - **Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva**
  - **Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica**
- **HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)**
- **Fr. Roger J. LANDRY (Hyannis, Massachusetts, Estados Unidos) (www.evangeli.net)**
- **EXAMEN DE CONCIENCIA PARA SACERDOTES – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís**

***

DEL MISAL MENSUAL

IR A ÍNDICE DOMINGO XVIII DEL TIEMPO ORDINARIO

ESCÚCHENME y VIVIRÁN

Is 55, 1-3; Mt 14, 13-21

Las promesas de bendición que comunica el profeta Isaías en la primera lectura se cumplen de manera germinal en la escena de la multiplicación de los panes. Para Isaías no hay incertidumbre alguna acerca de los beneficios que acarrea mantener una

relación de escucha y fidelidad con Dios. La alianza entre Dios e Israel implica compromisos mutuos. Dios protege y bendice a los hijos de Israel y éstos se disponen a vivir como oyentes de la palabra de Dios. Es una relación elegida entre un Señor y un siervo. Es una relación asimétrica entre el Señor de la historia y la criatura que se sabe y se siente amada por Dios. Las comidas que Jesús ofrecía a sus discípulos, lo mismo que las que éstos le ofrecían a él, eran señales de la comunión de vida y amor que se suscitaba entre los seguidores y el Maestro. La nueva familia brotaba de vínculos de fe y se fortalecía en la convivencia cálida y fraterna.

ANTÍFONA DE ENTRADA **Sal 69, 2. 6**

Dios mío, ven en mi ayuda; Señor, date prisa en socorrerme. Tú eres mi auxilio y mi salvación; Señor, no tardes.

ORACIÓN COLECTA

Ayuda, Señor, a tus siervos, que imploran tu continua benevolencia, y ya que se glorían de tenerte como su creador y su guía, renueva en ellos tu obra creadora y consérvales los dones de tu redención. Por nuestro Señor Jesucristo ...

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

Vengan a comer.

Del libro del profeta Isaías: 55, 1-3

Esto dice el Señor: "Todos ustedes, los que tienen sed, vengan por agua; y los que no tienen dinero, vengan, tomen trigo y coman; tomen vino y leche sin pagar.

¿Por qué gastar el dinero en lo que no es pan y el salario, en lo que no alimenta?

Escúchenme atentos y comerán bien, saborearán platillos sustanciosos. Préstenme atención, vengan a mí, escúchenme y vivirán. Sellaré con ustedes una alianza perpetua, cumpliré las promesas que hice a David".

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 144, 8-9. 15-16. 17-18.

R/. Abres, Señor, tu mano y nos sacias de favores.

El Señor es compasivo y misericordioso, lento para enojarse y generoso para perdonar. Bueno es el Señor para con todos y su amor se extiende a todas sus creaturas. ***R/.***

A ti, Señor, sus ojos vuelven todos y tú los alimentas a su tiempo. Abres, Señor, tus manos generosas y cuantos viven quedan satisfechos. ***R/.***

Siempre es justo el Señor en sus designios y están llenas de amor todas sus obras. No está lejos de aquellos que lo buscan; muy cerca está el Señor, de quien lo invoca. ***R/.***

SEGUNDA LECTURA

Nada podrá apartarnos del amor que Dios nos ha manifestado en Cristo Jesús.

De la carta del apóstol san Pablo a los romanos: 8, 35. 37-39

Hermanos: ¿Qué cosa podrá apartarnos del amor con que nos ama Cristo? ¿Las tribulaciones? ¿Las angustias? ¿La persecución? ¿El hambre? ¿La desnudez? ¿El peligro? ¿La espada?

Ciertamente de todo esto salimos más que victoriosos, gracias a aquel que nos ha amado; pues estoy convencido de que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los demonios, ni el presente ni el futuro, ni los poderes de este mundo, ni lo alto ni lo bajo, ni creatura alguna podrá apartarnos del amor que nos ha manifestado Dios en Cristo Jesús.

Palabra de Dios.

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Mt 4, 4

R/. Aleluya, aleluya.

No sólo de pan vive el hombre, sino también de toda palabra que sale de la boca de Dios. ***R/.***

EVANGELIO

Comieron todos hasta saciarse.

+ Del santo Evangelio según san Mateo: 14, 13-21

En aquel tiempo, al enterarse Jesús de la muerte de Juan el Bautista, subió a una barca y se dirigió a un lugar apartado y solitario. Al saberlo la gente, lo siguió por tierra desde los pueblos. Cuando Jesús desembarcó, vio aquella muchedumbre, se compadeció de ella y curó a los enfermos.

Como ya se hacía tarde, se acercaron sus discípulos a decirle: "Estamos en despoblado y empieza a oscurecer. Despide a la gente para que vayan a los caseríos y compren algo de comer". Pero Jesús les replicó: "No hace falta que vayan. Denles ustedes de comer", Ellos le contestaron: "No tenemos aquí más que cinco panes y dos pescados". Él les dijo: "Tráiganmelos".

Luego mandó que la gente se sentara sobre el pasto. Tomó los cinco panes y los dos pescados, y mirando al cielo, pronunció una bendición, partió los panes y se los dio a los discípulos para que los distribuyeran a la gente. Todos comieron hasta saciarse, y con los pedazos que habían sobrado, se llenaron doce canastos. Los que comieron eran unos cinco mil hombres, sin contar a las mujeres y a los niños.

Palabra del Señor.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Santifica, Señor, por tu piedad, estos dones y al recibir en oblación este sacrificio espiritual, conviértenos para ti en una perenne ofrenda. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Sb 16, 20

Nos has enviado, Señor, pan del cielo, que encierra en sí toda delicia, y satisface todos los gustos.

O bien: Jn 6, 35

Yo soy el pan de vida, dice el Señor. Quien venga a mí no tendrá hambre, y quien crea en mí no tendrá sed.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Acompaña, Señor, con tu permanente auxilio, a quienes renuevas con el don celestial, y a quienes no dejas de proteger, concédeles ser cada vez más dignos de la eterna redención. Por Jesucristo, nuestro Señor.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

IR A ÍNDICE DOMINGO XVIII DEL TIEMPO ORDINARIO

¡Sedientos, venid a las aguas! (Is 55,1-3)

1ª lectura

La invitación al banquete de la Alianza sirve de epílogo a la segunda parte del libro de Isaías, y evoca los mismos temas del cap. 40, que viene a ser su prólogo. Ambos capítulos dan unidad literaria y temática a esta parte del libro. De alguna manera el oráculo aquí recogido resume la doctrina de los capítulos precedentes: la invitación al banquete de la Alianza (vv. 1-3), que recuerda al que celebró Moisés en el Sinaí (Ex 24,5.11); la renovación de la Alianza con David en Sión (vv. 4-5); la transcendencia de Dios que no se contamina con los delitos de los hombres (vv. 8-9); la eficacia de la palabra de Dios (vv. 10-11), y, como síntesis final, la actualización del éxodo como expresión de fe en la constante y renovada salvación de Dios (vv. 12-13).

Estos oráculos constituyen una llamada a la conversión a Dios, a beneficiarse de sus dones salvíficos que se reparten gratuitamente: «Venid a las aguas» (v. 1), «venid a Mí» (v. 3), «buscad al Señor» (v. 6), «que el impío deje su camino» (v. 7). En su origen la llamada se dirige a los exiliados en Babilonia, para que vuelvan a Jerusalén; pero la exhortación transciende cualquier concreción histórica para convertirse en permanente y universal. En efecto, la alusión a una Alianza eterna, en continuidad con el cumplimiento de las promesas hechas a David (cfr v. 3), puede ser entendida desde la fe cristiana como un anticipo de la nueva y eterna Alianza sellada con la Sangre de nuestro Señor Jesucristo, prenda de salvación para toda la humanidad. En la Eucaristía, banquete de la Nueva Alianza, se hacen plena realidad las palabras del profeta en las palabras que el Señor pronunció al instituir este sacramento: «Tomad y comed» (cfr v. 1) el verdadero pan de vida, el manjar más exquisito, que no se puede comprar con nada (vv. 1-3). Por eso la invitación del profeta sigue siendo una llamada a que el cristiano se beneficie de la Sagrada Eucaristía. Pablo VI, exhortando a los fieles a participar en la celebración dominical, escribía: «¿Cómo podrían abandonar este encuentro, este banquete que Cristo nos prepara con su amor? ¡Que la participación sea muy digna y festiva a la vez! Cristo, crucificado y glorificado, viene en medio de sus discípulos para conducirlos juntos a la renovación de su resurrección. Es la cumbre,

aquí abajo, de la Alianza de amor entre Dios y su pueblo: signo y fuente de alegría cristiana, preparación para la fiesta eterna» (*Gaudete in Domino*, n. 322).

¿Quién nos apartará del amor de Cristo? (Rm 8,35.37-39)

2ª lectura

Estos versículos son como una recapitulación de lo expuesto en todo el capítulo. Expresan una de las declaraciones más elocuentes de Pablo: la fuerza omnipotente de Aquel que ama a la criatura humana, hasta el punto de entregar a la muerte a su propio Hijo Unigénito, hará que salgamos victoriosos de los ataques y padecimientos. Los cristianos, con tal de que queramos acoger los beneficios divinos, podemos tener la certeza de alcanzar la salvación, porque Dios no dejará de darnos las gracias necesarias. Nada de lo que nos pueda ocurrir podrá apartarnos del Señor: ni temor de la muerte, ni amor de la vida, ni príncipes de los demonios, ni potestades del mundo, ni tormentos que nos hacen sufrir…

Con la enumeración de fuerzas superiores al hombre (vv. 38-39), San Pablo quiere expresar que nada ni nadie es más fuerte que el amor irrevocable que se nos ha dado en Cristo Jesús. Es cierto que todavía, mientras vivimos, no hemos alcanzado la salvación, pero tenemos la certeza de lograrla merced a las gracias que Dios no deja de darnos. Éste es el motivo por el cual vivimos como hijos de Dios, sin miedo a la vida ni miedo a la muerte. «Mientras contemos con el amor de Dios, no recibiremos ningún daño. En efecto, el amor con que nos ha amado ha raptado nuestro afecto hacia Él, nos ha conseguido que no sintamos ni el dolor ni la crucifixión del cuerpo. Por eso, *en todas las cosas venceremos*. Eso es lo que dice la esposa del *Cantar de los Cantares*, al afirmar: *Estoy herida por el amor* (Ct 2,5). Así también recibe nuestra alma la herida del amor de Cristo; aunque el cuerpo sea entregado a la espada, no sentirá las heridas de la carne gracias a la herida del amor» (Orígenes, *Commentarii in Romanos* 7,11).

La multiplicación de los panes (Mt 14,13-21)

Evangelio

Con la multiplicación de los panes el Señor indica simbólicamente la formación del nuevo Pueblo de Dios. San Mateo se fija especialmente en los sentimientos del corazón del Señor ante las necesidades de los hombres. Por eso, además del milagro de la multiplicación, recuerda la curación de los enfermos (v. 14).

El relato, en el conjunto de las acciones de Jesús, muestra que Él no está sólo satisfaciendo la necesidad corporal de las muchedumbres, sino que con sus gestos —que son muy semejantes a los de la institución de la Eucaristía (v. 19; cfr 26,26)— anuncia el banquete mesiánico en el que Él es el anfitrión. Por eso, en la tradición cristiana el milagro ha sido interpretado como una figura anticipada de la Sagrada Eucaristía.

Jesús, para realizar este gran milagro, busca la libre cooperación de los hombres, y quiere, de sus discípulos, que aporten los panes y los peces, y que los distribuyan a la muchedumbre. Algo semejante ocurre en la Iglesia donde el Señor se nos ofrece en el banquete eucarístico a través de sus ministros.

SAN AGUSTÍN (www.homiletica.com.ar)

IR A ÍNDICE DOMINGO XVIII DEL TIEMPO ORDINARIO

La multiplicación de los panes

Desde este pasaje: «Después de esto se fue Jesús al otro lado del mar de Galilea, que es el lago de Tiberíades», hasta aquél: «Este es, sin duda, el gran profeta que ha de venir al mundo»

Los milagros que realizó nuestro Señor Jesucristo son, en verdad, obras divinas, que convidan a la mente humana a elevarse a la inteligencia de Dios por el espectáculo de las cosas visibles. Dios no es una sustancia tal, que con los ojos se pueda ver; y los milagros con los que rige el mundo y gobierna toda criatura han perdido su valor por su asiduidad, hasta el punto que casi nadie mira con atención las maravillosas y estupendas obras de Dios en un grano de una semilla cualquiera; y por eso se reservó en su misericordia algunas para realizarlas en tiempo oportuno, fuera del curso habitual y leyes de la naturaleza, con el fin de que viendo, no obras mayores, sino nuevas, asombrasen a quienes no impresionan ya las obras de todos los días. Porque mayor milagro es el gobierno del mundo que la acción de saciar a cinco mil hombres con cinco panes. Sin embargo, en aquél nadie se fija ni nadie lo admira; en ésta, en cambio, se fijan todos con admiración, no porque sea mayor, sino porque es rara, porque es nueva. ¿Quién es el que alimenta ahora también al mundo entero sino el mismo que hace que de pocos granos broten mieses abundantes? Obró, pues, como Dios. Porque lo que hace que de pocos granos se produzcan abundantes mieses, es lo que multiplica en manos de Cristo los cinco panes. El poder en las manos de Cristo existía; aquellos cinco panes eran como semillas, no sembradas en la tierra, sino multiplicadas por el mismo que hizo la tierra. Esto es lo que se hace presente a los sentidos para levantar nuestro espíritu y se muestra a los ojos para ejercicio de nuestra inteligencia, con el fin de admirar así al invisible Dios por el espectáculo de las obras visibles; y así elevados hasta la fe y purificados por la misma fe, lleguemos a desear ver invisiblemente al mismo Invisible, que ya conocíamos por las cosas visibles.

No basta, sin embargo, contemplar sólo esto en los milagros de Cristo. Preguntemos a los milagros mismos qué es lo que nos dicen de Cristo, ya que también tienen su lenguaje, pero es con tal de que se entienda; pues como el mismo Cristo es la palabra de Dios, así también los hechos del Verbo son palabras para nosotros. Luego, así como hemos oído la grandeza de este milagro, investiguemos también su gran profundidad. No nos contentemos con la delectación meramente superficial; profundicemos su perfecta sublimidad. Eso mismo que de fuera causa nuestra admiración, encierra allá adentro algo. Hemos visto, hemos contemplado algo grande, algo excelso, algo que es enteramente divino y que sólo Dios lo puede realizar; y por la obra hemos prorrumpido en alabanzas de su Hacedor. Pero así como, si viéramos en un códice letras hermosamente hechas, no nos satisfaría la sola alabanza de la perfección de la mano del escritor que tan parecidas e iguales y hermosas las hizo si no

llegamos por la lectura a entender lo que en ellas nos quiso decir, lo mismo sucede aquí: quienes sólo miran este hecho por de fuera, les deleita su belleza hasta llegar a la admiración del artífice; más el que lo entiende es como el que lee. Una pintura se ve de manera distinta que una escritura. Así, cuando ves una pintura, ya lo has visto todo, ya lo has alabado todo; en cambio, cuando ves una escritura, no es el todo verla; la misma escritura te está urgiendo a que la leas. También tú mismo, cuando ves una escritura y tal vez no sabes leerla, te expresas así: ¿Qué habrá escrito aquí? Preguntas por lo que está escrito, siendo así que la escritura ya la ves. Otra cosa muy distinta te va a mostrar aquel a quien tú pides la explicación de lo que has visto. Aquél tiene unos ojos y tú tienes otros, ¿No veis, acaso, los dos igualmente la escritura? Sí, pero no conocéis igualmente los signos. Tú, pues, ves y alabas; el otro ve y alaba, lee y entiende. Puesto que lo hemos visto y lo hemos alabado, leámoslo y entendámoslo.

El Señor sobre la montaña. Vemos mucho más, ya que el Señor sobre la montaña es el Verbo en las alturas. Por eso, lo que en la montaña se realizó no es un hecho oscuro y despreciable ni se debe pasar sobre él de ligero, sino que se debe mirar con toda atención. Vio las turbas y se dio cuenta de que tenían hambre, y misericordiosamente les dio de comer hasta hartadas, no sólo con su bondad, sino también con su poder. ¿De qué sirve la bondad sólo, cuando falta el pan con que alimentar a la hambrienta turba? La bondad sin el poder hubiera dejado en ayunas y hambrienta a aquella gran multitud. Finalmente, los discípulos que estaban con el Señor se dieron cuenta también del hambre de las turbas y querían alimentarlas para que no desfalleciesen; pero no tenían con qué. El Señor pregunta dónde se podría comprar pan para dar de comer a las turbas. Y la Escritura dice: Hablaba así para probarle. Se refiere al discípulo Felipe, a quien había hecho la pregunta. Porque Él sabía bien lo que iba a hacer. ¿Qué bien intentaba con la prueba sino mostrar la ignorancia del discípulo? Y tal vez también quiso significar algo con la revelación de la ignorancia del discípulo. Entonces aparecerá, cuando comience a revelarnos el misterio mismo de los cinco panes e indicarnos su significación. Allí se verá por qué el Señor quiso mostrar en este hecho la ignorancia del discípulo preguntando lo que El tan bien sabía. A veces se pregunta lo que no se sabe con la intención de oírlo, para saberlo, y otras veces se pregunta lo que se sabe con la intención de saber si lo sabe aquel a quien se hace la pregunta. El Señor sabía estas dos cosas: sabía lo que preguntaba, porque sabía bien lo que iba a hacer, y sabía igualmente que Felipe no lo sabía. ¿Por qué le pregunta sino para poner al descubierto su ignorancia? Ya se sabrá después, como he dicho, por qué obró así.

Díjole Andrés: Hay aquí un muchacho que tiene cinco panes y dos peces; pero ¿qué es esto para tantos? Cuando a la pregunta del Señor contesta Felipe que doscientos denarios no son suficientes para la refección de tanta gente, había allí un muchacho que llevaba cinco panes de cebada y dos peces. Y díceles Jesús: Ordenad que la gente se siente. Había allí mucha hierba, y se sentaron como cinco mil hombres. Toma el Señor Jesús los panes y da gracias, y ordena que se dividan los panes, puestos en presencia de los allí sentados. No eran ya cinco panes, sino lo que había añadido el que hizo la multiplicación. Y de los peces les dio cuanto querían. Es poco decir que

sació a aquella turba; quedaron, además, muchos fragmentos, que mandó recoger para que no se perdieran. Con los fragmentos llenaron doce canastos.

Voy a abreviar para ir de prisa. Los cinco panes significan los cinco libros de Moisés. Con razón no son panes de trigo, sino de cebada, ya que son libros del Antiguo Testamento. Sabéis que la cebada es de tal naturaleza, que difícilmente se llega a su medula. Está recubierta la medula misma de una envoltura de paja tan tenaz y tan adherida, que con dificultad se separa. Así está la letra del Antiguo Testamento; está cubierta con la envoltura de misterios carnales; pero, si se logra llegar hasta su medula, alimenta y sacia. Llevaba, pues, un muchacho cinco panes y dos peces. Si queremos saber cuál es este muchacho, tal vez es el pueblo de Israel. Los llevaba como un niño y sin comer de ellos. Esas cosas que llevaba encerradas pesaban, y abiertas nutrían. Los dos peces me parece que significan aquellos dos sublimes personajes del Antiguo Testamento que eran ungidos para santificar y regir al pueblo: el sacerdote y el rey. Y, por fin, llega en el misterio el mismo que estos personajes significaban; llega, por fin, el que se mostraba por la medula de la cebada y que se ocultaba por las pajas de la misma. Llega Él solo, reuniendo en sí mismo a ambos personajes, sacerdote y rey: sacerdote, porque se ofreció a sí mismo a Dios por nosotros; y rey, porque Él es quien nos rige. Y así queda abierto lo que llevaba cerrado. Gracias a Él, que cumple por sí mismo lo que prometió por el Antiguo Testamento. Y mandó que se dividiesen los panes, y al hacer la división se multiplican. Nada más verdadero. Pues estos cinco libros de Moisés, ¿cuántos libros no han producido al exponerlos, que es como partirlos, es decir, comentarlos? Más en aquella cebada estaba encubierta la ignorancia del pueblo, del que se dijo: Cuando se lee a Moisés, cubre un velo su corazón. En efecto, no se había quitado el velo todavía, porque no había venido Cristo; no se había todavía rasgado, pendiente El en la cruz, el velo del templo. El pueblo, pues, ignoraba la ley, y por eso aquella prueba del Señor se ordenaba a hacer patente la ignorancia del discípulo.

No hay circunstancia alguna inútil, todo tiene sentido; pero hace falta que haya quien lo entienda. Así, el número de las personas que fueron alimentadas significaba el pueblo bajo el dominio de la ley. ¿Por qué eran cinco mil sino porque estaban bajo el dominio de la ley, que está explícita en los cinco libros de Moisés? Por la misma razón se colocaban los enfermos bajo aquellos cinco pórticos y no se curaban. Más el que allí curó al enfermo es el mismo que alimentó aquí a las turbas con cinco panes. Ellas estaban sentadas sobre el heno. Es que entendían carnalmente y reposaban sobre carne: Toda carne es heno ¿Qué significan los fragmentos sino aquello que el pueblo no pudo comer? Hay que ver allí misterios de la inteligencia que la multitud no puede comprender. ¿Qué hay que hacer, pues, sino que esos misterios que la multitud no puede entender se confíen a aquellos que son capaces de enseñar a otros también, como eran los apóstoles? Por eso se llenaron doce canastos. Esto es un hecho maravilloso, por lo grande que es y además útil, porque es un hecho espiritual. Quienes lo presenciaron quedaron pasmados, y nosotros quedamos insensibles cuando los oímos. Se hizo para que ellos lo vieran y se escribió para que nosotros lo oigamos. Lo que ellos pudieron por los ojos, lo podemos nosotros por la fe. Vemos con el espíritu

lo que no podemos con los ojos. Y somos a ellos preferidos, porque de nosotros se dijo: Bienaventurados los que no ven y creen. Y añado que tal vez hemos comprendido también lo que no comprendió aquella gente. Y verdaderamente hemos sido alimentados nosotros, porque hemos podido llegar hasta la medula del grano de cebada.

¿Qué dice, finalmente, aquella gente que presenció el milagro? Aquella gente decía: Este es, sin duda, un profeta. Tal vez miraban a Cristo como profeta, porque estaban sentados sobre heno. Más Él era el Señor de los profetas, el inspirador y el santificador de los profetas, pero profeta también; porque se dijo también a Moisés:

Levantaré entre ellos un profeta semejante a ti; semejante en la carne, pero no en la majestad. Claramente se explica y se lee en los Hechos de los Apóstoles que aquella promesa del Señor miraba a Cristo. El mismo Señor habla así de sí mismo: No existe profeta alguno sin honor sino en su patria. El Señor es profeta, el Señor es el Verbo de Dios, y no hay profeta que profetice sin el Verbo de Dios. Con los profetas está el Verbo de Dios, y profeta es también el Verbo de Dios. Los tiempos que nos han precedido merecieron profetas inspirados y llenos del Verbo de Dios; nosotros, en cambio, merecimos al profeta, que es el mismo Verbo de Dios. Como Cristo es profeta y Señor de los profetas, así también Cristo es ángel y Señor de los ángeles. El mismo es llamado ángel del gran consejo. ¿Qué dice, sin embargo, en otro lugar el profeta? Que ningún legado ni ángel, sino El mismo, vendría a salvarlos; es decir, que no enviaría legado ni ángel, sino que vendría El mismo. ¿Quién vendrá? El ángel mismo. No por un ángel, sino por El, que es ángel y también Señor de los ángeles. Ángel en latín es heraldo. Si Cristo no anunciara nada, no sería ángel; como, si no profetizara, tampoco sería profeta. Él nos excita a la fe, a la conquista de la vida eterna. El anuncia cosas presentes y predice cosas futuras. Él es ángel, porque anuncia cosas presentes, y profeta, porque predice las futuras. Es el Señor de los ángeles y de los profetas, porque el Verbo de Dios se hizo carne.

***Tratados sobre el Evangelio de San Juan* (t. XIII), Tratado 24, 1-7, BAC Madrid 1968, 541-49**

FRANCISCO – Ángelus 2014 y 2020

IR A ÍNDICE DOMINGO XVIII DEL TIEMPO ORDINARIO

2014

Compasión – Compartir - Eucaristía

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Este domingo el Evangelio nos presenta el milagro de la multiplicación de los panes y los peces (*Mt* 14, 13-21). Jesús lo realizó en el lago de Galilea, en un sitio aislado donde se había retirado con sus discípulos tras enterarse de la muerte de Juan el Bautista. Pero muchas personas lo siguieron y lo encontraron; y Jesús, al verlas, sintió

compasión y curó a los enfermos hasta la noche. Los discípulos, preocupados por la hora avanzada, le sugirieron que despidiese a la multitud para que pudiesen ir a los poblados a comprar algo para comer. Pero Jesús, tranquilamente, respondió: «Dadles vosotros de comer» (*Mt* 14, 16); y haciendo que le acercasen cinco panes y dos peces, los bendijo, y comenzó a repartirlos y a darlos a los discípulos, que los distribuían a la gente. Todos comieron hasta saciarse e incluso sobró.

En este hecho podemos percibir tres mensajes. El primero es la *compasión*. Ante la multitud que lo seguía y —por decirlo así— «no lo dejaba en paz», Jesús no reacciona con irritación, no dice: «Esta gente me molesta». No, no. Sino que reacciona con un sentimiento de compasión, porque sabe que no lo buscan por curiosidad, sino por necesidad. Pero estemos atentos: compasión —lo que siente Jesús— no es sencillamente sentir piedad; ¡es algo más! Significa *com-patir*, es decir, identificarse con el sufrimiento de los demás, hasta el punto de cargarla sobre sí. Así es Jesús: sufre junto con nosotros, sufre con nosotros, sufre por nosotros. Y la señal de esta compasión son las numerosas curaciones que hizo. Jesús nos enseña a anteponer las necesidades de los pobres a las nuestras. Nuestras exigencias, incluso siendo legítimas, no serán nunca tan urgentes como las de los pobres, que no tienen lo necesario para vivir. Nosotros hablamos a menudo de los pobres. Pero cuando hablamos de los pobres, ¿nos damos cuenta de que ese hombre, esa mujer, esos niños no tienen lo necesario para vivir? Que no tienen para comer, no tienen para vestirse, no tienen la posibilidad de tener medicinas... Incluso que los niños no tienen la posibilidad de ir a la escuela. Por ello, nuestras exigencias, incluso siendo legítimas, no serán nunca tan urgentes como las de los pobres que no tienen lo necesario para vivir.

El segundo mensaje es el *compartir*. El primero es la compasión, lo que sentía Jesús, el segundo es el compartir. Es útil confrontar la reacción de los discípulos, ante la gente cansada y hambrienta, con la de Jesús. Son distintas. Los discípulos piensan que es mejor despedirla, para que puedan ir a buscar el alimento. Jesús, en cambio, dice: dadles vosotros de comer. Dos reacciones distintas, que reflejan dos lógicas opuestas: los discípulos razonan según el mundo, para el cual cada uno debe pensar en sí mismo; razonan como si dijesen: «Arreglaos vosotros mismos». Jesús razona según la lógica de Dios, que es la de compartir. Cuántas veces nosotros miramos hacia otra parte para no ver a los hermanos necesitados. Y este mirar hacia otra parte es un modo educado de decir, con guante blanco, «arreglaos solos». Y esto no es de Jesús: esto es egoísmo. Si hubiese despedido a la multitud, muchas personas hubiesen quedado sin comer. En cambio, esos pocos panes y peces, compartidos y bendecidos por Dios, fueron suficientes para todos. ¡Y atención! No es magia, es un «signo»: un signo que invita a tener fe en Dios, Padre providente, quien no hace faltar «nuestro pan de cada día», si nosotros sabemos compartirlo como hermanos.

Compasión, compartir. Y el tercer mensaje: el prodigio de los panes prenuncia *la Eucaristía*. Se lo ve en el gesto de Jesús que «lo bendijo» (v. 19) antes de partir los panes y distribuirlos a la gente. Es el mismo gesto que Jesús realizará en la última Cena, cuando instituirá el memorial perpetuo de su Sacrificio redentor. En la Eucaristía Jesús no da un pan, sino *el* pan de vida eterna, se dona a Sí mismo,

entregándose al Padre por amor a nosotros. Y nosotros tenemos que ir a la Eucaristía con estos sentimientos de Jesús, es decir, la compasión y la voluntad de compartir. Quien va a la Eucaristía sin tener compasión hacia los necesitados y sin compartir, no está bien con Jesús.

Compasión, compartir, Eucaristía. Este es el camino que Jesús nos indica en este Evangelio. Un camino que nos conduce a afrontar con fraternidad las necesidades de este mundo, pero que nos conduce más allá de este mundo, porque parte de Dios Padre y vuelve a Él. Que la Virgen María, Madre de la divina Providencia, nos acompañe en este camino.

***

2020

Compasión de las necesidades de los otros

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El Evangelio de este domingo nos presenta el milagro de la multiplicación de los panes (cfr *Mt* 14,13-21). La escena se desarrolla en un lugar desierto, donde Jesús se había retirado con sus discípulos. Pero la gente lo alcanza para escucharlo y hacerse curar: sus palabras y sus gestos sanan y dan esperanza. Al caer el sol, la multitud está todavía allí, y los discípulos, hombres prácticos, invitan a Jesús a despedirse de ellos para que puedan ir a buscar comida. Pero Él responde: «Dadles vosotros de comer» (v. 16). ¡Imaginamos las caras de los discípulos! Jesús sabe bien lo que va a hacer, pero quiere cambiar la actitud de ellos: no decir "despídete, que se las arreglen, que encuentren ellos algo de comer", no, sino "¿qué nos ofrece la Providencia para compartir?". Dos actitudes contrarias. Y Jesús quiere llevarles a la segunda actitud, porque la primera propuesta es la propuesta de un hombre práctico, pero no generosa: "despídete, que vayan a encontrar, que se las arreglen". Jesús piensa de otra manera. Jesús, a través de esta situación, quiere educar a sus amigos de ayer y de hoy en la lógica de Dios. ¿Y cuál es la lógica de Dios que vemos aquí? La lógica del hacerse cargo del otro. La lógica de no lavarse las manos, la lógica de no mirar a otro lado. La lógica del hacerse cargo del otro. El "que se las arreglen" no entra en el vocabulario cristiano.

Apenas uno de los Doce dice, con realismo: «No tenemos aquí más que cinco panes y dos peces», Jesús responde: «Traédmelos acá» (vv. 17-18). Toma esa comida entre sus manos, levanta los ojos al cielo, pronuncia la bendición e inicia a partir y a dar las porciones a los discípulos para distribuirlas. Y esos panes y esos peces no terminan, basta y sobra para miles de personas.

Con ese gesto Jesús manifiesta su poder, pero no de forma espectacular, sino como señal de la caridad, de la generosidad de Dios Padre hacia sus hijos cansados y necesitados. Él está inmerso en la vida de su pueblo, comprende los cansancios, comprende los límites, pero no deja que ninguno se pierda o falte: nutre con su Palabra y dona alimento abundante para el sustento.

En este pasaje evangélico se percibe también la referencia a la Eucaristía, sobre todo donde describe la bendición, la fracción del pan, la entrega a los discípulos, la

distribución a la gente (v. 19). Y cabe señalar el vínculo estrecho entre el pan eucarístico, alimento para la vida eterna, y el pan cotidiano, necesario para la vida terrena. Antes de ofrecerse a sí mismo al Padre como Pan de salvación, Jesús se preocupa por el alimento para aquellos que lo siguen y que, por estar con Él, se han olvidado de hacer provisiones. A veces se contrapone espíritu y materia, pero en realidad el espiritualismo, como el materialismo, es ajeno a la Biblia. No es un lenguaje de la Biblia.

La compasión, la ternura que Jesús ha mostrado respecto a la multitud no es sentimentalismo, sino la manifestación concreta del amor que se hace cargo de las necesidades de las personas. Y nosotros estamos llamados a acercarnos a la celebración eucarística con estas mismas actitudes de Jesús: en primer lugar compasión de las necesidades de los otros. Esta palabra que se repite en el Evangelio cuando Jesús ve un problema, una enfermedad o esta gente sin comida. "Tuvo compasión". Compasión no es un sentimiento puramente material; la verdadera compasión es padecer con, tomar sobre nosotros los dolores de los otros. Quizá nos hará bien hoy preguntarnos: ¿yo tengo compasión? Cuando leo las noticias de las guerras, del hambre, de las pandemias, tantas cosas, ¿tengo compasión de esa gente? ¿Yo tengo compasión de la gente que está cerca de mí? ¿Soy capaz de padecer con ellos, o miro a otro lado o digo "que se las arreglen"? No olvidar esta palabra "compasión", que es confianza en el amor providente del Padre y significa valiente compartir.

María Santísima nos ayude a recorrer el camino que el Señor nos indica en el Evangelio de hoy. Es el recorrido de la fraternidad, que es esencial para afrontar las pobrezas y los sufrimientos de este mundo, especialmente en este momento grave, y que nos proyecta más allá del mundo mismo, porque es un camino que inicia en Dios y a Dios vuelve.

BENEDICTO XVI – Ángelus 2008 y 2011

IR A ÍNDICE DOMINGO XVIII DEL TIEMPO ORDINARIO

2008

Recibir y dar

Queridos hermanos y hermanas:

Os doy una cordial bienvenida a todos. (...)

Así hemos llegado a la liturgia del día. La primera lectura nos recuerda que las cosas más grandes de nuestra vida no pueden ser adquiridas ni pagadas, porque las cosas más importantes y elementales de nuestra vida sólo pueden ser un regalo: el sol y su luz, el aire que respiramos, el agua, la belleza de la tierra, el amor, la amistad, la vida misma. Todos estos bienes esenciales y centrales no podemos comprarlos, sino que los recibimos como regalo.

La segunda lectura añade que eso significa que también hay cosas que nadie nos puede quitar, que ninguna dictadura, ninguna fuerza destructora nos puede robar. Nadie nos puede quitar el ser amados por Dios, que en Cristo nos conoce y ama a cada uno; y, mientras tengamos esto, no somos pobres, sino ricos.

El evangelio añade un tercer paso. Si de Dios recibimos dones tan grandes, también nosotros debemos dar: en ámbito espiritual debemos dar bondad, amistad y amor. Pero también debemos dar en el ámbito material. El evangelio habla de compartir el pan. Estas dos cosas deben penetrar hoy en nuestra alma. Debemos dar, porque también nosotros hemos recibido. Debemos transmitir a los demás el don de la bondad, del amor y de la amistad. A la vez, a todos los que necesitan de nosotros y a los que podemos ayudar, debemos darles también dones materiales, haciendo así que la tierra sea más humana, es decir, más cercana a Dios. (…)

A ella, la Madre de Cristo, nos dirigimos ahora con la plegaria del Ángelus.

***

2011

Alimento de Palabra y Sacramento

¡Queridos hermanos y hermanas!

El Evangelio de este domingo describe el milagro de la multiplicación de los panes, que Jesús realiza para una multitud de personas que lo seguían para escucharlo y ser curados de diversas enfermedades (cf. *Mt* 14, 14). Al atardecer, los discípulos sugieren a Jesús que despida a la multitud, para que puedan ir a comer. Pero el Señor tiene en mente otra cosa: «Dadles vosotros de comer» (*Mt* 14, 16). Ellos, sin embargo, no tienen «más que cinco panes y dos peces». Jesús entonces realiza un gesto que hace pensar en el sacramento de la Eucaristía: «Alzando la mirada al cielo, pronunció la bendición, partió los panes y se los dio a los discípulos, y los discípulos se los dieron a la gente» (*Mt* 14, 19). El milagro consiste en compartir fraternamente unos pocos panes que, confiados al poder de Dios, no sólo bastan para todos, sino que incluso sobran, hasta llenar doce canastos. El Señor invita a los discípulos a que sean ellos quienes distribuyan el pan a la multitud; de este modo los instruye y los prepara para la futura misión apostólica: en efecto, deberán llevar a todos el alimento de la Palabra de vida y del Sacramento.

En este signo prodigioso se entrelazan la encarnación de Dios y la obra de la redención. Jesús, de hecho, «baja» de la barca para encontrar a los hombres. San Máximo el Confesor afirma que el Verbo de Dios «se dignó, por amor nuestro, hacerse presente en la carne, derivada de nosotros y conforme a nosotros, menos en el pecado, y exponernos la enseñanza con palabras y ejemplos convenientes a nosotros» (*Ambiguum* 33: *PG* 91, 1285 C). El Señor nos da aquí un ejemplo elocuente de su compasión hacia la gente. Esto nos lleva a pensar en tantos hermanos y hermanas que en estos días, en el Cuerno de África, sufren las dramáticas consecuencias de la carestía, agravadas por la guerra y por la falta de instituciones sólidas. Cristo está atento a la necesidad material, pero quiere dar algo más, porque el hombre siempre «tiene hambre de algo más, necesita algo más» (*Jesús de Nazaret,* Madrid 2007, p.

315). En el pan de Cristo está presente el amor de Dios; en el encuentro con él «nos alimentamos, por así decirlo, del Dios vivo, comemos realmente el "pan del cielo"» (*ib*., p. 316). Queridos amigos, «en la Eucaristía Jesús nos hace testigos de la compasión de Dios por cada hermano y hermana. Nace así, en torno al Misterio eucarístico, el servicio de la caridad para con el prójimo» (*Sacramentum caritatis,* 88). Nos lo testimonia también san Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús, de quien hoy la Iglesia hace memoria. En efecto, Ignacio eligió vivir «buscando a Dios en todas las cosas, y amándolo en todas las criaturas» (cf. *Constituciones de la Compañía de Jesús,* III, 1, 26). Confiemos a la Virgen María nuestra oración, para que abra nuestro corazón a la compasión hacia el prójimo y al compartir fraterno.

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

IR A ÍNDICE DOMINGO XVIII DEL TIEMPO ORDINARIO

Danos hoy nuestro pan de cada día

2828. "Danos": es hermosa la confianza de los hijos que esperan todo de su Padre. "Hace salir su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos" (Mt 5, 45) y da a todos los vivientes "a su tiempo su alimento" (Sal 104, 27). Jesús nos enseña esta petición; con ella se glorifica, en efecto, a nuestro Padre reconociendo hasta qué punto es Bueno más allá de toda bondad.

2829. Además, "danos" es la expresión de la Alianza: nosotros somos de El y él de nosotros, para nosotros. Pero este "nosotros" lo reconoce también como Padre de todos los hombres, y nosotros le pedimos por todos ellos, en solidaridad con sus necesidades y sus sufrimientos.

2830. "Nuestro pan". El Padre que nos da la vida no puede dejar de darnos el alimento necesario para ella, todos los bienes convenientes, materiales y espirituales. En el Sermón de la montaña, Jesús insiste en esta confianza filial que coopera con la Providencia de nuestro Padre (cf Mt 6, 25-34). No nos impone ninguna pasividad (cf 2 Ts 3, 6-13) sino que quiere librarnos de toda inquietud agobiante y de toda preocupación. Así es el abandono filial de los hijos de Dios:

A los que buscan el Reino y la justicia de Dios, él les promete darles todo por añadidura. Todo en efecto pertenece a Dios: al que posee a Dios, nada le falta, si él mismo no falta a Dios. (S. Cipriano, Dom. orat. 21).

2831. Pero la existencia de hombres que padecen hambre por falta de pan revela otra hondura de esta petición. El drama del hambre en el mundo, llama a los cristianos que oran en verdad a una responsabilidad efectiva hacia sus hermanos, tanto en sus conductas personales como en su solidaridad con la familia humana. Esta petición de la Oración del Señor no puede ser aislada de las parábolas del pobre Lázaro (cf Lc 16, 19-31) y del juicio final (cf Mt 25, 31-46).

2832. Como la levadura en la masa, la novedad del Reino debe fermentar la tierra con el Espíritu de Cristo (cf AA 5). Debe manifestarse por la instauración de la justicia en las relaciones personales y sociales, económicas e internacionales, sin olvidar jamás que no hay estructura justa sin seres humanos que quieran ser justos.

2833. Se trata de "nuestro" pan, "uno" para "muchos": La pobreza de las Bienaventuranzas entraña compartir los bienes: invita a comunicar y compartir bienes materiales y espirituales, no por la fuerza sino por amor, para que la abundancia de unos remedie las necesidades de otros (cf 2 Co 8, 1-15).

2834. "Ora et labora" (cf. San Benito, reg. 20; 48). "Orad como si todo dependiese de Dios y trabajad como si todo dependiese de vosotros". Después de realizado nuestro trabajo, el alimento continúa siendo don de nuestro Padre; es bueno pedírselo, dándole gracias por él. Este es el sentido de la bendición de la mesa en una familia cristiana.

2835. Esta petición y la responsabilidad que implica sirven además para otra clase de hambre de la que desfallecen los hombres: "No sólo de pan vive el hombre, sino que el hombre vive de todo lo que sale de la boca de Dios" (Dt 8, 3; Mt 4, 4), es decir, de su Palabra y de su Espíritu. Los cristianos deben movilizar todos sus esfuerzos para "anunciar el Evangelio a los pobres". Hay hambre sobre la tierra, "mas no hambre de pan, ni sed de agua, sino de oír la Palabra de Dios" (Am 8, 11). Por eso, el sentido específicamente cristiano de esta cuarta petición se refiere al Pan de Vida: la Palabra de Dios que se tiene que acoger en la fe, el Cuerpo de Cristo recibido en la Eucaristía (cf Jn 6, 26-58).

2836. "Hoy" es también una expresión de confianza. El Señor nos lo enseña (cf Mt 6, 34; Ex 16, 19); no hubiéramos podido inventarlo. Como se trata sobre todo de su Palabra y del Cuerpo de su Hijo, este "hoy" no es solamente el de nuestro tiempo mortal: es el Hoy de Dios:

Si recibes el pan cada día, cada día para ti es hoy. Si Jesucristo es para ti hoy, todos los días resucita para ti. ¿Cómo es eso? 'Tú eres mi Hijo; yo te he engendrado hoy' (Sal 2, 7). Hoy, es decir, cuando Cristo resucita (San Ambrosio, sacr. 5, 26).

2837. "De cada día". La palabra griega, "epiousios", no tiene otro sentido en el Nuevo Testamento. Tomada en un sentido temporal, es una repetición pedagógica de "hoy" (cf Ex 16, 19-21) para confirmarnos en una confianza "sin reserva". Tomada en un sentido cualitativo, significa lo necesario a la vida, y más ampliamente cualquier bien suficiente para la subsistencia (cf 1 Tm 6, 8). Tomada al pie de la letra [epiousios: "lo más esencial"], designa directamente el Pan de Vida, el Cuerpo de Cristo, "remedio de inmortalidad" (San Ignacio de Antioquía) sin el cual no tenemos la Vida en nosotros (cf Jn 6, 53-56) Finalmente, ligado a lo que precede, el sentido celestial es claro: este "día" es el del Señor, el del Festín del Reino, anticipado en la Eucaristía, en que pregustamos el Reino venidero. Por eso conviene que la liturgia eucarística se celebre "cada día".

La Eucaristía es nuestro pan cotidiano. La virtud propia de este divino alimento es una fuerza de unión: nos une al Cuerpo del Salvador y hace de nosotros sus miembros

para que vengamos a ser lo que recibimos... Este pan cotidiano se encuentra, además, en las lecturas que oís cada día en la Iglesia, en los himnos que se cantan y que vosotros cantáis. Todo eso es necesario en nuestra peregrinación (San Agustín, serm. 57, 7, 7).

El Padre del cielo nos exhorta a pedir como hijos del cielo el Pan del cielo (cf Jn 6, 51). Cristo "mismo es el pan que, sembrado en la Virgen, florecido en la Carne, amasado en la Pasión, cocido en el Horno del sepulcro, reservado en la Iglesia, llevado a los altares, suministra cada día a los fieles un alimento celestial" (San Pedro Crisólogo, serm. 71)

El milagro de la multiplicación de los panes prefigura la Eucaristía

1335. Los milagros de la multiplicación de los panes, cuando el Señor dijo la bendición, partió y distribuyó los panes por medio de sus discípulos para alimentar la multitud, prefiguran la sobreabundancia de este único pan de su Eucaristía (cf. Mt 14,13-21; 15, 32-29). El signo del agua convertida en vino en Caná (cf Jn 2,11) anuncia ya la Hora de la glorificación de Jesús. Manifiesta el cumplimiento del banquete de las bodas en el Reino del Padre, donde los fieles beberán el vino nuevo (cf Mc 14,25) convertido en Sangre de Cristo.

Los frutos de la comunión

1391. La comunión acrecienta nuestra unión con Cristo. Recibir la Eucaristía en la comunión da como fruto principal la unión íntima con Cristo Jesús. En efecto, el Señor dice: "Quien come mi Carne y bebe mi Sangre habita en mí y yo en él" (Jn 6,56). La vida en Cristo encuentra su fundamento en el banquete eucarístico: "Lo mismo que me ha enviado el Padre, que vive, y yo vivo por el Padre, también el que me coma vivirá por mí" (Jn 6,57):

Cuando en las fiestas del Señor los fieles reciben el Cuerpo del Hijo, proclaman unos a otros la Buena Nueva de que se dan las arras de la vida, como cuando el ángel dijo a María de Magdala: "¡Cristo ha resucitado!" He aquí que ahora también la vida y la resurrección son comunicadas a quien recibe a Cristo (Fanqîth, Oficio siriaco de Antioquía, vol. I, Commun, 237 a-b).

1392. Lo que el alimento material produce en nuestra vida corporal, la comunión lo realiza de manera admirable en nuestra vida espiritual. La comunión con la Carne de Cristo resucitado, vivificada por el Espíritu Santo y vivificante (PO 5), conserva, acrecienta y renueva la vida de gracia recibida en el Bautismo. Este crecimiento de la vida cristiana necesita ser alimentado por la comunión eucarística, pan de nuestra peregrinación, hasta el momento de la muerte, cuando nos sea dada como viático.

1393. La comunión nos separa del pecado. El Cuerpo de Cristo que recibimos en la comunión es "entregado por nosotros", y la Sangre que bebemos es "derramada por muchos para el perdón de los pecados". Por eso la Eucaristía no puede unirnos a Cristo sin purificarnos al mismo tiempo de los pecados cometidos y preservarnos de futuros pecados:

"Cada vez que lo recibimos, anunciamos la muerte del Señor" (1 Co 11,26). *Si anunciamos la muerte del Señor, anunciamos también el perdón de los pecados. Si cada vez que su Sangre es derramada, lo es para el perdón de los pecados, debo recibirle siempre, para que siempre me perdone los pecados. Yo que peco siempre, debo tener siempre un remedio* (S. Ambrosio, sacr. 4, 28).

1394. Como el alimento corporal sirve para restaurar la pérdida de fuerzas, la Eucaristía fortalece la caridad que, en la vida cotidiana, tiende a debilitarse; y esta caridad vivificada borra los pecados veniales (cf Cc. de Trento: DS 1638). Dándose a nosotros, Cristo reaviva nuestro amor y nos hace capaces de romper los lazos desordenados con las criaturas y de arraigarnos en él:

Porque Cristo murió por nuestro amor, cuando hacemos conmemoración de su muerte en nuestro sacrificio, pedimos que venga el Espíritu Santo y nos comunique el amor; suplicamos fervorosamente que aquel mismo amor que impulsó a Cristo a dejarse crucificar por nosotros sea infundido por el Espíritu Santo en nuestro propios corazones, con objeto de que consideremos al mundo como crucificado para nosotros, y sepamos vivir crucificados para el mundo...y, llenos de caridad, muertos para el pecado vivamos para Dios (S. Fulgencio de Ruspe, Fab. 28,16-19).

1395. Por la misma caridad que enciende en nosotros, la Eucaristía nos preserva de futuros pecados mortales. Cuanto más participamos en la vida de Cristo y más progresamos en su amistad, tanto más difícil se nos hará romper con él por el pecado mortal. La Eucaristía no está ordenada al perdón de los pecados mortales. Esto es propio del sacramento de la Reconciliación. Lo propio de la Eucaristía es ser el sacramento de los que están en plena comunión con la Iglesia.

1396. La unidad del Cuerpo místico: La Eucaristía hace la Iglesia. Los que reciben la Eucaristía se unen más estrechamente a Cristo. Por ello mismo, Cristo los une a todos los fieles en un solo cuerpo: la Iglesia. La comunión renueva, fortifica, profundiza esta incorporación a la Iglesia realizada ya por el Bautismo. En el Bautismo fuimos llamados a no formar más que un solo cuerpo (cf 1 Co 12,13). La Eucaristía realiza esta llamada: "El cáliz de bendición que bendecimos ¿no es acaso comunión con la sangre de Cristo? y el pan que partimos ¿no es comunión con el Cuerpo de Cristo? Porque aun siendo muchos, un solo pan y un solo cuerpo somos, pues todos participamos de un solo pan" (1 Co 10,16-17):

Si vosotros mismos sois Cuerpo y miembros de Cristo, sois el sacramento que es puesto sobre la mesa del Señor, y recibís este sacramento vuestro. Respondéis "Amén" (es decir, "sí", "es verdad") a lo que recibís, con lo que, respondiendo, lo reafirmáis. Oyes decir "el Cuerpo de Cristo", y respondes "amén". Por lo tanto, se tú verdadero miembro de Cristo para que tu "amén" sea también verdadero (S. Agustín, serm. 272).

1397. La Eucaristía entraña un compromiso en favor de los pobres: Para recibir en la verdad el Cuerpo y la Sangre de Cristo entregados por nosotros debemos reconocer a Cristo en los más pobres, sus hermanos (cf Mt 25,40):

Has gustado la sangre del Señor y no reconoces a tu hermano. Deshonras esta mesa, no juzgando digno de compartir tu alimento al que ha sido juzgado digno de participar en esta mesa. Dios te ha liberado de todos los pecados y te ha invitado a ella. Y tú, aun así, no te has hecho más misericordioso (S. Juan Crisóstomo, hom. in 1 Co 27,4).

1398. La Eucaristía y la unidad de los cristianos. Ante la grandeza de este misterio, S. Agustín exclama: "O sacramentum pietatis! O signum unitatis! O vinculum caritatis!" ("¡Oh sacramento de piedad, oh signo de unidad, oh vínculo de caridad!", Ev. Jo. 26,13; cf SC 47). Cuanto más dolorosamente se hacen sentir las divisiones de la Iglesia que rompen la participación común en la mesa del Señor, tanto más apremiantes son las oraciones al Señor para que lleguen los días de la unidad completa de todos los que creen en él.

1399. Las Iglesias orientales que no están en plena comunión con la Iglesia católica celebran la Eucaristía con gran amor. "Mas como estas Iglesias, aunque separadas, tienen verdaderos sacramentos, y sobre todo, en virtud de la sucesión apostólica, el sacerdocio y la Eucaristía, con los que se unen aún más con nosotros con vínculo estrechísimo" (UR 15). Una cierta comunión in sacris, por tanto, en la Eucaristía, "no solamente es posible, sino que se aconseja...en circunstancias oportunas y aprobándolo la autoridad eclesiástica" (UR 15, cf CIC can. 844,3).

1400. Las comunidades eclesiales nacidas de la Reforma, separadas de la Iglesia católica, "sobre todo por defecto del sacramento del orden, no han conservado la sustancia genuina e íntegra del Misterio eucarístico" (UR 22). Por esto, para la Iglesia católica, la intercomunión eucarística con estas comunidades no es posible. Sin embargo, estas comunidades eclesiales "al conmemorar en la Santa Cena la muerte y la resurrección del Señor, profesan que en la comunión de Cristo se significa la vida, y esperan su venida gloriosa" (UR 22).

1401. Si, a juicio del ordinario, se presenta una necesidad grave, los ministros católicos pueden administrar los sacramentos (eucaristía, penitencia, unción de los enfermos) a cristianos que no están en plena comunión con la Iglesia católica, pero que piden estos sacramentos con deseo y rectitud: en tal caso se precisa que profesen la fe católica respecto a estos sacramentos y estén bien dispuestos (cf CIC, can. 844,4).

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO XVIII DEL TIEMPO ORDINARIO

Comieron todos y se saciaron

Estoy seguro de que muchas veces escuchando una explicación del Evangelio habéis oído hablar de los Evangelios sinópticos o de la sinopsis en los Evangelios. Esta vez tenemos ocasión de explicar de qué se trata de manera que nadie se sienta excluido o a disgusto cuando sienta pronunciar estas palabras un poco difíciles.

Sinopsis es una palabra, que proviene del griego, y significa sencillamente una mirada de conjunto, abrazar o comprender más cosas con un solo golpe de vista. En cuanto al adjetivo sinóptico tendremos que llegar solos: óptico, lo sabemos todos, significa lo que «se refiere a la vista» y sin en griego equivale a «con, junto con». Sinóptico significa, por lo tanto, una cosa que se puede colocar junto con otras y verse todas a la vez.

Según que un cierto fragmento se encuentre en uno solo de los cuatro Evangelios, en dos o en tres de ellos o hasta en todos los cuatro, la página que lo lleva presentará una, dos, tres o cuatro columnas. Si vamos a buscar el fragmento de hoy de la multiplicación de los panes en una sinopsis, nos encontraremos una página con cuatro columnas, señal de que está presente en todos los cuatro Evangelios. Ésta es, sin embargo, una excepción. Habitualmente las páginas no contienen cuatro sino sólo tres columnas. Y, ahora, os intento explicar por qué.

Jesús no escribió nada durante su vida. Sólo habló, enseñó y actuó. Después de su muerte, los apóstoles y sus colaboradores tuvieron no poco que hacer para reunir lo que cada uno recordaba de él, a fin de transmitirlo poco a poco a los que se convertían a la fe.

Hicieron, nos dice san Lucas, cuidadas investigaciones sobre cada circunstancia desde los comienzos para escribir un informe ordenado, de modo que cada uno pudiese darse cuenta de «la solidez de las enseñanzas que recibía» (cfr. Lucas 1, 2ss.).

La Iglesia reconoció como auténticos y dignos de fe sólo cuatro de estos relatos, que así entraron en el llamado canon de las Escrituras (¡otra palabra a no olvidar!). El canon de las Escrituras es el catálogo oficial de los escritos tenidos como inspirados por Dios y por ello normativos. Se trata de relatos redactados por Mateo, Marcos, Lucas y Juan.

Todas las otras narraciones de la vida de Jesús, fuera de éstas, se llaman escritos apócrifos (última palabra que os ruego recordar), esto es, no auténticos o no reconocidos oficialmente. Por lo demás, contienen curiosidades y materiales de leyenda, mientras que la Iglesia no pretendía transmitimos fábulas sobre Jesús sino hechos verdaderos, atestiguados, para que, como decía Lucas, «conozcas. . . la solidez de las enseñanzas, que has recibido» (Lucas 1, 4).

Existe, por lo tanto, un solo Evangelio, que ha llegado hasta nosotros en cuatro versiones o relatos distintos. Cada uno de los cuatro evangelistas, en efecto, aún reflexionando sobre la misma enseñanza y sobre el mismo hecho de Jesús, ha insistido en algunos hechos o datos más que en otros, según las necesidades de la comunidad para la cual les escribía; ha realizado una selección; de los mismos hechos, ha dado una primera interpretación auténtica, bajo la inspiración y la guía del Espíritu Santo.

Tres de los cuatro evangelistas (esto es, Mateo, Marcos y Lucas) se parecen muy de cerca unos a otros, contienen muchos materiales comunes, aunque si bien no siempre dispuestos en un mismo orden. Por eso, se llaman Evangelios sinópticos: porque se pueden poner como en paralelo. El cuarto Evangelio, el de Juan, escrito más tarde, expresa una fase de reflexión más avanzada sobre la persona y la enseñanza de

Jesús, y está aparte. He aquí por qué la sinopsis evangélica, como os decía, suele comprender sólo tres columnas.

Y vengamos, ahora, al episodio evangélico de la multiplicación de los panes. Un día, Jesús se había retirado a un lugar solitario a lo largo de la orilla del mar de Galilea. Pero, cuando iba a desembarcar, se encontró con una gran multitud de gente, que lo esperaba. Ante ello, a él «le dio lástima y curó a los enfermos».

Les habló entonces del reino de Dios. Entretanto, sin embargo, se había hecho tarde. Los apóstoles le sugieren despedir a la muchedumbre, para que se procuren comida ellos en las aldeas vecinas. A mí me parece como vedes a estos apóstoles; nos hacen pensar en los sacristanes, que se ponen a toser para advertirle al sacerdote, que está predicando, que ya se ha hecho tarde y es hora de concluir. En suma, ellos habrían querido que Jesús les dijese a las gentes: «La Misa ha terminado, podéis ir en paz».

Pero, Jesús los deja casi enfadados, diciéndoles más bien, de modo que lo oyen todos: «No hace falta que vayan, dadles vosotros de comer». Ellos, desconcertados, le replicaron: pero, «si aquí no tenemos más que cinco panes y dos peces». Jesús ordena que se los traigan. Invita a todos a sentarse. Toma los cinco panes y los dos peces, ora y da gracias al Padre; después, ordena distribuido todo a la multitud.

«Comieron todos hasta quedar satisfechos y recogieron doce cestos llenos de sobras».

Eran cinco mil hombres, sin contar, según dice el Evangelio, a las mujeres y a los niños (no porque las mujeres y los niños no comieran o no contaran, sino porque según la mentalidad del tiempo estaban comprendidos en la familia, que cada hombre representaba). ¡Fue el picnic más alegre en toda la historia del mundo!

¿Qué nos dice a nosotros este Evangelio? Primero, que Jesús se preocupa y «siente compasión» de todo el hombre, cuerpo y alma. A las almas les distribuye la Palabra; a los cuerpos, la curación y el alimento. Vosotros me diréis: entonces, ¿por qué no lo hace también hoy? ¿Por qué no multiplica el pan para tantos millones de hambrientos, que hay en la tierra?

Respondo: ¡Cierto que Jesús continúa igualmente hoya multiplicar los cinco panes y los dos peces! Lo hace a escala mundial. Mirémonos en torno a nosotros. Si estamos en el campo durante este período estival volvamos a pensar en las mieses, que hasta hace algunas semanas recubrían nuestras colinas y que, ahora, llenan los graneros. Si estamos junto al mar, miremos a los pescadores que lanzan a tierra sus redes, llenas de peces. Habían sido sembrados «cinco» granos y, ahora, se recogen varios centenares. Y, también, de los peces; más se pescan y más se encuentran.

¿No es del mismo modo esta una multiplicación milagrosa? Sólo que tiene lugar cada año y como estamos acostumbrados la damos por descontada. Esto es un hecho natural, decimos. Y no somos capaces de asombramos y de ver el aspecto prodigioso de todo esto. *Assueta vilescunt*, decían los antiguos latinos: las cosas acostumbradas envejecen.

Quizás, ¿alguien ha conseguido «explicar» científicamente por qué todo esto acontece? ¿Por qué el grano caído en tierra, muere, después germina, sale fuera de la tierra, crece y madura al sol? Nosotros no conocemos «cómo» todo esto acontece ni su último «porqué». ¿Quién «ordena» a la naturaleza hacer todo esto con una regularidad tan increíble?

No quiero, con esto, poner en el mismo plano los milagros realizados por Jesús y estos «milagros» de la naturaleza. Quiero sólo decir que los unos confirman a los otros. Para quien mira las cosas con los ojos de la fe, Dios no está menos a la obra en esta multiplicación de los panes y de los peces que con la que realizó Jesús. Es más, Jesús realizó una multiplicación extraordinaria precisamente para ayudarnos a descifrar el milagro de la multiplicación ordinaria de los panes, que sucede cada año ante nuestros ojos.

Pero, esta explicación, me diréis vosotros, no responde aún a la pregunta más importante: ¿por qué, no obstante todo esto, falta todavía a tantos el pan para vivir? Yo creo que el Evangelio de la multiplicación de los panes contiene un detalle, que, al menos, nos puede ayudar a encontrar la respuesta. Jesús no hizo chasquear los dedos y aparecer, por arte de magia, el pan y los peces a voluntad. Preguntó antes qué tenían e invitó a compartir lo poco que había: cinco panes y dos peces.

Lo mismo hace hoy. Nos pide que pongamos en común los recursos de la tierra. Es muy conocido que, al menos desde el punto de vista alimenticio, nuestra tierra estaría en disposición de mantener bien a los miles de millones de seres humanos actuales. Pero, ¿cómo podemos acusar a Dios de no ofrecer pan suficiente para todos cuando cada año destruimos millones de toneladas de recursos alimenticios, que llamamos «excedentes», para no bajar los precios? Mejor distribución, mayor solidaridad y participación: la solución está aquí.

Lo sé; no es tan sencillo. Está la locura de los armamentos; ¡hay gobernantes irresponsables, que contribuyen a mantener con hambre a muchas poblaciones! Pero, una parte de la responsabilidad recae asimismo sobre los países ricos. Nosotros, ahora, somos esa persona anónima (un muchacho, según uno de los evangelistas), que tiene cinco panes y dos peces; sólo que los tenemos apretados a nosotros mismos y a la hora de entregarlos miramos bien para que sean divididos entre todos.

Ahora, una última observación de carácter, por suerte, más animadora. Por el modo en que está descrita («tomando los cinco panes y los dos peces, alzó la mirada al cielo, pronunció la bendición, partió los panes y se los dio a los discípulos»), la multiplicación de los panes y de los peces nos ha hecho pensar siempre en la multiplicación de aquel otro pan, que es el cuerpo de Cristo. Por eso, las más antiguas representaciones de la Eucaristía nos muestran una canasta con cinco panes y, a los lados, dos peces, como en el mosaico descubierto en Tabga, Palestina, en la iglesia erigida sobre el lugar de la multiplicación de los panes o en el fresco famoso de las catacumbas de Priscila.

En el fondo, también, lo que estamos haciendo ahora y en este momento es una multiplicación de los panes: el pan de la palabra de Dios. El milagro, esta vez, lo realiza

este libro. Yo he partido el pan de la palabra y la editorial ha multiplicado mis palabras, a fin de que más de cincuenta mil hombres, también esta vez, hayan comido y se hayan saciado.

Ahora, sin embargo, existe todavía para vosotros un pequeño deber: «Recoger los pedazos sobrantes», hacer llegar la Palabra igualmente a quien no ha participado en el banquete. Haceros «repetidores» y testimonios del mensaje. Gracias desde ahora por vuestra colaboración. Y no olvidéis las tres palabras importantes, que hoy hemos aprendido: Evangelios sinópticos, canon de las Escrituras, escritos apócrifos.

PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes

IR A ÍNDICE DOMINGO XVIII DEL TIEMPO ORDINARIO

Compadecerse de los pastores

El Señor es compasivo y misericordioso.

Él se compadece de su pueblo, que está extenuado y desamparado, y camina como ovejas sin pastor.

Él conoce a cada una de las ovejas de su rebaño, y la llama por su nombre. Y envía también en este tiempo apóstoles, que son sus sacerdotes, y les da el poder para perdonar, para sanar, para enseñar, para guiar, para expulsar demonios, para reunir a sus ovejas en un solo rebaño y con un solo Pastor.

Pero también envía apóstoles que son ovejas en medio de sus rebaños, para ayudarle a los pastores a conducir y mantener unido el rebaño, y a llevar el Evangelio también a otros rebaños que no son de su redil.

El Señor nos hace una petición: 'rueguen al dueño de la mies que envíe más obreros a sus campos', y nos da la responsabilidad de atenderlos y cuidarlos, porque gratuitamente ejercen el poder que Él les da a través de sus ministerios, pero confía en la buena voluntad de su rebaño, para ser instrumentos de su misericordia, para que la Divina Providencia haga llegar a los pastores el sustento, y tengan lo necesario para vivir.

Compadécete tú de los pastores que reúnen al pueblo de Dios, y acompaña a María, Divina Pastora, que los protege y los guía.

Ruega por ellos, ten caridad, muéstrales tu agradecimiento, porque su vida, unida a la cruz de Jesús, por ti ellos dan, para sanarte, para guiarte, para alimentarte, para enseñarte, para salvarte.

Y practica con ellos las catorce obras de misericordia, para que tengan los medios necesarios para cumplir bien con sus ministerios.

Reconoce a Cristo en cada sacerdote. Lo que tú hagas con uno de ellos, lo haces con Cristo, porque está escrito: 'el que dé de beber tan sólo un vaso de agua fresca a uno de estos, mis más pequeños, conmigo lo hace'».

FLUVIUM (www.fluvium.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO XVIII DEL TIEMPO ORDINARIO

El misterio del divino amor

Una vez más recordamos este milagro que podemos llamar clamoroso, espectacular, que todo el mundo reconoció con asombro, y a partir del cual bastantes quisieron proclamarlo rey, según narra san Juan: **Aquellos hombres, viendo el milagro que Jesús había hecho, decían: Este es verdaderamente el Profeta que viene al mundo. Jesús, conociendo que iban a venir para llevárselo y hacerlo rey, se retiró de nuevo al monte él solo.**

Los hombres reconocen en Jesús a alguien excepcional. De hecho el Señor no oculta su poder. No sólo en una ocasión, muchas veces realizó prodigios ante la gente. Eran uno de los medios que utilizó para probar su condición de Mesías. Llevar a cabo lo que ningún hombre sería capaz de hacer, probaba al menos su gran unión con Dios. Así lo entendieron las gentes sencillas que contemplaron pasmadas multiplicarse el pescado y el pan ante sus ojos. Reconocerle como autor de hechos milagrosos, equivalía a aceptar su condición mesiánica de Redentor. Los milagros eran una prueba más de que se cumplían en Él las Escrituras acerca del Mesías. De ahí la resistencia, por ejemplo, de los fariseos a reconocer los prodigios de Jesús**. Éste no expulsa los demonios sino por Beezebul, el príncipe de los demonios**, decían de Él.

No buscaba, en todo caso, Jesucristo en primer lugar solucionar las situaciones humanamente lamentables, como las muchas enfermedades de la gente de su tiempo o el hambre de la multitud, en esta ocasión. Más bien quería que lo aceptaran como Salvador que venía con el Evangelio; es decir, la gran noticia, para toda la humanidad, de que por Él y en Él estábamos destinados a vivir la Vida de Dios. Concretamente, ese alimento que sació el hambre de la multitud, que milagrosamente les había concedido, era ante todo un preludio del Pan de Vida eterna –su propio cuerpo y su sangre– que, dentro de poco, les iba a ofrecer como alimento. Un alimento, en verdad, para la Vida eterna, que es la única vida propia de los hijos de Dios. Un alimento, según las palabras del mismo Cristo, imprescindible para esa Vida: **si no coméis la carne del Hijo del Hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros.**

Jesús se expresaba con gran claridad, aun sabiendo que bastantes no querrían aceptar sus palabras. Los suyos, sin embargo, con Pedro a la cabeza, creen en Él. **Tú tienes palabras de vida eterna**, confiesa el Príncipe de los Apóstoles. Pero muchos a partir de entonces se apartaron de su compañía. Como sucede en nuestro tiempo, la bondad intachable del Maestro, su autoridad indiscutible y la infinidad de prodigios sobrehumanos y evidentes, resultan irrelevantes, no significan nada, cuando no se quiere creer. Cuando lo único que interesa, lo que se aprecia por encima de todo, es el propio criterio inamovible, las verdades más notorias extrañan, se acogen como un insulto que no vale la pena escuchar.

Hoy como ayer, parece incomprensible en tantos ambientes que el amor de Dios por sus hijos le lleve a darnos su misma Vida alimentándonos de Sí. Tendríamos que purificarnos del egoísmo y la desconfianza que nos reducen a la pequeñez de nosotros mismos, que tan grande, sin embargo, se nos antoja. Nuestro Dios, se nos ha mostrado generoso hasta el extremo, y con una generosidad espléndida, también en lo humano, para que pudiéramos apreciarlo con nuestros propios ojos. Pero, además, ha dispuesto que podamos alcanzar todo el tesoro de su Amor, ese que nos enriquece con la Vida Eterna, con la misma facilidad con que tomamos el alimento más común y accesible para todos.

Supliquemos a la Trinidad Beatísima nos conceda contemplar el proyecto salvador de Dios para el hombre con creciente gratitud, según vamos madurando en nuestra vida cristiana. Que desechemos bruscamente, con decisión incuestionable la más mínima duda acerca de ese Amor insondable que Dios, Padre Nuestro, profesa a cada uno. También cuando no lo merecemos por nuestros pecados e indiferencias, también cuando se nos ocurre pensar –juzgando a Dios– que, de querernos, nos trataría de otro modo o no permitiría ciertas cosas... que no comprendemos. No es razonable intentar un diálogo con Dios como de igual a igual. Reconociendo nuestra verdad, nos vemos de inmediato limitados –también en la inteligencia– frente al Infinito en todos los sentidos. Reconozcamos, pues, que nuestra mente no llega... y lo razonable, en consecuencia, es que detener la razón, pero no "pedir cuentas a Dios".

¡Te adoro con devoción, Dios escondido!, aclamamos a Jesucristo, realmente presente en las Especies Eucarísticas, repitiendo las palabras del himno. Es necesario detenerse ante el sagrario, ante la custodia, sin prisas, para manifestar a Jesús nuestro amor, nuestros deseos de cambiar, de mejorar para Él, de corresponder –de intentar corresponder– al Amor suyo. Es también el momento –esa adoración ante la Eucaristía– de la súplica esperanzada por tantas necesidades espirituales y materiales, propias y ajenas. Pidamos, ante todo, más santidad: más amor a Dios en nosotros y en todos los hombres. Rogamos así a nuestro Dios Bueno y Todopoderoso lo mejor, lo que Él mismo desea concedernos: lo que más nos enriquece, la esencia misma de la felicidad.

Nuestra Madre del Cielo es Maestra segura para sus hijos, que quieren admirar más y más el Misterio de Amor de la Trinidad por el hombre. El trato asiduo con Santa María nos conduce del mejor modo a Jesús Sacramentado.

PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)

IR A ÍNDICE DOMINGO XVIII DEL TIEMPO ORDINARIO

El pan y la palabra de Dios

La liturgia de la palabra de esta Misa se abre con un pasaje de Isaías que es toda una invitación: *¡Vengan a tomar agua, todos los sedientos y el que no tenga dinero, venga también! Coman gratuitamente su ración de trigo. Y sin pagar, tomen vino y*

leche. ¿Por qué gastan dinero en algo que no alimenta y sus ganancias en algo que no sacia?

¿Qué es esta agua y este alimento misterioso que Dios, por medio de su profeta, nos invita a procuramos y a comer para extinguir nuestra hambre y nuestra sed? Todo el resto de las lecturas bíblicas es una respuesta a este interrogante. Nosotros debemos escuchar y entender.

Dios dice que nosotros los hombres no hacemos más que gastar nuestro patrimonio en cosas que no sacian nuestro apetito, que no nos dejan satisfechos. Hasta aquí estamos dispuestos a admitir que es verdad. En efecto, gastamos la vida, los recursos, el tiempo, para ir detrás de metas que no están en grado de saciarnos, es decir, de damos paz, serenidad y alegría. Estas metas son las riquezas, el placer, las realizaciones que tienen como objetivo sólo a nosotros mismos. Quien mira hacia atrás en su propia existencia desde el umbral de la vejez, ¿cuántas veces debe darse cuenta de la profunda verdad de todo esto y decir amargamente para sus adentros: qué me queda?

Dios nos dice que busquemos otra cosa, que busquemos en otra parte, como hizo Jesús con los pescadores que pescaban en el lago Tiberíades. Habían pescado toda la noche, obstinándose en echar las redes desde cierta parte de la barca y no habían conseguido nada. Jesús les dijo que echaran la red desde otra parte, y fue una pesca milagrosa (cfr Jn 21. 4 ssq.).

¿Desde qué parte nos dice también a nosotros que echemos la red y busquemos? En el mismo pasaje de Isaías está contenida una cierta repuesta: *Presten atención y vengan a mí escuchen bien y vivirán.* Lo primero que debe buscarse, entonces, es la palabra de Días. Éste es el fundamento de toda vida humana: *Porque ésta no es una palabra vana, sino que es la vida de ustedes* (Deut. 32, 47). Ponerse en actitud de escuchar, tener dispuesto el oído del alma a oír la palabra de Dios: *Busquen primero el Reino de Dios…*

Es en este tema donde se inserta el pasaje evangélico. Aquella multitud había seguido a Jesús al desierto para escuchar su palabra; había buscado de veras, como primera cosa, el Reino de Dios.

Pero he aquí que, en este punto, explota con toda su violencia la objeción del hombre de hoy. ¿Qué sentido tiene hablar de la palabra de Dios, o decir a los hombres que busquen antes que nada su Reino, cuando todavía se tiene hambre de pan de harina, cuando hay millones de niños desnutridos que mueren por las consecuencias del hambre? ¿Qué sentido tiene que nuestros misioneros vayan al tercer mundo a anunciar el Reino de Dios a hombres que no tienen con qué alimentarse, en ciertas naciones, si no es con un puñado de maíz hervido por día, yagua sucia para la sed y harapos teñidos para vestirse? ¿No es un insulto de nuestra parte seguir diciendo: busquen primero el Reino de Dios?

Sí, es un insulto atroz, si nosotros los cristianos nos detenemos allí; si no hacemos como hizo el Señor Jesús. Él no le dijo a las multitudes una especie de *Ite missa est:* ahora vayan, la predicación está terminada y quien tiene dinero cómprese pan y quien

no lo tiene, que se las arregle. Dijo más bien a sus discípulos: "Ustedes mismos denles de comer". El milagro comenzó con la puesta en común de lo que había: cinco panes y dos pescados; comenzó con el sacrificio de quien, en el fondo, ya tenía su comida para disponer de ella.

Ante esta página del Evangelio, ¡qué confusión para nosotros los cristianos, especialmente para quienes pertenecemos a los pueblos ricos de Occidente! Frente a una enorme multitud de hambrientos –alrededor de tres cuartas partes de la humanidad– nosotros somos aquellos que tienen cinco panes y dos pescados, pero se guardan bien de cederlos y compartirlos. Alguien ha comparado la tierra con una nave espacial con cinco personas a bordo. De estas cinco, una acaparó el 1.85% de los recursos de alimento y de oxígeno y se las ingenia para llegar a disponer del 90% de lo que haya bordo. ¡Ese hombre es el mundo desarrollado del hemisferio norte, es decir, en su mayor parte los países que se dicen cristianos!

En el desierto, Jesús multiplicó los panes y los dio a sus discípulos para que los distribuyeran. Hoy sigue multiplicando los panes y los peces de la naturaleza, sólo que, los más favorecidos, en lugar de distribuirlos entre las multitudes, intentan conservarlos para ellos. A veces incluso los destruyen, si sobran, para no bajar el precio en el mercado. Y mientras tanto hay alguien que muere debido al hambre.

¿Qué hacer entonces? ¿Dejar de decir a los hombres: "Busquen antes que nada el Reino de Dios" y comenzar a decirles, como más de uno está tentado de hacerla: "Busquen antes que nada las armas y hagan la revolución"? También en la época de Jesús había terribles injusticias. Y sin embargo, él no dijo: "Busquen primero la revolución", sino que dijo: "Busquen primero el Reino de Dios". Más que nunca es necesario repetir hoy el dicho de Jesús: busquen antes que nada el Reino de Dios y su justicia, porque por la palabra de Jesús y de la justicia, los hombres podrán ser inducidos a abrir la mano, a distribuir entre las multitudes su pan y a luchar por otra justicia, la de este mundo.

"El esto les será dado de más": es decir, Si escuchan verdaderamente la palabra de Dios, ella los ayudará a resolver también los otros problemas: el hambre, la sed, la pobreza, la paz. Así es en el "Padre Nuestro": "Venga tu reino"... El pan nuestro dánoslo hoy...".

Lo canto hoy el salmo responsorial con la fe ingenua pero fundamentada del creyente del Antiguo Testamento:

El Señor es bueno con todos
y tiene compasión de todas sus criaturas
...Los ojos de todos esperan en ti,
y tú les das su comida a su tiempo;
abres la mano y colmas de favores
a todos los vivientes.

Volvamos, entonces, a esta palabra de Dios, después de haber mirado de frente la objeción del hombre y de haber tomado nota de ello. Buscarla, ponerla por encima de todas las cosas, no es alienar se de la realidad, no es traicionar la espera de los pobres

y de los hambrientos, sino que es, al contrario, ponerse en condiciones de darle a ella la verdadera respuesta.

San pablo, en la segunda lectura, nos dijo algo importante: la palabra que Dios nos ofrece no es vacía, fría y estéril como la palabra humana: es el amor de Dios en Cristo. Nadie puede borrar este amor, nadie puede separamos de él.

Ese amor de Cristo ahora se hace pan para nutrir nuestra hambre; se multiplica para nosotros a fin de que lo distribuyamos entre los hermanos, junto con aquel otro pan, el que nutre el hambre del cuerpo. Él nos pide que no apretemos la mano y que no guardemos para nosotros solos lo que nos da para todos: su palabra, su amor, su alegría.

UNA CITA CON DIOS – Pablo Cardona

IR A ÍNDICE DOMINGO XVIII DEL TIEMPO ORDINARIO

Olvidarse de uno mismo

1º. Jesús, cuando ves a aquellas gentes que venían siguiéndote, te llenas de compasión.

San Marcos especifica: **«se llenó de compasión, porque estaban como ovejas sin pastor»** (Marcos 6,34).

Cambias tus planes y te pones a enseñarles la doctrina y a curar enfermos hasta el atardecer.

Y cuando los apóstoles quieren despedir a la gente, les respondes: «**dadles vosotros de comer».**

Te vuelcas con aquella gente, estás por ellos, te olvidas de ti mismo para enseñarles, curarles y darles de comer.

Jesús, también a mí me dices: da de comer a la gente que te rodea, acércalos a mí, a los sacramentos.

Pero ¿cómo voy a poder hacerlo si no tengo medios, ni ciencia, ni virtudes?

Sólo me pides que ponga lo que pueda –mis «**cinco panes y dos peces»:** amistad, prestigio profesional, audacia, vida interior– de modo que tú puedas realizar el milagro.

Jesús, a veces, por seguirte, no llego a todo: el estudio o el trabajo, planes con los amigos y con la familia...; hasta me falta tiempo para comer.

Al igual que a aquellas gentes que te seguían, casi me olvido de mí mismo.

Tendría más tiempo para mis cosas si no fuera a Misa, si no rezara el rosario o hiciera un rato de oración.

La gente que se quedó en su casa pudo comer tranquila.

Pero no vio el esplendor de tu gloria cuando hiciste aquel gran milagro.

Ayúdame a saber ser generoso contigo.

Sé que, si me comporto así, tú siempre me darás todo lo que necesite.

2º. *Pídele sin miedo, insiste. Acuérdate de la escena que nos relata el Evangelio sobre la multiplicación de los panes. – Mira con qué magnanimidad responde a los Apóstoles: ¿cuántos panes tenéis?, ¿cinco?... ¿Qué me pedís?... Y Él da seis, cien, miles... ¿Por qué?*

– Porque Cristo ve nuestras necesidades con una sabiduría divina, y con su omnipotencia puede y llega más lejos que nuestros deseos.

¡El Señor ve más allá de nuestra pobre lógica y es infinitamente generoso! (San Josemaría Escrivá, *Forja*, n. 341).

Jesús, tú no has cambiado: eres el mismo hoy, ayer y siempre.

Creo firmemente que estás aquí, que me ves, que me oyes, que te preocupas de mí con aquella misma solicitud con la que trataste a la multitud: con aquella compasión, con aquel amor.

Hasta tal punto me quieres, que te das a ti mismo como alimento en la Eucaristía.

Aquellas gentes dejaron las ciudades y fueron en tu búsqueda haciendo largos recorridos.

¡Yo lo tengo tan fácil!

Que vaya a visitarte más a menudo al Sagrario; que te reciba con más frecuencia en la Comunión.

«Que no perdamos tan buena razón y que nos lleguemos a Él; pues si cuando andaba en el mundo de sólo tocar su ropa sanaba los enfermos, ¿qué hay que dudar que hará milagros estando dentro de mí –si tenemos fe– y nos dará lo que le pidiéremos, pues está en nuestra casa? Y no suele Su Majestad pagar mal la posada si le hacen buen hospedaje» (Santa Teresa).

Jesús, hoy sigues haciendo grandes milagros.

Sólo me pides que sea generoso para seguirte de cerca, y que te pida las cosas con fe.

«Comieron todos hasta que quedaron satisfechos».

¿Qué milagro no harás si te lo pido cuando estás dentro de mí, en la comunión?

¿Qué me dejarás por pagar, si tú eres infinitamente generoso?

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO XVIII DEL TIEMPO ORDINARIO

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

Los cuatro evangelistas nos cuentan, en seis relatos, este milagro cargado de simbolismo que acabamos de escuchar. Se advierte el impacto que ejerció en los discípulos y la dimensión cultual que la Iglesia apostólica le concedió como prueba de que los tiempos mesiánicos se habían cumplido con la llegada de Jesucristo.

Este milagro tiene un trasfondo viejotestamentario que destaca además la superioridad de Jesús sobre Moisés y los Profetas. Tanto el maná con que Moisés alimentó al pueblo en el desierto (Ex 16), como la multiplicación del aceite y la harina por Elías en Sarepta (1 R 17,7-16), así como la multiplicación de los panes de cebada por Eliseo en Gilgal (2 R 4,42-44), son un anticipo de esta abundancia que Jesús reparte y que, a su vez, es el preludio de la que disfrutaremos en el banquete definitivo en el Reino de los Cielos. La alusión sacramental a la Eucaristía queda patente en el gesto de Jesús antes de operar el milagro: "Tomando los cinco panes y los dos peces, alzó la mirada al cielo, pronunció la bendición, partió los panes y se los dio a los discípulos; los discípulos se los dieron a la gente". San Juan, al narrar este milagro, pondrá de manifiesto su dimensión eucarística con el discurso del pan de vida. La iconografía cristiana de los primeros siglos utilizará los panes y los peces como símbolos de la Eucaristía en pinturas, relieves, mosaicos…, en los lugares dedicados al culto.

Jesús ve el hambre de todos los hombres de todos los tiempos en aquel gentío que se agolpa a su alrededor. Hambre de una plenitud que en esta vida no puede ser satisfecha. Hambre de Dios, aunque no lo sepan. Y se apresura a calmarla ofreciendo un alimento que, además de saciar, resulta sobrante: doce cestos llenos. ¿Es necesario recordar que en esta vida no hay campos ni fuentes que puedan calmar el hambre y apagar la sed de infinito que toda criatura siente? Sólo en Dios encontramos la plenitud que el corazón humano anhela. Una plenitud desbordante.

En Jesucristo tenemos la respuesta a las más altas expectativas de nuestro corazón, un profundo anhelo de vida que, si no se viera cumplido, convertiría nuestra existencia en un rompecabezas maldito. ¡Vivir! ¡Vivir sin la amenaza constante de la muerte! "Quien come mi carne y bebe mi sangre, tiene la vida eterna, y Yo le resucitaré en el último día" (Jn 6,54). El Cuerpo y la Sangre del Señor, es lo que nos permite traspasar el umbral de esta vida sin congoja e ingresar allí donde Dios mismo enjugará las lágrimas de nuestros ojos y donde no habrá muerte, porque todo eso ya ha pasado (Cfr Apoc 21,4).

***

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

"La «poca fe» y «los dones de Dios»"

I. LA PALABRA DE DIOS

Is 55,1-3: «Daos prisa y comed»

Sal 144, 8s.15s.17s.: «Abres tú la mano, Señor, y nos sacias de favores»

Rm 8,35.37-39: «Ninguna criatura podrá apartarnos del amor de Dios, manifestado en Cristo»

Mt 14,13-21: «Comieron todos hasta quedar satisfechos»

II. APUNTE BÍBLICO-LITÚRGICO

Las personas: Jesús sintió «lástima» del gentío y multiplicó los panes (1.ª Lect.). Sus gestos y oración son los de la institución de la Eucaristía: «tomando los cinco panes... pronunció la bendición, partió los panes y se los dio...». Los discípulos tenían «poca fe», aconsejaron despedir a la multitud, pero obedecieron al Maestro. El pueblo también tenía «poca fe», buscaba ante todo el pan de la tierra (cf Jn 6,26s), pero recibieron el don de Dios.

El suceso: Destacan los contrastes entre «la multitud» y la escasez de recursos: cinco panes y dos peces; y entre estos recursos y el resultado: «quedaron satisfechos y recogieron doce cestos llenos de sobras». Desde los comienzos, ya en las catacumbas, la gran Tradición contempló en el suceso un anuncio del banquete mesiánico al fin de los tiempos. Y entre el prodigio evangélico y el fin, se sitúa la Eucaristía, avance del banquete del Reino.

III. SITUACIÓN HUMANA

¿Qué hacer para que nuestras celebraciones y comuniones sean más hondas? También la perícopa evoca hoy el pavoroso problema del hambre en el mundo y nuestras celebraciones eucarísticas.

IV. LA FE DE LA IGLESIA

La fe

– "La Iglesia sabe que, ya ahora, el Señor viene en su Eucaristía y que está ahí en medio de nosotros. Sin embargo, esta presencia está velada. Por eso celebramos... «mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo»... De esta gran esperanza, la de los cielos nuevos y la nueva tierra... no tenemos prenda más segura, signo más manifiesto que la Eucaristía... remedio de inmortalidad, antídoto para no morir sino para vivir en Jesucristo para siempre (S. Ignacio de Antioquía...)" (1404-1405).

– Vinculación de la Eucaristía con el hambre en el mundo: «Para recibir en la verdad el Cuerpo y la Sangre de Cristo entregados por nosotros, debemos reconocer a Cristo en los más pobres, sus hermanos» (1397).

La respuesta

– Participar de la Eucaristía bien dispuestos, para gustar el Pan de Vida: «... «Quien coma el pan o beba el cáliz del Señor indignamente, será reo del Cuerpo y de la Sangre del Señor. Examínese, pues, cada cual...» (1 Co 11,27-29). Quien tiene conciencia de estar en pecado grave debe recibir el sacramento de la Reconciliación antes de acercarse a comulgar» (1385).

– Pero se requiere más, la humildad de corazón: "Ante la grandeza de este sacramento el fiel sólo puede repetir humildemente y con fe ardiente las palabras del Centurión...: «Señor, no soy digno de que entres en mi casa»..." (1386).

El testimonio cristiano

– «... Yo, su cabeza, gobernaba en el cielo a la derecha de mi Padre, pero en la tierra mis miembros tenían hambre. Si hubierais dado a mis miembros algo, eso habría subido hasta la cabeza. Cuando coloqué a mis pequeñuelos en la tierra, los constituí comisionados vuestros para llevar vuestras buenas obras a mi tesoro: como no habéis depositado nada en sus manos, no poséis nada en Mí» (San Agustín, serm. 18, 4, 4).

La Eucaristía: el gran don de Dios nos remite al Banquete del Reino, a la Otra Vida, la nueva creación. Para gustar la Eucaristía y ya ahora la Otra Vida, hay que acercarse a participar con el corazón bien dispuesto y la mano tendida.

HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO XVIII DEL TIEMPO ORDINARIO

Los bienes mesiánicos.

– Multiplicación de los panes. Jesús cuida de quienes le siguen.

I. *Nos has dado, Señor, Pan del Cielo que encierra en sí toda delicia.*

El Evangelio de la Misa relata cómo el Señor se alejó en una barca, Él solo, hacia un lugar desierto. Pero muchos se enteraron y le siguieron a pie desde las ciudades. Al desembarcar vio a esta multitud que le busca *y se llenó de compasión por ella y curó a los enfermos*. Los sana sin que se lo pidan, porque, para muchos llegar hasta allí llevando incluso enfermos impedidos, ya era suficiente petición y expresión de una fe grande. San Marcos señala, a propósito de este pasaje, que Jesús se detuvo largamente enseñando a esta multitud que le sigue, porque andaban *como ovejas sin pastor*, de tal manera que se hizo muy tarde. Se le pasa el tiempo al Señor con aquellas gentes, y los discípulos, no sin cierta inquietud, se sienten movidos a intervenir, porque la hora es avanzada y el lugar desierto: *despide a la gente para que vayan a las aldeas a comprarse alimentos*, le dicen. Y Jesús les sorprende con su respuesta: *No tienen necesidad de ir, dadles vosotros de comer*. Y obedecen los Apóstoles; hacen lo que pueden: encuentran cinco panes y dos peces. Es de notar que eran *como unos cinco mil hombres, sin contar mujeres y niños*. Jesús realizará un portentoso milagro con estos pocos panes y peces, y con la obediencia de quienes le siguen.

Después de mandar que se acomodaran en la hierba, Jesús, *tomando los cinco panes y los dos peces, levantó los ojos al cielo, recitó la bendición, partió los panes y los dio a los discípulos, y los discípulos a la gente*. Comieron todos hasta que quedaron satisfechos. El Señor cuida de los suyos, de quienes le siguen, también en las necesidades materiales cuando es necesario, pero busca nuestra colaboración, que es siempre pobre y pequeña. *Si le ayudas, aunque sea con una nadería, como hicieron*

los Apóstoles, Él está dispuesto a obrar milagros, a multiplicar los panes, a cambiar las voluntades, a dar luz a las inteligencias más oscuras, a hacer –con una gracia extraordinaria– que sean capaces de rectitud los que nunca lo han sido. Todo esto… y más, si le ayudas con lo que tengas.

Entonces comprendemos mejor lo que nos dice San Pablo en la *Segunda lectura*: *¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro, la espada? (…). Mas en todas estas cosas vencemos por aquel que nos amó. Porque persuadido estoy que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni lo presente, ni lo futuro, ni las potestades, ni la altura, ni la profundidad, ni ninguna otra criatura podrá separarnos del amor de Dios en Cristo Jesús, nuestro Señor.*

Ni las adversidades en la vida personal (pequeños o grandes fracasos, dolor, enfermedad…), ni las dificultades que podamos encontrar en el apostolado (resistencia de las almas en ocasiones a recibir la doctrina de Cristo, hostilidad de un ambiente que huye de la Cruz y del sacrificio…) podrán separarnos de Cristo, nuestro Maestro, pues en Él encontramos siempre la fortaleza.

– Este milagro es, además, figura de la Sagrada Eucaristía, en la que el Señor se da como alimento.

II. El relato del milagro comienza con las mismas palabras y con las mismas actitudes con que los Evangelios y San Pablo nos han transmitido la institución de la Eucaristía. Tal coincidencia nos hace ver que el milagro, además de ser una muestra de la misericordia divina de Jesús con los necesitados, es figura de la Sagrada Eucaristía, de la cual hablará el Señor poco después, en la sinagoga de Cafarnaún. Así lo han interpretado muchos Padres de la Iglesia. El mismo gesto del Señor –elevar los ojos al cielo– lo recuerda la Liturgia en el Canon Romano de la Santa Misa: *Et elevatis oculis in caelum, ad Te Deum Patrem suum omnipotentem…* Al recordarlo nos preparamos para asistir a un milagro mayor que la multiplicación de los panes: la conversión del pan en su propio Cuerpo, que es ofrecido sin medida como alimento a todos los hombres.

El milagro de aquella tarde junto al lago manifestó el poder y el amor de Jesús a los hombres. Poder y amor que harán posible también que encontremos el Cuerpo de Cristo bajo las especies sacramentales, para alimentar, a todo lo largo de la historia, a las multitudes de los fieles que acuden a Él hambrientas y necesitadas de consuelo. Como expresó Santo Tomás en la secuencia que compuso para la Misa del *Corpus Christi: Sumit unus, sumunt mille…* "Lo tome uno o lo tomen mil, lo mismo tomen éste que aquél, no se agota por tomarlo…".

"El milagro adquiere así todo su significado, sin perder nada de su realidad. Es grande en sí mismo, pero resulta aún mayor por lo que promete: evoca la imagen del buen pastor que alimenta a su rebaño. Se diría que es como un ensayo de un orden nuevo. Multitudes inmensas vendrán a tomar parte del festín eucarístico, en el que serán alimentadas de manera mucho más milagrosa, con un manjar infinitamente superior".

Esta multitud que acude al Señor revela la fuerte impresión que su Persona había producido en el pueblo, pues tantos se disponen a seguir a Jesús hasta las alturas desiertas, a gran distancia de los caminos importantes y de las aldeas. Suben sin provisiones, no quieren perder tiempo en ir a procurárselas por miedo a perder de vista al Señor. Un buen ejemplo para cuando nosotros tengamos alguna dificultad para visitarle o recibirle. Por encontrar al Maestro vale la pena cualquier sacrificio.

San Juan nos indica que el milagro causó un gran entusiasmo en aquella multitud que se había saciado. *Si aquellos hombres, por un trozo de pan –aun cuando el milagro de la multiplicación sea muy grande–, se entusiasman y te aclaman, ¿qué deberemos hacer nosotros por los muchos dones que nos has concedido, y especialmente porque te nos entregas sin reserva en la Eucaristía?*

En la Comunión recibimos cada día a Jesús, el Hijo de María, el que realizó aquella tarde este grandioso milagro. "Nosotros poseemos, en la Hostia, al Cristo de todos los misterios de la Redención: al Cristo de la Magdalena, del hijo pródigo y de la Samaritana, al Cristo resucitado de entre los muertos, sentado a la diestra del Padre (...). Esta maravillosa presencia de Cristo en medio de nosotros debería revolucionar nuestra vida (...); está aquí con nosotros: en cada ciudad, en cada pueblo (...)". Nos espera y nos echa de menos cuando nos retrasamos.

– Buscar al Señor en la Comunión como aquellas gentes que se olvidaban hasta de lo indispensable para no perderle. Preparar cada Comunión como si fuera la única de nuestra vida.

III. *Los ojos de todos te están aguardando, // tú les das la comida a su tiempo; // abres la mano, // y sacias de favores a todo viviente*, leemos en el *Salmo responsorial*.

Jesús, realmente presente en la Sagrada Eucaristía, da a este sacramento una eficacia sobrenatural infinita. Nosotros, cuando deseamos expresar nuestro amor a una persona le damos algún objeto, nuestros conocimientos, le hacemos favores y le prestamos ayudas, procuramos estar pendientes de la persona amada..., pero siempre encontramos un límite: no podemos darnos nosotros mismos. Jesucristo sí puede: se nos da Él mismo, uniéndonos a Él, identificándonos con Él. Y nosotros, que le buscamos con más deseos y más necesidad que aquellas gentes que se olvidan incluso del alimento hasta hallarle, le encontramos cada día en la Sagrada Comunión. Él nos espera, a cada uno. No aguarda a que le pidamos: nos cura de nuestras flaquezas, nos protege contra los peligros, contra las vacilaciones que pretenden separarnos de Él, y aviva nuestro andar. Cada Comunión es una fuente de gracias, una nueva luz y un nuevo impulso que, a veces sin notarlo, nos da fortaleza para la vida diaria, para afrontarla con garbo humano y sobrenatural, y para que nuestros quehaceres nos lleven a Él.

La participación de estos beneficios depende, sin embargo, de la calidad de nuestras disposiciones interiores, porque los sacramentos "producen un efecto mayor cuanto más perfectas son las disposiciones en que se los recibe". Disposiciones habituales de alma y cuerpo, de deseos cada vez mayores de limpieza y de purificación,

acudiendo a la Confesión con la periodicidad que hemos establecido en la dirección espiritual, o antes si fuera necesario o sólo conveniente. El amor nos llevará a una honda piedad eucarística. "Ésta –señalaba Juan Pablo II en su primer viaje a España– os acercará cada vez más al Señor; y os pedirá el oportuno recurso a la Confesión sacramental, que lleva a la Eucaristía, como la Eucaristía lleva a la Confesión". Los dos sacramentos, que hacen al alma más delicada y más fino y puro el amor, están íntimamente relacionados.

Cuanto más se acerca el momento de comulgar, más vivo se ha de hacer el deseo de preparación, de fe y de amor. *¿Has pensado en alguna ocasión cómo te prepararías para recibir al Señor, si se pudiera comulgar una sola vez en la vida?*

– *Agradezcamos a Dios la facilidad que tenemos para acercarnos a Él, pero... hemos de agradecérselo preparándonos muy bien, para recibirle*, como si fuera la única Comunión de toda nuestra vida, como si fuera la última; una vez será la última, y poco después nos encontraremos cara a cara con Jesús, con quien tan íntimamente unidos estuvimos en el sacramento. ¡Cómo nos alegrarán las muestras de fe y de amor que le manifestamos! *A quienes has alimentado con este Pan del Cielo, Señor, protégelos con tu auxilio y concédeles alcanzar la redención eterna*, le pedimos con la liturgia de la Misa.

Fr. Roger J. LANDRY (Hyannis, Massachusetts, Estados Unidos) (www.evangeli.net)

IR A ÍNDICE DOMINGO XVIII DEL TIEMPO ORDINARIO

«Traédmelos»

Hoy, Jesús nos muestra lo mucho que desea involucrarnos en su trabajo de redención. Él, que ha creado el cielo y la tierra de la nada, hubiese podido —de igual forma— haber fácilmente creado un opíparo banquete para saciar a aquella multitud.

Pero prefirió hacer el milagro partiendo de lo único que sus discípulos podían entregarle. «Si aquí no tenemos más que cinco panes y dos peces» (Mt 14,17), le dijeron. «Traédmelos» (Mt 14,18), les respondió Jesús. Y el Señor llevó a cabo la multiplicación de tan exiguo recurso —ni tan sólo suficiente para alimentar a una familia normal— para dar de comer a unas 5000 familias.

El Señor procedió de igual forma en el festín de las bodas de Caná. Él, que creó todos los mares, podía fácilmente haber llenado con el vino más selecto aquellas tinajas de más de 100 litros, partiendo de cero. Pero, de nuevo, prefirió involucrar a sus criaturas en el milagro, haciendo que, primero, llenasen los recipientes de agua.

Y, el mismo principio, podemos apreciarlo en la celebración de la Eucaristía. Jesús empieza no de la nada, ni tampoco de cereales o de uvas, sino del pan y del vino, que ya conllevan en sí el trabajo de manos humanas.

El difunto Cardenal Francisco Javier Nguyen van Thuan, prisionero de los comunistas vietnamitas desde 1975 al 1988, se preguntaba cómo podría favorecer el Reino de Cristo y preocuparse de su rebaño mientras intentaba sobreponerse al brutal sufrimiento de su solitario confinamiento. Y, dándose cuenta de lo poco que podía hacer desde la celda de su cárcel, pensó que, al menos, cada día, podría ofrecer al Señor sus "cinco panes y dos peces" y dejar que Dios hiciese el resto. Y el Señor multiplicó aquellos pequeños esfuerzos convirtiéndolos en un testimonio que ha inspirado no sólo a los vietnamitas, sino a toda la Iglesia.

Hoy, el Señor nos pide a nosotros, sus modernos discípulos, que "demos a las multitudes algo de comer" (cf. Mt 14,16). No importa lo mucho o poco que tengamos: démoslo al Señor y dejemos que Él continúe a partir de ahí.

EXAMEN DE CONCIENCIA PARA SACERDOTES – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís

IR A ÍNDICE DOMINGO XVIII DEL TIEMPO ORDINARIO

Alimentar hasta saciar

«Todos comieron hasta saciarse».

Eso dice la Palabra de Dios.

Y te lo dice a ti, sacerdote, porque el pueblo tiene hambre.

Tu Señor te envía a alimentarlos hasta saciarlos.

Tu Señor es el alimento de vida. El único alimento que salva y que sacia, que perdona y que da gracia, que es eterno y nunca se acaba.

Tú eres, sacerdote, el instrumento para compartir el alimento. Pero tu Señor quiere también la generosidad de su pueblo, y te pide que recojas con Él el fruto del trabajo de los hombres, y lo transformes en ofrenda, para que con Él y contigo sean uno, como el Padre y Él son uno, transubstanciando la ofrenda en su Carne y en su Sangre.

Tu Señor ha querido necesitar de ti, sacerdote, para hacerse presente, para alimentar a la gente, para guiarlos y para salvarlos, porque son como ovejas, que sin pastor se pierden.

Tu Señor te pide que llames a las ovejas de su rebaño, que las reúnas y no las disperses, que las mantengas unidas y las alimentes. No le digas que solo eres un muchacho, porque a donde quiera que Él te envíe irás, y lo que quiera que tú digas dirás, porque Él ya sabe que eres solo un muchacho, pero Él te ha dado siete panes y unos cuantos pescados.

Tu Señor te envía, sacerdote, y te dice: *'no tengas miedo, que contigo estoy para salvarte'*. Mira que ha puesto sus palabras en tu boca, y no podrás equivocarte.

Tu Señor te da autoridad sobre las gentes y sobre los reinos, para destruir y derrocar, para reconstruir y para plantar. Él es velador de su propia Palabra, para cumplirla, y te convierte en plaza fuerte, en pilar de hierro, en muralla de bronce frente a toda la tierra, porque te harán la guerra, pero no podrán contigo, pues contigo está tu Señor para salvarte.

Y tú, sacerdote, ¿crees esto?

¿Le das a tu Señor todo lo que tienes, y abandonas tu voluntad en su voluntad, para que haga contigo lo que Él quiere?

¿Confías en el poder de tu Señor y en sus milagros?

¿Aceptas que Él ponga ese poder entre tus manos?

¿Tienes el corazón dispuesto para acoger a su pueblo?

¿Mantienes reunido a su rebaño?, ¿o caminan como ovejas sin pastor, porque tú te has ido, porque te has cansado y lo has abandonado?

¿Los alimentas?, ¿o tienen hambre?

¿Tienen un pastor valiente?, ¿o tan solo ven en ti un muchacho cobarde?

Reflexiona, sacerdote, en la compasión de tu Señor, y pídele que te dé sus mismos sentimientos, que te llene de valor para asistir las necesidades de su pueblo, y entrégate en sus manos para ser usado como instrumento de amor, al ser configurado con Cristo Buen Pastor, y el medio para que Él haga llegar su misericordia a su pueblo.

Dispón tu corazón, sacerdote, y participa con tu Señor en su sacrificio redentor, que es un diario milagro en el altar, para alimentar, para salvar, para compartir y multiplicar la gracia obtenida por tu ofrenda, que se derrama sobre el mundo entero, y aun así sobra, porque Dios no se deja ganar en generosidad.

(*Espada de Dos Filos* IV, n. 46)

Domingo XIX del Tiempo Ordinario (ciclo A)

IR A ÍNDICE GENERAL

(Comentarios sobre las Lecturas propias de la Santa Misa para meditar y preparar la homilía)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)**
- **SAN JUAN CRISÓSTOMO (www.iveargentina.org)**
- **FRANCISCO – Ángelus 2014 -2017**
- **BENEDICTO XVI – Ángelus 2008 y 2011 - Jesús de Nazareth I**
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos**
- **RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)**
- **PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes**
- **FLUVIUM (www.fluvium.org)**
- **PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)**
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)**
  - **Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva**
  - **Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica**
- **HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)**
- **P. Ramón LOYOLA Paternina LC (Barcelona) (www.evangeli.net)**
- **CONGREGACIÓN PARA EL CLERO (www.clerus.org)**
- **EXAMEN DE CONCIENCIA PARA SACERDOTES – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís**

***

DEL MISAL MENSUAL

IR A ÍNDICE DOMINGO XIX DEL TIEMPO ORDINARIO

LAS DUDAS DE PEDRO

1 Re 19, 9.11-13; Rom 9, 1-5; Mt 14, 22-33

El Evangelio de san Mateo destaca la figura del pescador llamado Simón y apodado Pedro, es decir, roca, con mucha más amplitud que los otros sinópticos. En algunas escenas su figura se agranda y en otras, emerge su fragilidad. Este relato pertenece a la segunda categoría. La escena donde Jesús camina sobre las aguas del mar durante

la madrugada está ubicada inmediatamente después del signo de los panes. Aunque la memoria de los Doce debía conservar el recuerdo de ese y otros signos, Pedro termina flaqueando. No consigue entregarse en las manos de Dios. El relato del libro de los Reyes nos presenta a un profeta desamparado. Elías perseguido está abatido y dispuesto a terminar su misión. La discreta presencia del Señor lo reconforta y le permite reafirmar su confianza en la fidelidad de Dios.

ANTÍFONA DE ENTRADA Sal 73, 20. 19. 22. 23

Acuérdate, Señor, de tu alianza; no olvides por más tiempo la suerte de tus pobres. Levántate, Señor, a defender tu causa; no olvides las voces de los que te buscan.

ORACIÓN COLECTA

Dios todopoderoso y eterno, a quien, enseñados por el Espíritu Santo, invocamos con el nombre de Padre, intensifica en nuestros corazones el espíritu de hijos adoptivos tuyos, para que merezcamos entrar en posesión de la herencia que nos tienes prometida. Por nuestro Señor Jesucristo ...

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

Quédate en el monte, porque el Señor va a pasar.

Del primer libro de los Reyes: 19, 9. 11-13

Al llegar al monte de Dios, el Horeb, el profeta Elías entró en una cueva y permaneció allí. El Señor le dijo: «Sal de la cueva y quédate en el monte para ver al Señor, porque el Señor va a pasar".

Así lo hizo Elías, y al acercarse el Señor, vino primero un viento huracanado, que partía las montañas y resquebrajaba las rocas; pero el Señor no estaba en el viento. Se produjo después un terremoto; pero el Señor no estaba en el terremoto. Luego vino un fuego; pero el Señor no estaba en el fuego. Después del fuego se escuchó el murmullo de una brisa suave. Al oírlo, Elías se cubrió el rostro con el manto y salió a la entrada de la cueva.

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 84, 9ab-10.11-12.13-14.

R/. Muéstranos, Señor, tu misericordia.

Escucharé las palabras del Señor, palabras de paz para su pueblo santo. Está ya cerca nuestra salvación y la gloria del Señor habitará en la tierra. ***R/.***

La misericordia y la verdad se encontraron, la justicia y la paz se besaron; la fidelidad brotó en la tierra y la justicia vino del cielo. ***R/.***

Cuando el Señor nos muestre su bondad, nuestra tierra producirá su fruto. La justicia le abrirá camino al Señor e irá siguiendo sus pisadas. ***R/.***

SEGUNDA LECTURA

Hasta quisiera verme separado de Cristo, si esto fuera para bien de mis hermanos.

De la carta del apóstol san Pablo a los romanos: 9, 1-5

Hermanos: Les hablo con toda verdad en Cristo; no miento. Mi conciencia me atestigua, con la luz del Espíritu Santo, que tengo una infinita tristeza y un dolor incesante tortura mi corazón.

Hasta aceptaría verme separado de Cristo, si esto fuera para bien de mis hermanos, los de mi raza y de mi sangre, los israelitas, a quienes pertenecen la adopción filial, la gloria, la alianza, la ley, el culto y las promesas. Ellos son descendientes de los patriarcas; y de su raza, según la carne, nació Cristo, el cual está por encima de todo y es Dios bendito por los siglos de los siglos. Amén.

Palabra de Dios.

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Sal 129, 5

R/. Aleluya, aleluya.

Confío en el Señor, mi alma espera y confía en su palabra. ***R/.***

EVANGELIO

Mándame ir a ti caminando sobre el agua.

+ Del santo Evangelio según san Mateo: 14, 22-33

En aquel tiempo, inmediatamente después de la multiplicación de los panes, Jesús hizo que sus discípulos subieran a la barca y se dirigieran a la otra orilla, mientras él despedía a la gente. Después de despedirla, subió al monte a solas para orar. Llegada la noche, estaba él solo allí.

Entre tanto, la barca iba ya muy lejos de la costa y las olas la sacudían, porque el viento era contrario. A la madrugada, Jesús fue hacia ellos, caminando sobre el agua. Los discípulos, al verlo andar sobre el agua, se espantaron y decían: "¡Es un fantasma!". Y daban gritos de terror. Pero Jesús les dijo enseguida: "Tranquilícense y no teman. Soy yo".

Entonces le dijo Pedro: "Señor, si eres tú, mándame ir a ti caminando sobre el agua". Jesús le contestó: "Ven". Pedro bajó de la barca y comenzó a caminar sobre el agua hacia Jesús; pero al sentir la fuerza del viento, le entró miedo, comenzó a hundirse y gritó: "¡Sálvame, Señor!" Inmediatamente Jesús le tendió la mano, lo sostuvo y le dijo: "Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?".

En cuanto subieron a la barca, el viento se calmó. Los que estaban en la barca se postraron ante Jesús, diciendo: "Verdaderamente tú eres el Hijo de Dios".

Palabra del Señor.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Recibe benignamente, Señor, los dones de tu Iglesia, y, al concederle en tu misericordia que te los pueda ofrecer, haces al mismo tiempo que se conviertan en sacramento de nuestra salvación. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN **Sal 147, 12. 14**

Alaba, Jerusalén, al Señor, porque te alimenta con lo mejor de su trigo.

O bien: ***Cfr. Jn 6, 51***

El pan que yo les daré, es mi carne para la vida del mundo, dice el Señor.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

La comunión de tus sacramentos que hemos recibido, Señor, nos salven y nos confirmen en la luz de tu verdad. Por Jesucristo, nuestro Señor.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

IR A ÍNDICE DOMINGO XIX DEL TIEMPO ORDINARIO

Elías en el Horeb (1 Re 19, 9.11-13b)

1ª lectura

«Volviendo a andar el camino del desierto hacia el lugar donde el Dios vivo y verdadero se reveló a su pueblo, Elías se recoge como Moisés "en la hendidura de la roca" hasta que "pasa" la presencia misteriosa de Dios (cfr 1 R 19, 1-14; Ex 33, 19-23). Pero solamente en el monte de la Transfiguración se dará a conocer Aquél cuyo Rostro buscan (cfr Lc 9, 30-35): el conocimiento de la Gloria de Dios está en el rostro de Cristo crucificado y resucitado (cfr 2 Co 4, 6)» (Catecismo de la Iglesia Católica, n. 2583).

Es llamativo el contraste entre los elementos espectaculares de la naturaleza en los que no está Dios, y el suave susurro de una voz, como una brisa en la que el profeta reconoce la presencia del Dios vivo (vv. 11-13). «De este modo —comenta San Ireneo— el profeta, que estaba profundamente abatido por la transgresión del pueblo y por la matanza de los profetas, aprendía a obrar con moderación, y así se significaba además la venida del Señor como hombre; venida que, después de la ley dada por Moisés, sería suave y dulce y en la que ni partió la caña cascada ni apagó el leño humeante. Se significaba también el descanso dulce y en paz de su reino. En efecto, tras el viento que conmueve los montes, tras el terremoto y tras el fuego, vendrán los tiempos tranquilos y pacíficos de su reino, en los cuales el Espíritu de Dios reanimará y hará crecer al hombre con suavidad» (*Adversus haereses* 4, 20, 10).

Privilegios de Israel y fidelidad de Dios (Rm 9, 1-5)

2ª lectura

Comienza aquí la última sección de la parte doctrinal de la carta. Puede decirse que Pablo responde a una pregunta implícita: la justificación por la fe en Cristo ¿cómo es coherente con las promesas de Dios a Israel? Si desde el principio había un designio de Dios que debía conducir hasta el Mesías, ¿cómo es que los judíos, que habían recibido las promesas de los patriarcas, la Ley y los Profetas, han rechazado a Cristo?

Retomando lo dicho ya en 3, 1-2, el Apóstol trata del privilegio del pueblo hebreo como destinatario primero de la revelación divina (9, 1-5).

El ser descendientes de Jacob (Israel) era el fundamento de los privilegios divinos concedidos a los israelitas a lo largo de la historia. Sin embargo, San Pablo, mostrando un gran amor hacia los de su raza, enseña que la gran dignidad del pueblo elegido se pone de manifiesto más bien en que Dios quiso asumir una naturaleza humana de la raza hebrea (vv. 1-5). Jesucristo desciende de los israelitas «según la carne», y es a la vez verdadero Dios, porque es «sobre todas las cosas Dios bendito por los siglos» (v. 5). Esta afirmación, a manera de doxología o glorificación de Dios, era un modo de ensalzar al Señor en el Antiguo Testamento (cfr Sal 41, 14; 72, 19; 106, 48; Ne 9, 5; Dn 2, 20 etc.). Aplicada a Jesucristo constituye una de las fórmulas más expresivas de afirmar su divinidad. En otros textos paulinos se encuentran formulaciones parecidas, relativas al núcleo del misterio de la Encarnación: cfr 1, 3-4; Flp 2, 6-7; Col 2, 9; Tt 2, 13-14.

Jesús camina sobre las aguas (Mt 14, 22-33)

Evangelio

Las tempestades en el lago de Genesaret son frecuentes: las aguas se arremolinan con grave peligro para las embarcaciones. El episodio de Jesús andando sobre el mar (vv. 25-27) lo relatan también Mc 6, 48-50 y Jn 6, 19-21. En cambio, San Mateo es el único que narra el caminar de San Pedro sobre las aguas (vv. 28-31). También es el único que recoge la solemne promesa de Jesús a Pedro (16, 17-19) y el episodio del impuesto del Templo (17, 24-27). Se refleja así la importancia que Jesús quiso dar a Pedro en la Iglesia. En este caso, el episodio muestra la grandeza y la debilidad del Apóstol, su fe y sus dificultades para creer: «Así también dice Pedro: Mándame ir a ti sobre las aguas. (...) Y Él dijo: ¡Ven! Se bajó y pudo caminar sobre las aguas (...). Eso es lo que podía Pedro en el Señor. ¿Y qué podía en sí mismo? Sintiendo un fuerte viento, temió y comenzó a hundirse y exclamó: ¡Señor, perezco, líbrame! Presumió del Señor y pudo por el Señor, pero titubeó como hombre, y entonces se volvió hacia el Señor» (S. Agustín, *Sermones* 76, 8).

El episodio ilumina la vida cristiana. También la Iglesia, como la barca de los Apóstoles, se ve combatida. Jesús, que vela por ella, acude a salvarla, no sin antes haberla dejado luchar para fortalecer el temple de sus hijos. En las pruebas de fe y de fidelidad, en el combate del cristiano por mantenerse firme cuando las fuerzas flaquean, el Señor nos anima (v. 27), nos estimula a pedir (v. 30), y nos tiende la mano (v. 31). Entonces, como ahora, brota la confesión de la fe que proclama el cristiano: «Verdaderamente eres Hijo de Dios» (v. 33): «El Señor levanta y sustenta esta esperanza que vacila. Como hizo en la persona de Pedro cuando estaba a punto de hundirse, al volver a consolidar sus pies sobre las aguas. Por tanto, si también a nosotros nos da la mano aquel que es la Palabra, si, viéndonos vacilar en el abismo de nuestras especulaciones, nos otorga la estabilidad iluminando un poco nuestra inteligencia, entonces ya no temeremos, si caminamos agarrados de su mano» (S. Gregorio de Nisa, *De beatitudinibus* 6).

SAN JUAN CRISÓSTOMO (www.iveargentina.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO XIX DEL TIEMPO ORDINARIO

El milagro de Jesús y la fe de Pedro

¿Por qué sube el Señor al monte? Para enseñarnos que nada hay como el desierto y la soledad cuando tenemos que suplicar a Dios. De ahí la frecuencia con que se retira a lugares solitarios y allí se pasa las noches en oración, para enseñarnos que, para la oración, hemos de buscar la tranquilidad del tiempo y del lugar. El desierto es, en efecto, padre de la tranquilidad, un puerto de calma que nos libra de todos los alborotos.

Por eso, pues, se sube Él al monte; sus discípulos, empero, nuevamente son juguete de las olas y sufren otra tormenta como la primera. Más entonces le tenían por lo menos a Él consigo; ahora se hallan solos y abandonados a sus propias fuerzas. Es que quiere el Señor irlos conduciendo suavemente y paso a paso a mayores cosas y, particularmente, a que sepan soportarlo todo generosamente. Por eso justamente, cuando estaban para correr el primer peligro, allí estaba Él con ellos, aunque estuviera durmiendo, pronto para socorrerlos en cualquier momento; ahora, empero, para conducirlos a mayor paciencia, ni siquiera está Él allí, sino que se ausenta y permite que la tempestad los sorprenda en medio del mar, sin esperanza de salvación por parte alguna, y allí los deja la noche entera juguete de las olas, sin duda, hasta donde yo puedo ver, con la intención de despertar sus corazones endurecidos.

Tal es, a la verdad, el efecto del miedo, al que no menos que la tormenta contribuía el tiempo. Pero juntamente con ese sentimiento de compunción quería el Señor excitar en sus discípulos un mayor deseo y un continuo recuerdo de Él mismo. De ahí que no se presentara inmediatamente a ellos: *A* la *cuarta vigilia de la noche*—dice el evangelista— *vino a ellos caminando sobre las aguas*. Con lo que quería darles la lección de no buscar demasiado aprisa la solución de las dificultades, sino soportar generosamente los acontecimientos.

El caso fue que, cuando esperaban verse libres del peligro, entonces fue cuando aumentó el miedo: *Porque los discípulos*—dice el evangelista—, *al verle caminar sobre el mar,* se *turbaron, diciendo que era un fantasma, y de miedo rompieron* en *gritos*. Tal es el modo ordinario de obrar de Dios: cuando Él está a punto de resolver las dificultades, entonces es cuando nos pone otras más graves y espantosas. Así sucede en este momento; pues, como si fuera poco la tormenta, la aparición vino también a alborotarlos, no menos que la tormenta misma. Por eso ni deshizo la oscuridad ni de pronto se manifestó claramente a Sí mismo. Es que quería, como acabo de decir, templarlos entre aquellos temores y enseñarles a ser pacientes y constantes.

Lo mismo hizo también con Job: cuando estaba para poner fin a sus pruebas y temores, entonces fue cuando permitió que el fin fuera más grave que los comienzos. Ya no se trataba entonces de la muerte de los hijos ni de las palabras de su mujer, sino

de los improperios de sus mismos criados y amigos. Y, por modo semejante, cuando estaba Dios a punto de sacar a Jacob de toda la miseria sufrida en tierra extranjera, entonces fue cuando permitió que se levantara mayor alboroto. Porque fue así que su suegro, apoderándose de él, le amenazó de muerte, y después del suegro viene el hermano, que le pone también en el último peligro. Es que, como los justos no pueden ser tentados por largo tiempo y a la vez con grande fuerza; como Dios quiere, por otra parte, aumentarles sus merecimientos, de ahí el intensificarles también las pruebas justamente cuando están para dar fin a sus combates.

Así lo hizo Dios también con Abrahán, a quien por última prueba le puso el sacrificio de su hijo. Y es que de este modo lo insoportable se hace soportable, pues llega ya cuando estamos a la puerta, cuando la liberación está ya al alcance de la mano. Tal hizo también ahora Cristo con sus apóstoles, a quienes no se manifiesta hasta que rompen en gritos; porque, cuanto más íntima e intensa fuera su angustia, con más gozo acogerían su presencia. Luego, después, de lanzar los gritos, prosigue el evangelista: *Inmediatamente les habló Jesús diciendo: Tened confianza. Soy* yo, no *temáis*. Esta palabra disipó todo su miedo y les infundió confianza. Y es que, como no le habían conocido por la vista, pues lo extraño de caminar sobre las aguas y el tiempo mismo se lo impedía, el Señor se les da a conocer por la voz.

¿Qué hace, pues, entonces Pedro, que siempre fue ardiente de carácter y se adelantaba a los otros? *Señor* —le dice—, *si eres tú, mándame ir a ti sobre las aguas*. No dijo: "Ruega y suplica", sino: *Manda*. ¡Mirad qué ardor y qué fe tan grande! Sin embargo, por eso justamente se expone muchas veces Pedro a peligro, pues tiende a ir más allá de la medida. A la verdad, también aquí pidió cosa grande, si bien a ello le impulsó sólo la caridad y no la vanagloria. Porque no dijo: "Manda que yo camine sobre las aguas". Pues ¿qué dijo? *Manda que vaya yo* a *ti sobre las aguas*. Nadie, en efecto, amaba como él a Jesús. Lo mismo hizo después de la resurrección. Él no pudo aguantar el ir con los otros al sepulcro, sino que se adelantó. Aquí, empero, no sólo da pruebas de amor, sino también de fe. Porque no sólo creyó que podía el Señor caminar sobre el mar, sino que podía conceder la misma gracia a los otros. Y de este modo desea Pedro llegar cuanto antes, a su lado.

Y Él le dijo: Ven. Y bajando Pedro de la barca, caminó sobre las aguas y llegó a Jesús. Pero, viendo el fuerte viento, tuvo miedo y, empezando ya a hundirse, gritó diciendo: Señor, sálvame. Y en *seguida Jesús, tendiéndole la mano, le cogió y le dijo: Hombre de poca fe, ¿por qué has dudado?* He aquí un milagro más maravilloso que el de la tempestad calmada. Por eso también sucede después del primero. Y, en efecto, una vez que hubo mostrado ser El señor del mar, ahora realiza otro más maravilloso milagro. Entonces sólo increpó a los vientos; mas ahora es El mismo quien camina sobre el mar y hasta le concede a otro hacer lo mismo. Cosa que, de habérselo mandado al principio, no le hubiera Pedro obedecido tan prontamente, pues todavía no tenía tanta fe.

2. ¿Por qué, pues, se lo permitió Cristo? Porque de haberle dicho: "No puedes", él, ardiente como era, le hubiera contradicho. De ahí que quiere el Señor enseñarle por la experiencia, para que otra vez sea más moderado. Mas ni aun así se contiene. Una

vez que bajó de la barca al agua, empezó a hundirse, por haber tenido miedo. El hundirse dependía de las olas; pero el miedo se lo infundía el viento. Juan, por su parte, cuenta:

Quisieron recibirle en la barca, e inmediatamente la barca llegó al punto de la costa a donde se dirigían (Jn6, 21). Que viene a decir lo mismo, es decir, que, cuando estaban para llegar a tierra, montó el Señor en la barca. Una vez que bajó de la barca Pedro caminaba hacia Jesús, alegre no tanto de ir andando sobre las aguas cuanto de llegar a Él.

Y lo notable aquí es que, vencido el peligro mayor, iba a sufrir apuros en el menor, es decir, por la fuerza del viento y no por el mar. Tal es, en efecto, la humana naturaleza. Muchas veces, triunfadora en lo grande, queda derrotada en lo pequeño. Así le aconteció a Elías con Jezabel; así a Moisés con el egipcio; así a David con Betsabé. Así le pasa aquí a Pedro. Cuando todos estaban llenos de miedo, él tuvo el valor de echarse al agua; en cambio, ya no pudo resistir la embestida del viento, no obstante hallarse cerca de Cristo. Lo que prueba que de nada vale estar materialmente cerca de Cristo si no lo estamos también por la fe.

Esto, sin embargo, sirvió para hacer patente la diferencia entre el maestro y el discípulo, y para calmar, un poco, a los otros. Porque si se irritaron en otra ocasión de las pretensiones de los dos hermanos Santiago y Juan (Mt.20, 24), con mucha más razón se irritarían aquí. Porque todavía no se les había concedido la gracia del Espíritu Santo. Después de recibido éste, no aparecen así. Entonces, en todo momento, dan la primacía a Pedro y a él designan para hablar públicamente, no obstante ser el más rudo de todos.

Mas ¿por qué no mandó el Señor a los vientos que se calmaran, sino que, tendiendo Él su mano, le cogió a Pedro? Porque hacía falta la fe del propio Pedro. Cuando falta nuestra cooperación cesa también la ayuda de Dios. Para dar, pues, a entender el Señor que no era la fuerza del viento, sino la poca fe del discípulo la que producía el peligro, le dice a Pedro mismo: *Hombre de poca fe, ¿por qué has dudado?* Así, de no haber flaqueado en la fe, fácilmente hubiera resistido también el empuje del viento. La prueba es que aun después que el Señor lo hubo tomado de la mano, dejó que siguiera soplando el viento; lo que era dar a entender que, estando la fe bien firme, el viento no puede hacer daño alguno. Y como al polluelo que antes de tiempo se sale del nido y está para caer al suelo, la madre lo sostiene con sus alas y lo vuelve al nido, así hizo Cristo con Pedro.

Y *apenas hubieron subido ellos a la barca, se calmó el viento.* En el milagro de la tempestad calmada habían dicho: *¿Quién es éste, para que los vientos y el* mar *le obedezcan?* (Mt.8, 27). No así ahora. *Porque los que estaban en la* barca —prosigue el evangelista—, *acercándose, le adoraron, diciendo: Verdaderamente tú eres Hijo de Dios.*

Mirad cómo poco a poco va el Señor levantándolos a todos más alto. La fe, en efecto, era ya muy grande por haberle visto caminar sobre el mar, por haber concedido a Pedro hacer lo mismo y por haberle salvado del peligro. En la otra ocasión había

intimado al mar; ahora no le intima, pero demuestra de otro modo mejor aún su poder. De ahí que dijeran: *Verdaderamente, tú eres Hijo de Dios.*

(Homilías sobre San Mateo (II), homilía 50, 1-2, BAC Madrid 1956, 71-77)

FRANCISCO – Ángelus 2014 - 2017

IR A ÍNDICE DOMINGO XIX DEL TIEMPO ORDINARIO

2014

La fe nos da la seguridad de la presencia de Jesús

Queridos hermanos y hermanas,

¡Buenos días!

El Evangelio de hoy nos presenta el episodio de Jesús que camina sobre las aguas del lago. Después de la multiplicación de los panes y de los peces, Él invita a los discípulos a subirse en una barca y a esperarlo en la otra orilla, mientras Él despide a la gente y luego se retira a rezar en la montaña hasta la noche. Mientras tanto en el lago se desata una fuerte tormenta, y es ahí, en medio de la tormenta que Jesús llega a la barca de los discípulos, caminando sobre las aguas del lago. Cuando lo ven, los discípulos se asustan, piensan que es un fantasma, pero Él los tranquiliza: "¡Animo, soy yo, no tengan miedo!" Pedro, con su típico impulso, le pide casi una prueba: "Señor, si eres tú, ordéname de ir hacia ti caminado sobre las aguas"; y Jesús le dice: "¡Ven!". Pedro baja de la barca y se pone a caminar sobre las aguas; pero el fuerte viento lo embiste y comienza a hundirse. Entonces grita: "¡Señor, sálvame!", y Jesús le tiende la mano y lo saca.

Esta narración es una bella imagen de la fe del apóstol Pedro. En la voz de Jesús que le dice: "¡Ven!", él reconoce el eco del primer encuentro sobre la orilla de ese mismo lago, y luego, una vez más, deja la barca y va hacia el maestro. ¡Y camina sobre las aguas! La respuesta confiada y rápida a la llamada del Señor hace realizar siempre cosas extraordinarias. Pero, Jesús mismo nos decía que nosotros somos capaces de hacer milagros con nuestra fe, fe en Él, fe en su palabra, fe en su voz. En cambio, Pedro comienza a hundirse en el momento que deja de mirar a Jesús y se deja envolver por las adversidades que lo rodean. Pero el Señor esta siempre ahí, y cuando Pedro lo llama, Jesús lo salva del peligro. En el personaje de Pedro, con sus impulsos y sus debilidades, es descrita nuestra fe: siempre frágil y pobre, inquieta y todavía victoriosa, la fe del cristiano camina al encuentro del Señor resucitado, en medio de las tormentas y los peligros del mundo.

También es muy importante la escena final. "apenas subieron en la barca, el viento cesó. Aquellos que estaban en la barca se prostraron delante de Él, diciendo: "¡de verdad tu eres el Hijo de Dios!". En la barca están todos los discípulos, acomunados por la experiencia de la debilidad, de la duda, del miedo, "de la poca fe".

Pero cuando sobre aquella barca sube Jesús, el clima cambia en seguida: todos se sienten unidos en la fe en Él. Todos los pequeños y atemorizados se hacen grandes en el momento en el cual se arrojan de rodillas y reconocen en su maestro que es el Hijo de Dios. Cuantas veces también a nosotros nos sucede lo mismo, sin Jesús, lejos de Jesús nos sentimos temerosos, inadecuados a tal punto de pensar que no podemos salir adelante, ¡falta la fe! Pero Jesús está siempre con nosotros, tal vez escondido, pero siempre presente y listo para socorrernos.

Esta es una imagen clara de la Iglesia: una barca que debe afrontar la tormenta y a veces parece que va a ser hundida. Lo que la salva no es la calidad o el valor de sus hombres, sino la fe, que le permite caminar incluso en la oscuridad, en medio de las dificultades. La fe nos da la seguridad de la presencia de Jesús siempre al lado, que nos tiene de la mano para alejarnos del peligro. Todos nosotros estamos sobre esta barca, y aquí nos sentimos seguros no obstante nuestros límites y nuestras debilidades. Estamos seguros sobre todo cuando sabemos ponernos de rodillas y adorar a Jesús, ¡adorar a Jesús!, el único Señor de nuestra vida. A esto nos llama siempre nuestra Madre, la Virgen. A ella nos dirigimos con confianza.

***

2017

La fe nos sostiene en el camino y le da un sentido

Queridos hermanos y hermanas,

Hoy, la página del Evangelio (Mt 14, 22-33) describe el episodio de Jesús que, después de haber orado toda la noche en la orilla del lago de Galilea, se dirige hacia la barca de sus discípulos, caminando sobre las aguas. La barca se encontraba en medio del lago, bloqueada por un fuerte viento contrario. Cuando ven venir a Jesús caminando sobre las aguas, los discípulos lo confunden con un fantasma y se aterrorizan. Pero Él los tranquiliza: «¡Ánimo, soy yo, no tengan miedo!» (v. 27). Pedro, con su típico ímpetu, le dice: «Señor, si eres tú, mándame ir a tu encuentro sobre el agua»; y Jesús lo llama «Ven» (vv. 28-29). Pedro, bajó de la barca y comenzó a caminar sobre el agua hacia Jesús; pero a causa del viento se agitó y comenzó a hundirse. Entonces gritó: «Señor, sálvame». Y Jesús le tendió la mano y lo sostuvo (vv. 30-31).

Esta narración del Evangelio contiene un rico simbolismo y nos hace reflexionar sobre nuestra fe, sea como individuos, sea como comunidad, también la fe de todos los que estamos hoy, aquí en la Plaza. La comunidad eclesial, esta comunidad eclesial, ¿tiene fe? ¿Cómo es la fe de cada uno de nosotros y la fe de nuestra comunidad? La barca es la vida de cada uno de nosotros, pero es también la vida de la Iglesia; el viento contrario representa las dificultades y las pruebas. La invocación de Pedro: «Señor, mándame ir a tu encuentro» y su grito: «Señor, sálvame» se asemejan tanto a nuestro deseo de sentir la cercanía del Señor, pero también el miedo y la angustia que acompañan los momentos más duros de nuestra vida y de nuestras comunidades, marcadas por fragilidades internas y por dificultades externas.

A Pedro, en ese momento, no le bastó la palabra segura de Jesús, que era como la cuerda extendida a la cual sujetarse para afrontar las aguas hostiles y turbulentas. Es

lo que nos puede suceder también a nosotros. Cuando no nos sujetamos a la palabra del Señor, sino para tener seguridad, para tener más seguridad se consultan horóscopos y adivinos, se comienza a hundir. La fe no es tan fuerte. El Evangelio de hoy nos recuerda que la fe en el Señor y en su palabra no nos abre un camino donde todo es fácil y tranquilo; no nos quita las tempestades de la vida. La fe nos da la seguridad de una Presencia – no olviden esto: la fe nos da la seguridad de una Presencia, esa presencia de Jesús – una Presencia que nos impulsa a superar las tormentas existenciales, la certeza de una mano que nos aferra para ayudarnos a afrontar las dificultades, indicándonos el camino incluso cuando esta oscuro. La fe, finalmente, no es una escapatoria a los problemas de la vida, sino nos sostiene en el camino y le da un sentido.

Este episodio es una imagen estupenda de la realidad de la Iglesia de todos los tiempos: una barca que, a lo largo de la travesía, debe afrontar también vientos contrarios y tempestades, que amenazan con hundirla. Lo que la salva no es el coraje y las cualidades de sus hombres: la garantía contra el naufragio es la fe en Cristo y en su palabra. Esta es la garantía: la fe en Jesús y en su palabra. Sobre esta barca estamos seguros, no obstante nuestras miserias y debilidades, sobre todo cuando nos ponemos de rodillas y adoramos al Señor, como los discípulos que, al final, «se postraron ante Él, diciendo: "Verdaderamente, tú eres el Hijo de Dios"» (v. 33). Qué bello es decir a Jesús esta palabra: "¡Verdaderamente, tú eres el Hijo de Dios!". Digámoslo todos juntos. Todos. Fuerte: "¡Verdaderamente, tú eres el Hijo de Dios!". Una vez más... "¡Verdaderamente, tú eres el Hijo de Dios!"

La Virgen María nos ayude a permanecer firmes en la fe para resistir a las tormentas de la vida, a quedarnos en la barca de la Iglesia rechazando la tentación de subirse en los botes fascinantes pero inseguros de las ideologías, de las modas y de los eslóganes.

BENEDICTO XVI – Ángelus 2008 y 2011 - Jesús de Nazareth I

IR A ÍNDICE DOMINGO XIX DEL TIEMPO ORDINARIO

Ángelus 2008

El Señor también a nosotros nos toma continuamente de la mano

Queridos hermanos y hermanas:

(...) El Evangelio de este domingo nos lleva, de este lugar de reposo, a la vida cotidiana. Narra cómo, después de la multiplicación de los panes, el Señor va a la montaña para permanecer solo con el Padre. Entretanto, los discípulos están en el lago y con su mísera barquita se esfuerzan en vano por dominar el viento contrario. Este episodio tal vez se le presenta al evangelista como una imagen de la Iglesia de su tiempo: cómo esta barquita, que era la Iglesia de entonces, se hallaba en el viento contrario de la historia y cómo parecía que el Señor la había olvidado. También

nosotros podemos ver allí una imagen de la Iglesia de nuestro tiempo, que en muchas partes de la tierra fatiga por avanzar a pesar del viento contrario y parece que el Señor está muy lejos. Pero el Evangelio nos da respuesta, consolación y ánimo y al mismo tiempo nos indica un camino. En efecto nos dice: sí, es verdad, el Señor está junto al Padre, pero precisamente por eso no está lejos, sino que ve a cada uno, porque quien está con Dios no se marcha, sino que está junto al prójimo. Y, en realidad, el Señor los ve y en el momento oportuno va hacia ellos. Y cuando Pedro, yendo a su encuentro corre el riesgo de ahogarse, él lo toma de la mano y lo pone a salvo, en la barca. El Señor también a nosotros nos toma continuamente de la mano: lo hace mediante la belleza de un domingo, mediante la liturgia solemne, en la oración con la que nos dirigimos a él, en el encuentro con la palabra de Dios, en múltiples situaciones de la vida diaria. Él nos toma de la mano. Y sólo si nosotros agarramos la mano del Señor, si nos dejamos guiar por él, nuestro camino será justo y bueno.

Por esto queremos rezarle, para que logremos encontrar siempre nuevamente su mano. Y al mismo tiempo esto implica una exhortación: que en su nombre, tendamos nuestra mano a los demás, a los que tienen necesidad, para guiarlos a través de las aguas de nuestra historia (...).

Recemos para que en una sociedad en la que se corre cada vez más, las vacaciones sean días de verdadera distensión durante los cuales se sepa sacar momentos para el recogimiento y la oración, indispensables para encontrarse profundamente a sí mismos y a los demás. Lo pedimos por intercesión de María santísima, Virgen del silencio y de la escucha.

***

Ángelus 2011

El Señor mismo sale a nuestro encuentro

Queridos hermanos y hermanas:

En el Evangelio de este domingo encontramos a Jesús que, retirándose al monte, ora durante toda la noche. El Señor, alejándose tanto de la gente como de los discípulos, manifiesta su intimidad con el Padre y la necesidad de orar a solas, apartado de los tumultos del mundo. Ahora bien, este alejarse no se debe entender como desinterés respecto de las personas o como abandonar a los Apóstoles. Más aún, como narra san Mateo, hizo que los discípulos subieran a la barca "para que se adelantaran a la otra orilla" (Mt 14, 22), a fin de encontrarse de nuevo con ellos. Mientras tanto, la barca "iba ya muy lejos de tierra, sacudida por las olas, porque el viento era contrario" (Mt 15, 24), y he aquí que "a la cuarta vela de la noche se les acercó Jesús andando sobre el mar" (Mt 15, 25); los discípulos se asustaron y, creyendo que era un fantasma, "gritaron de miedo" (Mt 15, 26), no lo reconocieron, no comprendieron que se trataba del Señor. Pero Jesús los tranquiliza: "¡Ánimo, soy yo, no tengáis miedo!" (Mt 15, 27). Es un episodio, en el que los Padres de la Iglesia descubrieron una gran riqueza de significado. El mar simboliza la vida presente y la inestabilidad del mundo visible; la tempestad indica toda clase de tribulaciones y dificultades que oprimen al hombre. La barca, en cambio, representa a la Iglesia

edificada sobre Cristo y guiada por los Apóstoles. Jesús quiere educar a sus discípulos a soportar con valentía las adversidades de la vida, confiando en Dios, en Aquel que se reveló al profeta Elías en el monte Horeb en el "susurro de una brisa suave" (1R 19, 12). El pasaje continúa con el gesto del apóstol Pedro, el cual, movido por un impulso de amor al Maestro, le pidió que le hiciera salir a su encuentro, caminando sobre las aguas. "Pero, al sentir la fuerza del viento, le entró miedo, empezó a hundirse y gritó: "¡Señor, sálvame!"" (Mt 14, 30). San Agustín, imaginando que se dirige al apóstol, comenta: el Señor "se inclinó y te tomó de la mano. Sólo con tus fuerzas no puedes levantarte. Aprieta la mano de Aquel que desciende hasta ti" (Enarr. in Ps. 95, 7: PL 36, 1233) y esto no lo dice sólo a Pedro, sino también a nosotros. Pedro camina sobre las aguas no por su propia fuerza, sino por la gracia divina, en la que cree; y cuando lo asalta la duda, cuando no fija su mirada en Jesús, sino que tiene miedo del viento, cuando no se fía plenamente de la palabra del Maestro, quiere decir que se está alejando interiormente de él y entonces corre el riesgo de hundirse en el mar de la vida. Lo mismo nos sucede a nosotros: si sólo nos miramos a nosotros mismos, dependeremos de los vientos y no podremos ya pasar por las tempestades, por las aguas de la vida. El gran pensador Romano Guardini escribe que el Señor "siempre está cerca, pues se encuentra en la razón de nuestro ser. Sin embargo, debemos experimentar nuestra relación con Dios entre los polos de la lejanía y de la cercanía. La cercanía nos fortifica, la lejanía nos pone a prueba" (*Accettare se stessi*, Brescia 1992, p. 71).

Queridos amigos, la experiencia del profeta Elías, que oyó el paso de Dios, y las dudas de fe del apóstol Pedro nos hacen comprender que el Señor, antes aún de que lo busquemos y lo invoquemos, él mismo sale a nuestro encuentro, baja el cielo para tendernos la mano y llevarnos a su altura; sólo espera que nos fiemos totalmente de él, que tomemos realmente su mano. Invoquemos a la Virgen María, modelo de abandono total en Dios, para que, en medio de tantas preocupaciones, problemas y dificultades que agitan el mar de nuestra vida, resuene en el corazón la palabra tranquilizadora de Jesús, que nos dice también a nosotros: "¡Ánimo, soy yo, no tengáis miedo!" y aumente nuestra fe en él.

***

JESÚS DE NAZARETH I

"Yo soy"

Pasemos al relato de Marcos sobre Jesús que camina sobre las aguas después de la primera multiplicación de los panes (cf. Mc 6, 45-52), del que hay paralelo muy concordante en el Evangelio de Juan (cf. Jn 6, 16-21). Seguiremos fundamentalmente a Zimmermann, que ha analizado el texto con minuciosidad.

Tras la multiplicación de los panes, Jesús dice a los discípulos que suban a la barca y se dirijan hacia Betsaida; pero Él se retira "al monte" a orar. Cuando la barca se encuentra en medio del lago, se levanta una fuerte tempestad que impide a los discípulos avanzar. El Señor, en oración, los ve y se acerca a ellos caminando sobre las aguas. Se puede comprender el susto de los discípulos al ver a Jesús caminando sobre

las aguas; "se habían sobresaltado" y se pusieron a gritar. Pero Jesús les dice sosegadamente: "Animo, soy yo, no tengáis miedo" (Mc 6, 50).

A primera vista, este "Soy yo" parece una simple fórmula de identificación con la que Jesús se da a conocer intentando aplacar el miedo de los suyos. Pero esta explicación es solamente parcial. En efecto, Jesús sube después a la barca y el viento se calma; Juan añade que enseguida llegaron a la orilla. El detalle curioso es que entonces los discípulos se asustaron de verdad: "Estaban en el colmo del estupor", dice Marcos drásticamente (Mc 6, 51). ¿Por qué? En todo caso, el miedo de los discípulos provocado inicialmente por la visión de un fantasma no aplaca todo su temor, sino que aumenta y llega a su culmen precisamente en el instante en que Jesús sube a la barca y el viento se calma repentinamente.

Se trata, evidentemente, del típico temor "teofánico", el temor que invade al hombre cuando se ve ante la presencia directa de Dios. Ya lo hemos encontrado al final de la pesca milagrosa, cuando Pedro, en vez de dar gracias jubiloso por el portento, se asusta hasta el fondo del alma y, postrándose a los pies de Jesús, dice: "Apártate de mí, Señor, que soy un pecador" (Lc 5, 8). Es el "temor de Dios" lo que invade a los discípulos. Andar sobre las aguas es ciertamente algo propio de Dios: "El solo despliega los cielos y camina sobre la espalda del mar", se dice de Dios en el Libro de Job (Jb 9, 8; cf. Sal 77, 20 según los Setenta; Is 43, 16). El Jesús que camina sobre las aguas no es simplemente la persona que les resulta familiar; en Él los discípulos reconocen de pronto la presencia de Dios mismo.

Y, del mismo modo, el calmar la tempestad sobrepasa los límites de la capacidad humana y remite al poder de Dios. Así, en el clásico episodio de la tempestad calmada, los discípulos se dicen unos a otros: "Quién es éste? ¡Hasta el viento y las aguas le obedecen!" (Mc 4, 41). En este contexto también el "Yo soy" tiene otro sonido: es más que el simple identificarse de Jesús; aquí parece resonar también el misterioso "Yo soy" de los escritos de Juan. En cualquier caso, no cabe duda de que todo el acontecimiento se presenta como una teofanía, como un encuentro con el misterio divino de Jesús, por lo que Mateo, con gran lógica, concluye con la adoración (proskýnesis) y las palabras de los discípulos: "Realmente eres el Hijo de Dios" (Mt 14, 33).

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

IR A ÍNDICE DOMINGO XIX DEL TIEMPO ORDINARIO

La fe puede ser puesta a prueba

164. Ahora, sin embargo, "caminamos en la fe y no en la visión" (2 Cor 5, 7), y conocemos a Dios "como en un espejo, de una manera confusa, … imperfecta" (1 Cor 13, 12). Luminosa por aquel en quien cree, la fe es vivida con frecuencia en la oscuridad. La fe puede ser puesta a prueba. El mundo en que vivimos parece con frecuencia muy

lejos de lo que la fe nos asegura; las experiencias del mal y del sufrimiento, de las injusticias y de la muerte parecen contradecir la buena nueva, pueden estremecer la fe y llegar a ser para ella una tentación.

Sólo la fe se puede unir a los caminos misteriosos de la Providencia

El misterio de la aparente impotencia de Dios

272. La fe en Dios Padre Todopoderoso puede ser puesta a prueba por la experiencia del mal y del sufrimiento. A veces Dios puede parecer ausente e incapaz de impedir el mal. Ahora bien, Dios Padre ha revelado su omnipotencia de la manera más *misteriosa* en el anonadamiento voluntario y en la Resurrección de su Hijo, por los cuales ha vencido el mal. Así, Cristo crucificado es "poder de Dios y sabiduría de Dios. Porque la necedad divina es más sabia que la sabiduría de los hombres, y la debilidad divina, más fuerte que la fuerza de los hombres" (1 Co 2, 24-25). En la Resurrección y en la exaltación de Cristo es donde el Padre "desplegó el vigor de su fuerza" y manifestó "la soberana grandeza de su poder para con nosotros, los creyentes" (Ef 1, 19-22).

273. Sólo la fe puede adherir a las vías misteriosas de la omnipotencia de Dios. Esta fe se gloría de sus debilidades con el fin de atraer sobre sí el poder de Cristo (cf. 2 Co 12, 9; Flp 4, 13). De esta fe, la Virgen María es el modelo supremo: ella creyó que "nada es imposible para Dios" (Lc 1, 37) y pudo proclamar las grandezas del Señor: "el Poderoso ha hecho en mi favor maravillas, Santo es su nombre" (Lc1, 49).

274. "Nada es, pues, más propio para afianzar nuestra Fe y nuestra Esperanza que la convicción profundamente arraigada en nuestras almas de que nada es imposible para Dios. Porque todo lo que (el Credo) propondrá luego a nuestra fe, las cosas más grandes, las más incomprensibles, así como las más elevadas por encima de las leyes ordinarias de la naturaleza, en la medida en que nuestra razón tenga la idea de la omnipotencia divina, las admitirá fácilmente y sin vacilación alguna" (Catech. R. 1, 2, 13).

En tiempos difíciles, cultivar la confianza, ya que todo está sometido a Cristo

… esperando que todo le sea sometido

671. El Reino de Cristo, presente ya en su Iglesia, sin embargo, no está todavía acabado "con gran poder y gloria" (Lc 21, 27; cf. Mt 25, 31) con el advenimiento del Rey a la tierra. Este Reino aún es objeto de los ataques de los poderes del mal (cf. 2 Te 2, 7) a pesar de que estos poderes hayan sido vencidos en su raíz por la Pascua de Cristo. Hasta que todo le haya sido sometido (cf. 1 Co 15, 28), y "mientras no haya nuevos cielos y nueva tierra, en los que habite la justicia, la Iglesia peregrina lleva en sus sacramentos e instituciones, que pertenecen a este tiempo, la imagen de este mundo que pasa. Ella misma vive entre las criaturas que gimen en dolores de parto hasta ahora y que esperan la manifestación de los hijos de Dios" (LG 48). Por esta razón los cristianos piden, sobre todo en la Eucaristía (cf. 1 Co 11, 26), que se apresure el retorno de Cristo (cf. 2 P 3, 11-12) cuando suplican: "Ven, Señor Jesús" (cf.1 Co 16, 22; Ap 22, 17-20).

672. Cristo afirmó antes de su Ascensión que aún no era la hora del establecimiento glorioso del Reino mesiánico esperado por Israel (cf. Hch 1, 6-7) que, según los profetas (cf. Is 11, 1-9), debía traer a todos los hombres el orden definitivo de la justicia, del amor y de la paz. El tiempo presente, según el Señor, es el tiempo del Espíritu y del testimonio (cf Hch 1, 8), pero es también un tiempo marcado todavía por la "tristeza" (1 Co 7, 26) y la prueba del mal (cf. Ef 5, 16) que afecta también a la Iglesia (cf. 1 P 4, 17) e inaugura los combates de los últimos días (1 Jn 2, 18; 4, 3; 1 Tm 4, 1). Es un tiempo de espera y de vigilia (cf. Mt 25, 1-13; Mc 13, 33-37).

Historia de alianzas, el amor de Dios por Israel

La alianza con Noé

56. Una vez rota la unidad del género humano por el pecado, Dios decide desde el comienzo salvar a la humanidad a través de una serie de etapas. La Alianza con Noé después del diluvio (cf. Gn 9, 9) expresa el principio de la Economía divina con las "naciones", es decir con los hombres agrupados "según sus países, cada uno según su lengua, y según sus clanes" (Gn 10, 5; cf. 10, 20-31).

57. Este orden a la vez cósmico, social y religioso de la pluralidad de las naciones (cf. Hch 17, 26-27), está destinado a limitar el orgullo de una humanidad caída que, unánime en su perversidad (cf. Sb 10, 5), quisiera hacer por sí misma su unidad a la manera de Babel (cf. Gn 11, 4-6). Pero, a causa del pecado (cf. Rom 1, 18-25), el politeísmo así como la idolatría de la nación y de su jefe son una amenaza constante de vuelta al paganismo para esta economía aún no definitiva.

58. La alianza con Noé permanece en vigor mientras dura el tiempo de las naciones (cf. Lc 21, 24), hasta la proclamación universal del evangelio. La Biblia venera algunas grandes figuras de las "naciones", como "Abel el justo", el rey-sacerdote Melquisedec (cf. Gn 14, 18), figura de Cristo (cf. Hb 7, 3), o los justos "Noé, Daniel y Job" (Ez 14, 14). De esta manera, la Escritura expresa qué altura de santidad pueden alcanzar los que viven según la alianza de Noé en la espera de que Cristo "reúna en uno a todos los hijos de Dios dispersos" (Jn 11, 52).

Dios elige a Abraham

59. Para reunir a la humanidad dispersa, Dios elige a Abraham llamándolo "fuera de su tierra, de su patria y de su casa" (Gn 12, 1), para hacer de él "Abraham", es decir, "el padre de una multitud de naciones" (Gn 17, 5): "En ti serán benditas todas las naciones de la tierra" (Gn 12, 3 LXX; cf. Ga 3, 8).

60. El pueblo nacido de Abraham será el depositario de la promesa hecha a los patriarcas, el pueblo de la elección (cf. Rom 11, 28), llamado a preparar la reunión un día de todos los hijos de Dios en la unidad de loa Iglesia (cf. Jn 11, 52; 10, 16); ese pueblo será la raíz en la que serán injertados los paganos hechos creyentes (cf. Rom 11, 17-18.24).

61. Los patriarcas, los profetas y otros personajes del Antiguo Testamento han sido y serán siempre venerados como santos en todas las tradiciones litúrgicas de la Iglesia.

Dios forma a su pueblo Israel

62. Después de la etapa de los patriarcas, Dios constituyó a Israel como su pueblo salvándolo de la esclavitud de Egipto. Estableció con él la alianza del Sinaí y le dio por medio de Moisés su Ley, para que lo reconociese y le sirviera como al único Dios vivo y verdadero, Padre providente y juez justo, y para que esperase al Salvador prometido (cf. DV 3).

63. Israel es el pueblo sacerdotal de Dios (cf. Ex 19, 6), el que "lleva el Nombre del Señor" (Dt 28, 10). Es el pueblo de aquellos "a quienes Dios habló primero" (MR, Viernes Santo 13: oración universal VI), el pueblo de los "hermanos mayores" en la fe de Abraham.

64. Por los profetas, Dios forma a su pueblo en la esperanza de la salvación, en la espera de una Alianza nueva y eterna destinada a todos los hombres (cf. Is 2, 2-4), y que será grabada en los corazones (cf. Jr 31, 31-34; Hb 10, 16). Los profetas anuncian una redención radical del pueblo de Dios, la purificación de todas sus infidelidades (cf. Ez 36), una salvación que incluirá a todas las naciones (cf. Is 49, 5-6; 53, 11). Serán sobre todo los pobres y los humildes del Señor (cf. So 2, 3) quienes mantendrán esta esperanza. Las mujeres santas como Sara, Rebeca, Raquel, Miriam, Débora, Ana, Judit y Ester conservaron viva la esperanza de la salvación de Israel. De ellas la figura más pura es María (cf. Lc 1, 38).

El Antiguo Testamento

121. El Antiguo Testamento es una parte de la Sagrada Escritura de la que no se puede prescindir. Sus libros son libros divinamente inspirados y conservan un valor permanente (cf. DV 14), porque la Antigua Alianza no ha sido revocada.

122. En efecto, "el fin principal de la economía antigua era preparar la venida de Cristo, redentor universal". "Aunque contienen elementos imperfectos y pasajeros", los libros del Antiguo Testamento dan testimonio de toda la divina pedagogía del amor salvífico de Dios: "Contienen enseñanzas sublimes sobre Dios y una sabiduría salvadora acerca del hombre, encierran tesoros de oración y esconden el misterio de nuestra salvación" (DV 15).

Dios es Amor

218. A lo largo de su historia, Israel pudo descubrir que Dios sólo tenía una razón para revelársele y escogerlo entre todos los pueblos como pueblo suyo: su amor gratuito (cf. Dt 4, 37; 7, 8; 10, 15). E Israel comprendió, gracias a sus profetas, que también por amor Dios no cesó de salvarlo (cf. Is 43, 1-7) y de perdonarle su infidelidad y sus pecados (cf. Os 2).

219. El amor de Dios a Israel es comparado al amor de un padre a su hijo (Os 11, 1). Este amor es más fuerte que el amor de una madre a sus hijos (cf. Is 49, 14-15). Dios ama a su Pueblo más que un esposo a su amada (Is 62, 4-5); este amor vencerá incluso las peores infidelidades (cf. Ez 16; Os 11); llegará hasta el don más precioso: "Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único" (Jn 3, 16).

La relación de la Iglesia con el pueblo hebreo

La Iglesia y los no cristianos

839. "Los que todavía no han recibido el Evangelio también están ordenados al Pueblo de Dios de diversas maneras" (LG 16):

La relación de la Iglesia con el pueblo judío. La Iglesia, Pueblo de Dios en la Nueva Alianza, al escrutar su propio misterio, descubre su vinculación con el pueblo judío (cf NA 4) "a quien Dios ha hablado primero" (MR, Viernes Santo 13: oración universal VI). A diferencia de otras religiones no cristianas la fe judía ya es una respuesta a la revelación de Dios en la Antigua Alianza. Pertenece al pueblo judío "la adopción filial, la gloria, las alianzas, la legislación, el culto, las promesas y los patriarcas; de todo lo cual procede Cristo según la carne" (cf Rm 9, 4-5), "porque los dones y la vocación de Dios son irrevocables" (Rm 11, 29).

840. Por otra parte, cuando se considera el futuro, el Pueblo de Dios de la Antigua Alianza y el nuevo Pueblo de Dios tienden hacia fines análogos: la espera de la venida (o el retorno) del Mesías; pues para unos, es la espera de la vuelta del Mesías, muerto y resucitado, reconocido como Señor e Hijo de Dios; para los otros, es la venida del Mesías cuyos rasgos permanecen velados hasta el fin de los tiempos, espera que está acompañada del drama de la ignorancia o del rechazo de Cristo Jesús.

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO XIX DEL TIEMPO ORDINARIO

La barca era zarandeada por las olas

La última vez hemos dejado a Jesús y a sus discípulos en una situación de gran alegría. Jesús acaba apenas de multiplicar los panes y los peces; todos han comido y están saciados. Fue aquél (lo hemos subrayado la última vez) el más extraordinario picnic de la historia. El entusiasmo de la gente hacia Jesús llegaba hasta las estrellas, tanto que alguno pensaba ya en proclamarlo rey.

Por lo tanto, era hasta excelente inducir a gozar de la fiesta. Jesús, por el contrario, (y aquí entramos en el Evangelio de hoy) «ordena» a los discípulos subir a la barca y precederle en la otra orilla. No quiere que se acomoden al éxito y olviden cuál es el camino, que tienen por delante. Él, mientras tanto, «despide» a la gente. Poco antes, habían sido los apóstoles a sugerirle a Jesús que «despidiera» a la muchedumbre. Pero, Jesús no les había escuchado; había querido primero saciar el hambre a la gente. Ahora, que están saciados, puede enviarles ir en paz.

Despedida la muchedumbre, él se retira a solas al monte para orar. La noche se va dejando caer poco a poco. Sobre el lago se desencadena un fuerte viento y la barca de los apóstoles es zarandeada entre las olas. Jesús viene a su encuentro «de madrugada» caminando sobre las aguas. Queriendo cerciorarse de que era precisamente él; Pedro le dice: «Señor, si eres tú, mándame ir hacia ti andando sobre el agua». No quiere meter la cabeza en una cosa tan seria, no quiere tentar a Dios, y hasta aquí hace bien.

Jesús le dice: «Ven». Él desciende y camina sobre las aguas hacia Jesús. Lo que en un cierto punto le sucede dentro de él, pobre Pedro, nadie lo sabe. El hecho es que el viento empieza a darle miedo y comienza a hundirse. Sin embargo, tiene la premura de gritarle a Jesús: «Señor, sálvame». Jesús extiende la mano, lo tira hacia arriba y le dice: «¡Qué poca fe! ¿Por qué has dudado?» Entonces, todos, impresionados por la maravilla, exclaman dirigiéndose a Jesús: «Realmente eres Hijo de Dios».

Hasta aquí el hecho. Pero los hechos del Evangelio no han sido escritos para ser solamente contados sino para ser revividos. Cada vez a quien lo escucha se le invita a penetrar dentro de la página del Evangelio, a pasar de ser espectador a actor, a tomar parte en la causa. Ésta es la diferencia entre el Evangelio y cualquier otro libro en el mundo. El Evangelio es un libro vivo, no muerto.

La primitiva Iglesia nos da ejemplo. El modo como es narrado lo acaecido muestra que la comunidad cristiana ha «entrado» ya en la historia, la ha aplicado a su situación. Aquella tarde, despedidas las gentes, Jesús había subido al monte a solas para orar; ahora, en el momento en que Mateo escribe su Evangelio, habiéndose despedido de sus discípulos, Jesús ya ha subido al cielo, en donde vive precisamente orando e «intercediendo» por los suyos. Aquella tarde por así decirlo ha empujado la barca al lago; ahora, empuja a la Iglesia en el vasto mar del mundo: Entonces, se había levantado un fuerte viento contrario; ahora, la Iglesia comienza a vivir las primeras experiencias de persecución.

En esta nueva situación ¿qué les decía a los cristianos el recuerdo de aquella noche? Que Jesús no estaba lejano y ausente, que se podía siempre contar con él. Que, también ahora, él les ordenaba a los suyos a ir hacia él «caminando sobre las aguas», esto es, avanzando entre las olas fluctuantes de este mundo, apoyados únicamente en la fe.

No será un deber siempre fácil: habrá momentos de oscuridad. Se preguntarán si Jesús no haya sido «un fantasma», esto es, si todo lo que han vivido y creído de él no haya sido una ilusión, un deslumbramiento. Mas, lo que le había acontecido a Pedro les recordaba que Jesús no les habría abandonado ni siquiera en este momento. Al final, es más, la prueba les habría servido para hacer todavía más pura su fe, de tal manera de hacerles capaces a los mártires de proclamar de nuevo, esta vez, ante los jueces y los tribunales enemigos, que Jesucristo «realmente es el Hijo de Dios».

Lo mismo, os decía yo, estamos invitados a hacer nosotros ahora: aplicar lo sucedido a nuestra personal aventura humana. Cuántas veces nuestra vida se asemeja a la barca «zarandeada por el viento contrario». La barca en dificultad puede ser el propio matrimonio, los negocios, la salud… El «viento contrario» pueden ser la hostilidad y la incomprensión de las personas, los cambios continuos de suerte, la dificultad de encontrar trabajo o casa.

Quizás, al principio, hemos afrontado con arrojo las dificultades, decididos a no perder la fe, a confiar en Dios. Durante algo de tiempo, asimismo, nosotros hemos caminado sobre las aguas, esto es, fiándonos únicamente en la ayuda de Dios. Pero, después, viendo la prueba siempre más larga y más dura, ha habido un momento en el

que nos ha parecido no poderlo conseguir y hemos comenzado a hundirnos. Hemos perdido la valentía.

Éste es el momento de recoger todo lo dicho y sentir como dirigida hacia nosotros personalmente la palabra, que Jesús dirigió en aquella circunstancia a los apóstoles:

«¡Ánimo o coraje, soy yo, no tengáis miedo!»

«¡Ánimo!» Yo he querido hacer una pequeña averiguación sobre esta exclamación y he llegado a un descubrimiento. Se lee en los Evangelios y en todo el Nuevo Testamento siempre y sólo en los labios de Jesús:

«¡Ánimo!, hijo, tus pecados te son perdonados)) (Mateo 9, 2).

«¡Ánimo!, hija, tu fe te ha salvado» (Mateo 9, 22).

«¡Animo!, yo he vencido al mundo» (Juan 16, 33)

«¡Ánimo!, pues, le dijo Jesús apareciéndosele una noche a Pablo, como has dado testimonio de mi en Jerusalén, así debes dado también en Roma» (Hechos 23, 11).

Hay una sola excepción; pero, también aquí está aún por medio Jesús. Es cuando algunos dicen al ciego de Jericó: «¡Ánimo, levántate! Te llama» (Marcos 10, 49).

La palabra ánimo procede de la palabra «alma» y coraje de la palabra «corazón» y esta última significa según un autorizado diccionario italiano «fuerza de ánimo connaturalizada o confortada por el ejemplo de otros, que permite afrontar las situaciones escabrosas, difíciles, humillantes, también la muerte, sin renunciar a los más nobles atributos de la naturaleza humana».

Es conocida la frase con la que don Abundio, en *I Promessi Sposi*, justifica los propios miedos y villanías: «El ánimo o coraje a quien no lo tiene no se le puede dar». Es precisamente esta convicción la que, con el Evangelio en la mano, debemos despreciar. ¡El ánimo, a quien no lo tiene, se le puede dar! ¿Cómo? Con la fe en Dios, con la oración, haciendo palanca sobre la promesa de Cristo. Diciendo o gritándonos a nosotros mismos: «Mas, ¡Dios existe y por lo tanto basta!».

Cuántas veces nosotros, los hombres, nos decimos uno a otro: «¡Ánimo, coraje, verás que todo irá bien!» Pero, ¡somos cañas sacudidas por el viento, que les dicen a las otras cañas que no tiemblen ante el viento! Nuestras palabras no cambian las cosas, son sólo palabras. No así cuando a decir «¡ánimo!» es el mismo Jesús quien lo hace. Él mismo ha «vencido al mundo», ha tenido valentía asimismo para con nosotros. Por eso, no dice simplemente ¡Ánimo! sino «¡Ánimo, soy yo!» Yo, el Hijo de Dios, aquel que ha conocido el dolor, el vacío, la muerte. En la boca de Jesús, ánimo es una palabra eficaz, que produce lo que significa y da lo que exige.

Alguien ha dicho que este ánimo, basado en la fe en Dios y en la oración, es una coartada, una huida de las propias posibilidades y responsabilidades. Un descargar sobre Dios nuestros deberes. Es la tesis, que se sobreentiende en la conocida obra de B. Brecht, que lleva significativamente el título de Madre Coraje y sus hijos. La obra, ambientada en la Alemania del tiempo de la guerra de los Treinta años, tiene como

protagonista a una mujer de pueblo, conocida por su decisión e intrepidez, «Madre Coraje».

El drama concluye con esta escena. En el corazón de la noche, las tropas imperiales, muertos los guardias, avanzan contra la ciudad protestante de Halle para someterla a las llamas. En los alrededores de la ciudad, una familia de vecinos, que hospeda a Madre Coraje con su hija muda Kattrin, sabe que no puede hacer otra cosa que orar para salvar a la ciudad de la ruina. «No podemos hacer nada, le dicen a la muchacha muda, para poder parar la sangre que está a punto de correr. También, si tú no sabes hablar, al menos sí sabes rezar. Si nadie te oye, Él te oye». Pero, Kattrin, en vez de ponerse a rezar, se sube al techo de la casa, se mete a golpear desesperadamente un tambar, hasta que ve encenderse las primeras luces en la ciudad y entiende que los habitantes se han despertado y están en pie. Ella fue muerta por los soldados; pero, la ciudad se salvó.

La crítica sobreentendida aquí (que es la crítica clásica del marxismo) golpea o sacude al planteamiento de quien pretende permanecer las manos sobre las manos, en espera de que Dios lo haga todo, sin acudir a la verdadera fe ya la verdadera oración, que es otra cosa distinta que la pasiva resignación. Jesús dejó que los apóstoles permanecieran contra el viento durante toda la noche y usaran todos sus recursos antes de intervenir él.

Hay situaciones en la vida, lo sabemos bien, que ni siquiera con la intrepidez de la Madre Coraje y de sus hijos se pueden resolver. El Evangelio nos dice que también en estos casos, cuando, humanamente hablando, ya no hay nada que hacer, siempre podemos gritar como Pedro en el momento de hundirse: «¡Señor, sálvame!» Me gusta terminar esta reflexión con una palabra de Dios, que se lee en Isaías:

«Dios eterno, Yahvé,
creador de la tierra hasta sus bordes,
no se cansa ni se fatiga;
imposible escrutar su inteligencia.
Que al cansado da vigor,
y al que no tiene fuerzas
la energía le acrecienta.
Los jóvenes se cansan, se fatigan,
los valientes tropiezan y vacilan,
mientras que a los que esperan en Yahvé
él les renovará el vigor,
subirán con alas como de águilas,
correrán sin fatigarse
y andarán sin cansarse» (*Isaías* 40, 28-31).

Muchísimos han experimentado la verdad de estas palabras. Si somos nosotros igualmente unos de estos «cansados y agobiados», probemos a «esperar en el Señor» con todas las fuerzas y despuntarán también en nosotros alas de águila.

PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes

IR A ÍNDICE DOMINGO XIX DEL TIEMPO ORDINARIO

Reconocer a Jesucristo

El Hijo de Dios vino al mundo para auxiliar a los hombres, para ayudarlos en sus necesidades y cubrir sus miserias con su misericordia.

Él, que, siendo Dios, adquirió la naturaleza humana y caminó en el mundo como hombre, conservó su naturaleza divina y, por lo tanto, todo su poder.

Pero no todos los hombres lo recibieron. Algunos tienen miedo y no quieren reconocerlo como Dios y hombre.

Tienen la mente embotada y ocupada en sus preocupaciones, y están distraídos en las cosas del mundo, tratando de salvar su vida, sin darse cuenta de que navegan a la deriva, corriendo el riesgo de perderla, porque en el Señor no confían.

Quieren hacerlo todo con sus propias fuerzas y, teniendo frente a ellos la luz, prefieren las tinieblas.

Jesucristo, nuestro Señor, conoce los corazones de los hombres, sus necesidades y sus intenciones, y acude en su auxilio antes de que se lo pidan; sube a la barca, calma el viento y tranquiliza las aguas del interior de todo aquel que acude a Él, que lo reconoce, y acepta su ayuda, porque cree en Él y en su poder.

Todo aquel que reconoce a Jesucristo como el Hijo de Dios, y eleva sus ojos al cielo suplicándole su auxilio, encomendándose y abandonándose en Él, recibirá su misericordia.

Reconócelo tú. Él está presente en la Eucaristía. Mira que no es un fantasma, es su Cuerpo y es su Sangre, es su Alma y su Divinidad. El mismo que caminó sobre el agua está sobre el altar.

Él acude a ti porque sabe que lo necesitas, y te quiere ayudar. Reconócelo, y póstrate frente a Él, con el corazón contrito y humillado, que Él no despreciará, sino que lo tomará y lo transformará en un corazón como el suyo.

Permanece en la barca, que es la Santa Iglesia, y Él, con la compañía de María, su Madre, te llevará hacia puerto seguro.

No temas y confía en el Señor, Él te ama, su Espíritu está sobre ti y su gracia derrama.

De Él obtienes todo bien. Dios es amor. El que tiene amor, nada le falta. Solo Dios basta.

FLUVIUM (www.fluvium.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO XIX DEL TIEMPO ORDINARIO

Oración y vida de oración

Nos quedamos tan sólo con los primeros versículos de estas palabras de san Mateo que hoy nos presenta la Iglesia, Nuestra Madre: oración perseverante de Cristo. De Jesús que, por su vida divina en el seno del Padre y el Espíritu Santo, no precisaba de especiales momentos –siendo Dios– para mantener un trato del todo íntimo con las otras dos Personas. Sin embargo, como hombre ante los hombres, desea que se le vea rezar. La oración, diálogo amoroso, contemplativo con Dios, se puede decir que constituye como el núcleo de la vida de Cristo. Todo momento de Jesús es manifestación en el mundo de los hombres de un inmenso amor divino. Y su mensaje evangélico, es decir, la noticia definitiva que vino a traer a este mundo de parte de Dios, viene a ser en sustancia que también nosotros podemos hacer oración.

Por su vida, muerte y resurrección, se cumple, **llegada la plenitud de los tiempos**, según afirma san Pablo, el plan de amor ideado por Dios para el hombre desde el principio. Quiso Dios, en efecto, que entre todas las criaturas de este mundo, el hombre pudiera conocerle y amarle. Para que esto fuera posible creo Dios al hombre a su imagen y semejanza. Eso que llamamos dignidad humana consiste propiamente en la realidad inigualable de poder conocer y amar a Dios, que nos eleva así sobremanera por encima del resto de la creación.

Hacer oración, hablar con Dios, mantener un trato personal con el Señor de cuanto existe: he aquí el fundamento de la grandeza y dignidad humanas. Parece, en todo caso, que la oración es el punto de partida y fundamento de la dimensión –indescriptible en riqueza– que el hombre posee. Todo lo mejor del hombre arranca de la oración, por cuanto en ella somos conscientes de nuestro valor y, a partir de la oración, resolvemos ser consecuentes, en el ejercicio de la libertad, con la gran verdad de la vida humana: que Dios nos espera en cada instante y por toda la eternidad. Quien no hace oración, por así decir, vive ajeno a sí mismo. La oración es fundamento porque Dios nos habló primero y, teniendo capacidad de escucharle y responderle –asimismo por iniciativa divina– reafirmamos la categoría personal cuando oramos y nuestra vida es la consecuencia de esa oración: un hombre vale, pues, lo que vale su oración.

Cuando se hizo de noche seguía él solo allí, manifiesta el Evangelista. Nadie le acompañaba. Pero ciertamente nunca un hombre está solo. Aunque pueda sentirse solo, aunque eche de menos a alguien, los seres humanos en todo momento –si queremos– podemos estar en relación con Dios: **en Él vivimos, nos movemos y existimos**, afirmará el Apóstol. Podemos, sin embargo, no darnos cuenta, según las circunstancias, o incluso ignorar esa proximidad inmediata divina de modo habitual, mientras Dios nos contempla como un Padre su hijo amado, pero Él siempre está ahí. Y Jesús quiere mostrarse, como perfecto hombre, rezando en múltiples ocasiones, según nos dicen los evangelistas. Reza de modo expreso y con toda naturalidad, como lo más razonable del mundo, en algunas circunstancias: ante sus apóstoles, con ocasión de acontecimientos más especiales, antes de algunos milagros, en oraciones de agradecimiento, de súplica, de alabanza al Padre, intercediendo por los hombres y finalmente ofreciendo con toda confianza su vida.

Los Apóstoles comprendieron bien la necesidad de la oración y piden a Jesús que les enseñe. Orad así, les dice:

Padre nuestro, que estás en los cielos,
santificado sea tu Nombre;
venga tu Reino;
hágase tu voluntad,
como en el cielo, también en la tierra;
danos hoy nuestro pan cotidiano;
y perdónanos nuestras deudas,
como también nosotros perdonamos
a nuestros deudores;
y no nos pongas en tentación,
sino líbranos del mal.

Mucho debemos meditar la oración que el Señor enseñó a sus apóstoles y la Iglesia nos propone de continuo. Y tanto en la forma como en el contenido. Ese tono confiado, humilde y filial a la vez, es el propio de la oración. Será bueno, pues, recitar el Padrenuestro con frecuencia intentando calar más y más en el sentido de sus palabras. Tratando de sentirnos destinatarios directos de la enseñanza de Jesús a sus discípulos cuando le preguntaron cómo orar.

Como la vida cristiana debe ser de santidad y, por tanto, de oración, ésta empapará, por así decir, la actividad de toda nuestra jornada. Conocemos, sin embargo, cada uno esa tendencia tozuda a pensar en nosotros mismos, que parece querer echar por tierra los más nobles ideales. Por eso, se hace necesario, para todo cristiano consecuente, asegurar unos momentos delicados a la oración. Bien conscientes de que en general nos obligan bastantes actividades, es preciso incluso tomar la decisión de otorgar a esa oración concreta la importancia, al menos, que damos a otros quehaceres que no podemos omitir. De otro modo, el trabajo intenso y hasta frenético, tan propio de nuestros ambientes culturales, siendo bueno y de suyo santificable, acabará tomando un protagonismo excesivo –como si se tratara de "eso" en nuestra vida–, en lugar de ser lo que materialmente nos ocupa –sea lo que fuere– siempre una ocasión para amar a Dios.

¿No?... ¿Porque no has tenido tiempo?... —Tienes tiempo. Además, ¿qué obras serán las tuyas, si no las has meditado en la presencia del Señor, para ordenarlas? Sin esa conversación con Dios, ¿cómo acabarás con perfección la labor de la jornada?... —Mira, es como si alegaras que te falta tiempo para estudiar, porque estás muy ocupado en explicar unas lecciones... Sin estudio, no se puede dar una buena clase.

La oración va antes que todo. Si lo entiendes así y no lo pones en práctica, no me digas que te falta tiempo: ¡sencillamente, no quieres hacerla!

Podemos acudir a san Josemaría, autor de esas palabras, para que nos enseñe a no olvidar –en medio de nuestros muchos quehaceres– que lo nuestro es Dios y, consecuentemente, la oración o trato con Él.

La presencia, en el corazón y en la mente, de nuestra Madre del Cielo nos garantiza el trato con Dios y que pondremos los medios para que sea más intenso de día en día.

PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)

IR A ÍNDICE DOMINGO XIX DEL TIEMPO ORDINARIO

La barca era sacudida por las olas

En el pasaje del Evangelio que acabamos de leer, el evangelista san Mateo nos ha hecho pasar ante los ojos una serie dinámica de cuadros: Jesús que obliga a los discípulos a subir a la barca y, quizás con un empujón, los hace alejarse de la orilla; luego, Jesús que se dirige a las multitudes y las despide; Jesús que, al caer la noche, sube la cuesta y, solo, se sumerge en la plegaria: luego, el salvataje de Pedro y la bonanza.

La primitiva comunidad conservó el recuerdo de aquella memorable noche de prodigios porque en ella veía trazada, en una especie de parábola, la propia situación del mundo. En otras palabras: lo que le sucedió a Pedro y a los otros apóstoles en el lago Tiberíades no fue visto como un episodio encerrado en sí mismo, para ser recordado como una especie de récord de milagros y basta. Cuando Mateo escribía su Evangelio, Jesús no estaba más en esta tierra; por así decirlo, se había despedido de las multitudes y había empujado la pequeña barca de su Iglesia, con Pedro a la cabeza, sobre las olas, para que iniciara sin él la travesía del gran mar de la historia. Sin embargo, la Iglesia no había recorrido mucho camino en esta nueva situación –apenas algunos años cuando se elevaron las primeras olas de la persecución. Primero en Jerusalén: los discípulos son aprisionados; matan a Esteban; la Iglesia es obligada a dispersarse a través de Palestina. Luego, otras oleadas más amenazadoras: en Roma, Nerón comienza a perseguir en masa a los discípulos de Jesús. Bien, la Iglesia vive ahora esta situación de viento contrario y de miedo. Es la situación que encontramos reflejada históricamente en tantas páginas del Nuevo Testamento, escritas, de hecho, en este contexto: *Queridos míos* –escribía el apóstol san Pedro a las Iglesias– *no se extrañen de la violencia que se ha desatado entre ustedes para ponerlos a prueba, como si les sucediera algo extraordinario* (1 Ped. 4, 12); *Resístanlo firmes en la fe, sabiendo que sus hermanos diversos por el mundo padecen los mismos sufrimientos que ustedes* (1 Pedro 5, 9).

Cuando, en situaciones como ésta, la comunidad escuchaba el relato evangélico de Mateo, de allí sacaba sobre todo una certeza el Maestro no está lejos ni siquiera ahora; no nos dejará solos para combatir contra las olas; basta invocarlo para que descienda del monte y acuda en socorro de su Iglesia. Esta confianza se basaba en la certeza de que él había resucitado y estaba vivo. Los antiguos padres destacaban una coincidencia: Jesús va hacia los apóstoles en el lago "a la madrugada", es decir, a la misma hora en que resucitó de entre los muertos.

En el ínterin, una cosa necesaria para no hundirse: no perder la confianza, no bajar la guardia en medio de las dificultades; no mirar hacia abajo o hacia los alrededores, hacia las olas que se agitan, sino hacia adelante, hacia Cristo. Sólo quien vacila en la fe, o quien se confía a sus propios medios, se hunde. Pedro había hecho con ello una segunda amarga experiencia, muy similar a la del lago Tiberíades, y lo había hecho poner por escrito a su evangelista Marcos a fin de que sirviera de ejemplo a todos Aun cuando todos te abandonen –había dicho– yo no lo haré (cfr Mc. 14, 29); pero luego, al salir al vestíbulo, de nuevo tuvo miedo como en el lago, y lo negó: *Entonces él se puso a maldecir ya jurar que no conocía a ese hombre del que estaban hablando (ibid*. 14, 71).

El final del pasaje evangélico trazaba un modelo concreto para la Iglesia: permanecer en la barca y proclamar junto con los apóstoles la fe que salva: *Verdaderamente, tú eres el Hijo de Dios*.

Hasta acá, por decirlo así, la lectura de nuestro Evangelio realizada con los ojos de la primitiva Iglesia. ¿Pero hoy? ¿Qué podemos leer allí los cristianos venidos tantos siglos después? Quizás las mismas, idénticas cosas que vieron aquellos primeros cristianos. Lo que ha cambiado es el escenario, la dimensión del lago y de la barca; el lago es ahora la tierra entera; la barca es la Iglesia difundida en todo el mundo. Pero las pruebas son las mismas y las mismas las elecciones por realizar.

Quizás hay un detalle para meditar con más atención. Jesús vino hacia el final de la noche, no antes; vino cuando la prueba estaba en su cúspide y también el cansancio; cuando todo parecía tener que resolverse con las propias fuerzas, lejos del Maestro y en medio de su silencio. Él parecía lejano, "en la otra orilla"; una noche había bastado para crear una distancia enorme con respecto a él.

¿Acaso no es un poco nuestro estado de ánimo de hoy? Incluso alguien ha dicho que está bien que sea así; que nos debemos acostumbrar y seguir adelante "como si Dios no estuviera" (D. Bonhoeffer), manejando por nuestra cuenta nuestros remos en el agua, en el silencio y la oscuridad de la noche. Porque la fe verdadera, se dice, es aquella que se vive así; aquella que no reduce a Dios a un eliminador de dificultades y no le pide hacemos caminar sobre las aguas de la vida sin mojarnos los pies.

Esto también será verdad, pero el Evangelio no parece pedirnos tanto. En realidad, parece exhortarnos a dirigirnos a él, a rogarle y a pedirle: *Maestro, ¿no te importa que nos ahoguemos?* (Me 4, 38). No por nosotros solos, se entiende, sino por todos los que están en la barca, por la Iglesia, a fin de que, en la calma reconquistada, ella pueda proclamar al mundo su fe: *Verdaderamente, tú eres el Hijo de Dios*.

Elías encontró al Señor *en el rumor de una brisa suave,* nos dijo la primera lectura, después de haberse interrumpido el viento impetuoso y el terremoto; lo encontró en la paz y se cubrió el rostro para adorarlo. También nosotros estamos por encontrar a nuestro Señor en la quietud de ésta, nuestra asamblea dominical. Ya no debemos cubrirnos el rostro. En realidad, es él quien se ha cubierto el rostro con los velos del pan y del vino para no enceguecer nuestra vista y poder acercarse a nosotros.

Es el momento en que él nos otorga aquella "presencia de paz" que hoy hemos pedido repetidas veces en el salmo responsorial.

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO XIX DEL TIEMPO ORDINARIO

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

El relato que acabamos de escuchar tiene un trasfondo eclesiológico innegable y posee una riqueza espiritual grande. Es de noche. La barca de Pedro peligra por el fuerte oleaje y un viento que le es contrario. El miedo se apodera de todos los que van en ella. El Señor aparece caminando sobre el peligro y creen que se trata de una ilusión. Pedro, que ha pedido a Jesús ir hasta Él, se hunde al ver la fuerza del viento y la agitación del mar y grita pidiendo ayuda. Jesús le reprocha su falta de fe. Al subir el Señor a la barca viene la calma y ellos, adorándolo, confiesan su divinidad.

A lo largo de su dilatada historia, la Iglesia ha vivido etapas en que los vientos no le eran favorables. También nosotros que somos sus hijos, pasamos por noches oscuras y por momentos en que vivir como Dios quiere resulta costoso, bien por la fuerza del viento de las propias pasiones, bien por el oleaje de una opinión pública contraria que nos atemoriza y frena nuestra adhesión a la doctrina del Señor. En nuestros días, los enemigos de la Iglesia o quienes no la conocen bien, no se preocupan ya de ocultar sus intenciones: se intenta construir una sociedad sin Dios. Para ello, no se ahorran esfuerzos y así nos vemos sometidos a un bombardeo audiovisual que hace que sean los ojos y no la razón iluminada por la fe, los que certifiquen lo que es o no es verdad. La prueba gráfica se presenta como irrefutable para muchos, cuando es un material manipulable y del que deberíamos desconfiar o, al menos, no aceptar sin contrastarlo. Mareados, como los discípulos en la barca, por tanta información interesada, la Iglesia y su doctrina aparecen a los ojos de muchos en esas imágenes como algo fantasmal, un espectro inquietante.

Es preciso que en medio de ese oleaje y del ruido de esos vientos contrarios que nos infunden temor, individuemos la voz tranquilizadora de Jesús: "¡Ánimo, soy Yo, no tengáis miedo!" "La Iglesia, enseña S. Agustín, camina entre las persecuciones de los mundanos y los consuelos de Dios". No olvidemos que el Señor contempla esa brega nocturna de su Iglesia en medio del temporal de tantos apasionamientos ideológicos, culturales, políticos, sociales..., contrarios a su rumbo. S. Hilario, comparándola con una ciudad, habla del cuidado continuo de Dios sobre Ella: "El Señor es desde antiguo el atento guardián de esta ciudad: cuando protegió a Abrahán peregrino y eligió a Isaac para el sacrificio; cuando enriqueció a su siervo Jacob y, en Egipto, ennobleció a José, vendido por sus hermanos; cuando fortaleció a Moisés contra el Faraón y eligió a Josué como jefe del ejército; cuando liberó a David de todos los peligros... cuando rogó al Padre diciendo: *Padre santo, guárdalos en tu nombre...*;

finalmente, cuando Él mismo, después de su pasión, nos promete que velará siempre por nosotros: *Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo"* (Sobre el S.126).

¡Vivir de fe! Pedro caminó confiado sobre un mar furioso mientras hizo caso a Jesús, pero perdió pie y se asustó cuando miró la fuerza de las olas y el viento. También nosotros nos hundimos cuando dejamos de confiar en Dios y nos fijamos en las dificultades del ambiente. Pero Jesús no abandona si le llamamos. Pedro, al ver que se hundía, acudió al Maestro pidiendo ayuda, ayuda que no se hizo esperar: "Enseguida Jesús extendió la mano, lo agarró y le dijo: ¡Qué poca fe! ¿Por qué has dudado?"

¡Llamemos al Señor como Pedro y recuperaremos la seguridad! La fe nace y crece en el trato con Dios, como ocurre entre nosotros. ¿Por qué o cuándo confiamos en alguien? Cuando le conocemos y advertimos que es alguien de quien nos podemos fiar. "La fe viene por el oído", dice S. Pablo (Rm 10, 17). Una fe madura requiere una catequesis continua, una familiaridad con la Escritura Santa por la oración y el estudio.

******

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

"La «poca fe» y las vacilaciones del corazón"

I. LA PALABRA DE DIOS

1R 19, 9a.11-13a: «Aguarda al Señor en el monte»

Sal 84, 9ab-10.11s.13s.: «Muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu salvación»

Rm 9, 1-5: «Quisiera ser un proscrito por el bien de mis hermanos»

Mt 14, 22-33: «Mándame ir hacia ti andando sobre el agua»

II. APUNTE BÍBLICO-LITÚRGICO

Los evangelistas vinculan la multiplicación de los panes y la tempestad calmada. De la ambigua confesión en Jesús, como Mesías y Rey, que sigue a la multiplicación, se pasa a la confesión llena: «Realmente eres Hijo de Dios».

Hay que destacar en la perícopa evangélica: 1) Jesús orante solitario en el monte. Su teofanía: «¡Animo, soy Yo, no tengáis miedo!» (1ª Lect.). 2) La situación de los discípulos: llenos de miedo, sacudidos por las olas, en medio de la noche. 3) La sentencia del Maestro: «¡Qué poca fe! ¿Por qué has dudado?». Y la confesión de fe de todos los discípulos, que cierra la perícopa.

En Mateo, el evangelista eclesiólogo, la barca zarandeada por las olas apunta a la Iglesia en sus difíciles comienzos (y siempre). Pedro ocupa un lugar relevante. Y Pedro y todos los ocupantes de la barca, confiesan al Hijo de Dios. Esta confesión, a la que aludimos por tercera vez, es el corazón de la Iglesia.

III. SITUACIÓN HUMANA

Ante las obras, como la Iglesia, del Dios operante y oculto, dudamos. ¿Está Él entre tantos sucesos y tempestades? La fe vacilante de Pedro y los discípulos termina en confesión llena; pero volverá a vacilar en la Hora de la Pasión y a confesar de nuevo con vigor en la Hora de la Resurrección. ¿Qué hacer para madurar nuestra débil fe?

IV. LA FE DE LA IGLESIA

La fe

– La fe en el Evangelio se plantea en diálogo con Jesús, como oración. Dios nos busca en Jesús: «Olvide el hombre a su Creador o se esconda lejos de su Faz, corra detrás de sus ídolos o acuse a la divinidad de haberle abandonado, el Dios vivo y verdadero llama incansablemente a cada persona al encuentro misterioso de la oración. Esta iniciativa del amor del Dios fiel es siempre lo primero en la oración, la iniciativa del hombre es siempre una respuesta. A medida que Dios se revela y revela al hombre a sí mismo, la oración aparece como un llamamiento recíproco, un hondo acontecimiento de Alianza. A través de palabras y acciones tiene lugar un trance que compromete el corazón humano...» (2567).

La respuesta

– El compromiso del hombre en el encuentro con Dios: "La oración es un don de la gracia y una respuesta decidida por nuestra parte. Supone siempre un esfuerzo. Los grandes orantes de la Antigua Alianza antes de Cristo, así como la Madre de Dios y los santos con Él nos enseñan que la oración es un combate. ¿Contra quién? Contra nosotros mismos y contra las astucias del Tentador que hace todo lo posible para separar al hombre de la oración, de la unión con su Dios. Se ora como se vive, porque se vive como se ora. El que no quiere actuar habitualmente según el Espíritu de Cristo, tampoco podrá habitualmente orar en su Nombre. El «combate espiritual» de la vida nueva del cristiano es inseparable del combate de la oración" (2725).

El testimonio cristiano

– "Es posible, incluso en el mercado o en un paseo solitario, hacer una frecuente y fervorosa oración. Sentados en vuestra tienda, comprando o vendiendo, o incluso «haciendo la cocina» (S. Juan Crisóstomo, ecl. 2)" (2743).

A pesar de los grandes dones de Dios, nuestra «poca fe» vacila. Sólo el contacto asiduo con el Maestro reaviva la fe, la hace grande. Esto requiere la firme decisión del corazón de buscar al que nos busca, de orar, de celebrar la Eucaristía.

HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO XIX DEL TIEMPO ORDINARIO

Dios siempre ayuda.

– Nunca falló a sus amigos.

I. La *Primera lectura* de la Misa nos presenta al Profeta Elías que, cansado y desalentado por muchas tribulaciones, se refugió en una gruta del Horeb, el monte santo, donde Dios se manifestó a Moisés. Allí recibió esta indicación: *sal y aguarda al Señor*. Y pasó un viento huracanado, que agrietaba los montes y rompía los peñascos, y después hubo un terremoto y fuego. Pero Dios no estaba ni en el viento, ni en el terremoto, ni en el fuego. Llegó después un viento suave, *como un susurro*, y se manifestó el Señor de esta forma, expresando así su misteriosa espiritualidad y su delicada bondad con el hombre débil. Elías se sintió reconfortado para la nueva misión que el Señor quería que llevara a cabo.

El Evangelio nos relata una de las tempestades que sufrieron los Apóstoles sin que Jesús estuviera con ellos en la barca. Tuvo lugar después de la multiplicación de los panes y de los peces. El Señor les mandó que embarcaran y se dirigieran a la otra orilla del lago, mientras Él despedía a las gentes, pues se había hecho tarde. Jesús, desde lo alto de un monte donde está recogido en oración, no olvida a sus discípulos. Se ha levantado un viento fuerte en contra, y el Señor ve cómo luchan contra el oleaje y contra el viento para llegar donde Él les ha indicado. Terminada su oración, se dispone a ayudarles.

En la *cuarta vigilia de la noche*, al amanecer, Jesús se acercó a la barca, *que estaba batida por las olas* y en peligro de zozobrar. El Evangelio nos señala que los discípulos pasaron miedo al ver a Jesús andando sobre las aguas revueltas, creyendo que era un fantasma. Y San Marcos, que recoge los recuerdos inolvidables de San Pedro, nos ha dejado escrito que Jesús hizo ademán de pasar de largo. Todos comenzaron a gritar. Entonces Jesús se acercó un poco más y les dijo: *Tened confianza, soy Yo, no temáis*. Eran palabras consoladoras, que también nosotros hemos oído muchas veces de formas diferentes en la intimidad del corazón, ante sucesos que nos han podido desconcertar y en situaciones difíciles y apuradas.

Si nuestra vida es el cumplimiento de lo que Dios quiere de nosotros –como Elías, que se encaminó al monte Horeb por mandato de Dios, como los Apóstoles, que cumplen lo que Jesús les ha dicho, aunque el viento *les era contrario*–, nunca nos faltará la ayuda divina. En la debilidad, en la fatiga, en las situaciones más apuradas, Jesús se presenta y nos dice: *Soy Yo, no temáis*. Nunca falló a sus amigos. Y si nosotros no tenemos otro fin en la vida que buscar su amistad y servirle, ¿cómo nos va a abandonar cuando el viento de las tentaciones, del cansancio, de las dificultades en el apostolado nos sea contrario? Él no pasa de largo. "Si tenéis confianza en Él y ánimos animosos, que es muy amigo Su Majestad de esto, no hayáis miedo que os falte nada". ¿Qué nos va a faltar si somos sus amigos en medio del mundo, si le queremos seguir día tras día entre tantos que le abandonan?

– Cristo es el asidero firme al que debemos agarrarnos.

II. Cuando los Apóstoles oyeron a Jesús se llenaron de paz. Entonces, Pedro dirigió a Jesús una petición llena de audacia y de valentía: *Señor, si eres Tú, manda que yo vaya a Ti sobre las aguas*. Y el Maestro, que se encontraba todavía a unos metros de la barca, le contestó: *Ven*. Pedro tuvo mucha fe, y cambió la seguridad de la barca por la confianza en las palabras del Señor: *bajando de la barca, comenzó a*

andar sobre las aguas hacia Jesús. Fueron unos momentos impresionantes de firmeza y de amor.

Pero Pedro dejó de mirar a Jesús y se fijó más en las dificultades que le rodeaban, y al ver que el viento era tan fuerte se atemorizó. Olvidó por un momento que la fuerza que le sostenía en medio del agua no dependía de las circunstancias, sino de la voluntad del Señor, que domina el cielo y la tierra, la vida y la muerte, la naturaleza, los vientos, el mar… Pedro comenzó a hundirse, no por el estado de la mar, sino por la falta de confianza en Quien todo lo puede. Y gritó a Jesús*: ¡Señor, sálvame!* Y enseguida, Jesús, extendiendo la mano, lo sostuvo y le dijo: *Hombre de poca fe, ¿por qué has dudado?* Cristo es el asidero firme al que debemos agarrarnos en momentos de debilidad o de cansancio, cuando veamos que nos hundimos. *¡Señor, sálvame!*, le diremos con fuerza en nuestra oración.

A veces, el cristiano deja de mirar a Jesús y se fija en otras cosas que alejan de Dios y le ponen en peligro de perder pie en su vida de fe y de hundirse, si no reacciona con prontitud. Desde el momento en que alguien comience a no ver clara su fe o la vocación recibida de Dios, "que se examine con lealtad. No dejará de descubrir que desde algún tiempo su vida de piedad está un tanto relajada, la oración es más rara o menos atenta, y es menos exigente consigo mismo. ¿No renueva un pecado cuya gravedad se oculta a sí mismo deliberadamente? De seguro que ya no reprime con la misma energía sus pasiones, si es que no consiente con complacencia en alguna de ellas. Un resentimiento que se fomenta contra otro, una cuestión de interés en que nuestra honradez no es total, una amistad demasiado absorbente, o sencillamente el despertar de bajos instintos que no se rechazan con bastante prontitud, no hace falta más para que se levanten nubes entre Dios y nosotros. Y la fe se oscurece". Cabe el peligro entonces de achacar esa situación culpable a las circunstancias externas, cuando el mal está más bien en el propio corazón.

Para salir a flote, Pedro sólo tuvo que asir la fuerte mano del Señor, su Amigo y su Dios. Aunque poco, algo tuvo que poner el discípulo de su parte. Es la colaboración de la buena voluntad que siempre nos pide Dios. *Cuando Dios Nuestro Señor concede a los hombres su gracia, cuando les llama con una vocación específica, es como si les tendiera una mano, una mano paterna llena de fortaleza, repleta sobre todo de amor, porque nos busca uno a uno, como hijas e hijos suyos, y porque conoce nuestra debilidad. Espera el Señor que hagamos el esfuerzo de coger su mano, esa mano que Él nos acerca: Dios nos pide un esfuerzo, prueba de nuestra libertad*.

Ese pequeño esfuerzo que el Señor pide a sus discípulos de todos los tiempos para sacarlos a flote de una mala situación puede ser muy diverso: intensificar la oración; ser más sinceros y dóciles en la dirección espiritual; remover una mala ocasión; obedecer con prontitud y docilidad de corazón; poner, junto a la oración, unos medios humanos que están a nuestro alcance, aunque sean muy pequeños… Junto a Cristo se ganan todas las batallas, pero debemos tener una confianza sin límites en Él. *Reza seguro con el Salmista: "¡Señor, Tú eres mi refugio y mi fortaleza, confío en Ti!"*

Te garantizo que Él te preservará de las insidias del "demonio meridiano" –en las tentaciones y… ¡en las caídas! –, cuando la edad y las virtudes tendrían que ser maduras, cuando deberías saber de memoria que sólo Él es la Fortaleza.

– Confianza en Dios. Nunca llega tarde para socorrernos, si acudimos a Él con fe y ponemos en cada caso los medios oportunos.

III. Pedro se mantuvo en pie en medio de las dificultades más grandes mientras actuó con sentido sobrenatural, con fe, confiado en el Señor. Después, para salir a flote, para recibir la ayuda de Dios, hubo de poner de su parte, pues "cuando falta nuestra cooperación cesa también la ayuda divina". Aunque fue el Señor quien lo sacó adelante.

Pedro recuperó de nuevo la fe y la confianza en Jesús. Con Él subió a la barca. Y en ese instante cesó el viento, se hizo la calma en el mar y en el corazón de los discípulos, y le reconocieron como a su Señor y a su Dios*: los que estaban en la barca le adoraron diciendo: Verdaderamente, eres el Hijo de Dios.*

Las dificultades en las que experimentaremos la propia debilidad, las mismas flaquezas, servirán para encontrar a Jesús, que nos tiende su mano y se mete en nuestro corazón, dándonos una paz inmensa en medio de cualquier tribulación. Hemos de aprender a no temer nunca a Dios, que se presenta en lo ordinario y también en las tormentas de los sufrimientos, físicos y morales, de la vida: *Tened confianza, soy Yo, no temáis*. Dios nunca llega tarde para socorrernos, y ayuda siempre en cada necesidad. Él llega, aunque sea de modo misterioso y oculto, en el momento oportuno. Y cuando por alguna razón nos encontramos en una situación penosa, con el viento en contra, Él se acerca. Quizá haga ademán de pasar de largo para que nosotros le llamemos. No tardará en llegar a nuestro lado.

Y si alguna vez sentimos que no hacemos pie, que nos hundimos, repitamos la súplica de Pedro: Señor, *¡sálvame!* No dudemos de su Amor, ni de su mano misericordiosa, no olvidemos que "Dios no manda imposibles, sino que al mandar avisa que hagas lo que puedas y pidas lo que no puedas y ayuda para que puedas".

¡Qué seguridad tan grande da el Señor! "Él me ha garantizado su protección, no es en mis fuerzas donde me apoyo. Tengo en mis manos su palabra escrita. Éste es mi báculo. Ésta es mi seguridad, éste es mi puerto tranquilo. Aunque se turbe el mundo entero, yo leo esta palabra escrita que llevo conmigo, porque ella es mi muro y mi defensa. ¿Qué es lo que ella me dice? *Yo estaré siempre con vosotros hasta el fin del mundo.*

"Cristo está conmigo, ¿qué puedo temer? Que vengan a asaltarme las olas del mar y la ira de los poderosos; todo eso no pesa más que una tela de araña". No dejemos su mano; Él no deja la nuestra.

Terminamos nuestra oración poniendo por intercesora a la Santísima Virgen; Ella nos ayuda aclamar confiadamente con las preces litúrgicas*: renueva, Señor, las maravillas de tu amor*; haz que vivamos firmemente anclados en Ti.

P. Ramón LOYOLA Paternina LC (Barcelona) (www.evangeli.net)

IR A ÍNDICE DOMINGO XIX DEL TIEMPO ORDINARIO

«Empezó a hundirse y gritó: 'Señor, sálvame'»

Hoy, la experiencia de Pedro refleja situaciones que hemos experimentado también nosotros más de una vez. ¿Quién no ha visto hacer aguas sus proyectos y no ha experimentado la tentación del desánimo o de la desesperación? En circunstancias así, debemos reavivar la fe y decir con el salmista: «Muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu salvación» (Sal 85, 8).

Para la mentalidad antigua, el mar era el lugar donde habitaban las fuerzas del mal, el reino de la muerte, amenazador para el hombre. Al "andar sobre el agua" (cf. Mt 14, 25), Jesús nos indica que con su muerte y resurrección triunfa sobre el poder del mal y de la muerte, que nos amenaza y busca destrozarnos. Nuestra existencia, ¿no es también como una frágil embarcación, sacudida por las olas, que atraviesa el mar de la vida y que espera llegar a una meta que tenga sentido?

Pedro creía tener una fe clara y una fuerza muy consistente, pero «empezó a hundirse» (Mt 14, 30); Pedro había asegurado a Jesús que estaba dispuesto a seguirlo hasta morir, pero su debilidad lo acobardó y negó al Maestro en los hechos de la Pasión. ¿Por qué Pedro se hunde justo cuando empieza a andar sobre el agua? Porque, en vez de mirar a Jesucristo, miró al mar y eso le hizo perder fuerza y, a partir de ese instante, su confianza en el Señor se debilitó y los pies no le respondieron. Pero, Jesús «le extendió la mano [y] lo agarró» (Mt 14, 31) y lo salvó.

Después de su resurrección, el Señor no permite que su apóstol se hunda en el remordimiento y la desesperación y le devuelve la confianza con su perdón generoso. ¿A quién miro yo en el combate de la vida? Cuando noto que el peso de mis pecados y errores me arrastra y me hunde, ¿dejo que el buen Jesús alargue su mano y me salve?

CONGREGACIÓN PARA EL CLERO (www.clerus.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO XIX DEL TIEMPO ORDINARIO

El valor de la fe

Después del milagro de la multiplicación de los panes y de los peces con los cuales había alimentado a la multitud, Jesús nos invita a nosotros, sus discípulos, a verificar nuestra fe en cada pasaje en el cual estamos llamados a confiar y a dirigir la mirada hacia Él, el Salvador que responde al grito del hombre.

El contexto de la narración evangélica se presenta como limitado en el contraste entre la paz que Jesús vive en oración en el monte y el escenario del lago en el cual navegan los discípulos, acompañados por un viento contrario que pone en peligro la travesía. Viento contrario, signo de un aparente fin, que provoca miedo en el corazón

de los discípulos. Un miedo que hace dramática, trágica la travesía: las aguas turbulentas, la figura de Jesús confundido con un fantasma, el terror de Pedro de ahogarse cuando camina sobre las aguas hacia su Señor.

En la noche, especialmente cuando es trágica, estamos llamados a hacer un camino que va de la perturbación al valor de la fe, probada por las dudas y las caídas; del miedo a la tranquilidad de la oración, camino que se lleva a cabo en la experiencia de la salvación.

Pedro representa a cada hombre: cuando la mirada está fija en Cristo y la fe es obediente abandono, entonces en la confianza se puede avanzar. Por el contrario, la mirada encerrada en sí misma y en las dificultades, en la presunción de bastarse a sí mismos, determina la prevalencia del miedo y, nos podemos ahogar.

Es por la fe que tenemos que estar seguros de que el Señor está cerca, está presente, está con nosotros y nos repite: «¡Ánimo!, soy yo; no temáis». Estas palabras de Jesús deberían ser suficientes para avanzar en el camino de la vida con seguridad y decisión.

Pero el miedo, en Pedro como en nosotros, se convierte en duda: «Señor, si eres Tú…» Y la condición que se plantea con la propuesta de Dios, se transforma durante la prueba y el fortalecimiento de la fe: «¡Ven!».

¿Qué es lo que salva a Pedro y con él a todos los hombres?

No es la frenética búsqueda de certezas humanas, no es la confianza en sí mismo, incapaz de soportar el peso del mundo y sus olas, sino la respuesta de Cristo al grito de Pedro: «¡Señor, sálvame!».

Es un grito de oración al cual responde la potencia de Dios que salva. El ingenio del hombre no es suficiente para encontrar al Señor, el miedo ahoga al hombre, la ilusión de tener todo en sus manos se derrumba miserablemente; sólo la humildad de la fe puede salvar, y, de hecho, salva.

El viaje de la perturbación al valor de la fe se lleva a cabo en aquella mano que salva de los frutos agitados por el viento: es la experiencia que lleva a reconocer quién es Aquel que se revela a nosotros: «Verdaderamente tú eres el Hijo de Dios». La salvación que Cristo ofrece es la única certeza para poder continuar creyendo, aunque tocados por la experiencia de la angustia; reconocer, como los discípulos, que Él es Señor de la creación y de todas las cosas es una garantía de la victoria en la lucha contra el mal. «Jesucristo tiene un significado y un valor para el género humano y su historia, singular y único, sólo de él propio, exclusivo, universal y absoluto» (Declaración *Dominus Iesus*, 15).

En este tiempo, para muchos de reposo y tranquilidad de las fatigas cotidianas, pidámosle al Señor un corazón que sea capaz de una auténtica fe en Él, capaz de reconocerlo y seguirlo, porque Él es la Verdad de nuestras vidas; en la celebración de los Sacramentos, encontramos la salvación de Dios para nosotros.

La Santísima Virgen María, mujer de fe y abandono total de confianza, nos obtenga «un corazón sencillo, que no disfrute de sus penas, un corazón magnánimo,

lleno de compasión, un corazón fiel y generoso, que no se olvide de ningún bien y no conserve rencor de ningún mal» (Oración del Padre de Grandmaison).

EXAMEN DE CONCIENCIA PARA SACERDOTES – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís

IR A ÍNDICE DOMINGO XIX DEL TIEMPO ORDINARIO

La mano de Dios que sostiene y salva

«Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?»

Eso le dijo Jesús a Pedro, y te lo dice a ti también, sacerdote, y te manda ir a Él en medio de la oscuridad, de los vientos fuertes, y del mar embravecido, caminando sobre el agua, porque quiere que tu única seguridad sea Él.

Tu Señor te reta, sacerdote, y pone a prueba tu fe, pidiéndote confianza a la fidelidad de su amistad, porque Él no te ha llamado siervo, te ha llamado amigo, y te lo quiere demostrar.

Tu Señor te llama, sacerdote. Escúchalo y obedécelo, sin poner en duda ni una sola de sus palabras, porque sería dudar de su poder, de su autoridad y de su veracidad. Él es Dios todopoderoso, y Él es la verdad.

Tu Señor es misericordioso y nunca te dejará de su mano. Confía en Él, sacerdote, ve a Él, camina hacia Él. Él es el camino. ¡Anda!, sigue caminando, y demuéstrale con tus obras tu fe.

Tu Señor sale a tu encuentro, sacerdote, en la calma, en la tempestad, en cualquier momento, en cualquier lugar. Permanece atento para que lo veas, para que lo reconozcas, para que sepas que es Cristo que pasa, y lo invites a entrar en tu casa, porque Él está a la puerta y llama.

Y tú, sacerdote, ¿eres hombre de fe?

¿Estás dispuesto a seguir a tu Señor, aunque las condiciones sean adversas, y mantenerte firme en la fe, convencido de que ahí está tu Señor contigo, para salvarte?

¿Confías totalmente en el amigo que ha dado la vida por ti, porque te has dado cuenta de que nadie tiene un amor más grande?

¿Tienes el valor de dar la vida por tu Señor, y estás dispuesto a cargar tu cruz ante la incredulidad de los demás, ante sus miedos, y por encima de las tentaciones que debilitan tu fe, que te hacen dudar y que ponen en riesgo tu vida?

¿Estás dispuesto a dejarlo todo y a darlo todo por Cristo Rey, cumpliendo su Palabra, porque estás convencido de que su ley es tu ley?

¿Eres frío o caliente? ¿O acaso te has vuelto tibio por miedo a la gente?

¿Estás con Cristo, o estás contra Él?

No seas incrédulo, sacerdote, sino creyente. No dudes, sino cree.

Y si un día tuvieras miedo, y perdieras la confianza, nunca pierdas la esperanza de que tu Señor tiene su mano extendida hacia ti, para rescatarte, para salvarte, y quiere mostrarte su amor y su amistad, aun en medio de la tormenta y de la oscuridad, porque se compadece de tu debilidad.

Y si te preocupara causarle a tu Señor el dolor de tu desconfianza, de tu inseguridad, de tu duda, de tus miedos, de tu tentación, de tu pecado, de tu infidelidad, de tu indignidad, y de tu incredulidad, tómate de la mano de su Madre, y camina confiado en la seguridad de la protección de su manto y de su amor maternal, porque ella viene en tu auxilio, y como faro te trae la luz y te muestra el camino, porque ella siempre te lleva a Jesús.

Tu Señor es el Hijo de Dios, sacerdote, y tú has sido llamado para ser configurado con Él, y te da sus mismos sentimientos, y te da su poder, para que tú extiendas tu mano, y fortalezcas la fe de aquellos que tienen miedo, y que no lo pueden ver, de los que se hunden en medio de las aguas turbulentas del mundo, pero que gritan con todas sus fuerzas: *¡sálvame, Señor!* Porque no han perdido la esperanza.

Extiende tu brazo, sacerdote, porque tú eres para el mundo la mano de Dios que sostiene y que salva.

(*Espada de Dos Filos* IV, n. 55)

(Para pedir una suscripción gratuita por email del envío diario de "Espada de Dos Filos", - facebook.com/espada.de.dos.filos12- enviar nombre y dirección a: espada.de.dos.filos12@gmail.com)

Domingo XX del Tiempo Ordinario (ciclo A)

IR A ÍNDICE GENERAL

(Comentarios sobre las Lecturas propias de la Santa Misa para meditar y preparar la homilía)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)**
- **SAN AGUSTÍN (www.iveargentina.org)**
- **FRANCISCO – Ángelus 2017 y 2020**
- **BENEDICTO XVI – Ángelus 2005, 2008 y 2011**
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos**
- **RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)**
- **PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes**
- **FLUVIUM (www.fluvium.org)**
- **PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)**
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)**
  - **Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II**
  - **Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva**
  - **Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica**
- **HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)**
- **Rev. D. +Joan SERRA i Fontanet (Barcelona, España) (www.evangeli.net)**
- **EXAMEN DE CONCIENCIA PARA SACERDOTES – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís**

***

DEL MISAL MENSUAL

IR A ÍNDICE DOMINGO XX DEL TIEMPO ORDINARIO

UNA CONFIANZA FUERA DE SERIE

Is 56, l. 6-7; Rom 11, 13-15.29-32; Mt 15, 21-28

El tema de la inclusión de todos los pueblos dentro de la asamblea de Israel está presente tanto en el libro de Isaías como en el pasaje evangélico. En el primer texto aparece como una promesa condicionada e imprecisa: los extranjeros que vivan entregados a Dios, cumpliendo su alianza, serán admitidos como miembros de plenos derechos en la asamblea santa. El templo de Jerusalén ya no estará reservado para los hijos de Abrahán, en el futuro Dios incluirá a hombres y mujeres de distintas razas y lenguas. Ese proyecto no logró concretarse de manera sencilla. Aún en el primer siglo, los extranjeros tenían impedido el acceso al atrio del Santuario de Jerusalén. La insistencia y la confianza de una mujer cananea consiguió doblegar la cerrazón inicial del Señor Jesús. Esta mujer anónima ensanchó la mentalidad relativamente exclusivista de Jesús y sus discípulos.

ANTÍFONA DE ENTRADA Sal 83, 10-11

Dios, protector nuestro, mira el rostro de tu Ungido. Un solo día en tu casa es más valioso, que mil días en cualquier otra parte.

ORACIÓN COLECTA

Señor Dios, que has preparado bienes invisibles para los que te aman, infunde en nuestros corazones el anhelo de amarte, para que, amándote en todo y sobre todo, consigamos tus promesas, que superan todo deseo. Por nuestro Señor Jesucristo ...

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

Conduciré a los extranjeros a mi monte santo.

Del libro del profeta Isaías: 56, 1. 6-7

Esto dice el Señor: "Velen por los derechos de los demás, practiquen la justicia, porque mi salvación está a punto de llegar y mi justicia a punto de manifestarse.

A los extranjeros que se han adherido al Señor para servirlo, amarlo y darle culto, a los que guardan el sábado sin profanarlo y se mantienen fieles a mi alianza, los conduciré a mi monte santo y los llenaré de alegría en mi casa de oración. Sus holocaustos y sacrificios serán gratos en mi altar, porque mi templo será casa de oración para todos los pueblos".

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 66, 2-3. 5. 6 y 8.

R/. Que te alaben, Señor, todos los pueblos.

Ten piedad de nosotros y bendícenos; vuelve, Señor, tus ojos a nosotros. Que conozca la tierra tu bondad y los pueblos tu obra salvadora. ***R/.***

Las naciones con júbilo te canten, porque juzgas al mundo con justicia; con equidad tú juzgas a los pueblos y riges en la tierra a las naciones. ***R/.***

Que te alaben, Señor, todos los pueblos, que los pueblos te aclamen todos juntos. Que nos bendiga Dios y que le rinda honor el mundo entero. ***R/.***

SEGUNDA LECTURA

Dios no se arrepiente de sus dones ni de su elección.

De la carta del apóstol san Pablo a los romanos: 11, 13-15. 29-32

Hermanos: Tengo algo que decirles a ustedes, los que no son judíos, y trato de desempeñar lo mejor posible este ministerio. Pero esto lo hago también para ver si provoco los celos de los de mi raza y logro salvar a algunos de ellos. Pues, si su rechazo ha sido reconciliación para el mundo, ¿qué no será su reintegración, sino resurrección de entre los muertos? Porque Dios no se arrepiente de sus dones ni de su elección.

Así como ustedes antes eran rebeldes contra Dios y ahora han alcanzado su misericordia con ocasión de la rebeldía de los judíos, en la misma forma, los judíos, que ahora son los rebeldes y que fueron la ocasión de que ustedes alcanzarán la misericordia de Dios, también ellos la alcanzarán. En efecto, Dios ha permitido que todos cayéramos en la rebeldía, para manifestarnos a todos su misericordia.

Palabra de Dios.

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO **Cfr. Mt 4, 23**

R/. Aleluya, aleluya.

Jesús predicaba la buena nueva del Reino y curaba a la gente de toda enfermedad. ***R/.***

EVANGELIO

Mujer, ¡qué grande es tu fe!

+ Del santo Evangelio según san Mateo: 15, 21-28

En aquel tiempo, Jesús se retiró a la comarca de Tiro y Sidón. Entonces una mujer cananea le salió al encuentro y se puso a gritar: “Señor, hijo de David, ten compasión de mí. Mi hija está terriblemente atormentada por un demonio”. Jesús no le contestó una sola palabra; pero los discípulos se acercaron y le rogaban: ‘Atiéndela, porque viene gritando detrás de nosotros”. Él les contestó: “Yo no he sido enviado sino a las ovejas descarriadas de la casa de Israel”.

Ella se acercó entonces a Jesús y, postrada ante él, le dijo: “¡Señor, ayúdame!”. Él le respondió: “No está bien quitarles el pan a los hijos para echárselo a los perritos”.

Pero ella replicó: “Es cierto, Señor; pero también los perritos se comen las migajas que caen de la mesa de sus amos”. Entonces Jesús le respondió: “Mujer, ¡qué grande es tu fe! Que se cumpla lo que deseas”. Y en aquel mismo instante quedó curada su hija.

Palabra del Señor.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Recibe, Señor, nuestros dones, con los que se realiza tan glorioso intercambio, para que, al ofrecerte lo que tú nos diste, merezcamos recibirte a ti mismo. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN **Sal 129, 7**

Con el Señor viene la misericordia, y la abundancia de su redención.

O bien: ***Jn 6, 51-52***

Yo soy el pan vivo, que ha bajado del cielo, dice el Señor: quien coma de este pan, vivirá eternamente.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Unidos a Cristo por este sacramento, suplicamos humildemente, Señor, tu misericordia, para que, hechos semejantes a él aquí en la tierra, merezcamos gozar de su compañía en el cielo. El, que vive y reina por los siglos de los siglos.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

IR A ÍNDICE DOMINGO XX DEL TIEMPO ORDINARIO

Les daré alegría en mi casa de oración (Is 56,1.6-7)

1ª lectura

Comienza aquí la tercera parte del libro de Isaías, llamada también «Tercer Isaías» o «Tritoisaías». Está compuesta por visiones proféticas y oráculos sobre la nueva Sión y las naciones de la tierra. La primera sección (Is 56,1-59,21) recoge un conjunto de oráculos que abre ya perspectivas de salvación de alcance universal, aunque su llegada experimenta retrasos a causa de los pecados del pueblo de Dios.

En la Jerusalén renovada el Templo comenzará a abrirse a todos los pueblos. Lo que se anunciaba para los últimos días al inicio del libro (cfr Is 2,2-5) comienza a suceder: el Templo del Señor será casa de oración para los que antes no podían entrar y para todos los pueblos.

En contraste con la antigua legislación (Lv 22,25; Dt 23,2-9), que excluía de la participación en la asamblea de Israel a extranjeros (la misma actitud se refleja en Esd 9,1-12 y Ne 9,1-2), el presente oráculo manifiesta una mentalidad mucho más abierta y universalista (cfr Sb 3,14): no hay inconveniente en acogerlos con tal de que observen el sábado y la Alianza (cfr v. 6). Los lazos para formar parte de la comunidad del pueblo de Dios ya no son estrictamente los de la sangre, sino que son necesarios y suficientes los de la comunión en el culto al verdadero Dios y la práctica de la moralidad establecida por la antigua Alianza.

La misión que comienza a desempeñar el Templo reconstruido al regreso de los desterrados —la invitación dirigida a todos los hombres sin exclusiones para que puedan adorar al Señor integrados en el pueblo de Dios— tiene su culminación gracias a la Redención llevada a cabo por Jesucristo. En la purificación del Templo (Mt 21,12-13 y par.), en la que Jesús apela a palabras del v. 6 —junto con Jr 7,11— se da pleno cumplimiento al anuncio profético.

Los dones y la vocación de Dios son irrevocables (Rm 11,13-15.29-32)

2ª lectura

La conversión de los gentiles debe ser ocasión de celo para que los judíos también se conviertan. La vocación del pueblo judío como pueblo elegido es irrevocable (v. 29). A pesar de la desobediencia de algunos, Dios lo amará por siempre, según las promesas hechas a los patriarcas y los méritos que lograron con su correspondencia fiel (cfr Rm 9,4-5). Precisamente por ese amor inalterable de Dios es posible que «todo Israel» se salve. De ahí que Pablo entienda la conversión de los gentiles como una etapa en la misión del pueblo de Israel, pues estaba escrito que la promesa de Dios a Abrahán era para siempre: «Bendeciré a quienes te bendigan, y maldeciré a quienes te maldigan; en ti serán bendecidos todos los pueblos de la tierra» (Gn 12,3).

También los perrillos comen de las migajas que caen de la mesa (Mt 15,21-28)

Evangelio

Tiro y Sidón son dos ciudades fenicias, en la costa del Mediterráneo, hoy día pertenecientes al Líbano. Nunca formaron parte de Galilea, pero se encuentran cerca de su frontera noroeste. Por tanto, en tiempos de Jesús caían fuera de los dominios de Herodes Antipas. Allí se retira el Señor tal vez para evitar la persecución de éste y de los judíos, y atender de modo más intenso a la formación de sus Apóstoles. En la región de Tiro y Sidón la mayoría de los habitantes eran paganos. San Mateo llama a esta mujer «cananea» ya que según el Génesis (10,15) esta zona fue una de las primeras colonias de los cananeos; San Marcos la llama «sirofenicia» (Mc 7,26). Ambos evangelios resaltan su condición de pagana, con lo que adquiere mayor relieve su fe en el Señor.

Pero esta fe tan grande se compone de actos puntuales y audaces: la mujer pide aunque parezca inoportuna (v. 23), insiste aunque se tenga por indigna (vv. 24-26), persevera ante las dificultades (v. 27) y al fin logra lo que quiere (v. 28). «Vemos muchas veces que el Señor no nos concede enseguida lo que pedimos; esto lo hace para que lo deseemos con más ardor, o para que apreciemos mejor lo que vale. Tal retraso no es una negativa sino una prueba que nos dispone a recibir más abundantemente lo que pedimos» (S. Juan B. María Vianney, Sermón sobre la oración).

SAN AGUSTÍN (www.iveargentina.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO XX DEL TIEMPO ORDINARIO

La fe de la cananea

Esta mujer cananea, que la lectura evangélica acaba de recomendarnos, nos ofrece un ejemplo de humildad y un camino de piedad. Nos enseña a subir desde la humildad a la altura. Al parecer, no pertenecía al pueblo de Israel, al que pertenecían los patriarcas, los profetas, los padres de nuestro Señor Jesucristo según la carne, y también la misma Virgen María, que dio a luz a Cristo. La cananea no pertenecía a este pueblo, sino a los gentiles. Según hemos oído, el Señor se retiró a la parte de Tiro y

Sidón, y la mujer cananea, saliendo de aquellos contornos, solicitaba con calor el beneficio de que curase a su hija, que era maltratada por el demonio. Tiro y Sidón no eran ciudades del pueblo de Israel, sino de los gentiles, aunque vecinas de Israel. Ella gritaba, ansiosa de obtener el beneficio, y llamaba con fuerza; él disimulaba, no para negar la misericordia, sino para estimular el deseo, y no sólo para acrecentar el deseo, sino también, como antes dije, para recomendar la humildad. Clamaba, pues, ella al Señor, que no escuchaba, pero que planeaba en silencio lo que iba a ejecutar. Los discípulos rogaron por ella al Señor y le dijeron: *Despáchala, pues grita detrás de nosotros.* Pero él replicó: *No he sido enviado sino a las ovejas que perecieron de la casa de Israel.*

Aquí se plantea el problema de estas palabras. ¿Cómo hemos venido nosotros desde los gentiles al redil de Cristo, si él no ha sido enviado sino a las ovejas que perecieron de la casa de Israel? ¿Qué significa la manifestación tan profunda de este secreto? El Señor sabía por qué había venido, esto es, para tener una Iglesia en todas las naciones. ¿Por qué dice que no ha sido enviado sino a las ovejas que perecieron de la casa de Israel? Entendemos que tenía que manifestar en aquel pueblo la presencia de su cuerpo, su nacimiento, la exhibición de sus milagros y la virtud de su resurrección, entendemos que así había sido planeado, propuesto desde el principio, predicho y realizado; entendemos que Cristo Jesús debía venir al pueblo de los judíos para ser visto, asesinado y para recobrar de entre ellos a los que preestableció. Porque el pueblo aquel no fue condenado, sino beldado. Había allí muchedumbre de paja, pero también una oculta dignidad de los granos; había material de hoguera, y también para llenar el granero. ¿De dónde salieron los Apóstoles sino de ahí? ¿De dónde salió Pedro? ¿De dónde salieron los demás?

¿Y de dónde salió Pablo, antes Saulo, es decir, primero soberbio y después humilde? Cuando era Saulo, su nombre venía de Saúl. Y Saúl fue un rey soberbio; en su reino perseguía al humilde David. Cuando era Saulo, el que luego fue Pablo, era soberbio, perseguidor de inocentes, devastador de la Iglesia. Recogió cartas de los sacerdotes, como ardiendo de celo por la sinagoga y persiguiendo el nombre cristiano, para arrastrar a todos los cristianos que pudiera hallar a sufrir el suplicio. Y cuando caminaba, cuando ansiaba matar, cuando olfateaba la sangre, fue postrado por la voz celeste de Dios el perseguidor y se alzó como predicador. En él se cumplió lo que está escrito en el profeta: *Yo heriré y yo sanaré.* Dios hiere lo que en el hombre se levanta contra Dios. No es cruel el médico cuando abre un tumor, cuando corta o quema lo podrido. Produce dolor, interviene, pero para llevar a la salud. Es molesto; pero, si no lo fuese tampoco sería útil. Así Cristo con una voz postró a Saulo y erigió a Pablo. ¿Cuál fue la razón del cambio de nombre, ya que antes se llamaba Saulo y después Pablo, sino el que reconocía el nombre de Saulo en sí mismo, nombre de soberbia, cuando era perseguidor? Eligió, pues, un nombre humilde, llamándose Pablo, esto es, mínimo. Paulo significa pequeño. Gloriándose ya de este nombre y recomendando la humildad, dijo: *Soy el mínimo de los Apóstoles.* ¿Y de dónde era, de dónde era éste, sino del pueblo de los judíos? De él eran los otros apóstoles, de él era Pablo, de él eran los que el mismo Pablo recomienda, porque habían visto al Señor después de la resurrección.

Dice que le habían visto *casi quinientos hermanos juntos, de los cuales muchos viven aún y algunos han muerto*.

Eran también de aquel pueblo aquellos que, al hablar Pedro, exaltando la pasión, resurrección y divinidad de Cristo, al recibir el Espíritu Santo, cuando todos aquellos sobre los que descendió el Espíritu Santo hablaron los idiomas de todas las naciones, quedaron apesadumbrados de espíritu: eran oyentes del pueblo de los judíos y pedían consejo para su salvación, entendiendo que eran reos de la sangre de Cristo; ellos le habían crucificado y matado, pero veían que en el nombre del muerto se hacían tantos milagros y veían la presencia del Espíritu Santo. Pidiendo consejo recibieron la respuesta: *Haced penitencia, y que cada uno de vosotros se bautice en el nombre de nuestro Señor Jesucristo y os serán perdonados vuestros pecados*. ¿Quién perderá la esperanza de que se le perdonen los pecados, cuando se perdonó el crimen de matar a Cristo? Eran del mismo pueblo de los judíos y se convirtieron; se convirtieron y fueron bautizados. Se acercaron a la mesa del Señor y bebieron con fe la sangre que habían derramado con furor. Y cómo se convirtieron, cuan total y perfectamente, lo indican los Hechos de los Apóstoles. Porque vendieron todo lo que poseían y depositaron el precio de la venta a los pies de los Apóstoles; y se distribuía a cada uno según lo que necesitaba; y nadie llamaba propio a nada, sino que todas las cosas les eran comunes. Como está escrito: *Tenían una sola alma y un solo corazón dirigido a Dios*. Estas son las ovejas de las que dijo: *No he venido enviado sino a las ovejas que perecieron de la casa de Israel*. A ellas manifestó su presencia, y al ser crucificado, oró por ellas, que se ensañaban, diciendo: *Padre, perdónalos, pues no saben lo que hacen*. El médico veía a los frenéticos que mataban al médico, perdida la razón, y al matar al médico sin saberlo, se propinaban una medicina. Pues con ese Señor muerto nos hemos curado todos, redimidos con su sangre, liberados del hambre con el pan de su cuerpo. Esa presencia manifestó Cristo a los judíos. Y por eso dijo: *No he sido enviado sino a las ovejas que perecieron de la casa de Israel*. Quería, pues, manifestarles la presencia de su cuerpo, pero no desdeñar o marginar a las ovejas que tenía entre los gentiles.

Él no fue a los gentiles por sí mismo, pero envió a sus discípulos. Y entonces se cumplió lo que dijo el profeta: *Un pueblo, al que no conocía, me sirvió*. ¡Vez cuan alta, evidente y clara profecía! *Un pueblo, al que no conocía, me sirvió,* esto es, un pueblo al que no manifesté mi presencia, *me sirvió*. ¿Cómo? Continúa: *Con el oído de la oreja me escuchó,* esto es, creyeron, no por la vista, sino por el oído. Por eso es mayor la alabanza de los gentiles. Los judíos vieron y asesinaron; los gentiles oyeron y creyeron. Y ese Pablo apóstol fue enviado a llamar *y* reunir a los gentiles, para que se cumpliera lo que acabamos de cantar: *Congréganos de entre los gentiles, para que confesemos tu nombre y nos gloriemos en tu alabanza*. El mínimo fue engrandecido, no por sí mismo, sino por aquel a quien perseguía y fue enviado ese apóstol mínimo, trabajó mucho entre los gentiles y por él creyeron. Sirven de testimonio sus epístolas.

Esto lo expresa una figura sagrada que tienes en el Evangelio. Cierta hija de un archisinagogo había muerto y su padre rogaba al Señor que fuera a visitarla, pues la había dejado enferma y en peligro de muerte. Iba el Señor a visitar y curara la enferma; pero en el camino se le anunció al padre que había muerto y se le dijo: *La niña ha*

muerto, no molestes ya al maestro. Más el Señor, que sabía que podía resucitar a los muertos, no quitó la esperanza al padre desesperado y le dijo: *No temas, basta que creas*. Iba hacia la niña; pero en el camino, entre las turbas, como pudo se deslizó una mujer que padecía flujo de sangre y en su ya larga enfermedad había gastado en médicos y en vano todo lo que tenía. Al tocar la orla de su vestido, se curó. Y el Señor dijo: *¿Quién me tocó?* Se admiraron los discípulos, ignorando lo sucedido; le veían oprimido por las turbas y que se preocupaba por una que le había tocado ligeramente; le respondieron: *La turba te oprime y dices:*

«¿Quién me tocó?» Pero él replicó: *Alguien me tocó*. Los demás oprimen, ésta tocó. Son muchos los que oprimen molestamente el Cuerpo de Cristo, *pocos los* que *lo tocan* saludablemente. *Alguien me ha tocado, pues sentí que salía de mí una energía*. Cuando ella se vio descubierta, se arrojó a sus pies y confesó lo sucedido. Después de esto, el Señor siguió, llegó a donde iba y resucitó a la niña, hija del archisinagogo, que estaba muerta.

Tal es el suceso, realizado según se cuenta. Con todo, las mismas cosas que el Señor hizo tenían alguna significación; eran como palabras visibles, si podemos hablar así, y significaban algo. Eso se muestra principalmente cuando busca fruto en el árbol fuera de tiempo y, al no encontrarlo, lo maldice y lo esteriliza. Si este suceso no se interpreta como simbólico, parecerá necio; primero, porque se busca fruto en el árbol cuando no es tiempo de que los árboles den fruto; y luego, aunque hubiese sido tiempo de él, ¿qué culpa tenía el árbol de no tener fruto? Pero se daba a entender que se buscan *no* sólo hojas, sino fruto, esto es, no sólo palabras, sino hechos, de los hombres. Al esterilizar al árbol en que sólo halló hojas, da a entender la pena de los que pueden hablar cosas buenas, pero no quieren realizarlas. Así también aquí; pues también hay misterio. El que todo lo sabe de antemano, dice: *¿Quién me tocó?* El Creador se hace semejante al ignorante y pregunta el que no sólo sabía esto, sino también todo lo demás de antemano. Algo es, sin duda, lo que Cristo nos dice mediante un símbolo significativo.

La hija del archisinagogo significaba al pueblo de los judíos, por el que había venido Cristo, quien dijo:

No he sido enviado sino a las ovejas que perecieron de la casa de Israel. Y la mujer que padecía flujo de sangre representaba a la Iglesia de los gentiles, a la que Cristo no había sido enviado en cuanto a su presencia corporal. Iba a visitar a la primera, buscando su salud; pero la segunda se interpuso, tocó la orla como si él no se diese cuenta, esto es, queda curada como por un ausente. Más él dice: *¿Quién me tocó?,* como si dijera: No conozco a ese pueblo. *Un pueblo, al que no conocía, me sirvió. Alguien me tocó, pues he sentido que de mí salía una energía,* es decir, que el Evangelio emitido ha llenado todo el mundo. Es tocada la orla, parte pequeña y extrema del vestido. Haz de los apóstoles como un vestido de Cristo. Pablo era la orla, es decir, el último y mínimo, pues lo dijo él: *Soy el mínimo de los apóstoles*. Fue llamado después de todos, creyó después de todos y curó más que todos. No había sido enviado el Señor sino a las ovejas que perecieron de la casa de Israel. Mas ya que el pueblo al que no conocía le iba a servir, y por el oído de la oreja le iba a escuchar, no

calló cuando se encontró con él. Por eso dice en otro lugar el mismo Señor: *Tengo otras ovejas que no son de este redil; conviene que también traiga a éstas, para que haya un solo rebaño y un solo pastor*.

A éstas pertenecía la mujer y, por eso, no era desdeñada, sino postergada. *No he sido enviado,* dijo, *sino a las ovejas que perecieron de la casa de Israel.* Ella gritando insistía, perseveraba, llamaba, como si hubiese oído: «Pide y recibirás, busca y encontrarás, llama y te abrirán». Reiteró, llamó. Cuando el Señor dijo tales palabras: *Pedid y recibiréis, buscad y encontraréis, llamad y os abrirán,* había dicho antes: *No deis lo santo a los perros, ni arrojéis vuestras perlas ante los puercos, no sea que las pisoteen con sus pezuñas y revolviéndose os destrocen,* es decir, quizá después de despreciar vuestras perlas os causen molestias. No les ofrezcáis, pues, lo que desprecian.

Y por si ellos preguntasen: ¿Cómo sabemos quiénes son perros o puercos?, se da la respuesta a la mujer; pues cuando ella *insistía, respondió* el *Señor: No está bien quitar el pan a los hijos y darlo a los perros*. Tú eres perro, uno de los gentiles, adoras a los ídolos. ¿Hay para los perros cosa más familiar que lamer las piedras?

No está bien quitar el pan a los hijos y darlo a los perros. Si ella se hubiese retirado ante esa respuesta, hubiese venido siendo perro y se hubiese vuelto siendo perro; pero llamando, de perro se convirtió en hombre. Reiteró su petición y, con lo que parecía un insulto, demostró su humildad y alcanzó misericordia. No se alteró, ni se enojó porque, al pedir un beneficio y demandar misericordia, la llamaran perro, sino que dijo: *Así es, Señor*. Me has llamado perro; reconozco que lo soy, acepto mi nombre; habla la Verdad. Pero no por eso he de ser eliminada del beneficio. Aunque soy perro, *también los perros comen de las migajas que caen de la mesa de sus señores*. Deseo un pequeño beneficio; no invado la mesa, sino que recojo las migas.

Ved cómo se recomendó la humildad. El Señor la había llamado perro y ella no replicó «no lo soy», sino que dijo «lo soy». Pero el Señor, como ella se reconoció perro, le dijo: *¡Oh mujer, qué grande es tu fe! Sea como lo pediste*. Tú te reconociste perro, y yo ya te reconozco hombre. *¡Oh mujer, qué grande es tu fe!* Pediste, buscaste, llamaste; recibe, encuentra, que te abran. Mirad, hermanos, cómo en esta mujer que era cananea, esto es, que venía de la gentilidad y mantenía el tipo, esto es, la figura de la Iglesia, se recomienda ante todo la humildad. Precisamente el pueblo judío fue rechazado del Evangelio al haberse inflado de soberbia porque había merecido recibir la Ley, porque de su linaje procedían los patriarcas y profetas, porque Moisés, siervo de Dios, había realizado en Egipto esos grandes milagros que hemos escuchado en el salmo, porque había conducido al pueblo por el mar Rojo, retirándoselas aguas, y había recibido la Ley que dio al mismo pueblo. Tenía de qué vanagloriarse el pueblo judío; pero por esa soberbia sucedió que no quiso humillarse ante Cristo, autor de la humildad, cortador del tumor, Dios médico, que por eso se hizo hombre siendo Dios, para que el hombre se reconociese hombre. ¡Qué gran medicina! Si con esta medicina no se cura la soberbia, no sé qué podrá curarla. Es Dios y se hace hombre; margina la divinidad, la secuestra en cierto modo, esto es, oculta lo que era suyo y aparece lo que ha recibido. Se hace hombre, siendo Dios, y el hombre no se reconoce hombre, esto es,

no se reconoce mortal, frágil; no se reconoce pecador y enfermo, para buscar, ya que está enfermo, al médico. ¡Y lo que es más peligroso, todavía se cree sano!

Aquel pueblo no se acercó por eso, esto es, por la soberbia. Se convirtieron en ramos naturales, pero tronchados del olivo, es decir, del pueblo creado por los patriarcas; así se hicieron estériles en virtud de su soberbia; y en el olivo fue injertado el acebuche. El acebuche es el pueblo gentil. Así dice el Apóstol que el acebuche fue injertado en el olivo, mientras que los ramos naturales fueron tronchados. Fueron cortados por la soberbia, e injertado el acebuche por la humildad. Y esa humildad mostraba la cananea, diciendo: «Eso es, Señor, perro soy, migas deseo». Por esa humildad agradó también al Señor el centurión: deseaba que el Señor curara a su hijo y el Señor le dijo: *Iré y lo curaré*. Pero él respondió: *Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo; pero dilo de palabra y curará mi hijo*. No soy digno de que entres bajo mi techo. No le recibía bajo el techo y ya le había recibido en el corazón. Cuanto más humilde era, tanto era más capaz y se hallaba más lleno. Los collados dejan correr el agua, los valles la recogen. Y cuando él dijo: *Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo,* ¿qué advirtió el Señor a los que le seguían? *En verdad os digo, no encontré tanta fe en Israel.* ¿Qué significa *tanta?* Tan grande. ¿De dónde procede esa magnitud? De la pequeñez, es decir, lo grande procede de la humildad. *No encontré tanta fe*. Era semejante al grano de mostaza, cuanto más pequeño, tanto más activo. Así injertaba ya el Señor el acebuche en el olivo. Lo realizaba al decir: *En verdad os digo, no encontré tanta fe en Israel.*

En fin, atiende a lo que sigue. Puesto que *no encontré tanta fe en Israel,* esto es, tanta humildad con fe, *por eso os digo, que muchos vendrán de oriente y de occidente y se sentarán a la mesa con Abrahán, Isaac y Jacob en el reino de los cielos.* Dice *se sentarán,* esto es, descansarán. No debemos imaginar manjares carnales, o desear cosas semejantes en el reino, no sea que sustituyamos a las virtudes por vicios, en lugar de suprimirlos. Una cosa es desear el reino de los cielos por la sabiduría y la vida eterna, y otra desearlo por una felicidad terrena, como si allí la tuviéramos más abundante y ampliada. Si piensas que en aquel reino vas a ser rico, no amputas, sino que permutas la cupididad. Cierto que serás rico, y que sólo allí serás rico, puesto que aquí es tu indigencia la que recoge cosas. Una mayor pobreza reúne tesoros que parecen mayores. Allí, en cambio, morirá la misma indigencia. Y serás verdadero rico cuando en nada serás indigente. Porque ahora no eres tú rico y el ángel pobre porque no tiene jumentos, coches y familias. ¿Y por qué? Porque no los necesita; porque cuanto más fuerte es, tanto es menos menesteroso. Allí hay riquezas, auténticas riquezas. No pienses en los manjares de esta tierra. Los manjares de esta tierra son medicinas cotidianas; son necesarios para una cierta enfermedad con la que nacemos. Todos sienten esa enfermedad cuando pasa la horade comer. ¿Quieres ver qué enfermedad sea esta que, como una fiebre aguda, mata en sólo siete días? No te creas sano. La sanidad es la inmortalidad. Esta es sólo una larga enfermedad. Con las medicinas cotidianas templas tu enfermedad; te crees sano, pero quita las medicinas y verás lo que puedes.

Desde que nacemos es ya necesario que muramos. Es necesario que esta enfermedad lleve a la muerte. Cuando los médicos visitan a los enfermos, dicen eso. Por ejemplo, este hidrópico muere; la enfermedad no tiene curación; tiene elefantiasis, y esa enfermedad es incurable; está tísico, ¿quién puede curarle? Necesariamente perecerá, necesariamente morirá. Mira, ya lo dijo el médico, está tísico y tiene que morir. Y aun algunas veces el hidrópico, el elefantíaco y el tísico no mueren de su enfermedad, pero es necesario que quien nace muera de esta enfermedad. Muere de ella, no puede ser de otro modo. Esto lo dicen el médico y el ignorante. Y aunque tarde en morir, ¿dejará de morir? ¿Cuándo, pues, hay auténtica sanidad, sino cuando hay auténtica inmortalidad? Si hay verdadera inmortalidad, no hay corrupción, no hay defección, y para qué servirían los alimentos. Por ende, cuando oyes: *Se sentarán con Abrahán, Isaac y Jacob,* no prepares el vientre, sino la mente. Quedarás satisfecho, pues el vientre interior tiene también sus manjares. Por razón de ese vientre, se dice: *Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque quedarán satisfechos*. Tan satisfechos quedarán, que ya no hambrearán.

Ya injertaba al acebuche el Señor cuando decía: *Muchos vendrán de oriente y de occidente y se sentarán con Abrahán, Isaac y Jacob en el reino de los cielos,* es decir, serán injertados en el olivo. Porque las raíces de este olivo son Abrahán, Isaac y Jacob. *¡Vero los hijos del reino,* esto es, los judíos incrédulos, *irán a las tinieblas exteriores!* Serán cortadas las ramas naturales para injertar el acebuche. ¿Y cómo merecieron ser cortadas las ramas naturales sino por la soberbia? ¿Y por qué se injertó el acebuche sino por la humildad? Por eso dijo la cananea: *Así es, Señor, pues los perros comen las migajas que caen de la mesa de sus señores*. Y por eso oyó: *Oh mujer, ¡qué grande es tu fe!* También el otro centurión dijo: *No soy digno de que entres bajo mi techo*. Y oyó: *En verdad os digo, no hallé tan grande fe en Israel*. Aprendamos o, mejor, tengamos la humildad. Si aún no la tenemos, aprendámosla. Si la tenemos, no la perdamos. Si no la tenemos, cobrémosla para ser injertados; si la tenemos, retengámosla, para no ser amputados.

***Sermones* (2º) (t. X), Sobre los Evangelios Sinópticos, Sermón 77, 1-15, BAC Madrid, 399-413**

FRANCISCO – Ángelus 2017 y 2020

IR A ÍNDICE DOMINGO XX DEL TIEMPO ORDINARIO

Ángelus 2017

Alimentar día a día nuestra fe

Queridos hermanos y hermanas, buenos días

El Evangelio de hoy (Mt 15, 21-28) nos presenta un singular ejemplo de fe en el encuentro de Jesús con una mujer cananea, una extranjera en relación a los judíos. La escena tiene lugar mientras Él está en camino hacia las ciudades de Tiro y Sidón, en el

noroeste de Galilea: es allí donde la mujer implora a Jesús que sane a su hija, dice el Evangelio, que «sufre terriblemente por estar endemoniada» (v. 22). El Señor, en un primer momento, parece no escuchar este grito de dolor, tanto, hasta el punto de suscitar la intervención de los discípulos que interceden por ella. La aparente distancia de Jesús no desanima a esta madre, que insiste en su invocación.

La fuerza interior de esta mujer, que permite superar cada obstáculo, va buscada en su amor maternal y en la confianza en que Jesús puede atender su pedido. Y esto me hace pensar en la fuerza de las mujeres. Con su fortaleza son capaces de obtener cosas grandes, ¡hemos conocido muchas! Podemos decir que es el amor que mueve la fe y la fe, por su parte, se convierte en el premio del amor. El amor intenso hacia su hija le induce a gritar: «¡Señor, Hijo de David, ten compasión de mí!» (V. 22). Y la fe perseverante en Jesús permite que no se desanime, ni siquiera ante su rechazo inicial; así «la mujer se acercó y, arrodillándose delante de él, le suplicó: ¡Señor, ayúdame!» (V. 25).

Al final, ante tanta perseverancia, Jesús se queda admirado, casi asombrado, por la fe de una mujer pagana. Por lo tanto, Él acepta diciendo: «"¡Mujer, qué grande es tu fe! Que se cumpla lo que quieres". Y desde ese mismo momento quedó sana su hija». (v. 28). Esta humilde mujer es indicada por Jesús como un ejemplo de fe inquebrantable. Su insistencia en el invocar la intervención de Cristo es para nosotros un estímulo a no desanimarnos, a no desesperarnos cuando somos oprimidos por las duras pruebas de la vida. El Señor no se gira hacia otra parte ante nuestras necesidades, y, si a veces parece insensible a los pedidos de ayuda, es para poner a la prueba y fortalecer nuestra fe. Nosotros debemos seguir gritando como esta mujer: "¡Señor, ayúdame! ¡Señor, ayúdame!" Así, con perseverancia y valentía. Es éste el coraje que se necesita en la oración.

Este episodio evangélico nos ayuda a entender que todos necesitamos crecer en la fe y fortalecer nuestra confianza en Jesús. Él puede ayudarnos a encontrar la vía cuando hemos perdido la brújula de nuestro camino; cuando el camino no parece más plano, sino duro y difícil; cuando es agotador ser fiel a nuestros compromisos. Es importante alimentar día a día nuestra fe, con la escucha atenta de la Palabra de Dios, con la celebración de los Sacramentos, con la oración personal como "grito" hacia Él, "¡Señor, ayúdame!" y con actitudes concretas de caridad hacia el prójimo.

Confiémonos en el Espíritu Santo para que él nos ayude a perseverar en la fe. El Espíritu infunde audacia en los corazones de los creyentes; da a nuestra vida y a nuestro testimonio cristiano la fuerza de la convicción y de la persuasión; nos anima a vencer la incredulidad hacia Dios y la indiferencia hacia nuestros hermanos.

Que la Virgen María nos haga cada vez más conscientes de nuestra necesidad del Señor y de su Espíritu; nos obtenga una fe fuerte, llena de amor, y un amor que sepa hacerse súplica, súplica valiente a Dios.

***

Ángelus 2020

Entender a Jesús

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El Evangelio de este domingo (cfr. *Mt* 15, 21-28) describe el encuentro entre Jesús y una mujer cananea. Jesús está al norte de Galilea, en territorio extranjero, para estar con sus discípulos un poco alejado de las multitudes, que lo buscan cada vez más numerosas. Y entonces se acerca una mujer que implora ayuda para la hija enferma: «¡Ten piedad de mí, Señor!» (v. 22). Es el grito que nace de una vida marcada por el sufrimiento, por el sentido de impotencia de una madre que ve a la hija atormentada por el mal y no puede curarla. Jesús al principio la ignora, pero esta madre insiste, insiste, también cuando el Maestro dice a los discípulos que su misión está dirigida solamente a las «ovejas perdidas de la casa de Israel» (v. 24) y no a los paganos. Ella le sigue suplicando, y Él, a este punto, la pone a prueba citando un proverbio —parece casi un poco cruel esto—: «No está bien tomar el pan de los hijos y echárselo a los perritos» (v. 26). Y la mujer enseguida, despierta, angustiada, responde: «Sí, Señor, pero también los perritos comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos» (v. 27).

Con estas palabras esta madre demuestra haber intuido que la bondad del Dios Altísimo, presente en Jesús, está abierta a toda necesidad de sus criaturas. Esta sabiduría plena de confianza toca el corazón de Jesús y le arrebata palabras de admiración: «Mujer, grande es tu fe; que te suceda como deseas» (v. 28). ¿Cuál es la fe grande? La fe grande es aquella que lleva la propia historia, marcada también por las heridas, a los pies del Señor pidiéndole que la sane, que le dé sentido.

Cada uno de nosotros tiene su propia historia y no siempre es una historia limpia; muchas veces es una historia difícil, con muchos dolores, muchos problemas y muchos pecados. ¿Qué hago, yo, con mi historia? ¿La escondo? ¡No! Tenemos que llevarla delante del Señor: "¡Señor, si Tú quieres, puedes sanarme!" Esto es lo que nos enseña esta mujer, esta buena mujer: la valentía de llevar la propia historia de dolor delante de Dios, delante de Jesús; tocar la ternura de Dios, la ternura de Jesús. Hagamos, nosotros, la prueba de esta historia, de esta oración: cada uno que piense en la propia historia. Siempre hay cosas feas en una historia, siempre. Vamos donde Jesús, llamamos al corazón de Jesús y le decimos: "¡Señor, si Tú quieres, puedes sanarme!". Y nosotros podremos hacer esto si tenemos delante de nosotros el rostro de Jesús, si nosotros entendemos cómo es el corazón de Cristo: un corazón que tiene compasión, que lleva sobre sí nuestros dolores, que lleva sobre sí nuestros pecados, nuestros errores, nuestros fracasos.

Pero es un corazón que nos ama así, como somos, sin maquillaje. "¡Señor, si Tú quieres, puedes sanarme!". Y por esto es necesario entender a Jesús, tener familiaridad con Jesús. Y vuelvo siempre al consejo que os doy: llevar siempre un pequeño Evangelio de bolsillo y leed cada día un pasaje. Llevad el Evangelio: en el bolso, en el bolsillo y también en el móvil, para ver a Jesús. Y allí encontraréis a Jesús como Él es, como se presenta; encontraréis a Jesús que nos ama, que nos ama mucho, que nos quiere mucho. Recordad la oración: ¡Señor, si Tú quieres, puedes sanarme!". Bonita oración. Que el Señor nos ayude, a todos nosotros, a rezar esta bonita oración que nos enseña una mujer pagana: no cristiana, ni judía, sino pagana.

La Virgen María interceda con su oración, para que crezca en cada bautizado la alegría de la fe y el deseo de comunicarla con el testimonio de una vida coherente, que nos dé la valentía de acercarnos a Jesús y decirle: ¡Señor, si Tú quieres, puedes sanarme!".

BENEDICTO XVI - Ángelus 2005, 2008 y 2011

IR A ÍNDICE DOMINGO XX DEL TIEMPO ORDINARIO

Ángelus 2005

El Señor no cierra los ojos ante las necesidades de sus hijos

Queridos hermanos y hermanas:

En este XX domingo del tiempo ordinario la liturgia nos presenta un singular ejemplo de fe: una mujer cananea, que pide a Jesús que cure a su hija, que "tenía un demonio muy malo". El Señor no hace caso a sus insistentes invocaciones y parece no ceder ni siquiera cuando los mismos discípulos interceden por ella, como refiere el evangelista san Mateo. Pero, al final, ante la perseverancia y la humildad de esta desconocida, Jesús condesciende: "Mujer, ¡qué grande es tu fe! Que se cumpla lo que deseas" (*Mt* 15, 21-28).

"Mujer, ¡qué grande es tu fe!". Jesús señala a esta humilde mujer como ejemplo de fe indómita. Su insistencia en invocar la intervención de Cristo es para nosotros un estímulo a no desalentarnos jamás y a no desesperar ni siquiera en medio de las pruebas más duras de la vida. El Señor no cierra los ojos ante las necesidades de sus hijos y, si a veces parece insensible a sus peticiones, es sólo para ponerlos a prueba y templar su fe.

Este es el testimonio de los santos; este es, especialmente, el testimonio de los mártires, asociados de modo más íntimo al sacrificio redentor de Cristo. En los días pasados hemos conmemorado a varios: los Papas Ponciano y Sixto II, el sacerdote Hipólito y el diácono Lorenzo, con sus compañeros, que murieron en Roma en los albores del cristianismo. Además, hemos recordado a una mártir de nuestro tiempo, santa Teresa Benedicta de la Cruz, Edith Stein, copatrona de Europa, que murió en un campo de concentración; y precisamente hoy la liturgia nos presenta a un mártir de la caridad, que selló su testimonio de amor a Cristo en el búnker del hambre de Auschwitz: san Maximiliano María Kolbe, que se inmoló voluntariamente en lugar de un padre de familia.

Invito a todos los bautizados, y de modo especial a los jóvenes que participan en la Jornada mundial de la juventud, a contemplar estos resplandecientes ejemplos de heroísmo evangélico. Invoco sobre todos su protección y en particular la de santa Teresa Benedicta de la Cruz, que pasó algunos años de su vida precisamente en el Carmelo de Colonia. Que sobre cada uno de vosotros vele con amor materno María, la

Reina de los mártires, a quien mañana contemplaremos en su gloriosa asunción al cielo.

***

Ángelus 2008

La Iglesia es signo e instrumento de comunión para toda la familia humana

Queridos hermanos y hermanas:

En este XX domingo del tiempo ordinario, la liturgia propone a nuestra reflexión las palabras del profeta Isaías: "A los extranjeros que se han dado al Señor, para servirlo, (...) los traeré a mi monte santo, los alegraré en mi casa de oración (...), porque mi casa es casa de oración y así la llamarán todos los pueblos" (*Is* 56, 6-7). A la universalidad de la salvación hace referencia también el apóstol san Pablo en la segunda lectura, así como la página evangélica que narra el episodio de la mujer cananea, una extranjera respecto a los judíos, a la que el Señor atendió por su gran fe. La palabra de Dios nos ofrece así la oportunidad de reflexionar sobre la universalidad de la misión de la Iglesia, constituida por pueblos de toda raza y cultura. Precisamente de aquí proviene la gran responsabilidad de la comunidad eclesial, llamada a ser casa hospitalaria para todos, signo e instrumento de comunión para toda la familia humana.

Es sumamente importante, especialmente en nuestro tiempo, que toda comunidad cristiana tome cada vez más profundamente conciencia de ello, a fin de ayudar también a la sociedad civil a superar cualquier tentación que se pueda dar de racismo, de intolerancia y de exclusión, y a organizarse con opciones respetuosas de la dignidad de todo ser humano. Una de las grandes conquistas de la humanidad es en efecto precisamente la superación del racismo. Pero, desgraciadamente, se registran en diversos países nuevas manifestaciones preocupantes, vinculadas a menudo a problemas sociales y económicos, que sin embargo jamás pueden justificar el desprecio y la discriminación racial. Oremos para que por doquier crezca el respeto a toda persona, junto a la conciencia responsable de que sólo en la acogida recíproca de todos se puede construir un mundo marcado por auténtica justicia y paz verdadera.

(...)

Encomendemos las problemáticas sociales que he recordado a la materna intercesión de María, a la que ahora invocamos juntos con el rezo del Ángelus.

***

Ángelus 2011

El conocimiento de la fe crece con el deseo de encontrar el camino

Queridos hermanos y hermanas,

la lectura del Evangelio de este domingo comienza con los detalles sobre la región que Jesús iba a visitar: Tiro y Sidón, el noroeste de Galilea, tierra pagana. Y es aquí donde se encuentra con una mujer cananea, que se dirige a Él para pedirle que cure a

su hija atormentada por un demonio (cfr *Mt* 15,22). Ya en esta petición, se puede observar un inicio del camino de la fe, que en el diálogo con el divino Maestro crece y se refuerza. La mujer no tiene miedo de gritarle a Jesús "Piedad de mí", una expresión que aparece en los Salmos (cfr 50,1), lo llama "Señor" e "Hijo de David" (cfr *Mt* 15,22), manifestando así una firme esperanza de ser escuchada. ¿Cuál es la actitud del Señor frente al grito de dolor de una mujer pagana? Puede parecer desconcertante el silencio de Jesús, tanto que suscita la intervención de los discípulos, pero no se trata de poca sensibilidad al dolor de aquella mujer. San Agustín comenta sobre esto: "Cristo se mostraba indiferente hacia ella, no para negarle la misericordia sino para hacer crecer el deseo" (*Sermón* 77, 1: *PL* 38, 483).

El aparente distanciamiento de Jesús, que dice "Yo he sido enviado solamente a las ovejas perdidas del pueblo de Israel" (v. 24), no desanima a la cananea, que insiste: "Señor, ¡ayúdame!" (v. 25). E incluso cuando recibe una respuesta que parece terminar con toda esperanza –"No está bien tomar el pan de los hijos, para tirárselo a los perros" (v.26)–, no desiste. No quiere quitar nada a nadie: en su sencillez y humildad le basta poco, le bastan las migas, le basta sólo una mirada, una palabra buena del Hijo de Dios. Y Jesús queda admirado por su respuesta de fe tan grande y le dice: "¡Qué se cumpla tu deseo!" (v.28).

Queridos amigos, también nosotros estamos llamados a crecer en la fe, a abrirnos y acoger con libertad el don de Dios, a tener confianza y gritar también a Jesús "¡danos la fe, ayúdanos a encontrar el camino!". Es el camino que Jesús ha hecho hacer a sus discípulos, a la mujer cananea y a todos los hombres de todo tiempo y pueblo, a cada uno de nosotros. La fe nos abre al conocimiento y a acoger la identidad real de Jesús, su novedad y su unicidad, su Palabra como fuente de vida, para vivir una relación personal con Él. El conocimiento de la fe crece, crece con el deseo de encontrar el camino, y es, finalmente, un don de Dios, que se revela a nosotros no como algo abstracto, sin rostro y sin nombre, sino que la fe responde a una Persona, que quiere entrar en una relación de amor profundo con nosotros e implicar toda nuestra vida. Por eso, cada día nuestro corazón debe vivir la experiencia de la conversión, cada día debe ver nuestro cambio de hombre encerrado en sí mismo al hombre abierto a la acción de Dios, al hombre espiritual (cfr *1Cor* 2, 13-14), que se deja interpelar por la Palabra del Señor y abre la propia vida a su Amor.

Queridos hermanos y hermanas, alimentemos cada día nuestra fe, con la escucha profunda de la Palabra de Dios, con la celebración de los Sacramentos, con la oración personal como "grito" hacia Él y con la caridad hacia el prójimo. Invoquemos la intercesión de la Virgen María, que mañana contemplaremos en su gozosa Asunción al cielo en alma y cuerpo, para que nos ayude a anunciar y testimoniar con la vida, la alegría de haber encontrado al Señor.

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

IR A ÍNDICE DOMINGO XX DEL TIEMPO ORDINARIO

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

El Reino de Dios anunciado primero a Israel, ahora a todos los que creen

543. Todos los hombres están llamados a entrar en el Reino. Anunciado en primer lugar a los hijos de Israel (cf. Mt 10, 5-7), este reino mesiánico está destinado a acoger a los hombres de todas las naciones (cf. Mt 8, 11; 28, 19). Para entrar en él, es necesario acoger la palabra de Jesús:

La palabra de Dios se compara a una semilla sembrada en el campo: los que escuchan con fe y se unen al pequeño rebaño de Cristo han acogido el Reino; después la semilla, por sí misma, germina y crece hasta el tiempo de la siega (LG 5).

544. El Reino pertenece a los pobres y a los pequeños, es decir a los que lo acogen con un corazón humilde. Jesús fue enviado para "anunciar la Buena Nueva a los pobres" (Lc 4, 18; cf. 7, 22). Los declara bienaventurados porque de "ellos es el Reino de los cielos" (Mt 5, 3); a los "pequeños" es a quienes el Padre se ha dignado revelar las cosas que ha ocultado a los sabios y prudentes (cf. Mt 11, 25). Jesús, desde el pesebre hasta la cruz comparte la vida de los pobres; conoce el hambre (cf. Mc 2, 23-26; Mt 21,18), la sed (cf. Jn 4,6-7; 19,28) y la privación (cf. Lc 9, 58). Aún más: se identifica con los pobres de todas clases y hace del amor activo hacia ellos la condición para entrar en su Reino (cf. Mt 25, 31-46).

La venida de Cristo esperanza de Israel; su aceptación definitiva del Mesías

674. La Venida del Mesías glorioso, en un momento determinad o de la historia se vincula al reconocimiento del Mesías por "todo Israel" (Rm 11, 26; Mt 23, 39) del que "una parte está endurecida" (Rm 11, 25) en "la incredulidad" respecto a Jesús (Rm 11, 20). San Pedro dice a los judíos de Jerusalén después de Pentecostés: "Arrepentíos, pues, y convertíos para que vuestros pecados sean borrados, a fin de que del Señor venga el tiempo de la consolación y envíe al Cristo que os había sido destinado, a Jesús, a quien debe retener el cielo hasta el tiempo de la restauración universal, de que Dios habló por boca de sus profetas" (Hch 3, 19-21). Y San Pablo le hace eco: "si su reprobación ha sido la reconciliación del mundo ¿qué será su readmisión sino una resurrección de entre los muertos?" (Rm 11, 5). La entrada de "la plenitud de los judíos" (Rm 11, 12) en la salvación mesiánica, a continuación de "la plenitud de los gentiles (Rm 11, 25; cf. Lc 21, 24), hará al Pueblo de Dios "llegar a la plenitud de Cristo" (Ef 4, 13) en la cual "Dios será todo en nosotros" (1 Co 15, 28).

El poder de la invocación hecha con fe sincera

2610. Del mismo modo que Jesús ora al Padre y le da gracias antes de recibir sus dones, nos enseña esta audacia filial: "todo cuanto pidáis en la oración, creed que ya

lo habéis recibido" (Mc 11, 24). Tal es la fuerza de la oración, "todo es posible para quien cree" (Mc 9, 23), con una fe "que no duda" (Mt 21, 22). Tanto como Jesús se entristece por la "falta de fe" de los de Nazaret (Mc 6, 6) y la "poca fe" de sus discípulos (Mt 8, 26), así se admira ante la "gran fe" del centurión romano (cf Mt 8, 10) y de la cananea (cf Mt 15, 28).

La Iglesia es católica

831. Es católica porque ha sido enviada por Cristo en misión a la totalidad del género humano (cf Mt 28, 19):

Todos los hombres están invitados al Pueblo de Dios. Por eso este pueblo, uno y único, ha de extenderse por todo el mundo a través de todos los siglos, para que así se cumpla el designio de Dios, que en el principio creó una única naturaleza humana y decidió reunir a sus hijos dispersos... Este carácter de universalidad, que distingue al pueblo de Dios, es un don del mismo Señor. Gracias a este carácter, la Iglesia Católica tiende siempre y eficazmente a reunir a la humanidad entera con todos sus valores bajo Cristo como Cabeza, en la unidad de su Espíritu (LG 13).

La misión, exigencia de la catolicidad de la Iglesia

849. El mandato misionero. "La Iglesia, enviada por Dios a las gentes para ser 'sacramento universal de salvación', por exigencia íntima de su misma catolicidad, obedeciendo al mandato de su Fundador se esfuerza por anunciar el Evangelio a todos los hombres" (AG 1): "Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo" (Mt 28, 19-20).

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO XX DEL TIEMPO ORDINARIO

Una mujer cananea se puso a gritar

Podríamos titular la página del Evangelio, que la liturgia nos hace escuchar hoy, de este modo: «De cómo un día una mujer barrió a Jesús con su fe».

Sigamos de cerca el desarrollo del asunto. Jesús en el transcurso de aquel mismo viaje durante el cual había multiplicado el pan y caminado sobre las aguas, llega cerca de las partes de Tiro y Sidón, esto es, al territorio habitado por paganos, por no judíos (hoy Tiro y Saida en el Líbano). Le viene a su encuentro una mujer Cananea, esto es, una descendiente del pueblo, que habitaba la Palestina antes de la conquista por los Hebreos. Por lo tanto, una pagana.

Se pone a gritar: «Ten compasión de mí, Señor, Hijo de David. Mi hija tiene un demonio muy malo». Y he aquí la primera ducha de agua fría. Está escrito que Jesús «no le respondió nada». Intervienen los apóstoles para interceder en su favor, no tanto

por amor o afecto a la mujer, cuanto porque ella continuaba yendo detrás de ellos. «Atiéndela, que viene detrás gritando», le dicen. Segundo rechazo claro:

«Sólo me han enviado a las ovejas descarriadas de Israel».

Mi misión, quería decir Jesús, está dirigida sobre todo al pueblo de Israel, y será eso lo que, una vez se haya convertido y admitido el Reino, deberá llevar el Evangelio a los paganos.

Llegados a este punto, ¿qué habríamos hecho nosotros? Probablemente, nos hubiéramos ido, ofendidos, escandalizados y murmurando entre nosotros: «¿Y éste es el modo de tratar a la gente por parte de uno que se hace pasar por amigo de los pobres y de los afligidos?» La Cananea, no. Ella es la antítesis perfecta de la persona susceptible, que se ofende fácilmente. Al contrario, ¿qué hace? Se le acerca y se le postra delante, diciéndole: «Señor, socórreme». Ante el rechazo ella responde intensificando la plegaria y la espera. Tercera palabra dura:

«No está bien echar a los perros el pan de los hijos».

Hijos son los descendientes de Abrahán y perros son los paganos. Cualquiera, llegado a este punto, habría escapado desesperado. No así la Cananea. Ella se agiganta a cada nuevo rasgo del Evangelio. Está empeñada en una especie de competición de salto de altura. ¿Habéis observado nunca qué sucede en la especialidad atlética del salto de altura? A cada salto conseguido, el listón viene elevado algún centímetro, siempre más alto, hasta que haya alguno que consiga superarlo. En la fe sucede la misma cosa. A cada dificultad, que superamos, Dios a veces levanta el listón, esto es, aumenta la exigencia, nos pide un acto de fe todavía más difícil. Así ha hecho Jesús con aquella mujer. Y he aquí el salto final de la Cananea:

«Tienes razón, Señor; pero también los perros se comen las migajas que caen de la mesa de los amos».

Jesús, que hasta aquí se ha contenido fatigosamente, no resiste más y grita lleno de alegría, como haría un aficionado-seguidor, después de un salto record mundial del atleta de su corazón:

«Mujer, qué grande es tu fe: que se cumpla lo que deseas».

Y nota el Evangelio que «en aquel momento quedó curada su hija». Pero ¿qué ha sucedido en el entretiempo? Otro milagro mucho más grande que el de la curación de la hija. Aquella mujer ha llegado a ser una «creyente», una de las primeras creyentes, provenientes del paganismo. Una pionera de la fe cristiana. Una antepasada nuestra.

Si Jesús la hubiese escuchado a la primera pregunta, todo lo que habría conseguido la mujer habría sido la liberación del demonio en la hija. La vida le hubiera transcurrido con algún fastidio menos. Pero, todo habría terminado ahí y, al final, madre e hija habrían muerto sin dejar rastro de sí. Por el contrario, de esta manera su fe ha crecido, se ha purificado, hasta arrancarle a Jesús aquel grito final de entusiasmo.

Jesús, en el Evangelio, es un buscador de fe, más apasionado de cuanto lo haya sido jamás un buscador de oro. Él, durante su vida, iba caminando con una especie de termómetro escondido, con el que medía la fe de quien se le acercaba a él. Dos veces

su termómetro ha peligrado «saltar». Una es esta que hemos escuchado; la otra es la del centurión romano, cuando Jesús exclama: «Os aseguro que en Israel no he encontrado en nadie una fe tan grande» (Mateo 8,10).

¡Cuántas cosas nos enseñan estas sencillas historias evangélicas! Una de las causas más profundas de sufrimiento para un creyente son las oraciones no escuchadas. Hemos orado durante semanas, meses y quizás años por una cierta cosa. Pero, nada. Dios parecía sordo. La mujer cananea está allí, encumbrada para siempre con el papel de institutriz y maestra de perseverancia en la oración. Ella parece haber tomado a la letra, sin conocerla, la palabra, que se lee en Isaías:

«Los que hacéis que Yahvé recuerde, no guardéis silencio. No le dejéis descansar» (Isaías 62, 6-7).

Ella no ha dado reposo a Jesús. Quien se hubiese encontrado observando el comportamiento y las palabras de Jesús hacia aquella pobre mujer desolada no habría podido dejar de señalar la insensibilidad y dureza de su corazón. ¿Cómo se puede tratar así a una madre afligida? Pero, ahora, sabemos qué había en el corazón de Jesús, qué le hacía actuar de este modo. Él sufría al oponerle sus rechazos, temblaba ante el riesgo de que ella se cansase y desistiese. Sabía que el arco, demasiado tenso, habría podido hasta romperse. En efecto, también para Dios está la incógnita de la libertad humana, que hace nacer en él la esperanza. Jesús ha esperado; por eso, al final se muestra tan lleno de alegría. Es como si hubiera vencido en dos competiciones.

Dios, por lo tanto, escucha asimismo cuando... no escucha. Y su no escuchar es ya un socorrer. Retardando en el oír, Dios hace, sí, que nuestro deseo crezca, que el objeto de nuestra oración se engrandezca; que de las cosas materiales pasemos a las espirituales, de las cosas temporales a las eternas, de las pequeñas cosas pasemos a las grandes. De este modo, él puede darnos mucho más de cuanto inicialmente habíamos venido a pedirle.

Frecuentemente, cuando nos ponemos en oración, nosotros nos asemejamos a aquel ciudadano, del que habla un antiguo autor espiritual. Ha recibido la noticia de que el rey en persona lo recibirá. Es la ocasión de su vida: podrá exponerle de viva voz su petición, pedirle lo que quiera estando seguro que le será concedido. Llega el día fijado para la entrevista y el buen hombre, emocionadísimo, entra ante la presencia del rey y ¿qué es lo que pide? ¡Un quintal de estiércol para sus campos! Era lo máximo que había llegado a pensar. Nosotros, os decía yo, nos comportamos a veces de la misma manera con Dios. Lo que le pedimos, en comparación con lo que podríamos pedirle, es sólo un quintal de abono, pequeñas cosas, que sirven para poco; es más, que podrían a veces hasta torcerse y convertirse en perjuicio nuestro.

Debemos acordarnos frecuentemente de la Cananea. Pocas páginas del Evangelio tienen un ejemplo tan frecuente en la vida del cristiano. Aquella mujer ha llegado a ser hija de Abrahán porque ha hecho «la obra de Abrahán» (Hebreos 11, 8ss.), esto es, ha creído. Ella ha permanecido anónima en la historia; no forma parte de los personajes «canonizados» del Evangelio como Marta y María y otras mujeres. Posiblemente sea

mejor así para que permanezca como símbolo abierto a todos. Todos podemos y debemos ser la Cananea.

Un gran admirador de la Cananea, ¿sabéis quién era? San Agustín. Él le ha dedicado hasta tres de sus discursos y nunca omite recordarla cuando pretende hablar sobre la necesidad de «orar sin cansarse nunca». Quizás aquella mujer le recordaba muy de cerca a su madre Mónica. También ella había seguido al Señor durante años llorando y pidiéndole la conversión de su hijo. No se había dejado desanimar ante ningún rechazo. Había seguido al hijo incluso a Italia ya Milán. Hasta que lo tuvo no sólo convertido sino también obispo, santo y doctor de la Iglesia. En uno de sus discursos él recordaba las palabras de Cristo:

«Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá. Porque todo el que pide, recibe; el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá» (Mateo 7, 7).

Y concluye diciendo: «Así hizo la mujer cananea: pidió, buscó, llamó a la puerta y recibió. Hagamos de igual forma nosotros lo mismo y también a nosotros se nos abrirá».

PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes

IR A ÍNDICE DOMINGO XX DEL TIEMPO ORDINARIO

Llevar la caridad a todos

«El Señor se regocija en los hombres que tienen fe. Se complace en aquellos que reconocen su poder, confían en Él y se abandonan en su misericordia. Pero al mundo le falta fe.

¡Qué afortunados somos por haber sido reunidos en una sola Iglesia, a la que hemos sido afiliados por medio del bautismo!

Cristo, por sus méritos en la cruz, nos ha ganado el derecho de ser llamados hijos, uniéndonos al Padre en filiación divina.

Pero hay algunos que no creen, y no se comportan como hijos. Pretenden ganar sus batallas con sus propias fuerzas, y son vencidos por su propia soberbia.

Pero el Buen Pastor tiene también otras ovejas que no son de su redil y, aunque no son hijos, acuden a Él, y con humildad se postran ante Él para pedir su favor, aunque sea las migajas de su infinito amor.

Y Dios, que es tan bueno, todo lo aprovecha, hasta las migajas para atraerlos a Él. Y obra milagros, admirado por su fe, también afuera de la Iglesia que Él mismo ha fundado, para reunir a todas las ovejas en un mismo redil, en un solo rebaño y con un solo Pastor. Él no despreciará a ninguno que viva la caridad con los más necesitados.

Acude tú a tu Padre Dios, y pídele como verdadero hijo, porque lo eres.

Y si no te comportaras como hijo, arrepiéntete y acude a Él con el corazón contrito y humillado, que Él no despreciará, sino que lo sumergirá en el mar infinito de su misericordia, lo llenará de amor, y te lo devolverá, para que, con ese mismo amor, correspondas intercediendo ante Él por los enfermos, por los pobres, por los más necesitados, y lleves la caridad a tus hermanos, a los que están cerca y a los que se encuentran alejados.

Muéstrale a Dios tu fe, y Él te mostrará sus obras, te sentará a la mesa y compartirá contigo su banquete, aunque tú no merezcas ni las migajas, ni las sobras».

FLUVIUM (www.fluvium.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO XX DEL TIEMPO ORDINARIO

Dios siempre escucha y concede

Se nos manifiesta a través de estos versículos del Evangelio según San Mateo que Dios desea el bien de los hombres y su felicidad. De hecho, todo verdadero bien humano nos acaba produciendo esa grata impresión de plenitud que llamamos felicidad. También los bienes que cuestan... El dolor, el cansancio, el trabajo... pueden estar unidos a bienes para los hombres, y entonces ese dolor que se sufre y podría empañar la felicidad, es compatible con ella. No hay que tener miedo a sufrir si es por el bien. En nuestra condición sucede, y no pocas más veces, que los mayores bienes son arduos.

Aquella mujer padece considerablemente por su hija y acude a Jesús con confianza. Con confianza, con humildad y, a la vez, con urgencia. Apurada, diríamos, por la necesidad. Pero Jesús le concede lo que pide, aunque la mujer se haya acordado de Él sólo a impulsos de su desdicha. De sobra conoce Jesucristo la penuria humana, hasta para lo que puede parecer puramente terreno. Por eso es tan duro vivir sin Dios, y más cuando somos conscientes de lo que somos y podemos: de la felicidad con que nos puede colmar ya en esta vida.

Sin embargo, el Señor parece resistirse. ¿Acaso no le preocupa el problema de esa madre? Sin duda que se siente conmovido desde el primer instante. No olvidemos la ternura que demuestra con los niños; cómo reprueba a los que impiden que se le acerquen. Jesús hizo suyo de inmediato el dolor de la madre y el padecimiento de la hija, y no podía sino remediarlos. Sin embargo, parece resistirse.

Pero ese modo de negarse de Cristo es ocasión de grandeza para la madre. Ya había manifestado su fe y su humildad con sólo dirigirse a Jesús con aquella audacia y sencillez. Ahora argumenta con ingenio. Pone –diríamos– todos los medios humanos a su alcance, como manifestación de verdadero interés y de su seguridad en el poder de Cristo. Toda una lección para nosotros, que pensamos en ocasiones haber hecho ya bastante, con sólo intentarlo una vez y tal vez con menos empeño del posible. Cuando se trata de hacer el bien y en la medida en que es más necesario, únicamente es

manifestación de auténtico deseo, agotar todas las posibilidades humanas y sobrenaturales.

Un buen criterio es poner todos los medios humanos como si no existieran los sobrenaturales y, simultáneamente, todos los medios sobrenaturales como si no existieran los humanos. Hacer todo lo posible y encomendarnos al Señor con fuerza y confianza. Dios, Creador nuestro, nos ha otorgado, junto a la inteligencia, una serie de cualidades personales que podemos desplegar en hacer el bien y agradarle. Junto a esos talentos, Él mismo se nos ofrece. Disponemos de su ayuda poderosa que, como buen Padre, no nos sabe negar. No se nos ocurrirá por eso jamás que Dios no nos escucha, que no quiere ayudarnos. Él siempre quiere y hace en cada caso lo mejor para sus hijos. En ocasiones algo distinto de lo que pensamos –es Dios infinitamente sabio y poderoso–, con lo que nos brinda la ocasión de someter nuestra inteligencia humana a su absoluto saber. Sólo así, aceptando esa natural limitación personal, le reconocemos en la práctica como Dios: la primera condición para el crecimiento en santidad.

La buena madre cananea, que persevera siguiendo al Señor sin recibir respuesta de Él, no se escandaliza ni se revela menospreciando la bondad o el poder de Jesucristo, insiste. Persevera en su súplica, como quien, apoyada sólo en la bondad gratuita de Dios y sin derecho propio, confía indudable en obtener el bien que desea. Muestra así su convencimiento, su fe, en que a pesar de la aparente indiferencia, Cristo es sin embargo infinitamente poderoso y bueno. Nos enseña a no juzgar nunca a Dios. Y san Josemaría apunta:

La primera condición de la oración es la perseverancia; la segunda, la humildad.

—Sé santamente tozudo, con confianza. Piensa que el Señor, cuando le pedimos algo importante, quizá quiere la súplica de muchos años. ¡Insiste!..., pero insiste siempre con más confianza.

Aunque experimentemos que no nos cumple Dios los deseos de nuestras reiteradas súplicas, Él siempre sabe más. Posiblemente desea otorgarnos el mérito sobrenatural y trascendente de corresponder a la fe: tesoro indudablemente más valioso que lo que pedimos.

Bienaventurada porque has creído, alaba Isabel a María. La Madre de Dios es por excelencia la que confía en el Señor. Le pedimos que nos enseñe a sus hijos a creer, para ser así, como Ella, un consuelo para Dios en el mundo.

María, Maestra de oración –recuerda san Josemaría–. *—Mira cómo pide a su Hijo, en Caná. Y cómo insiste, sin desanimarse, con perseverancia. —Y cómo logra.*

—Aprende.

El problema de los de afuera

La palabra de Dios de esta Misa nos llama a reflexionar sobre un problema que día a día se hace más agudo: el problema con "los de afuera", es decir, la actitud que debe tenerse ante todos aquellos –pueblos lejanos o grupos alrededor de nosotros que no son cristianos.

En una época, este problema era menos grave. Los discípulos de Jesús vivían en un mundo que se decía todo cristiano y donde los ateos declaraban "no poder no llamarse cristianos" (B. Croce). Los otros, los pueblos no creyentes, eran vistos a lo lejos, como gente a quien llevar la fe a través de la misión. Ahora, este cuadro unitario se ha resquebrajado; los pueblos se mueven, aparecen en escena. Una vez caído el colonialismo, se establecieron nuevas relaciones; ninguno está ya protegido por las propias barreras nacionales. La confrontación es inevitable y cotidiana. Pero hay algo más: la confrontación se da ahora dentro de nuestra casa; nuestro mismo país ya no es tan monolítico en su fe, como lo era hasta hace unas décadas. Hay grupos –pocos, es verdad– que no se reconocen en Cristo, y grupos, bastante más numerosos y consistentes, que no se reconocen en la Iglesia de Cristo. ¿Qué pensar de estos hombres y cómo comportarnos con ellos? He aquí el problema al cual la palabra de las Escrituras nos puede ayudar hoya darle una respuesta de fe. Veamos, antes que nada, qué nos dice ella.

La primera lectura de Isaías nos lleva a estar en medio del pueblo hebreo, antes de Cristo. Aquí la distinción es neta: de un lado, los hebreos, el pueblo elegido, los destinatarios de la alianza y de la promesa; del otro, todos los otros pueblos. La humanidad se divide en hebreos y gentiles. La tentación de los primeros de encerrarse en sí mismos y considerar a todos los demás hombres como impuros era fuerte y continua. Sin embargo, aunque en sentido único, se deja abierta una puerta: también los extranjeros están capacitados *para amar el nombre del Señor y ser sus servidores.* Si aceptan la ley (el sábado), pueden ingresar y formar parte del pueblo de la Alianza; Dios tendrá en cuenta sus sacrificios y el templo de Dios será Casa de oración para todos.

Todavía más lejos llega el salmo responsorial: proclama el dominio universal de Yahvé sobre todos los pueblos *(Que canten de alegría las naciones, porque gobiernas a los pueblos con justicia y guías a las naciones de la tierra)* e incluso los invita a reconocer al Señor y a unirse a su alabanza: *¡Que los pueblos te den gracias!*

La palabra del apóstol Pablo, en la segunda lectura, nos esbozó una situación en cierto sentido distinta. Ahora, la elección y la salvación ha pasado a los paganos: ¿qué actitud asumir ante los judíos? Ninguna discriminación o racismo al revés: *Los dones y el llamado de Dios son irrevocables.* Los judíos quedan como el pueblo elegido, su incredulidad sirvió providencialmente para *la reconciliación del mundo,* es decir, para abrir el horizonte de la salvación a todos los pueblos. Por lo tanto, ninguna jactancia frente a ellos por parte de los nuevos convocados, sino más bien, reconocimiento y temor. Pablo deja una gran abertura para la esperanza: *...esto es para que ellos*

también alcancen misericordia, y ese día será una especie de resurrección de los muertos.

Vamos ahora al Evangelio. Un simple episodio: Jesús se ha dirigido hacia Tiro y Sidón, donde habitan los paganos. Una mujer le suplica que cure a su hija; Jesús parece negarse, pero luego, impresionado por su fe, consiente. El problema de la relación entre judíos y cristianos está captado aquí en su momento crucial, en el pasaje de la primera a la segunda situación. En torno a Jesús se produce la decisión y la nueva división. Lo que decide ahora ya no es el pertenecer a una raza, sino la fe en él: *Mujer, ¡qué grande es tu fe!* Es la fe –no el observar la ley– lo que rompe las barreras v hace comensales a los cachorros.

Es cierto, el pasaje provoca diversos interrogantes: por ejemplo, ¿qué habrá querido decir Jesús con aquella frase: *Yo he sido mandado solamente a las ovejas perdidas del pueblo de Israel?* Seguramente, no que él no se sintiera, enviado a todos los hombres, sino que debía llegar a todos los hombres a través de la fe y de la conversión de Israel. Dios daba cumplimiento a las promesas hechas a la descendencia de Abraham para que fuesen creíbles las promesas que se disponía a hacer a todos los hombres.

Tal es la situación en la Biblia. ¿Qué hay todavía de válido y actual para nosotros que vivimos en un contexto tan diferente? El problema de la relación entre cristianos y hebreos sigue siendo de gran actualidad. Estos veinte siglos han estado llenos de cosas terribles con respecto a los hebreos. Los cachorros de los cuales hablaba el Evangelio de hoya menudo se han rebelado contra los hijos de cierta época. ¿Quién puede permanecer impasible frente a las preguntas angustiadas que la pequeña Ann Frank, desde su diario, dirige al mundo y a su historia: "¿Quién nos impuso esto? ¿Quién nos hizo sufrir tanto hasta ahora? ¿Cuándo seremos de nuevo hombres y no sólo hebreos?".

El Concilio Vaticano II puso fin a tantos equívocos. No se puede imputar solamente a todos los hebreos –escribió– la muerte de Cristo; el antisemitismo debe ser condenado en todos lados, incluso en la Iglesia; el gran patrimonio espiritual que los cristianos tienen en común con los hebreos constituye un vínculo y exige una atención preferencial hacia ellos: nosotros y ellos adoramos al mismo Dios de Abraham. Jamás las Escrituras dicen que ellos han sido rechazados para siempre por Dios *(Nostra aetate,* nº 4). Ahora nos toca a los cristianos poner en acto este nuevo espíritu al escribir, al hablar, en los contactos –por cierto, no escasos en nuestra misma ciudad– con miembros de la comunidad hebrea. Debemos estar atentos para no recaer en un antiguo error, atribuyendo a todos los hebreos excesos y errores políticos del renacido Estado hebreo o, incluso, de un partido suyo: el sionismo.

¡Es importantísimo este acercamiento y este mutuo reconocimiento entre el pueblo de la antigua y de la nueva alianza! El Padre común no puede dejar de complacerse; al contrario, ¡quién sabe si no es éste el inicio de aquella nueva admisión y "resurrección de los muertos" de la cual hablaba san Pablo! Pero no podemos detenernos sólo en los hebreos. ¿Qué pensar de los centenares y centenares de millones de hermanos hindúes, budistas, musulmanes? ¿Hay salvación para ellos?

También en esto el Concilio trajo un aire nuevo, más humano y, sobre todo, más de acuerdo con la idea de Dios que nos inculcó el Evangelio. Por supuesto que hay salvación para ellos, si se esfuerzan por vivir honestamente las exigencias de la fe o de su conciencia. Desde el interior de su religión, ellos tienden, en formas más o menos claras, al mismo Dios que es también el nuestro; todos los brazos de la tierra que se elevan al cielo se entrecruzan idealmente en aquel punto que llamamos "Dios". Por eso, "la Iglesia católica no rechaza nada de cuanto es verdadero y santo en estas religiones. Considera con sincero respeto aquellas formas de actuar y vivir, aquellos preceptos y aquellas doctrinas que no raramente reflejan un rayo de esa verdad que ilumina a los hombres" *(Nostra aetate,* nº 2).

La fidelidad a nuestro "credo" nos impide colocar a todas las religiones en un mismo plano: nosotros estamos seguros de que en Jesús –camino, verdad y vida– se ha manifestado de manera plena y definitiva la benignidad y la verdad de Dios y de que, por eso, a él tiende implícitamente todo otro camino, como una especie de "preparación para el Evangelio", como lo fue el Antiguo Testamento para los hebreos y la filosofía griega para los primeros creyentes paganos.

¿Qué decir, finalmente, de aquellos hermanos que viven entre nosotros, pero que dicen estar fuera de la Iglesia o que incluso se autodenominan ateos? Cierto día, le hablaron a Jesús acerca de algunos que "echaban a los demonios" sin contarse entre sus seguidores; querían que él lo impidiera, pero Jesús respondió que dejaran las cosas así ya que, agregó: *Quien no está contra nosotros, está con nosotros* (Mc. 9, 38 ssq.). También ésta es una palabra de Cristo. Aparentemente, está en contra de lo que él mismo nos dice en otra circunstancia: *El que no está conmigo, está contra mí y el que no recoge conmigo, desparrama* (Lc 11, 23). En realidad, las dos palabras se integran recíprocamente, si sólo las imaginamos dirigidas, una a los propios discípulos, la otra a los de afuera. A los primeros, vale decir a nosotros, Jesús les pide no estar celosos de quienes "hacen milagros" fuera de la Iglesia, de no despreciar o negar lo que hacen, por la liberación del hombre, movimientos "laicos" (como el marxismo o el feminismo), aun cuando sean anticlericales. El antiguo apologista cristiano Justino, al hablar de las conquistas del helenismo pagano, decía: "Todo lo que ha sido dicho o hecho por cualquiera, pertenece también a nosotros, los cristianos, porque adoramos al Verbo" (Ir *Apol.* 13); es como decir: nosotros somos discípulos de Aquel sin el cual –lo sepan o no– los hombres no podrían concebir nada ni hacer nada bueno y válido

A los otros –a los de afuera– Jesús les recuerda justamente esta última cosa: no erigirse en sus antagonistas, o en salvadores de los hombres, aun cuando crean hacerla mejor que la Iglesia Quien no recoge con él. es decir, quien pretende establecer otros fines últimos, o empujar al hombre en dirección opuesta a la suya, no recoge, pero desparrama; no construye pero destruye; no realiza el verdadero bien de la humanidad, sino que aumenta las amenazas sobre su cabeza.

Por eso, seguimos repitiendo con toda la tradición cristiana que "fuera de la Iglesia no hay salvación"; pero sabemos que hay una Iglesia de Dios mucho más amplia que aquella que aparece ante nuestros ojos. Tal vez ha llegado la hora de repetir por segunda vez, y en un sentido todavía más amplio, lo que dijo el apóstol Pedro al admitir

al primer pagano en la Iglesia: *Verdaderamente, comprendo que Dios no hace acepción de personas, y que en cualquier nación, todo el que lo teme y practica la justicia es agradable a él* (Hech. 10, 35).

Nos corresponde a nosotros hacer que este pertenecer implícito –este "cristianismo anónimo", como se dice hoy– se convierta pronto, pero sin ninguna clase de violencia, en un pertenecer y en una aceptación explícita de la palabra de Jesús y de su Iglesia. Hacer que *en la tierra se reconozca su dominio, y su victoria entre las naciones* (salmo responsorial).

En el ínterin, entre tantos remordimientos y nostalgias que justamente llevamos con nosotros debido a nuestros incumplimientos y trasgresiones con respecto a los hermanos, es justo que también dejemos lugar a un sentimiento de gran alegría: no estamos solos; no estamos condenados a salvarnos sin los otros como las ocho almas en el arca de Noé. Hileras incalculables de otros hombres creen en Dios y lo aman, lo invocan quizás más intensamente que nosotros; algún día, encontrará la manera –en este mundo o después de él– de reunirnos como hermanos reconciliados alrededor de la gran mesa de su Reino.

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO XX DEL TIEMPO ORDINARIO

Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II

En el Ángelus (19-VIII-1984)

– Bendición de Dios

La Iglesia pide hoy por todos los pueblos de la tierra. Lo manifiesta la liturgia de la Santa Misa y, en particular, el Salmo y el versículo responsorial:

"Oh Dios, que te alaben los pueblos, / que todos los pueblos te alaben".

Con las palabras del Salmo pedimos ante todo la bendición de Dios y la salvación para todos los pueblos:

"El Señor tenga piedad y nos bendiga, / ilumine su rostro sobre nosotros: / conozca la tierra tus caminos, / todos los pueblos tu salvación" (Sal 66/67, 2-3).

Al final de su misión mesiánica en la tierra, Cristo Señor envió a los Apóstoles, para que enseñasen "a todas las gentes" (cfr. Mt 28,19); a fin de que todos conociesen la Buena Nueva, esto es, el camino de la salvación, que Dios, en su eterno amor, ha trazado a los hombres y a los pueblos.

– Justicia de Dios

El Salmo continúa luego con las siguientes expresiones:

"Que canten de alegría las naciones, / porque riges la tierra con justicia, / riges los pueblos con rectitud/ y gobiernas las naciones de la tierra…/ Que Dios nos bendiga; que le teman/ hasta los confines del orbe" (vv.5,8).

El Creador dio a los hombres y a las sociedades humanas el entendimiento y la prudencia: en cierto sentido, el hombre es "providencia" para sí mismo. Sin embargo, esta "providencia" humana es limitada. Igual que es limitada la justicia humana.

La Iglesia invoca la justicia de Dios que es definitiva y misericordiosa para los pueblos, las naciones y la humanidad. Dios guía a la humanidad por el camino de la salvación, o sea, de la justificación en Jesucristo.

– Misericordiosa providencia

La Iglesia invoca la misericordiosa Providencia divina para las naciones y para toda la humanidad, a fin de que, protegidas del multiforme mal que las amenaza, puedan encontrar el camino de la salvación: el camino de la justicia y de la paz.

******

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

"Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad" (1 Tim 2,4). Esta universalidad de la salvación es recogida en las tres lecturas de hoy y tiene como único requisito la fe. La fe de esta mujer cananea logra que se adelante la hora prevista por Dios para anunciar la Buena Nueva a todas las gentes, como la súplica confiada de María, la Madre de Jesús y nuestra, hizo que se adelantase también la hora del ministerio público de Jesús (Cfr. Jn 2,4-11).

Centremos nuestra atención en el diálogo entre Jesús y esta mujer. Hay una resistencia inicial del Señor que ha sido enviado para salvar a las ovejas perdidas de la casa de Israel. Y hay también una insistencia sin desmayos en esta mujer libanesa: "¡Señor, Hijo de David, apiádate de mí! Mi hija es cruelmente atormentada por el demonio". Es el grito angustioso de tantas madres que ven cómo el mal se ha cebado en sus hijos. Hay males del cuerpo; pero también los hay del espíritu: gentes que no creen en Dios. Y de la voluntad: gentes que no quieren creer porque eso obliga a compromisos. Empujada por el amor a su hija, esta madre apeló con todas sus fuerzas a la piedad y al poder de Jesús. Pero Él, no le respondió palabra. ¡El silencio de Dios! ¡He aquí algo tan escandaloso o más que el sufrimiento del cuerpo o del espíritu! ¿Cómo creer en un Dios que permite tanto drama humano, tanta desorientación religiosa? El hombre tiende a responsabilizar a Dios del mal que le rodea y que se debe al uso torcido que él mismo hace de la libertad que Dios le ha concedido. Esta madre no protesta, no acusa, sino que postrándose ante Jesús le dice: "Señor, ayúdame".

"Pedid y se os dará…" (Mt 7,7-11). Sí, pero ¿quién podría contar el número de los que desertaron de la vida de oración retirándole a Dios su confianza al no ver atendidas sus peticiones? ¿Para qué sirve rezar?, se dice con despecho al ver que los males no se solucionan. Que Dios no nos dé siempre lo que le pidamos no quiere decir que no nos haya oído. Es éste un error frecuente. Querer que Dios ejecute nuestros deseos no sería

pedir sino mandar. ¿Y qué pedimos la mayoría de las veces? El alejamiento del dolor, el éxito fácil, la solución rápida de un problema. Y nuestro Padre Dios, que sabe mejor que nosotros lo que nos conviene, deja que los acontecimientos sigan su curso porque de ellos se derivará un bien mayor para nosotros. Ignorantes o impulsivos pedimos *piedras* en lugar de *pan*.

Dios es la Bondad y la Sabiduría eterna y nos ama más de lo que nosotros nos amamos a nosotros mismos; nos conoce mejor de lo que nos conocemos y, en consecuencia, da siempre lo que más nos conviene aunque no lo entendamos así. Unas veces nos dirá como a esta mujer: "que te suceda como tú deseas"; y, otras, como a sus discípulos Santiago y Juan: "no sabéis lo que pedís" (Mt 20,22). Pero tanto en una ocasión como en la otra, nos ha escuchado. "Me invocaréis y Yo os oiré" (Is 58,9).

Esta mujer cananea es el símbolo de la Iglesia que clama a Dios, día y noche, año tras año, a lo largo de los siglos para que la libre del mal. Hay etapas de su historia, en las que parece que Dios calla. Pero no es así. La Iglesia cree en la salvación ofrecida por Dios aunque el mal parezca triunfar como creyó esta mujer sin haber visto la curación de su hija. "Por esto que has dicho, vete, el demonio ha salido de tu hija", dijo Jesús. "Y al regresar a su casa, encontró a la niña en la cama, y que el demonio había salido". La fe permite ver el final anticipadamente.

******

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

«La fe grande y victoriosa»

I. LA PALABRA DE DIOS

Is 56,1.6-7: «A los extranjeros los traeré a mi Monte Santo»

Sal 66,2s.5.6.8: «Oh Dios, que te alaben los pueblos, que todos los pueblos te alaben»

Rm 11,13-15.29-32: «Los dones y la llamada de Dios son irrevocables para Israel»

Mt 15,21-28: «Mujer, qué grande es tu fe»

II. APUNTE BÍBLICO-LITÚRGICO

La mujer cananea que comenzó orando a gritos: «Ten compasión…» y obtuvo el silencio por respuesta, «se postró ante él y le pidió de rodillas» (la voz hecha gesto): «Señor, socórreme». Consiguió romper el silencio de Jesús y obtuvo la respuesta de que el pan es para los hijos. Pero la orante a gritos y postrada vuelve la comparación a su favor: «también los perros se comen las migajas que caen de la mesa de los amos». Jesús ya no puede menos de romper distancias y exclama: «Mujer, qué grande es tu fe, que se cumpla lo que deseas». La fe confiesa el poder de Dios y se confía a él a pesar de todo. Las acciones mesiánicas de Jesús a favor de Israel, que son los milagros, se extienden fuera de los confines del primer pueblo elegido. Comienza ya la llamada universal a la fe (1ª Lect.).

III. SITUACIÓN HUMANA

No oramos u oramos mal por falta de fe. Esta falta "revela que no se ha alcanzado todavía la disposición propia de un corazón humilde: «Sin mí, no podéis hacer nada» (Jn 15,5)" (2732). Tenemos necesidad de la fe inquebrantable de la cananea y de la humilde oración de aquel padre que dijo gritando: «¡Creo! Ayuda a mi falta de fe» (Mc 9,23). Orar creyendo es imprescindible para vivir seguros bajo la providencia y colaborar con ella.

IV. LA FE DE LA IGLESIA

La fe

– Dios rige la vida de los humanos por su providencia: "Dios guarda y gobierna por su providencia todo lo que creó, «alcanzando con fuerza de un extremo a otro del mundo y disponiéndolo todo con dulzura» (Sb 8,1). Porque «todo está desnudo y patente a sus ojos» (Hb 4,13), incluso lo que la acción libre de las criaturas producirá" (302).

– Los hombres pueden cooperar con ella: "Los hombres cooperadores a menudo inconscientes de la voluntad divina, pueden entrar libremente en el plan divino no sólo por sus acciones y oraciones sino también por sus sufrimientos. Entonces llegan a ser plenamente «colaboradores de Dios» (1 Co 3,9) y de su Reino" (307).

La respuesta

– "«Orad constantemente» (1 Ts 5,17), «dando gracias continuamente y por todo a Dios Padre en nombre de Nuestro Señor Jesucristo» (Ef 5,20); «siempre en oración y súplica, orando en toda ocasión en el Espíritu, velando juntos con perseverancia e intercediendo por todos los santos» (Ef 6,18). No nos ha sido prescrito trabajar, vigilar y ayunar constantemente; pero sí tenemos una ley que nos manda orar sin cesar. Este ardor incansable no puede venir más que del amor. Contra nuestra inercia y nuestra pereza, el combate de la oración es el combate del amor humilde, confiado y perseverante..." (2742).

El testimonio cristiano

– «No te aflijas si no recibes de Dios inmediatamente lo que pides: es él quien quiere hacerte más bien todavía mediante tu perseverancia en permanecer con él en oración. Él quiere que nuestro deseo sea probado en la oración. Así nos dispone para recibir lo que él está dispuesto a darnos (San Agustín, ep. 130, 8, 17)» (2737).

Por un lado, la fe incansable de la cananea, por otro, nuestra «poca fe» que pronto duda y se cansa. «No mires nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia». Dios nos invita a cooperar con su providencia que rige el mundo, para conducirlo a la felicidad que es Él «todo en todos», la nueva creación.

El valor de la oración.

– Cómo pedir. El Señor atiende con especial solicitud la oración por los hijos.

I. En el Evangelio de la Misa, San Mateo nos dice que Jesús se retiró con sus discípulos a la región de Tiro y Sidón. Pasó de la ribera del mar de Galilea a la del Mediterráneo. Allí se le acercó una mujer gentil, perteneciente a la antigua población de Palestina –el país de Canaán– donde se asentaron los israelitas. Y a grandes voces le decía: *¡Señor, Hijo de David, apiádate de mí! ¡Mi hija es cruelmente atormentada por el demonio!*

El Evangelista consigna que Jesús, a pesar de los gritos de la mujer, *no respondió palabra*. Este primer encuentro tuvo lugar, según indica San Marcos, *en una casa*, y allí la mujer *se postró a sus pies*. El Señor, aparentemente, no le hizo el menor caso.

Después, Jesús y sus acompañantes debieron de salir de la casa, pues San Mateo escribe que los discípulos se le acercaron para decirle: *Atiéndela para que se vaya, pues viene gritando detrás de nosotros*. La mujer persevera en su clamor, pero Jesús se limita a decirle: *No he sido enviado sino a las ovejas perdidas de Israel*. Esta madre, sin embargo, no se dio por vencida: *se acercó y se postró ante Él diciendo: ¡Señor, ayúdame!* ¡Cuánta fe!, ¡cuánta humildad!, ¡qué interés tan grande en su petición!

Jesús le explica mediante una imagen que el Reino había de ser predicado en primer lugar a los hijos, a quienes componían el pueblo elegido: *No está bien* –le dice– *tomar el pan de los hijos y echárselo a los perrillos*. Pero la mujer, con profunda humildad, con fe sin límites, con una constancia a toda prueba, no se echó atrás: *Es verdad, Señor* –le contesta–, *pero también los perrillos comen de las migajas que caen de las mesas de sus amos*. Se introduce en la parábola, conquista el Corazón de Cristo, provoca uno de los mayores elogios del Señor y el milagro que pedía: *¡Oh mujer, grande es tu fe! Hágase como tú quieres. Y quedó sana su hija en aquel instante*. Fue el premio a su perseverancia.

Las buenas madres que aparecen en el Evangelio manifiestan siempre solicitud por sus hijos. Saben dirigirse a Jesús en petición de ayuda y de dones. Una vez será la madre de Santiago y de Juan la que se acerque al Señor para pedirle que reserve un buen puesto para sus hijos. Otra vez será aquella viuda de Naín que llora detrás de su hijo muerto y consigue de Cristo, quizá con una mirada, que se lo devuelva con vida... La mujer que nos presenta el Evangelio de hoy es el modelo acabado de constancia que deben meditar quienes se cansan pronto de pedir.

San Agustín nos cuenta en sus Confesiones cómo su madre, Santa Mónica, santamente preocupada por la conversión de su hijo, no cesaba de llorar y de rogar a Dios por él; y tampoco dejaba de pedir a las personas buenas y sabias que hablaran con él para que abandonase sus errores. Un día, un buen obispo le dijo estas palabras, que tanto la consolaron: "¡Vete en paz, mujer!, pues es imposible que se pierda el hijo de tantas lágrimas". Más tarde, el propio San Agustín dirá: "si yo no perecí en el error, fue debido a las lágrimas cotidianas llenas de fe de mi madre".

Dios oye de modo especial la oración de quienes saben amar; aunque alguna vez parezca que guarda silencio. Espera a que nuestra fe se haga más firme, más grande la esperanza, más confiado el amor. Quiere de todos un deseo más ferviente –como el de las madres buenas– y una mayor humildad.

– Cualidades de la oración: perseverancia, fe y humildad. Buscar la ayuda de otros para que unan su oración a la nuestra.

II. La oración de petición ocupa un lugar muy importante en la vida de los hombres. Aunque el Señor nos concede de hecho muchos dones y beneficios sin haberlos pedido, otras gracias ha dispuesto otorgarlas a través de nuestra oración, o de la de aquellos que se encuentran más cerca de Él. Enseña Santo Tomás que nuestra petición no se dirige a cambiar la voluntad divina, sino a obtener lo que ya había dispuesto que nos concedería si se lo pedíamos. Por eso es necesario pedir al Señor incansablemente, pues no sabemos cuál es la medida de oración que Dios espera que colmemos para otorgarnos lo que quiere darnos. Hemos de solicitar también a otras personas que rueguen por las intenciones santamente ambiciosas que tenemos en nuestro corazón, y por todo aquello que deseamos obtener del Señor. El mismo Santo Tomás explica que una de las causas de que Jesús no respondiera enseguida a esta mujer fue porque quería que los discípulos intercedieran por ella, para hacernos ver de esta manera lo necesaria que es, para conseguir algunas cosas, la intercesión de los santos. El milagro extraordinario que le pedía esta mujer gentil necesitó también una oración excepcional, acompañada de mucha fe y de mucha humildad. *Perseverar es la condición primera de toda petición: es preciso orar siempre y no desfallecer*, enseñó el mismo Jesús. *Persevera en la oración. –Persevera, aunque tu labor parezca estéril. –La oración es siempre fecunda*. La petición de la mujer cananea fue eficaz desde el primer momento. Jesús sólo esperó a que se dispusiera su corazón para recibir el gran don que solicitaba.

Hemos de pedir con fe. La misma fe "hace brotar la oración y la oración, en cuanto brota, alcanza la firmeza de la fe"; ambas están íntimamente unidas. Esta mujer tenía una fe grande: "cree en la Divinidad de Cristo, cuando le llama Señor; y en su Humanidad cuando le dice Hijo de David. No pide ella nada en nombre de sus méritos; invoca sólo la misericordia de Dios diciendo: "Ten piedad". Y no dice ten piedad de mi hija, sino de mí, porque el dolor de la hija es el dolor de la madre; y a fin de moverle más a compasión, le cuenta todo su dolor; por eso sigue: *Mi hija es malamente atormentada por el demonio*. En estas palabras descubre al Médico sus heridas y la magnitud y especie de su enfermedad; la magnitud, cuando le dice: *Es atormentada malamente*; la especie, por las palabras: *por el demonio*".

La constancia en la oración nace de una vida de fe, de confianza en Jesús que nos oye incluso cuando parece que calla. Y esta fe nos llevará a un abandono pleno en las manos de Dios. *Dile: Señor, nada quiero más que lo que Tú quieras. Aun lo que en estos días vengo pidiéndote, si me aparta un milímetro de la Voluntad tuya, no me lo des*. Sólo quiero lo que Tú quieres y porque Tú lo quieres.

– Pedir en primer lugar por las necesidades del alma, y por las materiales en la medida en que nos acerquen a Dios.

III. Esta mujer que pide y recibe nos enseña con su ejemplo una cualidad más de la buena oración: la humildad. La oración debe brotar de un corazón humilde y arrepentido de sus pecados: *Cor contritum et humiliatum, Deus, non despicies*, el Señor, que nunca desprecia un corazón contrito y arrepentido, resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes. A quien se sabe *servus pauper et humilis*.

El Señor desea que le pidamos muchas cosas. En primer lugar, lo que se refiere al alma, pues "grandes son las enfermedades que la aquejan, y éstas son las que principalmente quiere curar el Señor. Y, si cura las del cuerpo, es porque quiere desterrar las del alma". Suele suceder que "apenas nos aqueja una enfermedad corporal, no dejamos piedra por mover hasta vernos libres de su molestia; estando, en cambio, enferma nuestra alma, a veces todo son vacilaciones y aplazamientos (...): hacemos de lo necesario accesorio, y de lo accesorio necesario. Dejamos abierta la fuente de los males y pretendemos secar los arroyuelos". Para el alma podemos pedir gracia para luchar contra los defectos, más rectitud de intención en lo que hacemos, fidelidad a la propia vocación, luz para recibir con más fruto la Sagrada Comunión, una caridad más fina, docilidad en la dirección espiritual, más afán apostólico... También quiere el Señor que roguemos por otras necesidades: ayuda para sobreponernos a un pequeño fracaso; trabajo, si nos falta; la salud... Y todo en la medida en que nos sirva para amar más a Dios. No queremos nada que, quizá con el paso del tiempo, nos alejaría de lo que verdaderamente nos debe importar: estar siempre junto a Cristo.

A Jesús le es especialmente grato que pidamos por otros. "La necesidad nos obliga a rogar por nosotros mismos, y la caridad fraterna a pedir por los demás. Es más aceptable a Dios la oración recomendada por la caridad que aquella que está motivada por la necesidad", enseña San Juan Crisóstomo.

Hemos de orar, en primer lugar, por aquellas personas a quienes nos une un vínculo más fuerte, y por aquellas que el Señor ha puesto a nuestro cuidado. Los padres tienen una especial obligación de pedir por sus hijos; mucho más si éstos estuvieran alejados de la fe o el Señor hubiera manifestado una particular predilección por ellos llamándolos a un camino de entrega. Y para que Dios nos oiga con más prontitud, acompañemos con obras nuestra petición: ofreciendo horas de trabajo o de estudio por esa intención, aceptando por Dios el dolor y las contrariedades, ejerciendo la caridad y la misericordia en toda oportunidad.

Los cristianos de todos los tiempos se han sentido movidos a presentar sus peticiones a través de santos intercesores, del propio Ángel Custodio, y muy singularmente a través de Nuestra Madre Santa María. Dice San Bernardo que "subió al Cielo nuestra Abogada, para que, como Madre del Juez y Madre de Misericordia, tratara los negocios de nuestra salvación". No dejemos de acudir cada día a Nuestra Señora; mucho nos va en ello.

Rev. D. +Joan SERRA i Fontanet (Barcelona, España) (www.evangeli.net)

IR A ÍNDICE DOMINGO XX DEL TIEMPO ORDINARIO

«Señor, también los perros se comen las migajas que caen de la mesa de los amos»

Hoy contemplamos la escena de la cananea: una mujer pagana, no israelita, que tenía la hija muy enferma, endemoniada, y oyó hablar de Jesús. Sale a su encuentro y con gritos le dice: «Ten compasión de mí, Señor, Hijo de David. Mi hija tiene un demonio muy malo» (Mt 15,22). No le pide nada, solamente le expone el mal que sufre su hija, confiando en que Jesús ya actuará.

Jesús "se hace el sordo". ¿Por qué? Quizá porque había descubierto la fe de aquella mujer y deseaba acrecentarla. Ella continúa suplicando, de tal manera que los discípulos piden a Jesús que la despache. La fe de esta mujer se manifiesta, sobre todo, en su humilde insistencia, remarcada por las palabras de los discípulos: «Atiéndela, que viene detrás gritando» (Mt 15,23).

La mujer sigue rogando; no se cansa. El silencio de Jesús se explica porque solamente ha venido para la casa de Israel. Sin embargo, después de la resurrección, dirá a sus discípulos: «Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación» (Mc 16,15).

Este silencio de Dios, a veces, nos atormenta. ¿Cuántas veces nos hemos quejado de este silencio? Pero la cananea se postra, se pone de rodillas. Es la postura de adoración. Él le responde que no está bien tomar el pan de los hijos para echarlo a los perros. Ella le contesta: «Tienes razón, Señor; pero también los perros se comen las migajas que caen de la mesa de los amos» (Mt 15,26-27).

Esta mujer es muy espabilada. No se enfada, no le contesta mal, sino que le da la razón: «Tienes razón, Señor». Pero consigue ponerle de su lado. Parece como si le dijera: —Soy como un perro, pero el perro está bajo la protección de su amo.

La cananea nos ofrece una gran lección: da la razón al Señor, que siempre la tiene. —No quieras tener la razón cuando te presentas ante el Señor. No te quejes nunca y, si te quejas, acaba diciendo: «Señor, que se haga tu voluntad».

EXAMEN DE CONCIENCIA PARA SACERDOTES – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís

IR A ÍNDICE DOMINGO XX DEL TIEMPO ORDINARIO

Pedir con insistencia

«Mujer, ¡qué grande es tu fe! Que se cumpla lo que deseas».

Eso dijo Jesús.

Y deja claro que Él da a quien pide con fe, aunque no lo merezca.

Tu Señor se compadece de las miserias de los hombres, y alaba su fe cuando creen en Él, en su poder y en sus obras, y no les da las migajas ni las sobras, sino que se da Él mismo, a través de su misericordia.

Y tú, sacerdote, ¿tienes fe?

¿Qué tan grande es tu fe?

¿Acudes a tu Señor con verdadera fe, para pedir su favor con insistencia?, ¿o te rindes y no insistes, porque en realidad no crees que te dará lo que le pides?

¿Reconoces tu necesidad y tu impotencia, y le pides a tu Señor que se compadezca?, ¿o vives resignado a permanecer soportando tu sufrimiento, porque no confías en su misericordia?

¿Cómo vives tu fe, sacerdote?

¿Estás convencido de que tu Señor es tu amigo y está dispuesto a ayudarte?, ¿o lo ves como un Dios lejano, indiferente a tu miseria, y a la necesidad de tus hermanos?

¿Crees que tu Señor es el único Hijo de Dios que ha venido al mundo para salvarte?

¿Crees en el amor de tu Señor?

Tu Señor quiere complacerte, sacerdote, y quiere darte lo que le pidas, pero no quiere que pienses que no quiere darte lo que le pides, porque al dudar lo ofendes.

Ten el valor, sacerdote, de reconocer con humildad, que no eres más que un siervo pecador, indigno de merecer la amistad de tu Señor, pero que te merece Él mismo, porque te ha hecho hijo de Dios, no para darte las migajas, sino para compartir contigo el pan de la mesa.

Tu Señor te ha merecido su heredad, sacerdote, por filiación divina. Acepta, agradece y pide su intervención divina, para que te dé los medios, y puedas corresponder a tanta gracia inmerecida.

Y, si no supieras qué pedir, sacerdote, pídele que te dé lo que te conviene.

Sacerdote: no eres una marioneta, ni un instrumento que Dios use a su antojo. Tu Señor te ha dado voluntad para que luches, para que disciernas, y la unas a su divina voluntad, aceptando con humildad lo que Él te quiere dar, convencido de su misericordia y su bondad, que tu imperfección, tu infidelidad y tu pecado no han merecido, pero que Él mismo, con su sangre, te ha conseguido.

Tu Señor quiere que le pidas, sacerdote, con insistencia, aferrado a su verdad, porque quiere complacerse en ti, y en su fidelidad, por la que se hizo obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz, para poderte salvar conservando tu libertad para amarlo, para respetarlo, para aceptarlo, para querer su querer, teniendo sus mismos sentimientos, y seas configurado totalmente con Él, no por obligación, sino por amor, porque para eso te creó.

Tu Señor ha infundido en ti un espíritu según su corazón, sacerdote, y te ha dado la sabiduría, la inteligencia, el consejo, la fortaleza, la ciencia, la piedad, y el temor de Dios, la esperanza y el amor, para que pongas por obra tu fe, porque Él te ha dado una fe grande para darte lo que le pidas, y el Padre sea glorificado en el Hijo.

Pide, sacerdote, con fe, y con confianza en tu Señor.

Pide, aunque no merezcas, porque Él ya todo te ha merecido.

Pide, aunque seas indigno, porque la dignidad te ha sido dada en Cristo.

Pide, aunque por tu ignorancia y tu incapacidad no sepas cómo pedir, porque tu Señor ya sabe lo que te conviene.

Pero primero pide que aumente tu fe, para que, por tu fe grande, tu Señor te conceda lo que necesitas para ti y para el mundo entero.

Pide, como un hijo pide al Padre, como tu Señor te enseñó, amando a Dios por sobre todas las cosas, y al prójimo como a ti mismo, como Él nos amó.

(*Espada de Dos Filos* IV, n. 64)

Domingo XXI del Tiempo Ordinario (ciclo A)

IR A ÍNDICE GENERAL

(Comentarios sobre las Lecturas propias de la Santa Misa para meditar y preparar la homilía)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)**
- **SAN AMBROSIO (www.iveargentina.org)**
- **FRANCISCO – Ángelus 2014 y 2017 - Homilías 23.VI.13 y 20.II.14**
- **BENEDICTO XVI – Ángelus 2008 y Homilía 21 de agosto de 2011**
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos**
- **RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)**
- **PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes**
- **FLUVIUM (www.fluvium.org)**
- **PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)**
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)**
  - **Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II**
  - **Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva**
  - **Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica**
- **HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)**
- **Rev. D. Joaquim MESEGUER García (Barcelona, España) (www.evangeli.net)**
- **EXAMEN DE CONCIENCIA PARA EL SACERDOTE – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís**

***

DEL MISAL MENSUAL

IR A ÍNDICE DOMINGO XXI DEL TIEMPO ORDINARIO

UN SÍMBOLO ELOCUENTE

Is 22, 19-23; Rom 11, 33-36; Mt 16, 13-20

El profeta Isaías estableció a un nuevo mayordomo del palacio real de Jerusalén en sustitución de un mayordomo abusivo. La entrega de las llaves implicaba conferir un poder excepcional en el palacio para disponer de la custodia, los ingresos y accesos al palacio de David. En el pasaje del Evangelio de san Mateo, el Señor Jesús delega una autoridad plena al primero de los Doce. Simón, asumirá a partir de este momento clave la función de ser roca testimonial sobre la que se levantará la comunidad de los discípulos del resucitado. Además, Pedro ejercerá funciones disciplinares, marcando referencias claras sobre las exigencias éticas derivadas del seguimiento de Jesús. Como intérprete de la voluntad de Jesús, su Señor, Pedro deberá discernir en comunión con los demás apóstoles, el camino de la fidelidad a Jesucristo.

ANTÍFONA DE ENTRADA Cfr. Sal 85, 1-3

Inclina tu oído, Señor, y escúchame. Salva a tu siervo, que confía en ti. Ten piedad de mí, Dios mío, pues sin cesar te invoco.

ORACIÓN COLECTA

Señor Dios, que unes en un mismo sentir los corazones de tus fieles, impulsa a tu pueblo a amar lo que mandas y a desear lo que prometes, para que, en medio de la inestabilidad del mundo, estén firmemente anclados nuestros corazones donde se halla la verdadera felicidad. Por nuestro Señor Jesucristo ...

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

Pondré la llave del palacio de David sobre su hombro.

Del libro del profeta Isaías: 22, 19-23

Esto dice el Señor a Sebná, mayordomo de palacio: "Te echaré de tu puesto y te destituiré de tu cargo. Aquel mismo día llamaré a mi siervo, a Eleacín, el hijo de Elcías; le vestiré tu túnica, le ceñiré tu banda y le traspasaré tus poderes.

Será un padre para los habitantes de Jerusalén y para la casa de Judá. Pondré la llave del palacio de David sobre su hombro. Lo que él abra, nadie lo cerrará; lo que él cierre, nadie lo abrirá. Lo fijaré como un clavo en muro firme y será un trono de gloria para la casa de su padre".

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 137, 1-2a. 2bc-3. 6. 8bc.

R/. Señor, tu amor perdura eternamente.

De todo corazón te damos gracias, Señor, porque escuchaste nuestros ruegos. Te cantaremos delante de tus ángeles, te adoraremos en tu templo. ***R/.***

Señor, te damos gracias por tu lealtad y por tu amor: siempre que te invocamos, nos oíste y nos llenaste de valor. ***R/.***

Se complace el Señor en los humildes y rechaza al engreído. Señor, tu amor perdura eternamente; obra tuya soy, no me abandones. ***R/.***

SEGUNDA LECTURA

Todo proviene de Dios, todo ha sido hecho por él y todo está orientado hacia él.

De la carta del apóstol san Pablo a los romanos: 11, 33-36

¡Qué inmensa y rica es la sabiduría y la ciencia de Dios! ¡Qué impenetrables son sus designios e incomprensibles sus caminos! ¿Quién ha conocido jamás el pensamiento del Señor o ha llegado a ser su consejero? ¿Quién ha podido darle algo primero, para que Dios se lo tenga que pagar? En efecto, todo proviene de Dios, todo ha sido hecho por él y todo está orientado hacia él. A él la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Palabra de Dios.

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Mt 16, 18

R/. Aleluya, aleluya.

Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y los poderes del infierno no prevalecerán sobre ella, dice el Señor. ***R/.***

EVANGELIO

Tú eres Pedro y yo te daré las llaves del Reino de los cielos.

+ Del santo Evangelio según san Mateo: 16, 13-20

En aquel tiempo, cuando llegó Jesús a la región de Cesarea de Filipo, hizo esta pregunta a sus discípulos: "¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre?". Ellos le respondieron: "Unos dicen que eres Juan el Bautista; otros, que Elías; otros, que Jeremías o alguno de los profetas".

Luego les preguntó: "Y ustedes, ¿quién dicen que soy yo?". Simón Pedro tomó la palabra y le dijo: "Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo". Jesús le dijo entonces: "¡Dichoso tú, Simón, hijo de Juan, porque esto no te lo ha revelado ningún hombre, sino mi Padre, que está en los cielos! Y yo te digo a ti que tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia. Los poderes del infierno no prevalecerán sobre ella. Yo te daré las llaves del Reino de los cielos; todo lo que ates en la tierra quedará atado en el cielo, y todo lo que desates en la tierra quedará desatado en el cielo".

Y les ordenó a sus discípulos que no dijeran a nadie que él era el Mesías.

Palabra del Señor.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor, que con un mismo y único sacrificio adquiriste para ti un pueblo de adopción, concede, propicio, a tu Iglesia, los dones de la unidad y de la paz. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Cfr. Sal 103, 13-15

La tierra está llena, Señor, de dones tuyos: el pan que sale de la tierra y el vino que alegra el corazón del hombre.

O bien: ***Jn 6, 54***

El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, dice el Señor; y yo lo resucitaré en el último día.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Te pedimos, Señor, que la obra salvadora de tu misericordia fructifique plenamente en nosotros, y haz que, con la ayuda continua de tu gracia, de tal manera tendamos a la perfección, que podamos siempre agradarte en todo. Por Jesucristo, nuestro Señor.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

IR A ÍNDICE DOMINGO XXI DEL TIEMPO ORDINARIO

Pondré la llave de la casa de David sobre su hombro (Is 22,19-23)

1ª lectura

Sebná era un importante funcionario de la corte real, que es también mencionado en otros textos (Is 36,3.11.22; 37,2 y 2 R 18,26.37; 19,2). Quizá fue un extranjero que, después de gozar de gran predicamento en el palacio de Ezequías, fue desplazado y sustituido por Eliaquim. Isaías le reprocha a Sebná su afán de ostentación (v. 16) y le anuncia su destitución (vv. 17-19.25). Su sucesor, Eliaquim, hijo de Jilquías (vv. 20-24), será quien el 701 a.C., durante el asedio asirio de Jerusalén, conducirá la delegación encargada por el rey de negociar con las fuerzas enemigas (cfr 2 R 18,18-19,2).

Cualesquiera que fueran las circunstancias históricas en que se pronunció el oráculo, las palabras del v. 22 tuvieron notable resonancia en el Nuevo Testamento. La primera parte del versículo evoca las palabras de Jesús a Pedro al darle «las llaves del Reino» (Mt 16,19). En este sentido puede ser útil recordar que el mayordomo de palacio era el que, como representante del rey, cada día abría y cerraba la vida administrativa del pueblo. El texto de la segunda parte de ese mismo versículo es aplicado en el Apocalipsis al Mesías, «el Santo, el Veraz, el que tiene la llave de David» (Ap 3,7), porque Jesús, el Mesías, como nuevo David abre las puertas del cielo. La liturgia de la Iglesia, entre las célebres «antífonas de la O» previas a la Navidad, canta a Cristo bajo este título mesiánico: «Llave de David y cetro de la casa de Israel, Tú, que reinas sobre el mundo, ven a libertar a los que en tinieblas te esperan» (Liturgia de las Horas, *Antífona de Vísperas del 20 de diciembre*).

Oh profundidad de la sabiduría de Dios (Rm 11,33-36)

2ª lectura

La bondad de Dios, que ha permitido la desobediencia de judíos y gentiles, pero se ha apiadado de sus miserias (v. 32), arranca en el Apóstol encendidas exclamaciones de alabanza al misterioso designio de Dios (vv. 33-35), que termina con una doxología: «A Él la gloria por los siglos. Amén» (v. 36). Y comenta Orígenes: «Añade el "Amén" para que entendamos que a esa felicidad se llega a través de Él, de quien está escrito

también en el Apocalipsis: *Esto dice el Amén* (Ap 3,14)» (*Commentarii in Romanos* 8,13).

Y vosotros ¿quién decís que soy yo? (Mt 16,13-20)

Evangelio

Según lo narra Mateo, este episodio se refiere a dos realidades distintas aunque estrechamente relacionadas: la confesión de fe de Pedro y la promesa del Primado.

Frente a todos aquellos que no han sabido descubrir quién es Jesús (v. 14; cfr 14,2; 16,2-4; etc.), Pedro confiesa claramente que Jesús es el Mesías prometido y que es el Hijo de Dios: «El Señor pregunta a sus Apóstoles qué es lo que los hombres opinan de Él, y en lo que coinciden sus respuestas reflejan la ambigüedad de la ignorancia humana. Pero, cuando urge qué es lo que piensan los mismos discípulos, el primero en confesar al Señor es aquel que también es primero en la dignidad apostólica» (S. León Magno, *Sermo 4 in anniversario ordinationi suae* 2-3). Pero esta confesión de Pedro no incluye sólo la misión de Jesús —ser el Mesías— sino su íntimo ser: Jesús es el Hijo de Dios. Ésta es la confesión completa de quién es Jesús, la misma que hacemos los cristianos unidos a Pedro. Pero esta confesión no se puede proferir sólo desde la experiencia humana, hay que hacerla desde la fe, que es gracia de Dios. Por eso, San León Magno, glosa así las palabras del Señor (v. 17): «Eres verdaderamente dichoso porque es mi Padre quien te lo ha revelado; la humana opinión no te ha inducido a error, sino que la revelación del cielo te ha iluminado, y no ha sido nadie de carne y hueso, sino que te lo ha enseñado Aquel de quien soy el Hijo único» (*ibidem*). Y por eso también, como enseña el *Catecismo de la Iglesia Católica*, las palabras de la confesión de Pedro deben entenderse aquí en un sentido literal —no hay metáfora alguna al confesar a Jesús como Hijo de Dios—, ya que las pronuncia por revelación del Padre (cfr nn. 441-442).

Si esta confesión de Pedro es un don de Dios, no es menos gracia la que el Señor le promete ahora (vv. 18-19) —y que después le conferirá (cfr Jn 21,15-23 y nota)—, el poder de atar y desatar en la Iglesia fundada por Él: «Y añade: *Ahora te digo yo*, esto es: Del mismo modo que mi Padre te ha revelado mi divinidad, igualmente yo ahora te doy a conocer tu dignidad: *Tú eres Pedro*: Yo, que soy la piedra inviolable, la piedra angular que ha hecho de los dos pueblos una sola cosa, yo, que soy el fundamento, fuera del cual nadie puede edificar, te digo a ti, Pedro, que eres también piedra, porque serás fortalecido por mi poder de tal forma que lo que me pertenece por propio poder sea común a ambos por tu participación conmigo. Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder del infierno no la derrotará. Sobre esta fortaleza —quiere decir— construiré el templo eterno y la sublimidad de mi Iglesia, que alcanzará el cielo y se levantará sobre la firmeza de la fe de Pedro» (S. León Magno, *Sermo 4 in anniversario ordinationi suae* 2-3).

En otro lugar del evangelio (18,18), se promete también a los discípulos el poder de atar y desatar (v. 19). Por eso, la tradición ha visto en Pedro también el signo de unidad en la Iglesia: «La prerrogativa de este poder se comunica también a los otros Apóstoles y se transmite a todos los obispos de la Iglesia, pero no en vano se

encomienda a uno lo que se ordena a todos; de una forma especial se otorga esto a Pedro, porque la figura de Pedro se pone al frente de todos los pastores de la Iglesia» (*ibidem*).

Desde los comienzos, se ha entendido que este don a Pedro se transmite también a sus sucesores como Obispos de Roma. Es la doctrina del Primado que —junto con la infalibilidad del Romano Pontífice cuando habla *ex cathedra*— fue definida como dogma de fe en la Constitución Dogmática *Pastor Aeternus* del Concilio Vaticano I, y reafirmada en documentos posteriores: «El Obispo de la Iglesia Romana, en quien permanece la función que el Señor encomendó singularmente a Pedro, primero entre los Apóstoles, y que había de transmitirse a sus sucesores, es cabeza del colegio de los Obispos, Vicario de Cristo y Pastor de la Iglesia universal en la tierra; el cual, por tanto, tiene, en virtud de su función, potestad ordinaria que es suprema, plena, inmediata y universal en la Iglesia y que puede siempre ejercer libremente» (*Codex Iuris Canonici,* can. 331; cfr Conc. Vaticano II, *Lumen gentium*, n. 18).

Los santos han visto en el amor a la Iglesia y al Romano Pontífice un signo verdadero de amor a Cristo: «Quien sea desobediente al Cristo en la tierra, el cual está en lugar de Cristo en el cielo, no participará en el fruto de la sangre del Hijo de Dios» (S. Catalina de Siena, *Epistolae* 207).

SAN AMBROSIO (www.iveargentina.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO XXI DEL TIEMPO ORDINARIO

Testimonio de Pedro

Y díjoles: ¿quién decís vosotros que soy yo? Respondió Simón Pedro: El Cristo de Dios.

La opinión de las masas tiene su interés: unos creen que ha resucitado Elías, que ellos pensaban que había de venir; otros que era Juan, que reconocían había sido decapitado; o uno de los profetas antiguos. Pero investigar más sobrepasa nuestras posibilidades: es sentencia y prudencia de otro. Pues, si basta al apóstol Pablo no conocer más que a Cristo, y crucificado (1 Co 2,2), ¿qué puedo desear conocer más que a Cristo? En este solo nombre está expresada la divinidad, la encarnación y la realidad de la pasión. Aunque los demás apóstoles lo conocen, sin embargo, Pedro responde por los demás: Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo. Así ha abarcado todas las cosas al expresar la naturaleza y el nombre, en el cual está la suma de todas las virtudes. ¿Vamos nosotros a solucionar las cuestiones sobre la generación de Dios, cuando Pablo ha juzgado que él no sabe nada fuera de Cristo Jesús, y crucificado, cuando Pedro ha creído no deber confesar más que al Hijo de Dios? Nosotros investiguemos, con los ojos de la debilidad humana cuándo y cómo Él ha nacido, y cuál es su grandeza. Pablo ha reconocido en esto el escollo de la cuestión, más que una utilidad para la edificación, y ha decidido no saber otra cosa que Cristo Jesús. Pedro ha sabido que en el Hijo de Dios están todas las cosas, pues el Padre lo ha dado todo al Hijo (Jn3,35). Si

dio todo, transmitió también la eternidad y la majestad que posee. Pero ¿para qué ir más lejos? El fin de mi fe es Cristo, el fin de mi fe es el Hijo de Dios; no me es permitido conocer lo que precede a su generación, pero tampoco me está permitido ignorar la realidad de su generación.

Cree, pues, de la manera en que ha creído Pedro, a fin de ser feliz tú también, para merecer oír tú mismo también: Pues no ha sido la carne ni la sangre la que te lo ha revelado, sino mi Padre que está en los cielos. Efectivamente, la carne y la sangre no pueden revelar más que lo terreno; por el contrario, el que habla de los misterios en espíritu no se apoya sobre las enseñanzas de la carne ni de la sangre, sino sobre la inspiración divina. No descanses tú sobre la carne y la sangre, no sea que adquieras las normas de la carne y de la sangre y tú mismo te hagas carne y sangre. Pues el que se adhiere a la carne, es carne y el que se adhiere a Dios es un solo espíritu (con El) (1 Co 6,17). Mi espíritu, dice, no permanecerá nunca más con estos hombres, porque son carnales (Gn 6,3).

Más ¡ojalá que los que escuchan no sean carne ni sangre, sino que, extraños a los deseos de la carne y de la sangre, puedan decir: No temeré qué pueda hacerme la carne! (Sal 55, 5). El que ha vencido a la carne es un fundamento de la Iglesia y, si no puede igualar a Pedro, al menos puede imitarle. Pues los dones de Dios son grandes: no sólo ha restaurado lo que era nuestro, sino que nos ha concedido lo que era suyo.

Sin embargo, podemos preguntarnos por qué la multitud no veía en El otro más que Elías, Jeremías o Juan Bautista. Elías, tal vez, porque fue llevado al cielo; pero Cristo no es Elías: uno es arrebatado al cielo, el otro regresa; uno, he dicho, ha sido arrebatado, el otro no ha creído una rapiña ser igual a Dios (Flp 2,6); uno es vengado por las llamas que él invoca (1 R18,38), el otro ha querido mejor sanar a sus perseguidores que perderlos. Mas ¿por qué lo han creído Jeremías? Tal vez porque él fue santificado en el seno de su madre. Pero Él no es Jeremías. Uno es santificado, el otro santifica; la santificación de uno ha comenzado con su cuerpo, el otro es el Santo del Santo. ¿Por qué, pues, el pueblo creía que era Juan? ¿No será porque estando en el seno de su madre percibió la presencia del Señor? Pero Él no es Juan: uno adoraba estando en el seno, el otro era adorado; uno bautizaba con agua, Cristo en el Espíritu; uno predicaba la penitencia, el otro perdonaba los pecados.

Por eso Pedro no ha seguido el juicio del pueblo, sino que ha expresado el suyo propio al decir: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo. El que es, es siempre, no ha comenzado a ser, ni dejará de ser. La bondad de Cristo es grande porque casi todos sus nombres los ha dado a sus discípulos: Yo soy, dice, la luz del mundo (Jn 8, 12); y, sin embargo, este nombre, del que Él se gloría, lo ha dado a sus discípulos cuando dijo: Vosotros sois la luz del mundo (Mt 5,14). Yo soy el pan vivo (Jn 6,51); y todos nosotros somos un solo pan (1 Co 10,17). Yo soy la verdadera vid (Jn 15,1); y Él te dice: Yo te planté de la vid más generosa, toda verdadera (Jr2, 21). Cristo es piedra —pues bebían de la roca espiritual que los seguía, y la roca era Cristo (1 Co 10,4)—, y Él tampoco ha rehusado la gracia de este nombre a su discípulo, de tal forma que él es también Pedro, para que tenga de la piedra la solidez constante, la firmeza de la fe.

Esfuérzate también tú en ser piedra. Y así, no busques la piedra fuera de ti, sino dentro de ti. Tu piedra es tu acción; tu piedra es tu espíritu. Sobre esta piedra se edifique tu casa, para que ninguna borrasca de los malos espíritus puedan tirarla. Tu piedra es la fe; la fe es el fundamento de la Iglesia. Si eres piedra, estarás en la Iglesia, porque la Iglesia está fundada sobre piedra. Si estás en la Iglesia, las puertas del infierno no prevalecerán sobre ti: las puertas del infierno son las puertas de la muerte, y las puertas de la muerte no pueden ser las puertas de la Iglesia.

Pero ¿qué son las puertas de la muerte, es decir, las puertas del infierno, sino las diversas especies de pecados? Si fornicas, has pasado las puertas de la muerte. Si dejas la fe buena, has franqueado las puertas del infierno. Si has cometido un pecado mortal, has pasado las puertas de la muerte. Más Dios tiene poder de abrirte las puertas de la muerte, para que proclames sus alabanzas en las puertas de la hija de Sion (Sal 9,14). En cuanto a las puertas de la Iglesia, éstas son las puertas de la castidad, las puertas de la justicia, que el justo acostumbra a franquear: Ábreme, dice, las puertas de la justicia, y, habiendo pasado por ellas, alabaré al Señor (Sal 117,19). Pero como la puerta de la muerte es la puerta del infierno, la puerta de la justicia es la puerta de Dios; pues he aquí la puerta del Señor, los justos entrarán por ella (ibíd., 20). Por eso, huye de la obstinación en el pecado, para que las puertas del infierno no triunfen sobre ti; porque, si el pecado se adueña en ti, ha triunfado la puerta de la muerte. Huye, pues, de las riñas, disensiones, de las estrepitosas y tumultuosas discordias, para que no llegues a traspasar las puertas de la muerte. Pues el Señor no ha querido al principio ser proclamado, para que no se levantase ningún tumulto. Exhorta a sus discípulos que a nadie digan: El Hijo del hombre ha de padecer mucho, ser rechazado de los ancianos y de los príncipes de los sacerdotes, y de los escribas, ser muerto, y resucitar al tercer día (Lc 9,22).

Tal vez el Señor ha añadido esto porque sabía que sus discípulos difícilmente habían de creer en su pasión y en su resurrección. Por eso ha preferido afirmar El mismo su pasión y su resurrección, para que naciese la fe del hecho y no la discordia del anuncio. Luego Cristo no ha querido glorificarse, sino que ha deseado aparecer sin gloria para padecer el sufrimiento; y tú, que has nacido sin gloria, ¿quieres glorificarte? Por el camino que ha recorrido Cristo es por donde tú has de caminar. Esto es reconocerle, esto es imitarle en la ignominia y en la buena fama (cf.2 Co 6, 8), para que te gloríes en la cruz, como El mismo se ha gloriado. Tal fue la conducta de Pablo, y por eso se gloría al decir: Cuanto a mí, no quiera Dios que me gloríe sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo (Ga 6,14).

Pero veamos por qué según San Mateo (16,20), nosotros encontramos que son avisados los discípulos de no decir a nadie que Él es el Cristo, mientras que aquí se les increpa, según está escrito, de no decir a nadie que

Él ha de padecer mucho y que hade resucitar. Advierte que en el nombre de Cristo se encierra todo. Pues El mismo es el Cristo que ha nacido de una Virgen, que ha realizado maravillas ante el pueblo, que ha muerto por nuestros pecados y ha resucitado de entre los muertos. Suprimir una de estas cosas equivale a suprimir tu salvación. Pues aun los herejes parecen tener a Cristo con ellos: nadie reniega el

nombre de Cristo; pero es renegar a Cristo no reconocer todo lo que pertenece a Cristo. Por muchos motivos Él ordena a sus discípulos guardar silencio: para engañar al demonio, evitar la ostentación, enseñarla humildad, y también para que sus discípulos, todavía rudos e imperfectos, no queden oprimidos por la mole de un anuncio completo.

Examinemos ahora por qué motivo manda callar también a los espíritus impuros. Nos descubre esto la misma Escritura, pues Dios dice al pecador: ¿Por qué cuentas tú mis justicias? (Sal 49,16). No sea que, mientras oye al predicador, siga que yerra; pues mal maestro es el diablo, que muchas veces mezcla lo falso con lo verdadero, para cubrir con apariencias de verdad su testimonio fraudulento.

Consideremos también aquí: ¿Es ahora la primera vez que Él ordena a sus discípulos no digan a nadie que Él es el Cristo? ¿O lo ha recomendado ya cuando envió a los doce apóstoles y les prescribió: No vayáis a los gentiles, ni entréis en ciudad de samaritanos; id más bien a las ovejas perdidas de la casa de Israel; curad a los enfermos, resucitad a los muertos, limpiad a los leprosos, arrojad a los demonios, e informaos de quien hay en ella digno y quedaos allí hasta que partáis (Mt 10,5ss). No se ve en esta ordenación que predicasen a Cristo Hijo de Dios.

Hay, pues, un orden para la discusión y un orden para la exposición; también nosotros, cuando los gentiles son llamados a la Iglesia, debemos establecer un orden en nuestra actuación: primero enseñar que sólo hay un Dios, autor del mundo y de todas las cosas, en quien vivimos, existimos y nos movemos, y de la raza del cual somos nosotros (Hch 17,28); de tal modo que debemos amarle no sólo por los beneficios de la luz y de la vida, sino, más aún, por cierto parentesco de raza. Luego destruiremos la idea que ellos tienen de los ídolos, pues la materia del oro, de la plata o de la madera, no puede tener una energía divina. Habiéndoles convencido de la existencia de un solo Dios, tú podrás, gracias a Él, mostrar que la salvación nos ha sido dada por Jesucristo, comenzando por lo que Él ha realizado en su cuerpo y mostrando el carácter divino, de modo que aparezca que Él es más que un hombre, habiendo vencido la muerte por su fuerza propia, y que este muerto ha resucitado de los infiernos. Efectivamente, poco a poco es como aumenta la fe: viendo que es más que un hombre, se cree que es Dios; pues sin probar que Él no ha podido realizar estas cosas sin un poder divino, ¿cómo podrías demostrar que había en Él una energía divina?

Más, si, tal vez, esto te parezca de poca autoridad y fe, lee el discurso dirigido por el Apóstol a los atenienses. Si al principio Él hubiera querido destruir las ceremonias idolátricas, los oídos paganos hubieran rechazado sus palabras. El comenzó por un solo Dios, creador del mundo, diciendo: Dios que ha hecho el mundo y todo lo que en él se encuentra (Hch17,24). Ellos no podían negar que hay un solo autor del mundo, un solo Dios, un creador de todas las cosas. El añade que el Dueño del cielo y de la tierra no se digna habitar en las obras de nuestras manos; puesto que no es verosímil que el artista humano encierre en la vana materia del oro y de la plata el poder de la divinidad; el remedio para este error, decía, es el deseo de arrepentirse. Luego vino a Cristo y no quiso, sin embargo, llamarlo Dios más que hombre: En el hombre, dice, que Él ha designado a la fe de todos resucitándole de la muerte. En efecto, el que

predica ha de tener presente la calidad de las personas que le escuchan, para no ser burlado antes de ser entendido. ¿Cómo habrían creído los atenienses que el Verbo se hizo carne, y que una Virgen ha concebido del Espíritu Santo, si se reían cuando oían hablar de la resurrección de los muertos? Sin embargo, Dionisio Areopagita ha creído y creyeron los demás en este hombre para creer en Dios. ¿Qué importa el orden en que cada uno cree? No se pide la perfección desde el principio, sino que desde el principio se llegue a la perfección. Él ha instruido a los atenienses siguiendo ese método, y éste es el que nosotros debemos seguir con los gentiles.

Más cuando los apóstoles se dirigen a los judíos, ellos dicen que Cristo es Aquel que nos ha sido prometido por los oráculos de los profetas. Ellos no lo llaman desde el principio y por su propia autoridad Hijo de Dios, sino un hombre bueno, justo, un hombre resucitado de entre los muertos, el hombre del que habían dicho los profetas : Tú eres mi hijo, yo hoy te he engendrado (Sal 2,7). Luego también tú, en las cosas difíciles de creer, acude a la autoridad de la palabra divina y muestra que su venida fue prometida por la voz de los profetas; enseña que su resurrección había sido afirmada también mucho tiempo antes por el testimonio de la Escritura —no aquella que es normal y común a todos—, a fin de obtener, estableciendo su resurrección corporal, un testimonio de su divinidad. Habiendo constatado, en efecto, que los cuerpos de los otros sufren la corrupción después de muertos, para éste, del cual se ha dicho: Tú no permitirás que tu Santo vea la corrupción (Sal 15,10), reconocerás la exención de la fragilidad humana, muestras que El sobrepasa las características de la naturaleza humana y, por lo tanto, ha de acercarse más a Dios que a los hombres.

Si se trata de instruir a un catecúmeno que quiere recibir los sacramentos de los fieles, es necesario decir que hay un solo Dios, de quien son todas las cosas, y un solo Jesucristo, por quien son todas las cosas (1 Co 8,6); no hay que decirle que son dos Señores; que el Padre es perfecto, perfecto igualmente el Hijo, pero que el Padre y el Hijo no son más que una sustancia; que el Verbo eterno de Dios, Verbo no proferido, sino que obra, es engendrado del Padre, no producido por su palabra.

Luego les está prohibido a los apóstoles anunciarlo como Hijo de Dios, para que más tarde lo anuncien crucificado. El esplendor de la fe es comprender verdaderamente la cruz de Cristo. Las otras cruces no sirven para nada; sólo la cruz de Cristo me es útil, y realmente útil; por ella el mundo ha sido crucificado para mí y yo para el mundo (Ga 6,15). Si el mundo está crucificado para mí, yo sé que está muerto; yo no lo amo; yo sé que él pasa: yo no lo deseo; yo sé que la corrupción devorará a este mundo: yo lo evito como maloliente, lo huyo como la peste, lo dejo como nocivo.

Más, ciertamente, no pueden creer inmediatamente que la salvación ha sido dada a este mundo por la cruz. Muestra, pues, por la historia de los griegos que esto fue posible. También el Apóstol, con ocasión de persuadir a los incrédulos, no rehúsa los versos de los poetas para destruir las fábulas de los poetas. Si se recuerda que muchas veces legiones y grandes pueblos han sido librados por el sacrificio y la muerte de algunos, como lo afirma la historia griega; si se recuerda que la hija de un jefe ha sido ofrecida al sacrificio para hacer pasar los ejércitos de los griegos; si consideramos, en nosotros, que la sangre de los carneros, de los toros y la ceniza de una ternera santifica

por su aspersión para purificar la carne, como está escrito en la carta a los Hebreos (9,13); si la peste, atraída a ciertas provincias por tales pecados de los hombres, ha sido conjurada, se dice, por la muerte de uno solo, lo cual ha prevalecido por un razonamiento o resultado por una disposición, para que se crea más fácilmente en la cruz de Cristo, estará propenso a que los que no pueden renegar su historia confirmen la nuestra.

Más como ningún hombre ha sido tan grande que haya podido quitar los pecados de todo el mundo —ni Enoc, ni Abrahán, ni Isaac, que aunque fue ofrecido a la muerte, sin embargo, fue dejado, porque él no podía destruir todos los pecados, ¿y qué hombre fue bastante grande que pudiese expiar todos los pecados? Ciertamente, no uno del pueblo, no uno de tantos, sino el Hijo de Dios, que ha sido escogido por Dios Padre; estando por encima de todos, Él podía ofrecerse por todos; Él debía morir, a fin de que, siendo más fuerte que la muerte, librase a los otros, habiendo venido a ser, entre los muertos, libre, sin ayuda (Sal 87,5), libre de la muerte sin ayuda del hombre o de una criatura cualquiera, y verdaderamente libre, puesto que rechazó la esclavitud de la concupiscencia y no conoció las cadenas de la muerte.

Tratado sobre el Evangelio de San Lucas (I), L.6, 93-109, BAC Madrid 1966, pág. 334-44

FRANCISCO – Ángelus 2014 y 2017 - Homilías 23.VI.13 y 20.II.14

IR A ÍNDICE DOMINGO XXI DEL TIEMPO ORDINARIO

Ángelus 2014

Cada bautizado está llamado a ofrecer a Jesús la propia fe

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El Evangelio de este domingo (*Mt* 16, 13-20) es el célebre pasaje, centrado en el relato de Mateo, en el cual Simón, en nombre de los Doce, profesa su fe en Jesús como «el Cristo, el Hijo del Dios vivo»; y Jesús llamó «bienaventurado» a Simón por su fe, reconociendo en ella un don especial del Padre, y le dijo: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia».

Detengámonos un momento precisamente en este punto, en el hecho de que Jesús asigna a Simón este nuevo nombre: «Pedro», que en la lengua de Jesús suena «*Kefa*», una palabra que significa «roca». En la Biblia este término, «roca», se refiere a Dios. Jesús lo asigna a Simón no por sus cualidades o sus méritos humanos, sino por su *fe genuina y firme*, que le es dada de lo alto.

Jesús siente en su corazón una gran alegría, porque reconoce en Simón la mano del Padre, la acción del Espíritu Santo. Reconoce que Dios Padre dio a Simón una fe «fiable», sobre la cual Él, Jesús, podrá construir su Iglesia, es decir, su comunidad, con todos nosotros. Jesús tiene el propósito de dar vida a «su» Iglesia, un pueblo fundado ya no en la descendencia, sino en la *fe*, lo que quiere decir en la relación con

Él mismo, una relación de amor y de confianza. Nuestra relación con Jesús construye la Iglesia. Y, por lo tanto, para iniciar su Iglesia Jesús necesita encontrar en los discípulos una fe sólida, una fe «fiable». Es esto lo que Él debe verificar en este punto del camino.

El Señor tiene en la mente la imagen de construir, la imagen de la comunidad como un edificio. He aquí por qué, cuando escucha la profesión de fe franca de Simón, lo llama «roca», y manifiesta la intención de construir su Iglesia sobre esta fe.

Hermanos y hermanas, esto que sucedió de modo único en san Pedro, sucede también en cada cristiano que madura una fe sincera en Jesús el Cristo, el Hijo del Dios vivo. El Evangelio de hoy interpela también a cada uno de nosotros. ¿Cómo va tu fe? Que cada uno responda en su corazón. ¿Cómo va tu fe? ¿Cómo encuentra el Señor nuestro corazón? ¿Un corazón firme como la piedra o un corazón arenoso, es decir, dudoso, desconfiado, incrédulo? Nos hará bien hoy pensar en esto. Si el Señor encuentra en nuestro corazón una fe no digo perfecta, pero sincera, genuina, entonces Él ve también en nosotros las piedras vivas con la cuales construir su comunidad. De esta comunidad, la piedra fundamental es Cristo, piedra angular y única. Por su parte, Pedro es piedra, en cuanto fundamento visible de la unidad de la Iglesia; pero cada bautizado está llamado a ofrecer a Jesús la propia fe, pobre pero sincera, para que Él pueda seguir construyendo su Iglesia, hoy, en todas las partes del mundo.

También hoy mucha gente piensa que Jesús es un gran profeta, un maestro de sabiduría, un modelo de justicia... Y también hoy Jesús pregunta a sus discípulos, es decir a todos nosotros: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?». ¿Qué responderemos? Pensemos en ello. Pero sobre todo recemos a Dios Padre, por intercesión de la Virgen María; pidámosle que nos dé la gracia de responder, con corazón sincero: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo». Esta es una confesión de fe, este es precisamente «el credo». Repitámoslo juntos tres veces: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo».

***

Ángelus 2017

La Iglesia siempre necesita ser reformada, reparada

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El Evangelio de este domingo (*Mateo* 16, 13-20) nos cuenta un pasaje clave en el camino de Jesús con sus discípulos: el momento en el que Él quiere verificar en qué punto está su fe en Él. Primero quiere saber qué piensa de Él la gente; y la gente piensa que Jesús es un profeta, algo que es verdad, pero no recoge el centro de su Persona, no coge el centro de su misión. Después, plantea a sus discípulos la pregunta que más le preocupa, es decir, les pregunta directamente: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?» (v. 15). Y con ese «y» Jesús separa definitivamente a los apóstoles de la masa, como diciendo: y vosotros, que estáis conmigo cada día y me conocéis de cerca, ¿qué habéis aprendido más? El Maestro espera de los suyos una respuesta alta y otra respecto a la de la opinión pública. Y, de hecho, precisamente tal respuesta proviene del corazón de Simón llamado Pedro: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo» (v. 16). Simón Pedro encuentra en su boca palabras más grandes que él, palabras que no vienen de sus

capacidades naturales. Quizá él no había estudiado en la escuela, y es capaz de decir estas palabras, ¡más fuertes que él! Pero están inspiradas por el Padre celeste (cf v. 17), el cual revela al primero de los Doce la verdadera identidad de Jesús: Él es el Mesías, el Hijo enviado por Dios para salvar a la humanidad. Y de esta respuesta, Jesús entiende que, gracias a la fe donada por el Padre, hay un fundamento sólido sobre el cual puede construir su comunidad, su Iglesia. Por eso dice a Simón: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia» (v. 18).

También con nosotros, hoy, Jesús quiere continuar construyendo su Iglesia, esta casa con fundamento sólido, pero donde no faltan las grietas, y que continuamente necesita ser reparada. Siempre. La Iglesia siempre necesita ser reformada, reparada. Nosotros ciertamente no nos sentimos rocas, sino solo pequeñas piedras. Aún así, ninguna pequeña piedra es inútil, es más, en las manos de Jesús la piedra más pequeña se convierte en preciosa, porque Él la recoge, la mira con gran ternura, la trabaja con su Espíritu, y la coloca en el lugar justo, que Él desde siempre ha pensado y donde puede ser más útil a toda la construcción. Cada uno de nosotros es una pequeña piedra, pero en las manos de Jesús participa en la construcción de la Iglesia. Y todos nosotros, aunque seamos pequeños, nos hemos convertido en «piedras vivas», porque cuando Jesús toma en la mano su piedra, la hace suya, la hace viva, llena de vida, llena de vida del Espíritu Santo, llena de vida de su amor, y así tenemos un lugar y una misión en la Iglesia: esta es comunidad de vida, hecha de muchísimas piedras, todas diferentes, que forman un único edificio en su signo de la fraternidad y de la comunión.

Además, el Evangelio de hoy nos recuerda que Jesús ha querido para su Iglesia también un centro visible de comunión en Pedro —tampoco él es una gran piedra, pero tomada por Jesús se convierte en centro de comunión— en Pedro y en aquellos que le sucederían en la misma responsabilidad de primacía, que desde los orígenes se han identificado en los Obispos de Roma, la ciudad donde Pedro y Pablo han dado el testimonio de la sangre. Encomendémonos a María, Reina de los Apóstoles, Madre de la Iglesia. Ella estaba en el cenáculo, junto a Pedro, cuando el Espíritu Santo descendió sobre los Apóstoles y les empujó a salir, a anunciar a todos que Jesús es el Señor. Hoy nuestra Madre nos sostenga y nos acompañe con su intercesión, para que realicemos plenamente esa unidad y esa comunión por la que Cristo y los Apóstoles han rezado y han dado la vida.

***

Homilía del 23 de junio de 2013

¿Quién pensamos que es Jesús?

En el Evangelio dominical que refiere la pregunta de Cristo a los Apóstoles, "¿y ustedes quién dicen que soy yo?", es necesario responder a Jesús con el corazón, inspirados por la veneración por Él y por la roca de su Amor.

"¿Quién dicen que soy yo?" Una pregunta a la cual Pedro responde: "Tú eres el Cristo de Dios, el Ungido del Señor", que también dos mil años después nos implica, que nos pone en crisis, una prueba del nueve en nuestro camino de fe. Una pregunta dirigida al corazón y a la que hay que responder con la humildad del pecador, más allá

de las frases hechas o de conveniencia, que casi contiene otra, especular y también decisiva: "¿Quién pensamos que es Jesús?":

Nosotros, también nosotros, que somos apóstoles y siervos del Señor debemos responder, porque el Señor nos pregunta: "¿Qué cosa piensas tú de mí?". Pero lo hace, ¡eh! ¡Lo hace tantas veces! "¿Qué cosa piensas tú de mí?" dice el Señor. Y nosotros no podemos hacer como aquellos que no entienden bien. "¡Pero tú eres el ungido! Sí, he leído". Con Jesús no podemos hablar como con un personaje histórico, un personaje de la historia, ¿no? Jesús está vivo ante nosotros. Esta pregunta la hace una persona viva. Y nosotros debemos responder, pero con el corazón".

También hoy estamos llamados por Jesús a realizar esa elección radical hecha por los Apóstoles, una elección total, en la lógica del "todo o nada", un camino que hay que realizar y para el cual hay que estar iluminados por una "gracia especial", vivir siempre sobre la sólida base de la veneración y del amor por Jesús:

Veneración y amor por su Santo Nombre. Certeza de que Él nos ha establecido sobre una roca: la roca de su Amor. Y de este amor nosotros te damos la respuesta, damos la respuesta. Y cuando Jesús hace estas preguntas –'¿Quién soy yo para ti?'– hay que pensar en esto: yo estoy establecido sobre la roca de su amor. Él me guía. Debo responder firme sobre esa roca y bajo su guía.

"¿Quién soy yo para ustedes?", nos pregunta Jesús. A veces se siente vergüenza de responder a esta pregunta porque sabemos qué es lo que no va en nosotros, somos pecadores. Pero es precisamente éste el momento en el debemos confiar en su amor y responder con ese sentido de la verdad, tal como hizo Pedro en el Lago de Tiberíades. "Señor tú sabes todo". Es precisamente en el momento en que nos sentimos pecadores, cuando el Señor nos ama tanto y así como puso al pescador Pedro como jefe de su Iglesia, del mismo modo también con nosotros hará algo bueno:

¡Él es más grande, Él es más grande! Y cuando nosotros decimos de la veneración y del amor, seguros, seguros sobre la roca del amor y bajo su guía: 'Tú eres el ungido', esto nos hará tanto bien y nos hará ir hacia delante con seguridad y nos hará tomar la Cruz cada día, que a veces es pesada. Vayamos adelante así, con alegría, y pidiendo esta gracia: ¡dona a tu pueblo, Padre, vivir siempre en la veneración y en el amor por tu Santo Nombre! Y con la certeza de que ¡Tú jamás privas de tu guía a aquellos que has establecido sobre la roca de tu Amor! ¡Así sea!

***

Homilía del 20 de febrero de 2014

Jesús no dice ¡conóceme!' sino '¡sígueme!'

A Jesús se le conoce siguiéndolo, antes que estudiándolo. Lo afirmó el Papa Francisco en la homilía de la Misa celebrada esta mañana en la Casa de Santa Marta. Cada día, explicó, Cristo nos pregunta "quién" sea Él para nosotros. Es posible dar la respuesta viviendo como sus discípulos.

Es una vida de discípulo, más que una vida de estudioso, la que permite a un cristiano conocer verdaderamente quién sea Jesús para él. Un camino sobre las huellas

del Maestro, donde pueden cruzarse testimonios transparentes y también traiciones, caídas y nuevos impulsos, pero no solamente una aproximación de tipo intelectual. Para explicarlo, el Papa tomó como modelo a Pedro, que el Evangelio del día retrata contemporáneamente en los paños de "valiente" testimonio –aquel que a la pregunta de Jesús a los Apóstoles: "¿Quién dice la gente que soy yo?", afirma: "Tú eres el Cristo"– y de inmediato en los paños del adversario, cuando considera que tiene que reprender a Jesús que acaba de anunciar que tiene que sufrir y morir, para después resucitar. "Tantas veces", observó el Santo Padre, "Jesús se dirige a nosotros y nos pregunta: '¿Quién soy yo para ti?'", obteniendo "la misma respuesta de Pedro, aquella que hemos aprendido en el catecismo", pero no es suficiente:

"Parece que para responder a esa pregunta que todos nosotros sentimos en el corazón – '¿Quién es Jesús para nosotros?' – no es suficiente aquello que hemos aprendido, estudiado en el catecismo, que es importante estudiarlo y conocerlo, pero no es suficiente. Para conocer a Jesús es necesario recorrer el camino que ha recorrido Pedro: después de esa humillación, Pedro fue adelante con Jesús, vio los milagros que Jesús hacía, vio su poder, luego pagó los impuestos, como le había dicho Jesús, ha pescado un pez, ha sacado la moneda, vio tantos milagros así. Pero, a un cierto punto, Pedro negó a Jesús, traicionó a Jesús, y aprendió aquella ciencia tan difícil –más que ciencia, sabiduría– de las lágrimas, del llanto".

Pedro, prosiguió Francisco, pidió perdón a Jesús y no obstante ello, luego de la Resurrección, es interrogado por Él en la playa de Tiberíades, y probablemente en el reafirmar el amor total por su Maestro llora y se avergüenza recordando las tres veces que lo negó:

"Esta primera pregunta a Pedro '¿Quién es Jesús para ti?' se entiende solo a lo largo de un camino, después de un largo camino de gracia y de pecado, un camino de discípulo. Jesús no dijo a Pedro y a sus Apóstoles '¡Conóceme!' dijo '¡Sígueme!'. Y este seguir a Jesús nos hace conocer a Jesús. Seguir a Jesús con nuestras virtudes, también con nuestros pecados, seguir siempre a Jesús. No es un estudio de cosas lo que es necesario, sino una vida de discípulo".

Es necesario, insistió Francisco, "un encuentro cotidiano con el Señor, todos los días, con nuestras victorias y nuestras debilidades". Pero, es también "un camino que nosotros no podemos realizar solos". Es necesaria la intervención del Espíritu Santo:

"Conocer a Jesús es un don del Padre, es Él que nos hace conocer a Jesús; es una obra del Espíritu Santo, que es un gran trabajador. No es un sindicalista, es un gran trabajador y trabaja en nosotros, siempre. Hace este trabajo de explicar el misterio de Jesús de darnos este sentido de Cristo. Miremos a Jesús, a Pedro, a los apóstoles y sintamos en nuestro corazón esta pregunta: '¿Para ti quien soy yo?'. Y como discípulos pidamos al Padre que nos dé el conocimiento de Cristo en el Espíritu Santo, nos explique este misterio".

BENEDICTO XVI - Ángelus 2008 y Homilía 21 de agosto de 2011

IR A ÍNDICE DOMINGO XXI DEL TIEMPO ORDINARIO

La misión particular del Papa consiste en servir a la unidad de la Iglesia de Dios

Queridos hermanos y hermanas:

La liturgia de este domingo nos dirige a los cristianos, pero al mismo tiempo a todo hombre y a toda mujer, la doble pregunta que Jesús planteó un día a sus discípulos. Primero les interrogó diciendo: "¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre?". Ellos le respondieron que para algunos del pueblo él era Juan el Bautista resucitado; para otros, Elías, Jeremías o alguno de los profetas. Entonces el Señor interpeló directamente a los Doce: "¿Y vosotros quién decís que soy yo?". En nombre de todos, con impulso y decisión, fue Pedro quien tomó la palabra: "Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo". Solemne profesión de fe, que desde entonces la Iglesia sigue repitiendo.

También nosotros queremos proclamar esto hoy con íntima convicción: ¡Sí, Jesús, tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo! Lo hacemos con la conciencia de que Cristo es el verdadero "tesoro" por el que vale la pena sacrificarlo todo; él es el amigo que nunca nos abandona, porque conoce las expectativas más íntimas de nuestro corazón. Jesús es el "Hijo del Dios vivo", el Mesías prometido, que vino a la tierra para ofrecer a la humanidad la salvación y para colmar la sed de vida y de amor que siente todo ser humano. ¡Cuán beneficioso sería para la humanidad si acogiera este anuncio que conlleva la alegría y la paz!

"Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo". A esta inspirada profesión de fe por parte de Pedro, Jesús replica: "Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. A ti te daré las llaves del reino de los cielos". Es la primera vez que Jesús habla de la Iglesia, cuya misión es el cumplimiento del plan grandioso de Dios de reunir en Cristo a toda la humanidad en una única familia.

La misión de Pedro y de sus sucesores consiste precisamente en servir a esta unidad de la única Iglesia de Dios formada por judíos y paganos de todos los pueblos; su ministerio indispensable es hacer que no se identifique nunca con una sola nación, con una sola cultura, sino que sea la Iglesia de todos los pueblos, para hacer presente entre los hombres, marcados por numerosas divisiones y contrastes, la paz de Dios y la fuerza renovadora de su amor. Por tanto, la misión particular del Papa, Obispo de Roma y Sucesor de Pedro, consiste en servir a la unidad interior que proviene de la paz de Dios, la unidad de cuantos en Jesucristo se han convertido en hermanos y hermanas.

Ante la enorme responsabilidad de esta tarea, siento cada vez más el compromiso y la importancia del servicio a la Iglesia y al mundo que el Señor me ha confiado. Por eso, os pido, queridos hermanos y hermanas, que me sostengáis con vuestra oración para que, fieles a Cristo, podamos anunciar y testimoniar juntos su presencia en

nuestro tiempo. Que nos obtenga esta gracia María, a la que invocamos confiados como Madre de la Iglesia y Estrella de la evangelización.

***

Homilía 21 de agosto de 2011

Fe y seguimiento de Cristo están estrechamente relacionados

Queridos jóvenes:

Con la celebración de la Eucaristía llegamos al momento culminante de esta Jornada Mundial de la Juventud. Al veros aquí, venidos en gran número de todas partes, mi corazón se llena de gozo pensando en el afecto especial con el que Jesús os mira. Sí, el Señor os quiere y os llama amigos suyos (cf. *Jn* 15,15). Él viene a vuestro encuentro y desea acompañaros en vuestro camino, para abriros las puertas de una vida plena, y haceros partícipes de su relación íntima con el Padre. Nosotros, por nuestra parte, conscientes de la grandeza de su amor, deseamos corresponder con toda generosidad a esta muestra de predilección con el propósito de compartir también con los demás la alegría que hemos recibido. Ciertamente, son muchos en la actualidad los que se sienten atraídos por la figura de Cristo y desean conocerlo mejor. Perciben que Él es la respuesta a muchas de sus inquietudes personales. Pero, ¿quién es Él realmente? ¿Cómo es posible que alguien que ha vivido sobre la tierra hace tantos años tenga algo que ver conmigo hoy?

En el evangelio que hemos escuchado (cf. *Mt* 16, 13-20), vemos representados como dos modos distintos de conocer a Cristo. El primero consistiría en un conocimiento externo, caracterizado por la opinión corriente. A la pregunta de Jesús: «¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre?», los discípulos responden: «Unos que Juan el Bautista, otros que Elías, otros que Jeremías o uno de los profetas». Es decir, se considera a Cristo como un personaje religioso más de los ya conocidos. Después, dirigiéndose personalmente a los discípulos, Jesús les pregunta: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?». Pedro responde con lo que es la primera confesión de fe: «Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios vivo». La fe va más allá de los simples datos empíricos o históricos, y es capaz de captar el misterio de la persona de Cristo en su profundidad.

Pero la fe no es fruto del esfuerzo humano, de su razón, sino que es un don de Dios: «¡Dichoso tú, Simón, hijo de Jonás!, porque eso no te lo ha revelado ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos». Tiene su origen en la iniciativa de Dios, que nos desvela su intimidad y nos invita a participar de su misma vida divina. La fe no proporciona solo alguna información sobre la identidad de Cristo, sino que supone una relación personal con Él, la adhesión de toda la persona, con su inteligencia, voluntad y sentimientos, a la manifestación que Dios hace de sí mismo. Así, la pregunta de Jesús: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?», en el fondo está impulsando a los discípulos a tomar una decisión personal en relación a Él. Fe y seguimiento de Cristo están estrechamente relacionados. Y, puesto que supone seguir al Maestro, la fe tiene que consolidarse y crecer, hacerse más profunda y madura, a medida que se intensifica y fortalece la relación con Jesús, la intimidad con Él.

También Pedro y los demás apóstoles tuvieron que avanzar por este camino, hasta que el encuentro con el Señor resucitado les abrió los ojos a una fe plena.

Queridos jóvenes, también hoy Cristo se dirige a vosotros con la misma pregunta que hizo a los apóstoles: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?». Respondedle con generosidad y valentía, como corresponde a un corazón joven como el vuestro. Decidle: Jesús, yo sé que Tú eres el Hijo de Dios que has dado tu vida por mí. Quiero seguirte con fidelidad y dejarme guiar por tu palabra. Tú me conoces y me amas. Yo me fío de ti y pongo mi vida entera en tus manos. Quiero que seas la fuerza que me sostenga, la alegría que nunca me abandone.

En su respuesta a la confesión de Pedro, Jesús habla de la Iglesia: «Y yo a mi vez te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia». ¿Qué significa esto? Jesús construye la Iglesia sobre la roca de la fe de Pedro, que confiesa la divinidad de Cristo. Sí, la Iglesia no es una simple institución humana, como otra cualquiera, sino que está estrechamente unida a Dios. El mismo Cristo se refiere a ella como «su» Iglesia. No se puede separar a Cristo de la Iglesia, como no se puede separar la cabeza del cuerpo (cf. *1Co* 12,12). La Iglesia no vive de sí misma, sino del Señor. Él está presente en medio de ella, y le da vida, alimento y fortaleza.

Queridos jóvenes, permitidme que, como Sucesor de Pedro, os invite a fortalecer esta fe que se nos ha transmitido desde los Apóstoles, a poner a Cristo, el Hijo de Dios, en el centro de vuestra vida. Pero permitidme también que os recuerde que seguir a Jesús en la fe es caminar con Él en la comunión de la Iglesia. No se puede seguir a Jesús en solitario. Quien cede a la tentación de ir «por su cuenta» o de vivir la fe según la mentalidad individualista, que predomina en la sociedad, corre el riesgo de no encontrar nunca a Jesucristo, o de acabar siguiendo una imagen falsa de Él.

Tener fe es apoyarse en la fe de tus hermanos, y que tu fe sirva igualmente de apoyo para la de otros. Os pido, queridos amigos, que améis a la Iglesia, que os ha engendrado en la fe, que os ha ayudado a conocer mejor a Cristo, que os ha hecho descubrir la belleza de su amor. Para el crecimiento de vuestra amistad con Cristo es fundamental reconocer la importancia de vuestra gozosa inserción en las parroquias, comunidades y movimientos, así como la participación en la Eucaristía de cada domingo, la recepción frecuente del sacramento del perdón, y el cultivo de la oración y meditación de la Palabra de Dios.

De esta amistad con Jesús nacerá también el impulso que lleva a dar testimonio de la fe en los más diversos ambientes, incluso allí donde hay rechazo o indiferencia. No se puede encontrar a Cristo y no darlo a conocer a los demás. Por tanto, no os guardéis a Cristo para vosotros mismos. Comunicad a los demás la alegría de vuestra fe. El mundo necesita el testimonio de vuestra fe, necesita ciertamente a Dios. Pienso que vuestra presencia aquí, jóvenes venidos de los cinco continentes, es una maravillosa prueba de la fecundidad del mandato de Cristo a la Iglesia: «Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación» (*Mc* 16,15). También a vosotros os incumbe la extraordinaria tarea de ser discípulos y misioneros de Cristo en otras tierras y países donde hay multitud de jóvenes que aspiran a cosas más grandes y,

vislumbrando en sus corazones la posibilidad de valores más auténticos, no se dejan seducir por las falsas promesas de un estilo de vida sin Dios.

Queridos jóvenes, rezo por vosotros con todo el afecto de mi corazón. Os encomiendo a la Virgen María, para que ella os acompañe siempre con su intercesión maternal y os enseñe la fidelidad a la Palabra de Dios. Os pido también que recéis por el Papa, para que, como Sucesor de Pedro, pueda seguir confirmando a sus hermanos en la fe. Que todos en la Iglesia, pastores y fieles, nos acerquemos cada día más al Señor, para que crezcamos en santidad de vida y demos así un testimonio eficaz de que Jesucristo es verdaderamente el Hijo de Dios, el Salvador de todos los hombres y la fuente viva de su esperanza. Amén.

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

IR A ÍNDICE DOMINGO XXI DEL TIEMPO ORDINARIO

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

"Las llaves del Reino"

551. Desde el comienzo de su vida pública Jesús eligió unos hombres en número de doce para estar con él y participar en su misión (cf. Mc 3, 13-19); les hizo partícipes de su autoridad "y los envió a proclamar el Reino de Dios y a curar" (Lc 9, 2). Ellos permanecen para siempre permanecen asociados al Reino de Cristo porque por medio de ellos dirige su Iglesia:

Yo, por mi parte, dispongo el Reino para vosotros, como mi Padre lo dispuso para mí, para que comáis y bebáis a mi mesa en mi Reino y os sentéis sobre tronos para juzgar a las doce tribus de Israel (Lc 22, 29-30).

552. En el colegio de los doce Simón Pedro ocupa el primer lugar (cf. Mc 3, 16; 9, 2; Lc 24, 34; 1 Co 15, 5). Jesús le confía una misión única. Gracias a una revelación del Padre, Pedro había confesado: "Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo". Entonces Nuestro Señor le declaró: "Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella" (Mt 16, 18). Cristo, "Piedra viva" (1 P 2, 4), asegura a su Iglesia, edificada sobre Pedro la victoria sobre los poderes de la muerte. Pedro, a causa de la fe confesada por él, será la roca inquebrantable de la Iglesia. Tendrá la misión de custodiar esta fe ante todo desfallecimiento y de confirmar en ella a sus hermanos (cf. Lc 22, 32).

553. Jesús ha confiado a Pedro una autoridad específica: "A ti te daré las llaves del Reino de los cielos; y lo que ates en la tierra quedará atado en los cielos, y lo que desates en la tierra quedará desatado en los cielos" (Mt 16, 19). El poder de las llaves designa la autoridad para gobernar la casa de Dios, que es la Iglesia. Jesús, "el Buen Pastor" (Jn 10, 11) confirmó este encargo después de su resurrección: "Apacienta mis ovejas"

(Jn 21, 15-17). El poder de "atar y desatar" significa la autoridad para absolver los pecados, pronunciar sentencias doctrinales y tomar decisiones disciplinares en la Iglesia. Jesús confió esta autoridad a la Iglesia por el ministerio de los apóstoles (cf. Mt 18, 18) y particularmente por el de Pedro, el único a quien él confió explícitamente las llaves del Reino.

El fundamento de la unidad: el colegio episcopal y su cabeza, el sucesor de Pedro.

880. Cristo, al instituir a los Doce, "formó una especie de Colegio o grupo estable y eligiendo de entre ellos a Pedro lo puso al frente de él" (LG 19). "Así como, por disposición del Señor, San Pedro y los demás Apóstoles forman un único Colegio apostólico, por análogas razones están unidos entre sí el Romano Pontífice, sucesor de Pedro, y los obispos, sucesores de los Apóstoles "(LG 22; cf. CIC, can 330).

881. El Señor hizo de Simón, al que dio el nombre de Pedro, y solamente de él, la piedra de su Iglesia. Le entregó las llaves de ella (cf. Mt 16, 18-19); lo instituyó pastor de todo el rebaño (cf. Jn 21, 15-17). "Está claro que también el Colegio de los Apóstoles, unido a su Cabeza, recibió la función de atar y desatar dada a Pedro" (LG 22). Este oficio pastoral de Pedro y de los demás apóstoles pertenece a los cimientos de la Iglesia. Se continúa por los obispos bajo el primado del Papa.

882. El *Papa*, obispo de Roma y sucesor de San Pedro, "es el principio y fundamento perpetuo y visible de unidad, tanto de los obispos como de la muchedumbre de los fieles "(LG 23). "El Pontífice Romano, en efecto, tiene en la Iglesia, en virtud de su función de Vicario de Cristo y Pastor de toda la Iglesia, la potestad plena, suprema y universal, que puede ejercer siempre con entera libertad" (LG 22; cf. CD 2. 9).

883. "El *Colegio o cuerpo episcopal* no tiene ninguna autoridad si no se le considera junto con el Romano Pontífice, sucesor de Pedro, como Cabeza del mismo". Como tal, este colegio es "también sujeto de la potestad suprema y plena sobre toda la Iglesia" que "no se puede ejercer...a no ser con el consentimiento del Romano Pontífice" (LG 22; cf. CIC, can. 336).

884. La potestad del Colegio de los Obispos sobre toda la Iglesia se ejerce de modo solemne en el Concilio Ecuménico "(CIC can 337, 1). "No existe concilio ecuménico si el sucesor de Pedro no lo ha aprobado o al menos aceptado como tal "(LG 22).

885. "Este colegio, en cuanto compuesto de muchos, expresa la diversidad y la unidad del Pueblo de Dios; en cuanto reunido bajo una única Cabeza, expresa la unidad del rebaño de Dios " (LG 22).

886. "Cada uno de los *obispos*, por su parte, es el principio y fundamento visible de unidad en sus Iglesias particulares" (LG 23). Como tales ejercen "su gobierno pastoral sobre la porción del Pueblo de Dios que le ha sido confiada" (LG 23), asistidos por los presbíteros y los diáconos. Pero, como miembros del colegio episcopal, cada uno de ellos participa de la solicitud por todas las Iglesias (cf. CD 3), que ejercen primeramente "dirigiendo bien su propia Iglesia, como porción de la Iglesia universal", contribuyen eficazmente "al Bien de todo el Cuerpo místico que es también el Cuerpo

de las Iglesias" (LG 23). Esta solicitud se extenderá particularmente a los pobres (cf. Ga 2, 10), a los perseguidos por la fe y a los misioneros que trabajan por toda la tierra.

887. Las Iglesias particulares vecinas y de cultura homogénea forman provincias eclesiásticas o conjuntos más vastos llamados patriarcados o regiones (cf. Canon de los Apóstoles 34). Los obispos de estos territorios pueden reunirse en sínodos o concilios provinciales. "De igual manera, hoy día, las Conferencias Episcopales pueden prestar una ayuda múltiple y fecunda para que el afecto colegial se traduzca concretamente en la práctica" (LG 23).

La misión de enseñar

888. Los obispos con los presbíteros, sus colaboradores, "tienen como primer deber el anunciar a todos el Evangelio de Dios" (PO 4), según la orden del Señor (cf. Mc 16, 15). Son "los predicadores del Evangelio que llevan nuevos discípulos a Cristo. Son también los maestros auténticos, por estar dotados de la autoridad de Cristo" (LG 25).

889. Para mantener a la Iglesia en la pureza de la fe transmitida por los apóstoles, Cristo, que es la Verdad, quiso conferir a su Iglesia una participación en su propia infalibilidad. Por medio del "sentido sobrenatural de la fe", el Pueblo de Dios "se une indefectiblemente a la fe", bajo la guía del Magisterio vivo de la Iglesia (cf. LG 12; DV 10).

890. La misión del Magisterio está ligada al carácter definitivo de la Alianza instaurada por Dios en Cristo con su Pueblo; debe protegerlo de las desviaciones y de los fallos, y garantizarle la posibilidad objetiva de profesar sin error la fe auténtica. El oficio pastoral del Magisterio está dirigido, así, a velar para que el Pueblo de Dios permanezca en la verdad que libera. Para cumplir este servicio, Cristo ha dotado a los pastores con el carisma de infalibilidad en materia de fe y de costumbres. El ejercicio de este carisma puede revestir varias modalidades:

891. "El Romano Pontífice, Cabeza del Colegio episcopal, goza de esta infalibilidad en virtud de su ministerio cuando, como Pastor y Maestro supremo de todos los fieles que confirma en la fe a sus hermanos, proclama por un acto definitivo la doctrina en cuestiones de fe y moral... La infalibilidad prometida a la Iglesia reside también en el Cuerpo episcopal cuando ejerce el magisterio supremo con el sucesor de Pedro", sobre todo en un Concilio ecuménico (LG 25; cf. Vaticano I: DS 3074). Cuando la Iglesia propone por medio de su Magisterio supremo que algo se debe aceptar "como revelado por Dios para ser creído" (DV 10) y como enseñanza de Cristo, "hay que aceptar sus definiciones con la obediencia de la fe" (LG 25). Esta infalibilidad abarca todo el depósito de la Revelación divina (cf. LG 25).

892. La asistencia divina es también concedida a los sucesores de los apóstoles, cuando enseñan en comunión con el sucesor de Pedro (y, de una manera particular, al obispo de Roma, Pastor de toda la Iglesia), aunque, sin llegar a una definición infalible y sin pronunciarse de una "manera definitiva", proponen, en el ejercicio del magisterio ordinario, una enseñanza que conduce a una mejor inteligencia de la Revelación en materia de fe y de costumbres. A esta enseñanza ordinaria, los fieles deben

"adherirse...con espíritu de obediencia religiosa" (LG 25) que, aunque distinto del asentimiento de la fe, es una prolongación de él.

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO XXI DEL TIEMPO ORDINARIO

«Vosotros, ¿quién decís que soy yo?»

Hay un hecho en la cultura y en la sociedad de hoy, que nos puede introducir en la comprensión del Evangelio de este Domingo: es el sondeo de opiniones. Se practica por todas partes; pero, sobre todo, en el ámbito político y comercial.

Asimismo, Jesús un día quiso hacer un sondeo de opiniones; pero, para fines distintos como veremos: no políticos sino educativos. Llegado a la región de Cesarea de Filipo, esto es, a la región más al norte de Israel, en una pausa de tranquilidad, en la que estaba a solas con los apóstoles, Jesús les dirigió a quemarropa la siguiente pregunta:

«¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre?».

Parece como que los apóstoles no esperasen otra cosa para poder finalmente destapar todas las voces que circulaban a su respecto. Responden: «Unos que Juan Bautista, otros que Elías, otros que Jeremías o uno de los profetas».

Pero, a Jesús no le interesaba medir el nivel de su popularidad o el índice de su aceptación por la gente. Su finalidad era bien distinta. Les acosa, por ello, diciendo:

«Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?»

Esta segunda pregunta, por inesperada, les descoloca completamente. Silencio y miradas se entrecruzan. Si a la primera pregunta se lee que los apóstoles «respondieron» todos juntos a coro, esta vez el verbo está en singular; uno sólo «responde», Simón Pedro:

«Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo».

Entre las dos respuestas hay un salto abismal, una «conversión». Si antes, para responder, había bastado mirarse unos a otros, haber oído las opiniones de la gente, ahora, deben mirarse hacia dentro, escuchar una voz bien distinta, que no viene ni de la carne ni de la sangre sino del Padre, que está en los cielos. Pedro ha sido objeto de una iluminación «desde lo alto».

Según los Evangelios, es el primer reconocimiento claro de la verdadera identidad de Jesús de Nazaret. ¡El primer acto público de fe en Cristo en toda la historia! Pensemos en la estela producida en el mar por un buen navío. Ésta va alargándose a medida que el navío avanza hasta perderse en el horizonte. Pero, comienza con una punta, que es la misma punta del navío. Así es la fe en Jesucristo. Ella es una estela, que ha ido alargándose en la historia hasta alcanzar hasta «los últimos extremos de la

tierra». Pero, comienza con una punta. Y esta punta es el acto de fe de Pedro: «Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo».

Jesús usa otra imagen, que, más que el movimiento, hace resaltar la estabilidad; una imagen en vertical, más que en horizontal: la roca, la piedra:

«Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia».

Jesús le cambia el nombre a Simón, como se hace en la Biblia cuando uno recibe una importante misión nueva: lo llama Cefas, Roca. Mas, la verdadera roca, la «piedra angular», es y permanece siendo él mismo, Jesús. Pero, una vez resucitado y ascendido al cielo esta «piedra angular», a pesar de estar presente y operante, es invisible. Es necesario un signo que la represente, que haga visible y eficaz en la historia este «fundamento incuestionable», que es Cristo. Y esto será precisamente Pedro y, después de él, el que hará sus veces, el papa, sucesor de Pedro, como cabeza del colegio de los apóstoles.

Pero, volvamos a la idea del sondeo, porque contiene una fuerte provocación para el hombre de hoy. El sondeo de Jesús, como hemos visto, se desarrolla en dos tiempos y comporta dos preguntas fundamentales; primera: «¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre?»; segunda: «y vosotros, ¿quién decís que soy yo?» Mas, nosotros no podemos dejar de plantearnos la pregunta: ¿en qué estadio estamos o nos encontramos? Es fácil registrar opiniones sobre Jesús. Son incontables los libros que hacen esto, que refieren lo que han pensado sobre Jesús los filósofos, los teólogos, los literatos y hasta los ateos.

Todo esto le permite a la persona permanecer neutral, al abrigo o amparo de Jesús. Entre Jesús y nosotros, en este caso, se interpone la pantalla protectora de las opiniones de los demás, los pro y los contra. El conjunto nos deja tranquilos: no hay una decisión a tomar. Es como ir hoy dando vueltas por ahí con un micrófono y una grabadora en mano a preguntar a la gente por quién votará en las próximas elecciones. Para hacer esto no es necesario tener ninguna preferencia política.

Sin embargo, es cuando suena aquel «vosotros», es más, aquel «tú», cuando las cosas cambian de improviso y se ponen serias. Se realiza entonces el cortocircuito. «Y vosotros/tú, ¿quién decís que soy yo?» Aquí no hay escapatorias. Debes venir al descubierto, hacer tu elección, sólo tú frente a tu conciencia. Es como si, de improviso, durante aquel mismo sondeo, alguien de los entrevistados tomase él el micrófono en mano y le preguntase al que entrevista: «y tú ¿por quién votas?» Las cosas cambian.

¡Ay de mí, también hoy, como entonces, en este punto las líneas se estrechan! Son pocos los que aceptan responder a esta segunda pregunta. Pero, «creyentes», es más, «dichosos o bienaventurados» son sólo los que tienen la valentía de aceptar la gracia (¡el coraje de acoger la gracia!) y proclamar: «Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo». Por lo tanto, Jesucristo es no sólo un «profeta», un «gran profeta», ni siquiera solamente «el hijo del hombre», sino «el Hijo de Dios».

El cristianismo permanece o se derrumba con esta fe. Existen edificios y estructuras metálicas (una creo que lo sea la torre Eiffel de París) hechas o construidas de tal manera que si se toca un cierto punto o se quita un cierto elemento viene todo

abajo. Tal es el edificio de la fe cristiana y este su punto neurálgico es la divinidad de Jesucristo. Y de ahí que el cristianismo se distinga de cualquier otra religión en el mundo. Es a esta precisa fe, no a otras, a la que se le ha prometido la victoria:

«¿Quién es el que vence al mundo sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?» (1 Juan 5, 5).

En 1955 estuvo en escena, en el Pequeño Teatro de Milán, el drama Proceso a Jesús de Diego Fabbri, que en breve tiempo hizo después la gira por los principales teatros del mundo. El autor imagina a una trouppe de hebreos, que, después de la segunda guerra mundial, van de ciudad en ciudad, para rehacer delante del público el proceso a Jesús y ver si fue condenado justa o injustamente.

En un cierto punto, en la representación del drama desaparece la separación entre público y actores y todo llega a ser como un mismo estrado o escenario. Recuerdo la impresión enorme, que se produjo, cuando, en un cierto punto, desde la platea hasta en la silla de al lado, de repente, se levantaban los personajes y comenzaban a intervenir vivamente con aquellos que estaban en el palco. Entre dichos se miraba alrededor. La cosa parecía que se había escapado completamente de la mano de la organización y se pretendía antes que nada poder entender que, también ello, formaba parte de la representación.

Después de haber escuchado los testimonios de entonces (Pilatos, Caifás, Judas, los apóstoles), también esta vez la sentencia se preanuncia como de condena respecto a Jesús. Y el argumento principal del drama es que nada ha cambiado con su venida, que todo continúa como antes y que, por lo tanto, él no puede haber sido el Hijo de Dios. «Pronunciaremos pues la sentencia, dice el presidente dirigiéndose hacia el público; pero, quisiera preguntaras primero a vosotros cristianos, los aquí presentes: ¿quién era… quién es, sí, quién es para vosotros Jesús de Nazaret?»

Es en este punto donde todo cambia. Se levantan un sacerdote, que estaba allí de incógnito, la prostituta, arrastrada al teatro por su amigo intelectual, el joven, huido de casa, la chica de la limpieza del teatro, a la que han matado a su hijo como subversivo, y cada uno de ellos grita que Jesús está en el inconfesado secreto de su propia vida y por qué no puede prescindir de él. Se entiende, entonces, que no es en efecto verdad que todo ha permanecido igual como estaba antes de él.

Y el presidente del tribunal concluye: «¿Por qué no lo gritáis fuerte, en cualquier parte y siempre, lo que habéis dicho esta tarde? ¡Todos debierais gritar! ¡Todos! Porque de otro modo se repite igualmente para vosotros lo que nos aconteció para nosotros entonces. Renegar… condenar… crucificar a Jesús. Yo debo, ahora, proclamar… en voz alta… y ante todos vosotros… que no sé aún si Jesús de Nazaret ha sido verdaderamente aquel Mesías que nosotros (los hebreos) esperábamos… no lo sé…; pero, ¡es cierto que Él, Él sólo, alimenta y sostiene desde aquel día todas las esperanzas del mundo! Y yo lo proclamo: ¡inocente… mártir… y guía!»

Hasta aquí yo he sido, por así decirlo, el entrevistador. Os he formulado a vosotros la pregunta: «Para vosotros ¿quién es Jesucristo?» Llegados a este punto, os dejo que seáis vosotros a tomar en la mano el micrófono y preguntadme a mí: «¿Y para

ti, para ti, quién es Jesucristo?» Tengo la gracia (porque es gracia de lo que se trata, no ciertamente por mérito) y, es más, la alegría de poderos decir, me parece que con toda sinceridad: «Sí, también para mí, como para Pedro, Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios vivo».

PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes

IR A ÍNDICE DOMINGO XXI DEL TIEMPO ORDINARIO

Amar al Papa

Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios vivo, que le fue revelado por Dios Padre que está en el cielo al apóstol Pedro, y a quien Jesús eligió como la roca sobre la que construye su Iglesia.

El Papa es el sucesor de los apóstoles, que ha sido sentado en la sede de Pedro, para ser configurado con Cristo como cabeza de la Iglesia, que es Una, Santa, Católica y Apostólica.

A él le han sido dadas las llaves del Reino de los cielos, y el poder de Dios, para que todo lo que ate en la tierra, quede atado en el cielo, y lo que desate en la tierra quede desatado en el cielo.

Por voluntad de Dios ha sido nombrado como Sumo Pontífice, el representante de Cristo en la tierra, a quien todo bautizado, como miembro de la Iglesia e hijo de Dios, debe amar, respetar y obedecer.

Él es el Pastor Supremo con el que Dios reúne a su pueblo en un solo rebaño y con un solo Pastor.

Él tiene el don de la infalibilidad pontificia, y la luz del Espíritu Santo y la sabiduría, para guiar a los hombres en el camino de la verdad.

A través de él, Dios derrama abundantes gracias para el mundo, para atraerlos a Cristo, y sean así atraídos a su abrazo misericordioso de Padre.

Por tanto, la misión del Papa y su responsabilidad es muy grande. Lleva sobre sus hombros el peso de toda la Iglesia, y tiene también el compromiso de fomentar entre todos los hombres la unidad.

Ama al Papa, reza por él, respétalo, conócelo a través de su palabra, de sus escritos, de su magisterio. Y aprende de él. Síguelo, porque tú eres una oveja de su rebaño, él es tu pastor, él es quien te alimenta, quien te cuida, quien te busca, quien te sana, quien resguarda el tesoro de la fe por la que tú serás salvado, si crees.

Haz tuyo su carisma, únete a sus mismas intenciones y obras, practica su doctrina, y déjate guiar con docilidad hacia la Patria Celestial».

FLUVIUM (www.fluvium.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO XXI DEL TIEMPO ORDINARIO

El Santo Padre común

La conversación entre Jesús y sus Apóstoles que nos ofrece hoy la Iglesia, Nuestra Madre, nos invita, sin que sea preciso que nos lo pida de modo expreso, a la oración intensa por el Santo Padre. Estas plegarias habituales por el Papa de los buenos cristianos, son además una manifestación exacta del afán apostólico de cada uno. El orden de la caridad nos impulsa a interceder en primer lugar por los más próximos, y nadie tan cercano en el afecto para un hijo de Dios como el Romano Pontífice, que Dios mismo ha querido que sea padre de todos en la tierra, según el orden sobrenatural.

Además, nos entra por los ojos. Sin especiales razonamientos que nos deban convencer, la persona del Papa, quienquiera que sea el Romano Pontífice, es un punto en el que convergen los pensamientos y afectos del Pueblo del Dios. Así, tan naturalmente, se refieren a la cabeza que los conduce cada uno de los miembros de un organismo vivo, y por eso los cristianos queremos al Papa. Escuchamos, más que con interés, con fervor, sus palabras e intentamos aplicarlas a nuestra vida. Queremos saber de su trabajo, de su descanso, de su salud y hasta los detalles de su vida que, sin curiosidad malsana y de modo espontáneo, los hijos normales desean conocer de sus padres, aunque a los extraños les puedan parecer irrelevantes.

Es el padre común para todo lo que se refiere al Reino de los Cielos que nos aguarda. Para este proyecto divino querido por el Creador, el proyecto por antonomasia de cada hombre en el mundo, que justifica nuestra condición de hijos de Dios, contamos con un guía y Pastor infalible. Si le seguimos vamos seguros, aunque tenga que ser entre la casi impenetrable selva de dificultades que ha crecido en la sociedad actual, fruto de la maldad humana. El Papa conoce siempre –asistido por el Espíritu Santo– el camino preciso para llegar hasta la Vida Eterna, aunque exista violencia alrededor, a pesar de tantas desigualdades materiales y sociales, en medio de un ambiente corrupto por el consumismo y por el delirio desenfrenado de sensaciones, pues, sobre todo, el Papa es experto en humanidad y sentido sobrenatural para sus hijos.

El Papa es siempre buen conocedor de las personas porque tiene una visión total del hombre. Para él cada uno somos un candidato para el Cielo. Nos contempla en todo momento desde la óptica de Jesucristo, que vino al mundo sólo por nuestra salvación, que es mucho más que un cierto deseo de conseguirnos la Gloria: dio su vida por los hombres. Así, el Romano Pontífice tiene su vida consagrada en cuerpo y alma, olvidado del todo de su persona, a la plena y definitiva felicidad de los hombres. También por esto nos interesa lo mejor para el Papa: que sea santo. ¡Qué responsabilidad la de todos! De su santidad y, por tanto, de nuestra oración por su persona e intenciones, depende en cierta medida la salvación eterna de los hombres. Rezar, pues, por el Papa es rezar por nosotros, viviendo el orden de la caridad.

Tu más grande amor, tu mayor estima, tu más honda veneración, tu obediencia más rendida, tu mayor afecto ha de ser también para el Vice-Cristo en la tierra, para el Papa.

Hemos de pensar los católicos que, después de Dios y de nuestra Madre la Virgen Santísima, en la jerarquía del amor y de la autoridad, viene el Santo Padre.

Así se expresaba san Josemaría y continuaba:

La fidelidad al Romano Pontífice implica una obligación clara y determinada: la de conocer el pensamiento del Papa, manifestado en Encíclicas o en otros documentos, haciendo cuanto esté de nuestra parte para que todos los católicos atiendan al magisterio del Padre Santo, y acomoden a esas enseñanzas su actuación en la vida.

Porque, como afirma el conocido refrán: "obras son amores y no buenas razones". Podemos saber bien, por consiguiente, la calidad de nuestro amor al Papa comprobando si la actuación nuestra se ajusta a lo que nos indica, a lo que nos aconseja, a lo que nos sugiere. Además, ¿rezo concretamente por su persona e intenciones?, ¿ofrezco algún sacrificio, alguna contrariedad, algo que me cuesta por él?

Posiblemente podemos exigirnos un poco más. Pongamos al Papa bajo la protección de la Santísima Virgen, la Madre de todos los cristianos y, de modo singular, de quien hace cabeza en el Pueblo de Dios. El rezo del Santo Rosario, devoción alabada por todos los Romanos Pontífices, ofrecido por el Papa, puede ser un modo espléndido de concretar este amor nuestro.

PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)

IR A ÍNDICE DOMINGO XXI DEL TIEMPO ORDINARIO

Quién es Jesús de Nazaret

Desde el inicio del año litúrgico esperaba este pasaje evangélico, en efecto, ya no podíamos seguir postergando el hecho de plantearnos también nosotros la siguiente pregunta: quién es en realidad este Jesús que en cada asamblea nos habla y del cual siempre hablamos. Tal vez sea propicio que la ocasión nos llegue en este momento del año, cuando hemos celebrado todos los eventos y misterios de Jesús: el nacimiento, el bautismo, la pasión, la resurrección, la ascensión; es decir, cuando desde hace mucho lo vimos en acción y tenemos de él, por así decirlo, el testimonio de las *obras que el Padre me encargó llevar a cabo* (Jn 5, 36). Incluso durante su vida, Jesús no planteó esa pregunta al principio, sino más tarde, cuando los discípulos estaban capacitados para dar una respuesta.

Concentraremos toda nuestra atención en torno a las dos preguntas de Cristo: *¿Qué dice la gente sobre el Hijo del hombre? ¿Quién dice que es?* Y agrega: *Y ustedes… ¿quién dicen que soy?* Él, el Viviente, todavía está en posición de interrogar a los

hombres. Por eso, no es una ficción del espíritu si sentimos que aquellas preguntas están dirigidas a nosotros ahora, aquí.

¿Qué dice la gente sobre el Hijo del hombre?: La gente (literalmente: "los hombres") indica aquí a los de afuera, a los que no escucharon hablar de Jesús o lo vieron sin aceptarlo. ¿Acaso el Señor tiene necesidad de nosotros para saber qué piensan de él los hombres? Claro que no; aquella pregunta nos sirve más bien a nosotros, los creyentes. Debido a algún objetivo que debemos descubrir a continuación, Jesús nos empuja a investigar qué dicen de él los hombres que son nuestros contemporáneos.

¿Quién dicen que es Jesús de Nazaret los hombres de hoy? Las respuestas son muchas y, a menudo, difíciles de descifrar. Nosotros deseamos captar las más difundidas. Antes que nada, la voz de los jóvenes. ¿Quién ha sido Jesús para la generación de jóvenes que tanto conmovió la década apenas transcurrida? (¡Hablamos siempre de "los de afuera"!). Lo dice mejor que nadie la Magdalena en un film por ellos y para ellos realizado: "Es un hombre, sólo un hombre" (*Jesus Christ Super Star).* ¡Es la rehumanización total del Cristo! Un hombre que no sabe evitar mirar a su alrededor y sentirse solo, mirar hacia atrás y sentirse cansado; un hombre sin compromisos, de sentimientos limpios, fascinante, el único sin rastros de hipocresía; un hombre que no desprecia ni siquiera el sentimiento demasiado humano hacia él de una mujer –la Magdalena–, pero a quien le basta ese hilo tenue para transformar a una persona y hacerla exclamar, como a alguien que se asoma en ese momento a la existencia: "He cambiado; soy otra". ¿Es suficiente, para todo esto, la definición: "un hombre, sólo un hombre"? Al final, nos damos cuenta de que no basta y he aquí que vuelven a surgir las preguntas: "¿Pero quién eres tú, Jesús? ¿Eres de veras lo que dicen que eres? ¿Habías previsto morir así: fue un error o fue otra cosa?" Por lo tanto, el horizonte todavía permanece abierto: el Jesús de los jóvenes está en el límite; está de este lado, entre los otros hombres –eso es verdad–; pero hay algo en él que va más allá de aquel horizonte, aun cuando no se tengan ni los medios ni la voluntad para llevar más allá el cuestionamiento.

¿Quién es Jesús de Nazaret? Hoy todavía existe quien, ante esta pregunta, responde como entonces: ¡un profeta! Son los políticos, algunos marxistas que abandonaron la prohibición anticristiana (R. Garaudy, E. Bloch y otros), o, simplemente, hombres empeñados en lograr un mundo más justo. Profeta, se entiende, de la historia, no de Dios. Aquel que ha infringido los tabúes y los miedos, que dio una conciencia y una voz a los abandonados y a los oprimidos, preparando así, desde lejos, su rescate y su liberación. Es el Jesús mártir político, pero mártir en cuanto rebelde; celote que ha combatido junto a los celotes por la liberación de su tierra del imperialismo romano y de la opresión económica. Fue la imagen de Jesús en la cual se reconoció toda una generación de ideólogos de la revolución y del cambio social.

¿Quién es Jesús de Nazaret? La tercera respuesta es la de los doctos: *filósofos y teólogos*. "El hombre libre que, en Pascua, contagia a los hombres con su libertad", respondió alguien (P. Van Buren). Pero era un Jesús "ateo", nacido de la "muerte de Dios"; así, esa definición, aunque hermosa, en seguida resultó inaceptable. "El hombre

integral", dijo otro (P. Schoonenberg): es decir, alguien que ha llevado a cabo hasta lo más profundo todas las posibilidades del hombre y que, por eso, puede presentarse como sentido y modelo de la existencia humana; alguien en quien Dios se hizo presente en forma total y definitiva (en otras palabras, ¡alguien que no "es" Dios, sino alguien en quien "está" Dios!).

Esto, más o menos, es lo que "la gente" dice hoy de Jesús. Si a Cristo le hubiera importado verdaderamente lo que decía de él la gente, tendría que haberse detenido aquí y considerarse satisfecho. Por el contrario, como descubriendo sólo entonces su verdadera intención, planteó la otra pregunta: *Y ustedes... ¿quién dicen que soy?* "Ustedes", vale decir los discípulos que lo conocieron de cerca, que acogieron su palabra. De ellos el Señor espera claramente una respuesta distinta de aquella de la gente.

Tampoco hoy Jesús se conforma con que nosotros sepamos qué dice de él la cultura que nos rodea; quiere nuestra respuesta, la de quienes creemos en él y que en él hemos puesto nuestra esperanza. Por supuesto, la respuesta no se debe inventar; existe la que dio aquel día Pedro: *Tú eres Cristo, el Hijo del Dios viviente*. En ella está, *in nuce,* toda la cristología. Aquella respuesta, revivida y profundizada por todas las generaciones cristianas que nos precedieron, proclamada por los concilios y por el magisterio de la Iglesia, llegó a nosotros y nosotros, al recitar dentro de poco el credo, no haremos otra cosa que repetirla: "Creo en un solo Señor Jesucristo, Hijo unigénito de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos, Dios de Dios...que por nosotros hombres y por nuestra salvación se encarnó y se hizo hombre..." En sus oraciones y en sus enseñanzas, la Iglesia siempre se repite a sí misma esta fe: Jesús no es sólo un hombre o un profeta; s más que un profeta: es Dios-con-nosotros.

Por lo tanto, ésta es la respuesta de fe a la pregunta: ¿quién es Jesús? ¿Qué significan entonces las respuestas de la "gente" escuchadas al principio? Ellas no representan la fe; representan la *búsqueda;* no vienen de lo alto, "del Padre que está en los cielos", sino de abajo, "de la carne y de la sangre" (entendidas también en sentido positivo, como un interrogarse honesto acerca de Jesucristo a la luz de la experiencia, de la razón, O también de la propia ideología). Entre las dos respuestas de Jesús existe la misma diferencia que existía entre los Magos en camino a Belén y los Magos de regreso de Belén: los primeros "iban informándose con diligencia acerca del Niño", los segundos "habiéndolo encontrado, lo adoraron", considerándolo Dios.

Sin embargo, en este punto se encuentra nuestro mayor peligro: hay una respuesta en torno a Jesús, tan antigua como la Iglesia; por lo tanto, nosotros nos apropiamos de ella y la repetimos, seguros de haber resuelto por fin el problema y de haber terminado con todas las interrogaciones. ¡Y al contrario, no basta! Aquella respuesta de fe se desvanece si no es continuamente renovada, revivida y, por así decirlo, trasplantada en cada generación y en cada cultura que actúa en la escena del mundo. Aún más: aquella respuesta, si bien viva en sí misma, se vuelve insignificante para mí si no la hago mía, si no la interiorizo, si, al contrario, sigo repitiéndola mecánicamente como una poesía aprendida de memoria. Por eso, debemos ir hacia afuera; no podemos cobijamos detrás de una fe "a través de una interpósita persona",

aun cuando fuera la persona del Papa. Es a mí, creyente individual, a mi libertad y a mi fe, que Jesús pide hoy: ¿Quién dices que soy? A semejante pregunta no se puede responder repitiendo sólo lo que dice "la gente" o lo que dice "la Iglesia".

Habiendo llegado aquí, deberíamos terminar con la reflexión y comenzar con el testimonio; reunir nuestras experiencias con Jesús, como hicieron los discípulos al día siguiente de la resurrección, cuando se contaban unos a otros: ¡Se me apareció a mí! ¡Yo lo reconocí al partir el pan! ¡Nos ardía el corazón en el pecho mientras nos hablaba! Es así como nació la fe en la Iglesia y es así como se regenera y renueva cada vez: reuniendo la fe de todos los creyentes, el común *sensus fidelium,* como un edificio siempre nuevo que se apoya en los cimientos de los apóstoles y es vivificado y unificado por el Espíritu Santo.

Hay algo que debe ser tomado en cuenta de nuevo: las respuestas "de la gente". Hemos dicho que ellas expresan la búsqueda, no la fe; el camino, no la meta. ¿Pero podemos conformarnos con esto? ¿Es realmente inútil ese "interrogarse sobre el Niño" para quien, como nosotros, ya encontró "al Niño con su madre"? Realmente, no. En cierto sentido, esos interrogantes son indispensables para la fe de la Iglesia como arado que remueve el terreno y resulta indispensable a la tierra para hacer salir sus recursos escondidos, para recibir el aire y la lluvia y preparar así una nueva cosecha.

La búsqueda renueva la fe y sobre todo, la encarna Jesucristo se volvería poco a poco una figura débil y apagada si los hombres dejaran de plantearse preguntas acerca de él, de repensar su persona a la luz de los problemas y de las exigencias siempre nuevas que afloran en la historia. Los no creyentes –"la gente"–, sin quererlo, hacen este trabajo también para nosotros. Ellos plantean preguntas siempre nuevas en torno a Jesús, obligándonos a dar respuestas siempre nuevas. ¡Cuántas cosas nos hizo volver a descubrir aquella rehumanización de Jesús realizada por los jóvenes y su historicidad realizada por los creadores del Jesús "crucificado político"! Es cierto, eran respuestas parciales e insuficientes, demasiado a menudo condicionadas por exigencias y modas del momento –en resumen, eran "herejías"– y, en este sentido, la Iglesia no se equivoca al poner en guardia contra ellas. Pero sin esas voces sin prejuicios y a veces provocativas, ¿acaso habríamos descubierto que el Evangelio también tiene una relevancia para el accionar social y político del cristiano? ¿Acaso habríamos pensado hasta qué punto *el mediador entre Dios y los hombres* fue de veras un hombre, justamente *Jesucristo, hombre él también?* (Tim. 2, 5). Ellos se detuvieron en el signo, como quien muele la harina y prepara la hostia para la Eucaristía; pero al hacerla, nos permitieron descubrir cada vez mejor el sacramento, es decir, la realidad oculta de Jesús, su divinidad. Se acercaron a Cristo por detrás, tocando sólo el borde de su manto, como aquella mujer del Evangelio que sufría pérdidas de sangre (Mc. 5, 25); ¿pero quién puede decir que, sintiéndose tocar sólo por el borde de su humanidad, Jesús no se dé vuelta también hacia ellos y no se deje descubrir por completo?

Ahora debemos poner fin a nuestra reflexión. El pasaje evangélico terminaba con estas palabras: *Entonces ordenó severamente a los discípulos que no dijeran a nadie que él era el Mesías.* He aquí una cosa del Evangelio que no vale más. Entonces era necesario que los discípulos callaran ese "secreto mesiánico" porque la gente no estaba

preparada para recibirlo. Pero hoy no; hoy, al contrario, a nosotros sus discípulos, Jesús nos ordena decirles a todos que él es el Mesías: decírselo sobre todo a la "gente" que sigue preguntándose quién es Jesús.

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO XXI DEL TIEMPO ORDINARIO

Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II

Angelus, en Castelgandolfo (23-VIII-1981)

– María, esclava y reina

"¡Qué abismo de generosidad, de sabiduría y de conocimiento el de Dios! ¡Qué insondables sus decisiones y qué irrastreables sus caminos! ¿Quién conoció la mente del Señor? ¿Quién fue su consejero? ¿Quién le ha dedo primero para que él le devuelva? Él es origen, guía y menta del universo. A él la gloria por los siglos" (Rm 11,33-36).

En el abismo de generosidad, sabiduría y conocimiento de Dios, y en sus decisiones insondables se funda el hecho de que Ella, que no es sólo llamada "la sierva del Señor", sino que lo fue realmente, tanto en el momento de la Anunciación que meditamos al rezar el Ángelus, como en el momento de su elevación a la gloria, Ella obtuvo una parte singularísima en su Reino. De esta elevación de María nos habla la reciente solemnidad de la Asunción y asimismo la liturgia de la "coronación" en la gloria: memoria de Santa María Reina.

– Servir a Dios y a los hermanos

¿Acaso no se ha hecho realidad en Ella —y sobre todo en Ella— la verdad de que "servir" a Dios quiere decir "reinar"?

Tal "reinar" es el programa de la vida cotidiana que nos enseña Cristo. A este propósito encontramos una enseñanza espléndida en los documentos del Concilio Vaticano II, en particular en la constitución sobre la Iglesia. Fijando, pues, la mirada en el misterio de la Asunción de María, de su "coronación" en la gloria, aprendemos diariamente a servir. A servir a Dios en nuestros hermanos. A expresar en nuestra actitud de servicio la "realeza" de nuestra vocación cristiana en todo estado o profesión, en todo lugar y tiempo. A traducir con esta actitud en la realidad de la vida diaria, la petición "venga a nosotros tu reino" que hacemos todos los días en la oración del Señor al Padre.

– María, Reina de la paz

Que nuestra oración a María sea de nuevo un grito a la Reina de la Paz.

***

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

El Señor podría dirigirnos hoy esta misma pregunta: ¿Quién soy Yo para vosotros? La diversidad de opiniones de entonces con respecto a Jesús no sería muy distinta a la que existe hoy. Se admite que Jesús es un hombre admirable, un hombre de Dios, pero ¡Dios hecho hombre…! Aquellas palabras del escritor ruso: "¿puede un hombre culto, un europeo de nuestros días, creer aún en la divinidad de Jesucristo, Hijo de Dios?" (Dostoyevski).

¡Confesemos la divinidad de Jesucristo, porque si la fe del centurión despertó en Él su admiración, la confesión de Pedro provocó un verdadero torrente de elogios: "¡Dichoso tú Simón…!", y esta alabanza a Pedro nos alcanzará también a nosotros!

En su primer encuentro con Simón Pedro, Jesús le había adelantado que se llamaría *Cefas,* Roca en arameo (Cfr Jn 1,42). Ahora, años después, al volverlo a llamar así, los discípulos podían contemplar la roca sobre la que Herodes había construido un gran templo de mármol dedicado a Augusto. Al lado de aquella enorme construcción, Pedro, un modesto pescador de Galilea y cuya fragilidad queda patente en los Evangelios, podría parecer insignificante, y Jesús un soñador. Pero el tiempo ha dado la razón a Jesucristo.

"Tú eres Pedro". Estas palabras cobran toda su fuerza para nosotros cuando se leen, como debe ser, en el contexto de todo el AT. La imagen de la roca, era una imagen clásica con la que se designaba a Yahveh, y muy próxima a la de templo. "Tú eres Pedro… aunque Yo soy la piedra inconmovible, la piedra angular…, sin embargo, también tú eres piedra (Pedro), porque eres consolidado por mi propia fuerza y porque las prerrogativas que son y siguen siendo mías, las compartes conmigo por la comunicación que Yo te hago de ellas" (S. León Magno Serm. 4).

"Te daré las llaves". Las llaves del Reino le habían sido prometidas al hijo de David. En ese Reino, sólo el Mesías poseería las llaves con pleno derecho, como enseña el Apocalipsis (Cfr 3,7). Pedro debió quedar mareado ante esta promesa. Sin embargo, el sentido era claro: el Reino de los Cielos aquí en la tierra estaría en sus manos. Y para reforzar sus palabras, Jesús le asegura explícitamente que todos sus actos serán ratificados en los cielos. Jesús conoce la debilidad humana —como la de Pedro— y el escándalo que ella puede despertar cuando quienes le representan en la tierra no están a la altura de su misión. Con todo, ha querido que su mensaje de salvación sea difundido de modo infalible por su Iglesia. Pedro es el representante personal, el vicario de Cristo en la tierra, la Cabeza del Colegio Apostólico.

Dejemos a un lado las críticas y las reticencias hacia la Iglesia, como si Ella y sus enseñanzas estuvieran en contraste con lo que Jesús hizo y dijo. Nosotros no sabríamos hoy quién es Jesucristo, qué hizo y qué dijo a no ser por la Iglesia. Hay que ser consecuentes con la lógica de la Encarnación, por la que la divinidad se adapta a la debilidad humana. Para estar seguros de que tenemos el tesoro de la verdad salvadora de Cristo, hay que amar *el vaso de barro* que la contiene (Cfr 2 Cor 4, 7).

***

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

«La fe de Pedro fundamento y centro de comunión de la Iglesia»

I. LA PALABRA DE DIOS

Is 22,19-23: «Colgaré de su hombro la llave del palacio de David»

Sal 137,1-2a.2bc-3.6.8bc: «Señor, tu misericordia es eterna, no abandones la obra de tus manos»

Rm 11,33-36: «Él es origen, guía y meta del universo»

Mt 16,13-20: «Tú eres Pedro y te daré las llaves del Reino de los cielos»

II. APUNTE BÍBLICO-LITÚRGICO

Himno petrino: Es correlativo a la confesión de fe. Porque «Pedro… dijo: Tú eres el Mesías…», Jesús responde: «Tú eres Pedro…». Pedro posee todo el poder del Reino, porque se le han dado «las llaves» (1ª Lect.). Por eso, es capaz de poner en sintonía las decisiones y el perdón que se otorgan en la Iglesia, aquí en la tierra, con los designios y la reconciliación de Dios en el cielo. La fe de Pedro, a una con la Palabra de Cristo o con Cristo, es el fundamento inamovible de la Iglesia, el centro de comunión entre la tierra y el cielo, la Iglesia de aquí y Dios. La Iglesia es el comienzo de la nueva creación en este mundo, a partir del Señor resucitado.

«Les mandó que no dijeran a nadie» quién era Él y el misterio de su vida, porque los hombres no estaban aún preparados para entender al Hijo del hombre y su obra la Iglesia, con la que Él se identifica.

III. SITUACIÓN HUMANA

Es demasiado fuerte el contraste entre el lugar de Pedro en la Iglesia, según el Evangelio entendido por la Tradición viva de la misma Iglesia, y la actitud de algunos fieles católicos distanciados de Pedro y aun opuestos a él con frecuencia. ¿Qué hacer en esta crisis real que padece la Iglesia?

IV. LA FE DE LA IGLESIA

La fe

– La lectura del Evangelio pertenece a la fe de la Iglesia: "El Señor hizo de Simón, al que dio el nombre de Pedro, y solamente de él, la piedra de su Iglesia. Le entregó las llaves de ella; lo instituyó pastor de todo el rebaño» (881).

– La fe de la Iglesia aplica el Evangelio a los tiempos siguientes: "El Papa, obispo de Roma y sucesor de San Pedro, «es el principio y fundamento perpetuo y visible de unidad, tanto de los obispos como de la muchedumbre de los fieles» (LG 23)…" (882; cf 883).

La respuesta

– El Catecismo de la Iglesia Católica insiste en el desarrollo «entre los cristianos de un verdadero espíritu filial con respecto a la Iglesia. Es el desarrollo normal de la gracia bautismal, que nos engendró en el seno de la Iglesia y nos hizo miembros del Cuerpo de Cristo…» (2040).

– Ese «espíritu filial» elimina el distanciamiento y hasta oposición al magisterio. Por otra parte, no se han de levantar con facilidad oposiciones insalvables entre la fe y la razón, la norma y la conciencia, pues «el mismo Dios que revela los misterios y comunica la fe ha hecho descender en el espíritu humano la luz de la razón... Por eso, la investigación metódica... según las normas morales, nunca estará realmente en oposición con la fe, porque... tiene su origen en el mismo Dios» (159).

El testimonio cristiano

– "«... Es a la misma Iglesia, a la que ha sido confiado el 'Don de Dios'... Es en ella donde se ha depositado la comunión con Cristo, es decir, el Espíritu Santo... confirmación de nuestra fe y escala de nuestra ascensión hacia Dios... Porque allí donde está la Iglesia, allí está también el Espíritu de Dios; y allí donde está el Espíritu de Dios, está la Iglesia y toda gracia» (San Ireneo, haer. 3, 24, 1)" (797).

Por la fe se otorgan a Pedro la misión y los carismas que, según el Evangelio, lo colocan como fundamento de la Iglesia y centro de comunión en ella. Cada Eucaristía se celebra en comunión con la fe de Pedro. Nosotros hoy hemos de adherirnos sin titubeos a la fe del centro de unidad de la Iglesia.

HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO XXI DEL TIEMPO ORDINARIO

El Papa, fundamento perpetuo de la unidad.

– Jesús promete a Pedro que será la roca sobre la que edificará su Iglesia.

I. El Evangelio de la Misa presenta a Jesús con sus discípulos en Cesarea de Filipo. Habían llegado a aquella región después de dejar Betsaida y de emprender el camino del Norte por la ribera oriental del lago. Mientras caminan, Jesús pregunta a los Apóstoles: *¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?* Y después que ellos le dijeran las diversas opiniones de las gentes, Jesús les interpela directamente: *Pero vosotros, ¿quién decís que soy Yo?* "Todos nosotros –comenta el Papa Juan Pablo II– conocemos ese momento en el que no basta hablar de Jesús repitiendo lo que otros han dicho..., no basta recoger una opinión, sino que es preciso dar testimonio, sentirse comprometido por el testimonio y después llegar hasta los extremos de las exigencias de ese compromiso. Los mejores amigos, seguidores, apóstoles de Cristo fueron siempre los que percibieron un día dentro de sí la pregunta definitiva, que no tiene vuelta de hoja, ante la cual todas las demás resultan secundarias y derivadas: "Para ti, ¿quién soy Yo?"". La vida y todo el futuro "depende de esa respuesta nítida y sincera, sin retórica ni subterfugios, que pueda darse a esa pregunta".

La interpelación dirigida a todos aquellos que le siguen, encuentra un especial eco en el corazón de Pedro, quien, movido por una singular gracia, contesta: *Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo*. Jesús le llama *bienaventurado* por la respuesta llena de

verdad, en la que confiesa abiertamente la divinidad de Aquel en cuya compañía llevan ya meses. Éste es el momento escogido por Cristo para comunicar a Pedro que sobre él recaerá el Primado de toda su Iglesia: *Y Yo te digo que tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Te daré las llaves del Reino de los Cielos; y todo lo que atares sobre la tierra quedará atado en los Cielos, y todo lo que desatares sobre la tierra quedará desatado en los Cielos*. Será la *roca*, el fundamento firme sobre el que Cristo construirá su Iglesia, de tal manera que ningún poder podrá derribarla. Y el mismo Señor ha querido que diariamente se sienta apoyado y protegido por la veneración, el amor y la oración de todos los cristianos. ¿Cómo es nuestra oración diaria por su persona y por sus intenciones? Es mucha su responsabilidad, y no podemos dejarlo solo. Si deseamos estar muy unidos a Cristo, lo hemos de estar en primer lugar con quien hace sus veces aquí en la tierra. "Que la consideración diaria del duro peso que grava sobre el Papa y sobre los obispos, te urja a venerarles, a quererles con verdadero afecto, a ayudarles con tu oración".

– Amor al Papa.

II. *Te daré las llaves del Reino de los Cielos; y todo lo que atares sobre la tierra quedará atado en los Cielos…*

Las llaves indican poder: *Colgaré de un hombro las llaves del palacio de David*, se lee en la *Primera lectura* a propósito de Eliacín, mayordomo del palacio real. El poder prometido a Pedro, y que le será conferido después de la resurrección, es inmensamente superior. No se le dan las llaves de un reino terreno, sino del Reino de los Cielos, del Reino que no es de este mundo pero se incoa aquí y durará eternamente. Pedro tiene el poder de *atar y desatar*, es decir, de absolver o condenar, de acoger o de excluir. Es tan grande este poder que aquello que decida en la tierra será ratificado en el Cielo. Para ejercerlo, cuenta con una asistencia especial del Espíritu Santo.

Desde el primer día en que conoció a Jesús se llamará para siempre *Petrus*, piedra. *Y Yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia*. Con este cambio de nombre quiso indicar el Señor la nueva misión que le será encomendada: la de ser el cimiento firme del nuevo edificio, la Iglesia. "Es como si el Señor le dijera –escribe San León Magno–: "Yo soy la piedra inquebrantable, Yo soy la piedra angular (…), el fundamento fuera del cual nadie puede edificar; pero también tú eres *piedra*, porque por mi virtud has adquirido tal firmeza, que tendrás juntamente conmigo, por participación, los poderes que Yo tengo en propiedad"".

Desde los comienzos de la Iglesia, los cristianos han venerado al Papa. El Príncipe de los Apóstoles es nombrado siempre en primer lugar y hace frecuente uso de una especial autoridad ante los demás: propone la elección de un nuevo Apóstol que ocupe el lugar de Judas, toma la palabra en Pentecostés y convierte a los primeros cristianos, responde ante el Sanedrín en nombre de todos, castiga con plena autoridad a Ananías y Safira, admite en la Iglesia a Cornelio, el primer gentil, preside el Concilio de Jerusalén y rechaza las pretensiones de algunos cristianos provenientes del judaísmo acerca de la necesidad de la circuncisión, afirmando que la salvación sólo se obtiene en Jesucristo.

Estos poderes espirituales tan grandes son dados a Pedro para bien de la Iglesia, y, como ésta ha de durar hasta el fin de los tiempos, esos poderes se trasmitirán a quienes sucedan a Pedro a lo largo de la historia. El Magisterio de la Iglesia siempre ha subrayado esta verdad; la Constitución dogmática sobre la Iglesia, del Concilio Vaticano II, afirma: "este santo Concilio, al seguir las huellas del Vaticano I, enseña y declara con él, que Jesucristo, Pastor eterno (...), puso en Pedro el principio visible y el perpetuo fundamento de la Unidad de la Fe y de la Comunión. Esta doctrina de la institución, perpetuidad, fuerza y razón de ser del sagrado primado del Romano Pontífice, y de su magisterio infalible, este santo Concilio la propone nuevamente como objeto firme de fe a todos los fieles". El Romano Pontífice es el sucesor de Pedro; unidos a él estamos unidos a Cristo. Es su Vicario aquí en la tierra, el que hace sus veces.

Nuestro amor al Papa no es sólo un afecto humano, fundamentado en su santidad, en simpatía, etc. Cuando acudimos a ver al Papa, a escuchar su palabra, lo hacemos por ver, tocar y oír a Pedro, al Vicario de Cristo; es el "dulce Cristo en la tierra", en expresión de Santa Catalina de Siena, sea quien sea. "Tu más grande amor, tu mayor estima, tu más honda veneración, tu obediencia más rendida, tu mayor afecto ha de ser también para el Vice-Cristo en la tierra, para el Papa.

"Hemos de pensar los católicos que, después de Dios y de nuestra Madre la Virgen Santísima, en la jerarquía del amor y de la autoridad, viene el Santo Padre".

– Donde está Pedro, allí está la Iglesia, allí encontramos a Dios. Acoger la palabra del Papa y darla a conocer.

III. Una antigua fórmula resume en muy pocas palabras el contenido de la doctrina acerca del Romano Pontífice: *ubi Petrus, ibi Ecclesia, ibi Deus*. Donde está Pedro, allí está la Iglesia, y allí también encontramos a Dios. "El Romano Pontífice –enseña el Concilio Vaticano II–, como sucesor de Pedro, es el principio y fundamento perpetuo y visible de unidad, tanto de los obispos como de la multitud de los fieles". "Y ¿qué sería de esta unidad si no hubiera uno puesto al frente de toda la Iglesia, que la bendijese y la guardase, y que uniese a todos sus miembros en una sola profesión de fe y los juntase con un lazo de caridad y de unión?". Quedaría rota la unión en mil pedazos y andaríamos como ovejas dispersas, sin una fe segura en que creer, sin un camino claro que andar.

Nosotros queremos estar con Pedro, porque con él está la Iglesia, con él está Cristo; y sin él no encontraremos a Dios. Y porque amamos a Cristo, amamos al Papa: con la misma caridad. Y como estamos pendientes de Jesús, de sus deseos, de sus gestos, de su vida toda, así nos sentimos unidos al Romano Pontífice hasta en los menores detalles: le amamos sobre todo por Aquel a quien representa y de quien es instrumento. "Ama, venera, reza, mortifícate –cada día con más cariño– por el Romano Pontífice, piedra basilar de la Iglesia, que prolonga entre todos los hombres, a lo largo de los siglos y hasta el fin de los tiempos, aquella labor de santificación y gobierno que Jesús confió a Pedro".

En los *Hechos de los Apóstoles* se pone de manifiesto el amor y la devoción que los primeros cristianos sentían hacia Pedro: *sacaban los enfermos a las plazas y los ponían en lechos y camillas para que, al pasar Pedro, al menos su sombra alcanzase a alguno de ellos*. Se contentaban con que les llegara la *sombra de Pedro*. ¡Sabían bien que muy cerca de él estaba Cristo! Recibimos con su palabra una claridad meridiana en medio de las doctrinas confusas que proclaman –hoy, como en el pasado– tantos falsos profetas y tantos falsos doctores. Tengamos hambre de conocer las enseñanzas del Papa y de darlas a conocer en nuestro ambiente. Ahí está la luz que ilumina las conciencias; hagamos el propósito de recibir su palabra con docilidad y obediencia interna, con amor.

Rev. D. Joaquim MESEGUER García (Barcelona, España) (www.evangeli.net)

IR A ÍNDICE DOMINGO XXI DEL TIEMPO ORDINARIO

«¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre? (...). Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?»

Hoy, la profesión de fe de Pedro en Cesarea de Filipo abre la última etapa del ministerio público de Jesús preparándonos al acontecimiento supremo de su muerte y resurrección. Después de la multiplicación de los panes y los peces, Jesús decide retirarse por un tiempo con sus apóstoles para intensificar su formación. En ellos empieza hacerse visible la Iglesia, semilla del Reino de Dios en el mundo.

Hace dos domingos, al contemplar como Pedro andaba sobre las aguas y se hundía en ellas, escuchábamos la reprensión de Jesús: «¡Qué poca fe! ¿Por qué has dudado?» (Mt 14,31). Hoy, la reconvención se troca en elogio: «Bienaventurado eres Simón, hijo de Jonás» (Mt 16,17). Pedro es dichoso porque ha abierto su corazón a la revelación divina y ha reconocido en Jesucristo al Hijo de Dios Salvador. A lo largo de la historia se nos plantean las mismas preguntas: «¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre? (...). Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?» (Mt 16,13.15). También nosotros, en un momento u otro, hemos tenido que responder quién es Jesús para mí y qué reconozco en Él; de una fe recibida y transmitida por unos testigos (padres, catequistas, sacerdotes, maestros, amigos...) hemos pasado a una fe personalizada en Jesucristo, de la que también nos hemos convertido en testigos, ya que en eso consiste el núcleo esencial de la fe cristiana.

Solamente desde la fe y la comunión con Jesucristo venceremos el poder del mal. El Reino de la muerte se manifiesta entre nosotros, nos causa sufrimiento y nos plantea muchos interrogantes; sin embargo, también el Reino de Dios se hace presente en medio de nosotros y desvela la esperanza; y la Iglesia, sacramento del Reino de Dios en el mundo, cimentada en la roca de la fe confesada por Pedro, nos hace nacer a la esperanza y a la alegría de la vida eterna. Mientras haya humanidad en el mundo, será preciso dar esperanza, y mientras sea preciso dar esperanza, será necesaria la misión

de la Iglesia; por eso, el poder del infierno no la derrotará, ya que Cristo, presente en su pueblo, así nos lo garantiza.

EXAMEN DE CONCIENCIA PARA EL SACERDOTE – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís

IR A ÍNDICE DOMINGO XXI DEL TIEMPO ORDINARIO

Fidelidad al Papa

«Tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi Iglesia».

Eso dijo Jesús.

Se lo dijo a Simón Pedro cuando el Padre que está en los cielos puso sus palabras en su boca, para proclamar que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios vivo.

Y tú, sacerdote, ¿crees esto?

¿Eres fiel a la Roca que tu Señor eligió, y sobre la cual construye su Iglesia?

¿Lo respetas?

¿Lo reconoces?

¿Lo obedeces?

¿Lo amas?

¿Rezas por él?

¿Lo proclamas Vicario del Rey?

¿Lo ayudas?

¿Unes sus intenciones a tus sacrificios?

¿Lo cuidas?

¿Lo proteges?

¿Aceptas su infalibilidad y su autoridad?

¿Te sometes a esa autoridad, o eres causa de las calumnias, críticas e injurias, y de las persecuciones que él mismo sufre por la causa de Cristo?

Escucha sacerdote, la voz de tu Señor, que dice: *Saulo, ¿por qué me persigues?*

Escucha la voz de tu Señor, sacerdote, que te ha llamado, porque te ha elegido desde antes de nacer, que ha transformado tu vida, y servirlo es para ti un deber, desde que te dijo: *¡sígueme!,* y tú lo has dejado todo: casas, hermanos, hermanas, padre, madre, hijos y tierras, por su nombre, renunciando a los placeres del mundo.

Tú has sido desposado con la novia más pura, más perfecta, más hermosa, más recta, Una, Santa, Católica y Apostólica, vestida de blanco y adornada de perlas y piedras preciosas, cubierta con el velo de la Madre de Dios, y que camina contigo bajo

la protección de su manto, para conseguirte la corona de la gloria: la Santa Iglesia Católica, de la cual Cristo es cabeza, y es Pedro quien lo representa.

Pídele a tu Señor que te dé sus mismos sentimientos, para que puedas amarla, honrarla, bendecirla, cuidarla, defenderla, venerarla, proveerla, alimentarla y saciar su sed, vestirla de fiesta, enjoyándola con la ofrenda de los frutos de tu trabajo, sanando sus heridas, y librándola de la opresión a la que ha sido sometida por el mundo y su dureza de corazón.

Conviértete, sacerdote, y enamórala cada día, entregando tu vida a su servicio, perdonando los pecados de los hombres y asumiendo sus culpas, reparando el desamor con actos de amor, derramando sobre ellos la misericordia de Dios, cumpliendo con amor tu deber ministerial, enseñando, rigiendo y santificando al cuerpo místico de Cristo, con el que glorificas a Dios.

Escucha, sacerdote, la Palabra de tu Señor, y sométete a Él, cumpliendo los mandamientos de su ley, predicando su Palabra, que es como espada de dos filos, y penetra hasta los corazones más endurecidos, para transformarlos, de corazones de piedra a corazones de carne, y encenderlos en el fuego apostólico del amor de tu Señor.

Escucha la Palabra de tu Señor, sacerdote, y ponla en práctica, aplicándola a tu vida, a través del Magisterio de la Iglesia y su doctrina, reuniendo al pueblo santo de Dios en un solo rebaño y con un solo Pastor, en el seno de la Santa Madre Iglesia, presidida por el Espíritu Santo, a través de quien Él decida nombrar la Roca.

Él no se equivoca al darle la llave del Reino de los cielos a quien ha elegido como Apóstol desde antes de nacer, y lo ha llamado por su nombre, dándole su poder para que todo lo que ate en la tierra quede atado en el cielo, y todo lo que desate en la tierra, quede desatado en el cielo, porque sobre esa Roca Él construye su Iglesia, y los poderes del mal no prevalecerán sobre ella.

(*Espada de Dos Filos* IV, n. 73)

(Para pedir una suscripción gratuita por email del envío diario de "Espada de Dos Filos", - facebook.com/espada.de.dos.filos12- enviar nombre y dirección a: espada.de.dos.filos12@gmail.com)

Domingo XXII del Tiempo Ordinario (ciclo A)

IR A ÍNDICE GENERAL

(Comentarios sobre las Lecturas propias de la Santa Misa para meditar y preparar la homilía)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)**
- **SAN GREGORIO MAGNO (www.iveargentina.org)**
- **FRANCISCO – Ángelus 2013, 2014 y 2017 – Homilía 28.IX.13**
- **BENEDICTO XVI – Ángelus 2008 y 2011**
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos**
- **RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)**
- **PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes**
- **FLUVIUM (www.fluvium.org)**
- **PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)**
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)**
  - **Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II**
  - **Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva**
  - **Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica**
- **HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)**
- **P. Ramón LOYOLA Paternina (Barcelona, España) (www.evangeli.net)**
- **EXAMEN DE CONCIENCIA PARA EL SACERDOTE – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís**

***

DEL MISAL MENSUAL

IR A ÍNDICE DOMINGO XXII DEL TIEMPO ORDINARIO

UNA PARADOJA GENUINA

Jer 20, 7-9; Rom 12, 1-1; Mt 16, 21-27

Las llamadas confesiones de Jeremías nos permiten entrever la complejidad de la misión profética. El profeta de Anatot se manifiesta como alguien lleno de una sensibilidad poética y una gran emotividad. Los desaires y ataques de sus vecinos lo afectaban profundamente. Tampoco podía desoír la voz de Dios. El problema era que cada vez que comunicaba lo que Dios le revelaba, Jeremías se allegaba rechazos y conflictos. Jeremías estaba atrapado por Dios y no podía dejar de servirle como su portavoz. Entregó la vida, la fue perdiendo lentamente entre cárceles y golpizas y finalmente terminó sus días exiliado en Egipto. Los discípulos de Jesús estamos animados por la esperanza en Cristo resucitado y por eso confesamos que el Padre ha revindicado a Jesús y lo ha admitido a la vida plena.

ANTÍFONA DE ENTRADA Cfr. Sal 85, 3. 5

Dios mío, ten piedad de mí, pues sin cesar te invoco: Tú eres bueno y clemente, y rico en misericordia con quien te invoca.

ORACIÓN COLECTA

Dios de toda virtud, de quien procede todo lo que es bueno, infunde en nuestros corazones el amor de tu nombre, y concede que, haciendo más religiosa nuestra vida, hagas crecer el bien que hay en nosotros y lo conserves con solicitud amorosa. Por nuestro Señor Jesucristo ...

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

Soy objeto de burla por anunciar lo Palabra del Señor.

Del libro del profeta Jeremías: 20, 7-9

Me sedujiste, Señor, y me dejé seducir; fuiste más fuerte que yo y me venciste. He sido el hazmerreír de todos; día tras día se burlan de mí. Desde que comencé a hablar, he tenido que anunciar a gritos violencia y destrucción. Por anunciar la palabra del Señor, me he convertido en objeto de oprobio y de burla todo el día. He llegado a decirme: "Ya no me acordaré del Señor ni hablaré más en su nombre".

Pero había en mí como un fuego ardiente, encerrado en mis huesos; yo me esforzaba por contenerlo y no podía.

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 62, 2. 3-4. 5-6. 8-9.

R/. Señor, mi alma tiene sed de ti.

Señor, tú eres mi Dios, a ti te busco; de ti sedienta está mi alma. Señor, todo mi ser te añora, como el suelo reseco añora el agua. ***R/.***

Para admirar tu gloria y tu poder, con este afán te busco en tu santuario. Pues mejor es tu amor que la existencia; siempre, Señor, te alabarán mis labios. ***R/.***

Podré así bendecirte mientras viva y levantar en oración mis manos. De lo mejor se saciará mi alma; te alabaré con jubilosos labios. ***R/.***

Porque fuiste mi auxilio y a tu sombra, Señor, canto con gozo. A ti se adhiere mi alma y tu diestra me da seguro apoyo. ***R/.***

SEGUNDA LECTURA

Ofrézcanse ustedes mismos como una ofrenda viva.

De la carta del apóstol san Pablo a los romanos: 12, 1-2

Hermanos: Por la misericordia que Dios les ha manifestado, los exhorto a que se ofrezcan ustedes mismos como una ofrenda viva, santa y agradable a Dios, porque en esto consiste el verdadero culto. No se dejen transformar por los criterios de este mundo, sino dejen que una nueva manera de pensar los transforme internamente, para que sepan distinguir cuál es la voluntad de Dios, es decir, lo que es bueno, lo que le agrada, lo perfecto.

Palabra de Dios.

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Cfr. Ef 1, 17-18

R/. Aleluya, aleluya.

Que el Padre de nuestro Señor Jesucristo ilumine nuestras mentes para que podamos comprender cuál es la esperanza que nos da su llamamiento. ***R/.***

EVANGELIO

El que quiera venir conmigo, que renuncie a sí mismo.

+ Del santo Evangelio según san Mateo: 16, 21-27

En aquel tiempo, comenzó Jesús a anunciar a sus discípulos que tenía que ir a Jerusalén para padecer allí mucho de parte de los ancianos, de los sumos sacerdotes y de los escribas; que tenía que ser condenado a muerte y resucitar al tercer día.

Pedro se lo llevó aparte y trató de disuadido, diciéndole: "No lo permita Dios, Señor. Eso no te puede suceder a ti". Pero Jesús se volvió a Pedro y le dijo: "¡Apártate de mí, Satanás, y no intentes hacerme tropezar en mi camino, porque tu modo de pensar no es el de Dios, sino el de los hombres!".

Luego Jesús dijo a sus discípulos: "El que quiera venir conmigo, que renuncie a sí mismo, que tome su cruz y me siga. Pues el que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por mí, la encontrará. ¿De qué le sirve a uno ganar el mundo entero, si pierde su vida? ¿Y qué podrá dar uno a cambio para recobrarla?

Porque el Hijo del hombre ha de venir rodeado de la gloria de su Padre, en compañía de sus ángeles, y entonces le dará a cada uno lo que merecen sus obras".

Palabra del Señor.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Que esta ofrenda sagrada, Señor, nos traiga siempre tu bendición salvadora, para que dé fruto en nosotros lo que realiza el misterio. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Sal 30, 20

Qué grande es tu bondad, Señor, que tienes reservada para tus fieles.

O bien: ***Mt 5, 9-10***

Dichosos los que trabajan por la paz, porque serán llamados hijos de Dios. Dichosos los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Saciados con el pan de esta mesa celestial, te suplicamos, Señor, que este alimento de caridad fortalezca nuestros corazones, para que nos animemos a servirte en nuestros hermanos. Por Jesucristo, nuestro Señor.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

IR A ÍNDICE DOMINGO XXII DEL TIEMPO ORDINARIO

¡Me sedujiste, Señor! (Jr 20,7-9)

1ª lectura

Con estas palabras se inicia la última «confesión» de Jeremías (Jr 20,7-18), cargada de dramatismo, que es uno de los pasajes más impresionantes de la literatura profética. Pudo ser pronunciada hacia el 605-604 a.C. cuando Jeremías sufrió la persecución del rey Yoyaquim. En ella aflora el duro combate interior entre la crisis que conmueve los fundamentos de la fe y la certeza de la vocación divina, cuando después de un arduo trabajo parece que no se ha conseguido más que el propio fracaso.

El profeta abre con confianza su alma a Dios y le reprocha haberle llamado (v. 7a) y haberle convertido en objeto de burlas por profetizar calamidades (v. 7b). La misión que le ha confiado sólo le trae desgracias. Le gustaría olvidarse de todo, pero no puede, pues Dios es «como fuego abrasador» que le enciende en su interior (v. 9). En medio de tamaño dolor brilla y vence el celo por el Señor. Se manifiesta así como los que han experimentado el amor de Dios no pueden contener el afán de hablar de Él a quienes no lo conocen, o se han olvidado del Señor. Así lo da a entender Teodoreto de Ciro al comentar este pasaje recordando otro ejemplo de la Escritura: «Lo mismo le ocurrió a San Pablo en Atenas mientras aguardaba en silencio. Se consumía San Pablo en su interior viendo adónde había llegado la idolatría de la ciudad (cfr Hch 17,16). Pues igual le ocurrió al profeta» (*Interpretatio in Jeremiam*20,9). Por su parte, Orígenes se sentía removido ante las palabras del v. 7 y, preguntándose cómo es posible que Dios pudiera engañar a alguien explicaba: «Nosotros somos niños pequeños y tenemos necesidad de ser tratados como niños pequeños. Por esto Dios para formarnos nos seduce, aun cuando nosotros no tengamos conciencia de esa seducción antes del momento oportuno. De esa manera evita tratarnos como a personas a las que ya se les ha pasado la edad de la infancia y que ya no son educadas con palabras seductoras sino con hechos» (*Homiliae in Jeremiam* 19,15).

San Juan de la Cruz, meditando esta «confesión» de Jeremías, movía a recapacitar en que no siempre es posible entender del todo los designios de Dios. Su lógica no es la lógica de los hombres: «No hay que acabar de comprehender sentido en

los dichos y cosas de Dios, ni que determinarse a lo que parece, sin errar mucho y venir a hallarse muy confuso. Esto sabían muy bien los profetas, en cuyas manos andaba la palabra de Dios, a los cuales era grande trabajo la profecía acerca del pueblo; porque, como (habemos) dicho, mucho de ello no lo veían acaecer como a la letra se les decía. Y era causa de que hiciesen mucha risa y mofa de los profetas; tanto, que vino a decir Jeremías (20,7): *Búrlanse de mi todo el día, todos me mofan y desprecian…* En lo cual, aunque el santo profeta decía con resignación y en figura del hombre flaco que no puede sufrir las vías y vueltas de Dios, da bien a entender en esto la diferencia del cumplimiento de los dichos divinos, del común sentido que suenan, pues a los divinos profetas tenían por burladores» (*Subida al monte Carmelo* 2,20,6).

Lo bueno, agradable y perfecto (Rm 12,1-2)

2ª lectura

En este capítulo San Pablo habla sobre la conducta que se ha de observar para llevar una vida conforme a la voluntad de Dios y la dignidad cristiana, y, de entrada, en estos dos versículos establece el fundamento de su exhortación. El que ha sido justificado en Cristo debe ofrecerse completamente y sin reservas a Dios, como en un acto de culto (vv. 1-2). «Por la predicación apostólica del Evangelio se convoca y congrega el Pueblo de Dios, de suerte que todos los que a este pueblo pertenecen, por estar santificados por el Espíritu Santo, se ofrezcan a sí mismos como "hostia viva, santa, agradable a Dios" (Rm 12,1)» (Conc. Vaticano II, *Presbyterorum ordinis*, n. 2). Se trata, pues, de dar a Dios un culto que —como enseñó Jesucristo a la samaritana— no es puramente material, exterior y formal, sino interior y espiritual (cfr Jn 4,23-24). Así, toda la vida del cristiano queda empapada de sentido sacerdotal: «Si yo —escribía Orígenes— renuncio a todo lo que poseo, si llevo la cruz y sigo a Cristo, he ofrecido un holocausto en el altar de Dios (…). Si mortifico mi cuerpo y me abstengo de toda concupiscencia, si el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo, entonces he ofrecido un holocausto en el altar de Dios y me hago sacerdote de mi propio sacrificio» (*In Leviticum homilia* 9,9). O como enseñaba San Josemaría Escrivá: *Todos, por el Bautismo, hemos sido constituidos sacerdotes de nuestra propia existencia,* para ofrecer víctimas espirituales, que sean agradables a Dios por Jesucristo *(1* P *2,5), para realizar cada una de nuestras propias acciones en espíritu de obediencia a la voluntad de Dios, perpetuando así la misión del Dios-Hombre* (*Es Cristo que pasa*, n. 96).

El que pierda su vida por mí, la encontrará (Mt 16,21-27)

Evangelio

Tras la confesión de Pedro en Cesarea de Filipo (Mt 16,13-20), que meditábamos el domingo pasado, el evangelio adquiere un tono distinto. Jesús se dirige ahora a sus discípulos con enseñanzas sobre su propia misión como Siervo doliente y sobre lo que debe ser la futura vida de la Iglesia.

Con la enseñanza de Jesús sobre su pasión, muerte y resurrección (Mt 16,21) y la posterior reprensión de Jesús a Pedro (Mt 16,23), el evangelio señala decididamente el «camino de la cruz». Los dos anuncios de la pasión (Mt 16,21; y más tarde Mt 17,22-

23) y el sentido de la Transfiguración (Mt 17,9.12) preparan al lector para lo que va a acontecer. El Señor sabe que debe ser entregado y acepta su misión. Pero sabe también que la última palabra no es la muerte sino la resurrección y la glorificación. Y así se lo enseña a sus discípulos.

Jesús reprende con energía a Pedro cuando éste quiere disuadirle de afrontar la muerte incluida en la misión de Jesús como Mesías. A continuación, el Señor, con unas sentencias paradójicas, expone la dimensión verdadera que tiene la entrega a Él de sus discípulos: «El camino de la perfección pasa por la cruz. No hay santidad sin renuncia y sin combate espiritual. El progreso espiritual implica la ascesis y la mortificación que conducen gradualmente a vivir en la paz y el gozo de las bienaventuranzas» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2015).

SAN GREGORIO MAGNO (www.iveargentina.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO XXII DEL TIEMPO ORDINARIO

La renuncia a sí mismo y el seguimiento de Jesús

Como nuestro Señor y Redentor vino al mundo cual hombre nuevo, dio al mundo preceptos nuevos; pues a nuestra vida antigua, amamantada en los vicios, opuso su contrario y nuevo modo de vivir. Porque el hombre viejo y carnal, ¿qué es lo que había aprendido sino a guardar para sí lo propio, arrebatar lo ajeno, si podía, y apetecerlo cuando no podía? Pero el médico celestial a cada uno de los vicios opuso remedios que les salieran al paso; porque así como en el arte de la medicina el calor se cura con el frío, y el frío con el calor, así nuestro Señor opuso a los pecados remedios contrarios, mandando a los lúbricos continencia; a los duros de corazón, largueza; a los iracundos, mansedumbre, y a los soberbios, humildad.

En efecto, al proponer a los que le seguían nuevos preceptos, dijo (Lc 14, 33): *Cualquiera de vosotros que no renuncia todo lo que posee, no puede ser mi discípulo*. Como si claramente dijera: Los que, según el antiguo modo de vivir, apetecéis lo ajeno, si queréis convertiros, dad generosamente de lo vuestro.

Pero oigamos lo que dice en esta lección: *Si alguno quiere seguirme, niéguese a sí mismo*. Allí se dice renunciemos a lo nuestro; aquí se dice que renunciemos a nosotros mismos. Es verdad que tal vez no sea costoso para el hombre el renunciar lo que posee, pero sí que es muy costoso el renunciarse a sí mismo. En efecto, el renunciar lo que se posee tiene menos importancia, pero la tiene mucho mayor el renunciar lo que se es.

Pues bien, el Señor, a los que venimos a Él, ha mandado que renunciemos nuestras cosas, porque todos los que venimos a la palestra de la fe tomamos a nuestro cargo el luchar contra los espíritus malignos; ahora bien, los espíritus malignos nada poseen en este mundo; por consiguiente, con ellos, desnudos, debemos luchar nosotros desnudos; porque, si uno que está vestido lucha con quien está desnudo,

pronto será echado a tierra, porque tiene por donde ser asido. ¿Y qué son todas las cosas terrenas sino algo a manera de vestidos? Luego quien corre a luchar contra el diablo debe despojarse de los vestidos para no sucumbir; nada de este mundo posea con amor; no se procure de las cosas temporales deleite alguno, no sea que, por cubrirse con tal apetito, tenga por donde ser sujetado para caer.

Mas no es bastante renunciar a nuestras cosas si no renunciamos además a nosotros mismos. Pero... ¿qué es lo que estamos diciendo? ¿Que nos renunciemos también a nosotros mismos? Pues si nos renunciamos a nosotros mismos, ¿adónde iremos fuera de nosotros? ¿O quién es el que va si él mismo se deja?

Pero es que somos una cosa en cuanto caídos por el pecado, y otra en cuanto formados por la naturaleza; una, cosa es lo que nos hemos hecho, y otra lo que hemos sido hechos. Renunciémonos en lo que nos hemos convertido pecando, y mantengámonos cuales hemos sido hechos por la gracia. Vedlo, pues; el que ha sido soberbio, si, vuelto a Cristo, se ha hecho humilde, ya se ha renunciado a sí mismo; si un lujurioso ha cambiado su vida en continente, también se ha renunciado en lo que fue; si un avaro ha dejado de ambicionar y quien antes arrebataba lo ajeno ha aprendido a dar generosamente de lo propio, ciertamente se ha negado a sí mismo; él es el mismo en cuanto a la naturaleza, es verdad; pero no es el mismo en cuanto a la maldad; que por eso está escrito (Pr 12, 7): *Da una vuelta a los impíos y no quedará rastro de ellos;* porque, vueltos los impíos, desaparecerán, no porque en absoluto no tengan ser, sino porque no estarán ya en el pecado de su maldad.

Luego, cuando cambiamos lo que fuimos en lo viejo del pecado y mantenemos firmes en aquello para lo que hemos sido llamados por la novedad de la gracia, entonces nos negamos, entonces nos dejamos a nosotros mismos.

Examinemos cómo se había negado San Pablo, cuando decía (Ga 2, 20): *Vivo yo,* o más bien*, ya* no *vivo yo*. En efecto, habíase extinguido aquel perseguidor cruel y había comenzado a vivir el piadoso predicador, pues si hubiera permanecido el mismo, claro que no sería piadoso.

Pero, ya que dice que no vive, díganos cómo es que predica tan santamente enseñando la verdad; y en seguida añade: *sino que* Cristo *vive en mí*. Como si claramente dijera: Yo cierto es que me he extinguido a mí mismo, porque ya no vivo según la carne; pero no estoy muerto en mi ser natural, porque vivo según el espíritu en Cristo.

Diga, pues, diga con razón la Verdad: *Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo;* porque quien no deja de estar en sí mismo, no puede acercarse a lo que está más alto que él, ni puede alcanzar lo que está más arriba que él mientras no haya aprendido a sacrificar lo que tiene. Así se trasplantan los arbustos para que prosperen, y, por decirlo así, se les arranca de raíz para que crezcan. Así desaparecen las semillas al mezclarse con la tierra, para que crezcan más abundantes, conservando sus especies; pues por donde parece que han perdido el ser que tenían, por ahí reciben el aparecer lo que no eran. Pues bien: el que ya se ha negado a los vicios, debe procurarse las virtudes en las cuales crezca; porque, después de haber dicho: *El que*

quiera venir *en pos de mí, niéguese a sí mismo,* en seguida añade: *Cargue con su cruz y sígame*.

De dos maneras se carga con la cruz: o afligiendo el cuerpo con la abstinencia o afligiendo el alma con la compasión hacia el prójimo.

Veamos cómo San Pablo llevó de ambos modos su cruz, el cual decía (1 Co 9, 27): *Yo castigo mi cuerpo y lo esclavizo, no sea que, habiendo predicado a los otros, venga yo a ser reprobado*. Bien: ya hemos oído cómo llevó la cruz de la carne: mortificando el cuerpo; oigamos cómo llevó la cruz del alma en la compasión del prójimo. Dice, pues (2 Co 11, 29): *¿Quién enferma que no enferme yo con él? ¿Quién· es escandalizado que yo no me requeme?*

Efectivamente, el perfecto predicador, para dar ejemplo de abstinencia, llevaba la cruz en el cuerpo, y porque sentía en sí los daños de la flaqueza ajena, llevaba la cruz en el corazón.

Ahora bien, como ciertos vicios andan cercando a las virtudes, deber nuestro es decir qué vicio acecha desde muy cerca a la abstinencia de la carne y cuál a la compasión del prójimo. La vanagloria, pues, algunas veces asalta de cerca a la abstinencia de la carne; porque, cuando se echan, de ver el cuerpo macilento y flaco y la palidez del rostro, se alaba la virtud que salta a la vista; y cuanto más de manifiesto se muestra a los ojos humanos, tanto más rápidamente se derrama afuera; y generalmente lo que parece hacerse por Dios, se hace solamente por los aplausos humanos; como lo demuestra bien aquél Simón que, hallado en el camino, lleva alquilado la cruz del Señor. En efecto, se llevan las cargas ajenas en alquiler cuando se hace algo por algún ansia de vanidad. ¿Y quiénes están representados en Simón sino los abstinentes y arrogantes, que afligen, sí, su carne con la abstinencia, pero interiormente no reportan el fruto de la abstinencia? Por tanto, Simón lleva en alquiler la cruz del Señor; esto es, el pecador, cuando no procede en el bien obrar con buena voluntad, realiza sin fruto la obra del justo. Por eso el mismo Simón lleva la cruz, pero no muere; que es decir: los abstinentes y arrogantes ciertamente afligen su cuerpo con la abstinencia, pero viven para el mundo por el afán de vanagloria.

También la falsa piedad acecha oculta a la compasión del alma, de tal suerte que a veces la lleva hasta condescender con los vicios; siendo así que para con las culpas no se debe ejercer la compasión, sino el celo; porque al hombre se debe la compasión, pero a los vicios la rectitud; de tal suerte que a mi tiempo amemos lo que en la criatura ha hecho Dios y ahuyentemos lo malo que la criatura ha hecho, no sea que, si incautamente dejamos pasar las culpas, parezca, no que compadecemos por caridad, sino que condescendemos por negligencia.

Prosigue: *Pues quien quisiere salvar su vida, la perderá; más quien perdiere su vida por mí, la encontrará*.

Así se le dice al fiel: quien quisiere salvar su vida, la perderá; mas quien perdiere su vida por mí, la encontrará. Es como si a un labrador se le dijera: Si guardas el trigo, lo pierdes; si lo siembras, lo hallas de nuevo. ¿Quién no sabe que el trigo, cuando se siembra, desaparece de la vista y muere en la tierra?; pero, por lo mismo que se pudre

en la tierra, reverdece renovado. Ahora bien, como la santa Iglesia tiene unos tiempos de persecución y otros tiempos de paz, nuestro Redentor da preceptos distintos para unos tiempos y para los otros. En tiempo, pues, de persecución hay que dar la vida; pero en tiempo de paz hay que quebrantar los deseos terrenales que más ampliamente pueden dominarse.

Por eso se dice también a continuación: *Porque ¿de qué le sirve al hombre el ganar todo el mundo, si pierde su alma?*

Cuando falta la persecución de los enemigos, hay que guardar con la mayor cautela el corazón, porque en tiempo de paz, como se puede vivir, también gusta ambicionar. Esta ambición ciertamente se reprime bien si se examina con cuidado la misma situación del ambicioso. Porque ¿a qué conduce el afán de acumular cuando no puede perdurar el mismo que acumula? Tenga en cuenta cada uno lo efímero de su vida y caerá en la cuenta de que puede bastarle lo poco que tiene. Pero tal vez teme que le falte con qué sostenerse en el viaje de esta vida; la brevedad de la vida está reprendiendo nuestros largos deseos, pues inútilmente llevamos muchas cosas cuando tan cercano se halla el término adonde se va.

Mas muchas veces vencemos, sí, la avaricia, pero todavía existe un obstáculo: el no seguir los caminos de la rectitud por no poner el menor cuidado para la perfección; pues muchas veces menospreciamos lo pasajero, pero, no obstante, nos hallamos impedidos por el respeto humano, de tal suerte que no nos atrevemos todavía a profesar de palabra la rectitud que guardamos en el alma; y en la defensa de la justicia, no tanto atendemos a que lo ve Dios cuanto nos avergüenza el que los hombres vean que obramos contra la justicia.

Pero también a esta llaga se aplica después el oportuno remedio, cuando el Señor dice (Lc 9, 26): *Quien se avergonzare de mí y de mis palabras, de ese tal se avergonzará el Hijo del* hombre *cuando venga en* su *majestad y en la del Padre y de los santos ángeles.*

Mas he aquí que los hombres dicen ahora para sus adentros: Nosotros no nos avergonzamos ya del Señor ni de sus palabras, puesto que a plena voz le confesamos. A los cuales yo respondo que en esta multitud de cristianos hay algunos que confiesan a Cristo porque se ve que todos son cristianos; pero, si el nombre de Cristo no estuviera hoy en tanta gloria, no tendría hoy la santa Iglesia tantos profesos. Luego no es prueba de la fe la profesión verbal de la fe, cuando el profesarla todos libra de la vergüenza. Hay, sin embargo, alguna señal por donde cada uno se pruebe verdaderamente en la confesión de Cristo: pregúntese si no se avergüenza ya del nombre; si con plena fortaleza de alma arrostra el que los hombres le avergüencen; pues cierto es que en tiempo de persecución podían los fieles soportar las afrentas, ser despojados de sus bienes, depuestos de sus dignidades, ser atormentados con castigos; más en tiempo de paz, como no nos hacen tales cosas nuestros perseguidores, hay otras cosas por donde nosotros nos demos a conocer.

Con frecuencia nos avergonzamos de que nos desprecien nuestros prójimos; tenemos por indigno el soportar palabras injuriosas; si tal vez surge una contienda con

el prójimo, nos da vergüenza ser los primeros en dar una satisfacción. Claro, el corazón carnal, como busca la gloria de este mundo, desprecia la humildad; y muchas veces el hombre airado quiere reconciliarse con su contrario, pero se avergüenza de ir el primero a dar satisfacción.

Meditemos la conducta de la Verdad, para que veamos hasta dónde nos han postrado nuestras malas acciones; pues si somos miembros de la Cabeza suprema, de Jesucristo, debemos imitar a Aquel a quien estamos unidos; porque ¿qué es lo que, para ejemplo y enseñanza nuestra, dice el egregio San Pablo? (2 Co 5, 20): *Somos embajadores de Cristo, y es Dios el que os exhorta por boca nuestra. Os rogamos, pues, encarecidamente en nombre de Cristo que os reconciliéis con Dios.*

He aquí que, pecando, hemos entablado discordia entre nosotros y Dios; y, con todo, es Dios el primero que ha enviado a nosotros sus embajadores para rogarnos que nosotros mismos, los que hemos pecado, volvamos a la paz de Dios. Avergüéncese, pues, la soberbia humana; confúndase cada cual si no es él el primero en dar satisfacción al prójimo, siendo así que, después de nuestra culpa, el mismo Dios, que ha sido ofendido, ruega, por medio de sus embajadores, que debemos reconciliarnos con Él.

***Homilías sobre el Evangelio, Homilía XII (XXXII), 1-5,* BAC Madrid 1958, p. 697-701**

FRANCISCO – Ángelus 2013, 2014 y 2017 - Homilía (28.IX.13)

IR A ÍNDICE DOMINGO XXII DEL TIEMPO ORDINARIO

Ángelus 2013

Perder la vida a causa de Jesús

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En el Evangelio de este domingo resuena una de las palabras más incisivas de Jesús: «El que quiera salvar su vida la perderá; pero el que pierda su vida por mi causa la salvará» (*Lc* 9, 24).

Hay aquí una síntesis del mensaje de Cristo, y está expresado con una paradoja muy eficaz, que nos permite conocer su modo de hablar, casi nos hace percibir su voz... Pero, ¿qué significa «perder la vida a causa de Jesús»? Esto puede realizarse de dos modos: explícitamente confesando la fe o implícitamente defendiendo la verdad. Los mártires son el máximo ejemplo del perder la vida por Cristo. En dos mil años son una multitud inmensa los hombres y las mujeres que sacrificaron la vida por permanecer fieles a Jesucristo y a su Evangelio. Y hoy, en muchas partes del mundo, hay muchos, muchos, muchos mártires —más que en los primeros siglos—, que dan la propia vida por Cristo y son conducidos a la muerte por no negar a Jesucristo. Esta es nuestra Iglesia. Hoy tenemos más mártires que en los primeros siglos. Pero está también el martirio cotidiano, que no comporta la muerte pero que también es un «perder la

vida» por Cristo, realizando el propio deber con amor, según la lógica de Jesús, la lógica del don, del sacrificio. Pensemos: cuántos padres y madres, cada día, ponen en práctica su fe ofreciendo concretamente la propia vida por el bien de la familia. Pensemos en ellos. Cuántos sacerdotes, religiosos, religiosas desempeñan con generosidad su servicio por el Reino de Dios. Cuántos jóvenes renuncian a los propios intereses para dedicarse a los niños, a los discapacitados, a los ancianos... También ellos son mártires. Mártires cotidianos, mártires de la cotidianidad.

Y luego existen muchas personas, cristianos y no cristianos, que «pierden la propia vida» por la verdad. Cristo dijo «yo soy la verdad», por lo tanto quien sirve a la verdad sirve a Cristo. Una de estas personas, que dio la vida por la verdad, es Juan el Bautista: precisamente mañana, 24 de junio, es su fiesta grande, la solemnidad de su nacimiento. Juan fue elegido por Dios para preparar el camino a Jesús, y lo indicó al pueblo de Israel como el Mesías, el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo (cf. *Jn*1, 29). Juan se consagró totalmente a Dios y a su enviado, Jesús. Pero, al final, ¿qué sucedió? Murió por causa de la verdad, cuando denunció el adulterio del rey Herodes y Herodías. ¡Cuántas personas pagan a caro precio el compromiso por la verdad! Cuántos hombres rectos prefieren ir a contracorriente, con tal de no negar la voz de la conciencia, la voz de la verdad. Personas rectas, que no tienen miedo de ir a contracorriente. Y nosotros, no debemos tener miedo. Entre vosotros hay muchos jóvenes. A vosotros jóvenes os digo: No tengáis miedo de ir a contracorriente, cuando nos quieren robar la esperanza, cuando nos proponen estos valores que están pervertidos, valores como el alimento en mal estado, y cuando el alimento está en mal estado, nos hace mal. Estos valores nos hacen mal. ¡Debemos ir a contracorriente! Y vosotros jóvenes, sois los primeros: Id a contracorriente y tened este orgullo de ir precisamente a contracorriente. ¡Adelante, sed valientes e id a contracorriente! ¡Y estad orgullosos de hacerlo!

Queridos amigos, acojamos con alegría esta palabra de Jesús. Es una norma de vida propuesta a todos. Que san Juan Bautista nos ayude a ponerla por obra. Por este camino nos precede, como siempre, nuestra Madre, María santísima: ella perdió su vida por Jesús, hasta la Cruz, y la recibió en plenitud, con toda la luz y la belleza de la Resurrección. Que María nos ayude a hacer cada vez más nuestra la lógica del Evangelio.

***

Ángelus 2014

Evangelio, Eucaristía, Oración

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En el itinerario dominical con el Evangelio de Mateo, llegamos hoy al punto crucial en el que Jesús, tras verificar que Pedro y los otros once habían creído en Él como Mesías e Hijo de Dios, comenzó «a manifestar a sus discípulos que tenía que ir a Jerusalén y padecer allí mucho..., ser ejecutado y resucitar al tercer día» (16, 21). Es un momento crítico en el que emerge el contraste entre el modo de pensar de Jesús y el de los discípulos. Pedro, incluso, siente el deber de reprender al Maestro, porque no

puede atribuir al Mesías un final tan infame. Entonces Jesús, a su vez, reprende duramente a Pedro, lo pone «a raya», porque no piensa «como Dios, sino como los hombres» (cf. v. 23) y sin darse cuenta hace las veces de Satanás, el tentador.

Sobre este punto insiste, en la liturgia de este domingo, también el apóstol Pablo, quien, al escribir a los cristianos de Roma, les dice: «No os amoldéis a este mundo —no entrar en los esquemas de este mundo—, sino transformaos por la renovación de la mente, para que sepáis discernir cuál es la voluntad de Dios» (*Rm* 12, 2).

En efecto, nosotros cristianos vivimos en el mundo, plenamente incorporados en la realidad social y cultural de nuestro tiempo, y es justo que sea así; pero esto comporta el riesgo de convertirnos en «mundanos», el riesgo de que «la sal pierda el sabor», como diría Jesús (cf. *Mt* 5, 13), es decir, que el cristiano se «agüe», pierda la carga de novedad que le viene del Señor y del Espíritu Santo. En cambio, tendría que ser al contrario: cuando en los cristianos permanece viva la fuerza del Evangelio, ella puede transformar «los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida» (Pablo VI, Exhort. ap. *Evangelii nuntiandi*, 19). Es triste encontrar cristianos «aguados», que se parecen al vino diluido, y no se sabe si son cristianos o mundanos, como el vino diluido no se sabe si es vino o agua. Es triste esto. Es triste encontrar cristianos que ya no son la sal de la tierra, y sabemos que cuando la sal pierde su sabor ya no sirve para nada. Su sal perdió el sabor porque se entregaron al espíritu del mundo, es decir, se convirtieron en mundanos.

Por ello es necesario renovarse continuamente recurriendo a la savia del Evangelio. ¿Cómo se puede hacer esto en la práctica? Ante todo, leyendo y meditando el Evangelio cada día, de modo que la Palabra de Jesús esté siempre presente en nuestra vida. Recordadlo: os ayudará llevar siempre el Evangelio con vosotros: un pequeño Evangelio, en el bolsillo, en la cartera, y leer un pasaje durante el día. Pero siempre con el Evangelio, porque así se lleva la Palabra de Jesús y se la puede leer. Además, participando en la misa dominical, donde encontramos al Señor en la comunidad, escuchamos su Palabra y recibimos la Eucaristía que nos une a Él y entre nosotros; y además son muy importantes para la renovación espiritual las jornadas de retiro y de ejercicios espirituales. Evangelio, Eucaristía y oración. No lo olvidéis: Evangelio, Eucaristía, oración. Gracias a estos dones del Señor podemos configurarnos no al mundo, sino a Cristo, y seguirlo por su camino, la senda del «perder la propia vida» para encontrarla de nuevo (v. 25). «Perderla» en el sentido de donarla, entregarla por amor y en el amor —y esto comporta sacrificio, incluso la cruz— para recibirla nuevamente purificada, libre del egoísmo y de la hipoteca de la muerte, llena de eternidad.

La Virgen María nos precede siempre en este camino; dejémonos guiar y acompañar por ella.

***

Ángelus 2017

Solo el amor da sentido y felicidad a la vida

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El pasaje del Evangelio de hoy (cf *Mateo* 16, 21-27) es la continuación de aquel del pasado domingo, en el cual se resaltaba la profesión de fe de Pedro, «roca» sobre la cual Jesús quiere construir su Iglesia. Hoy, en un contraste evidente, Mateo nos muestra la reacción del propio Pedro cuando Jesús revela a sus discípulos que en Jerusalén deberá sufrir, ser matado y resucitar al tercer día. (cf v. 21). Pedro lleva a parte al maestro y lo reprende porque esto —le dice— no le puede suceder a Él, a Cristo. Pero Jesús, a su vez, reprende a Pedro con duras palabras: «¡Quítate de mi vista, Satanás! ¡Escándalo eres para mí, porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres!» (v. 23). Un momento antes, el apóstol fue bendecido por el Padre, porque había recibido de Él aquella revelación, era una «piedra» sólida para que Jesús pudiese construir encima su comunidad; y justo después se convierte en un obstáculo, una piedra pero no para construir, una piedra de obstáculo en el camino del Mesías. ¡Jesús sabe bien que Pedro y el resto todavía tienen mucho camino por recorrer para convertirse en sus apóstoles!

En aquel punto, el Maestro se dirige a todos los que lo seguían, presentándoles con claridad la vía a recorrer: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame» (v. 24) Siempre, también hoy. Está la tentación de querer seguir a un Cristo sin cruz, es más, de enseñar a Dios el camino justo, como Pedro: «No, no Señor, esto no, no sucederá nunca». Pero Jesús nos recuerda que su vía es la vía del amor, y no existe el verdadero amor sin sacrificio de sí mismo. Estamos llamados a no dejarnos absorber por la visión de este mundo, sino a ser cada vez más conscientes de la necesidad y de la fatiga para nosotros cristianos de caminar siempre a contracorriente y cuesta arriba. Jesús completa su propuesta con palabras que expresan una gran sabiduría siempre válida, porque desafían la mentalidad y los comportamientos egocéntricos. Él exhorta: «Quien quiera salvar su vida, la perderá, pero quien pierda su vida por mí, la encontrará». (v. 25). En esta paradoja está contenida la regla de oro que Dios ha inscrito en la naturaleza humana creada en Cristo: la regla de que solo el amor da sentido y felicidad a la vida.

Gastar los talentos propios, las energías y el propio tiempo solo para cuidarse, custodiarse y realizarse a sí mismos conduce en realidad a perderse, o sea, a una experiencia triste y estéril. En cambio, vivamos para el Señor y asentemos nuestra vida sobre su amor, como hizo Jesús: podremos saborear la alegría auténtica y nuestra vida no será estéril, será fecunda. En la celebración de la Eucaristía revivimos el misterio de la cruz; no solo recordamos sino que cumplimos el memorial del Sacrificio redentor, en el que el Hijo de Dios se pierde completamente a Sí mismo para recibirse de nuevo en el Padre y así encontrarnos, que estábamos perdidos, junto con todas las criaturas.

Cada vez que participamos en la Santa Misa, el amor de Cristo crucificado y resucitado se nos comunica como alimento y bebida, porque podemos seguirlo a Él en el camino de cada día, en el servicio concreto de los hermanos. Que María Santísima, que siguió a Jesús hasta el calvario, nos acompañe también a nosotros y nos ayude a no tener miedo de la cruz, pero con Jesús crucificado, no una cruz sin Jesús, la cruz

con Jesús, es decir la cruz de sufrir por el amor de Dios y de los hermanos, porque este sufrimiento, por la gracia de Cristo, es fecundo de resurrección.

***

Homilía del 28 de septiembre de 2013

El temor a la cruz

La cruz da miedo. Pero seguir a Jesús significa inevitablemente aceptar la cruz que se presenta a cada cristiano. Y a la Virgen —que sabe, por haberlo vivido, cómo se está junto a la cruz— debemos pedirle la gracia de no huir de la cruz, incluso si tenemos miedo. Es la reflexión propuesta por el Papa Francisco el sábado 28 de septiembre.

Comentando el texto litúrgico de Lucas (9, 43-45), el Santo Padre recordó que en el tiempo del relato del evangelista «Jesús estaba ocupado en muchas actividades y todos estaban admirados por todas las cosas que hacía. Era el líder de ese momento. Toda Judea, Galilea y Samaría hablaba de Él. Y Jesús, tal vez en el momento en el que los discípulos se alegraban de ello, les dijo: Fijaos bien en la mente estas palabras: el Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los hombres».

En el momento del triunfo, hizo notar el Papa, Jesús anuncia en cierto modo su Pasión. Los discípulos, sin embargo, estaban tan absorbidos por el clima de fiesta «que no comprendieron estas palabras; seguían siendo para ellos tan misteriosas que no captaban el sentido». Y, prosiguió, «no pidieron explicaciones. El Evangelio dice: tenían miedo de interrogarle sobre esto». Mejor no hablar de ello. Mejor «no comprender la verdad». Tenían miedo a la cruz.

En verdad, también Jesús le tenía miedo; pero «Él —explicó el Pontífice— no podía engañarse. Él sabía. Y era tanto el miedo que esa tarde del jueves sudó sangre». Incluso le pidió a Dios: «Padre aleja de mí este cáliz»; pero, agregó, «que se cumpla tu voluntad. Y esta es la diferencia. La cruz nos da miedo».

Esto es también lo que sucede cuando nos comprometemos en el testimonio del Evangelio, en el seguimiento de Jesús. «Estamos todos contentos», hizo notar el Papa, pero no nos preguntamos más, no hablamos de la cruz. Sin embargo, continuó, como existe la «regla que el discípulo no es más que el maestro» —una regla, precisó, que se respeta— existe también la regla por la que «no hay redención sin derramamiento de sangre». Y «no hay trabajo apostólico fecundo sin la cruz». Cada uno de nosotros, explicó, «puede tal vez pensar: ¿a mí qué me sucederá? ¿Cómo será mi cruz? No lo sabemos, pero estará y debemos pedir la gracia de no huir de la cruz cuando llegue. Cierto, nos da miedo, pero el seguimiento de Jesús acaba precisamente allí. Me vienen a la mente las palabras de Jesús a Pedro en aquella coronación pontificia: «¿Me amas? Apacienta... ¿Me amas? Apacienta... ¿Me amas? Apacienta». (cf. *Juan* 21, 15-19). Y «las últimas palabras eran las mismas: te llevarán allí donde tú no quieres ir. Era el anuncio de la cruz».

Es precisamente por esto —dijo como conclusión el Santo Padre, volviendo al pasaje evangélico de la liturgia — que «los discípulos tenían miedo a interrogarle. Muy cerca de Jesús, en la cruz, estaba su madre. Tal vez hoy, el día en el que la invocamos,

será bueno pedirle la gracia de que no se nos quite el temor, porque eso debe estar presente. Pidámosle la gracia de no huir de la cruz. Ella estaba allí y sabe cómo se debe estar cerca de la cruz».

BENEDICTO XVI - Ángelus 2008 y 2011

IR A ÍNDICE DOMINGO XXII DEL TIEMPO ORDINARIO

Ángelus 2008

La invitación de Jesús a cargar la cruz

Queridos hermanos y hermanas:

También hoy, en el Evangelio, aparece en primer plano el apóstol san Pedro, como el domingo pasado. Pero, mientras que el domingo pasado lo admiramos por su fe sincera en Jesús, a quien proclamó Mesías e Hijo de Dios, esta vez, en el episodio sucesivo, muestra una fe aún inmadura y demasiado vinculada a la "mentalidad de este mundo" (cf. *Rm* 12, 2).

En efecto, cuando Jesús comienza a hablar abiertamente del destino que le espera en Jerusalén, es decir, que tendrá que sufrir mucho y ser asesinado para después resucitar, san Pedro protesta diciendo: "¡Lejos de ti, Señor! De ningún modo te sucederá eso" (*Mt* 16, 22). Es evidente que el Maestro y el discípulo siguen dos maneras opuestas de pensar. San Pedro, según una lógica humana, está convencido de que Dios no permitiría nunca que su Hijo terminara su misión muriendo en la cruz. Jesús, por el contrario, sabe que el Padre, por su inmenso amor a los hombres, lo envió a dar la vida por ellos y que, si esto implica la pasión y la cruz, conviene que suceda así. Por otra parte, sabe también que la última palabra será la resurrección. La protesta de san Pedro, aunque fue pronunciada de buena fe y por amor sincero al Maestro, a Jesús le suena como una tentación, una invitación a salvarse a sí mismo, mientras que sólo perdiendo su vida la recibirá nueva y eterna por todos nosotros.

Ciertamente, si para salvarnos el Hijo de Dios tuvo que sufrir y morir crucificado, no se trata de un designio cruel del Padre celestial. La causa es la gravedad de la enfermedad de la que debía curarnos: una enfermedad tan grave y mortal que exigía toda su sangre. De hecho, con su muerte y su resurrección, Jesús derrotó el pecado y la muerte, restableciendo el señorío de Dios. Pero la lucha no ha terminado: el mal existe y resiste en toda generación y, como sabemos, también en nuestros días. ¿Acaso los horrores de la guerra, la violencia contra los inocentes, la miseria y la injusticia que se abaten contra los débiles, no son la oposición del mal al reino de Dios? Y ¿cómo responder a tanta maldad si no es con la fuerza desarmada y desarmante del amor que vence al odio, de la vida que no teme a la muerte? Es la misma fuerza misteriosa que utilizó Jesús, a costa de ser incomprendido y abandonado por muchos de los suyos.

Queridos hermanos y hermanas, para llevar a pleno cumplimiento la obra de la salvación, el Redentor sigue asociando a sí y a su misión a hombres y mujeres

dispuestos a tomar la cruz y seguirlo. Como para Cristo, también para los cristianos cargar la cruz no es algo opcional, sino una misión que hay que abrazar por amor. En nuestro mundo actual, en el que parecen dominar las fuerzas que dividen y destruyen, Cristo no deja de proponer a todos su invitación clara: quien quiera ser mi discípulo, renuncie a su egoísmo y lleve conmigo la cruz. Invoquemos la ayuda de la Virgen santísima, la primera que siguió a Jesús por el camino de la cruz, hasta el final. Que ella nos ayude a seguir con decisión al Señor, para experimentar ya desde ahora, también en las pruebas, la gloria de la resurrección.

***

Ángelus 2011

El camino de la cruz

Queridos hermanos y hermanas

En el Evangelio de hoy, Jesús explica a sus discípulos que tendrá que "ir a Jerusalén y sufrir mucho de parte de los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas, y ser matado y resucitar al tercer día" (Mt 16,21). ¡Todo parece trastornarse en el corazón de los discípulos! ¿Cómo es posible que "el Cristo, el Hijo de Dios vivo" pueda sufrir hasta la muerte? El apóstol Pedro se rebela, no acepta este camino, toma la palabra y dice al maestro: "¡Lejos de ti, Señor! De ningún modo te sucederá eso" (v. 22).

Aparece evidente la divergencia ente el designio del amor del Padre, que llega hasta el don del Hijo Unigénito en la cruz para salvar a la humanidad, y las expectativas, los deseos y los proyectos de los discípulos. Y este contraste se repite también hoy: cuando la realización de la propia vida está orientada únicamente al éxito social, al bienestar físico y económico ya no se razona según la voluntad de Dios sino según los hombres (v.23). Pensar según el mundo es dejar aparte a Dios, no aceptar su designio de amor, es casi impedirle cumplir su sabia voluntad. Por eso Jesús le dice a Pedro una palabra particularmente dura: "¡Quítate de mi vista, Satanás! ¡Escándalo eres para mí!" (*ibid*). El Señor enseña que "el camino de los discípulos es un seguirle a Él, al Crucificado. Pero en los tres Evangelios, este seguirle en el signo de la cruz... como el camino del "perderse a sí mismo", que es necesario para el hombre y sin el cual le resulta imposible encontrarse a sí mismo" (*Jesús de Nazaret*, Milán 2007, 337).

Como a los discípulos, también a nosotros Jesús nos dirige la invitación: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame" (Mt 16,24). El cristiano sigue al Señor cuando acepta con amor la propia cruz, a pesar de que a los ojos del mundo aparece como un fracaso y una "pérdida de la vida" (cf. *Ibid*. 25-26), sabiendo que no la lleva solo, sino con Jesús, compartiendo su mismo camino de donación. Escribe el Siervo de Dios Pablo VI: "Misteriosamente, el mismo Cristo, para erradicar del corazón del hombre el pecado de la presunción y manifestar al Padre una obediencia íntegra y filial, acepta... morir en una cruz" (Ex. Ap. *Gaudete in Domino* (9 mayo 1975). Aceptando voluntariamente la muerte, Jesús lleva la cruz de todos los hombres y se convierte en fuente de salvación para toda la humanidad. San Cirilo de Jerusalén comenta: "La cruz victoriosa ha iluminado a quien estaba ciego por

la ignorancia, ha liberado a quien era prisionero del pecado, ha llevado la redención a toda la humanidad" (*Catechesis Illuminandorum* XIII,1: *de Christo crucifixo et sepulto*: PG 33, 772 B).

Confiamos nuestra oración a la Virgen María y a San Agustín, de quien hoy se celebra la memoria litúrgica, para que cada uno de nosotros sepa seguir al Señor en el camino de la cruz y se deje transformar por la gracia divina, renovando el modo de pensar para poder "distinguir cuál la voluntad de Dios: lo que es bueno, lo agradable, lo perfecto" (Rom.12, 2).

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

IR A ÍNDICE DOMINGO XXII DEL TIEMPO ORDINARIO

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

Cristo llama a sus discípulos a tomar la cruz y a seguirle

Nuestra participación en el sacrificio de Cristo

618. La Cruz es el único sacrificio de Cristo "único mediador entre Dios y los hombres" (1 Tm 2, 5). Pero, porque en su Persona divina encarnada, "se ha unido en cierto modo con todo hombre" (GS 22, 2), él "ofrece a todos la posibilidad de que, en la forma de Dios sólo conocida, se asocien a este misterio pascual" (GS 22, 5). Él llama a sus discípulos a "tomar su cruz y a seguirle" (Mt 16, 24) porque él "sufrió por nosotros dejándonos ejemplo para que sigamos sus huellas" (1 P 2, 21). Él quiere en efecto asociar a su sacrificio redentor a aquéllos mismos que son sus primeros beneficiarios (cf. Mc 10, 39; Jn 21, 18-19; Col 1, 24). Eso lo realiza en forma excelsa en su Madre, asociada más íntimamente que nadie al misterio de su sufrimiento redentor (cf. Lc 2, 35):

Fuera de la Cruz no hay otra escala por donde subir al cielo (Sta. Rosa de Lima, vida)

La cruz es el camino para entrar en la Gloria de Cristo

555. Por un instante, Jesús muestra su gloria divina, confirmando así la confesión de Pedro. Muestra también que para "entrar en su gloria" (Lc 24, 26), es necesario pasar por la Cruz en Jerusalén. Moisés y Elías habían visto la gloria de Dios en la Montaña; la Ley y los profetas habían anunciado los sufrimientos del Mesías (cf. Lc 24, 27). La Pasión de Jesús es la voluntad por excelencia del Padre: el Hijo actúa como siervo de Dios (cf. Is 42, 1). La nube indica la presencia del Espíritu Santo: "Tota Trinitas apparuit: Pater in voce; Filius in homine, Spiritus in nube clara" ("Apareció toda la Trinidad: el Padre en la voz, el Hijo en el hombre, el Espíritu en la nube luminosa" (Santo Tomás, s.th. 3, 45, 4, ad 2):

Tú te has transfigurado en la montaña, y, en la medida en que ellos eran capaces, tus discípulos han contemplado Tu Gloria, oh Cristo Dios, a fin de que

cuando te vieran crucificado comprendiesen que Tu Pasión era voluntaria y anunciasen al mundo que Tú eres verdaderamente la irradiación del Padre (Liturgia bizantina, Kontakion de la Fiesta de la Transfiguración,)

1460. La penitencia que el confesor impone debe tener en cuenta la situación personal del penitente y buscar su bien espiritual. Debe corresponder todo lo posible a la gravedad y a la naturaleza de los pecados cometidos. Puede consistir en la oración, en ofrendas, en obras de misericordia, servicios al prójimo, privaciones voluntarias, sacrificios, y sobre todo, la aceptación paciente de la cruz que debemos llevar. Tales penitencias ayudan a configurarnos con Cristo que, el Único que expió nuestros pecados (Rm 3,25; 1 Jn 2,1-2) una vez por todas. Nos permiten llegar a ser coherederos de Cristo resucitado, "ya que sufrimos con él" (Rm 8,17; cf Cc. de Trento: DS 1690):

Pero nuestra satisfacción, la que realizamos por nuestros pecados, sólo es posible por medio de Jesucristo: nosotros que, por nosotros mismos, no podemos nada, con la ayuda "del que nos fortalece, lo podemos todo" (Flp 4,13). Así el hombre no tiene nada de que pueda gloriarse sino que toda "nuestra gloria" está en Cristo...en quien satisfacemos "dando frutos dignos de penitencia" (Lc 3,8) que reciben su fuerza de él, por él son ofrecidos al Padre y gracias a él son aceptados por el Padre (Cc. de Trento: DS 1691).

2100. El sacrificio exterior, para ser auténtico, debe ser expresión del sacrificio espiritual. "Mi sacrificio es un espíritu contrito..." (Sal 51,19). Los profetas de la Antigua Alianza denunciaron con frecuencia los sacrificios hechos sin participación interior (cf Am 5,21-25) o sin amor al prójimo (cf Is 1,10-20). Jesús recuerda las palabras del profeta Oseas: "Misericordia quiero, que no sacrificio" (Mt 9,13; 12,7; cf Os 6,6). El único sacrificio perfecto es el que ofreció Cristo en la cruz en ofrenda total al amor del Padre y por nuestra salvación (cf Hb 9,13-14). Uniéndonos a su sacrificio, podemos hacer de nuestra vida un sacrificio para Dios.

El camino de la perfección pasa por el camino de la cruz

2015. El camino de la perfección pasa por la cruz. No hay santidad sin renuncia y sin combate espiritual (cf 2 Tm 4). El progreso espiritual implica la ascesis y la mortificación que conducen gradualmente a vivir en la paz y el gozo de las bienaventuranzas:

El que asciende no cesa nunca de ir de comienzo en comienzo mediante comienzos que no tienen fin. Jamás el que asciende deja de desear lo que ya conoce (S. Gregorio de Nisa, hom. in Cant. 8).

Llevar la cruz en la vida de cada día

2427. El trabajo humano procede directamente de personas creadas a imagen de Dios y llamadas a prolongar, unidas y para mutuo beneficio, la obra de la creación dominando la tierra (cf Gn 1,28; GS 34; CA 31). El trabajo es, por tanto, un deber: "Si alguno no quiere trabajar, que tampoco coma" (2 Ts 3,10; cf. 1 Ts 4,11). El trabajo honra los dones del Creador y los talentos recibidos. Puede ser también redentor. Soportando el peso del trabajo (cf Gn 3,14-19), en unión con Jesús, el carpintero de Nazaret y el crucificado del Calvario, el hombre colabora en cierta manera con el Hijo de Dios en

su Obra redentora. Se muestra discípulo de Cristo llevando la Cruz cada día, en la actividad que está llamado a realizar (cf LE 27). El trabajo puede ser un medio de santificación y una animación de las realidades terrenas en el espíritu de Cristo.

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO XXII DEL TIEMPO ORDINARIO

El que quiera venirse conmigo, que se niegue a sí mismo

En el Evangelio de este Domingo escuchemos a Jesús que nos dice:

«El que quiera venirse conmigo, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga. Si uno quiere salvar su vida, la perderá; pero el que la pierda por mí la encontrará».

Ahora yo os debo hacer una confesión. Cada vez que abriendo el misal encuentro palabras como éstas en el Evangelio, que debo comentar, la primera tentación es la de la fuga o huida como Jonás cuando se le mandó ir a predicar la conversión a Nínive.

«Negarse a sí mismo, cargar la cruz»: ¿cómo hacer para poder aceptar palabras como éstas de gente que desde la mañana a la tarde no hace más que sentir alabársele el éxito, el acierto, la afirmación de sí mismo?

Creo que el mismo sentimiento lo haya probado también el apóstol Pablo, porque una vez, casi como para reaccionar a una tentación del género, exclama con fuerza: «Yo no me avergüenzo del Evangelio, que es fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree» (Romanos 1, 16). Teniendo su ejemplo yo afronto confiado, también esta vez y con la ayuda de Dios, la página del Evangelio, que nos ha sido propuesta por la liturgia.

La vía cristiana para alcanzar la salvación consiste en ir «detrás de Jesús» e ir detrás de Jesús consiste en «negarse a sí mismo y cargar con la propia cruz». Hace algún Domingo hemos tenido ocasión de reflexionar sobre el hecho de llevar la cruz. Concentrémonos por ello, esta vez, sobre la primera expresión: «Negarse a sí mismo».

¿Qué significa «negarse a sí mismo»? Es más, ¿es posible y es hasta lícito negarse a sí mismo? Pensándolo bien, llevado a las últimas consecuencias, «negarse a sí mismo» equivale a quitarse la vida, a cometer un suicidio, que no es ciertamente una cosa para recomendar a la gente.

De inmediato, debemos hacer una distinción. Jesús no pide renegar «lo que somos» sino lo que «hemos llegado a ser». Nosotros somos imagen de Dios, somos por ello algo «muy bueno», como llegó a decir Dios mismo inmediatamente después de haber creado al hombre y a la mujer (*Génesis* 1, 31). De lo que nos hemos de negar no es de lo que ha hecho Dios sino de lo que hemos hecho nosotros, usando mal de nuestra libertad. En otras palabras, de las malas tendencias, del pecado, de todas las cosas que nos son como incrustaciones posteriores sobrepuestas a lo original. «Negar o renegar»

significa, por lo tanto, en realidad, como explica el mismo Jesús, «volver a encontrar»: «Quien pierda la vida por mí la encontrará». ¡Negarse es, pues, el verdadero modo de realizarse!

Algunos ejemplos sacados del arte nos ayudarán a entender mejor que cualquier otro razonamiento. Existen maravillosas iglesias románicas que fueron recubiertas de estucos, decoraciones columnas en la época barroca. Una verdadera deformación, debido al mal gusto del tiempo. ¿Cómo hacer para volver a dejar estos monumentos, a veces antiquísimos, con la sencillez y la belleza primitiva? Es necesario tirar sin piedad todas estas estructuras y arreglos posteriores para volver de nuevo a traer a la luz la estructura original. Y es, en efecto, lo que se ha hecho en muchos casos y que consiente hoy poder admirar de nuevo estos monumentos en su primitivo esplendor.

Del campo de la arquitectura pasemos al de la pintura. Hay cuadros que con el pasar del tiempo se han oxidado y ennegrecido todos, tanto que con dificultad apenas ya se distinguen las figuras. Para llevarlos de nuevo a la forma original es necesario limpiarlos, restaurarlos, quitarles la pátina, que se les ha depositado encima. ¡Qué diferencia en los frescos de Miguel Ángel entre antes y después de la restauración de la Capilla Sixtina! Los turistas hacen colas interminables para poder ir a admirarlos ahora que han sido restaurados.

Lo mismo para la escultura. Hace años fueron descubiertas en el fondo del mar a lo largo de la costa jónica dos masas informes, que tenían una vaga semejanza con cuerpos humanos, que estaban recubiertas de incrustaciones marinas. Fueron llevadas a flote y vueltas a pulir pacientemente y liberadas de incrustaciones. Hoy los famosos «Bronces de Riace», en el museo de Regio Calabria, son entre las esculturas más admiradas por su antigüedad.

Son ejemplos, que nos ayudan a entender el aspecto positivo que hay en la propuesta evangélica. Nosotros nos asemejamos en el espíritu a aquellas estatuas antes de su restauración. La bella imagen de Dios, que nosotros debiéramos ser, ha sido recubierta por siete estratos, que son los siete vicios capitales. Quizás no sea malo volverlos a recordar por si los hubiésemos olvidado. Son: soberbia, avaricia, lujuria, ira, gula, envidia y acidia o pereza. San Pablo llama a esta imagen desfigurada la «imagen terrestre» en oposición a la «imagen celestial», que es la semejante con Cristo.

«Negarse a sí mismo» no es, por lo tanto, una operación para la muerte sino para la vida, para la belleza y para la alegría. Si queréis, es, sí, un matarse a sí mismo con el pacto, sin embargo, de que para «nosotros mismos» entendemos este nuestro «yo», postizo y sobreañadido, es la parte peor de nosotros, que tan frecuentemente somos los primeros en aborrecer o desechar.

Añadamos un ejemplo, sacado de la agricultura. En este período del año, el verano avanzado, nuestros viñedos están cargados de racimos, que comienzan a madurar al sol y anuncian ya próxima la vendimia. Pero, ¿cómo ha llegado la vid a producir estos maravillosos racimos? Dejándose quitar, perdiendo inexorablemente sarmientos superfluos. La vid, se dice, «llora» cuando es podada, porque de las ramas

cortadas, de hecho, salen gotas de agua semejantes a lágrimas; pero, a continuación, si pudiesen hablar, bendecirían la mano que las ha podado. Todo esto nos recuerdan las palabras de Jesús:

«Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el viñador. Todo sarmiento que en mí no da fruto, lo corta, y todo el que da fruto, lo limpia, para que dé más fruto» (Juan 15, 1-2).

Quizás, sin embargo, sea bueno hacer un poco más concreto este discurso sobre el negarse a sí mismo; pues, de otra manera, arriesga permanecer demasiado teórico. «Negar/renegar» significa «decir no». Entonces, se trata muy simplemente de aprender a decir no. Hay un espectáculo violento o claramente licencioso en la televisión; tu curiosidad te dice: sí, míralo; pues, en el fondo eres un hombre, no un niño, ¿qué mal te puede hacer? Tú dices: no; ¿por qué tendré que ensuciarme el corazón y los ojos? Has renegado de ti mismo.

Un compañero te ofrece «chocolate», ¿se llama así? En suma, de lo que huele a droga. Asimismo, aquí una voz fuerte te empuja a aceptar; sólo por una vez; sólo por saber de qué se trata... Tú respondes: no. Te has negado a ti mismo y, en este caso, quizás literalmente has «salvado tu vida». Estás en la mesa y la garganta te empujaría a comer o tragarte todo lo que hay. Tú te moderas y dices: basta. Has vencido (y, quizás más aún, has evitado incluso dañar tu salud).

Los ejemplos, como se ve, se pueden multiplicar. Sientes como hervir la ira dentro de ti por cualquier cosa, que te parece torcida en casa con los hijos o sobre el trabajo. Te dominas, dices no; esperas a estar tranquilo para hablar. Has conseguido una victoria. Una gran victoria, porque es más fácil luchar contra un ejército que contra tú mismo. No se vive en paz en familia y en la sociedad sin la capacidad de saber decir algún no a sí mismos. Cada no dicho a sí mismo es un sí dicho al otro, a la honestidad, a la concordia.

Es un aprender el lenguaje del verdadero amor. Imagínate, decía un gran filósofo, Kierkegaard, una situación puramente humana. Dos jóvenes se aman. Pero, pertenecen a dos pueblos distintos y hablan dos lenguas completamente diferentes. Si su amor quiere sobrevivir y crecer, es necesario que uno de los dos aprenda la lengua del otro. De otra manera, no podrían comunicarse y su amor no duraría.

Así, os comentaba yo, sucede entre nosotros y Dios. Nosotros hablamos el lenguaje de la carne, él el del espíritu; nosotros, el del egoísmo y él el del amor. Negarse es aprender la lengua de Dios para poderse comunicar con él. Pero, de igual forma es aprender la lengua, esto es, la sensibilidad, los gustos, las esperas, del otro que vive junto a nosotros. Y todo esto para poder vivir en paz y construir juntos algo hermoso en la vida.

¡Hay tantos problemas y fallos en la pareja, que dependen del hecho de que el hombre no se haya preocupado verdaderamente nunca de aprender el modo de expresar el amor a la mujer, y la mujer al hombre! Asimismo, sobre este punto, el Evangelio, como se ve, es bastante menos arcaico en la vida de cuanto se cree. ¡Cuántas

renuncias, cuántas negaciones de sí se practican cada día sin pensárnoslo: para dejar contentos a los que nos aman! Y no se hace con tristeza sino con alegría.

PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes

IR A ÍNDICE DOMINGO XXII DEL TIEMPO ORDINARIO

Martirio de amor

Los justos están en paz. Los justos son todos aquellos hombres y mujeres invitados a participar del banquete del Cordero de Dios, de su cruz y de su gloria.

Jesús hace una invitación a través de su doctrina, que vino a enseñar con su palabra y con su ejemplo, para que todo aquel que lo escuche, la aprenda y la ponga en práctica en su vida.

Él ha venido a traer el carisma cristiano, que son hombres y mujeres valientes, dispuestos, decididos y obedientes a su ley, que renuncian a sí mismos para tomar su cruz de cada día y seguirlo, que no se avergüenzan al contemplar a su Dios desnudo, martirizado, crucificado y muerto, coronado de espinas y pendiendo de una cruz, y lo reconocen resucitado, vivo, glorioso, presente, real y substancialmente en la Eucaristía, y lo adoran.

Son hombres y mujeres que renuncian al mundo rechazando el mal, las tentaciones y el pecado, compartiendo con Cristo el mismo martirio de amor, entregando la vida cada día, sin miedo y con valor, sirviendo a sus hermanos para servir a Dios, dando de comer al hambriento, dando de beber al sediento, vistiendo al desnudo, visitando a los enfermos, dando posada al peregrino, visitando a los presos, enterrando a los muertos, enseñando al que no sabe, dando consejo al que lo necesita, corrigiendo al que se equivoca, perdonando a los demás, consolando al triste, sufriendo con paciencia los defectos de los demás, rezando por los vivos y por los difuntos.

Ten tú el valor de acompañar a tu Señor, de despojarte de todo, hasta de ti mismo, para dar la vida por Cristo.

No quieras conquistar al mundo para complacerte y ganar tu vida, porque la perderás. En cambio, vive entregando tu vida por Cristo, sirviendo a los demás, gastando tu vida en obras de misericordia y de caridad, comportándote de acuerdo a su doctrina, viviendo el carisma cristiano, y la vida eterna encontrarás.

Siéntete orgulloso de dar la vida por Cristo y de ser llamado entre los suyos mártir de amor.

FLUVIUM (www.fluvium.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO XXII DEL TIEMPO ORDINARIO

Del dolor cristiano a su alegría

Las palabras de Jesús recogidas por San Mateo en su Evangelio que hoy consideramos enfrentan al hombre de modo inequívoco, por la insistencia reiterada de Jesús, con la realidad del sacrificio. Lo que de algún modo contraría, lo que cuesta, aquello que de diversos modos nos produce dolor, nos hace sufrir; no es, sin embargo, necesariamente malo. Muy al contrario, la Cruz –que aúna en sí todo lo que podría parecer contrario al hombre desde una visión sólo terrena– nos es imprescindible en la vida según el plan de Dios.

Cuando se trata de dejar claro cómo se logra lo que nos es en verdad valioso, siempre se concluye que es a base de esfuerzo y, en cierto sentido, de renuncia. "Quien algo quiere, algo le cuesta", solemos decir. Y es de experiencia común que a mayor y más excelente el objetivo que se pretende, más cuesta y mayor debe ser el empeño por lograrlo. De ahí que bastantes se retraen de intentar metas altas, desanimados por el trabajo que imaginan. Les domina esa opción que han hecho por sí mismos, que les impulsa a evitar exigencias incómodas, aun sabiendo que se quedan sin la opción mejor: la que tiende al enriquecimiento por un mayor valor logrado.

Casi de continuo insiste Jesús en la necesidad del esfuerzo. **El Reino de los Cielos padece violencia, y los esforzados lo conquistan**, aclara, con expresión que hoy en día puede parecer intransigente. Y recordamos el anuncio de su Pasión, tal como el propio Cristo la expuso en síntesis a los Apóstoles. El sentido de su vida entre los hombres, a partir de encarnarse en Santa María Virgen, era la Redención del género humano. Con la vida y muerte de Cristo el hombre podría recuperar esa intimidad con la Trinidad Beatísima, perdida por el pecado, para la que había sido pensado por Dios Creador desde el principio. Los días del Hijo de Dios en la tierra fueron de trabajo esforzado; con todo su afán sólo para lo que más favorezca a los hombres. Los días de Jesús, de su vida pública entre los hombres, son –a costa de todo lo propio– una permanente entrega suya en favor nuestro.

Hecho hombre por amor a los hombres, quiso además mostrarnos con el ejemplo visible de su transcurso terreno el modo supremo de amar. En la Cruz consuma su entrega redentora: **Todo está cumplido**, exclama al morir. Pero cada día de Jesús en su vida mortal es ya una manifestación plena de ese mismo amor y entrega. En cada jornada Cristo ponía toda su humanidad Santísima en una renuncia efectiva de sí mismo por los que le rodeaban. La Cruz y la muerte serán el colofón de su mismo ofrecimiento cotidiano, que el primer Viernes Santo se concretó en la entrega definitiva de su vida en el Calvario.

Ningún ideal se hace realidad sin sacrificio. — Niégate. — ¡Es tan hermoso ser víctima!

Con ese optimismo realista contemplaba san Josemaría el sacrificio por amor. Porque la belleza proviene del amor. Es simpleza, pues, ver la vida del cristiano consecuente con su fe como un "calvario", en el sentido pobre que a veces se da a esa palabra. Hay Cruz, sí, y dolor; pero el cristiano sólo quiere la Cruz de Cristo; una Cruz

con la que ama y alcanza la Vida Eterna para sí, al ofrecer su propia vida en sacrificio por los demás. Así, el sacrificio no es un castigo, sino instrumento de salvación. De salvación y de alegría, porque –por Gracia de Dios– la auténtica felicidad sólo proviene de ese sacrificio. *¡Con alegría, ningún día sin Cruz!*, clamaba con razón san Josemaría.

Es lógico que en ocasiones nos cueste "entender" la necesidad del dolor. Por esa rebeldía, que de continuo nos reclama ser "autónomos" y dueños absolutos de nosotros mismos, no queremos tolerar el sufrimiento. La soberbia –apego desordenado al yo–, que nos incita a vernos libres hasta de Dios, aparte de ser poco realista y nada razonable, pues se nos muestra con evidencia nuestra condición de criatura a poco que seamos francos con nosotros, es el origen de ese no "entender" y de la rebeldía consiguiente.

"Es tal la actual condición del hombre, que únicamente puede mostrar su amor en categorías de sufrimiento". Así razonaba un buen conocedor de la humana naturaleza, que sí estaba dispuesto a ser consecuente con ella, aunque tuviera que padecer en aras de la verdad. Las palabras de Nuestro Señor son, por lo demás, inequívocas, aunque exigentes: **Si alguno quiere venir detrás de mí, que se niegue a sí mismo, que tome su cruz y que me siga. Porque el que quiera salvar su vida la perderá; pero el que pierda su vida por mí, la encontrará.**

Es esa vida, plena en Cristo –prevista para cada uno en el plan divino– en la que pensamos. La misma vida colmada de generosa entrega que deseamos que los demás vivan con nosotros. Esa vida que cuando se difunde, cuando muchos al cundir el buen ejemplo logran implantar en cierto ambiente, en una sociedad, allí se respira paz, alegría, optimismo, un sentido positivo de la existencia humana, aun cuando no se pueda evitar el dolor; porque, en nuestra actual condición, será siempre compañero de viaje, como debe serlo también la alegría.

Después de su Hijo, es María quien más ha sufrido en este mundo, también con sus ojos puestos siempre en Dios. Por eso es la más feliz y causa de nuestra alegría

---

PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)

IR A ÍNDICE DOMINGO XXII DEL TIEMPO ORDINARIO

Quien no *carga* con *su cruz…*

Hoy, nuestra liturgia de la palabra se abrió con un pasaje del profeta Jeremías. En él escuchamos un desahogo del profeta, una especie de dramática confesión ante Dios. Dios lo manda a anunciar *violencia, devastación,* es decir, una época de sufrimiento y de prueba, a un pueblo que, al contrario, no tiene oídos sino para escuchar a los profetas que lo acarician y lo acunan con anuncios de paz y de seguridad: ¡Total –dicen– tenemos el templo del Señor!

En estas condiciones, el profeta que habla verdaderamente en nombre de Dios se convierte en *motivo de risa todo el día;* hace el papel de excéntrico y de profeta de las

desventuras. Hablar en nombre de Dios se vuelve una tarea dolorosa: *La palabra del Señor es para mí oprobio y afrenta todo el día.* Jeremías llega a decirse a sí mismo, refiriéndose a Dios: *No lo voy a mencionar ni hablaré más en su nombre.* Es la tentación de la huida ante las exigencias aplastantes de la tarea profética, la tentación de no hablar más en nombre de Dios, o también de decir lo que al pueblo le gusta escuchar: palabras que acaricien su deseo de gozar y lo acunen en medio de una falsa seguridad. Pero el profeta no desertará, no puede desertar: es como si Dios lo hubiera seducido. Su palabra entró en él y está en sus huesos como un fuego devorador que el profeta no puede contener. Por eso no callará.

En la segunda lectura, hemos escuchado a Pablo que exhorta a los cristianos a *ofrecerse ustedes mismos como una víctima viva, santa y agradable a Dios.* Al pasar por fin al Evangelio, nos encontramos con palabras como éstas: *El que quiera venir detrás de mí que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga. Porque el que quiere salvar su vida, la perderá…" ¿De qué le servirá al hombre ganar el mundo entero si pierde la vida?*

Hoy, nosotros estamos llamados a proclamar a los hombres, es decir, a ustedes, esta palabra tan austera de la cruz que hace temblar las venas y el pulso de nuestra pobre naturaleza humana. Renunciar a uno mismo: no es ciertamente la palabra del Evangelio que a los hombres de nuestra época les guste oír más. Es mucho más fácil hacerse escuchar si se habla de los aspectos sociales del mensaje de Cristo, de Jesús que nos llama a combatir las injusticias del mundo, antes que del Jesús que nos llama a combatir contra nosotros mismos y a vencernos.

Nuestra tentación –digo nuestra, es decir, de nosotros, anunciadores del Evangelio– es la misma de Jeremías y de Jonás: alejarnos de la tarea ingrata y aparentemente inútil de anunciar a los hombres, nuestros contemporáneos, palabras que ellos no aman y no desean escuchar. Y no sólo a los hombres que están frente a nosotros –los oyentes–, sino también al hombre que está dentro de nosotros, porque también nosotros, los que debemos predicar la cruz, pertenecemos a aquella misma generación que no desea escuchar hablar de cruz.

Y, sin embargo, no podemos callar. El pueblo cristiano tendría motivo para avergonzarse de sus sacerdotes, el día que ellos dejaran de hablar con coraje y decir como san Pablo: *Nosotros… predicamos a un Cristo crucificado…* (1 Cor. 1, 23).

De todos modos, nuestra tarea hoy no consiste sólo en anunciar la cruz, sino también en hacer entender el significado de este anuncio, es decir, el sentido que ella tiene para nosotros, para nuestra experiencia humana y para nuestro destino.

Jesús nos dice que renunciemos a nosotros mismos, que aprendamos a perder, a perder incluso la vida. En cierto sentido, entonces, a alienarnos de nosotros mismos. Pero nosotros vivimos en una civilización que rechaza y combate la alienación de uno mismo y, al contrario, propone como valor supremo de la persona la propia realización. El trabajo, el tiempo libre, la cultura, cada promoción y emancipación social, todo es visto en función de una autorrealización del hombre. El hombre quiere vencer, no perder, y mucho menos perder su vida.

Entonces, ¿qué pensar? ¿Debemos verdaderamente apartarnos de la corriente del mundo y renunciar a nuestra calidad de hombres para seguir a Jesús? ¿Acaso debemos elegir entre ser hombres Y ser cristianos? No, porque el renunciamiento que exige Jesús es, de hecho, la suprema autorrealización, es nuestra verdadera recuperación; el perdernos a nosotros mismos es el único modo de volver a encontrarnos: porque quien pierde su vida, la encontrará.

¿Qué podemos esperar obtener con una autorrealización en el plano humano? ¿Quizás hacer de nosotros personas cultas, respetadas, de buena posición, plenamente autónomas, que llegan con buena salud a una edad avanzada? ¿Pero para qué sirve al final todo esto? *¿De qué le servirá al hombre ganar el mundo entero si pierde la vida,* es decir, si debe morir? ¿Qué podrá impedir, en este camino, la jugada final, la muerte que pone fin a todo? "¿Para qué sirve vivir bien si no nos es concedido vivir siempre?" (san Agustín).

Jesús nos ofrece la posibilidad y la esperanza de romper este muro que se levanta frente a nosotros. Nos la ofrece justamente haciéndonos hacer el camino inverso: el de la renuncia. Pero estemos bien atentos: ¿renuncia a qué? No a nuestras auténticas posibilidades Y a los valores humanos, sino a la parte enferma de nosotros mismos, al enemigo de Dios y de nosotros que anida en la carne de cada uno de nosotros; al hombre viejo, en fin, como lo llama la Biblia: al hombre egoísta, dominado por la lujuria Y por la concupiscencia, que ya no es capaz de amar a otro que no sea él mismo, y esto hecho también en forma equivocada. En ese sentido, Pablo dice: *Los que pertenecen a Cristo Jesús han crucificado la carne con sus pasiones y sus malos deseos* (Gal. 5, 24): han crucificado a la criatura vieja para hacer emerger a la nueva, al hombre viejo para hacer emerger al nuevo, creado a imagen de Dios, candidato a la vida eterna: al hombre que es, finalmente, de veras libre. En realidad, esto no es alienarse, sino salir de un estado crónico de alienación.

Demos un paso más hacia adelante: ¿renuncia por quién y por qué cosa? "A causa de mí", por amor a Dios; es decir, a causa de una elección que hacemos, la elección de Dios en el lugar de nuestro yo: a causa de la esperanza que el Señor nos ofrece más allá de la muerte: *Porque el Hijo del hombre vendrá en la gloria de su Padre, rodeado de sus ángeles, y entonces pagará a cada uno de acuerdo con sus obras.*

Este camino estrecho que nos indica el Evangelio, tiene a Dios al final, como premio (*Yo soy para ti un escudo. Tu recompensa será muy grande,* nos dice el Señor a nosotros, como a Abraham: Gn, 15, 1), Pero tiene también a Dios al inicio, De hecho, Jesús lo inauguró y lo recorrió en persona, por lo cual, "cargar la cruz" significa ahora "ir detrás de él", poner los pies en sus huellas, seguirlo, Hay una sucesión límpida y transparente de significado en el Evangelio de hoy: Jesús habla de la cruz de los discípulos después de haber hablado de la suya: *Jesús comenzó a anunciar a sus discípulos que debía ir a Jerusalén y sufrir mucho…que debía ser condenado a muerte y resucitar al tercer día.*

Al tercer día resucitará y también sus discípulos resucitarán. Es esta peripecia de muerte y resurrección del Salvador la fuente y el modelo de nuestro perdernos para volver a encontrarnos, de nuestro morir para vivir. Ella se repite ahora ante nuestros

ojos en el sacrificio de la Misa. Saquemos de ello el coraje para seguirlo y el propósito de ofrecer verdaderamente "nuestras personas en sacrificio vivo a Dios". Señor, enséñanos a perdernos para volver a encontrarnos en ti para la vida eterna.

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO XXII DEL TIEMPO ORDINARIO

Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II

Homilía en Alatri (2-IX-1984)

– La Iglesia, comunidad de fe y amor

"Dios, Padre todopoderoso, de quien procede todo don perfecto, infunde en nuestros corazones el amor de tu nombre y reaviva nuestra fe".

El programa para la vida de Fe nos lo traza San Pablo: "Os exhorto, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, que ofrezcáis vuestros cuerpos como una víctima viva, santa, agradable a Dios: tal será vuestro culto espiritual. Y no os acomodéis al mundo presente, antes bien transformaos mediante la renovación de vuestra mente, de forma que podáis distinguir cuál es la voluntad de Dios: lo bueno, lo agradable, lo perfecto" (Rm 12:1-2).

La fe cristiana es ante todo ofrenda de sí mismo como sacrificio viviente: porque Dios, antes que nada pide nuestro corazón. Nos espera a nosotros, nuestro trabajo, nuestros sufrimientos. Así se ejercita el sacerdocio real, a lo que el Concilio Vaticano II ha invitado a todos, incluido los laicos. Y efectivamente, hablando de la función de los laicos en la Iglesia, ha puesto de relieve que "todas sus obras, sus oraciones e iniciativas apostólicas... el trabajo cotidiano, el descanso del cuerpo y del alma, si son hechos en el Espíritu, e incluso las mismas pruebas de la vida si se sobrellevan pacientemente, se convierten en sacrificios espirituales, agradables a Dios por Jesucristo" (Lumen Gentium 34).

De este modo, nuestra vida, aunque oculta, monótona, insignificante a los ojos de los hombres, se hace extraordinariamente preciosa ante Dios: se hace adhesión a Él, a su palabra de verdad y a su mensaje evangélico; convencida adhesión a la Santa Iglesia y a su Magisterio; sacrificio continuo en unión con el de Jesús: firme repulsa de errores y concepciones que van contra la Palabra de Dios, oponiéndose con los valores eternos a los pseudo-valores que "la mentalidad de este mundo" quisiera contraponer a la indefectiblemente Revelación, en contra de la santidad de las costumbres, del respeto a la vida humana en todas sus formas, ya desde la concepción, en contra de la indisolubilidad y sacralidad del matrimonio, etc.

"No os ajustéis...sino transformaos", nos exhorta San Pablo: y así la fe se traduce en práctica afectiva, coherente, decisiva, al "discernir lo que es la voluntad de Dios, lo bueno, lo que agrada, lo perfecto".

De la fe nace el amor: he aquí este segundo polo insustituible de la "comunidad de amor".

Las lecturas de la Misa de este domingo nos ofrecen una enseñanza fortísima sobre la totalidad del amor que Dios nos pide. El profeta Jeremías, en el pasaje recién leído al que se ha denominado sus "confesiones", reconoce en términos dramáticos la fuerza del amor de Dios, que lo ha llamado a profetizar para la conversión de su pueblo: "Me sedujiste, Señor, y me dejé seducir... Era en mis entrañas fuego ardiente, encerrado en los huesos; intentaba contenerlo, y no podía" (Jer 20,7,9). El profeta respondió plenamente a la llamada de Dios, que también lo hacía signo de contradicción, se dejó "aferrar" por Dios, a quien se adhirió con todas sus fuerzas.

– Entrega de uno mismo

Lo mismo nos pide Jesucristo, Hijo del Padre: "El que quiera venirse conmigo que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga. Si uno quiere salvar su vida, la perderá; pero el que la pierda por mí, la encontrará... ¿Qué podrá dar el hombre para recobrar su vida?" (Mt 16,24 ss.).

Debemos seguir a Cristo con la fuerza del amor. Debemos dar amor por amor. Porque Él nos amó primero: por amor nuestro se encaminó por la senda de la cruz, previendo con anticipación todos los detalles dolorosos, y oponiéndose resueltamente a las interpretaciones seductoras y a los consejos de prudencia humana que incluso Pedro intentaba darle. ¿Quién ha sido más privilegiado por Cristo que Pedro? Y, sin embargo, lo llama hasta "satanás", cuando intenta desviar al Maestro del camino real de la cruz. He aquí cuánto nos ha amado Jesucristo: a precio de su misma sangre, con la obediencia ofrecida al Padre, sin pedir nada para sí.

También a cada uno pide Jesús la totalidad del don de sí mismo: nos pide seguirle por nuestro "Via Crucis" cotidiano, no negarle las conquistas, conseguidas a veces a precios de heroísmos ocultos, que Él exige a quien quiere permanecer fiel siempre y a cualquier costa; nos pide llevar la cruz de nuestra vida cotidiana, sin retroceder, agarrándonos a Él para no caer por desconfianza o cansancio; y, desde luego, sin traicionarle jamás, en la perspectiva del juicio final: "Porque el Hijo del hombre –así termina el Evangelio de hoy– vendrá con la gloria de su Padre... y entonces pagará a cada uno según su conducta" (Mt 16,27). Y como se ha dicho seremos juzgados de amor.

– Adhesión a la Palabra de Dios. De la fe nace el amor

Amor de Dios "con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente" (cfr. Mt 22,37): el amor al hermano como a nosotros mismos (ib., 22,39), "Por lo cual el amor de Dios y del prójimo es el primero y el mayor mandamiento –ha vuelto a afirmar el Vaticano II–... Más aún, el Señor Jesús, cuando ruega al Padre que 'todos sean uno, como nosotros somos uno' (Jn 17,21), sugiere una cierta semejanza entre la unión de las personas divinas y la unión de los hijos de Dios en la verdad y en la caridad. Esta semejanza demuestra que el hombre, única criatura terrestre a la que Dios ha amado por sí mismo, no puede encontrar su propia plenitud si no es en la entrega sincera de sí mismo a los demás" (*Gaudium et Spes* 24).

"Dios, Padre todopoderoso, infunde en nuestros corazones el amor y reaviva nuestra fe".

¡Sed fieles…/ Fieles siempre, sin ajustaros a la mentalidad de este mundo./ Fieles siempre, transformando vuestra mente, y siendo un sacrificio vivo, santo, agradable a Dios.

Fieles en seguir la luz de Cristo./ En poner a Dios en primer lugar. "Oh Dios, Tú eres mi Dios, por ti madrugo,/ mi alma está sedienta de Ti;/ mi carne tiene ansia de Ti…/ Tu gracia vale más que la vida,/ te alabarán mis labios./ Toda mi vida te bendeciré/ y alzaré las manos invocándote" (Salmo responsorial).

***

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

Seguir a Jesucristo no se reduce a escuchar una enseñanza y tratar de ajustar nuestros pasos a ella solamente. Es, recuerda el Papa Juan Pablo II, "algo mucho más radical: adherirse a la persona misma de Jesús, compartir su vida y su destino" (*Veritatis Splendor*, 19). Y esto, como ocurre en el amor humano auténtico o con la entrega a una causa grande y noble, es inseparable del sacrificio, del olvido de sí mismo. En-amorarse, es salir del estrecho círculo del yo y comprometerse, meterse en-el-otro/a, en-amorarse.

Seguir a Jesucristo, no haciendo ascos al sacrificio que puede comprometer la salud, el descanso, tal vez el futuro…, es un don, una luz de Dios que transforma radicalmente al alma que comprende que de nada "sirve ganar el mundo entero si malogra su vida" (Ev.). Es ese don que llevó a afirmar al Bautista: "conviene que Él crezca y que yo disminuya" (Jn 3,30), y que S. Pablo nos propone en la 2ª Lectura de hoy: abandonar los dictados de la concepción mundana y convertirse "por la renovación de la mente, para que sepáis discernir lo que es la voluntad de Dios, lo bueno".

"En el amor de amistad, enseña Sto. Tomás, el amante está en el amado en cuanto juzga como suyos los bienes o males del amigo, y la voluntad de éste con la suya; de modo que parece sufrir en su amigo los mismos males y poseer los mismos bienes" (S. Th I-II, q. 48). El seguimiento de Jesucristo implica una identificación total con su persona, de modo que llegue un momento en que, con la ayuda de lo alto, podamos afirmar que Cristo vive, piensa, habla, quiere y actúa en nosotros.

Amar a Jesús y, por Él, a quienes nos rodean esforzándonos por extender su reinado en el mundo, no es renuncia sino ganancia. Es poner el corazón en Dios, en la Iglesia, en la suerte temporal y eterna de la Humanidad y no en proyectos egoístas. Este modo de vivir conduce –como a los enamorados– a la alegría, la satisfacción profunda de estar gastando la vida en un proyecto divino que engloba el deseo de un mundo más humano y mejor. Incluso la experiencia de la propia debilidad que, en ocasiones, protesta interior o exteriormente por el peso de esta tarea, no empaña esa alegría de fondo del que se sabe una sola cosa con Jesucristo. "Con gusto, decía S. Pablo, me gloriaré en mis flaquezas, para que haga morada en mí el poder de Dios. Por

cuya causa yo siento alegría en mis enfermedades, en los ultrajes, en las necesidades, en las angustias por amor de Cristo; pues cuando estoy débil, entonces soy más fuerte" (2 Cor 12,9-10).

Por contra, *Lo que verdaderamente hace desgraciada a una persona –y aun a una sociedad entera– es esa búsqueda ansiosa de bienestar, el intento incondicionado de eliminar todo lo que contraría. La vida presenta mil facetas, situaciones diversísimas, ásperas unas, fáciles quizá en apariencia otras. Cada una de ellas comporta su propia gracia, es una llamada original de Dios: una ocasión inédita de dar el testimonio divino de la caridad* (S. Josemaría Escrivá).

Preguntémonos al hilo de estas consideraciones: ¿Hago míos los intereses de Jesucristo y de la Iglesia o tienen prioridad los exclusivamente míos? ¿Qué estoy haciendo en concreto y todos los días para que el Señor sea conocido y amado? ¿Me preocupa la ignorancia y la indiferencia religiosa que palpo a mi alrededor y procuro con mi ejemplo y mi conversación conjurarla? "Hermanos: os exhorto, por la misericordia de Dios, a presentar vuestros cuerpos como hostia viva, santa, agradable a Dios; éste es vuestro culto razonable". Atendamos este llamamiento que nos hace hoy San Pablo en la 2ª Lectura.

***

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

«La fe y la cruz pascual»

I. LA PALABRA DE DIOS

Jr 20,7-9: «La Palabra del Señor se volvió oprobio para mí»

Sal 62,2.3-4.5-6.8-9: «Mi alma está sedienta de ti, Señor, Dios mío»

Rm 12,1-2: «Ofreceos vosotros mismos como sacrificio vivo»

Mt 16,21-27: «El que quiera venirse conmigo que se niegue a sí mismo»

II. APUNTE BÍBLICO-LITÚRGICO

El camino de Jesús y la réplica humana: El anuncio evangélico del domingo pasado comenzaba con la pregunta: «¿Quién… es el Hijo del hombre?». El de hoy descubre su destino y el de aquellos que le siguen: el Misterio Pascual. En el Evangelio del domingo pasado, Pedro profesó la fe en Jesús, motivado por la revelación del Padre: «Tú eres el Hijo del Dios vivo». En el de hoy, Pedro habla según los puntos de vista humanos: «piensas como los hombres», le reprocha Jesús. Allí, Jesús le otorgaba las mayores prerrogativas en la Iglesia. Aquí, le corrige con dureza: «Quítate de mi vista, Satanás». Allí dominaban la fe y los dones de Dios para bien de su Iglesia. Aquí, en cambio, la «poca fe» y las reacciones humanas.

Entonces hizo a los discípulos el anuncio de la ley pascual: negarse a sí mismo, cargar con la cruz, para seguir hasta la muerte a Jesús, el resucitado; perder la vida «por mí», para encontrarla (1ª Lect.).

III. SITUACIÓN HUMANA

Pedro, olvidado de la revelación del Padre, es el prototipo de los humanos. No comprende la cruz. «Dios no lo permita... eso no puede ser». Nosotros pedimos a Dios con frecuencia ser liberados de la cruz, sin añadir: «pero no se haga mi voluntad sino la tuya». Hacemos todo lo posible para que «eso no pueda pasar...». Somos hombres de «poca fe» pascual.

IV. LA FE DE LA IGLESIA

La fe

– "«Todos los fieles, de cualquier estado o régimen de vida, son llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad» (LG 40)" (2013).

– Este programa señala, también, el mismo camino a todos: «El camino de la perfección pasa por la cruz. No hay santidad sin renuncia y sin combate espiritual. El progreso espiritual implica la ascesis y la mortificación que conducen gradualmente a vivir en la paz y el gozo de las bienaventuranzas» (2015).

La respuesta

– El cumplimiento de los mandamientos y la práctica de los consejos: «Más allá de sus preceptos, la Ley nueva contiene los consejos evangélicos... Los preceptos están destinados a apartar lo que es incompatible con la caridad. Los consejos tienen por fin apartar lo que, incluso sin serle contrario, puede constituir un impedimento al desarrollo de la caridad» (1973).

– No se puede ser consecuente con el gran don de Dios que es la iniciación cristiana, sin practicar los consejos; éstos ponen «en forma» al fiel de Cristo: «Los consejos evangélicos manifiestan la plenitud viva de una caridad que nunca se sacia... estimulan nuestra prontitud espiritual. La perfección de la Ley nueva consiste esencialmente en los preceptos del amor de Dios y del prójimo. Los consejos indican vías más directas, medios más apropiados...» (1974).

El testimonio cristiano

– "«(Dios) no quiere que cada uno observe todos los consejos, sino solamente los que son convenientes según la diversidad de las personas, los tiempos, las ocasiones y las fuerzas, como la caridad lo requiera. Porque es ésta la que, como reina de todas las virtudes, de todos los mandamientos, de todos los consejos, y en suma de todas las leyes y de todas las acciones cristianas, la que da a todos y a todas rango, orden, tiempo y valor» (S. Francisco de Sales, amor 8, 6)" (1974).

El centro de gravedad de Jesús es el Misterio Pascual, que Pedro en un momento de poca fe no acepta. El centro de gravedad de los seguidores de Jesús es también el Misterio Pascual del Maestro. La Eucaristía nos incorpora sacramental y existencialmente al Misterio Pascual.

Contar con la Luz.

– Sin sacrificio no hay amor. Necesidad de la Cruz y de la mortificación.

I. El Evangelio de la Misa nos presenta a Jesús poco después de la confesión de la divinidad del Señor por Pedro. En ese momento, el Maestro hizo una gran alabanza del discípulo: *Bienaventurado eres, Simón, hijo de Juan, porque no te ha revelado eso la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los Cielos*. Después lo constituyó fundamento de su Iglesia. Ahora Jesús comenzó a anunciar a sus más íntimos que era preciso ir Él a Jerusalén para padecer mucho por parte de los judíos y finalmente morir para resucitar al día tercero.

Los Apóstoles no entendían bien este lenguaje, pues tenían todavía una imagen temporal del Reino de Dios. *Entonces, Pedro, tomándolo aparte, se puso a reprenderle diciendo: Lejos de Ti, Señor, de ningún modo te ocurrirá eso*. Llevado por su inmenso cariño por Jesús, Simón trató de apartarlo del camino de la Cruz, sin comprender todavía que ésta es un gran bien para la humanidad y la suprema muestra de amor de Dios por nosotros. "Pedro razonaba humanamente –comenta San Juan Crisóstomo–, y concluía que todo aquello –la Pasión y la Muerte– era indigno de Cristo, y reprobable".

Pedro mira con ojos demasiado humanos la misión de Cristo en la tierra, y no llega a entender la voluntad expresa de Dios para que la Redención se hiciera mediante la Cruz y que "no hubo medio más conveniente de salvar nuestra miseria". El Señor responde al discípulo con una gran fuerza, le trata como lo hizo con el tentador en el desierto: *¡Apártate de Mí, Satanás! Eres escándalo para Mí, pues no sientes las cosas de Dios sino las de los hombres*.

En Cesarea, Pedro había hablado movido por el Espíritu Santo; ahora lo hace llevado por miras humanas y terrenas. La predicación de la Cruz, de la mortificación, del sacrificio, como un bien, como medio de salvación, chocará siempre con quienes la miren, como Pedro en esta ocasión, con ojos humanos. San Pablo hubo de prevenir a los primeros cristianos contra quienes *andan como enemigos de la cruz de Cristo. El fin de esos –les dice– será su perdición, su dios es el vientre, y la confusión será la gloria de los que tienen el corazón puesto en las cosas terrenas*.

Pensando sólo con una lógica humana, es difícil de entender que el dolor, el sufrimiento, aquello que se presenta como costoso, pueda llegar a ser un bien. Por una parte, la experiencia nos muestra que esas realidades, que tantas veces vamos encontrando a nuestro paso, nos purifican, nos enrecian, nos hacen mejores. Y, por otra parte, sin embargo, no estamos hechos para sufrir; aspiramos todos a la felicidad.

El miedo al dolor, sobre todo si es fuerte o persistente, es un impulso hondamente arraigado en nosotros y nuestra primera reacción ante algo costoso o difícil es rehuirlo. Por eso la mortificación, la penitencia cristiana, tropieza con dificultades; no nos resulta fácil, no acabamos nunca, aunque la practiquemos asiduamente, de acostumbrarnos a ella.

La fe, sin embargo, nos hace ver, y experimentar, que sin sacrificio no hay amor, no hay alegría verdadera, no se purifica el alma, no encontramos a Dios. El camino de la santidad pasa por la Cruz, y todo apostolado se fundamenta en ella. Es el "libro vivo, del que aprendemos definitivamente quiénes somos y cómo debemos actuar. Este libro siempre está abierto ante nosotros". Cada día debemos acercarnos, y leerlo; en él aprendemos quién es Cristo, su amor por nosotros y el camino para seguirle. Quien busca a Dios sin sacrificio, sin Cruz, no lo encontrará.

– El paganismo contemporáneo y la búsqueda del bienestar material a cualquier coste. El miedo a todo lo que pueda causar sufrimiento.

II. *…pues no sientes las cosas de Dios sino las de los hombres*. Más tarde comprenderá Pedro el significado profundo del dolor y del sacrificio; se sentirá dichoso junto a los demás Apóstoles de haber padecido *a causa del nombre de Jesús*.

Los cristianos sabemos que en la aceptación amorosa del dolor y del sacrificio está nuestra salvación y el camino del Cielo. ¿Acaso hay una vida humana plenamente fecunda sin sufrimiento? "¿Están los esposos seguros de su amor antes de haber sufrido juntos? ¿No se estrecha la amistad por pruebas comunes o simplemente por haber sufrido juntos el calor del día o por haber compartido la fatiga y el peligro de una ascensión?". Para resucitar con Cristo hemos de acompañarle en su camino hacia la Cruz: aceptando las contrariedades y tribulaciones con paz y serenidad; siendo generosos en la mortificación voluntaria, que nos purifica interiormente, nos hace entender el sentido trascendente de la vida y afirma el señorío del alma sobre el cuerpo. Como en los tiempos apostólicos, debemos tener en cuenta que la Cruz que anuncia Jesús es escándalo para unos, y parece locura y necedad a los ojos de otros.

Hoy encontramos también a muchos que *no sienten las cosas de Dios sino las de los hombres*. Tienen la mirada puesta en lo de aquí abajo, en los bienes materiales, sobre los que se abalanzan sin medida, como si fueran lo único real y verdadero. Sufre la humanidad una ola de materialismo que parece querer invadirlo y penetrarlo todo. "Este paganismo contemporáneo se caracteriza por la búsqueda del bienestar material a cualquier coste, y por el correspondiente olvido –mejor sería decir miedo, auténtico pavor– de todo lo que pueda causar sufrimiento. Con esta perspectiva, palabras como Dios, pecado, cruz, mortificación, vida eterna… resultan incomprensibles para gran cantidad de personas, que desconocen su significado y su sentido".

La ideología hedonista, según la cual el placer es el fin supremo de la vida, impregna especialmente las costumbres y los modos de vida en naciones económicamente más desarrolladas, pero es también "el estilo de vida de grupos cada vez más numerosos de países más pobres". Este materialismo radical ahoga el sentido religioso de los pueblos y de las personas, se opone directamente a la doctrina de Cristo, quien nos invita una vez más en el Evangelio de la Misa a tomar la Cruz, como condición necesaria para seguirle: *Si alguno quiere venir en pos de Mí* –nos dice– *niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame.*

Dios cuenta con el dolor, con el sacrificio voluntario, con la pobreza, con la enfermedad que viene sin avisar… Todo eso, lejos de separarnos, nos puede unir más

íntimamente a Él. Vamos a Jesús junto al Sagrario y le ofrecemos todo aquello que nos resulta difícil y costoso, comprobamos cómo "por Cristo y en Cristo se ilumina el enigma del dolor y de la muerte". Sólo así perderemos el miedo al sufrimiento, que, de formas bien distintas, nos acompañará a lo largo de la vida, y sabremos aceptarlo con alegría, descubriendo en él la amable voluntad del Señor: *ésta ha sido la gran revolución cristiana: convertir el dolor en sufrimiento fecundo; hacer, de un mal, un bien. Hemos despojado al diablo de esa arma...; y, con ella, conquistamos la eternidad.*

– ¿De qué sirve al hombre ganar el mundo entero si pierde su alma?

III. A través del apostolado personal hemos de decir a todos, con el ejemplo y con la palabra, que no pongan el corazón en las cosas de la tierra, que todo es caduco, que envejece y dura poco. *Omnes ut vestimentum veterascent*, igual que un vestido, así envejecen todas las cosas. Sólo el alma que lucha por mantenerse en Dios permanecerá en una juventud siempre mayor, hasta que llegue el encuentro con el Señor. Todo lo demás pasa, y deprisa. ¡Qué pena cuando vemos que tantos ponen en peligro su salvación eterna y su misma felicidad aquí en la tierra por cuatro cosas que nada valen! Jesús nos lo recuerda hoy en el pasaje del Evangelio que estamos considerando: *¿de qué sirve al hombre ganar el mundo entero si pierde su alma?, ¿o qué podrá dar el hombre a cambio de su alma? ¿Qué aprovecha al hombre todo lo que puebla la tierra, todas las ambiciones de la inteligencia y de la voluntad? ¿Qué vale esto, si todo se acaba, si todo se hunde, si son bambalinas de teatro todas las riquezas de este mundo terreno; si después es la eternidad para siempre, para siempre, para siempre?*

El mundo y los bienes materiales nunca son fin último para el hombre. Ni siquiera el bien temporal, que los cristianos tenemos la obligación de procurar, consiste propiamente en las obras exteriores –en las realizaciones de la técnica, de la ciencia, de la industria–, sino en el hombre mismo, en su vivir humano, en el perfeccionamiento de sus facultades, de sus relaciones sociales, de su cultura, mediante los bienes materiales y el trabajo, que están siempre al servicio de la dignidad de la persona.

Sólo con un amor recto, que la templanza custodia y garantiza, sabremos dar verdadero sentido a la necesaria preocupación por los bienes terrenos. Si Dios es de verdad el centro de nuestra vida, el matrimonio se ordenará efectivamente, superando todas las dificultades, a su fin primario –dar hijos a Dios y educarlos para Él– y la vida familiar será una mutua y generosa entrega. Sólo así –teniendo al Señor presente– los espectáculos y el arte –por ejemplo–serán dignos del hombre, medio y expresión de la riqueza de su espíritu. Sólo así se entenderá el fundamento objetivo de la moral, y las leyes de los pueblos serán fiel reflejo de la ley divina. Sólo así superará el hombre sus temores, y en el inevitable sufrimiento hallará un medio de purificación y de corredención con Cristo. Y así, con un amor grande, enraizado en la generosidad y en el sacrificio, alcanzará el Cielo al que ha sido destinado desde la eternidad.

P. Ramón LOYOLA Paternina (Barcelona, España) (www.evangeli.net)

IR A ÍNDICE DOMINGO XXII DEL TIEMPO ORDINARIO

«El que quiera venirse conmigo que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga»

Hoy, contemplamos a Pedro —figura emblemática y gran testimonio y maestro de la fe— también como hombre de carne y huesos, con virtudes y debilidades, como cada uno de nosotros. Hemos de agradecer a los evangelistas que nos hayan presentado la personalidad de los primeros seguidores de Jesús con realismo. Pedro, quien hace una excelente confesión de fe —como vemos en el Evangelio del Domingo XXI— y merece un gran elogio por parte de Jesús y la promesa de la autoridad máxima dentro de la Iglesia (cf. Mt 16,16-19), recibe también del Maestro una severa amonestación, porque en el camino de la fe todavía le queda mucho por aprender: «Quítate de mi vista, Satanás, que me haces tropezar; tú piensas como los hombres, no como Dios» (Mt 16,23).

Escuchar la amonestación de Jesús a Pedro es un buen motivo para hacer un examen de conciencia acerca de nuestro ser cristiano. ¿Somos de verdad fieles a la enseñanza de Jesucristo, hasta el punto de pensar realmente como Dios, o más bien nos amoldamos a la manera de pensar y a los criterios de este mundo? A lo largo de la historia, los hijos de la Iglesia hemos caído en la tentación de pensar según el mundo, de apoyarnos en las riquezas materiales, de buscar con afán el poder político o el prestigio social; y a veces nos mueven más los intereses mundanos que el espíritu del Evangelio. Ante estos hechos, se nos vuelve a plantear la pregunta: «¿De qué le sirve a un hombre ganar el mundo entero, si malogra su vida?» (Mt 16,26).

Después de haber puesto las cosas en claro, Jesús nos enseña qué quiere decir pensar como Dios: amar, con todo lo que esto comporta de renuncia por el bien del prójimo. Por esto, el seguimiento de Cristo pasa por la cruz. Es un seguimiento entrañable, porque «con la presencia de un amigo y capitán tan bueno como Cristo Jesús, que se ha puesto en la vanguardia de los sufrimientos, se puede sufrir todo: nos ayuda y anima; no falla nunca, es un verdadero amigo» (Santa Teresa de Ávila). Y..., cuando la cruz es signo del amor sincero, entonces se convierte en luminosa y en signo de salvación.

EXAMEN DE CONCIENCIA PARA SACERDOTES – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís

IR A ÍNDICE DOMINGO XXII DEL TIEMPO ORDINARIO

Perder para ganar

«¿De qué le sirve a uno ganar el mundo entero, si pierde su vida?»

Eso dice Jesús.

Y te lo dice a ti, sacerdote, para que reflexiones como hombre, en tu vida ordinaria, y como sacerdote, en tu vida ministerial.

Y te enseña que vida solo hay una, y se vive en unidad. Porque, ¿de qué te sirve acumular riquezas, dinero, casas, joyas, tierras, cosas, lujos, palacios, reinos y poder en el mundo, si tú no eres del mundo?

Y te enseña a acumular tesoros en el cielo, en donde no hay ladrones que se los roben ni polilla que los destruya; y no en la tierra, en donde los ladrones se roban los tesoros que son la vida de los hombres, y también la tuya.

Tu Señor te llama, y te pide que renuncies a los placeres del mundo, porque nada vale tanto como tu propia vida.

Tu Señor te enseña también que ganar el mundo entero significa trabajar para conseguir muchas almas para el cielo, pero Él te dice: *la tuya primero*.

Y te advierte del peligro del activismo que te envuelve, y en el que te engañas a ti mismo, creyendo que estás dando la vida para salvar al mundo entero con tus propias fuerzas, y descuidas lo único necesario, por cumplir con muchas cosas importantes, arriesgando tu humildad y tu caridad; y el que no tiene caridad nada es, nada le aprovecha, nada tiene.

Tu Señor te pide que renuncies a ti mismo, que tomes tu cruz y que lo sigas, para que vivas en unidad de vida, como Cristo.

Y te manda escuchar su Palabra y ponerla en práctica, haciendo la voluntad de Dios y no la de los hombres.

Tu Señor te llama, sacerdote, para que pierdas por Él tu vida, que es la vida del mundo, y encuentres en Él la Vida, no para ser coronado de riquezas sino para ser coronado de gloria, cuando estés con Él en su Paraíso, porque su Reino no es de este mundo.

Proclama a tu Rey, sacerdote, cumpliendo no tus muchas reglas, sino su única ley, viviendo en el mundo la vida de Él, llevando la paz a todos los rincones de la tierra, no como la da el mundo, sino la paz que Él ha puesto en tu alma misionera, alma humana y alma divina, en una sola vida de condición sagrada, que ya no es tan solo el alma de un hombre, sino el alma de un verdadero hombre y un verdadero Dios, que en unidad te hacen ser verdadero sacerdote, verdadero Cristo, adorador del único y verdadero Rey de reyes y Señor de señores, el único Dios por quien se vive, y se pierde la vida para encontrarla: Cristo Rey.

Tu Señor te está esperando, sacerdote. Acude a su llamado en la oración, remando mar adentro, en la intimidad de tu corazón, para que lo encuentres, para que lo sigas, para que lo sirvas, para que le entregues el tesoro que le pertenece, y que ha ganado con su pasión, con su muerte y con su resurrección: tu vida.

(*Espada de Dos Filos* IV, n. 82)

Domingo XXIII del Tiempo Ordinario (ciclo A)

IR A ÍNDICE GENERAL

(Comentarios sobre las Lecturas propias de la Santa Misa para meditar y preparar la homilía)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)**
- **SAN AGUSTÍN (www.iveargentina.org)**
- **FRANCISCO – Ángelus 2014 y 2020**
- **BENEDICTO XVI – Ángelus 2011**
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos**
- **RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)**
- **PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes**
- **FLUVIUM (www.fluvium.org)**
- **PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)**
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)**
  - **Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva**
  - **Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica**
- **HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)**
- **Rev. D. Pere CAMPANYÀ i Ribó (Barcelona, España) (www.evangeli.net)**
- **EXAMEN DE CONCIENCIA PARA EL SACERDOTE – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís**

***

DEL MISAL MENSUAL

IR A ÍNDICE DOMINGO XXIII DEL TIEMPO ORDINARIO

EL VALOR DE LA RECONCILIACIÓN

Ez 33, 7-9; Rom 13, 8-10; Mt 18, 15-20

Los conflictos en cualquier colectivo son inevitables. La comunidad eclesial de cualquier localidad no está exenta de problemas internos y externos. Los celos, los abusos de autoridad, el protagonismo de ciertos ministros y servidores genera malentendidos e incomodidades entre los discípulos de Jesucristo. La existencia de

problemas es un desafío a la caridad y a la tolerancia entre los cristianos. Por eso el Señor Jesús diseñó y compartió una ruta para vivir como comunidad reconciliada. La discreción, el diálogo, la confianza y el perdón generoso son pilares indispensables para remediar las fallas humanas que generan tensiones y fracturas en la comunidad. En una sociedad polarizada como la nuestra vale la pena tenerlo muy presente.

ANTÍFONA DE ENTRADA **Sal 118, 137. 124**

Eres justo, Señor, y rectos son tus mandamientos; muéstrate bondadoso con tu siervo.

ORACIÓN COLECTA

Señor, Dios, de quien nos viene la redención y a quien debemos la filiación adoptiva, protege con bondad a los hijos que tanto amas, para que todos los que creemos en Cristo obtengamos la verdadera libertad y la herencia eterna. Por nuestro Señor Jesucristo.

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

Si no amonestas al malvado, te pediré cuentas de su vida.

Del libro del profeta Ezequiel: 33, 7-9

Esto dice el Señor: "A ti, hijo de hombre, te he constituido centinela para la casa de Israel. Cuando escuches una palabra de mi boca, tú se la comunicarás de mi parte.

Si yo pronuncio sentencia de muerte contra un hombre, porque es malvado, y tú no lo amonestas para que se aparte del mal camino, el malvado morirá por su culpa, pero yo te pediré a ti cuentas de su vida.

En cambio, si tú lo amonestas para que deje su mal camino y él no lo deja, morirá por su culpa, pero tú habrás salvado tu vida".

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 94, 1-2.6-7.8-9.

R/. Señor, que no seamos sordos a tu voz.

Vengan, lancemos vivas al Señor, aclamemos al Dios que nos salva. Acerquémonos a él, llenos de júbilo, y démosle gracias. ***R/.***

Vengan, y puestos de rodillas, adoremos y bendigamos al Señor, que nos hizo, pues él es nuestro Dios y nosotros su pueblo, él nuestro pastor y nosotros, sus ovejas. ***R/.***

Hagámosle caso al Señor, que nos dice: "No endurezcan su corazón, como el día de la rebelión en el desierto, cuando sus padres dudaron de mí, aunque habían visto mis obras". ***R/.***

SEGUNDA LECTURA

El cumplimiento pleno de la ley consiste en amar.

De la carta del apóstol san Pablo a los romanos: 13, 8-10

Hermanos: No tengan con nadie otra deuda que la del amor mutuo, porque el que ama al prójimo, ha cumplido ya toda la ley. En efecto, los mandamientos que ordenan: "No cometerás adulterio, no robarás, no matarás, no darás falso testimonio, no codiciarás" y todos

los otros, se resumen en éste: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo", pues quien ama a su prójimo no le causa daño a nadie. Así pues, el cumplimiento pleno de la ley consiste en amar.

Palabra de Dios.

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO 2 Cor 5, 19

R/. Aleluya, aleluya.

Dios reconcilió al mundo consigo por medio de Cristo, y a nosotros nos confió el mensaje de la reconciliación. ***R/.***

EVANGELIO

Si tu hermano te escucha, lo habrás salvado.

+ Del santo Evangelio según san Mateo: 18, 15-20

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: "Si tu hermano comete un pecado, ve y amonéstalo a solas. Si te escucha, habrás salvado a tu hermano. Si no te hace caso, hazte acompañar de una o dos personas, para que todo lo que se diga conste por boca de dos o tres testigos. Pero si ni así te hace caso, díselo a la comunidad; y si ni a la comunidad le hace caso, apártate de él como de un pagano o de un publicano.

Yo les aseguro que todo lo que aten en la tierra quedará atado en el cielo, y todo lo que desaten en la tierra quedará desatado en el cielo.

Yo les aseguro también, que si dos de ustedes se ponen de acuerdo para pedir algo, sea lo que fuere, mi Padre celestial se lo concederá; pues donde dos o tres se reúnen en mi nombre, ahí estoy yo en medio de ellos".

Palabra del Señor.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios, fuente de toda devoción sincera y de la paz, concédenos honrar de tal manera, con estos dones, tu majestad, que, al participar en estos santos misterios, todos quedemos unidos en un mismo sentir. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Cfr. Sal 41, 2-3

Como la cierva busca el agua de las fuentes, así, sedienta, mi alma te busca a ti, Dios mío. Mi alma tiene sed del Dios vivo.

O bien: Jn 8, 12

Yo soy la luz del mundo, dice el Señor; el que me sigue, no camina en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Concede, Señor, a tus fieles, a quienes alimentas y vivificas con tu palabra y el sacramento del cielo, aprovechar de tal manera tan grandes dones de tu Hijo amado, que merezcamos ser siempre partícipes de su vida. Él, que vive y reina por los siglos de los siglos.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

IR A ÍNDICE DOMINGO XXIII DEL TIEMPO ORDINARIO

Te he puesto como centinela

1ª. Lectura (Ez 33, 7-9)

Como en un nuevo relato de vocación, Ezequiel retoma al comienzo de este capítulo la imagen del centinela para exponer su condición de profeta. En el capítulo tercero (Ez 3,16-21) se insistía en la obligación de avisar a sus oyentes; ahora desarrolla la metáfora del centinela en tiempo de guerra, haciendo hincapié en que tal misión es exigente y de gran influencia. En esta nueva etapa, el profeta sólo tendrá que amonestar al impío. Parece como si el justo, que era amonestado junto con el impío en el cap. 3 y que aquí no es mencionado, no volverá a desviarse de su camino.

La insistencia en que no calle se debe a que realmente es posible la conversión: los deportados han aprendido que sufren el castigo por sus propias culpas, pero ¿podrán salir de esa situación de castigo? La respuesta está condensada poco más adelante en el mismo principio puesto en labios del Señor: «No quiero la muerte del impío, sino que se convierta de su camino y viva» (Ez 33,11; cfr 18,23). De aquí se deduce que sólo los culpables son castigados, pero, sobre todo, que los culpables pueden convertirse. La conversión es el primero y principal objetivo del nuevo mensaje del profeta, y lo será también de la Iglesia: «Hemos sabido que se niega la penitencia a los moribundos y no se corresponde a los deseos de quienes en la hora de su tránsito, desean socorrer a su alma con este remedio. Confesamos que nos horroriza se halle nadie de tanta impiedad que desespere de la piedad de Dios, como si no pudiera socorrer a quien a Él acude en cualquier tiempo, y librar al hombre, que peligra bajo el peso de sus pecados, de aquel gravamen del que desea ser desembarazado. ¿Qué otra cosa es esto, decidme, sino añadir muerte al que muere y matar su alma con la crueldad de que no pueda ser absuelta? Cuando Dios, siempre muy dispuesto al socorro, invitando a penitencia, promete así: *Al pecador*—dice—, *en cualquier día en que se convirtiere, no se le imputarán sus pecados*... (cfr Ez 33,16). Como quiera, pues, que Dios es inspector del corazón, no ha de negarse la penitencia a quien la pida en el tiempo que fuere» (Papa S. Celestino I, *Cuperemus quidem*).

La caridad, plenitud de la ley

2ª. Lectura (Rm 13, 8-10)

Para poder cumplir con perfección los mandamientos de Dios el hombre es movido interiormente por el amor a Dios y al prójimo. Pues cuando el amor nos mueve

damos con gusto lo debido –y aún más– a aquel que amamos. En su predicación al pueblo decía San Juan de Ávila: «Los que no sois letrados no penséis que por eso no podéis ir al paraíso; estudiad estos dos mandamientos, y cuando los hubiereis cumplido, haced cuenta que habéis cumplido todo lo que manda la ley, los Profetas, y los Evangelios, y los apóstoles, y cuanto os amonestan infinitos libros que escritos hay, pues el Señor ha enviado a la tierra su palabra compendiada (cfr *Rom* 9,28)» (*Sermones*, domingo 12 después de Pentecostés).

Una relación parecida a la que hay entre los mandamientos de la Ley y el amor es la que se da entre las virtudes de la caridad y la justicia. *Convenceos de que únicamente con la justicia no resolveréis nunca los grandes problemas de la humanidad (...). La caridad ha de ir dentro y al lado, porque lo dulcifica todo, lo deifica:* Dios es amor *(1* Jn *4, 16). Hemos de movernos siempre por Amor de Dios, que torna más fácil querer al prójimo, y purifica y eleva los amores terrenos (...). La caridad, que es como un generoso desorbitarse de la justicia, exige primero el cumplimiento del deber: se empieza por lo justo; se continúa por lo más equitativo (...); pero para amar se requiere mucha finura, mucha delicadeza, mucho respeto, mucha afabilidad* (*Amigos de Dios*, nn. 172-173).

Para vencer el pecado

Evangelio (Mt 18, 15-20)

El pasaje recoge tres notas para la vida de la Iglesia: la práctica de la fraternidad, la potestad de los pastores y la oración en común. Los cristianos y, especialmente los pastores, deben velar por sus hermanos como hizo Cristo, para que ninguno se pierda (cfr *Jn* 17,12). Con la práctica de la corrección fraterna, se especifica una manera de cooperar a la salvación del hermano que se ha desviado (vv. 15-17). La última solución –tenerlo por «pagano y publicano» (v. 17)– equivale a la excomunión, entendida como recurso final para salvar su alma (cfr 1 Co 5,4-5).

«También el Colegio de los Apóstoles, unido a su Cabeza, recibió la función de atar y desatar dada a Pedro» (C. Vat. II, LG 22). La Tradición de la Iglesia ha entendido estas palabras del Señor (v. 18) en su sentido genuino: «Las palabras atar y desatar significan: aquél a quien excluyáis de vuestra comunión, será excluido de la comunión con Dios; aquél a quien recibáis de nuevo en vuestra comunión, Dios lo acogerá también en la suya. La reconciliación con la Iglesia es inseparable de la reconciliación con Dios» (CCE 1445).

Finalmente, Jesús subraya el valor y el poder de la oración en común (vv. 19-20). La afirmación de Jesús debió de ser, para sus discípulos, reveladora de su carácter divino, pues había una expresión contemporánea que decía que cuando dos hombres se reúnen para ocuparse de las palabras de la Ley, Dios mismo está en medio de ellos.

SAN AGUSTÍN (www.iveargentina.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO XXIII DEL TIEMPO ORDINARIO

La corrección fraterna

Es consejo de nuestro Señor que no nos despreocupemos recíprocamente de nuestros pecados; no que busquemos qué reprender, sino que veamos lo que ha de corregirse. Dijo, en efecto, que solamente quien no tiene una viga en su ojo, lo tiene capacitado para quitar la paja del de su hermano. Qué sea esto lo voy a indicar brevemente a vuestra caridad. La paja en el ojo es la ira; la viga, el odio. Cuando reprende al airado quien siente odio, quiere quitar la paja del ojo de su hermano, pero se lo impide la viga que lleva en el suyo. La paja es el comienzo de la viga, pues cuando la viga se forma, al comienzo es como una paja. Regando la paja, la conviertes en viga; alimentando la ira con malas sospechas, la conduces al odio.

Grande es la diferencia entre el pecado del que se aíra y la crueldad del que odia. Aunque nos airamos hasta con nuestros hijos, ¿dónde se encuentra uno que los odie? Incluso entre las mismas bestias, a veces, la madre airada aleja con su cabeza al ternerillo que mama y le causa cierta molestia, pero lo envuelve en sus entrañas de madre. Parece que le causa fastidio cuando lo arroja; pero si le falta, lo busca. Ni es otra la forma como castigamos a nuestros hijos, es decir, airados e indignados; pero no los castigaríamos si no los amáramos. No todo el que se aíra odia; hasta tal punto es cierto, que a veces el no airarse aparece como prueba de que existe odio. Suponte que un niño quiere jugar en el agua de un río, en cuya corriente puede perecer; si tú lo ves y lo toleras pacientemente, lo odias; tu paciencia significa para él la muerte. ¡Cuánto mejor sería que te airases y lo corrigieses, que no el dejarlo perecer sin indignarte! Ante todo, pues, ha de evitarse el odio; ha de arrojarse la viga del ojo. Cosas muy distintas son el que uno, airado, se exceda en alguna palabra, que borra después con la penitencia, y el guardar encerradas en el corazón las insidias. Grande es, finalmente, la distancia entre las palabras de la Escritura: *Mi ojo está turbado a causa de la ira*. De lo otro, ¿qué se dijo? *Quien odia a su hermano es un homicida*. Grande es la diferencia entre el ojo turbado y el apagado. La paja turba; la viga apaga.

Persuadámonos, pues, en primer lugar de esto para que podamos realizar bien y cumplir lo que se nos ha aconsejado hoy: ante todo, no odiemos. Sólo entonces, cuando en tu ojo no hay viga alguna, ves con claridad cualquier cosa que exista en el ojo de tu hermano, y sufrirás violencia hasta que arrojes de él lo que ves que le daña. La luz que hay en ti no te permite descuidar la luz de tu hermano. Pues si odias y deseas corregir, ¿cómo corriges la luz tú que la perdiste? Dice también esto con claridad la misma Escritura allí donde escribe: *Quien odia a su hermano es un homicida. Quien odia,* dice, *a su hermano, está en tinieblas hasta ahora*. El odio son las tinieblas. No puede suceder que quien odia a otro no se dañe a sí mismo antes. Intenta dañarle a él exteriormente y se asola en su interior. Cuanto nuestra alma es superior a nuestro cuerpo, tanto más debemos procurar que no sufra daño. Daña a su alma quien odia a otro. ¿Y qué puede hacer al que odia? ¿Qué ha de hacerle? Le quita el dinero; ¿acaso también la fe? Lesiona su fama, ¿acaso también su conciencia? Cualquier daño es exterior. Considera ahora el daño que se hace a sí mismo. Quien odia a otro, en su interior es enemigo de sí mismo. Mas como no es consciente del mal que se hace, se

ensaña contra otro, viviendo tanto más peligrosamente cuanto menos siente el mal que se hace, pues con su crueldad perdió incluso la sensibilidad. Te ensañaste contra tu enemigo; con tu crueldad él quedó desnudo, pero tú eres un malvado. Grande es la diferencia entre uno desnudo y un malvado. Aquel perdió el dinero, tú la inocencia. Examina quién sufrió mayor daño. El perdió una cosa perecedera, y tú te hiciste perecedero.

Por tanto, debemos reprender con amor; no con deseo de dañar, sino con afán de corregir. Si fuéramos así, cumpliríamos con exactitud lo que hoy se nos ha aconsejado: *Si tu hermano pecare contra ti, corrígele a solas*. ¿Por qué le corriges? ¿Porque te duele el que haya pecado contra ti? En ningún modo. Si lo haces por amor propio, nada haces. Si lo haces por amor hacia él, obras excelentemente. Considera en las mismas palabras por amor de quien debes hacerlo, si por el tuyo o por el de él. *Si te escuchare,* dijo, *has ganado a tu hermano*. Hazlo, pues, por él, para ganarlo a él. Si haciéndolo lo ganas, no haciéndolo se pierde. ¿Cuál es la razón por la que muchos hombres desprecian estos pecados y dicen: «Qué he hecho de grande; he pecado contra un hombre»? No los desprecies. Pecaste contra un hombre; ¿quieres saber que pecando contra un hombre pereciste? Si aquel contra quien pecaste te hubiese corregido a solas y lo hubieres escuchado, te habría ganado. ¿Qué quiere decir que te habría ganado, sino que hubieras perecido si no te hubiera ganado? Pues si no hubieses perecido, ¿cómo te hubiera ganado? Que nadie, pues, desprecie el pecado contra el hermano. Dice en cierto lugar el Apóstol: *Así los que pecáis contra los hermanos y herís su débil conciencia pecáis contra Cristo,* precisamente porque todos hemos sido hechos miembros de Cristo.

¿Cómo no vas a pecar contra Cristo si pecas contra un miembro de Cristo?

Nadie diga: «No pequé contra Dios, sino contra un hermano, contra un hombre; pecado leve o casi nulo». Quizá dices que es leve porque se cura rápidamente. Pecaste contra el hermano; repáralo y quedarás sano. Con rapidez cometiste la acción mortal y con rapidez también encontraste el remedio. ¿Quién de nosotros, hermanos míos, va a esperar el reino de los cielos, diciendo el Evangelio: *Quien llamare a su hermano «Necio» será reo del fuego de la gehena?* Pánico grande; pero advierte allí mismo el remedio: *Si presentares tu ofrenda ante el altar y allí mismo te acordaras de que tu hermano tiene algo contra ti, deja tu ofrenda ante el altar*.

No se aíra Dios porque tardasen presentar tu ofrenda; Dios te quiere a ti más que a tu ofrenda. Pues si te presentares con la ofrenda ante tu Dios con malos sentimientos hacia tu hermano, te responderá: «Perdido tú, ¿qué me has ofrecido?» Presentas tu ofrenda y no eres tú mismo ofrenda para Dios. Cristo busca más a quien redimió con su sangre que lo que tú hallaste en tu hórreo. Por tanto, *deja allí tu ofrenda ante el altar y vete a reconciliarte antes con tu hermano, y cuando vengas presenta la ofrenda*. Mira cuan pronto se desató aquel reato de la gehena. Antes de reconciliarte, eras reo de la gehena; una vez reconciliado, presentas confiado tu ofrenda ante el altar.

Los hombres tienen facilidad para propinar injurias y dificultad para buscar la concordia. «Pide perdón, dijo, al hombre que ofendiste, al hombre que heriste». Responde: «No me humillaré». Si desprecias a tu hermano, escucha al menos a tu

Dios: *Quien se humilla, será exaltado*. ¿No quieres humillarte tú que caíste? Hay gran diferencia entre el que se humilla y el que yace. Yaces ya en el suelo, ¿y no quieres humillarte? Con razón dirías: «No bajes», si no hubieses querido ya derrumbarte.

Esto es, pues, lo que debe hacer quien cometió una injuria. ¿Qué debe hacer quien la sufrió? Lo que hemos escuchado hoy: *Si tu hermano pecare contra ti, corrígele a solas*. Si descuidas el hacerlo, peor eres tú. El hizo la injuria y con ella se hirió con grave herida; tú, ¿desprecias la herida de tu hermano? Le ves perecer o que ha perecido, ¿y lo descuidas? Peor peca contra nosotros, sintamos gran preocupación, mas no por nosotros, pues es algo digno de gloria el olvidar las injurias; pero olvida la injuria que te hizo, no la herida de tu hermano. *Corrígele,* pues, *a solas,* con la vista puesta en la corrección, respetando su vergüenza. Quizá a causa de ella comience a defender su pecado y al que querías hacer mejor lo haces peor. *Corrígele,* pues, *a solas. Si te escuchare, has ganado a un hermano,* pues hubiera perecido de no haberlo hecho. *Si, en cambio, no te escuchare,* es decir, si defendiera su pecado como algo justo, *lleva contigo a dos o tres, porque en el testimonio de dos o tres testigos Se mantiene toda palabra. Si ni a ellos escuchare, dilo a la Iglesia; si ni a la Iglesia escuchare, sea para ti como un pagano y un publicano.* No le cuentes ya en el número de tus hermanos. Más no por eso ha de descuidarse su salvación. Pues aunque no contamos entre los hermanos a los *étnicos,* es decir, a los gentiles y a los paganos, sin embargo, siempre buscamos su salvación. Esto lo escuchamos de boca del Señor, que así nos aconsejaba y con tanto esmero nos mandaba que, a continuación, añadió esto: *En verdad os digo, todo lo que atéis en la tierra quedará atado también en el cielo, y todo lo que desatéis en la tierra quedará desatado también en el cielo.* Comenzaste a considerar a tu hermano como a un publicano: le atas en la tierra; pero atento a atarle con justicia, pues los lazos injustos los rompe la justicia. Una vez que le hayas corregido y te hayas puesto de acuerdo con tu hermano, le desataste en la tierra. Una vez; que le hayas desatado en la tierra, quedará desatado también en el cielo. Mucho concedes no a ti, sino a él, porque mucho dañó, no a ti, sino a él.

Estando así las cosas, ¿qué significa lo que dice Salomón, según hemos escuchado hoy en la primera lectura: *Quien dolosamente hace señales con los ojos, acumula tristeza para los hombres; quien, en cambio, censura abiertamente, engendra la paz?* Si, pues, *quien censura abiertamente engendra la paz,* ¿cómo manda: *Corrígele a solas?* Hay que temer que los preceptos divinos se contradigan. Hemos de advertir, sin embargo, la suma concordia que existe allí y no pensar como cierta gente vana que en su error opina que los dos Testamentos de la Escritura, el Antiguo y el Nuevo, están en contradicción, de forma que juzguemos que son contrarios porque un testimonio está en el libro de Salomón y otro en el Evangelio. Por tanto, si algún ignorante y calumniador de las Sagradas Escrituras dijere: «He aquí que los dos Testamentos se oponen; dice el Señor:

Corrígele a solas; y Salomón: *Quien censura abiertamente, engendra la paz…»* Entonces, ¿no sabe el Señor lo que mandó? Salomón quiere golpear la frente del pecador; Cristo tiene consideración con el pudor de quien se avergüenza. Allí está escrito: *Quien censura abiertamente, engendra paz;* aquí, en cambio: *Corrígele a*

solas, no en público, sino en secreto y ocultamente. Tú que tales cosas piensas, ¿quieres conocer que los dos Testamentos no se contradicen aunque en el libro de Salomón se encuentre aquello y en el Evangelio esto? Escucha al Apóstol. Ciertamente el Apóstol es ministro del Nuevo Testamento. Escucha, pues, al apóstol Pablo que manda y dice: *Censura a los pecadores en presencia de todos para que los demás sientan también temor*. No es ya el libro de Salomón, sino la carta del apóstol Pablo la que parece estar en lucha con el Evangelio. Sin hacerle injuria, dejemos un poco de lado a Salomón; escuchemos a Cristo el Señor y a su siervo Pablo. ¿Qué dices, Señor? *Si un hermano tuyo pecare contra ti, corrígele a solas*. ¿Qué dices, oh Apóstol? *Censura a los pecadores en presencia de todos para que los demás sientan también temor*. ¿Qué hacer? ¿Escuchamos esta controversia en calidad de jueces? En ningún modo; más aún, puestos bajo el juez, llamemos y pidamos que nos abra; huyamos bajo las alas del Señor Dios nuestro. No dijo nada contrario a su Apóstol, porque era él mismo quien hablaba en éste, según demuestran estas palabras: *¿O queréis tener una prueba de que Cristo habla en mí?* Es Cristo quien habla en el Evangelio y en el Apóstol; Cristo dijo lo uno y lo otro; una cosa por su propia boca, la otra por la de su pregonero. En efecto, cuando un pregonero dice algo sobre un tribunal, no se escribe en las actas: «Dijo el pregonero», sino que se escribe que lo dijo aquel que mandó al pregonero decirlo.

Escuchemos, hermanos, estos dos preceptos en forma de comprenderlos y situarnos en plan de paz entre uno y otro. Pongámonos de acuerdo con nuestro corazón, y la Escritura santa no aparecerá discorde en ninguna de sus partes. Son totalmente ciertas; una y otra cosa son verdaderas, pero debemos discernir cuándo hemos de hacer una cosa y cuándo otra; a veces hay que corregir al hermano a solas, y otras veces hay que corregirlo en presencia de todos para que los demás sientan también temor. Si una vez hemos de hacer esto y otra aquello, tenemos la concordia de las Escrituras y, llevándolo a la práctica y obedeciendo a los preceptos, no erraremos. Pero me dirá alguien: «¿Cuándo he de comportarme de una manera y cuándo de otra, no sea que corrija a solas cuando tenga que corregir en público, o que corrija en público cuando deba corregir en secreto?»

Pronto verá vuestra caridad cuándo ha de hacer una cosa y cuándo otra; pero ¡ojalá no seamos perezosos en el obrar! Poned atención y ved: *Si un hermano tuyo,* dijo, *pecara contra ti, corrígele a solas*. ¿Porque pecó contra ti. ¿Qué significa «pecó contra ti»? Sólo tú sabes que pecó; puesto que fue en secreto cuando pecó, busca en secreto el momento de corregir ese pecado. Pues si sólo tú sabes que pecó contra ti y quieres censurarle en presencia de todos, no eres ya un corrector, sino un traidor. Advierte cómo un varón justo, sospechando en su mujer tan gran pecado, lleno de benignidad, la perdonó, antes de saber de quién había concebido, pues la había visto embarazada y sabía que no se había acercado a ella. Quedaba en pie cierta sospecha de adulterio, y, sin embargo, dado que sólo él lo había notado, que sólo él lo sabía, ¿qué dice de él el Evangelio? *José, sin embargo, siendo varón justo y no queriendo delatarla*. Su dolor de marido no buscó venganza; quiso ser provechoso a la pecadora, no castigarla. *No queriendo,* dijo, *delatarla, quiso abandonarla ocultamente*. Cuando

estaba pensando estas cosas, se le apareció en sueños el ángel del Señor y le indicó de qué se trataba, que no había violado el lecho del marido, puesto que había concebido del Espíritu Santo al Señor de ambos. Pecó, pues, tu hermano contra ti; si sólo tú lo sabes, entonces pecó verdaderamente sólo contra ti. Si te hizo una injuria oyéndola muchos, también pecó contra ellos, a los que hizo testigos de su maldad. Digo, hermanos amadísimos, algo que podéis reconocer también vosotros en vosotros mismos. Cuando en mi presencia alguien hace una injuria a mi hermano, lejos de mí el considerar ajena a mi persona aquella injuria. Sin duda alguna me la hizo también a mí; más aún, es mayor la hecha a mí, a quien pensó que agradaba lo que hacía. Por tanto, se han de corregir en presencia de todos los pecados cometidos en presencia de todos. Han de corregirse más en secreto los que se cometen más en secreto. Diversificadlos momentos y concuerda la Escritura.

Obremos así; de ese modo se ha de obrar no sólo cuando se peca contra nosotros, sino también cuando peca cualquier hombre, en forma que su pecado sea desconocido a los demás. Debemos corregir y censurar en secreto, no sea que queriendo hacerlo en público delatemos al hombre. Nuestra intención es censurar y corregir; ¿y si el enemigo desea escuchar algo que le lleve al castigo? Suponeos que el obispo, y sólo él, sabe que alguien es un homicida. Yo quiero corregirlo públicamente, pero lo que tú buscas es ponerle en la lista de los acusados. Ni lo delato, ni me desentiendo de él en ningún modo; lo corrijo en secreto, le pongo ante los ojos el juicio de Dios; lo aterrorizo con la conciencia manchada de sangre; le persuado a que haga penitencia. De esta caridad hemos de estar imbuidos. Por lo cual, a veces nos echan en cara los hombres el que apenas corregimos; o juzgan que no sabemos lo que en realidad sabemos, o piensan que callamos lo que sabemos. Pero quizás lo que tú sabes lo sé yo también, aunque la corrección no la hago ante ti, porque quiero sanar, no acusar. Los hombres se convierten en adúlteros en sus casas, pecan en secreto; con frecuencia nos informan de ello sus esposas, casi siempre por celos, pero a veces buscando la salvación de sus maridos. Nosotros no los delatamos en público, pero los censuramos en secreto. El mal debe morir donde se cometió. No descuidamos, pues, aquella herida; como primera cosa mostramos al hombre enredado en tal pecado y cargado con una conciencia manchada, que aquella herida es mortal; cosa que, a veces, llevados de no sé qué perversidad, desprecian quienes lo cometen. E ignoro también a donde van a buscar testimonios vanos y sin autoridad, para decir: «Dios no se preocupa de los pecados de la carne». ¿Dónde queda lo que hemos escuchado hoy: *Dios juzga a los fornicarios y adúlteros?* Pon atención, por tanto, quien quiera que seas el que sufres tal enfermedad. Escucha lo que dice Dios, no lo que te dice tu alma alimentando tus pecados, o tu amigo atado como tú con la misma cadena de la maldad o, mejor, enemigo tuyo y suyo. Escucha, pues, lo que dice el Apóstol: *Sea honrado el matrimonio en todos, e igualmente el lecho inmaculado, pues Dios juzga a los fornicarios y adúlteros.*

Ea, pues, hermano; corrígete. ¿Temes caer en la lista de tu enemigo y no temes el juicio de Dios? ¿Dónde queda la fe? Teme mientras hay tiempo para temer. El día del juicio está ciertamente lejano, pero el día último de cada hombreen concreto no puede estar muy lejano, puesto que la vida es breve. Y como la misma brevedad es incierta,

desconoces cuándo te ha de llegar tu último día. Corrígete hoy, pensando en el mañana. Sé ate de provecho, incluso para ahora, la corrección que recibes en secreto. Hablo en público, pero censuro en secreto. Llamo a los oídos de todos, pero llamo a juicio a las conciencias de algunos. Si dijera: «Tú, adúltero, corrígete», quizá comenzase hablando sin conocimiento de causa; quizá se tratase de una sospecha, de algo creído temerariamente. No digo: «Tú, adúltero, corrígete», sino: «Quienquiera que en este pueblo sea adúltero, corríjase». La corrección es pública, pero la enmienda secreta. Estoy seguro de que quien sienta temor se corregirá.

No diga en su corazón: «Dios no se preocupa de los pecados de la carne». *¿No sabéis,* dice el Apóstol, *que sois templos del Espíritu Santo y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? A quien violare su templo, Dios lo destruirá.* Que nadie se lleve a engaño. Pero quizá diga alguien: «Templo de Dios es mi alma, no mi cuerpo, pues añadió también este testimonio: *Toda carne es heno y todo el esplendor de la carne, como flor del heno».*

¡Desdichada interpretación! ¡Pensamiento digno de castigo! Se compara a la carne con el heno por que muere; pero ¡cuídese de resucitar manchado con crímenes lo que muere en el tiempo! ¿Quieres ver explicada allí mismo esa sentencia? *¿No sabéis,* dice el mismo Apóstol, *que vuestros cuerpos son en vosotros templo del Espíritu Santo que recibís de Dios?* Despreciabas el pecado corporal; ¿desprecias el pecado contra el templo? Tú mismo cuerpo es el templo del Espíritu Santo en ti. Mira ya qué has de hacer con el templo de Dios. Si eligieses cometer un adulterio en la iglesia, dentro de estas paredes, ¿quién habría más criminal que tú? Ahora bien, tú mismo eres templo de Dios. Cuando entras, cuando sales, cuando estás en tu casa, cuando te levantas, eres templo. Mira lo que haces; procura no ofender al que mora en él, no sea que te abandone y te conviertas en ruinas. *¿No sabéis,* dijo, *que vuestros cuerpos*—y hablaba de la fornicación, para que no despreciasen los pecados corporales *—son en vosotros templo del Espíritu Santo, que recibís de Dios, y que no os pertenecéis? Habéis sido comprados a gran precio.* Si desprecias tu cuerpo, considera tu precio.

Yo sé, y conmigo lo sabe todo hombre que lo haya considerado con un poco más de atención, que, entre los que temen a Dios, sólo quien piensa que ha de vivir más todavía no se corrige bajo el peso de sus palabras. Eso es lo que mata a muchos; mientras dicen: «Mañana, mañana» su boca se cierra repentinamente. Permaneció fuera con voz de cuervo, porque no tuvo el gemido de la paloma. *«Cras, cras»* (mañana, mañana), es la voz del cuervo. Gime como una paloma y golpea tu pecho; herido con esos golpes, corrígete, para no dar la impresión de que no hieres tu conciencia, sino que con los puños pavimentas tu mala conciencia y la haces más sólida, nomás correcta. Gime, pero no con un vano gemido. Quizá te dices a ti mismo: «Dios me ha prometido el perdón para cuando me corrija; estoy tranquilo; leo en la divina Escritura: *En el día en que se convierta de todas sus maldades y obre con justicia, yo olvidaré todas las maldades del malvado.* Estoy tranquilo; cuando me corrija, Dios me perdonará todos mis males». ¿Qué puedo decir yo? ¿He de reclamar contra Dios? ¿Voy a decirle: «No le concedas el perdón»? ¿Podré decir que no se halla

escrito eso, que Dios no prometió el perdón? Si esto dijera, diría una falsedad. Dices bien, dices la verdad; Dios prometió el perdón a tu corrección; no lo puedo negar. Pero dime, te lo suplico; estoy de acuerdo contigo, te lo concedo; reconozco que Dios te prometió el perdón, pero ¿quién te ha prometido el día de mañana? En el texto en que lees que has de recibir el perdón si te corriges, léeme cuánto tiempo has de vivir. «No lo leo», dices. Ignoras, por tanto, cuánto has de vivir. Corrígete y estate siempre preparado. No temas al último día como a un ladrón que, mientras tú duermes, abre un boquete en tu pared; al contrario, estate en vela y corrígete ya hoy. ¿Por qué lo difieres para mañana? Supón que la vida sea larga; sea buena, aunque larga. Nadie difiere una comida larga y buena, ¿y quieres tener tú una vida larga y mala? Ciertamente, si es larga, mejor que sea buena; si es breve, cosa buena ha sido el hacerla buena. Así pasa con los hombres; descuidan su vida y sólo a ella la quieren tener mala. Si compras una villa, la quieres buena; si quieres tomar esposa, la eliges buena; si quieres que te nazcan hijos, los deseas buenos; si tomas prestadas unas cáligas, no las quieres malas; ¡y amas una vida mala! ¿En qué te ha ofendido tu vida para que sólo a ella la quieras mala, de forma que entre todos tus bienes sólo tú seas malo?

Por tanto, hermanos míos, si quisiera corregir a alguno por separado, quizá me hiciese caso; a muchos de vosotros corrijo en público; todos me alaban; ¡que alguno me haga caso! No amo al que me alaba con la boca y me desprecia en el corazón. Si me alabas y no te corriges, te conviertes en testigo contra ti mismo. Si eres malo y te agrada lo que digo, desagrádate a ti mismo, porque, si siendo malo estás a disgusto contigo, una vez corregido te agradarás a ti mismo, cosa que dije, si no me engaño, anteayer. En todas mis palabras presento un espejo. Y no son mías, sino que hablo por mandato del Señor, por cuyo temor no callo. Pues ¿quién no elegiría callar y no dar cuenta de vosotros? Pero ya aceptamos la carga que ni podemos ni debemos sacudir de nuestros hombros. Escuchasteis, hermanos, cuando se leía la carta a los hebreos: *Obedeced a vuestros superiores y estadles sometidos, porque ellos vigilan por vuestras almas, como quienes han de dar cuenta de vosotros, para que lo hagan con gozo y no con tristeza, pues no os conviene a vosotros.* ¿Cuándo hacemos esto con gozo? Cuando vemos a los hombres progresar por el camino de la palabra de Dios. ¿Cuándo trabaja con alegría el labrador en su campo? Cuando mira al árbol y ve el fruto; cuando mira la cosecha y ve la abundancia de fruto en la era. No fue vano su trabajo, no dobló los riñones en vano, no fue inútil el que sus manos estén encalladas; no resultó inútil el frío y el calor soportado. Esto es lo que dice: *Vara que lo hagan con gozo y no con tristeza, pues no os conviene a vosotros.* ¿Dijo acaso: «No les conviene a ellos»? No, sino que dijo: *No os conviene a vosotros.* Pues a los superiores les conviene entristecerse a causa de vuestras maldades; la misma tristeza les resulta provechosa; pero no os conviene a vosotros. No queremos nada que nos convenga a nosotros si no os conviene también a vosotros. Por tanto, hermanos, hagamos el bien al mismo tiempo en el campo del Señor, para que disfrutemos juntos de la recompensa.

***Sermones* (2º) (t. X). Sobre los Evangelios Sinópticos, Sermón 82, 1-15, BAC Madrid 1983, 467-83**

FRANCISCO – Ángelus 2014 y 2020

IR A ÍNDICE DOMINGO XXIII DEL TIEMPO ORDINARIO

Ángelus 2014

Corregir al hermano es un servicio

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El Evangelio de este domingo, tomado del capítulo 18 de Mateo, presenta el tema de la corrección fraterna en la comunidad de los creyentes: es decir, cómo debo corregir a otro cristiano cuando hace algo que no está bien. Jesús nos enseña que, si mi hermano cristiano comete una falta en contra de mí, me ofende, yo debo tener caridad hacia él y, ante todo, hablarle personalmente, explicándole que lo que dijo o hizo no es bueno. ¿Y si el hermano no me escucha? Jesús sugiere una intervención progresiva: primero, vuelve a hablarle con otras dos o tres personas, para que sea mayormente consciente del error que cometió; si, con todo, no acoge la exhortación, hay que decirlo a la comunidad; y si no escucha ni siquiera a la comunidad, hay que hacerle notar la fractura y la separación que él mismo ha provocado, menoscabando la comunión con los hermanos en la fe.

Las etapas de este itinerario indican el esfuerzo que el Señor pide a su comunidad para acompañar a quien se equivoca, con el fin de que no se pierda. Es necesario, ante todo, evitar el clamor de la crónica y las habladurías de la comunidad —esto es lo primero, evitar esto—. «Repréndelo estando los dos a solas» (v. 15). La actitud es de delicadeza, prudencia, humildad y atención respecto a quien ha cometido una falta, evitando que las palabras puedan herir y matar al hermano. Porque, vosotros lo sabéis, también las palabras matan. Cuando hablo mal, cuando hago una crítica injusta, cuando «le saco el cuero» a un hermano con mi lengua, esto es matar la fama del otro. También las palabras matan. Pongamos atención en esto. Al mismo tiempo, esta discreción de hablarle estando solo tiene el fin de no mortificar inútilmente al pecador. Se habla entre dos, nadie se da cuenta de ello y todo se acaba. A la luz de esta exigencia es como se comprende también la serie sucesiva de intervenciones, que prevé la participación de algunos testigos y luego nada menos que de la comunidad. El objetivo es ayudar a la persona a darse cuenta de lo que ha hecho, y que con su culpa ofendió no sólo a uno, sino a todos. Pero también de ayudarnos a nosotros a liberarnos de la ira o del resentimiento, que sólo hacen daño: esa amargura del corazón que lleva a la ira y al resentimiento y que nos conducen a insultar y agredir. Es muy feo ver salir de la boca de un cristiano un insulto o una agresión. Es feo. ¿Entendido? ¡Nada de insultos! Insultar no es cristiano. ¿Entendido? Insultar no es cristiano.

En realidad, ante Dios todos somos pecadores y necesitados de perdón. Todos. Jesús, en efecto, nos dijo que no juzguemos. La corrección fraterna es un aspecto del amor y de la comunión que deben reinar en la comunidad cristiana, es un servicio mutuo que podemos y debemos prestarnos los unos a los otros. Corregir al hermano es un servicio, y es posible y eficaz sólo si cada uno se reconoce pecador y necesitado

del perdón del Señor. La conciencia misma que me hace reconocer el error del otro, antes aún me recuerda que yo mismo me equivoqué y me equivoco muchas veces.

Por ello, al inicio de cada misa, somos invitados a reconocer ante el Señor que somos pecadores, expresando con las palabras y con los gestos el sincero arrepentimiento del corazón. Y decimos: «Ten piedad de mí, Señor. Soy pecador. Confieso, Dios omnipotente, mis pecados». Y no decimos: «Señor, ten piedad de este que está a mi lado, o de esta, que son pecadores». ¡No! «¡Ten piedad de mí!». Todos somos pecadores y necesitados del perdón del Señor. Es el Espíritu Santo quien habla a nuestro espíritu y nos hace reconocer nuestras culpas a la luz de la palabra de Jesús. Es Jesús mismo que nos invita a todos a su mesa, santos y pecadores, recogiéndonos de las encrucijadas de los caminos, de las diversas situaciones de la vida (cf. *Mt* 22, 9-10). Y entre las condiciones que unen a los participantes en la celebración eucarística, dos son fundamentales, dos condiciones para ir bien a misa: todos somos pecadores y a todos Dios da su misericordia. Son dos condiciones que abren de par en par la puerta para entrar bien en la misa. Debemos recordar siempre esto antes de ir al hermano para la corrección fraterna.

Pidamos esto por intercesión de la bienaventurada Virgen María, que mañana celebraremos en la conmemoración litúrgica de su Natividad.

***

Ángelus 2020

Silencio y oración, no chismorreo

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El Evangelio de este domingo (cf. *Mt* 18, 15-20) está tomado del cuarto discurso de Jesús en el relato de Mateo, conocido como discurso "comunitario" o "eclesial". El pasaje de hoy habla de la *corrección fraterna*, y nos invita a reflexionar sobre la doble dimensión de la existencia cristiana: aquélla comunitaria, que exige la *protección de la comunión*, es decir de la Iglesia, y aquélla personal, que requiere la atención y el *respeto de cada conciencia individual*.

Para corregir al hermano que se ha equivocado, Jesús sugiere una pedagogía de recuperación. Y siempre la pedagogía de Jesús es pedagogía de la recuperación; Él siempre busca recuperar, salvar. Y esta pedagogía de la recuperación está articulada en tres pasajes. Primero dice: «Ve y corrígele, a solas tú con él» (v. 15), es decir, no pongas su pecado delante de todos. Se trata de ir al hermano con discreción, no para juzgarlo, sino para ayudarlo a darse cuenta de lo que ha hecho. Cuántas veces hemos tenido esta experiencia: viene alguien y nos dice: "Oye, en esto te has equivocado. Deberías cambiar un poco en esto". Tal vez al inicio nos da rabia, pero después se lo agradecemos porque es un gesto de fraternidad, de comunión, de ayuda, de recuperación.

Y no es fácil poner en práctica esta enseñanza de Jesús, por varias razones. Existe el temor de que el hermano o la hermana reaccionen mal; a veces no hay suficiente

confianza con él o ella... Y otros motivos. Pero cada vez que hemos hecho esto, hemos sentido que era justo el camino del Señor.

Sin embargo, puede suceder que, a pesar de mis buenas intenciones, la primera intervención fracase. En este caso está bien no desistir y decir: "Que se las arregle, yo me lavo las manos". No, esto no es cristiano. No hay que desistir, sino recurrir a la ayuda de algún otro hermano o hermana. Dice Jesús: «Si no te escucha, toma todavía contigo uno o dos, para que todo asunto quede zanjado por la palabra de dos o tres testigos» (v. 16). Este es un precepto de la Ley de Moisés (cf. *Dt* 19, 15). Aunque parezca contra el acusado, en realidad servía para protegerlo de falsos acusadores. Pero Jesús va más allá: los dos testigos son requeridos no para acusar y juzgar, sino para ayudar. "Pongámonos de acuerdo, tú y yo, vayamos a hablar con éste, con ésta que se está equivocando, que está quedando mal. Pero vayamos a hablarle como hermanos". Este es el comportamiento de la recuperación que Jesús quiere de nosotros. De hecho, Jesús considera que también puede fracasar este enfoque —el segundo enfoque— con testigos, a diferencia de la Ley de Moisés, para la cual el testimonio de dos o tres era suficiente para la condena.

De hecho, incluso el amor de dos o tres hermanos puede ser insuficiente, porque él o ella son testarudos. En este caso, añade Jesús, «díselo a la comunidad» (v. 17), es decir, a la Iglesia. En algunas situaciones toda la comunidad está involucrada. Hay cosas que no pueden dejar indiferentes a los otros hermanos: se necesita un amor mayor para recuperar al hermano. Pero, a veces, incluso esto puede no ser suficiente. Y Jesús dice: «Y si ni a la comunidad hace caso, considéralo ya como al gentil y al publicano» (*ibid*.). Esta expresión, aparentemente tan despectiva, en realidad nos invita a poner a nuestro hermano de nuevo en las manos de Dios: sólo el Padre podrá mostrar un amor más grande que el de todos los hermanos juntos. Esta enseñanza de Jesús nos ayuda mucho, porque —pensemos en un ejemplo— cuando nosotros vemos un error, un defecto, una equivocación, en tal hermano o hermana, habitualmente la primera cosa que hacemos es ir a contárselo a los demás, a chismorrear. Y los chismes cierran el corazón de la comunidad, cierran la unidad de la Iglesia. El gran chismoso es el diablo, que siempre está diciendo cosas feas de los demás, porque él es el mentiroso que busca dividir a la Iglesia, de alejar a los hermanos y de no hacer comunidad. Por favor, hermanos y hermanas, hagamos un esfuerzo para no chismorrear. ¡El chismorreo es una peste más fea que el Covid! Hagamos un esfuerzo: nada de chismes. Es el amor de Jesús, que acogió a publicanos y paganos, escandalizando a las personas rígidas de la época. Por lo tanto, no se trata de una condena sin apelación, sino del reconocimiento de que a veces nuestros intentos humanos pueden fracasar, y que sólo estando ante Dios puede poner a nuestro hermano ante su propia conciencia y la responsabilidad de sus actos. Y si no funciona, silencio y oración por el hermano y la hermana que se equivocan, pero nunca el chismorreo.

Que la Virgen María nos ayude a hacer de la corrección fraterna un hábito saludable, para que en nuestras comunidades se puedan establecer siempre nuevas

relaciones fraternas, basadas en el perdón mutuo y, sobre todo, en la fuerza invencible de la misericordia de Dios.

BENEDICTO XVI - Ángelus 2011

IR A ÍNDICE DOMINGO XXIII DEL TIEMPO ORDINARIO

Ejercitarnos en la corrección fraterna y en la oración

Queridos hermanos y hermanas:

Las lecturas bíblicas de la misa de este domingo convergen en el tema de la caridad fraterna en la comunidad de los creyentes, que tiene su manantial en la comunión de la Trinidad. El apóstol Pablo afirma que toda la Ley de Dios encuentra su plenitud en el amor, de modo que, en nuestras relaciones con los demás, los diez mandamientos y cualquier otro precepto se resumen en: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo" (Cf. *Romanos* 13, 8-10). El texto del Evangelio, tomado del capítulo XVIII de Mateo, dedicado a la vida de la comunidad cristiana, nos dice que el amor fraterno comporta también un sentido de responsabilidad recíproca, por lo que, si mi hermano comete una culpa contra mí, yo debo ser caritativo con él y, ante todo, hablarle personalmente, haciéndole presente que lo que ha dicho o hecho no es bueno. Este modo de actuar se llama corrección fraterna: no es una reacción a la ofensa sufrida, sino que surge del amor por el hermano. Comenta dan Agustín: "Aquel que te ha ofendido, ofendiéndote, se ha inferido a sí mismo una grave herida, y tú ¿no te preocupas por la herida de un hermano tuyo? ... Tú debes olvidar la ofensa que has recibido, no la herida de tu hermano" (*Sermones* 82, 7).

¿Y si el hermano no me escucha? Jesús en el Evangelio de hoy indica unos pasos: primero hay que volver a hablarle con otras dos o tres personas, para ayudarle a darse cuenta de lo que ha hecho; si a pesar de esto rechaza aún la observación, es necesario decirlo a la comunidad; y si no escucha ni siquiera a la comunidad, hay que hacerle percibir la separación que él mismo ha provocado, separándose de la comunión de la Iglesia. Todo esto indica que hay una corresponsabilidad en el camino de la vida cristiana: cada uno, consciente de sus propios límites y defectos, está llamado a recibir la corrección fraterna y a ayudar a los demás con este servicio particular.

Otro fruto de la caridad en la comunidad es la oración concorde. Dice Jesús: "Os aseguro que si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra para pedir algo, sea lo que fuere, lo conseguirán de mi Padre que está en los cielos. Porque donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos" (*Mateo* 18,19-20). La oración personal ciertamente es importante, es más, indispensable, pero el Señor asegura su presencia a la comunidad que –aunque sea muy pequeña– está unida y unánime, porque refleja la realidad misma de Dios Uno y Trino, perfecta comunión de amor. Dice Orígenes que "debemos ejercitarnos en esta sinfonía" (*Comentario al Evangelio de Mateo* 14, 1), es decir en esta concordia en la comunidad cristiana. Debemos ejercitarnos tanto en la corrección fraterna, que requiere mucha humildad y

sencillez de corazón, como en la oración, para que se eleve a Dios a partir de una comunidad verdaderamente unida en Cristo. Pidamos todo esto por intercesión de María santísima, Madre de la Iglesia, y de san Gregorio Magno, papa y doctor, a quien ayer recordamos en la liturgia.

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

IR A ÍNDICE DOMINGO XXIII DEL TIEMPO ORDINARIO

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

El Decálogo se resume en el mandamiento de amar

2055. Cuando le hacen la pregunta "¿cuál es el mandamiento mayor de la Ley?" (Mt 22,36), Jesús responde: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el mayor y el primer mandamiento. El segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos penden toda la Ley y los Profetas" (Mt 22,37-40; cf Dt 6,5; Lv 19,18). El Decálogo debe ser interpretado a la luz de este doble y único mandamiento de la caridad, plenitud de la Ley:

En efecto, lo de: No adulterarás, no matarás, no robarás, no codiciarás y todos los demás preceptos, se resumen en esta fórmula: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. La caridad no hace mal al prójimo. La caridad es, por tanto, la ley en su plenitud (Rm 13,9-10).

Reconciliación con la Iglesia

1443. Durante su vida pública, Jesús no sólo perdonó los pecados, también manifestó el efecto de este perdón: a los pecadores que son perdonados los vuelve a integrar en la comunidad del pueblo de Dios, de donde el pecado los había alejado o incluso excluido. Un signo manifiesto de ello es el hecho de que Jesús admite a los pecadores a su mesa, más aún, él mismo se sienta a su mesa, gesto que expresa de manera conmovedora, a la vez, el perdón de Dios (cf Lc 15) y el retorno al seno del pueblo de Dios (cf Lc 19,9).

1444. Al hacer partícipes a los apóstoles de su propio poder de perdonar los pecados, el Señor les da también la autoridad de reconciliar a los pecadores con la Iglesia. Esta dimensión eclesial de su tarea se expresa particularmente en las palabras solemnes de Cristo a Simón Pedro: "A ti te daré las llaves del Reino de los Cielos; y lo que ates en la tierra quedará atado en los cielos, y lo que desates en la tierra quedará desatado en los cielos" (Mt 16,19). "Está claro que también el Colegio de los Apóstoles, unido a su Cabeza (cf Mt 18,18; 28,16-20), recibió la función de atar y desatar dada a Pedro (cf Mt 16,19)" LG 22).

1445. Las palabras *atar y desatar* significan: aquel a quien excluyáis de vuestra comunión, será excluido de la comunión con Dios; aquel a quien que recibáis de nuevo en vuestra comunión, Dios lo acogerá también en la suya. *La reconciliación con la Iglesia es inseparable de la reconciliación con Dios.*

… como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden

2842. Este "como" no es el único en la enseñanza de Jesús: "Sed perfectos 'como' es perfecto vuestro Padre celestial" (Mt 5, 48); "Sed misericordiosos, 'como' vuestro Padre es misericordioso" (Lc 6, 36); "Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros. Que 'como' yo os he amado, así os améis también vosotros los unos a los otros" (Jn 13, 34). Observar el mandamiento del Señor es imposible si se trata de imitar desde fuera el modelo divino. Se trata de una participación, vital y nacida "del fondo del corazón", en la santidad, en la misericordia, y en el amor de nuestro Dios. Sólo el Espíritu que es "nuestra Vida" (Ga 5, 25) puede hacer nuestros los mismos sentimientos que hubo en Cristo Jesús (cf Flp 2, 1. 5). Así, la unidad del perdón se hace posible, "perdonándonos mutuamente 'como' nos perdonó Dios en Cristo" (Ef 4, 32).

2843. Así, adquieren vida las palabras del Señor sobre el perdón, este Amor que ama hasta el extremo del amor (cf Jn 13, 1). La parábola del siervo sin entrañas, que culmina la enseñanza del Señor sobre la comunión eclesial (cf. Mt 18, 23-35), acaba con esta frase: "Esto mismo hará con vosotros mi Padre celestial si no perdonáis cada uno de corazón a vuestro hermano". Allí es, en efecto, en el fondo "del corazón" donde todo se ata y se desata. No está en nuestra mano no sentir ya la ofensa y olvidarla; pero el corazón que se ofrece al Espíritu Santo cambia la herida en compasión y purifica la memoria transformando la ofensa en intercesión.

2844. La oración cristiana llega hasta el *perdón de los enemigos* (cf Mt 5, 43-44). Transfigura al discípulo configurándolo con su Maestro. El perdón es cumbre de la oración cristiana; el don de la oración no puede recibirse más que en un corazón acorde con la compasión divina. Además, el perdón da testimonio de que, en nuestro mundo, el amor es más fuerte que el pecado. Los mártires de ayer y de hoy dan este testimonio de Jesús. El perdón es la condición fundamental de la reconciliación (cf 2 Co 5, 18-21) de los hijos de Dios con su Padre y de los hombres entre sí (cf Juan Pablo II, DM 14).

2845. No hay límite ni medida en este perdón, esencialmente divino (cf Mt 18, 21-22; Lc 17, 3-4). Si se trata de ofensas (de "pecados" según Lc 11, 4, o de "deudas" según Mt 6, 12), de hecho nosotros somos siempre deudores: "Con nadie tengáis otra deuda que la del mutuo amor" (Rm 13, 8). La comunión de la Santísima Trinidad es la fuente y el criterio de verdad en toda relación (cf 1 Jn 3, 19-24). Se vive en la oración y sobre todo en la Eucaristía (cf Mt 5, 23-24):

Dios no acepta el sacrificio de los que provocan la desunión, los despide del altar para que antes se reconcilien con sus hermanos: Dios quiere ser pacificado con oraciones de paz. La obligación más bella para Dios es nuestra paz, nuestra concordia, la unidad en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo de todo el pueblo fiel (San Cipriano, Dom. orat. 23: PL 4, 535C-536A).

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO XXIII DEL TIEMPO ORDINARIO

Si tu hermano comete una falta…

El tiempo de las vacaciones y de las migraciones en masa del verano ha terminado; se vuelve a comenzar a vivir según el ritmo y las costumbres habituales y espero que tras estas buenas costumbres esté también la de escuchar la palabra de Dios del Domingo. En el Evangelio leemos:

«En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "Si tu hermano peca, repréndelo a solas entre los dos. Si te hace caso, has salvado a tu hermano"».

¡Finalmente, dirá alguno, el Evangelio nos habla de algo fácil y agradable! Hacer observaciones, criticar, echar en cara sus errores a alguien: ¿no es posiblemente ésta una de las cosas, que parecen más naturales y más agradables en la vida? Pero, la verdad es exactamente lo contrario. La genuina corrección fraterna, a diferencia de la maledicencia o difamación, es una de las cosas que exigen más libertad interior y mayor madurez; y, precisamente por eso, es una cosa bastante rara en el mundo.

La convivencia humana está entretejida de contrastes, conflictos y errores recíprocos, debidos al hecho de que somos distintos por temperamento, por nuestros puntos de vista y por nuestros gustos. «Nosotros, hombres, decía san Agustín, somos como vasos de terracota, que apenas chocan entre sí se estropean». El Evangelio tiene asimismo algo que decirnos sobre este aspecto tan común y cotidiano en la vida. Busquemos por ello recoger su lección.

Jesús presenta el caso de uno que había cometido algo, que es desacertado verdaderamente y en sí mismo: «Si tu hermano peca…». No restringe el campo sólo a una culpa cometida en relación con nosotros. En efecto, en este último caso, es prácticamente imposible distinguir si a la hora de movernos es el celo por la verdad o si, por el contrario, no es nuestro amor propio herido. En este caso sería más autodefensa que corrección fraterna.

¿Por qué Jesús dice: «repréndelo a solas entre los dos»? Ante todo, por respeto al buen nombre del hermano y a su dignidad. Lo peor sería querer corregir a un marido en presencia de la mujer o a una mujer en presencia del marido; a un padre delante de los hijos; a un maestro delante de los alumnos o a un superior delante de los súbditos. Esto es, ante la presencia de las personas para cuyo respeto y estima uno tiene más obligación. La cosa se transforma inmediatamente en un asunto público. Será bien difícil que dicha persona acepte de buen grado la corrección. Va con ello su dignidad.

Dice, además, «entre los dos» también para dar posibilidad a la otra persona de poderse defender y explicar con toda libertad propiamente lo realizado. Muchas veces, en efecto, lo que a un observador externo le parece una culpa, en la intención de quien la ha cometido no lo es. Una franca explicación disipa muchos malentendidos. Pero, esto ya no es posible cuando el asunto ha sido llevado a conocimiento de muchos.

¿Cuál es, según el Evangelio, el motivo último por el que es necesario practicar la corrección fraterna? Ciertamente, no por el prurito de mostrar a los demás sus errores para hacer resaltar nuestra superioridad. Ni siquiera para descargar la conciencia y poder decir después: «¡Yo te lo había dicho. ¡Ya te había advertido! Peor para ti si no me has escuchado». No; la finalidad es para «ganarse a un hermano», esto es, el genuino bien del otro. Para que pueda perfeccionarse y no ir al encuentro de desagradables consecuencias; para que no comprometa su camino espiritual y su salvación eterna.

La corrección recíproca, si es hecha con el espíritu del Evangelio, es una de las prerrogativas más bellas de la vida de pareja. Poderse decir con toda libertad lo que ningún extraño osaría hacernos notar: esto es un don precioso y un factor de crecimiento en la unidad. ¡Se lee de algunos grandes hombres, que hasta pagaban a alguien para que estuviese siempre junto a ellos y les hiciese observar cada mínimo error suyo!

Cuando por cualquier motivo no es posible corregir fraternalmente de cara a cara, según el Evangelio hay algo que se necesita evitar hacer absolutamente a la persona que ha errado por parte de quien corrige y es el divulgar sin necesidad la falta del hermano; hablar mal de él y hasta calumniarlo, dando por probado lo que no lo es o exagerando el error. «No habléis mal unos de otros», dice la Escritura (Santiago 4,11). Esto vale también para quien recibe una confidencia perversa o mala. En la Biblia encontramos unas hermosas máximas a propósito de la murmuración:

«La prudencia te protegerá, para apartarte del mal camino, del hombre que habla con engaños... Muerte y vida están en poder de la lengua, el que la ama comerá su fruto... El que anda murmurando descubre secretos; no te juntes con gente chismosa... El que guarda su boca y su lengua, evita el peligro» (Proverbios 2,12; 18, 21; 20,19; 21,23).

¡El mal, las noticias malas y escandalosas gozan hoy de muchos canales de difusión (periódicos, teléfono, televisión) a los que no es necesario añadirles otros! Hemos de proponernos llegar a ser el término para el mal; esto es, términos en donde la calumnia, las habladurías, las malignidades y cualquier otra cosa negativa terminan, están como tragadas y se hunden en el olvido. Cada vez que esto acontece es una victoria del bien sobre el mal. El mundo resulta así un poco más limpio.

Una vez, una mujer fue a confesarse con san Felipe Neri, acusándose de haber hablado mal de algunas personas. El santo la absolvió; pero, le impuso una extraña penitencia. Le dijo que debía ir a casa, coger una gallina y volver donde él estaba desplumándola bien a lo largo del camino. Cuando estuvo de nuevo ante él, le dijo: «Ahora vuelve de nuevo a casa y recoge una a una todas las plumas, que has dejado caer viniendo hasta aquí». La mujer le hizo observar, que esto era imposible: el viento ciertamente las había dispersado ya, por todas partes en el entretiempo. Pero, san Felipe la esperaba aquí. «¿Ves –le dijo– cómo es imposible recoger las plumas, una vez que han sido esparcidas por el viento?; así también es imposible retirar las murmuraciones y las calumnias una vez que han salido de la boca».

Volviendo al tema de la corrección fraterna, debemos decir que no siempre depende de nosotros el buen éxito a la hora de hacer una corrección (no obstante nuestras mejores disposiciones, el otro puede no aceptarla y ponerse engreído); en compensación depende siempre y exclusivamente de nosotros el buen éxito en recibir una corrección. En efecto, la persona, que «ha cometido una falta», perfectísimamente podría ser yo y quien «corrige» ser el otro: el marido, la mujer, el amigo, el hermano o el padre superior.

En suma, no existe sólo la corrección activa sino también la pasiva; no sólo el deber de corregir sino también el deber de dejarse corregir. Y es aquí, por el contrario, donde se ve si uno está suficientemente maduro para corregir a los demás. Quien quiera corregir a alguien debe igualmente a su vez estar dispuesto a dejarse corregir. Cuando veis a una persona, que recibe una observación, o la oís responder con sencillez: «Tienes razón, ¡gracias por habérmelo hecho notar!», quitaos el sombrero: estáis ante un verdadero hombre o una verdadera mujer.

La enseñanza de Cristo sobre la corrección fraterna debiera siempre ser leída de forma unitaria con lo que él nos dice en otra ocasión:

«¿Cómo es que miras la brizna que hay en el ojo de tu hermano y no reparas en la viga que hay en tu propio ojo? ¿Cómo puedes decir a tu hermano: "Hermano, deja que saque la brizna que hay en tu ojo", si no ves la viga que hay en el tuyo?» (Lucas 5, 41-42).

Lo que Jesús nos ha enseñado acerca de la corrección puede ser también muy útil en la educación de los hijos. Dediquemos un poco de atención a este tema. No hay nada más educativo para un padre o una madre que esperar encontrarse con el hijo a cuatro ojos, esto es, cara a cara, y allí, con calma (¡ojo en hacerla mientras se está aún irritado!) hablarle, si se tiene alguna cosa que hacerle observar sobre su conducta.

La corrección es uno de los deberes fundamentales del padre; es verdadero banco de prueba de su capacidad educativa. «¿Qué hijo haya quien su padre no corrige?», dice la Escritura (Hebreos 12, 7). Dios nos corrige precisamente porque nos trata como a hijos. Y, no obstante: «Quien no usa la vara no quiere a su hijo; quien lo ama se apresura a corregirlo» (Proverbios 13,24). «Endereza la planta mientras sea tierna, si no quieres que crezca irremediablemente torcida». Quizás, hoy este consejo ya no se puede tomar más a la letra (al menos, en lo que se dice respecto a la vara); permanece, sin embargo, que la renuncia total a toda forma de corrección es uno de los peores servicios, que se les pueden hacer a los hijos.

Sólo es necesario evitar que la misma corrección se transforme en un acto de acusación o en una crítica. Al corregir es necesario, más bien, circunscribir la reprobación al error cometido y no generalizarla reprobando en bloque a toda la persona y a su conducta. Al contrario, aprovechar la corrección para antes poder evidenciar todo lo bueno, que se reconoce en el muchacho, y cómo nosotros esperamos mucho de él. De manera que la corrección aparezca más como un animar que como un descalificar.

No es fácil, en cada uno de los casos, entender si es mejor corregir o dejar correr, o dejar hablar o callar. Por esto, es importante el tener en cuenta la regla de oro, válida para todos los casos, que el Apóstol nos da en la segunda lectura:

«A nadie le debáis nada, más que amor... Uno que ama a su prójimo no le hace daño».

PREGONES – La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes

IR A ÍNDICE DOMINGO XXIII DEL TIEMPO ORDINARIO

Con caridad y recta intención

Corregir al que se equivoca es una obra de misericordia. El Señor a los que ama los corrige. Él nos pide que hagamos lo mismo, y en el Evangelio nos enseña cómo hacerlo. Él mismo corrige a los hombres exponiendo los pecados de cada uno y de toda la humanidad en cada herida de su cuerpo flagelado y crucificado, lavándolos y purificándolos con su preciosa sangre, derramada para el perdón de los pecados.

Practica tú la corrección fraterna con tus hermanos, pero hazlo con caridad y con la recta intención de ayudarlos a que vuelvan al buen camino y vivan en la verdad.

Perdona sus errores y procura que se enmienden; pero si no escuchan ni a la comunidad, aléjate, no sea que te dejes engañar o seas cómplice del que hace el mal. Pero no juzgues. Ten paciencia, ora por ellos junto con la comunidad, para que se conviertan.

Y tú ten la humildad de aceptar tus errores cuando seas corregido por tus hermanos o por toda la comunidad.

Acércate al sacramento de la reconciliación, arrepiéntete, confiesa tu pecado, pide perdón, haz un firme propósito de enmienda, recibe la absolución, cumple con la penitencia, vete en paz y no vuelvas a pecar.

Contempla a tu Señor crucificado, date cuenta de cuántas heridas tú le has causado, y agradécele, porque tanto te ha amado que te ha corregido, te ha perdonado, te ha salvado y te ha dado la heredad de su paraíso, a pesar de la gravedad de tu pecado.

FLUVIUM (www.fluvium.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO XXIII DEL TIEMPO ORDINARIO

...porque no saben lo que hacen

Las palabras de Jesús, del Evangelio según san Mateo, que presenta hoy la Iglesia a nuestra consideración, nos remiten a esa realidad tan básica, de modo especial para el cristiano, de la efectiva relación entre el hombre y Dios. Creer, tener fe, supone,

además de la aceptación de otras verdades en particular, la aceptación convencida de que Dios está ahí. Y no como un ser supremo y creador omnipotente, tan sólo. Dios está ahí presenciando la vida humana –supremo y omnipotente, sí– como juez del comportamiento libre de su criatura. En la decisión divina de crearnos, a imagen y semejanza suya, se incluye su voluntad de que lo reconozcamos como Señor al vivir. La conducta humana, pues, es siempre y ante todo una respuesta personal a Dios.

La vida del hombre debe ser, ante todo –lo es, de hecho–, itinerario hacia Dios. Es una oportunidad, materializada de modo efectivo en cada instante de la existencia, de lograr esa configuración, imagen perfecta de Dios a la medida de cada sujeto, que la infinita sabiduría ha ideado desde el principio. A cada paso de nuestra vida tenemos la oportunidad de divinizarnos más. Y, junto a cada uno, el resto de nuestros congéneres, que únicamente lograrán su plenitud personal, como nosotros, si intentan agradar a Dios en cada momento y circunstancia de la vida. Meditemos, pues, en esta impresionante realidad: Dios nos quiere a todos santos.

Si tu hermano peca contra ti, vete y corrígele a solas tú con él. Si te escucha, habrás ganado a tu hermano, declara el Señor. Pues, lo que realmente tienen de malo las ofensas que recibimos no es tanto que nos puedan agraviar –en definitiva, algo nuestro–, cuanto la ofensa cometida contra Dios, que esperaba de aquél que nos ofende otra conducta más de acuerdo con su voluntad: siempre es el amor entre nosotros. No olvidemos que Jesús, Señor Nuestro, se hizo hombre y convivió con los hombres para indicarnos el camino de la Salvación. Todo lo que hace o dice Jesús tiene sentido Salvador: **Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida**, afirmó, y nos dejó así claro que en Él, sus palabras, sus gestos, su intención y todo el cuerpo y la sangre de su humanidad Santísima, están empeñados en el mayor bien que es posible para los hombres: la intimidad eterna de cada uno con la Trinidad Beatísima.

Parte, y parte importante, del querer de Dios para con los hombres, es que nos ocupemos de la santidad de los demás. Esa inquietud, que no quita la paz, aunque llegue a consumir el alma y reclame muchas energías, sobre todo, del corazón, no puede ser sólo tarea de unos pocos, por alguna razón especialmente dedicados. Todos tenemos familia, otros parientes, amigos, compañeros y conocidos, con los que coincidimos, con ocasión de las más diversas actividades. Cada uno es el "hermano" pecador –**si tu hermano peca contra ti, vete y corrígele…**–, pues todos tenemos defectos. Defectos que, de ordinario, al menos en cierta medida saltan a la vista. No nos quedemos, ya que deseamos una vida según Dios, en la queja, ni en la crítica, ni tampoco en soportar resignadamente los defectos del prójimo, cuando es posible ayudarle a salir de su hábito de pecado, o al menos a que reconozca sinceramente su error y a que quiera no reincidir en él.

La Caridad cristiana debe impulsarnos a pensar primero en los demás. En ese sentido los propios problemas son secundarios. No es en absoluto fácil, sin embargo, pensar en lo bueno para el otro, precisamente cuando el otro es el culpable de la situación que padecemos, cuando es él el que fastidia y cuando si no fuera por él estaríamos de maravilla, y si además el sufrimiento que padecemos no parece

importarle. Entonces, la tendencia espontánea es un deseo imperioso de que desaparezca el causante del mal; y eso, en el mejor de los casos. No se suele venir ni a la mente ni al corazón una preocupación positiva por el injusto agresor.

Jesucristo en la Cruz, padeciendo injustamente y de modo indecible, deja para siempre un ejemplo supremo de caridad: **Padre, personales porque no saben lo que hacen**, es su oración mientras le crucifican. Que, aunque nos cueste, deseemos perdonar. Aunque nos parezca casi antinatural en algunas ocasiones desear el bien a quienes nos ofenden. No puede ser un criterio que pase de moda ese perdón de Cristo, si queremos ser cristianos. Recordemos cómo Jesús abolió para siempre el "ojo por ojo y diente por diente": **Por el contrario, amad a vuestros enemigos, haced el bien y prestad sin esperar nada por ello; y será grande vuestra recompensa, y seréis hijos del Altísimo, porque Él es bueno con los ingratos y con los malos. Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso. No juzguéis y no seréis juzgados; no condenéis y no seréis condenados. Perdonad y seréis perdonados; dad y se os dará; echarán en vuestro regazo una buena medida, apretada, colmada, rebosante: porque con la misma medida con que midáis se os medirá.**

Madre de misericordia, vida, dulzura, esperanza nuestra. Así aclamamos a nuestra Madre del Cielo, y le pedimos nos conceda ser también misericordiosos, viendo siempre en los otros almas para el Cielo. Y en nuestra conducta de cada día un andar ilusionado con los demás hacia la casa de nuestro Padre.

PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)

IR A ÍNDICE DOMINGO XXIII DEL TIEMPO ORDINARIO

Si tu hermano peca...: corrección y caridad

Quisiera comenzar la reflexión sobre la palabra de Dios de hoy a partir de la frase con que concluye el pasaje evangélico: *También les aseguro que, si dos de ustedes se unen en la tierra para pedir algo, mi Padre que está en el cielo se lo concederá. Porque donde hay dos* o *tres reunidos en mi nombre, yo estoy presente en medio de ellos.*

Nosotros estamos aquí reunidos en su nombre, por lo tanto, él está aquí entre nosotros. Lo decimos temblando, porque es un enorme acto de fe que nos comprometemos a realizar. Sabemos que dentro de poco estará entre nosotros, mediante la consagración eucarística que hará del pan su cuerpo. Pero no es de esa presencia de la que se trata ahora, sino de otra que tiene lugar ahora mismo, por el hecho de que nosotros estamos reunidos en su nombre, para hablar de él y a nombre suyo al Padre. En cada uno de nosotros Jesús se le hace presente al otro. Ésta también es una presencia real que debemos aprender a reconocer Y a transferir en la vida cotidiana: cada vez que nos encontramos, incluso de a dos o de a tres, a rezar juntos y a hablar de Jesús, él ya está en medio de nosotros.

Si "el Maestro es quien nos habla", escuchemos con profunda atención sus palabras. Hoy nos habla de la corrección, es decir, de cómo hacer para "ganar un hermano".

La corrección, cuando es evangélica, resulta tal vez la manifestación más genuina del amor fraterno. Excluye todo deseo de venganza o de ostentación personal Y, por el contrario, su impulso es únicamente el deseo del bien de los otros. *Si tu hermano peca, ve y corrígelo en privado.* Estas primeras palabras se refieren con claridad al ámbito privado, a la corrección como debe darse en las relaciones intrapersonales. Por eso, la regla del Señor vale también en la vida familiar, entre amigos, en el ambiente donde se desarrolla nuestra vida cotidiana. *Si tu hermano peca:* puede significar: si tu marido se equivoca, si tu hijo, si tu cuñado, si tu empleador, se equivocan. Se diría que nos encontramos finalmente frente a un mandato fácil y placentero del Evangelio. ¿Qué cosa es más natural que reprender las culpas ajenas? Sin embargo, está entre las cosas más difíciles, y esto explica por qué es tan poco frecuente la verdadera corrección fraterna en las relaciones humanas. Jesús no alienta en realidad la caza de los errores de los demás, la maledicencia, o aquella propensión tan frecuente a revelar en público los defectos de los otros, tal vez fingiendo no es hipócritamente entristecidos por el daño que así le hacen a la virtud.

Más bien, *ve y corrígelo en privado:* es decir, ármate de coraje, preséntate a él, tus ojos en sus ojos, y dile abiertamente lo que te parece merecedor de reprobación para que no lo haga más o lo remedie. Al actuar de esa manera, corres el riesgo de contrariarlo, de ver quizás negada tu acusación, o de que te diga a su vez lo que él piensa de ti. No importa: si te escucha, has ganado a tu hermano. Si le hubieras dicho a tus hijos las culpas de la madre, o a la madre la culpa de los hijos, o si hubieras seguido agitando dentro de ti el reproche, sin tener coraje para expresarlo, no habrías ganado a un hermano, sino que habrías terminado por perderlo o endurecerlo. La corrección franca, respetuosa, sugerida por el Evangelio, Si es practicada constantemente por los cónyuges, podría interrumpir desde su nacimiento aquellas peligrosas cadenas de resentimientos, de frialdades y de revanchas que tan a menudo terminan por convertirse en muros divisorios y por volver áridas las mejores uniones. Podría transformarse en una forma de mantener vivo el diálogo y de regenerarlo, como así también la fe y el amor recíproco. En efecto, nos da confianza y fuerza ser considerados capaces de aceptar una observación; nos volvemos mejores y más maduros a la vez, sea quien la hace, sea quien la acepta. Se cumple lo que dice la Biblia: *Un hermano ofendido es más irreductible que una ciudadela, y los litigios son como cerrojo de ciudadela* (Prov. 18. 19). A menudo, después de una experiencia de ese tipo, las relaciones entre dos personas se vuelven tersas como un cielo después de la lluvia y entre ellas se sienten infinitamente más amigas que nunca.

Esto, decía, en el ámbito privado. Pero el Evangelio prosigue, presentando otro caso más comprometido: aquel en que la investidura de la corrección la tiene la asamblea, es decir, toda la comunidad local o universal. Aquí la corrección asume una dimensión pública, La Iglesia, en cuanto tal, está investida por Cristo con el poder de

corregir al individuo, hasta la separación de los rebeldes de su seno: *Considéralo como pagano*.

Luego, este caso se amplía hasta desembocar en aquella declaración de gran importancia dirigida a los apóstoles: *Les aseguro que todo lo que ustedes aten en la tierra, quedará atado en el cielo, y lo que desaten en la tierra, quedará desatado en el cielo*. Jesús había dicho que, al venir, el Espíritu *probará al mundo dónde está el pecado* (Jn 16, 8); aquí parece que la misma función le sea atribuida a la Iglesia. Es mediante la Iglesia, en cuanto proclama la palabra de Dios, que el Espíritu convencerá al mundo del pecado, y es mediante la Iglesia que desatará o atará (cfr. Juan, 20, 23). Por eso, es a la Iglesia que se aplica hoy la palabra de Dios dicha al profeta, que hemos escuchado en la primera lectura: *También a ti, hijo de hombre, yo te he puesto como centinela de Israel: cuando oigas una palabra de mi boca, tú les advertirás de mi parte.*

¡Centinela del mundo! Es una tarea casi sobrehumana. *Pero si el centinela ve venir la espada y no toca la trompeta, de manera que el pueblo no es advertido, y cuando llega la espada mata a uno de ellos, éste perecerá por su culpa, pero al centinela le pediré cuenta de su sangre* (Ez. 33. 6). Por eso, la Iglesia no puede callar, aun cuando muchos lo deseen. La denuncia del desorden, de los pecados –tanto en la vida social como en la personal–, forma parte de sus tareas constitutivas y ninguna intimidación puede o debe impedírselo un centinela mudo no les serviría ni a Dios ni a los hombres.

La verdadera dificultad es más bien otra. ¿Cómo hacer para saber cuándo la Iglesia es de veras centinela de Dios –es decir, traduce su voluntad y su juicio sobre el mundo– y cuándo, al contrario, tal vez sin darse cuenta, es centinela sólo de sí misma, es decir, del pasado o del orden constituido? Por lo general, se dice: cuando se pronuncia sobre la fe y las costumbres, no cuando lo hace sobre cosas contingentes como las de la política. Esto es verdad, pero no siempre nos ayuda a decidir en los casos concretos, porque también la política puede configurarse a veces como elección moral. Queda que cada cristiano se esfuerce por ser él mismo centinela, es decir, oyente de la palabra de Dios, para que el testimonio interior del Espíritu lo ayude a discernir ante el testimonio de la autoridad (cfr. Hech. 5, 32) y, si ésta se lo solicita, ser dócil y obediente hasta la impopularidad o también, si resulta necesario, afrontar con coraje la contradicción con la autoridad.

En la segunda lectura, san Pablo quizás nos haya indicado el único camino posible para superar todo eventual conflicto entre obediencia y resistencia: *Que la única deuda con los demás sea la del amor mutuo: el que ama al prójimo ya cumplió toda la Ley*. Esto vale también en la corrección privada entre hermano y hermano San Agustín aplicó justamente a la corrección fraterna las palabras de san Pablo sobre la caridad: "Ama –escribió– y haz lo que quieras. Si callas, calla por amor; si hablas, habla por amor; si corriges, corrige por amor; si perdonas, perdona por amor. Que esté en ti la raíz del amor, ya que de esa raíz no puede proceder sino el bien" (*Tract. in Joh.* 7, 8).

Por eso, roguemos al Señor, quien dijo que estaría presente entre nosotros, que nos enseñe esta difícil forma de amor que sabe corregir sin desalentar y luchar sin ofender.

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO XXIII DEL TIEMPO ORDINARIO

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

"Repréndelo a solas entre los dos. Si te hace caso, has salvado a tu hermano". Una indicación del Señor que tiene la hondura de las cosas sencillas y el aroma de la caridad. Lo que separa en la Iglesia al hermano del extraño o del enemigo radica justamente en este: "repréndelo a solas". Mientras los que no aman a la Iglesia airean las debilidades y errores de los que pertenecemos a Ella hablando o escribiendo lo que no deben, como no deben y donde no deben, Jesús pide que, a solas, como a un hermano o a un amigo a quien se quiere bien pero anda equivocado, se le alerte delicadamente del mal que puede ocasionarse y ocasionar a la Iglesia.

"A solas". Es toda una invitación a la delicadeza, al tacto más exquisito, a la amistad verdadera, y que trae a la memoria, además, todo un arsenal de virtudes: la caridad que es la que mueve a la corrección soltando o frenando la lengua según los casos; la prudencia que busca el momento y la palabra oportuna, la que no hiere; la humildad que elige el tono justo propio de quien no ignora que también nosotros debemos ser corregidos; la fortaleza y la veracidad que delatan al hombre recio y entero, al cristiano auténtico. A solas. Los padres deben evitar reñir delante de los hijos. Y otro tanto deben hacer los superiores, los educadores..., todos. A solas, en un diálogo sincero y respetuoso.

La Sagrada Escritura nos enseña que antaño Dios se servía de los profetas, gente llena de fortaleza y de caridad, para advertir a los hombres, incluso a reyes y príncipes, cuando equivocaban el camino. "¿Quién más inteligente que David?, escribe S. Juan Crisóstomo; y sin embargo, no se dio cuenta de que había pecado gravemente... Necesitó la luz del profeta y que sus palabras le hicieran caer en la cuenta de su falta. El Señor quiere que haya quienes vayan al pecador y le hablen de lo que ha hecho" (In Mt. hom. 60).

El amor sincero a quienes pertenecen a la Iglesia debe superar con fortaleza cristiana un falso temor a contristar o a que la corrección no sea bien recibida; que se produzca un distanciamiento, se pierda una amistad o el crearse enemigos; la conciencia de que también nosotros incurrimos con frecuencia en la misma falta o no poseemos la ciencia y la experiencia de quien debe ser advertido. Justamente porque está movida por el amor y hecha con la delicadeza del que se sabe también pecador, todos, pero especialmente los padres, los maestros y educadores, quienes tienen una responsabilidad sobre los demás, deben procurar mirar más el bien de la Iglesia y de los demás que el temor a contristar.

"Si te hace caso…" Debemos aceptar con agradecimiento la corrección fraterna que, sin duda, es siempre más costosa para quien la hace que para quien la recibe. "Hijo mío, no desprecies la corrección del Señor, ni te desanimes cuando Él te reprenda; porque el Señor corrige al que ama… ¿qué hijo hay a quien su padre no corrija? Si se os privase de la corrección, que todos han recibido, seríais bastardos y no hijos… Toda corrección no parece de momento agradable sino penosa, pero luego produce fruto apacible de justicia en los que en ella se ejercitan" (Heb 12, 4-12).

La gran lección de la Liturgia de hoy es que la conversión continua, debida a la ayuda a quien equivoca el camino, es posible cuando existe un amor sincero, humilde y fuerte para aceptar la corrección o para practicarla. Quien corrige o es corregido, si es sencillo y fuerte, se sabe querido, ayudado y no criticado, y "donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos", nos dice hoy el Señor.

***

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

«El sacramento del perdón en la Iglesia»

I. LA PALABRA DE DIOS

Ez 33,7-9: «Si no hablas al malvado, te pediré cuenta de su sangre»

Sal 94,1s.6s.8s.: "Ojalá escuchéis hoy su voz: «No endurezcáis vuestro corazón»"

Rm 13,8-10: «La plenitud de la ley es el amor»

Mt 18,15-20: «Si te hace caso has salvado a tu hermano»

II. APUNTE BÍBLICO-LITÚRGICO

Las primeras Lecturas y los Evangelios de este Domingo y del siguiente giran en torno al perdón del pecado en la Iglesia.

En este Domingo nos centramos en los versículos del Evangelio más destacados a lo largo de la historia: «… todo lo que atéis en la tierra quedará atado en el cielo, y todo lo que desatéis en la tierra quedará desatado en el cielo».

Desde los comienzos, la Iglesia ha entendido en esa expresión lapidaria el poder que Cristo le ha concedido de perdonar el pecado. El Cristo perdonador del Evangelio se hace presente y sensible en el sacramento de la Penitencia y del perdón, para curar el corazón –por la penitencia– y hacerlo nuevo –por su perdón creador– (cf Sal 50,12).

III. SITUACIÓN HUMANA

Aun cuando el hombre quiera desentenderse de Dios, el pecado pesa en su interior. Hay que sacarlo para sentirse liberado.

La situación de quien no «siente» el pecado es semejante a la del enfermo que ignora el cáncer que tiene dentro de sí.

El drama del hombre de hoy, compartido por no pocos cristianos, no es tanto no necesitar el perdón cuanto el no ser conscientes de su pecado.

IV. LA FE DE LA IGLESIA

La fe

– El perdón del pecado se obtiene por el "... Sacramento de la Penitencia... [que] consagra un proceso personal y eclesial de conversión, de arrepentimiento y de reparación por parte del cristiano pecador... Sacramento del perdón porque, por la absolución sacramental del sacerdote, Dios concede al penitente «el perdón y la paz»" (OP, fórmula de la absolución) (1423. 1424).

– La riqueza teológica de este sacramento se expresa en sus distintas denominaciones: 1423-1424.

La respuesta

– La conversión del corazón, obra de Dios en nosotros y de nosotros con Dios: «El corazón del hombre es rudo y endurecido. Es preciso que Dios dé al hombre un corazón nuevo (cf Ez 36,26-27). La conversión es primeramente una obra de la gracia de Dios que hace volver a él nuestros corazones: conviértenos, Señor, y nos convertiremos...» «Dios es quien nos da la fuerza para comenzar de nuevo... El corazón humano se convierte mirando al que nuestros pecados traspasaron...» (1432).

– Para ahondar en la conversión: 1425-1429.

– La conversión es el comienzo de la nueva creación.

El testimonio cristiano

– La «... reconciliación con Dios tiene como consecuencia, por así decir, otras reconciliaciones que reparan las rupturas causadas por el pecado: el penitente perdonado se reconcilia consigo mismo en el fondo más íntimo de su propio ser, en el que recupera la propia verdad interior; se reconcilia con los hermanos, agredidos y lesionados por él de algún modo; se reconcilia con la Iglesia, se reconcilia con toda la creación (RP 31)» (1469).

La meditación del Evangelio por la Iglesia a lo largo de los siglos nos recuerda el gran sacramento de la Penitencia y del perdón en Mt 18, 18. Como todo sacramento, es gracia, gracia de conversión, y sintonía del bautizado con ese don de Dios.

HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)

IR A ÍNDICE DOMINGO XXIII DEL TIEMPO ORDINARIO

Rezar en familia.

– La oración en familia es muy grata al Señor.

I. Jesús manifiesta con frecuencia que la salvación y la unión con Dios es, en último extremo, asunto personal: nadie puede sustituirnos en el trato con Dios. Pero Él también ha querido que nos apoyemos unos en otros y nos ayudemos en el caminar hacia la meta definitiva. Esta unión, tan grata al Señor, se ha de poner especialmente de manifiesto entre aquellos que tienen los mismos vínculos de espíritu o de la sangre. Esta unidad, que exige poner en juego tantas virtudes, es tan deseada por el Señor, que

ha prometido, como un don especial, concedernos más fácilmente aquello que le pidamos en común. Así lo leemos en el Evangelio de la Misa: *Os aseguro que si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra sobre cualquier cosa que quieran pedir, mi Padre que está en los Cielos se lo concederá. Pues donde hay dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy Yo en medio de ellos.* La Iglesia ha vivido desde siempre la práctica de la oración en común, que no se opone ni sustituye a la oración personal privada por la que el cristiano se une íntimamente a Cristo. Muy grata al Señor es, de modo particular, la oración que la familia reza en común; es uno de los tesoros que hemos recibido de otras generaciones para sacar abundante fruto y transmitirlo a las siguientes. *Hay prácticas de piedad –pocas, breves y habituales– que se han vivido siempre en las familias cristianas, y entiendo que son maravillosas: la bendición de la mesa, el rezo del Rosario todos juntos (...), las oraciones personales al levantarse y al acostarse. Se tratará de costumbres diversas, según los lugares; pero pienso que siempre se debe fomentar algún acto de piedad, que los miembros de la familia hagan juntos, de forma sencilla y natural, sin beaterías.*

De esa manera, lograremos que Dios no sea considerado un extraño, a quien se va a ver una vez a la semana, el domingo, a la iglesia; que Dios sea visto y tratado como es en realidad: también en medio del hogar, porque, como ha dicho el Señor, donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos *(*Mt *18, 20).*

"Esta plegaria –enseña el Papa Juan Pablo II, comentando este pasaje del Evangelio– tiene como contenido "la misma vida de familia" (...): alegrías y dolores, esperanzas y tristezas, nacimientos y cumpleaños, aniversarios de la boda de los padres, partidas, alejamientos y regresos, elecciones importantes y decisivas, muertes de personas queridas, etc., señalan la intervención del amor de Dios en la historia de la familia, como deben también señalar el momento favorable de acción de gracias, de petición, de abandono confiado de la familia al Padre común que está en los cielos. Además, la dignidad y responsabilidad de la familia cristiana en cuanto Iglesia doméstica solamente pueden ser vividas con la ayuda incesante de Dios, que será concedida sin falta a cuantos la pidan con humildad y confianza en la oración".

La plegaria en común comunica una particular fortaleza a la familia entera. La primera y principal ayuda que prestamos a los padres, a los hijos, a los hermanos, consiste en rezar con ellos y por ellos. La oración fomenta el sentido sobrenatural, que permite comprender lo que ocurre a nuestro alrededor y en el seno de la familia, y nos enseña a ver que nada es ajeno a los planes de Dios: en toda ocasión se nos muestra como un Padre que nos dice que la familia es más suya que nuestra. También en aquellos sucesos que sin estar cerca de Él serían incomprensibles: la muerte de una persona querida, el nacimiento de un hermano minusválido, la enfermedad, la estrechez económica... Junto al Señor, amamos su santa voluntad, y las familias, lejos de separarse, se unen más fuertemente entre sí y con Dios.

– Algunas prácticas de piedad en el hogar.

II. *Si alguno no cuida de los suyos y principalmente de su casa, ha negado la fe y es peor que un infiel*, escribe San Pablo a Timoteo, recordando la obligación que

todos tenemos hacia aquellos que el Señor nos ha encomendado. Una de las principales obligaciones de los padres con respecto a sus hijos –también, en ocasiones, de los hermanos mayores con los más pequeños– es la de enseñarles en la infancia los modos prácticos de tratar a Dios. Esta tarea es de tal necesidad que es casi insustituible. Con los años, estas primeras semillas siguen dando sus frutos, quizá hasta la misma hora de la muerte. Para muchos, éste ha sido su bagaje espiritual, del que se han servido en la adolescencia y cuando ya han pasado los años de la madurez. "La Sagrada Escritura nos habla de esas familias de los primeros cristianos –la *Iglesia doméstica*, dice San Pablo (1 Cor 16, 19)–, a las que la luz del Evangelio daba nuevo impulso y nueva vida.

En todos los ambientes cristianos se sabe, por experiencia, qué buenos resultados da esa natural y sobrenatural iniciación a la vida de piedad, hecha en el calor del hogar. El niño aprende a colocar al Señor en la línea de los primeros y más fundamentales afectos; aprende a tratar a Dios como Padre y a la Virgen como Madre; aprende a rezar, siguiendo el ejemplo de sus padres. Cuando se comprende eso, se ve la gran tarea apostólica que pueden realizar los padres, y cómo están obligados a ser sinceramente piadosos, para poder transmitir –más que enseñar– esa piedad a los hijos.

La familia cristiana ha sabido transmitir, de padres a hijos, oraciones sencillas y breves, fácilmente comprensibles, que forman el primer germen de la piedad: jaculatorias a Jesús, a Nuestra Madre Santa María, a San José, al Ángel de la Guarda... Oraciones de siempre, mil y mil veces repetidas en los hogares cristianos de toda época y condición. Los hijos aprenden pronto estas enseñanzas y oraciones que ven hechas vida en sus padres. Cuando son un poco mayores, han asimilado e incorporado el sentido de la bendición de la mesa, de dar gracias después de haber comido, el ofrecer a la Virgen algo que les cuesta..., saludar con un beso o una mirada a las imágenes de Nuestra Madre, acudir a su Ángel Custodio al entrar o salir de casa...

¡Cuántos niños, ahora hombres y mujeres, recuerdan con emoción la explicación, sencilla pero exacta, que les dio su madre o su hermano mayor de la presencia real de Cristo en el Sagrario! ¡O la primera vez que vieron a su madre pedir por una necesidad urgente, o a su padre hacer con piedad una genuflexión reverente! Rezar en una familia en la que Cristo está presente debe ser natural, porque Él es un personaje más de la casa, al que se ama sobre todas las cosas.

Precisamente cuando el ambiente sea menos favorable para la oración y la piedad, hemos de conservar como un tesoro mayor estas prácticas que hacen más fuerte el mismo amor humano y nos acercan más a nuestro Padre Dios.

– Una familia que reza unida, se mantiene unida: el Santo Rosario.

III. *Ubi caritas et amor, Deus ibi est*, "donde hay caridad y amor, allí está Dios", canta la liturgia del Jueves Santo. Cuando los cristianos nos reunimos para orar, entre nosotros se encuentra Cristo, que escucha complacido esa oración fundamentada en la unidad. Así hacían también los Apóstoles: *Perseveraban unánimes en la oración, con las mujeres y con María, la Madre de Jesús*. Era la nueva familia de Cristo.

La plegaria familiar por excelencia es el Santo Rosario. "La familia cristiana –enseña el Papa Juan Pablo II– se encuentra y consolida su identidad en la oración. Esforzaos por hallar cada día un tiempo para dedicarlo juntos a hablar con el Señor y a escuchar su voz. ¡Qué hermoso resulta que en una familia se rece, al atardecer, aunque sea una sola parte del Rosario!

"Una familia que reza unida, se mantiene unida; una familia que ora, es una familia que se salva.

"¡Actuad de manera que vuestras casas sean lugares de fe cristiana y de virtud, mediante la oración rezada todos juntos!".

Al comenzar a rezar el Santo Rosario en un hogar, quizá al principio sólo lo hagan los padres; después se unirá un hijo, la abuela... Unas veces se podrá rezar durante un viaje en coche, o bien se establecerá una hora de común acuerdo; quizá, en algunos países, antes de cenar o inmediatamente después... El Rosario y el rezo del *Ángelus* –señalaba en otra ocasión el Pontífice– "deben ser para todo cristiano y aún más para las familias cristianas como un oasis espiritual en el curso de la jornada, para tomar valor y confianza". "¡Ojalá resurgiese la hermosa costumbre de rezar el Rosario en familia!".

La Iglesia ha querido conceder innumerables gracias e indulgencias cuando se reza el Santo Rosario en familia. Pongamos los medios necesarios para fomentar esta oración tan grata al Señor y a su Madre Santísima, y que es considerada como "una gran plegaria pública y universal frente a las necesidades ordinarias y extraordinarias de la Iglesia santa, de las naciones y del mundo entero". Es un buen soporte en el que se apoya la unidad familiar y la mejor ayuda para hacer frente a sus necesidades.

Rev. D. Pere CAMPANYÀ i Ribó (Barcelona, España) (www.evangeli.net)

IR A ÍNDICE DOMINGO XXIII DEL TIEMPO ORDINARIO

«Si tu hermano llega a pecar, vete y repréndele, a solas tú con él»

Hoy, el Evangelio propone que consideremos algunas recomendaciones de Jesús a sus discípulos de entonces y de siempre. También en la comunidad de los primeros cristianos había faltas y comportamientos contrarios a la voluntad de Dios.

El versículo final nos ofrece el marco para resolver los problemas que se presenten dentro de la Iglesia durante la historia: «Donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (Mt 18,20). Jesús está presente en todos los períodos de la vida de su Iglesia, su "Cuerpo místico" animado por la acción incesante del Espíritu Santo. Somos siempre hermanos, tanto si la comunidad es grande como si es pequeña.

«Si tu hermano llega a pecar, vete y repréndele, a solas tú con él. Si te escucha, habrás ganado a tu hermano» (Mt 18,15). ¡Qué bonita y leal es la relación de fraternidad que Jesús nos enseña! Ante una falta contra mí o hacia otro, he de pedir al

Señor su gracia para perdonar, para comprender y, finalmente, para tratar de corregir a mi hermano.

Hoy no es tan fácil como cuando la Iglesia era menos numerosa. Pero, si pensamos las cosas en diálogo con nuestro Padre Dios, Él nos iluminará para encontrar el tiempo, el lugar y las palabras oportunas para cumplir con nuestro deber de ayudar. Es importante purificar nuestro corazón. San Pablo nos anima a corregir al prójimo con intención recta: «Cuando alguno incurra en alguna falta, vosotros, los espirituales, corregidle con espíritu de mansedumbre, y cuídate de ti mismo, pues también tú puedes ser tentado» (Gal 6,1).

El afecto profundo y la humildad nos harán buscar la suavidad. *Obrad con mano maternal, con la delicadeza infinita de nuestras madres, mientras nos curaban las heridas grandes o pequeñas de nuestros juegos y tropiezos infantiles* (San Josemaría). Así nos corrige la Madre de Jesús y Madre nuestra, con inspiraciones para amar más a Dios y a los hermanos.

EXAMEN DE CONCIENCIA PARA EL SACERDOTE – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís

IR A ÍNDICE DOMINGO XXIII DEL TIEMPO ORDINARIO

Desposados con la Iglesia

«Si tu ojo derecho es para ti ocasión de pecado arráncatelo, y tíralo lejos, porque más te vale perder una parte de tu cuerpo, y no que todo él sea arrojado al lugar del castigo» (Mt 5, 29).

Eso dice Jesús.

Te lo dice a ti, sacerdote, y lo mismo dice de tu mano derecha, y es una advertencia, porque tu Señor a los que ama los corrige.

Tu Señor te advierte, sacerdote, para que no caigas en tentación, porque Él sabe que la carne es débil, y te ayuda advirtiéndote que no te pongas en ocasión de pecado y no consientas las circunstancias de peligro, porque eso es tentar a Dios, que te da la gracia, pero respeta la libertad de tu voluntad, y la voluntad del hombre es débil.

Tú no tienes un sumo sacerdote que no te comprenda, porque Él ha sido probado en todo igual que tú, menos en el pecado, porque su voluntad ha sido fortalecida en la virtud, y esa voluntad es la que ha destruido tu esclavitud.

Tu Señor es tu maestro, sacerdote, aprende de Él y sigue su ejemplo.

Tu Señor es el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo, y que se desposa con la Santa Iglesia para unirla íntimamente a Él, en un solo cuerpo, del cual Él es cabeza.

Dichosos los invitados al banquete de bodas del Cordero. Estas son palabras verdaderas de Dios. Y tú, sacerdote, debes traer a los invitados y engalanar a la novia,

para hacerla digna, santa y pura, y de participar directamente, porque tú no eres solo un invitado, sino que eres el Cordero mismo, con quien estás configurado.

Contempla el misterio del Orden sacerdotal, y acepta tan grande verdad. Tú has sido ungido, y has sido desposado con la Santa Iglesia Católica para darle salud y vida, por la misericordia de tu Señor, y amarla y respetarla todos los días de tu vida, y en la eternidad.

Por tanto, sacerdote, tú te santificas con ella, y con ella formas una sola familia: la gran familia de Dios.

Es muy grande, sacerdote, tu misión. Pero Dios te da la gracia, y te muestra el camino. El camino es tu Señor Jesucristo, camino de fe, de esperanza y de amor, de fidelidad en la alegría y en el dolor, de confianza –aunque los vientos sean fuertes, y las tormentas una amenaza–, de paz –aunque la lucha sea constante–, de cruz, a través de la cual brilla la luz para el mundo.

Y tú, sacerdote, ¿engalanas a la novia, o eres motivo de escándalo?

¿Te mantienes fiel a tus promesas, dando un buen ejemplo, o has faltado a tu esposa ensuciando su vestido?

¿La amas?, ¿la defiendes?, ¿la sirves?, ¿la atiendes?, ¿la provees?, ¿la purificas?, ¿la santificas?, ¿la dignificas?

¿Glorificas a Dios?

¿Consumas tu matrimonio en una entrega de amor total, amando hasta el extremo, entregándole tu vida?

Sacerdote, participa con tu Señor en el misterio de la salvación, entregando tu voluntad a tu Señor, uniendo tu vida al sacrificio único y eterno de tu Señor en un santo ministerio.

Pídele a tu Señor que fortalezca tu voluntad, para rectificar el camino, para alejarte de toda tentación y de toda ocasión de pecado, y para resistir a todo en lo que seas probado.

Abre tu corazón, sacerdote, y recibe el amor de tu Señor. Déjate llenar por Él para que tengas sus mismos sentimientos, y pon a su disposición tus ojos y tus manos para cumplir bien con tu misión, participando de su obra redentora, sirviendo a la Iglesia como la Iglesia quiere ser servida.

(*Espada de Dos Filos* IV, n. 91)

(Para pedir una suscripción gratuita por email del envío diario de "Espada de Dos Filos", - facebook.com/espada.de.dos.filos12- enviar nombre y dirección a: espada.de.dos.filos12@gmail.com)